PATLAGEAN, A. DUCELLIER,
ASDRACHA Y R. MANTRAN

HISTORIA DE BIZANCIO

Libros de Historia

Crítica

La historia de Bizancio, de ese otro Imperio romano que sobrevivió mil años a la caída de Roma, es extrañamente ignorada por los europeos actuales, a pesar de que constituye una parte sustancial de su herencia común. Mil años de una historia apasionante, con momentos de gloria, como aquel en que Justiniano consiguió rehacer prácticamente el marco del viejo Imperio o como la época de los grandes emperadores militares que protagonizaron una nueva etapa de esplendor alrededor del año mil. Pero en la que hay también aspectos dramáticos, en una sociedad dividida por las pugnas religiosas, sometida por los mercenarios o saqueada por los cruzados. Y que culminaron en un trágico final, cuando la Nueva Roma cayó ante los turcos, abandonada a su suerte por los europeos de Occidente. Este volumen, fruto de la colaboración de cuatro grandes especialistas, nos ofrece la que probablemente sea la mejor visión de conjunto de la historia política, social y cultural de Bizancio que se haya publicado en nuestra lengua.

Evelyne Patlagean es profesora de la Universidad de París-Nanterre, Alain Ducellier es profesor de la Universidad de Toulouse, Catherine Asdracha es profesora de la École des Hautes Études y Robert Mantran es profesor de la Universidad de Aix-en-Provence.

965435-8

9 788484 321675

Crítica *Libros de Historia*



Historia de Bizancio



E. Patlagean, A. Ducellier,
C. Asdracha y R. Mantran

Historia de Bizancio

Crítica
Barcelona

Traducción castellana de Rafael Santamaría (capítulos 1-8)
y Manuel Sánchez (Glosario), revisada por Manuel Sánchez

Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Cubierta: Joan Batallé

ISBN: 84-8432-167-3
Depósito legal: B. 2.786-2001
Impreso en España
2001.—A&M Gràfic, S.L., Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

PRÓLOGO

La historia de Bizancio ha desaparecido en buena medida de nuestra memoria colectiva, y el Estambul de hoy apenas si conserva unos pobres recuerdos de aquellos tiempos. Y sin embargo, durante doce siglos, Constantinopla fue para toda Europa, e incluso para el Islam, un faro deslumbrante y un objeto de todas las codicias. Única ciudad cristiana comparable a las metrópoli orientales, réplica de Roma y espejo de su gloria, conservaba, en ocasiones con celo, los tesoros de la cultura antigua. Pero este prestigio, tanto tiempo intacto, no debía su esplendor a circunstancias inevitables. Es cierto que la situación geográfica de la Ciudad la convertía en la centinela de la Europa cristiana y grecorromana frente al Asia menor y al Oriente Próximo, primero persas y luego musulmanes, en la dueña y señora de los estrechos que había que franquear para pasar de un lado a otro, pero no era la suya una posición de «capital»: para ello habría que esperar a la decisión del emperador Constantino de establecer en ella la sede de su poder, en torno a 340, al este del Imperio romano cuyo control le disputaban. La convirtió en una capital en medio del fragor de las interminables guerras de los siglos III y IV cristianos de la historia de Roma. Sería la concentración de autoridad pública en dicho lugar y no en otro lo que le abriría las puertas del porvenir. Cuando, más al oeste, la avanzada germánica o los desórdenes hicieron imposible gobernar el Imperio desde Roma, fue a la antigua Bizancio hacia donde confluyeron las fuerzas vivas de la Romania, en torno al mar Egeo, cuna de la cultura griega. Sin duda, después de 500 y durante mucho tiempo se siguió calificando al príncipe que reinaba en Constantinopla de «emperador de los romanos» y, para el Islam, sus súbditos eran «rumis»; pero el destino oriental del «Imperio de Oriente» se encontraba efectivamente en el este.

Es cierto que, entre 500 y 800, se sigue alimentando el sueño de una reconstrucción del antiguo Imperio occidental: en la época de Justiniano y más tarde, en el siglo IX, los emperadores trataron e incluso consiguieron reestablecerse temporalmente en Roma, en Ravena o en Sicilia y Venecia. Pero Galia y España se zafaron una y otra vez del control de Bizancio, haciendo vanos todos los intentos de reconstrucción; la primera había pasado a manos de los francos; la segunda, a manos de los godos y luego de los musulmanes. Y la creación en 800 de un «Imperio de Occidente», franco y más adelante alemán, acabó con las últimas esperanzas de reunificación.

En realidad, y sobre todo entre 850 y 1050, el Imperio de Oriente se heleniza progresivamente: vive del mar, de las modestas cosechas de los Balcanes y Jonia; acuña monedas de oro y posee madera y metales, pero su pervivencia da cierta sensación de artificialidad. Quienes se disputan el poder local o el trono son clanes guerreros, llegados sucesivamente de las diversas provincias; la que manda en palacio es la Iglesia cristiana, desgarrada por las herejías y los cismas; quienes se alzan con sorprendentes privilegios comerciales en la Ciudad son los comerciantes, en su mayoría italianos. Pero los núcleos rurales, pese a poseer una estructura bastante sólida, tienen una existencia replegada sobre sí misma, diríase que indiferente a las «políticas» adoptadas en palacio: en efecto, es en la Ciudad y sólo en ella donde residen la autoridad y la cultura. Este periodo central es sin lugar a dudas el más brillante de la historia bizantina. Es cierto que ha tenido que ceder todo el oeste al Islam o a los «francos»; no cabe duda también de que la ruptura religiosa con Roma y el papado, o la progresiva desaparición en el oeste de las monedas de oro han contribuido poderosamente a aislar a Constantinopla y a atizar los rencores, pero el vigor del Imperio no deja por ello de sorprender: es el momento en el que las tropas del *basileus* llegan a las puertas de Jerusalén, en el que soldados y misioneros logran introducir entre los búlgaros y eslavos meridionales la fe y la escritura de los griegos.

A mediados del siglo XI llega la hora del declive: los turcos en Asia menor, los «cruzados» en Siria y los italianos por todas partes, comprimen, suplantan y colonizan el espacio griego. Y son otros cristianos, los latinos, quienes destruirán el Imperio: en 1204 toman Constantinopla, hasta entonces inexpugnable, y la saquean. Sin duda, el «Imperio latino» que toma su relevo no será más que un paréntesis de medio siglo antes de que se reanude el curso de la historia bizantina: pero ya es demasiado tarde. La agonía comienza en el siglo XIV, cuando los turcos otomanos atraviesan el estrecho, cuando varios barones francos se asientan por toda la península griega y los italianos se enseñorean de los puertos. Como un odre viejo, el Imperio «romano» de Oriente se va encogiendo en torno a la Ciudad, hasta quedar reducido a su estricta periferia. En 1453 cae en manos de los turcos y el título de «César» que retoman los príncipes rusos es completamente ilusorio...

Nexo entre lo antiguo y lo moderno, Constantinopla desempeñó una función capital en la historia medieval y de la Cristiandad. Cuando su legado pasó a manos de los occidentales, se desvaneció, pero sigue constituyendo un recuerdo memorable.

ROBERT FOSSIER

París, 15 de enero de 2001

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN A UNA HISTORIA DE ORIENTE

(principios del siglo V)

395. Teodosio I acaba de morir, el 17 de enero. Le suceden dos emperadores, sus hijos Honorio, en Occcidente, y Arcadio, en Oriente. No es éste el primer reparto de poder supremo llevado a cabo en un imperio desmesurado en relación a los medios de comunicación antiguos. Ya nunca más un único soberano extenderá su autoridad del Éufrates al Rin, y del Danubio al Magrib. Comienza entonces la historia del Imperio Romano de Oriente, de la *Romania,* como se la denominará, de Bizancio, como lo llamamos nosotros, conservando el nombre de la ciudad provincial, en decadencia desde las luchas del final del siglo II, en la que Constantino instaló, a partir del 324, su ciudad, Constantinopla, la Nueva Roma. Como toda historia, la del Imperio de Oriente lleva al nacer las huellas de un pasado próximo y las de una existencia secular. Y más que cualquier otra historia, si cabe, por dos razones. La primera es que se funda explícitamente sobre la eternidad de Roma, del Imperio, del orden imperial y —en lo sucesivo— cristiano del mundo, de manera que el freno opuesto por todo sistema institucional, político o cultural a los cambios traídos por el tiempo se fortalece aún más aquí en virtud de la convicción de que nada cambia ni debe cambiar. La segunda razón es que se trata de una historia lenta, en la que los elementos que permanecen son muchos, en que los movimientos, que tardan siglos en consumarse, están marcados por catástrofes, y que muestran, en contrapartida, muy pocas oscilaciones a medio plazo. Así, pues, la indispensable presentación adquiere en este caso valor de clave para todo lo que sigue. Muchos de los verdaderos cambios se producen en el siglo que precede al año 395, injertados en una antigua permanencia. Y, tal vez, también el lector tenga la impresión de estancarse en el umbral de la historia de Bizancio entendida como la de una cristiandad medieval.

La fecha convencional del 395 no podría iniciar un relato, sino un cuadro, resultado de antecedentes más o menos remotos, progresivamente precisados hasta alrededor del 460. Después de esta fecha el ritmo de los acontecimientos y el

movimiento de fuerzas internas se hacen más ágiles, la historia se agita con más rapidez, hasta el límite brutalmente impuesto en las primeras décadas del siglo VII como consecuencia de la pérdida del dominio meridional: Siria, Palestina, Egipto y Cirenaica.

En cierto sentido, toda historia es la lectura de un mapa, pues nada es más durable ni al mismo tiempo más determinante que los itinerarios que la estructuran. Ciudades independientes nacidas en los tiempos de la colonización griega en la costa del Asia Menor, viejas monarquías orientales, reinos divididos por los generales de Alejandro en su fulgurante conquista, reducción de estos reinos a provincias por los romanos, son otros tanto niveles históricos superpuestos en el territorio en que se inicia la historia de Bizancio. Pero las grandes articulaciones de este territorio son más valiosas que los antecedentes de la historia bizantina, puesto que son los factores que permanecen.

EL ESPACIO DE BIZANCIO

El espacio de Bizancio en sus orígenes se puede definir como el de los países en que la lengua dominante era el griego. Se despliega siguiendo la curva oriental del Mediterráneo, desde Trípoli y Ptolemais en la orilla africana, hasta ese punto incierto de la costa adriática al oeste de Durazzo, de donde partía la línea divisoria lingüística y, desde el 395, administrativa de Iliria, como se denominaba la vasta región danubiana del Imperio Romano. El Mediterráneo de Bizancio baña Chipre, Rodas, Creta, los archipiélagos del Egeo. Está surcado de rutas marítimas, de Alejandría a Beirut, a Antioquía, a los Estrechos, y también a lo largo de las costas. La costa meridional del mar Negro es el otro litoral marítimo, cerrado por los estrechos, por un lado, y adosado a los contrafuertes del Cáucaso, por el otro. El poder bizantino se extiende al oeste hasta las bocas del Danubio, mientras que la orilla septentrional ofrece las cabezas de puente antiguas, que Bizancio sabrá recobrar. Los límites terrestres son más difíciles de trazar. Están señalados en principio por el *limes,* la serie de fortificaciones que la arqueología revela en Tripolitania, Palestina, Siria y a lo largo del Danubio. También están marcados por los puestos aduaneros que los aranceles grabados sobre piedra o más tarde, los sellos de los funcionarios permiten indicar en el mapa. Sin embargo, no hay que concebir las fronteras de Bizancio como el trazo de un cercado, sino como una franja históricamente sensible. Cada una de las principales regiones del Imperio se abre sobre su propia frontera, y forma con el otro lado un conjunto estructurado por las rutas del comercio y de la guerra. O, mejor dicho, el Imperio de Oriente se presenta como una red orgánica y viva, constituida por articulaciones interiores, por confines y por los lejanos rumbos del gran comercio.

El cuerpo del Imperio

En el extremo sudoeste, el *limes* de Cirenaica protege el Imperio contra el ascenso de los nómadas que caracteriza la época, tanto al oeste como al este del África blanca. Egipto, granero del Imperio de Oriente, es también un paso esen-

cial desde el Mediterráneo, al que se asoma al gran puerto de Alejandría. Domina el acceso al mar Rojo, vía hacia el golfo Pérsico, flanqueado por el reino de Axum (Etiopía) y el de Himyar (Yemen). Por otra parte, abre el camino, Nilo arriba, hacia el África sudanesa y su oro. En el otro extremo, se encuentra otra tierra de trigo y de oro, Tracia, entre el Danubio, única vía fluvial propiamente dicha del Imperio de Oriente, y el mar, al que se abren Constantinopla o Tesalónico. Desde el siglo IV, y posteriormente, los invasores atraviesan Tracia en las dos direcciones, y sobre todo por la ruta que cruza, de Filópolis (Plovdiv) a Andrianópolis, el valle de Marica, en tanto que la ruta que costea la margen derecha del río sigue siendo, hacia el noroeste, la gran vía de comunicación terrestre con el Imperio de Occidente.

Las provincias de Oriente se encuentran entre estas dos avanzadas, la africana y la balcánica, pues la Grecia peninsular duerme todavía, en el momento en que comienza nuestra historia, el sueño provincial en que la ha sumido la conquista romana, sólo animada por la actividad intelectual de Atenas, adonde los jóvenes llegan de lejos a hacer sus estudios. Un Oriente compuesto por países muy diferentes por el relieve, el clima y la civilización. Palestina linda con Egipto por la poco perceptible transición entre la costa y el desierto: de Pelusio a Gaza, y a las pequeñas aldeas del *limes* de Palestina, muy activas en los siglos V y VI, el calendario y las medidas son las mismas. Las caravanas cruzan el desierto oriental de Egipto y se adentran en él hacia el sur, hasta la extremidad del Sinaí. Una ruta costera une las viejas ciudades portuarias de Palestina y de Siria, de Ascalón a Antioquía, por Tiro, Beirut y Laodicea. Otra, paralela, desde Homs y Damasco hasta Aila (Eilath), arranca al borde del desierto sirio desde las ciudades a las que llegan, al oeste, los desplazamientos agresivos o comerciales de los nómadas. Los itinerarios de estos últimos son fluctuantes. Palmira y Petra han ido a menos, Bosra, Gerasa, Resafa conocieron sus mejores días antes del siglo VII.

Un tercer eje norte-sur se sitúa entre los dos precedentes. Jerusalén comienzan a partir del siglo IV a atraer desplazamientos humanos. Pero, en Siria del norte, la ruta entre Homs y Antioquía pasa por Apamea; después, a partir de Antioquía, se perfila otra transición, en este caso doble. Hacia la costa, Antioquía está situada en el punto en que acaba el macizo boscoso de Tauro, guarida de los salteadores isáuricos, cerrojo del Asia Menor. La ruta, en efecto, deja la costa en Laodicea, para alcanzar Antioquía, situada no lejos de la desembocadura del Orontes, y no vuelve a seguirla hasta después de Tarso. Antioquía no es solamente el punto de encuentro de las rutas locales de la Siria del norte, conjunto de cuencas y de colinas, región productora de aceite de oliva, sino también el término occidental de la ruta hacia Edesa y Nísibe, y hacia Mesopotamia. Por esto, no puede asombrarnos encontrarla constantemente en el transcurso de la historia.

El Asia Menor es una segunda pieza, compleja, del Oriente romano bizantino. Hasta Constantinopla es una costa dentada, salpicada de ciudades activas, unas en la época bizantina, como Atalia (Andalia), otras desde la Antigüedad, como Éfeso o Esmirna. La costa del mar Negro, con Sinope y Trebisonda, contrapartida, no desempeñará un papel verdaderamente importante hasta los últimos siglos del imperio, y en otra coyuntura. Lo que llama la atención al contemplar la historia de Bizancio es la importancia del interior, a pesar de unas condi-

ciones naturales difíciles. Es que las montañas boscosas de Panfilia y Pisidia, en medio de las cuales se hunden algunas llanuras, y toda la meseta de Capadocia, se pueden definir como un territorio capital en el plano estratégico y comercial. La ruta que va de la capital, o más exactamente, de Nicomedia y Nicea, hasta las estribaciones armenias del Cáucaso y el valle del Araxes, es una espina dorsal en la historia de la región. Sebaste es su punto de cruce con la ruta del mar, por Cesarea de Capadocia, y con la de Mesopotamia, por Melitene (Malatia) y Edesa (Urfa). Se alcanzan entonces las fronteras del Imperio Romano de Oriente, constantemente en peligro, disputadas al Imperio Persa hasta la caída de éste en el siglo VII. Por un lado, los países caucasianos, Armenia e Iberia, puertas de la estepa o de los accesos al Caspio, al Azerbaidján, y a una de las grandes vías de entrada al Extremo Oriente. Por otro, la vieja y rica planicie que se extiende entre el Éufrates y el Tigris, donde están establecidas Calínico, Edesa, Amida, Nísibe, objeto de codicias seculares y rivales de Roma y de Persia. Pero, llegados a este punto, los ejes de las rutas no llegan a definir el dominio de nuestra historia. Hay que añadir otro apartado: los pueblos, las lenguas, las civilizaciones.

La lengua griega siguió en Oriente a la conquista de Alejandro, sobrepasando entonces sus antiguos emplazamientos, Grecia y sus fronteras tracia y macedónica, las islas y las grandes ciudades de la costa del Asia Menor. Antioquía y Alejandría son las fundaciones más ilustres de esta expansión. Por consiguiente, se puede decir que, en principio, la influencia del griego y del helenismo disminuye de la costa hacia el interior, así como también de la ciudad hacia el campo. El latín se superpondrá con la conquista romana, como atestiguan numerosas inscripciones. Pero estaba condenado a decaer en un cierto lapso, por la división del Imperio en dos, naturalmente con más rapidez en Oriente que en Iliria. En el siglo VI el griego se convirtió en la lengua del Imperio y de la ortodoxia. Pero lleva aún la carga de la romanidad, pues el latín se conserva como lengua jurídica y administrativa. Además, desde el comienzo de la historia de Bizancio, el Oriente se caracterizó por el vigor de las lenguas ya escritas.

El copto es la forma que toma entonces la antigua lengua de Egipto, con su alfabeto derivado del griego. El hebreo de la Palestina judía subsiste como lengua de cultura, penetrado por lo demás por términos griegos y abierto a una lengua vernácula próxima, el arameo, que asegura particularmente la comunicación entre las comunidades judías de Palestina y las de Irán, muy importantes. Más al norte, una vasta región sirio-mesopotámica escribe, al menos desde finales del siglo III, el siriaco, dialecto del arameo, practicado tanto en medios cristianos como en medios judíos, a una y otra parte de la frontera política. En la misma época, el árabe aún no ha conocido más que algunos alfabetos de reinos sedentarios aparecidos en los actuales territorios de Jordania y Yemen. Por último, en el extremo noroeste, el antiguo reino de Armenia, codiciado siempre por Roma y por Persia, recibe de Capadocia, a finales del siglo III, la religión cristiana y encuentra hacia el año 400 un alfabeto para su lengua. En resumidas cuentas, el siriaco y el copto sobre todo constituyen, en el interior del Imperio de Oriente, vigorosas unidades, no solamente lingüísticas sino también culturales, que no coinciden con las fronteras políticas y que difunden en el medio oriental influencias helénicas; no obstante, estas unidades son al mismo tiempo otras tantas disidencias o, por lo menos, insularidades, en primer lugar bajo la forma, a partir

de entonces dominante, de la confesión religiosa. La cristiandad siriaca, una vez más la más importante de estas comunidades, dará un ejemplo secular desde el concilio de Calcedonia (451). Además, existe una indiscutible relación entre la precocidad de la escritura vulgar, vernácula, y la del triunfo de la cristianización. Se verá claramente en la misión armenia, y se verá de nuevo más tarde en el caso de la misión eslava. Pero el entramado social y cultural de las lenguas desdibuja el trazado demasiado lineal de los territorios: el siriaco es hablado a las puertas de Antioquía y en la misma ciudad en el siglo IV; Juan Crisóstomo, que emplea el griego, observa un día de gran fiesta la presencia de campesinos que no le comprenden; el discurso de Libanios, el retórico portavoz de la ciudad, es exclusivamente helénico. En Jerusalen se reza en las lenguas vernáculas de Oriente. En Palestina, los doctores judíos discuten en hebreo, hablan arameo y entienden el griego. Por otra parte, el griego y el hebreo se mezclan en las inscripciones judías del país. En contrapartida, las de la sinagoga de Sardes, del siglo IV, están en griego, y muchas comunidades utilizan en sus oficios la traducción griega de las Escrituras, llamada de los *Setenta,* que Justiniano querrá imponer a todos.

Pero como acabamos de recordar, este mundo, en la diversidad de sus lenguas, es también un mundo de lo escrito. Y las formas de lo escrito son tan variadas como sus funciones. La ciudad practica asiduamente hasta principios del siglo VII la antigua costumbre de las inscripciones, sobre piedra o en mosaico, de decisiones legislativas, aclamaciones, lápidas sepulcrales, consagraciones de iglesias, límites de dominios o aldeas e, incluso, listas de contribuyentes: una palabra múltiple, por lo general, aunque no únicamente, en griego, y no solamente en las ciudades sino también en los campos alejados. ¿En beneficio de quién? La pregunta no puede ser respondida todavía. De todas formas, el número de textos que podían ser leídos hace suponer una cierta alfabetización; a partir del siglo VIII se ha observado que el número de inscripciones es bastante limitado y su contenido considerablemente diferente, de lo que se infiere un cambio cultural a este respecto en los territorios que seguían siendo bizantinos. Posteriormente, el papiro, fabricado con las fibras de las largas hojas de la caña del mismo nombre, se emplea en el trabajo de los despachos administrativos y de las oficinas notariales, en la correspondencia y en las contabilidades privadas o monásticas. Lo produce Egipto, donde crece la planta, y donde constituía ya un monopolio real en la época helenística. Egipto ha legado millares de documentos de la época bizantina, conservados gracias a su clima seco. Algunas piezas provienen también de Constantinopla, y de un importante hallazgo hecho en una aldea del sur de Palestina, Nesana. Se aprecia en ellas la escritura cursiva empleada en los negocios y contratos, los procedimientos de medida, la manera de efectuar las cuentas y sus operaciones, variables de una a otra región, según las tradiciones. Desgraciadamente, este frágil material apenas ha sobrevivido en el Imperio de Oriente. Por otro lado, en el curso de esta primera época, el papiro es ya sustituido, para la reproducción de libros, por el pérgamino, la piel de carnero especialmente preparada «a la manera de Pérgamo» (*pergamenum*). El libro acaba de adquirir en los siglos IV y V la forma con que lo conocemos hoy, la de *codex,* conjunto de hojas encuadernadas. Pero su escritura es aún poco propicia para la reproducción fácil y rápida, por lo que conservamos relativamente pocos manuscritos de la época. Esta forma de escritura sólo puede alcanzar una circulación limitada, en el seno

de una élite de poder y de saber, lo que no plantea ninguna dificultad, ciertamente, para tal obra historiográfica, o tal tratado dogmático, ni tampoco para los textos escriturarios destinados a la lectura pública en la iglesia. Pero, ¿que relación se puede establecer entre lo escrito y lo oral en caso de obras tan ampliamente apreciadas como auténticas, concernientes a reputados santos? La cuestión sigue sin tener una respuesta.

Además, el discurso pronunciado no es el habla corriente, como se sabe, pues permanece fiel tanto a las reglas de la retórica como al selecto lenguaje de los clásicos, que los jóvenes estudian en la escuela. En esta forma, pues sólo conservamos el testimonio escrito, el discurso oral conserva, en el umbral de nuestro período, la antigua importancia de su función urbana. Las ciudades tenían tradicionalmente su retórico, portavoz y al mismo tiempo profesor de elocuencia. Este personaje está muy definido en el siglo IV, y Libanios de Antioquía, muerto hacia el 393, es un ejemplo perfecto de él. Pero pasa a un segundo plano, aunque sin desaparecer aún, en el siglo V, cuando surgen Procopio de Gaza, bajo el reinado de Anastasio, y Coricio de Gaza, bajo el de Justiniano. A partir del siglo IV, la función del discurso público pasó en parte a los obispos de las ciudades, procedentes del mismo medio, con la misma formación clásica. Y con esta forma, se marchita en el siglo V.

A las puertas de la Romania

En el 395, el Imperio de Oriente se encuentra frente a países cuyo desarrollo político es muy desigual y cuya historia se está haciendo. Los grandes rasgos de esta situación inicial, que siguieron en vigor hasta los cambios geopolíticos del siglo VII, se prolongan más directamente hasta alrededor del 460.

En primer lugar está la cuestión de los imperios. Pues el Imperio Romano de Oriente no sólo está en relación con el Imperio de Occidente, y recíprocamente, sino también con el inmenso Imperio Persa, que se extiende de la Mesopotamia a la India y del Caspio al golfo Pérsico, y es el único Estado bárbaro que Bizancio acepta reconocer como semejante, sea en condición de adversario, sea en condición de interlocutor. Se vuelve a encontrar allí, en efecto, un soberano altísimo, una Iglesia de Estado, subsistencia de la antigua religión zoroástrica, una administración y una cultura escrita, ciudadanos y grandes propietarios y una moneda que circula fuera de sus fronteras. Las ciudades de la Mesopotamia son ocupadas y recuperadas alternativamente por las dos potencias, pero también el reino de Armenia, cuyos límites y libertades oscilan a merced de los conflictos, y que ya apoya su personalidad política sobre una Iglesia nacional. Otros reinos se interponen también entre Bizancio y la desembocadura del mar Rojo en el océano Índico: el reino etíope en tierra africana, convertido al cristianismo en el siglo IV por una misión llegada de Alejandría, con el Yemen delante, en el ángulo meridional de la península arábica, estado urbano y comercial cuya misión llegó de Etiopía en el siglo IV. Y finalmente, en el frente de la estepa siria, los árabes nómadas, organizados en confederaciones de tribus, agrupados alrededor de un jefe, unos a favor de los persas conducidos por los lajmíes, otros a favor de Bizancio, dirigidos por los gasaníes.

Los primeros movimientos, que prolongan los del siglo IV e incluso los del III, se producen en los Balcanes. Las relaciones territoriales con el Imperio de Occidente incluyen los países danubianos y, muy especialmente, el problema germánico. Los godos habían franqueado la fatídica barrera del Danubio, en el año 376, procedentes de Ucrania, donde eran acosados por los hunos. Hambrientos, atraídos por la prosperidad y la seguridad de las provincias imperiales, acudieron en tropel a Tracia, donde compatriotas, vendidos antaño como esclavos, y tránsfugas les habían ayudado, principalmente revelándoles los escondrijos del trigo. En el 378 alcanzaron Andrinópolis, consiguiendo una victoria en el sitio en que, cosa inaudita, el emperador Valente, responsable de Oriente, encontró la muerte. Durante todo el final del siglo, soldados, bandoleros o agresores pulularon por la región, y hasta Constantinopla, junto con otros germanos. Pero en el año 400, los godos del jefe Gainas, presentes en la capital, son exterminados y, al año siguiente, el gobierno consigue desviar al jefe Alarico hacia Italia, liberando así la Iliria bizantina. Sin embargo, ésta permanecerá en peligro durante todo el siglo V, hasta el momento en que el ejército y los mismos medios allegados al emperador acogen a los guerreros germánicos.

La migración de los hunos tiene un significado diferente. Sus controvertidos orígenes se sitúan en todo caso en esa reserva del Asia Central de donde surgen a lo largo de los siglos, con travesías y fortuna variables, otros pueblos de jinetes que aparecieron más lejos, ávaros, búlgaros, magiares, turcos, mongoles. Lo que la arqueología deduce de su cultura material manifiesta aportaciones siberianas, iraníes y helenísticas. En el 370 están a orillas del Volga, que dejan atrás en el 375. Su expansión en Ucrania y el bajo Danubio se realiza en detrimento de los godos que se encuentran allí. Avanzan en varias direcciones: hacia el oeste, llegando a Panonia (la actual Hungría) en el 405; hacia el sur, con una trayectoria a través del Cáucaso que atañe a la vez a Bizancio, Persia y, entre ambos, Armenia; y, finalmente, hacia el Extremo Oriente, donde se hallan los heftalitas, en los confines de Persia y la India, un reino atestiguado por sus monedas. Como todos los bárbaros en movimiento en esta época, los guerreros hunos sirven como mercenarios a Bizancio, a Persia e incluso a Armenia, o, lo que es más frecuente, se dedican al saqueo. Sus incursiones en las provincias bizantinas del Asia Menor, desde los últimos años del siglo IV y durante la primera mitad del V, les proporcionan prisioneros a los que liberan a cambio de tributos que Bizancio acepta pagarles a partir del 430. En consecuencia, su civilización progresa. Su dominio se estabiliza a partir del 420, especialmente sobre el Danubio medio, y toma la forma característica de un Estado fundado sobre el cobro de tributos, sistema que alcanza con Atila su apogeo entre el 435 y el 453, año de su muerte. En el 449 recibe una embajada de la costa bizantina, uno de cuyos miembros, Prisco, dejó una descripción de la residencia de madera, de la etiqueta de la comida real y de su propio viaje por el país sometido a los hunos, en que el interés llega a menudo a la admiración. En el dominio persa, otra rama de los hunos combatirá al servicio de Armenia en el 452. Hacia finales del siglo, vuelve a hacerse la oscuridad sobre ellos, ocultando a los sosegados «romanos» el lento avance de tormentas más violentas.

UNA FACHADA ANTIGUA Y SÓLIDA

Este territorio, tan diverso por sus paisajes y por sus hombres, es un espacio económico, social y político cuya organización se articula según tres formas muy antiguas: la *polis,* ciudad y territorio al mismo tiempo, la primera dominando —y atrayendo— al segundo; la aldea (*komè*), hábitat agrupado y terruño a la vez, pero a una escala más reducida, sobre todo diferente, y, en su conjunto, campesino; y, por último, el desierto, el «espacio vacío» (*eremos*). La historia social de Bizancio aparece constituida, pues, por las relaciones entre estas formas, hasta los cambios que tienen lugar en el siglo VIII, pero, fundamentalmente, hasta el umbral ya mencionado del 460. Aún está por decidir nuestro modo de enfocar el tema. ¿Habrá que partir, como sin duda lo haríamos espontáneamente, del conjunto de cuestiones económicas, medios y agentes de la producción, productos, intercambios, estilo de las variaciones coyunturales, todo ello lo bastante familiar como para que las respuestas, sean cuales sean, parezcan la introducción más directa a la comprensión de una sociedad tan remota, y de su evolución? O, por el contrario, ¿habrá que considerar en primer lugar el sistema político y cultural, es decir, los poderes, la ideología, los medios de comunicación, las costumbres de la vida material? Es evidente que cada una de estas instancias remite a la otra. Sin embargo, parece aconsejable empezar por la segunda, porque la red del poder imperial y de su administración, la ciudad convertida en urbe provincial, la aldea rural, el desierto pronto poblado de monjes, se ordenan en este caso como niveles siempre presentes del pasado, para constituir una estructura social cuya historia se sigue en el curso de este primer período de Bizancio: una historia que sólo podremos leer y comprender a través del entramado secular de sus continuidades.

La cabeza

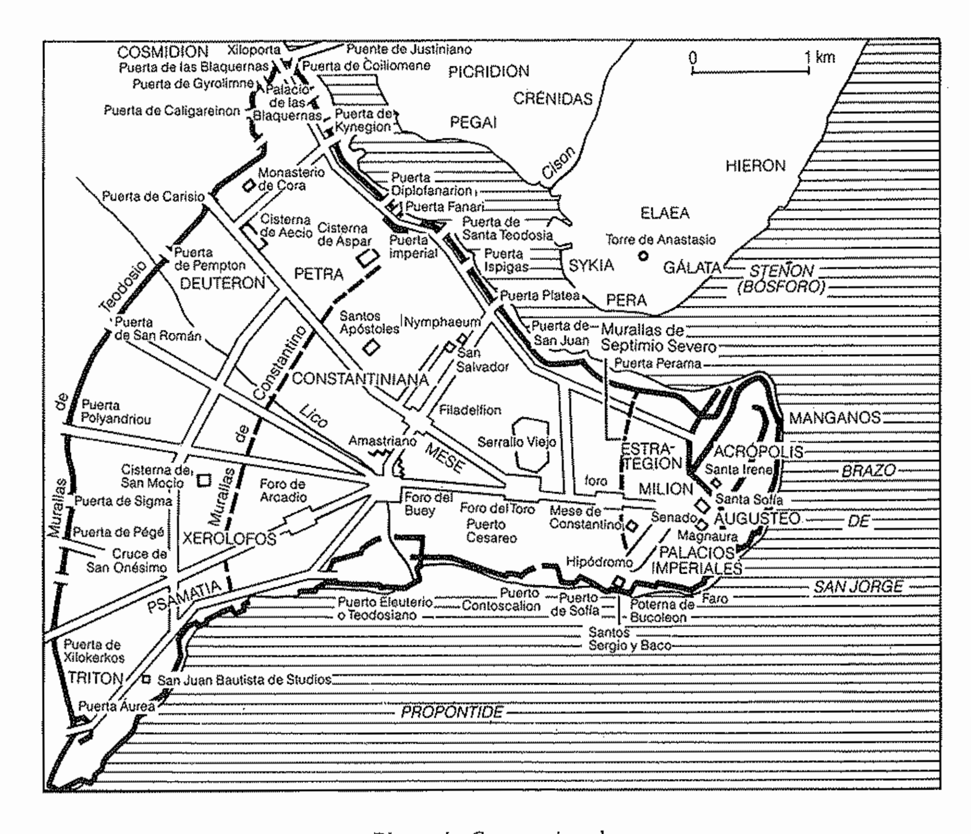
A escala de todo el territorio, y en el nivel histórico más reciente, se encuentra el poder del emperador en su capital. Él es la cabeza del ejército y del aparato administrativo, además de la fuente de la legislación, a través de los juristas. Estas competencias, fácilmente inteligibles para nosotros, son de hecho una aplicación práctica de la definición fundamental del emperador, elaborada a partir de Augusto sobre teorías griegas y modelos orientales, ya intuida en realidad por Sila y César, enriquecida por las ideas estoicas y completada de manera decisiva en el siglo IV por la cristianización. El emperador encarna en todo momento la salvación presente y futura del Imperio y, por tanto, del orden universal, ya que el Imperio es considerado, legítimamente, el imperio del mundo. Es portador, en consecuencia, de la victoria militar. Preside los concilios de la Iglesia y castiga como crímenes las faltas a la ortodoxia o a las normas que ésta define: el orden imperial es, en efecto, desde Constantino, un orden cristiano. Es la fuente de la ley, elaborada por su círculo de legistas. A este respecto, el gran acontecimiento del siglo V es la promulgación, en el año 438, del *Código Teodosiano,* recopilación puesta al día de las constituciones imperiales del siglo III, y, sobre todo, del IV; una recopilación exclusivamente latina, que será sustituida en el Imperio de

Oriente por las ulteriores codificaciones justinianeas. En una palabra, el emperador es el símbolo viviente del sistema que ordena el mundo. Marfiles, medallones, monedas y estatuas difunden su imagen, concebida a partir de un repertorio antiguo, inspirado en parte en el vecino persa y enriquecido finalmente por la cristianización.

El servicio tanto de su persona como de su vida conyugal y familiar está asegurado por eunucos que ejercen una influencia política directa en las rivalidades y las intrigas que le rodean. La sucesión está justificada al mismo tiempo por la filiación y por la victoria, dos principios inevitablemente contradictorios, hilos conductores de la historia bizantina. A ello se añade la aprobación del ejército y de los órganos centrales, como el senado. Ciertamente esto no sucede así durante la primera mitad del siglo V, ocupada, tras la muerte de Arcadio en el año 408, por el reinado de su hijo Teodosio II, hasta el año 450, puesto que los vínculos entre las familias imperiales de Oriente y de Occidente son aún patentes. Por otra parte, hay que reparar también en el papel desempeñado por las mujeres imperiales: la primera, Eudocia, esposa de Arcadio, y la segunda, esposa de Teodosio II, tienen un poderío a la medida de sus maternidades. Por el contrario, la hermana mayor de Teodosio II, Pulqueria, hace voto de virginidad en el palacio y recibe su primer cometido al advenimiento de su joven hermano, después entra en conflicto con su cuñada y, finalmente, transmite el Imperio al general con el que se casa en el ocaso de su vida, Marciano (450-457). León I, sucesor de este último, es el primer emperador coronado por el patriarca de Constantinopla. La ceremonia, evidentemente, nació de la ausencia, en este caso, de cualquier transmisión familiar o conyugal. Pero está muy en la línea de la teoría imperial y se convierte, pues, en un elemento obligado de la entronización.

Qué duda cabe que a partir de ella el nacimiento de Constantinopla revista también un carácter simbólico. La historia ha demostrado hasta qué punto fue acertada la elección del emplazamiento, teniendo en cuenta la red de rutas norte-sur y este-oeste por tierra y por mar y, fundamentalmente, las necesidades estratégicas. Se ha observado igualmente que la partición del Imperio correspondía a la superposición de civilizaciones cuyos estratos residuales no podía borrar la conquista romana. Además, el poder imperial, acostumbrado a estancias en Milán, Tréveris, Arles o Antioquía, según las necesidades de la guerra, habría podido desear abandonar la vieja Roma, sede de Pedro, es cierto, pero también de una aristocracia senatorial demasiado marcada por la herencia histórica de la ciudad. Todo esto es verdad. Pero es importante subrayar desde un principio que la Nueva Roma nace de un traslado de la antigua. La minuciosa reproducción del emplazamiento, con las siete colinas, la división en regiones y los principales edificios, transfiere a las orillas del Bósforo la eternidad de Roma, tan esencial como la victoria perpetua del emperador. En una sociedad como ésta, la capital no es simplemente la primera ciudad sino, ante todo, el corazón del poder imperial en su inmutable duración. Sin embargo, la Nueva Roma, oriental y cristiana, será diferente. El senado, reclutado entre los notables de las municipalidades de las provincias, no igualará jamás la altura aristocrática y cultural del senado romano de la misma época, ni su voluntad de poder. El emperador y su pueblo quedan aquí cara a cara, sin intermediario político. EL emperador vive en su palacio, lugar ceremonial cuya importancia no cesará de crecer. Aparece ante el pueblo

en su palco del hipódromo para presidir las carreras de caballos celebradas bajo los auspicios de los cuatro colores, blanco, rojo, azul y verde, los dos últimos los únicos atestiguados normalmente. El hipódromo es la imagen del mundo y de su orden, y sus victorias los signos del destino. El emperador oye allí los clamores, incluso despacha determinados asuntos, y a veces ejerce una justicia expeditiva. Por su parte, las iglesias, sobre todo la de los Santos Apóstoles, donde está sepultado Constantino, componen con sus advocaciones el programa de la capital cristiana. En cuanto al pueblo, hereda el antiguo privilegio del pan a bajo precio o gratuito, vinculado a la posesión de un inmueble en la ciudad. Constantinopla cuenta también con casas de una gran opulencia, cuyo lujo inspira los sermones de predicadores como Juan Crisóstomo, así como los relatos de los provinciales. La ciudad se poblará rápidamente y Teodosio II construye una segunda muralla después de la de Constantino. Pero en el espacio intermedio, la población sigue creciendo. Finalmente, la Nueva Roma posee el mismo dispositivo administrativo y fiscal que la antigua, a cuya cabeza está el prefecto de la ciudad.



Plano de Constantinopla

Los medios

El ejercicio del poder imperial en las provincias se define ante todo por la exigencia de la fiscalidad. Probablemente haya sido en el año 297 cuando entró en vigor una reforma fiscal que, al parecer, retomaba los viejos dispositivos de las monarquías helenísticas, en el marco del aparato administrativo emanado del Imperio. Las recaudaciones fiscales proceden fundamentalmente de la tierra, gravada según su condición: viñedo, olivar, sembrado, pasto y maleza siguen un orden de valor decreciente, según un cálculo de la superficie (*jugatio*). Los miembros de la familia, desde la adolescencia a los 65 años, pagan un impuesto personal, la *capitatio* (*caput*, 'cabeza'). El conjunto de cálculos así efectuados representa la base tributaria del contribuyente, y las declaraciones son puestas al día cada cinco años. Este sistema perdurará durante siglos, a pesar de las apariencias, pues su solidez corresponde a la prioridad del campo en la producción. El Estado ejerce así un derecho eminente sobre todo el suelo del Imperio, lo que no representa ninguna novedad. Pero este derecho toma tanto la forma de una exigencia fiscal sobre los contribuyentes, como la de una propiedad de las «tierras del fisco» o, incluso, la de la propiedad específicamente imperial: merced a una significativa ambigüedad, en esta época no se hace una distinción clara entre ellas. El impuesto directo sobre el sector de productos artesanales y de servicios no tiene una importancia comparable. En el año 498, Anastasio suprime el impuesto «en oro y en plata» (*chrysargyron*), que gravaba desde Constantino la producción urbana de bienes y servicios. Esta medida es acogida con satisfacción por los portavoces de la Iglesia, que se indignan de que el Imperio deduzca, por ejemplo, un tanto sobre las ganancias de la prostitución. En contrapartida, las cargas fiscales específicas recaían sobre tal o cual categoría de contribuyentes.

Este Imperio, con una administración tan sólidamente elaborada y organizada, no tiene verdaderamente un presupuesto global de ingresos y gastos. Los ingresos fiscales en sus diferentes formas no son más que las respuestas a las exigencias públicas, dictadas en principio por las necesidades del momento y del lugar. Son reclamados en el campo, base del sistema, en forma de granos o de otros artículos y de suministros diversos como vestimenta para el ejército. Deben cubrir los sueldos militares y los salarios del palacio o de la función pública en los que intervienen raciones y provisiones, y, finalmente, contribuir al abastecimiento de trigo de Constantinopla y, al parecer, de Alejandría. Pero es esencial comprender que la presentación de reclutas para el ejército, al igual que la remonta de caballos, se efectúan a título de impuesto, y no constituyen una obligación diferente de derecho público. Todas las exigencias se reparten, pues, en función de la base tributaria definida como más alta. Las peticiones en especie se pueden conmutar por un pago en monedas de oro (*adaeratio*), pero sigue siendo la autoridad quien hace el cálculo y, sin duda, quien decide la opción. Al final del siglo V, Anastasio decreta el pago obligatorio en monedas de oro, lo que apenas modifica la realidad: tanto antes como después de esta medida, la práctica de requisas en especie, la ausencia de una verdadera libertad de conmutación o las compras que la autoridad efectúa a un precio arbitrario (*coemptio*), constituyen otros tantos excesos de la carga fiscal oficial, fácilmente ordenados a todos los niveles. También es una práctica normal, a despecho de reiteradas ordenanzas, el sobrepasar el im-

porte fijado para los honorarios de los jueces. La función fiscal, en todas sus formas es, pues, siempre la máxima, mientras que los cargos son venales y con una responsabilidad financiera ante el Estado: el sistema ofrece una perfecta coherencia.

La ausencia de presupuesto, en el sentido moderno de la palabra, explica igualmente otro aspecto de la fiscalidad de la época: la institución de tareas obligatorias a manera de impuestos, por medio de las cuales el Estado se asegura determinados servicios públicos según categorías apropiadas de contribuyentes. El sistema afecta al campo, donde los campesinos sirven, a título de prestación de interés público, al mantenimiento de los caminos, por ejemplo. Pero concierne sobre todo a las ciudades, y fundamentalmente a los gremios, los colegios, de los que se hablará más adelante. El abastecimiento de trigo de Roma, cuya organización se reproduce en Constantinopla, proporciona el ejemplo clásico. Desde los armadores hasta los panaderos, pasando por los descargadores y los pescadores, toda la cadena es gratuita y fiscal. Es el resultado de una responsabilidad colectiva de las personas y, sobre todo, de las fortunas de las asociaciones, que se encargan de los repartos individuales difíciles. En contrapartida, otra característica de este sistema fraccionado es que a toda carga corresponde un privilegio, y a toda obligación específica una exención de la obligación normal, una inmunidad. Tal es, por ejemplo, la situación de 1.000 establecimientos pertenecientes a la Gran Iglesia de Constantinopla, que deben prestar el servicio de pompas fúnebres de la capital. Pues la inmunidad es de ahora en adelante una de las claves de las relaciones entre el Imperio y la Iglesia.

El ejercicio práctico del poder soberano está asegurado, por otra parte, por una administración y un ejército. Al inaugurar el poder personal, Augusto había superpuesto una administración aún patrimonial o, por así decirlo, privada, a la red de funciones de la república senatorial. El sistema administrativo y burocrático está claramente establecido a finales del siglo I, pero sufre en el siglo III diversas modificaciones, que se prolongan lógicamente en el siglo IV. Llevará siempre las huellas de su historia. En la época de la que nos estamos ocupando, presenta un entorno imperial y oficinas centrales por un lado, y ramificaciones provinciales por otro, en el ámbito de las diferentes circunscripciones administrativas. Esto da la medida de la importancia, no sólo de la red de caminos, cuyo trazado es una antigua herencia, sino del servicio de correos (*cursus publicus*) que salpica las rutas de postas (*mansiones*), cuyo uso, muy codiciado y a menudo usurpado, está reservado en principio a los funcionarios y a los obispos en sus desplazamientos en virtud del cargo, así como a los portadores de mensajes oficiales. El mantenimiento de las rutas y el aprovisionamiento de caballos de posta constituyen, pues, una carga fiscal de gran importancia.

El emperador está asistido por un consejo, que constituye a la vez el tribunal imperial, y del que forman parte, principalmente, su portavoz (cuestor del palacio sagrado), los dos ministros de finanzas, uno encargado del fisco y otro del patrimonio imperial, y el maestro de oficios, también llamado director de las oficinas centrales, éstas a su vez especializadas, pero conformando en su conjunto la cancillería imperial, es decir, la transmisión en los dos sentidos entre el poder supremo y su imperio. Se emplea un cierto número de técnicas y de conocimientos, que los jóvenes destinados a estas carreras deben aprender, fundamentalmente,

en la Escuela de Derecho de Beirut: derecho, formulario administrativo, escrituras específicas, procedimientos contables. Pero el sistema tiende constantemente a la uniformación y a la total eficacia. Los cargos son retribuidos, pero al mismo tiempo venales, lo cual tendrá importantes consecuencias en la fiscalidad. No hay ninguna distinción entre el dominio del Estado y el dominio imperial. Estas dos observaciones bastan para mostrar que nos hallamos frente a un sistema histórico vivo, y además duradero, ya que volveremos a encontrar su trama a lo largo de toda la historia de Bizancio.

En el ejército del Imperio de Oriente, a principios del siglo v, encontramos dos categorías: las tropas de asalto (*comitatus*), mandadas directamente por el poder central, y las guarniciones de provincias y, fundamentalmente, de fronteras. Los documentos en papiro de Egipto y de Palestina, las inscripciones de Cirenaica y de Siria arrojan luz sobre la vida de los miembros sedentarios de estas guarniciones, a menudo en servicio de padres a hijos, que poseían e incluso cultivaban tierras. Así, el Oriente del siglo v conoció un cierto desarrollo de los *limitanei,* o soldados de frontera, cuya tierra está exenta de las obligaciones fiscales comunes, pues el servicio militar es una de esas obligaciones en particular. En contrapartida, el reclutamiento del ejército móvil se hace tanto entre los campesinos, reclutados en virtud de la fiscalidad territorial, como entre los bárbaros, contratados como mercenarios que se pagan con los ingresos de esa misma fiscalidad. La proporción de bárbaros en el ejército imperial es considerable desde mucho tiempo atrás, desde los soldados rasos hasta los mandos supremos próximos al emperador. Los bárbaros combatían con sus propias técnicas y, además, el mismo armamento imperial había recibido la impronta de sus adversarios. El desarrollo de una caballería acorazada, particularmente, ya perceptible en el siglo IV, tendrá, por su eficacia y su coste, consecuencias importantes en la historia de Bizancio.

Desde Constantino, el poder imperial de Bizancio es también la moneda de oro, el sueldo (*solidus*), cuya estabilidad secular, mantenida hasta el siglo XI, revela una función ante todo política. El sueldo y sus múltiplos, la libra (72 sueldos) y el *centenarión* (100 libras), manejados en bolsas de cuero selladas, servían para pagar los tributos a los bárbaros y las compras en el exterior como la seda —que hace las veces de moneda internacional—, o los grandes gastos como las construciones, las dádivas imperiales y una parte cada vez mayor de las retribuciones civiles y militares, que comportan también, en principio, una parte de las raciones alimentarias y de los aprovisionamientos. Esta importancia imperial del oro explica la aspereza de las luchas por el control de las minas. El oro de Armenia es el objeto de las guerras entre Bizancio y Persia en los siglos V y VI, aunque el uso monetario interno de la segunda estuviera más bien fundamentado en la plata. Y será tanto más codiciado desde que el oro balcánico, a partir del siglo IV, sea menos accesible a Bizancio por diversas razones. El oro sudanés entra también en el circuito bizantino en el siglo VI, si nos atenemos al testimonio del mercader Cosmas Indicopleustes ('el que navega hacia la India'). Pero, sobre todo, el oro es el principal objeto de la exigencia fiscal, la forma privilegiada del ahorro privado. Los sueldos y los tercios de sueldos figuran en un lugar destacado en los pagos, los tributos, las ofrendas y en todos los gastos que sobrepasan la calderilla cotidiana. Esta última se acuña en bronce, en cobre mezclado con un poco de

plata, y se muestra tan viva y sensible a la coyuntura como la moneda de oro permanece inmóvil. La multiplicación de piezas cada vez más pequeñas, en ocasiones cortadas en dos en las primeras décadas del siglo V, indica el auge de las pequeñas transacciones. Pobre y sin otro valor que el fiduciario, la moneda de bronce representa la única elasticidad del sistema. También hay tensión entre el poder, que trata periódicamente de crear una moneda relativamente fuerte para aliviar el circuito del oro, y la masa de usuarios desprovistos de dinero. Entre estos dos polos, el oro y el bronce, la moneda de plata apenas desempeña papel alguno en el siglo V.

El abrumador peso de lo sagrado

Constantino hizo del poder imperial un poder cristiano. La constitución de un dominio propio de la Iglesia, el reconocimiento de una categoría social nueva, la de los clérigos, la delegación en la Iglesia de una tarea pública, específica y nueva también, la beneficencia, su autoridad garantizada por el poder imperial en el campo de la disciplina de una sociedad cristiana, y sobre todo en la definición de los dogmas de fe, tal es el balance conseguido por la Iglesia en el siglo IV. La sumisión a los dogmas se convierte, pues, en un deber cívico y su rechazo en una ofensa al Estado.

¿Qué cristianismo?

A principios del siglo V, el hecho cristiano se manifiesta en diversos niveles. En primer lugar, la difusión de la fe cristiana. El viejo politeísmo, portador de los valores históricos de la eternidad de Roma, ha sido desterrado. En el 392, es prohibido, y los bienes de sus templos son oficialmente confiscados. El Imperio de Oriente se cristianiza intensamente, en campos y en ciudades, a partir del siglo IV, e incluso del III. Sin embargo, hay pervivencias del paganismo. La ciudad de Gaza, por ejemplo, poseía un templo famoso, el Marneion, y el obispo de Gaza, Porfirio, muerto en el 420, sufrió en los comienzos de su episcopado los asaltos de los lugareños sublevados contra el tributo debido a su iglesia. La *Historia Filotea* escrita por Teodoreto, obispo de Ciro, en Siria del norte (¿393-466?) se refiere aún a la evangelización de una aldea de la región. Los árabes de las fronteras sirias no reciben un obispo hasta el 430. Por otro lado, el hecho de que la élite de la corte y de la función pública profese desde entonces el cristianismo, no impide a muchos hombres cultos adherirse a la filosofía neoplatónica. Justiniano reprimirá todavía, en diferentes ámbitos de la sociedad, la fidelidad, a los viejos cultos y, en el 580, una acusación de «helenismo» afectará incluso al patriarca de la capital. Y es que, en la práctica, la cuestión no se plantea con la falsa claridad de los documentos oficiales, sino en los términos de una continuidad tan oscura como profunda. El viejo calendario, con sus fiestas de Carnaval y sus farándulas, resistirá, tanto en la capital como en el medio rural, a siglos de cristiandad. Los conjuros mágicos contra la angustia de los bizantinos conservaron la nomenclatura de los dioses antiguos. El fervor de todos se destinará progresivamen-

te a los santos, cuya dudosa autenticidad no tenía nada que ver con el lugar que ocupan en la piedad de Bizancio y de los esclavos convertidos. Así ocurre con san Jorge y san Demetrio. Sus atributos, su iconografía y, a veces, sus lugares de culto, repiten los de las potencias honradas anteriormente, pero no se los puede reducir, ni mucho menos, a estos antecedentes: la cuestión es menos simple de lo que se creía a principios del siglo XX. Sin embargo, está en marcha un movimiento que excluye paulatinamente a los disidentes de la colectividad del imperio o, si se prefiere, que define cada vez más estrictamente los contornos de la romanidad a través de la ortodoxia del *credo*. Esto es cierto en cuanto al politeísmo, a pesar de las resistencias, pero también en cuanto a los judíos, apartados de las funciones públicas y cuyas relaciones con los cristianos se deterioran en la práctica, y, finalmente, en cuanto a las heterodoxias cristianas, algunas de las cuales serán, por otra parte, excluidas del Imperio por el avance del Islam.

El sistema cristiano del mundo y de la condición humana, como se ve en Bizancio a principios del siglo V, es el producto de una historia anterior que, a su vez, debe proseguir. Este sistema, del que trataremos más adelante, es conocido por los sermones de los grandes obispos de las urbes de finales del siglo IV y, sobre todo, por la masa de relatos piadosos y vidas de santos, redactados en su mayor parte en el medio monástico, para la edificación de los fieles y de los propios monjes o para la ilustración de monasterios y santuarios de peregrinación. Sus grandes rasgos proceden de una profunda transformación cultural, operada en el curso del siglo II e incluso del III, contemporánea, pues, del primer auge del cristianismo, pero no constituye, por tanto, una consecuencia evidente del mismo. En primer lugar, nos encontramos con una imperiosa demanda de salvación personal. Desde el siglo II, el Más Allá cristiano había sido descrito por una obra apócrifa, el *Apocalipsis de Pedro*. A finales del siglo IV, monjes sirios ponen en circulación un *Apocalipsis de Pablo,* más elaborado, que inaugura el modelo bizantino, a pesar del inmediato recelo de la jerarquía eclesiástica. No obstante, el tema del otro mundo no es entonces capital en la sensibilidad religiosa de Bizancio. Lo que aparece en primer plano es la multiforme presencia de los demonios, otra herencia del mismo período. A veces invisibles y tan sólo sentidos u oídos, a veces manifiestos en formas apropiadas, perro negro, ratón o «etíope» gigantesco, a veces incluso vistos sin que se les pueda describir, causan los accidentes, la enfermedad, el pecado y ese estado mórbido llamado posesión demoníaca, a través del cual se expresan los conflictos y desgracias de los hombres de esta época. Pero no es necesaria su intervención para que se perciba la precariedad de la existencia humana: las cosechas están amenazadas por las inclemencias del tiempo y las langostas, las poblaciones por las epidemias, el futuro es oscuro, y sus amenazas son a menudo el castigo por faltas colectivas, que es preciso dilucidar.

Es en este punto donde interviene el personaje del mediador, el hombre santo, que puede sanar a los enfermos, aliviar a los lisiados, multiplicar el alimento insuficiente, proteger los campos, revelar el porvenir, por medio de milagros de características similares a las de los del Evangelio. Este poder, masculino salvo insignificantes excepciones, es fruto de un retiro en soledad, en cuyo curso el santo hace la experiencia de una ascesis que le sitúa fuera de la condición humana corriente, por la privación de alimento y de sueño, la exposición al frío, el enfren-

tamiento cuerpo a cuerpo con los demonios y, sobre todo, la más estricta abstinencia sexual. Este último punto es también un elemento de la transformación mencionada más arriba, tal vez el más importante: la salvación y la santidad, y en el nivel común el mérito moral, dependerán en lo sucesivo de la privación sexual voluntaria y continua. Estaría fuera de nuestros propósitos tratar de considerar aquí los orígenes de esta evolución, menos simples de lo que parece; pero sus consecuencias culturales y sociales serán de primera importancia. De cualquier modo, los siglos V a VII constituyen el período más hermoso de la historia de estos santos, pues la sociedad en trance de cambio y, por tanto, móvil e inquieta, les confiere una función que, aunque no es institucional, no por ello es menos capital. El asceta ejerce libremente su mediación en toda la sociedad, desde su aldea o desde el retiro a donde se le va a buscar. Todas las categorías sociales desfilan al pie de las columnas en las que se encaraman los ascetas estilitas como Simeón el Viejo, no lejos de Antioquía, o Daniel, en un arrabal de la capital. La acción benéfica de los santos se ejerce después de su muerte en su tumba, además de ser una de las justificaciones del monaquismo y de su ascesis por medio del retiro al desierto. Estos movimientos son, sin duda, muy complejos en la realidad, y conciernen a la historia social de las formas de organización del espacio del que se habló más arriba.

La exigencia religiosa de la época honra también a los mártires, en sus tumbas verdaderas o supuestas, de los que se espera los mismos beneficios, y cuyas fiestas son ocasiones para una sociabilidad que abarca un radio más o menos amplio. Más adelante, la devoción colectiva tendrá otros destinatarios más, María sobre todo, hacia finales del siglo VI. Todo esto señala, en el umbral de la historia bizantina, los elementos a la vez esenciales y duraderos de la conciencia colectiva de arriba abajo de la escala social. Cuando el emperador Anastasio consulta al estilita Daniel, cuando Procopio, el gran historiador del siglo VI, compone un panfleto confidencial contra su amo Justiniano donde le atribuye una naturaleza y unos poderes demoníacos, salta a la vista que las creencias que acabamos de describir no conocen de ningún modo las barreras sociales o, si se prefiere, culturales, que supondría nuestra razón moderna.

En pos de la creencia, las modificaciones seculares normalmente asociadas a la cristianización afectan a la disciplina sexual, conyugal y familiar, ya esbozadas en el siglo II. El discurso de san Pablo, que coloca la virginidad en el primer lugar de su escala de valores, seguida de la castidad y el matrimonio, expresa una corriente que vuelve a encontrarse en la cultura imperial de su tiempo, y no en la del judaísmo rabínico, dominante a partir del mismo siglo II. La elección de la virginidad, el rechazo de las segundas nupcias, la ruptura de las relaciones conyugales consentida por los propios cónyuges, la práctica del matrimonio espiritual, donde estas relaciones se consideran ausentes desde un principio, así como las opciones ascéticas que parecen haber gozado de favor en el siglo IV e incluso en el V, y que no implican abandonar un marco social ni, fundamentalmente, la familia. No obstante, la Iglesia la vigila con inquietud, pues prefiere la elección, claramente expuesta, de matrimonio o retiro, que impondrá paulatinamente a lo largo de los siglos. Así pues, condena violentamente los matrimonios espirituales y tiende a constituir a las vírgenes en grupo en última instancia mantenido por la beneficiencia, como en el caso de las viudas, definidas canónicamente como

tales cuando, alcanzada la edad de sesenta años, se considera que su estado es definitivo. Por otro lado, la multiplicación de solitarios y de comunidades de monjes es también una expresión de abstinencia sexual. Pero esta abstinencia plantea tantos problemas que volveremos a hablar de ella más adelante. La Iglesia es parte de su época, una época favorable a la opción del celibato pero que, por otro lado, estrecha los lazos de la familia. Sin duda, la diferencia a este respecto, entre la relativa libertad romana y las costumbres del Oriente imperial, es antigua. La formulación cristiana se afirma en todo caso sobre dos puntos: la constitución del vínculo matrimonial y los impedimentos del matrimonio. La necesidad de la bendición nupcial no llegará a ser de derecho en Bizancio hasta el final del siglo VIII, y la libertad de divorcio de la ley romana se desvanecerá lentamente, pero sin desaparecer jamás. La creciente validez de la petición de mano, testimonio de una influencia oriental, y quizá más concretamente judía, junto con su precocidad, especialmente en cuanto a las jóvenes, manifiestan sobradamente la importancia social de las alianzas. La elaboración de impedimentos a causa de la consanguinidad, la alianza o el bautismo están en el mismo orden de cosas. La sociedad del Imperio de Oriente parece haber tenido, en el punto de partida de nuestra historia, una tendencia a superponer los lazos de la alianza a los del parentesco, es decir, al matrimonio de primos carnales. La vigilancia de la Iglesia supera poco a poco los impedimentos enunciados sobre el particular en el Antiguo Testamento, y el legislador le da la réplica. La extensión de las prohibiciones proseguirá hasta finales del siglo X, que marca el límite del sistema: al fin y al cabo, tanto la infracción como la regla tienen el mismo sentido de fortalecimiento del parentesco como célula social. Es mucho menos evidente, por otra parte, que la moral conyugal haya sido modificada directamente a principios del siglo IV. El giro a este respecto se revela en todo el Imperio a partir del siglo II; además, la condición femenina en tierra griega o helenizada no es, no fue jamás, la de la mujer romana, aunque los sermones de Juan Crisóstomo lo puedan sugerir.

¿Y qué Iglesia?

La cristianización significa que la Iglesia define en la sociedad un grupo sumamente complejo y, por otra parte, que se establecen relaciones de derecho público entre la institución eclesiástica y el poder imperial. A principios del siglo V, la Iglesia de Bizancio presenta ya los grandes rasgos de su organización definitiva. Hace suya la división administrativa del Imperio: en las ciudades, obispos, en las capitales de las provincias, un metropolitano. En el año 381, el concilio de Constantinopla trazó el primer esbozo del sistema de patriarcados, que acabó por reconocer dignidad eminente a las cinco sedes de Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, en razón de su lugar en la historia cristiana y, a la capital, su dignidad imperial. Cada una de ellas tiene bajo su jurisdicción una región del Imperio. El sistema será confirmado por el concilio de Calcedonia que, en el 451, sitúa a Roma y a Constantinopla en pie de igualdad, y plenamente elaborado en el siglo VI. El patriarcado de la capital se llama «ecuménico» ('universal') y, más tarde, desempeñará un papel político y diplomático primordial. Los obispos tienen su sede en las ciudades. Sus subordinados, los *jorepiscopoi* u

obispos «de la campiña», se encargan de ésta y, en particular, de las aldeas más importantes. Después, los sacerdotes están al cuidado de las iglesias de las ciudades y los pueblos. Aparecen en las inscripciones y en otras partes como ciudadanos ilustres. El sistema episcopal se extiende incluso a los nómadas: en el 430 se crea un obispado de los «sarracenos» en el límite del desierto. La clericatura, como categoría de derecho, comprende igualmente a los diáconos, los subdiáconos y los lectores. También se pueden incorporar a este medio las vírgenes y las viudas, a las que nos referimos más arriba. Las tumbas provinciales muestran como diaconisas a viudas madres de hijos adultos.

Todo esto constituye la Iglesia de los clérigos, urbana o aldeana. ¿De qué vive? El problema de los bienes de las iglesias, de los bienes personales de los clérigos y de las relaciones entre ambos no ha dejado de plantearse desde que Constantino reconoció la personalidad moral de los establecimientos eclesiásticos. Muchos teóricos de la Iglesia deseaban que los sacerdotes no tuvieran actividades lucrativas y vivieran por y para su tarea, como sucediera antaño en el caso del sacerdocio del Templo judío: las *Constituciones Apostólicas*, escrito utópico del siglo V, desarrollan aún más esta idea. De hecho, las leyes del siglo IV, así como las lápidas funerarias de las provincias bizantinas, dan cuenta de que los sacerdotes, y aún más los diáconos, ejercían a menudo un oficio. En lo referente a las iglesias, a partir del siglo IV tienen bienes y rentas, como, sin duda, el patrimonio de los templos del Asia Menor, pero, sobre todo, constantemente, donaciones en inmuebles, dinero y rentas que hacen los fieles, desde el emperador al campesino, y que las iglesias exigen, al menos implícitamente, por la mediación religiosa, la salvación esperada y la gracia recibida. La *Vida de Olimpia*, debida a Juan Crisóstomo, celebra la fabulosa fortuna, en dinero e inmuebles, que esta mujer, que escogió el celibato y el estado de diaconisa, legó a la iglesia de la capital. Ésta poseía, por ejemplo, centenares de tiendas de artesanías; la Iglesia de la Resurrección de Jerusalén poseía inmuebles de renta en la ciudad. En el siglo VI, el patriarca de Alejandría arma barcos comerciales. Las iglesias de aldea se encuentran, en menor escala, en las mismas condiciones, pero puede ocurrir que sean privadas, si la aldea en cuestión está situada en un dominio, caso frecuente en Egipto.

Desde la época de Constantino, el principio rector del patrimonio eclesiástico está claramente expresado: está destinado a la beneficiencia, que apunta a un grupo social de reciente definición —pobres, vagabundos, ancianos, enfermos—, del que trataremos más adelante. El régimen de este patrimonio sufre las consecuencias: en primer lugar, los bienes de la Iglesia son inalienables, las derogaciones oficiales son motivadas por circunstancias particulares. Así, la Iglesia de Misia es autorizada a vender inmuebles porque necesita fondos para rescatar prisioneros, que es una forma de beneficiencia. En la práctica, las iglesias arriendan a menudo sus tierras a muy largo plazo. Después, las iglesias y los clérigos entran en el sistema fiscal descrito más arriba. Constituyen una categoría de contribuyentes con cargas específicas e inmunidades compensatorias de estas últimas. Cargas de beneficiencia, pues. Inmunidades respecto de las cuales el legislador vacila largamente, tanto en razón de la importancia de los bienes de la Iglesia como de los bienes privados conservados por los clérigos. La cuestión trae pronto a colación esa otra Iglesia, diferente por su origen y evolución, que es la de los monjes

y que el concilio de Calcedonia del año 451 reconoce por primera vez. Las disposiciones fiscales y patrimoniales o los mecanismos de donación que acabamos de indicar se aplicaron entonces a los monasterios, así como a las instituciones de caridad, al cuidado de los mismos, que se multiplican en aquel momento. A principios del siglo V, los monjes constituyen ya una fuerza cultural y social muy importante, original conjugación de éxodos campesinos y de impulsos espirituales de gentes instruidas, pero aún no son una institución. Les dejamos, pues, en el lugar en que volveremos a encontrarlos más adelante en el curso de la evolución de la sociedad.

Probables resbalones, desviaciones seguras

La Iglesia es públicamente competente en cuanto a su disciplina interna, a la de los cristianos, y al dogma. Toma sus decisiones en concilios, unos regionales, otros ecuménicos. El emperador los preside de derecho. Su carácter público se pone de manifiesto en el uso de las postas por los obispos que se reúnen en ellos. Por otra parte, los doctores más influyentes, en primer lugar Basilio de Cesarea, muerto en el año 379, han puesto los cimientos del derecho canónico bizantino en respuesta a cuestiones planteadas o a partir de casos concretos. La Iglesia dispone de su propio sistema de penas, exclusivamente espirituales, entre las que la más grave es la exclusión del culpable por un tiempo proporcional a su falta. Pero está sustentada por el brazo secular o, mejor dicho, es un poder único, por un lado espiritual y por el otro político, que define y castiga las desviaciones, tanto en los comportamientos (fidelidad a los viejos rituales mágicos, transgresiones de las normas matrimoniales, sexualidad desviada), como en la profesión de la fe cristiana. Tal es al menos el principio del poder en Bizancio. La realidad, sin duda, no siempre se corresponde con él.

En primer lugar, no faltan motivos de conflicto entre la autoridad pública y las exigencias de la Iglesia. Las vacilaciones del legislador a propósito de la inmunidad de los clérigos lo muestra claramente. El derecho de asilo en el recinto de los edificios eclesiásticos es un ejemplo perfecto: su principio es reconocido, sus límites son objeto de un bando público. En contrapartida, el poder imperial se esfuerza por restringirlo de manera que no ponga en jaque el orden social, por ejemplo en el caso de los esclavos; y la Iglesia se adhiere en conjunto a esta posición. Igualmente, la entrada en la clericatura o en el monasterio podía aparecer como el medio de escapar a otras obligaciones, como las de las curias urbanas o los colegios profesionales. El legislador se esforzó desde el siglo IV por atajar estas evasiones haciendo hincapié en que el patrimonio de los individuos quedaría en este caso en la asociación, en razón, se les recuerda, de su responsabilidad colectiva.

Más adelante, no toda la Iglesia, ni mucho menos, suscribe el dogma cuyo campeón secular es el poder. Las herejías que la dividen son, a decir verdad, de dos tipos completamente diferentes. Unas definen en el interior del Imperio territorios enteros que no comparten ya el *credo* de la capital. Otras, con nombres diversos, se reducen a una única y poderosa corriente de subversión del orden social cristiano en nombre de un cristianismo radical.

El gran debate teológico que atraviesa el siglo V se refiere a la relación de las personas en la Trinidad o, en otras palabras, a la Encarnación. Según el arrianismo, ya en el siglo IV, el Hijo es una criatura del Padre, que le precede; en tanto que Verbo, Él creó a su vez al Espíritu Santo. El arrianismo, palabra derivada del nombre del sacerdote alejandrino Arrio, había sido condenado en el concilio de Nicea, en el año 325, y de nuevo en el segundo concilio ecuménico de Constantinopla, en el 381. Nos es difícil, hoy día, no el entrar en la polémica en sí, sino comprender la amplitud de los movimientos que provocó. Únicamente podemos proponer dos observaciones sobre este punto. La primera es que Cristo es ya en esa época objeto de una adoración lo bastante ferviente, como para que el pueblo cristiano espere de sus doctores la exaltación, al mismo tiempo, de su poder divino y de su proximidad humana. La segunda observación es que los debates del siglo V revisten una dimensión regional ya perceptible en la controversia arriana: la sede de Antioquía y la de Alejandría, la capital, los monjes sirios y los monjes coptos, y tras ellos las poblaciones, trazan en este debate una red de particularismos cuya duración, que sobrepasa incluso la conquista árabe, da una buena prueba de su arraigo. El Occidente germánico, por su parte, había recibido la evangelización en la forma arriana, lo cual tiene su peso, en el contencioso evocado más arriba entre los godos federados y los habitantes de Constantinopla alrededor del año 400.

Conocemos el debate por la polémica, las actas de los concilios y las *Historias eclesiásticas*, principalmente la de Teodoreto, obispo de Ciro, que llega hasta el 428. Este debate no se cerró en el siglo V, pues giraba en torno de los términos «naturaleza» (*physis*) y «persona» (*hypostasis*). La escuela de Antioquía profesa que las dos naturalezas, la divina y la humana, coexisten en la persona de Cristo, aunque permanecen perfectamente diferenciadas, de manera que sólo el hombre, en sí mismo, nació de María y sufrió en la cruz. Nestorio, portavoz de esta doctrina, llegó a ser patriarca de Constantinopla en el año 428, por lo que se apoyó en la autoridad imperial. La escuela de Alejandría defiende, por el contrario, la unión de las dos naturalezas en la persona de Cristo. A Nestorio se opone el patriarca Cirilo, respaldado por Roma y por los monjes coptos, a cuya cabeza está Quenudi, abad del monasterio Blanco de Atripa, en la Tebaida. El tercer concilio ecuménico, reunido en Éfeso en el año 431, se muestra favorable a las ideas alejandrinas y condena a Nestorio. Los años que siguen ven el triunfo, no solamente teológico, sino político, de Alejandría, y el creciente prestigio no sólo de Cirilo, que muere en el año 444, sino del patriarcado egipcio. La posición de Alejandría se acentúa aún más, hasta llegar a profesar que la naturaleza de Cristo es una, divina y humana a la vez, aunque más divina que humana. Nace así el monofisismo, que es condenado por el cuarto concilio ecuménico, reunido en Calcedonia en el año 451, en provecho de una fórmula intermedia, defendida por el papa León I. El *credo* de Calcedonia sigue siendo el de la ortodoxia de Constantinopla y la cristiandad romana, unidos contra el preocupante auge de Alejandría. En contrapartida, las provincias de Siria, Mesopotamia y Egipto constituyen a partir de entonces, y sin distinción de clases sociales, un bloque monofisita disidente, del que la Armenia independiente no está lejos. El *credo* monofisita perfila el rumbo que tomarán a través de los siglos las cristiandades orientales y, para empezar, el de las futuras conquistas del Islam en Bizancio. El nestorianis-

mo, por su parte, se difundirá por Irán y el Asia Central, gracias a las misiones que parten del foco sirio.

Las herejías que se pueden considerar subversivas se conocen por las condenas ortodoxas, las polémicas, los cánones conciliares, las fórmulas de reconciliación y por algunos testimonios directos. Un descubrimiento llevado a cabo en el alto Egipto en 1945 sacó a la luz toda una biblioteca heterodoxa, en la que se encontraba el *Evangelio* apócrifo de Tomás, conservado en copto (¿siglo III?); los *Hechos* de Tomás (conocidos en el siglo IV), en siriaco; el *Libro de Grados*, también en siriaco y anterior al 350, todos ellos de idéntica inspiración. Por último, la Iglesia griega incluyó en su hagiografía relatos que ilustran de hecho estas ideas. Es la continuación de una actitud radical, que procede de la gnosis, amplia especulación fundada en el siglo II sobre la filosofía politeísta, el judaísmo o el cristianismo, y que profesaba la dualidad del poder divino y de un creador del mundo, en suma, el divorcio del alma y de la Creación. La aplicación de tales principios suponía la negación de todas las normas que cimentaban el orden de esa época. Hombres y mujeres vagan y duermen juntos, mezclados unos con otros. Las mujeres se cortan el cabello y llevan unas vestiduras masculinas. Los vínculos familiares se deshacen, los esclavos huyen, los monjes escapan a sus superiores y a su retiro, el matrimonio es condenado, los sacerdotes casados rechazados, el calendario y las festividades de la Iglesia sustituidos por celebraciones privadas. El *Libro de Grados* presenta una jerarquía de Perfectos y de Justos, estos últimos comprometidos en las tareas corrientes de la vida, únicamente los primeros admitidos a la contemplación divina. No es difícil intuir que tal corriente era capaz de atravesar los siglos y, efectivamente, se la vuelve a encontrar más tarde. Pero Epifanio de Salamina observa ya en el siglo IV, en su tratado sobre herejías, que el movimiento no hace más que desarrollar con demasiado celo los preceptos del abandono de bienes. En otras palabras, estas actitudes no estaban, después de todo, tan alejadas del ascetismo ortodoxo.

UNA SÓLIDA BASE CAMPESINA

Tal era el poder central y éstos eran los rasgos culturales generales. Consideremos ahora más de cerca esta sociedad así ordenada. Las provincias, numerosas y poco extensas, están regidas por su gobernador y se agrupan en diócesis, a cuya cabeza se encuentran los vicarios de los prefectos del pretorio. Estos últimos tienen bajo su jurisdicción la pirámide de las autoridades provinciales. El Imperio de Oriente tiene un prefecto del pretorio para Oriente y, por lo general, otro para Iliria. Por lo demás, estas divisiones están sujetas a revisiones en las que no entraremos aquí. En contrapartida, se trata ahora de llegar a los niveles más antiguos de la organización social en el Oriente romano y bizantino: las ciudades, cuya vieja vitalidad se mantiene hasta los brutales cambios del siglo VII; las aldeas, o, dicho de otra manera, el espacio campesino, poco más o menos estables en sus formas inmemoriales bajo el imperio de Roma y, después, el de Bizancio, y el espacio deshabitado, revelador de los cambios históricos.

Producir y comer

Estabilidad pero no uniformidad, sin duda, a través de semejante extensión territorial. No obstante, se pueden proponer algunas definiciones comunes. En primer lugar, las necesidades que trata de satisfacer la producción agrícola. Los hombres de esta época, desde el campesino pobre o el esclavo hasta el emperador, comen pan de trigo; cuanto más arriba se está en la escala económica, más fresco se come, mientras que los pobres, los soldados, los solitarios del desierto, se alimentan de galleta o gachas; la cebada, que siempre se vende a un precio inferior en un tercio al del trigo, es el paliativo de los malos días. Se bebe vino, más o menos bueno, más o menos rebajado con agua. La dosis de azúcar está asegurada por la miel, los frutos secos y los dátiles, consumidos en abundancia en Egipto y en Palestina. Los frutos frescos del tiempo aparecen, por el contrario, como un lujo. Todo el mundo consume legumbres, «hierbas» o «raíces». Pero el abanico social de la alimentación se abre cuando se pasa a las proteínas y a las grasas. Estas últimas se obtienen del aceite, para la cocina y el aliño: aceite de oliva, de desigual calidad, y aceite de diversas semillas para los más pobres. Se consume poco queso, o ese otro producto lácteo al que los pueblos de la estepa son tan aficionados. Se come pescado, fresco o en salazón, así como caldo de pescado, algunos huevos y aves, y carne que, a veces, se reduce a salchichas: téngase en cuenta que el mundo bizantino, a diferencia de Italia y la Galia, no come cerdo, al menos en su parte meridional, Egipto, Siria y Palestina, cosa, sin duda, menos frecuente en el Asia Menor y en los Balcanes en la misma época. Sea como sea, es evidente que se consume más pescado cerca de las costas, aunque no se desconozca el pescado de río; el pescado y la carne son más accesibles para los ciudadanos que para los campesinos; y la carne figura en las raciones de los soldados. Los que no pueden acceder a estos productos, los más pobres de las ciudades y de los campos, son grandes consumidores de leguminosas, la «carne del pobre», en palabras de dos expertos de las Naciones Unidas.

Lo dicho hasta aquí constituye un bosquejo de la producción campesina, pero se imponen aún tres observaciones. En primer lugar, se está a merced de los cambios naturales. Parece ser que el rendimiento de las semillas oscila en una proporción del 4 o 5 por 1, pero depende de las estaciones, cuyas alteraciones pueblan la historiografía. Las sequías de otoño o de primavera ponen en peligro las cosechas, las langostas las desvastan. Un invierno demasiado riguroso asuela en el año 401 las regiones que habían padecido ya el asalto bárbaro, el hambre, la enfermedad y la multiplicación de los animales salvajes, debida sin duda a las circunstancias. El invierno vuelve a hacer estragos, seguidos de una mortalidad de hombres y animales, en el 443, en los alrededores de Constantinopla. El hambre, siempre definida por la falta de grano, trigo o cebada, afecta a los campos más que a las ciudades, cuyas posibilidades de aprovisionamiento son menos locales, y que disponen de más medios. Como puede comprenderse, el aprovisionamiento de las grandes ciudades, y de la capital en primer lugar, o las necesidades del ejército, imponen un esfuerzo excepcional. Por último, a causa de la lentitud y de las dificultades del transporte a distancia, exigido hasta sus límites ya para los suministros al fisco, los campesinos tienden a producir de todo en todo lugar, tanto para sí mismos como para el mercado de la ciudad en cuyo radio de acción

viven. Incluso consumen, llevan al mercado urbano y entregan al fisco, llegado el caso, otros productos. En Egipto y en el sur de Palestina se hacen sandalias, esteras, cestas y recipientes para medir con fibra de palma. En las montañas boscosas del Asia Menor se vende madera, de la que, por el contrario, carece la llanura de Anatolia hasta el punto de que, tanto en aquel tiempo como en la actualidad, allí se utiliza para calentarse boñiga seca. Los campos proporcionan cuero, cuando hay en ellos ganado vacuno, lana y fibras textiles como el apreciado lino de Egipto. Egipto suministra el papiro a todo el Mediterráneo, inclusive el occidental.

Se alcanza a percibir así, al mismo tiempo, el equipo productivo rural, y los problemas planteados por su organización económica y social, o sus relaciones con las ciudades. Allí también reina la diversidad geográfica, de donde se desprenden algunos rasgos comunes. La unidad de producción es la familia campesina, que conocemos por las declaraciones fiscales y las leyes: hombres que algunos mosaicos muestran en su trabajo; mujeres, que figuran en las listas del fisco y que una ley del año 386 para el Ponto estima en la mitad de un hombre para el cálculo de la capitación, pero cuyas actividades ignoramos. La familia se completa con los esclavos, uno o dos, y a veces con asalariados. Los bueyes sirven para labrar, para arrastrar en la era la pesada plancha erizada de puntas que efectúa la trilla, para tirar de los carros. El asno es también útil para el tiro, pero sobre todo como animal de carga. Los caballos, utilizados por el ejército y por el correo público, y las mulas transportan a las personas. En cuanto a las herramientas, las de metal son escasas. Se labra la tierra con el arado romano. Se hace uso de diversos tipos de hachas, podaderas y binadoras. Pero los equipamientos más importantes son los que proporcioan una idea más cabal sobre el panorama social del campo. La era donde se trilla el grano, el lagar para el vino o el aceite, la muela movida por el asno y el molino de agua, allí donde ha sido posible instalarlo, pertenecen al «amo de casa» campesino, a la aldea o, incluso, al gran propietario.

El hábitat rural está en principio agrupado, pero algunos textos mencionan asentamientos aislados. Está rodeado de «huertos» de policultivo, viñedos, tierras de labor y monte bajo; las parcelas de cada explotación están dispersas por todo el terreno, sin que se distinga una organización colectiva del cultivo; excepcionalmente, un relato palestino menciona a un chiquillo que lleva a pacer juntos a los animales de los aldeanos. Por lo demás, las variantes son infinitas: guaridas de salteadores montañeses de la provincia de Isauria, villas de Siria provistas de baños e iglesias, aldeas alejadas y aisladas en invierno que acotan el exilio de Juan Crisóstomo. Aunque el artesanado aldeano no figura aún en los informes de los arqueólogos, salvo en Tracia, los textos indican actividades comerciales: tal aldea de Siria del norte produce afamadas nueces, tal otra ofrece un mercado, un albergue en el alto de una ruta importante o en la proximidad de un santo célebre y su monasterio. Por otra parte, los campesinos van a vender sus productos al mercado de la ciudad más próxima, para conseguir así las monedas de oro y bronce necesarias para las compras, los impuestos o los tributos. Venden también su propia fuerza de trabajo en las obras de construcción, donde un hombre con su asno está mejor pagado que un hombre solo.

El vigor de las comunidades aldeanas

La existencia y la competencia de la comunidad rural en Bizancio ha sido objeto de discusiones apasionadas, debido a su inicio en Rusia a finales del siglo XIX, en un momento en que el auge de los estudios sobre Bizancio coincidía con un debate sobre problemas agrarios contemporáneos. Para aclarar la cuestión, es importante distinguir el hábitat, la sociedad y las instituciones.

El carácter agrupado del hábitat es un dato cierto, del que hay que partir, y que se enriquecerá, más allá de la diversidad regional, cuando se haya excavado un mayor número de emplazamientos. De todos modos, los resultados ya obtenidos, así como los textos, dan fe de una primera solidaridad en relación con los propios edificios, las atalayas de las aldeas de la estepa siria, los equipamientos a los que nos acabamos de referir, o incluso, allí donde existen, el baño y la iglesia. La existencia de tierras comunales parece cierta, como la de eriales, bosques y límites entre terrenos. No obstante, la sociedad aldeana no está formada sólo por campesinos, sino también por rentistas del suelo, sacerdotes, soldados y algún que otro artesano. Por así decirlo, es una sociedad desigual, en la que el nivel económico se mide, sin duda, por el rasero de la tierra y de los medios con que se la trabaja: se encuentran, por ejemplo, en los campos, trabajadores sin tierra alguna, mientras que los soldados o el sacerdote pueden ser considerados como notables de cierto relieve y como grandes propietarios y tener una residencia. Esta desigualdad está claramente representada en el gobierno de la aldea por los «amos de casa», «del más pequeño al más grande», con un dirigente y portavoz que suele ser el sacerdote. La solidaridad aldeana se manifiesta también, por ejemplo, en una decisión de construir que quedará recogida en una inscripción, en el encubrimiento de una jovencita raptada, en la adhesión a una confesión herética, en la práctica del bandolerismo. Además, entre las familias y la comunidad ocupan un lugar las solidaridades intermedias de los «vecinos», cuya importancia es subrayada por las disposiciones del siglo V que les reconocen un derecho preferente de compra sobre las parcelas puestas en venta. Por lo demás, a juzgar por los repartos de herencias que nos han llegado, los vecinos son a menudo parientes y constituyen, en suma, un grupo complejo que la ley designa como «los más próximos», en todos los sentidos del término. Pero por encima de la colectividad dominan los que tienen poder sobre la aldea.

Se trata en este caso de instituciones tan antiguas como fundamentales en una sociedad y una economía en que la tierra es esencial, a saber, el papel fiscal de la comunidad aldeana y la dependencia campesina. Señalemos en primer lugar que el estatuto de la aldea y el de sus habitantes no coinciden necesariamente; que no todos los aldeanos pueden poseer lo mismo; que cada cultivador puede ser al mismo tiempo independiente en relación con algunas parcelas que son de su propiedad y dependiente en relación con otras; que la aldea puede, por último, ser totalmente independiente, es decir, compuesta por campesinos propietarios, o, por el contrario, depender totalmente de uno o varios amos. En una palabra, la independencia campesina significa que la tierra y el hombre no tienen otras obligaciones ni otras cargas que las públicas, es decir, las fiscales: el campesino independiente paga directamente su impuesto al fisco. La dependencia, por el contrario, implica que la explotación campesina se ve incrementada por una de-

ducción hecha en provecho del dueño del suelo, y figura en el registro fiscal en el apartado de éste, por cuyo intermedio paga el impuesto. Pero el campesino dependiente o «colono» es, sin embargo, un justiciable y un contribuyente de pleno derecho. Puede incluso promover una acción judicial contra el dueño del suelo si considera abusiva la deducción normalmente fijada por el derecho consuetudinario. Pues el colono no está adscrito a su dueño, sino a la tierra, según fórmula contenida en una ley del año 393. La única disminución de su libertad personal es, pues, la prohibición que se le impone de desplazarse, con lo que contribuiría a menguar una mano de obra que, por el estado de la técnica, no es nunca muy abundante. Sin embargo, el Oriente bizantino de este período, fiel en esto a su antigua tradición, no conoce otra prestación que la pública. La fuerza de trabajo campesina sólo beneficia al dueño del suelo en la parte que le corresponde de su producto, en especies o en dinero, implicando este segundo caso el acceso directo del campesino al mercado. Se vuelve a encontrar aquí la solidaridad de la comunidad, en particular cuando ésta es independiente. El fisco la considera, en efecto, solidariamente responsable, lo que explica, por otra parte, los derechos de preferencia de compra señalados más arriba. Además, la comunidad independiente se procura solidariamente un patrono, un protector contra la exigencia fiscal.

La historia de los campos durante este primer período de Bizancio se comprende, en efecto, no a través de la condición fijada al campesinado, sino a través de los cambios que afectan al grupo social de los dueños del suelo. Éstos eran tradicionalmente los ciudadanos, de los que hablaremos más adelante, los grandes propietarios, en cuya primera línea figuraba el emperador, las iglesias y los establecimientos piadosos. Esta distribución cambia completamente en detrimento de la burguesía urbana por la práctica del patronazgo que impulsa a los campesinos a buscar una protección eficaz contra el fisco, sean por su parte dependientes o no, pues, como hemos visto, el problema es similar en ambos casos. Esta protección, el patronazgo, se ejerce también ante los tribunales. Constituye, subrayémoslo, una clave de las prácticas sociales de la época. El poder protector de los patronos tiene diversos orígenes: el ascendente religioso, como en el caso del santo misionero cuya historia nos refiere Teodoreto, y a quien una aldea aún pagana de Siria del norte promete con esta condición una conversión colectiva; o la fuerza de esos magnates a los que la ley prohíbe sin éxito desde finales del siglo IV tener sus tropas y sus prisiones privadas, o amparar desertores, pero en cuyo provecho aparece en el 409, para Egipto, el régimen de *autopragia* o percepción autónoma del impuesto, que convierte a un dominio en una unidad fiscal, señalada por sus límites. Se valen también de su solvencia y de sus relaciones oficiales en procesos que no benefician a los colonos. Es evidente que, con los mismos medios, la protección podía ser impuesta y no solicitada. De cualquier forma, se tiene la impresión de que está en curso una redistribución de los derechos efectivos sobre el producto de la tierra que, por otra parte, también afecta negativamente a los propietarios legítimos. En una palabra, la verdadera definición de la condición campesina en esta sociedad, como en otras muchas del mismo tipo, es la confusión en una misma deducción de la renta señorial y la renta fiscal.

Los vacíos

Carecemos aún, y careceremos siempre, de una cobertura arqueológica lo bastante completa como para razonar eficazmente sobre la ocupación del espacio bizantino en esta época y sobre sus variaciones. Se pueden proponer hipótesis generales, que expondremos en el siguiente capítulo. Igualmente es posible hacer una observación estructural desde ahora cierta: esta ocupación es discontinua, evidentemente desigual según las regiones. Pero los textos dan fe de la existencia de espacios vacíos en todas partes: el «desierto» es la montaña boscosa, infestada de bestias salvajes, donde un hombre santo constituye la primera presencia humana, donde los bandoleros atracan con toda impunidad a los viajeros, cuando no descienden, tras el invierno, a saquear los campos vecinos; es también la estepa árida donde los nómadas camelleros son tan pronto caravaneros como cazadores o bandidos, en las fronteras sirias o en la gran ruta que se interna en la península del Sinaí o, incluso, en el desierto egipcio; son, finalmente, espacios incultos, abandonados a los demonios no lejos de las aldeas evacuadas en Tracia ante una preocupante amenaza bárbara. Al historiador le gustaría poder descifrar las variaciones de población en estos ámbitos. El hombre de la época atribuyó a este espacio valores cuyo cambio de signo es uno de los grandes hechos culturales y sociales de ese tiempo. Cambio experimentado, en primer lugar, en Egipto desde finales del siglo III, con la atormentada soledad de Antonio, y el acuartelamiento de los monjes de Pacomio que acudían en escuadras al trabajo del campo, controlando estrictamente sus días y sus costumbres. En el siglo IV, el desierto occidental de Egipto se puebla de ascetas cuyo modo de vida, hazañas y sentencias se difunden por medio de relatos piadosos. Pero, como puede verse, su soledad es, de hecho, teórica: comparten sus cabañas de grava con un «discípulo» o están cerca de otro solitario y venden en las aldeas productos artesanales, cuerdas, cestos. Otros constituyen organizaciones que prefiguran la *lavra* (laura), forma típica de semicomunidad del monaquismo ortodoxo cuyos miembros viven solos, pero se reúnen el sábado y el domingo para tomar sus raciones y celebrar la liturgia en común. Finalmente, existen ya verdaderos conventos (*koinobia*, 'lugar de vida en común'), tales como los de Wadi Natrun, o el monasterio de Santa Catalina, al pie del Sinaí, que se remonta al siglo IV. En este mismo siglo, el movimiento había alcanzado el Oriente sirio y Palestina, posteriormente el Asia Menor, con las primeras experiencias capadocias. Viajeros occidentales como Eteria, procedente de Aquitania, o el monje marsellés Juan Casiano, difunden en sus países de origen el interés por estas formas de vida, mientras que Jerónimo, instalado en Belén, atrae a Palestina a algunos de sus penitentes romanos. Solitario o comunitario, el retiro monástico pone en cuestión, en sus principios, tanto la aldea como la ciudad: aun cuando el desierto no está lejos ni de la una ni de la otra, aunque la ciudad acoja en este primer período toda una corriente de monaquismo, el retiro es ante todo negación de la familia, célula social primaria de la época, incluso cuando los vínculos de parentesco unan a veces a los hombres en un camino ascético común.

En realidad, dada su flexibilidad, su carencia de una regla uniforme, este primer movimiento plantea diversos problemas, que seguirán sin dilucidar a lo largo de generaciones: el desierto y su salvación, o la ciudad con sus tentaciones, su

malignidad fundamental, pero también con sus pecadores, a los que hay que convertir; la soledad o la comunidad de hermanos; el trabajo o la contemplación; la convicción interior, la iniciativa espiritual o la autoridad de la jerarquía y los marcos del dogma y del sacerdocio. El monaquismo de Bizancio evoluciona a través de estos problemas, que nunca resolverá por entero, ya que los términos se modifican de siglo en siglo. Las respuestas a las que se llegó entre el 450 y el principio del siglo VII marcaron el período con un sello muy fuerte.

La fuerza de los valores de la ciudad y de las realidades urbanas

Los valores culturales y políticos del Mediterráneo helénico eran, desde hacía siglos, valores urbanos: la sociabilidad, masculina, la facilidad de los encuentros, el discurso, político o literario, los placeres cómodamente disponibles del agua corriente para la bebida y el baño, así como un mercado perfectamente provisto de todos los alimentos esenciales, trigo ante todo, para consumidores de pan y de galleta, aceite de oliva, vino, «hierbas», carne y pescado. La ciudad, es, pues, en una primera definición, el conjunto de los lugares donde se encuentran estos valores, que persisten hasta el principio del siglo VII. Son testimonio de ellos la historiografía, los elogios de las ciudades que componen los retóricos profesionales, las numerosas inscripciones, las decisiones y sermones con los que la Iglesia de los obispos, también profundamente urbana, se esfuerza por cristianizar la ciudad, y los relatos sobre los hombres santos. Sin olvidar las imágenes de algunos mosaicos ni las excavaciones de emplazamientos urbanos como Sardes, Éfeso, Apamea o Antioquía, mejor conocidas que la capital, donde la estabilidad de la aglomeración hizo imposible una verdadera exploración arqueológica. Sin embargo, es difícil proponer una clasificación de las ciudades en el siglo V, ya que faltan criterios cuantitativos y que las fuentes documentales son tan poco homogéneas como las razones de su prosperidad y de su crecimiento. Antioquía y Alejandría son ciudades igualmente importantes desde el punto de vista cultural y comercial; la atracción de Jerusalén es únicamente religiosa, pero eso ya es mucho; y una pequeña ciudad como Coricos de Cilicia revela una intensa actividad por las inscripciones de su cementerio que indican detalladamente los oficios de los difuntos. No obstante, se pudo llegar a decir que ésta era una época de «grandes ciudades», en el sentido de que, una vez sobrepasado un cierto umbral, el hecho urbano cambiaba de naturaleza. Y esto es cierto, sobre todo, respecto de Constantinopla, puesto que no es una ciudad, ni la mayor de ellas, sino la capital, y en este sentido es radicalmente singular.

La ciudad, vestigio de la Antigüedad

Una vez hechas estas reservas, el marco tradicional de la ciudad de provincia surge, sin embargo, de nuestras fuentes: los baños caldeados alimentados por agua caliente, donde los muchachos, si no se les vigila, están expuestos a las insinuaciones de quienes se sienten atraídos por ellos; las fuentes; las plazas, donde se alzan las estatuas y las inscripciones que celebran a los emperadores y a otros

personajes; las calles con pórticos, entre cuyas columnas se establecen precarios tenderetes de madera y tela, siempre en peligro de incendio; las posadas, donde se encuentra comida y una joven; los figones, donde pueden comprarse alimentos cocinados y calientes, donde circulan los rumores y donde a veces se originan tumultos; el teatro, cuyos espectáculos divertidos y licenciosos suscitan el entusiasmo del gran público, la repugnancia de los doctos, la hostilidad de la Iglesia, y donde, sin embargo, los gobernadores de la provincia reciben las aclamaciones o los abucheos de una opinión pública que prácticamente no tiene otro medio para expresarse; a veces, como en Cesarea de Palestina, la ciudad cuenta con un hipódromo, al igual que la capital; por último, la basílica, amplia lonja rectangular, forma arquitectónica anterior al culto cristiano, lugar donde se llevan a cabo negocios y procesos, y donde el poder central está representado en ocasiones por la silla del gobernador. Las iglesias, tanto en las ciudades como en los suburbios, se erigen en centros de una nueva sociabilidad, semejante, no obstante, a sí misma: los fieles se reúnen en ellas para la liturgia o la predicación, o salen en masa para las procesiones o, algunas veces, los motines. Los mendigos se instalan en las inmediaciones. En el siglo v aparecen los primeros monasterios urbanos, y se desarrollan los establecimientos de beneficiencia, los primeros de los cuales se fundaron a finales del siglo IV.

La dominación romana había transformado fácilmente las asambleas censatarias de los notables, propietarios rurales residentes en la ciudad, en municipalidades provinciales. Las ciudades cobraban rentas: alquileres de los campos de su territorio, o del suelo urbano, alquilado, por ejemplo, a los tenderos de los pórticos, y arbitrios. Sin embargo, lo esencial de las necesidades estaba cubierto tradicionalmente por los propios magistrados municipales, cuyas funciones, lejos de ser retribuidas o venales, se sustentaban en la fortuna, la generosidad o el deseo de gloria de los que las ejercían. Las estatuas en la plaza pública, las inscripciones que les saludaban como «padre de la ciudad» o «benefactor» (*evergetes*) daban gracias a los que habían construido un baño o remediado una carestía. El Estado romano había adoptado este antiguo sistema, encargando a las asambleas municipales (las curias) tareas como el mantenimiento de los caminos, los aprovisionamientos militares y todas las recaudaciones tributarias, bajo su responsabilidad personal y colectiva. Bajo el gobierno de los Severos tuvo lugar un endurecimiento del sistema, acompañado de la imposición de la herencia de la condición curial, en la coyuntura militar y centralizadora del primer tercio del siglo III. Este hecho tendría indefectiblemente consecuencias sociales ya claramente perceptibles en el siglo IV.

Sin duda alguna, la curia opone al poder central la fuerza de la inercia y de la solidaridad. Los cargos creados por el poder central para vigilarla acaban siempre por ser ocupados por individuos reclutados en su seno. Las curias se sitúan a su vez bajo un «patronazgo». Y el «patrón» saca provecho, o simplemente prestigio, de este papel ambiguo, perfectamente codificado y, sin embargo, capaz de suspender el normal funcionamiento de la institución judicial o fiscal. El mismo emperador puede ser el patrón de una curia. Pero muy a menudo el patronazgo de ésta recae en uno de los «primeros». Las curias atestiguan, en efecto, una creciente diferenciación social. El peso de las cargas municipales empobrece a los más pobres, que pagan entonces con su persona, o huyen al dominio de un gran

propietario que les toma a su servicio. En contrapartida, un grupo restringido se destaca sobre los demás: los «primeros», los «diez primeros». Por último, las mayores fortunas tratan de evadirse del marco local, considerado mediocre, de los deberes municipales para entrar a formar parte del senado de Constantinopla o a las grandes carreras que les ofrece la función pública. Por su parte, la burguesía municipal protesta ante la admisión en la curia de fortunas juzgadas innobles al no estar cimentadas en la tierra sino en el beneficio mercantil. Pueden entreverse, pues, los elementos de la decadencia de la institución municipal. Pero la evolución es muy lenta, aun cuando haya comenzado ya a finales del siglo IV.

El poder central está representado en las ciudades más importantes por el gobernador de la provincia y en las secundarias por al menos una oficina fiscal. Los gobernadores tienen competencias esencialmente administrativas y judiciales. Son, en principio, ajenos a la provincia, donde les está prohibido adquirir bienes, y están integrados en el viejo estereotipo, ya que numerosas inscripciones a lo largo de las provincias celebran su magnificencia de edificadores. Pero una serie de leyes nos hablan de días menos gloriosos, al prohibirles robar para sus construcciones las columnas de mármol de otros edificios, o bautizar con su nombre empresas comenzadas por sus predecesores. Pero los gobernadores no sólo buscan el prestigio tradicional; también temen los tumultos y por esta razón se preocupan del aprovisionamiento. Y no tardan en formar parte de la verdadera capa dirigente de la sociedad provincial. Están muy cerca de esos personajes de reciente implantación, pero de primordial importancia, que son los obispos.

La emergencia del episcopado urbano

Inicialmente, la función episcopal no tiene su sede necesariamente en la ciudad. Pero los siglos IV al VI son, de todas formas, la edad de oro del episcopado urbano. Los obispos de ciudades a menudo secundarias proceden de familias ilustres de las provincias, o son hijos de funcionarios, y comparten la cultura clásica de todos los hombres de este medio. Es significativo que el siglo IV y la primera mitad del V sean testigos de la floración, tan brillante como sin continuidad, de grandes escritores episcopales, autores de cartas administrativas o espirituales, de sermones, de tratados polémicos o dogmáticos, en los que hacen gala de sus conocimientos de la retórica y la filosofía antiguas, a pesar de una influencia monástica ya perceptible: Basilio de Cesarea (hacia 330-379), tal vez el monje más importante de la Iglesia bizantina por la riqueza de sus decisiones canónicas; Gregorio Nacianceno (*c.* 330-390), obispo de la capital durante un breve tiempo (380-381); Gregorio de Nissa, hermano de Basilio (*c.* 335-*c.* 394), maestro del platonismo cristiano, son hombres del siglo IV, pero constituyen un punto de referencia para el porvenir. Fueron dignos representantes no sólo de la provincia bizantina por excelencia, la Capadocia, sino también del momento inestable y privilegiado en que el helenismo ya plenamente cristianizado quedó totalmente anticuado. Su contemporáneo Juan Boca de Oro (Crisóstomo) (344 o 354-407) es un hombre de Antioquía —donde su padre era *magister militum*, el más alto cargo militar—, que representa la voz eclesiástica, junto al obispo Flaviano, entre el 386 y el 397. En esta fecha se convierte en arzobispo de la capital y mantiene una conflictiva

relación con el palacio y, sobre todo, con la emperatriz Eudocia. Muere en el exilio en el año 407, en el interior de la Capadocia. Representa otra forma del mismo momento cultural, la omnipotencia del discurso retórico que sirve para la reivindicación de la omnipotencia del sacerdocio. Se convierte, pues, en el defensor de los habitantes de Antioquía, el predicador de las normas cristianas, el juez público, en este sentido, de sus interlocutores imperiales. Sinesios, obispo de Cirene (*c.* 370-413), perfila en el interior de la Pentápolis libia la misma figura cultural y social que sus compañeros de Capadocia. La serie se cierra con Teodoreto de Ciro (*c.* 393-*c.* 466), antioqueno también, pero más dado al trabajo en su despacho que al púlpito, como queda patente en su *Historia eclesiástica*, en sus tratados contra los herejes y los paganos, en sus relatos edificantes sobre los santos personajes de la Siria del norte, a la que pertenecía su pobre diócesis. En él, la cultura antigua es algo más alejado de la figura episcopal.

Elegidos por aclamación, tras una experiencia personal del mundo, los obispos de esta época encontraron fácilmente su lugar en el sistema urbano combinando de una manera nueva algunas de sus funciones. En cierto modo, son los sucesores del portavoz tradicional, que era el retórico de la ciudad, y toman parte, cada vez más, en la gestión urbana, fundamentalmente en las ciudades secundarias. Se preocupan de los aprovisionamientos, de las murallas, de las intervenciones ante el fisco relacionadas con los clérigos o su diócesis, así como del arbitraje judicial, que será codificado por Justiniano. Al igual que los demás notables, construyen, y sus edificaciones son evidentemente específicas. Este estado de cosas se prolonga en el siglo VI, como lo atestiguan las inscripciones, y en mayor medida en las grandes ciudades. La *Vida de Juan el Misericordioso*, patriarca de Alejandría del 610 al 619, escrita en su mismo ambiente por Leoncio, obispo de Neápolis, Chipre, ofrece todavía un cuadro de asombrosa vivacidad de las actividades de la iglesia de la ciudad, entre las que se cuenta el comercio marítimo. En el mundo sirio y copto la eminencia de los dirigentes monásticos es más precoz y más profunda que en la sociedad de las ciudades griegas. Para estas últimas, finalmente, la fuerza del poder episcopal se debe también a que responde mejor a una nueva exigencia social que se va perfilando en su marco aparentemente estático.

El «pueblo» urbano, reflejo de la Antigüedad

Lo que acabamos de decir a propósito de los poderes en esta primera sociedad bizantina trataba de mostrar que la ciudad domina al campo que la nutre. En otras palabras, el poder reside en la ciudad pero sus cargas repercuten en el campo. Es cierto que el eje político de esta primera época de Bizancio se define así. Pero las cosas se presentan más complejas si se quiere comprender las bases económicas de esta misma sociedad.

Es preciso partir, también aquí, de los marcos antiguos de la ciudad. Mientras que los burgueses propietarios de tierras se agrupaban en la curia, los productores urbanos de bienes y servicios, así como el gran comercio, el de las rutas marítimas, se reunían en los «colegios» de sus respectivos oficios. Estas asociaciones tienen una larga historia, pues la fórmula asociativa es el verdadero módulo social

del Mediterráneo clásico. Basta considerarla en la época de los Severos, en que se precisa el sistema de delegación de servicios públicos a título fiscal que hemos definido más arriba. Este sistema inspiró a los historiadores de principios del siglo xx, confiados en las ilimitadas posibilidades de la empresa individual, páginas sobre las despiadadas coerciones que habrían inmovilizado a cada uno en su lugar de origen en la sociedad del «bajo Imperio». De hecho, el cuadro no es tan esquemático, ni mucho menos. En primer lugar, no estamos seguros de que la inscripción en un colegio fuera obligatoria, ya que, como se recordará, toda obligación tiene su contrapartida en un privilegio. Por otro lado, era efectivamente difícil abandonar el colegio paterno, o el propio. Pero, como en las curias, la responsabilidad solidaria unía más los bienes que las personas. Hay que situar aparte los talleres del Estado, que acuñaban la moneda, fabricaban las armas y las vestimentas militares, e incluso los tejidos de púrpura y seda reservados a la corte. Se hallan establecidos no solamente en Constantinopla, sino también en Antioquía, Cizica y otros lugares. La condición de los obreros era allí verdaderamente dura y próxima a la esclavitud.

Por otro lado, los textos de todo tipo revelan la actividad de un artesanado urbano aparentemente independiente, sin duda más familiar que individual, a juzgar por las lápidas sepulcrales que agrupan un padre y un hijo, o hermanos. De hecho, se plantea un problema al tratar de este artesanado en relación con la producción global del imperio. Se observa que los bienes de consumo prevalecen abrumadoramente sobre los bienes de equipo, o sea, la fabricación de herramientas que sirven para determinadas actividades. De esto se deduce que los campos se equipan sobre todo a sí mismos, y poco más. El artesanado común es a la vez muy escaso y muy diversificado: se confecciona tal pastel, tal tipo de calzado. El artesanado de lujo, que nos ha legado los maravillosos cofrecillos de marfil que se ofrecían en las bodas, llega también a su fin. De hecho, el sector indicador del movimiento económico, sobre todo en las ciudades, pero también en las aldeas y en los campos, es el de la construcción. Indicador particular, específico de sociedades como la que aquí estudiamos, y que encontrará su verdadero lugar después del 450.

Sin embargo, hay grandes fortunas mercantiles en las ciudades más importantes, Alejandría, Antioquía y Constantinopla sobre todo. En primer lugar los armadores y mercaderes del gran comercio, abastecedores de especias y seda cruda: las rutas marítimas del mar Rojo y del golfo Pérsico son tan conocidas antiguamente como la ruta terrestre que conduce la seda china al Mediterráneo a través del Asia central y del Irán. Los beneficios del gran comercio, sobre todo por mar, están en relación directa con los riesgos a los que se exponen los que lo practican o lo financian. Están también los «negociantes en plata», manipuladores de metal precioso, a la vez pesadores, cambistas y productores de objetos que reciben la garantía de un sello imperial, y engrosan tanto los tesoros privados como los de los monasterios. Pero estas fortunas nunca forman parte del eje del poder político ni de los movimientos importantes de capital.

La ciudad antigua había tenido un pueblo, el *demos* griego. Su papel era, literalmente, el de hacer oír su voz públicamente para dar su conformidad, protestar, reclamar, elegir o, al menos, aclamar: su clamor, en una palabra, tenía fuerza legitimadora. La misma categoría política, pues, reúne a todos los ciudadanos que

no pertenecen a la curia, desde los grandes comerciantes y los artesanos más calificados hasta aquellos que una ley del 312 exime de cualquier obligación fiscal en razón de su indigencia. La historia del pueblo de las ciudades de Oriente entre los siglos V y VII tiene un doble nivel, el político y el social, y ahí reside precisamente el problema histórico. El pueblo político desempeñaba su papel en los lugares de la ciudad privilegiados en este sentido, el teatro en Antioquía, el hipódromo en Constantinopla y en otras partes, pero también las plazas públicas; a ellos se añade ese lugar nuevo que es la Iglesia, donde el pueblo de los fieles contesta al predicador, y de donde sale en ocasiones para manifestarse en el exterior. Estas manifestaciones, por violentas que sean, obedecen de hecho a un repertorio que regula la propia violencia: ultrajes a las estatuas oficiales, lanzamiento de piedras, griterío de consignas. A partir del 450-460 se exacerban, y su código cristaliza en torno de las rivalidades entre el Azul y el Verde en las carreras de caballos, en las calles y en los barrios.

Para entender estas rivalidades se impone un paréntesis: se ha hecho mención ya del hipódromo de Constantinopla, de su simbolismo cósmico y del de las carreras que se realizaban allí. De los cuatro colores iniciales, heredados de Roma, que llevaban los cocheros, sólo se seguían usando entonces el Azul y el Verde. Ignoramos, a decir verdad, su significado para los hombres de esta época y no comprendemos, pues, por qué se adherían a una u otra facción. Los colores ocultan un grupo muy complejo. En primer lugar, sin duda, las cuadras de caballos de carreras y todo el personal que gravita alrededor del espectáculo: los aurigas, pero también los bailarines y los mimos. Todo esto provoca pasiones incontrolables y peligrosas para el orden público. Prueba de ello son las infructuosas medidas de control, las riñas en el hipódromo, o incluso las finas laminillas de plomo que llevaban textos escritos con un punzón y destinadas a hechizar a determinada persona de la facción opuesta. Por otro lado, el Azul y el Verde definen sectores de la opinión, quizás de la sociedad, pero, ¿cuáles? Esta cuestión ha hecho verter mucha tinta sin obtener una respuesta concreta. El Azul podría representar el Palacio, los altos funcionarios, la ortodoxia de Calcedonia, y el Verde la Ciudad, la herejía llegado el caso, una marcada hostilidad frente a los judíos.

Entre el 460 y el 610 las facciones, o más probablemente sus cabecillas, salen a la calle, luchan y llegan incluso, a partir del 530, a la delincuencia. Pero las causas de esta escalada de violencia habrá que buscarlas en la historia social de este largo siglo VI, la de sus ciudades más concretamente.

El objeto de los tumultos urbanos de la primera mitad del siglo V enumerados por la historiografía debe poner en guardia contra toda lectura demasiado simple. En la capital, hubo motines por la falta de subsistencias en los años 409, 412 y 431, en que se atacó a los responsables: en el 412 los manifestantes incendian la sede del prefecto de la ciudad, Monaxios; en el 431 el propio emperador «es recibido a pedradas por el pueblo hambriento», por citar a un contemporáneo. La popularidad personal también parece haber sido uno de los motores de la efervescencia urbana. Puede verse cuando Juan Crisóstomo es condenado por el concilio de Chena, celebrado el 403, por su áspera censura de la emperatriz: la ciudad se manifiesta en favor de su arzobispo, y cuando toma el camino del exilio, el 404, sus partidarios incendian Santa Sofía. La agitación religiosa cristaliza, pues, en motivos muy diferentes de la pasión teológica atribuida, no se sabe muy bien por

qué, por tantos historiadores a los bizantinos de a pie. Las riñas, a veces homicidas, entre arrianos y ortodoxos, entre cristianos y judíos, atestiguan sin duda la creciente importancia del factor confesional en el consenso unificador que esta sociedad busca, como cualquier otra. Este factor llegará a ser dominante en lo sucesivo.

Es fácil ver que estas manifestaciones, a veces coronadas por el éxito, siempre alarmantes, tienen una verdadera función política en una sociedad que aún no había olvidado la antigua identificación entre vida pública y vida urbana. Esto lleva a hacerse alguna pregunta más sobre la composición social de este pueblo. Se aprehende como una forma, o más bien dos formas, una antigua, otra cristiana, claramente distintas aún en la primera mitad del siglo V. El pueblo antiguo está constituido por los beneficiarios del sustento llamado «cívico» (*politikoi*) tanto en Constantinopla como en Alejandría, y de lo que aún subsiste de la generosidad tradicional. A él pertenecen también los hombres de las milicias urbanas, los «jóvenes» que montan guardia en las murallas y que, al parecer, trabajan incluso en Constantinopla, en el recinto amurallado de Teodosio II, y, por último, los miembros activos de las facciones, que quizá fueran al mismo tiempo los milicianos a los que nos acabamos de referir. Sin duda, era la clase inferior de las ciudades, del pequeño empleado al muchacho avieso, pero no estaba desatendida. Además su realidad no está contenida en su marco público. Durante los últimos años del siglo IV, Libanios presenta a los actores de las revueltas en Antioquía, «los 300 lobos del teatro», sobre todo, como una hez urbana de gentes sin casa ni hogar, extranjeros en la ciudad. Por clásico que sea el argumento, la constante disponibilidad de revoltosos que representan, literalmente, «el pueblo» de la ciudad le otorga alguna consistencia: lo recordaremos cuando veamos confluir, después del 460, el crecimiento de las ciudades con la cada vez más frecuente sucesión de tumultos.

La plaga de la indigencia y la irrupción de los monjes

Las homilías cristianas multiplican, a partir de finales del siglo IV, las alusiones a las necesidades de la beneficiencia y a las miserias que hay que socorrer en el marco urbano, mientras la legislación de la época pone en relación, con vacilaciones que no viene al caso referir aquí, la delegación en la Iglesia de las tareas de beneficencia y las inmunidades fiscales concedidas a los clérigos y a los bienes eclesiásticos. Pobres, errantes, enfermos y baldados, mendigos y viejos son agrupados en una definición única de la pobreza como incapacidad para asegurar la propia subsistencia, lo que es muy bien visto. La respuesta a estas necesidades, también única, es el establecimiento que asegura a la vez a los pobres el alojamiento y los eventuales cuidados. El hospicio y su complemento, el hospital, nacen en el siglo IV, mientras que la Antigüedad clásica los había ignorado a pesar de su práctica médica. Constituyen, pues, una importante innovación de época tardía. En el siglo IV hay pruebas de la existencia de iniciativas privadas en residencias particulares. El primer ejemplo eclesiástico es el establecimiento abierto por Eustato, obispo de Sebaste, Armenia, desde el año 356 hasta su muerte acaecida en el 380. En este aspecto, como en otros, inspira a Basilio de Cesarea, que

llega a obispo de su ciudad natal en el año 370 y crea una especie de ciudad sanitaria a las puertas de Cesarea, la Basiliada. Eustato y, tras él, Basilio ponen monjes al cuidado de sus establecimientos, lo cual se constituye así en parte integrante del modelo, que es, pues, en sus comienzos, urbanos. Las casas de caridad con personal monástico se multiplican, fundamentalmente en la capital, ya en la primera mitad del siglo V. El motivo cultural es, evidentemente, el primero que acude a la mente: la institución cristiana estaba dispuesta a producir tales formas de ayuda para los que se encontraban fuera de los marcos entonces normales de la vida social. Por otra parte, las concibe a partir de los siglos II y III, en provecho de los aislados de la comunidad cristiana, las vírgenes o las viudas, por ejemplo. Pero también hay que contar con la coyuntura del momento. Los pobres a los que es preciso socorrer se multiplican, al parecer, a partir del 360, más o menos, en relación con el crecimiento de las ciudades, que son, más que nunca, centros de atracción, sobre todo las más importantes. Se huye de las exacciones a los funcionarios, de las sentencias inicuas de los gobernadores, de la carestía, de los abusos de los terratenientes, y se busca un sustento, otorgado por la tradicional generosidad de los notables o por esta nueva beneficencia cristiana. Y, una vez más, los nombres de Constantinopla, Jerusalén, Antioquía o Alejandría se sitúan a la cabeza, aunque por razones, evidentemente, diferentes. También pudo deteriorarse la salud de las poblaciones que, por lo que parece, debido a unos recursos poco elásticos, crecían lenta pero firmemente. Por último, las enfermedades tienen su propia historia: la lepra parece salir de la sombra en el último tercio del siglo IV; los trastornos atribuidos a la posesión demoníaca se hacen absolutamente comunes y los pacientes quedan en cierto modo inválidos, incapaces de llevar a cabo una actividad continuada. Curiosamente, las fuentes documentales de los años 400 a 450 no dan cuenta de ningún aumento de la criminalidad: esto será un hecho en la época de Justiniano. Solamente se sabe que a los «mendigos sanos» se les prohíbe permanecer en la capital, pero ¿tiene éxito la medida? Por encima de todo, las miserias de los pobres asistidos o a punto de serlo confiere una dimensión totalmente nueva a la población de las ciudades.

Como vimos, el modelo monástico fue en sus orígenes antagonista de los valores urbanos, pero la realidad desborda una vez más el modelo. Los monjes intervienen en la ciudad como tropas de choque de los conflictos dogmáticos, tanto en Antioquía como en Alejandría. La banda de los cuarenta, que baja de Samosata a los Santos Lugares siguiendo a Barsauma, destruye las sinagogas de las ciudades por donde pasa antes de diezmar a la muchedumbre de judíos reunidos en Jerusalén en el año 438, con motivo de la fiesta de los tabernáculos. Alejandro el Acemeta («que no se acuesta») es expulsado de Antioquía antes de llegar a la capital hacia el 425, y encabezar allí un auge monástico del que la beneficencia no es más que un aspecto. El asilo es otro: los monasterios acogen las miserias sociales, los esclavos fugitivos, los deudores insolventes, en el recinto definido en el concilio de Éfeso, en el año 431, como el espacio que va del edificio al muro exterior. El Estado reconoce el principio, aunque se esfuerza por preservar sus derechos. La subversión herética, por el contrario, no admite ninguna restricción, pues el antagonismo entre monaquismo y ciudad oculta aún en parte, en pleno siglo V, la dualidad entre regla y libertad. El monje que va a la ciudad se pierde, según los relatos edificantes. Por el contrario, la subversión herética se reconoce

en las bandas errantes, a menudo mixtas, que se mezclan con el mundo, es decir, van a la ciudad. El primer monaquismo de Constantinopla no siempre es ortodoxo. En todo caso, aparece independiente, informal. La regla no se entiende en el sentido occidental del término, sino como un código ascético cuyo origen se remonta a Basilio de Cesarea, con un menor grado de disciplina que en ciertos establecimientos del desierto, y muy poco o ningún encuadramiento sacerdotal. Tanto en la ciudad como en el desierto, el monje está fuera de los marcos de la autoridad y de la sociedad. Y de aquí el vigor de la intervención de la «fuerza» monástica en las oposiciones teológicas, sus violencias, su asociación con los pobres, su agresividad respecto del episcopado como en el caso de Juan Crisóstomo en la capital, por ejemplo. Además, los monjes son a menudo hombres del campo, en el sentido no solamente social, sino también cultural, del término. Con ellos, el mundo copto o sirio hace irrupción en el medio helenizado de Alejandría o de Antioquía.

En este sentido, los monjes de principios del siglo V son plenamente, como los pobres, un componente nuevo que modifica irreversiblemente la vieja categoría urbana de «pueblo». Los monasterios de la ciudad no son entonces casas sometidas a reglas, sino, por el contrario, abiertas. Los monjes viven a veces en grupos muy pequeños, de dos o de tres, a semejanza de los ascetas del siglo IV que permanecían en el seno de sus familias, o más exactamente, ya que son hombres solos y a partir de ahora fuera de todo marco familiar, a semejanza de los grupos comparables del desierto. Se comprende por ello la creciente severidad de las leyes que se esfuerzan por impedir los libres desplazamientos de estos hombres de una a otra ciudad. El concilio de Calcedonia, celebrado en el año 451, les prohíbe cambiar de sitio, y somete la apertura y la actividad de sus establecimientos al obispo de la ciudad. Sin éxito, puesto que la ley justinianea se esforzará finalmente por apartarlos de las ciudades. Mientras tanto, la primera mitad del siglo V ofrece claramente un panorama urbano de la Iglesia de los monjes que hemos visto desarrollarse en el desierto y, claramente también, el antagonismo entre la Iglesia de los monjes y la de los obispos, que no tendrá solución hasta el siglo XI, que señala el triunfo de los primeros.

Capítulo 2

LA GLORIA DEL IMPERIO

(mediados del siglo V - mediados del siglo VII)

El gran siglo que comienza con el advenimiento de León I, en el 457, y finaliza con la muerte de Justiniano I, en el 565, no debe su coherencia a los emperadores que lo gobiernan. Constituye uno de esos períodos muy ricos en los que los acontecimientos y las iniciativas se acumulan; en el que el conjunto de virtualidades sociales y culturales que se observaban hasta entonces, más o menos latentes, se hacen realidad; en que la sociedad, en una palabra, parece haber alcanzado la más alta cota de una abundancia de hombres y de medios que explicaría los rasgos que acabamos de indicar. La primera etapa de este período abarca hasta el advenimiento de Justino I en el 518. Y este último no es más que el mensajero del gran reinado del siglo, el de Justiniano I, que le sucede el año 527. Con una mirada sobre la época se descubren en primer lugar los mecanismos de la sucesión imperial, que ilustran a su manera una definición del poder supremo, así como la nueva estabilidad que adquiere, a partir de León I, el imperio de Bizancio. El Occidente se convierte en una zona marginal, una posible apertura de la política exterior. El vecino persa se afirma también, y Bizancio lo continúa encontrando en los caminos terrestres y marítimos del Oriente. Pero los sucesivos emperadores se apoyan, como se hizo a lo largo de siglos, unas veces en los Balcanes, al norte, y otras en las provincias de Siria, Palestina y Egipto, y al sur, un sur que comienza, recordémoslo, en los límites meridionales del Asia Menor, con la transición montañosa de la Isauria. En el centro de esta disyuntiva se encuentra «la ciudad soberana», Constantinopla, y su pueblo, de cuyo papel político hablamos en páginas anteriores.

La atracción del Oriente

Los reinados de León I y de su yerno y sucesor Zenón suponen la liquidación del problema planteado en el Imperio de Oriente, y más concretamente en el palacio, por una parte, y en Tracia, por otra, a causa de las fuerzas armadas ger-

mánicas. Liquidación que ahonda aún más la diferencia entre este imperio y el de Occidente.

El desorden isáurico

En el 457, momento del inicio de la sucesión de Marciano, el «señor de los soldados», Aspar, un alano de confesión arriana, es quizás el primer personaje del Imperio. Su padre, Ardaburius, cónsul el año 427, y él mismo, cónsul en 434, fueron los grandes generales de Teodosio II, y a pesar de que los alanos son un pueblo de la estepa, ambos hombres representan ante el emperador los intereses de los germanos federados, militares y arrianos como ellos. Aspar es quien determina la elección de León, un tracio de su entorno, como emperador. Y León, para contrarrestar el peso de los germanos, empieza a reclutar hombres entre los bárbaros del interior, los isáuricos. Crea el cuerpo de los *excubitores* ('los que se apuestan ante las puertas'), compuesto de tracios, ilíricos e isáuricos, nueva guardia palatina que desempeñará un importante papel en los siglos sucesivos. Un jefe isáurico, que ostenta el nombre griego de Zenón, se casará con la hija de León, Ariadna, el año 466 o 467. Cuando, en el 471, Aspar y su hijo Ardaburius son asesinados en el palacio, Tracia es asolada por uno de sus parientes, Teodorico el Bizco (*Strabo*), respaldado por la fuerza ostrogoda, instalada como federada en la región desde el año 454: se convierte a su vez en *magister militum* en el 473. Pero Zenón, al enfrentar a los jefes ostrogodos unos contra otros, consigue alejarlos hacia Italia.

A falta de un matrimonio en la familia reinante, León ha unido, por primera vez, las aclamaciones del ejército y el pueblo, con la imposición de la corona por el patriarca de Constantinopla, recientemente designado por el concilio de Calcedonia (451), en paridad con la sede de Roma. Se perfila entonces en torno al trono el esbozo de una constelación familiar, y de una mediación de las mujeres. León casa a su hija mayor, Ariadna, con un hijo de Aspar, el isáurico Zenón, que le sucede el 474. La viudad de León, Verina, interrumpe este reinado al año siguiente, poniendo en el poder primero a su amante y después a su hermano Basiliscos; pero este último debe contar a su vez con su propia esposa, y luego con su sobrino, amante de ésta. Zenón vuelve a tomar el poder en el 476 y lo conserva hasta su muerte, acaecida el año 491.

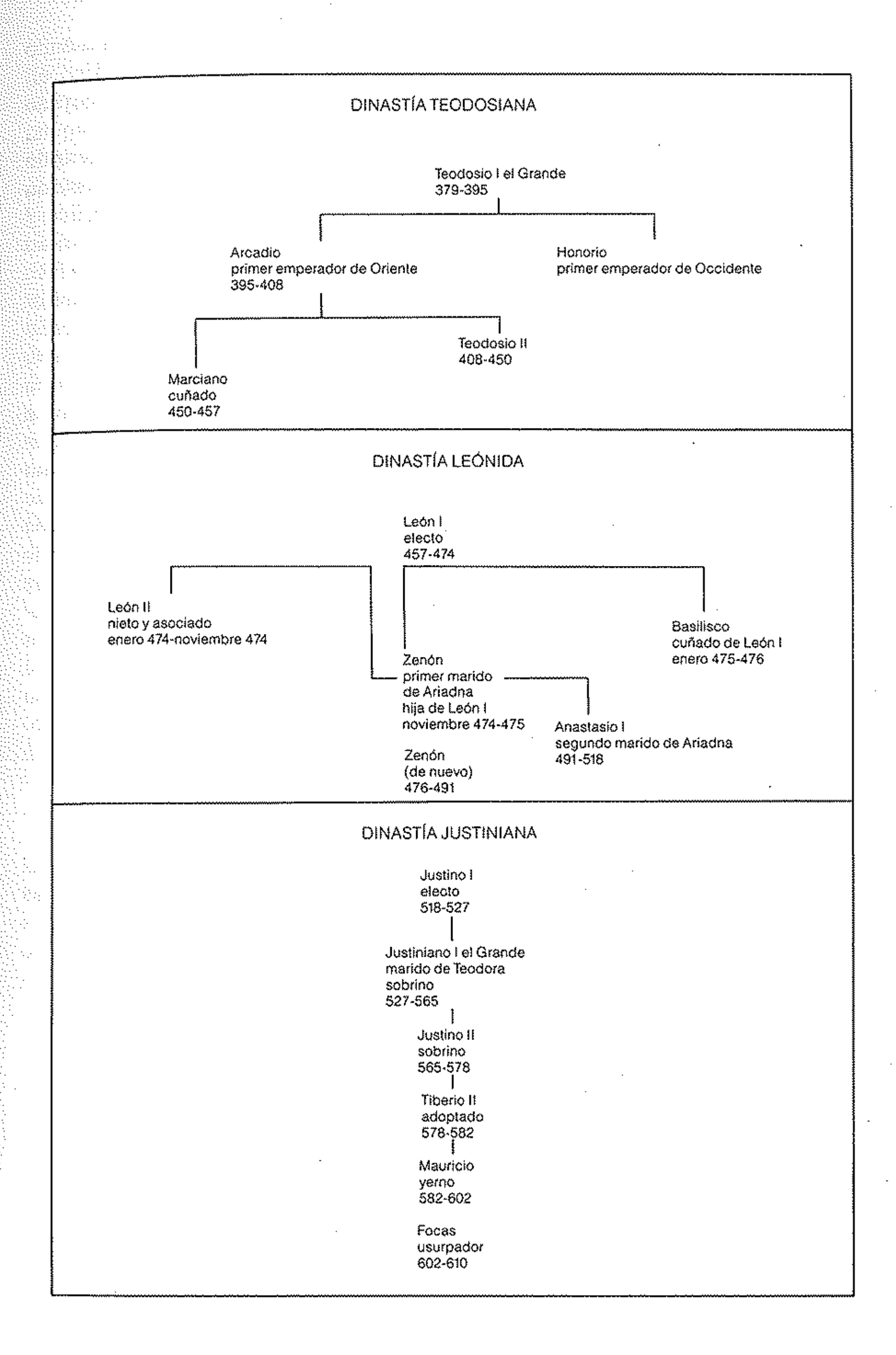
La solución del problema ostrogodo en los Balcanes y la desaparición del Imperio de Occidente en el 476 favorecen un nuevo equilibrio, abiertamente oriental, en que los montañeses isáuricos ocupan un lugar destacado, hecho del que la ascensión de Zenón y su entorno son la mejor aunque no la única prueba. La turbulencia de los isáuricos era atestiguada ya en el siglo II, así como su crónica insumisión. La segunda mitad del siglo V es, a todas luces, uno de sus momentos culminantes. Antes incluso del advenimiento de Zenón, entre el 467 y el 470, se señalan sus violencias en Rodas, donde cometen raptos y homicidios, mientras la población de la capital les arroja piedras y mata a algunos de ellos.

Las discordias dogmáticas

Sobre todo, Zenón juega la carta específicamente oriental y provincial del monofisismo. La fisura confesional abierta en Calcedonia comienza a partir de entonces a perfilarse claramente, entre la capital y las provincias de Oriente. El pueblo de Constantinopla es calcedonio. La llegada al poder de Basiliscos y su posición monofisita provocan un conflicto en el que los monjes y la población de la capital, agrupados en torno al patriarca Acacio, hacen frente a las tropas, sin duda monásticas, del patriarca de Alejandría, Timoteo Ailuros. En contrapartida, el monofisismo se extiende por las provincias orientales, y sobre todo Egipto, donde nació. El año 482, Zenón y el patriarca Acacio proponen una «fórmula unitaria» (*henotikon*), que no es aceptada ni por Roma, con quien se consuma la ruptura en el 484, ni por los calcedonios del Imperio, ni por los monofisitas. Pero al menos este intento sitúa al patriarca de Constantinopla como sostén dogmático del poder imperial. El problema de las relaciones entre el emperador y los patriarcados, e incluso entre éstos, está a partir de ahora abierto, más brutalmente si cabe, y su solución no está cerca. El patriarca de Alejandría, Pedro Monge, se esfuerza en primer lugar por zigzaguear entre el *henotikon* imperial y la presión monofisita de los millares de monjes del país. No obstante, sigue su propio camino y se afirma, por otra parte, a los ojos de las masas, en los años que siguen al 482, como la verdadera potencia en Egipto, contra la que nada puede el gobernador, el representante del Imperio en la provincia. En 490 se rompen las relaciones entre los patriarcas de Constantinopla y de Alejandría, en tanto que el monofisismo ocupa la sede de Antioquía, con el tercer patriarcado de Pedro el Batanero (485-489). En desquite, Zenón cierra la escuela de Edesa, centro de la doctrina nestoriana, cuyos maestros se exilian a Persia. Este hecho contribuye a precisar un poco más la división religiosa.

Por su parte, la Palestina central está agitada por la rebelión de los samaritanos, antiguos fieles de un Pentateuco gemelo del de los judíos, trazado en un alfabeto propio, y de un santuario situado en el monte Gerizim. En 456-457, en Neápolis (Nablus), su centro, samaritanos y simpatizantes asesinan monjes monofisitas instigados por el patriarca de Jerusalén. Hacia 484 estalla una revuelta samaritana en Cesarea y en Nablus, con un intento de usurpación, que se repite en 529. Este mismo año, un decreto que reprime su culto provoca un levantamiento campesino, que es masivamente samaritano, y lleva al poder a un tal Juliano. La revuelta alcanza la ciudad, a Nablus, a Esquitópolis (Beth-Shean), donde la población está mezclada y donde los rebeldes incendian bienes e iglesias. Cien mil hombres, según Procopio, habrían perecido en el curso de los acontecimientos; sea como sea, los propietarios, cristianos, se quedaron sin campesinos y solos frente al fisco. Los judíos, numerosos en Palestina, participaron en el movimiento samaritano. Aún en 555, unos y otros se desatan en Cesarea contra los cristianos, matan, entre otros, al gobernador y destrozan las iglesias.

Muerto Zenón en 491, a causa de una enfermedad, su viuda elige como emperador a un funcionario de palacio ya sexagenario, el silenciario Anastasio, al tiempo que lo toma por esposo. Anastasio comienza por llevar a cabo una guerra de pacificación contra Isauria, que no acaba hasta el 498. La hora política de los isáuricos parece concluida; pero volverá a sonar. Por lo demás, Anastasio se de-


DINASTÍA TEODOSIANA
Teodosio I el Grande
379-395
Arcadio
primer emperador de Oriente
395-408
Honorio
primer emperador de Occidente
Teodosio II
408-450
Marciano
cuñado
450-457
DINASTÍA LEÓNIDA
León I
electo
457-474
León II
nieto y asociado
enero 474-noviembre 474
Basilisco
cuñado de León I
enero 475-476
Zenón
primer marido
de Ariadna
hija de León I
noviembre 474-475
Anastasio I
segundo marido de Ariadna
491-518
Zenón
(de nuevo)
476-491
DINASTÍA JUSTINIANA
Justino I
electo
518-527
Justiniano I el Grande
marido de Teodora
sobrino
527-565
Justino II
sobrino
565-578
Tiberio II
adoptado
578-582
Mauricio
yerno
582-602
Focas
usurpador
602-610

fine menos por su nacimiento en Dyrhachium (Durazzo), en el límite del mundo latino, que por su carrera administrativa y por una estancia en Egipto. Con él, el poder imperial permanece decididamente en el campo monofisita. Es apoyado por Filoxeno de Mabboug, obispo de Hierápolis en el patriarcado de Antioquía, de expresión siriaca, y uno de los grandes teóricos del monofisismo, y sobre todo por Severo de Sozópolis, en Pisidia, griego de cultura y lengua, cuya aportación e influencia desempeñaron un importante papel en la historia de la doctrina, y que llegó a ser patriarca de Antioquía el año 512. En una palabra, Anastasio mira hacia Siria, hasta el punto de acoger monjes severianos en la capital en 508, y nombrar como prefecto del pretorio a Marinos de Apamea en 512. Sus relaciones con el patriarca de la capital fluctúan. Coronado por el patriarca Eufemio mediante garantías respecto al *credo* calcedonio, Anastasio lo destituye en 496. Su sucesor, Macedonio, que se mantiene fiel, como el emperador en principio, a la línea oficial del *henotikon,* acaba por conocer la misma suerte: es exiliado en 511. Anastasio se atrae así la abierta y violenta hostilidad de la población partidiaria de Calcedonia, de la capital muy unida a su patriarca. En el otro extremo del Imperio las opciones del emperador no consiguen la adhesión. Mientras que la población de la capital se rebela contra una fórmula monofisita introducida en la liturgia, y se saquea la casa del prefecto Marinos, los obispos calcedonios de Iliria apelan al papa en 512. En 513, la rebelión de Vitaliano estalla en otro lugar sensible del Imperio, Tracia. Vitaliano, conde de los federados, pariente del patriarca Macedonio, arrastra consigue a sus soldados bárbaros descontentos, a los que se añaden los campesinos de la región, y se pone en contacto con Roma. Su tropa alcanza Constantinopla en tres ocasiones. En primer lugar, llega victorioso en 514, e impone sus condiciones al poder central, aunque es derrotado en 515. Pero la reticencia de una parte del episcopado balcánico en relación al monofisismo no ha disminuido, a pesar de la represión. Y Roma se convierte en el horizonte de esta reticencia.

¿Fue la alternativa de Anastasio el resultado de una convicción personal, de las influencias intelectuales de las que acabamos de hablar, o bien se dejó llevar hacia lo que se estaba convirtiendo en la cultura dominante de las provincias orientales, que le parecieron en este caso más importantes que la adhesión de la capital? Es prácticamente imposible responder a esta pregunta, pues la vida de los emperadores, en esta sociedad, nos es menos accesible aún que la de los miserables. Sea como sea, al término de su reinado, los patriarcas orientales, en su conjunto, están separados de Roma. Pero el patriarcado ecuménico mantiene sus reservas, el de Alejandría es decididamente monofisita, mientras que en Siria la victoria del monofisismo no es total; en Palestina tampoco se ha producido, ya que las masas de la provincia, en lugar de ser cristianas, seguían siendo, en importante proporción, judías o samaritanas, mientras que, en consecuencia, el monáquismo era fácilmente calcedonio o, tal vez, su origen tuviera otras influencias. Pero en todas partes se libran luchas, en todas partes se pelean los monjes, incluso en Siria, tanto de uno como de otro lado. En todas partes, en fin, salvo en el caso particular de Palestina, o de personajes como Severo, la discrepancia doctrinal es de raíz lingüística, y por tanto social, en una medida aún no precisada. Pero fuera copto o sirio el monofisismo, y heleno el *credo* de Calcedonia, las líneas del futuro ya están trazadas.

Anastasio muere en 518, después de su esposa. La elección del sucesor se hace esta vez también en el palacio, antes de ser confirmado con arreglo a los usos, primero por el senado, luego por el pueblo y el ejército y, posteriormente, por el patriarca. Se hace cargo del poder el conde de los *excubitores,* Justino, originario de la región de Skoplje, en la Ilirica latina, y con más de sesenta años de edad. No había tenido hijos de su compañera Lupicina, coronada a la sazón bajo el nombre de Eufemia, y muy rápidamente asocia al poder a su sobrino Justiniano, nacido hacia 482. La misma situación volverá a producirse en 565, a falta de progenitura imperial: Justino II es un sobrino de Justiniano I. Sucesión imperial, pues, pero lateral. Y papel, una vez más, de una emperatriz, no en la sucesión ya que muere en 548, antes que su esposo, sino en el gobierno y el equilibrio del Imperio. Esta emperatriz, Teodora, nacida en la capital, hija de un guardián de osos del hipódromo, parece haber sido *seenica,* mujer del espectáculo, es decir, prostituta, y, por tanto, tradicionalmente prohibida a un hombre como Justiniano, al que su función pública colocaba en la categoría de los *illustres.* La ley que, en los años 520-524, flexibilizó esta prohibición estuvo claramente destinada a permitir su unión. La vida azarosa de Teodora la había llevado a través del Oriente, que ella representa, en cierto modo, en la pareja pronto imperial, incluidas las simpatías monofisitas, mientras que el tío y el sobrino se mantuvieron en una posición calcedonia, por razones aún no esclarecidas.

JUSTINIANO: EL ESPLENDOR

Con el advenimiento de Justiniano se abre la segunda parte del siglo, la más dramática y la más brillante. La más famosa también. Todo el mundo ha visto las siluetas imperiales que caminan entre dignatarios en la procesión representada en los muros de San Vital de Ravena y conoce el perfume escandaloso del nombre de Teodora, cuya participación en el poder supremo aparece, sin embargo, menos insólita si se la ve desde la perspectiva de toda la serie de reinados imperiales. De hecho, en razón de la misma magnitud del poder justinianeo, la época ha suscitado gran abundancia de fuentes escritas o iconográficas, cuyos tópicos sobre la pareja no son más que la falsa quintaesencia. En primer lugar, un historiógrafo oficial, Procopio de Cesarea, hombre de aguda y apasionada inteligencia que, después de los años dedicados a relatar las guerras y las construcciones del soberano, escribe hacia 550, como movido por la impaciencia, la *Historia secreta,* en la que se encuentra el famoso relato de la infancia y juventud de Teodora. La obra proyecta, asimismo, una sombra sobre otros personajes, sobre Belisario, el gran general, sobre el prefecto del pretorio, Juan de Capadocia (531-541). De igual modo, Juan el Lidio, nacido hacia 490, y durante mucho tiempo vinculado a la prefectura del pretorio en Constantinopla, consagra a esta ciudad el tercer volumen de su *Tratado de las magistraturas del Estado romano,* donde este virtuoso y mediocre funcionario bosqueja cuadros de una violenta obscenidad para atacar a Juan de Capadocia.

El siglo de Justiniano

Gracias a obras como éstas, y a algunas otras, el círculo de Justiniano y de Teodora se presenta animado por figuras individuales. Por lo demás, es una característica de la época que el grueso de la literatura conservada, a excepción de la hagiografía, proceda del medio de los gobernantes y funcionarios de la capital, mientras que la de finales del siglo IV provenga de los retóricos y los obispos de las ciudades. De manera que se lee en ellas a la vez tanto el relato de los acontecimientos y de las medidas tomadas como la constitución de un modelo imperial cuyos rasgos, elaborados a partir de Constantino, si fijan entonces para el futuro. El monumento de la legislación justinianea es un testimonio capital sobre este doble nivel, y otro personaje de la época aparece entonces en escena, el jurista Triboniano, responsable de la redacción del *Código justinianeo*, publicado en 529, y del *Digesto*, publicado en 533, recopilación revisada, y declarada a partir de entonces intangible, del derecho romano. Posteriormente, el legislador expresa en las *Novelas* leyes independientes, cuyos considerandos y decisiones jalonan la evolución de la capital, de las provincias y de las tierras conquistadas. Si el *Código* es aún un texto latino, a excepción de algunas leyes posteriores a 450, en las *Novelas* domina el griego ya que el pequeño número de textos latinos tiene un destino occidental, Italia, África, Iliria. Por otro lado, el reinado fue bastante largo como para constituir un ejemplo político, o al menos para imprimir un sello decisivo al modelo en curso de elaboración a partir de Constantino. Este modelo está desarrollado en el discurso político, en el que el emperador dice estar inspirado por el «amor de la humanidad», cuyas riendas ha recibido de arriba, y por la presciencia de lo que es bueno para ella, de acuerdo con la voluntad divina. El preámbulo del *Digesto* declara que no duerme jamás, y Procopio invierte curiosamente la imagen en su *Historia secreta,* en la que lo muestra, en efecto, insensible al sueño, pero debido a su naturaleza demoníaca.

El poder justinianeo expresa también su esplendor en sus edificios y su decoración, a lo largo de las provincias, y sobre todo en la capital, donde Justiniano hace erigir dos símbolos, un palacio y Santa Sofía. Al igual que el de Constantino, y los de los siglos IX-X, el Gran Palacio del siglo VI lo conocemos imperfectamente. Las excavaciones han sacado a la luz exquisitos mosaicos rurales de gusto helenístico, en los que puede verse un molino de agua junto a un río, imagen nueva en esta época. El encargado de los asuntos de Justiniano, el patricio Pedro, recopiló por su parte los protocolos de las ceremonias de la corte de los siglos V y VI, trabajo que sigue la misma línea de alarde ritualizado de la majestad imperial que conocemos por los fragmentos conservados en el *Libro de las Ceremonias* de Constantino VII, compuesto a mediados del siglo X.

Santa Sofía, comenzada el año 532, consagrada en 537, de nuevo en obras en 558 tras el hundimiento de la cúpula, y consagrada por segunda vez en 562, la iglesia de la sabiduría divina, fabulosa por la cantidad de dinero que costó y los tesoros expuestos, se convierte y permanece como el corazón religioso del poder imperial de Bizancio, no sólo para el emperador y la población de su capital, sino para las naciones extranjeras. Las capitales de los Estados eslavos no se olvidarán de ella. Bajo los 55 metros de altura de la gran cúpula, en el interior de los 77 metros de anchura desplegados debajo, el coro de Beauvais podría alojarse con

holgura. Se fija así, y por mucho tiempo, el prototipo, desigual y gigante, de la iglesia bizantina de planta central, torpemente asentada, casi poco agraciadamente echada sobre el suelo, pero cuyo interior, con el esplendor de los mosaicos, ofrece a Dios un cuadro cuyo poderío recordará el del príncipe. El hecho de que San Vital, en Ravena, Italia, fuera más pequeña o que San Apolinar siguiera el modelo de la basílica no es más que un rasgo regional: allí también se establece el vínculo entre el emperador, presente en medio de sus oficiales, y el poder divino.

El programa justinianeo se sustentaba en los términos de unidad, de romanidad y, también, de inmovilidad. El poder se esfuerza por eliminar todas las disidencias en relación a una norma que es la del imperio cristiano. Se concibe como nacido de una herencia, pero no abierto a ningún cambio. Memoria pero no proyecto, perpetuidad pero no futuro: esta posición, poco inteligible para una mentalidad de hoy, explicaría en lo sucesivo las orientaciones de la política de Bizancio. Así queda demostrado, por ejemplo, en la concepción legislativa: una vez recopilados el *Digesto* y el *Código,* todo el material es destruido y todo comentario prohibido de ahora en adelante. En realidad, paráfrasis y traducciones latinas eludieron la prohibición, mientras que las mismas *Novelas* de Justiniano reflejan la presión de las circunstancias y atestiguan el inicio de las evoluciones prácticas. Aunque su lengua es a partir de ahora el griego, y el latín parece haber perdido su papel oficial, los contactos culturales no son interrumpidos, pues son también contactos políticos, como lo manifiesta de Roma a Constantinopla la actividad de los Anicios, una de las más importantes familias romanas de la época, con la que quizá estuvo emparentado el papa Gregorio Magno. Pero la reconquista de Occidente sigue siendo el gran proyecto histórico o, mejor dicho, cultural también, de Justiniano.

Grandeza y límites de la «reconquista romana»

Ya en el umbral de la época que estamos analizando, la intervención de León I en África con poderosos medios marca la vuelta a la gran política, ya que responde no a una amenaza directa sino a una demanda del Imperio de Occidente en la víspera de su caída. Anastasio se limita a guerras inicialmente defensivas en el Cáucaso contra el pueblo guerrero de los zanos, parapetado en su refugio montañoso; en la frontera de Mesopotamia, con un importante esfuerzo de fortificación, y, por último, en los Balcanes, donde, desde el reinado de Zenón, los eslavos «antas» y los «esclavenos», y elementos turcos ya designados como «búlgaros», ejercen juntos una presión que se agrava bajo el mandato de Anastasio. Por otra parte, la acción de Anastasio entre las tribus árabes de la estepa siriopalestina intenta proteger a las provincias de sus incursiones, entonces muy activas, y dirigir su fuerza contra Persia. En este sentido, el emperador apoya la conquista del Himyar por Etiopía, que refuerza una cristianización venida de Alejandría, y por tanto monofisita. De este modo queda despejada para los navegantes bizantinos la ruta marítima esencial que conduce de Eilath (Aila) hacia el golfo Pérsico y la India. El conflicto se vuelve a abrir bajo Justino I, pues el rey de Himyar se pone de parte del judaísmo, lo que significa que rechaza la tutela de Etiopía y del

patriarcado de Alejandría. Se apoya, por el contrario, en el principado árabe de Hira, fiel por su parte a sus cultos tradicionales. Pero una nueva expedición etíope somete el reino rebelde, circunstancia de la que Bizancio se beneficia. Justino I consolida igualmente la posición bizantina en el Cáucaso. Según hemos podido saber, tanto las expediciones como las operaciones de defensa se hacen, a partir de ahora, con las fuerzas propias del Imperio. Desde los años en que los isáuricos se enfrentaban a la población de Constantinopla o de Rodas, en la víspera de su guerra con el poder central, eran mencionados como temporeros en las obras de construcción monásticas de Siria del norte. Tras la caída del reducto isáurico, son deportados a Tracia para reforzar la defensa de la provincia. Y desde el reinado de León I constan como hombres de armas en las tropas privadas reclutadas por los grandes propietarios para su estrategia patrimonial, y a veces entregados por ellos a los ejércitos regulares, en caso de necesidad. Estos *bucellarii* ('comedores de bizcocho de soldado') desempeñaron un importante papel en las guerras justinianeas; y no fueron sólo hombres de Isauria, sino también de Tracia, por ejemplo. Justiniano dispuso pues, a su advenimiento, de un ejército más provincial que formado por bárbaros, aunque estos últimos no estuvieron jamás ausentes. Su lugar es incluso preponderante en las expediciones de Italia e incluso (no nos sorprendamos de ello) después de 540.

Justiniano deja un modelo, un horizonte, en la tradición imperial de Bizancio: la restauración de la antigua unidad por la reconquista del Occidente. Llamado con motivo de los conflictos dinásticos, intervino en 533 en África, donde su general, Belisario, hizo una campaña triunfal, y en 535 en Italia, donde el mismo general desembarca en Sicilia, pasa luego el estrecho de Mesina y entra en Roma en 536 y en Ravena en 540.

No se deben minimizar estos hechos, como se hace a menudo, porque tuvieran una duración desigual. ¿Acaso el «triunfo» de Belisario en la antigua Roma y la llegada de los «romanos» hasta el Po no suponen la vuelta a la época de Constantino? Faltaban aún la Galia e Hispania, es cierto. Pero aún había mucho tiempo por delante. En estas expediciones es donde queda más de relieve la importancia de los bucelarios reclutados por millares y puestos al servicio de generales como Belisario o Germanos, primo de Justiniano: signo al mismo tiempo de una cierta abundancia de hombres y del creciente poderío privado del que veremos otros rasgos en las campañas.

Pero si la memoria de Bizancio permanece en el Oeste, su historia presente y futura está en juego en los Balcanes y a lo largo de la frontera oriental. Al principio del reinado, la guerra persa se lleva a cabo, con cierto éxito, en Mesopotamia, en Lacica y, sobre todo, en Armenia. Está marcada por las grandes ofensivas del enemigo, que le llevan hasta Antioquía en 529, y sobre todo en 540, año en que la ciudad cae momentáneamente en su poder, y se rompe el tratado concertado en 533. De 531 a 579, el trono de Persia está ocupado por Cosroes I, cuyo reinado señala un gran siglo político y cultural, el de la Persia sasánida que la conquista islámica ensombrecerá aunque sin conseguir borrarla. Aquí también abundan los hombres y el dinero, ¿de plata tal vez? Es posible. Los pueblos bárbaros pululan alrededor de las dos potencias imperiales. Al norte, Justiniano somete definitivamente a los zanos del Cáucaso. Los «hunos» irrumpen en Asia Menor como hicieron bajo el mandato de Anastasio, pero sobre

todo, al controlar las rutas continentales de la seda china ejercen presión sobre Bizancio y sobre los persas, cuando no son mercenarios de los unos o de los otros. Los «búlgaros» se hacen fuertes en los Balcanes y asolan en 540 Tracia y Macedonia. En cambio, Bizancio consolida en su beneficio y contra Persia la confederación de las tribus al mando de los gassaníes, que establecen en la estepa siria su centro, Sergiópolis (Resafa), la ciudad de san Sergio, mientras que los lajmíes están a la cabeza de una organización similar que lucha en favor de los persas. Finalmente, en el sur, Justiniano prosigue la acción diplomática, evangelizadora y militar que constituye la política exterior de Bizancio, por una parte hacia Nubia, por otra, y siempre, en las inmediaciones del mar Rojo, de la ruta marítima bloqueada por Etiopía y el Himyar.

El punto de inflexión militar se sitúa un poco antes, según parece, que el financiero y social, lo que hará del primero una causa del segundo. Ya en 540, la reconquista occidental va perdiendo fuerza. En África, una insurrección bereber amenaza lo adquirido entre 544 y 548. En Italia, el nuevo rey de los ostrogodos, Totila, comienza en 541 una resistencia que se prolongará hasta 555. En 552, sin embargo, Bizancio emprende una guerra en Hispania con motivo, allí también, de un conflicto a la vez dinástico y religioso que le entrega una parte de la península. En 561, la conquista de Italia se consuma en los Alpes venecianos. El mismo año se concierta un tratado por diez años con Persia. En los Balcanes, la presión se agrava después del 544, se desencadenan otras oleadas que cambian las circunstancias políticas: los hunos cutrigures, los «búlgaros» que tienen bajo su mando a los «esclavenos» asolan cada vez con más intensidad Tracia y amenazan la capital, de la que los hunos alcanzan ya la periferia. En 558 llega a Constantinopla la primera embajada de otro pueblo turco, los ávaros, que acampan en el Danubio en 561. Esta serie de incursiones, de batallas y de negociaciones que ocupan los diez últimos años del reinado de Justiniano marca de hecho el principio de una nueva época en esta parte del mundo.

JUSTINIANO: LAS DIFICULTADES

Los tiempos no son homogéneos de 457 a 565. Un primer período, que se puede cerrar en 518, acumula en algunos decenios, y simultáneamente, las guerras lejanas o provinciales y las turbulencias urbanas, un formidable auge monástico y un progreso de las construcciones de todo tipo; una evolución que va acompañada de modificaciones de las formas fundamentales de la sociedad y de la producción. Un lento aumento de la población durante el siglo V, que alcanza hacia 450-460 un umbral de presión demográfica, explicaría bastante bien tal concomitancia, siempre que estuviera apoyada en una abundancia de efectivos, oro fundamentalmente, instrumento de la política interior y exterior. Esta actividad histórica es paralela a una rigidez social. Los signos de actividad y rigidez se hacen indiscutibles con Justino I, y con Justiniano: más concretamente, a partir de 550 se hace patente una ruptura.

El peso de los hombres y del oro

Es evidente que no poseemos cifras demográficas seguras, o mejor dicho, estimaciones globales posibles a través de las cuales poder apreciar los datos que rebuscamos en los documentos: número de monjes de un monasterio, o de los contribuyentes de una aldea, efectivos de un ejército proporcionado por un escrito bien informado, etc. La arqueología sugiere las variaciones de población de un territorio, pero las investigaciones en este sentido son aún insuficientes. Lo que sigue es, pues, una pura suposición, simplemente justificada por el deseo de explicar lo mejor posible el mayor número de hechos. Es cierto que el siglo IV y la primera mitad del siglo V no conocieron desequilibrios ni catástrofes de gran envergadura. Y esto fue suficiente para que la población creciera, a pesar de la mortalidad infantil y estacional, del hambre frecuente y de la alimentación insuficiente, de una salud pública deficiente. Se ve por las tumbas familiares que los matrimonios provinciales rebasaron a menudo el umbral del nacimiento de cuatro a seis niños. Ahora bien, una sociedad cuya productividad era a la vez poco elástica y fuertemente tributaria de la energía humana debía acusar muchas más oscilaciones de las que nos muestran las cifras. Los factores negativos podrían ser las sangrías catastróficas, por un lado, y por otro, ese segundo fenómeno que abarca pero sobrepasa al primero, una alarmante disminución del número de parejas genitoras.

Esta dismunición pudo tener causas demográficas. Una de ellas, de primera magnitud, fue la peste. La enfermedad bubónica está descrita en los textos médicos, pero no identificada en la historia del alto Imperio, donde dos graves epidemias, a finales del siglo II y a mediados del III, son difíciles de definir exactamente, aunque podrían haber sido viruelas. En cambio, cuando la peste irrumpe a finales de 541, procedente de Etiopía a través de Egipto, Procopio y otros historiadores la describen con una precisión que prueba su novedad. En la primavera de 542, llega a Constantinopla y asola el Imperio tanto como Occidente. Una ley de marzo de 544, que prescribe la vuelta a salarios anteriores, la declara acabada. Aunque, de hecho, permanece amenazante, y la historiografía la menciona aquí y allí, en 557-558, 572-574, 590, 599, e incluso en el siglo VII. La epidemia de 541-544 causó sin duda grandes estragos, amplificados por la perturbación social que comportó, y que repercutieron en las pérdidas de hijos de las generaciones futuras. La década abierta por la peste estuvo, por lo demás, marcada por otras calamidades, en particular una epizootia catastrófica en 547-548. Todo el reinado de Justiniano estuvo salpicado de frecuentes épocas de hambre. ¿Es preciso ver aquí los signos de un período de sequía, de la que también sería un indicio la creciente agresividad de los nómadas en los caminos orientales? Es posible. Pero también puede pensarse que el alcance, en cualquier caso muy grande, de los estragos de la peste y el hambre está en correlación con una población llegada a un grado de densidad elevado en relación a los recursos, al término del lento ascenso supuesto anteriomente que cesa después de 550. Sin embargo, también el declive será lento. Pues implica causas sociales del desequilibrio demográfico y de carencia de procreación, claramente visibles desde 450-460, y que llegan a su máxima expresión bajo el reinado de Justiniano, pero cuyo efecto sigue siendo acumulativo, a medio o largo plazo. Si se ponen aparte las empresas militares, y

el problema de las regiones constantemente expuestas a los bárbaros, estas causas se inscriben en los tres espacios definidos más arriba, el desierto, el campo y la ciudad, y en la relación que existe entre ellos. Las volveremos a encontrar, pues, en la historia social del período.

La historia militar, la historia interna de la ciudades, de los monasterios o de las construcciones no es posible sin una abundancia de moneda de oro que la financie. La guerra vándala de León I, la edificación del complejo monástico del Monte Admirable, al norte de Antioquía, bajo el mandato de Zenón, son los primeros ejemplos. Pero son las medidas financieras y fiscales de Anastasio las que se llevan la palma, después de estos primeros gastos también elevados. El emperador suprime en 498 el impuesto en oro y plata recaudado en concepto de bienes y servicios, incluida la prostitución, mientras que declara que el impuesto sobre los campos se ha de cobrar en oro. Por otra parte, crea una moneda fuerte de bronce, el *follis,* destinada a las más importantes de las pequeñas transacciones, a fin de revalorizarlas y de aliviar el circuito del oro. Finalmente, vuelve a poner orden en el sistema de aduanas y en el de los pagos a los funcionarios, o al menos se esfuerza, antes de muchos otros, en prohibir los aumentos practicados por estos últimos. Pero el *follis* no cesa de depreciarse en términos de cambio con el oro, a pesar de una medida de recuperación tomada por Justiniano en 529. Las dotes de las jóvenes de las provincias, los tesoros de los monasterios, las rentas constituidas en su beneficio, los donativos que se les hacen son valorados más que nunca en oro, mientras el ahorro de los trabajadores pagados diariamente lo es en bronce.

Frecuentemente se ha pensado que el oro del Imperio se consumió durante los siglos V y VI a causa de los tributos pagados a los bárbaros, las compras en el exterior, las especias llegadas de la India, la seda china conducida a través de Persia y los mercenarios escandinavos, aunque la exportación de metal fue oficialmente prohibida. Los hallazgos de sueldos, de Suecia a Ucrania, parecen confirmar esta hipótesis, y es cierto que, según el testimonio del ya citado mercader Cosmas, el sueldo de oro bizantino fue más importante que la moneda de plata persa hasta en el mercado de Ceilán. Pero una parte del oro pagado a los bárbaros o a los mercenarios tal vez volvía a entrar en el Imperio a través de compras. El problema de la seda se solucionó con la introducción del gusano en el Imperio hacia 553 o 559. Posteriormente, las reservas de oro se renovaron por el metal de las minas del Sudán, pero sobre todo por la constantemente posible conversión de los objetos atesorados por el palacio, los poderosos y los establecimientos religiosos. Por fin, el gobierno de Justiniano usa y abusa de los procedimientos tradicionales: venalidad de los cargos; creación de un monopolio en provecho de las corporaciones de la capital, que ellas le pagan; monopolio imperial sobre la seda sin trabajar cuando era aún importada; confiscación de los bienes de los paganos y herejes del Asia Menor, en particular; incremento de la extorsión fiscal, cuyos medios hemos descrito; retraso en la paga de los soldados, mientras que algunos oficiales, tal como nos consta, omiten a sabiendas el tachar a los difuntos en las listas. Todas estas presiones parecen acumularse a partir de 540, en el mismo momento en que la peste y diversas calamidades afligen a la población.

La efervescencia de la ciudad

Los conflictos urbanos se recrudecen en gran medida desde 450, sobre todo en tiempos de Justiniano, planteando un problema de historia demográfica, política y social. Sin lugar a dudas, la población relativa de las ciudades aumenta. La arqueología nos lo prueba de Alepo a Jerusalén. Y los textos muestran que este aumento no es saludable. Se va a la ciudad huyendo de las dificultades sociales del campo, y a la capital porque se busca refugio frente a los problemas de las ciudades provincianas. Las *Novelas* de Justiniano, preocupadas por contener el movimiento, torrencial a partir de 530, nos proporcionan buena información sobre el particular. Los que llegan son a menudo víctimas a la vez de los hacendados, del fisco y de la justicia corrompida de los gobernadores. Sin olvidar, por supuesto, el vagabundeo puro y simple, la inestabilidad de los pobres, la inquietud que arroja a los caminos y a las calles a esos «monjes errantes» que los cánones no cesan de condenar sin éxito; ni tampoco la atracción que arrastra hacia algún reputado santuario como el de Monte Admirable, o hacia Tierra Santa. La ciudad sólo puede responder muy parcialmente a esta tendencia. Proporciona trabajo en la construcción de edificios, cisternas o murallas, o en las obras públicas, pero muy poco ya que los que llegan ofrecen una fuerza de trabajo sin cualificación. Por el contrario, el trabajo cualificado del artesanado parece escasear, quizá al haber conseguido su estabilización frente a una creciente demanda. Las asociaciones artesanales tienden, en efecto, a convertirse en grupos de presión, defensores de un monopolio, o al menos de una posición de fuerza. Ya en 459, un proceso grabado en piedra publica en Sardes las disposiciones relativas a los litigios y rupturas de contrato entre los artesanos de la construcción, los miembros de la asociación y sus empleados. Una *novella* de 538 propone condiciones ventajosas a los hortelanos que hagan fructificar los terrenos situados alrededor de la capital. Por las mismas fechas, Justiniano concede, o más bien vende, a las asociaciones de la capital una situación de monopolio, incluso ante la peste, que provoca un aumento excesivo de todos los salarios, atestiguado por una *novella* de 544. En 539, se dota a la capital de un magistrado especial, el *quaesitor,* que recibe la misión de controlar a los recién llegados, de expulsarlos si su estancia no está justificada, o de emplearlos en las obras públicas y en las panaderías. Esta ley hace alusión al peligro de criminalidad, mientras que otra denuncia los perjuicios de los proxenetas que amenazan en la ciudad a campesinos aún niños. A falta de trabajo, los que llegan buscan una ayuda. Mientras los inmuebles de Constantinopla y Alejandría conservan para sus habitantes de derecho el privilegio de los «panes públicos», la beneficencia es de ahora en adelante una atribución de la Iglesia. Esclavos y colonos prófugos, deudores del fisco, pleiteantes desafortunados se refugian en el recinto de asilo, malviviendo en espera de días mejores. Los campesinos, los errantes, los inválidos de cualquier tipo piden socorro a los establecimientos de caridad, que se multiplican en las grandes ciudades, y están al cuidado de monjes y, cada vez más, construidos y dotados por los emperadores. Algunos ofrecen un verdadero servicio hospitalario. Todos distribuyen alimentos, al menos durante las fiestas. Las asociaciones piadosas laicas aportan también su ayuda, recogiendo a los indigentes vivos o muertos.

Este movimiento de población provoca necesariamente un problema político

que la institución ciudadana tradicional es incapaz de asumir, pero que se manifiesta por el recrudecimiento de los tumultos. En efecto, es significativo que las causas explícitas no sean otra cosa que reivindicaciones materiales. Sin duda, las dificultades de abastecimiento, las gestiones poco eficaces, las medidas impopulares provocan una agitación violenta, incendios, lanzamiento de piedras a las autoridades, muertes de hombres; incluso se llegan a matar unos a otros alrededor de los puntos de agua en períodos de sequía. Pero la «agitación de los pobres» en Constantinopla el año 533 contra una «brusca devaluación de la calderilla» constituye un caso excepcional. Y cuando el *demos* de Antioquía se subleva en 540 ante la proximidad de los persas porque «busca la revolución», hace pensar que la motivación social está sin duda alguna recubierta en la conciencia de los actores por una espera de tipo escatológico. En cambio, se consideran características las refriegas entre confesiones o los asaltos contra los isáuricos. Las reyertas callejeras contra los judíos se multiplican en Alejandría y otras partes. La única respuesta de la institución consiste en aumentar y estructurar el papel de las facciones en el hipódromo.

Recordemos que el simbolismo de los cuatro colores, pronto reagrupados en dos, el Azul y el Verde, y el del hipódromo, imagen del mundo donde reina el soberano, se remonta al siglo IV, al menos en nuestra historia, pues sus antecedentes son aún más antiguos. El papel de estas facciones se afirma sobre todo en el siglo V, y más concretamente a partir de Anastasio, antes de eclipsarse a principios del siglo VII o, mejor dicho, de quedar reducido desde entonces a un apacible componente del simbolismo oficial. Sus miembros de plena dedicación constituyen a la vez la milicia ciudadana, que trabaja y hace guardia en las murallas, y los interlocutores del diálogo ritualizado con el soberano en el hipódromo. Aparecen estructurados, con un comandante, un administrador, un consejo, un portavoz y un cierto capital. Los Verdes tienen patronos conocidos. Pero la actividad de las facciones no se limita a la capital, ni al espectáculo, ni está encerrada en el hipódromo, donde se pone de relieve el pueblo antiguo frente al poder imperial. El Azul y el Verde se enfrentan en peleas que llegan también a la calle, intervienen en la efervescencia de variadas circunstancias y, si se tercia, contra el propio emperador. El episodio más significativo a este respecto es la célebre sedición *Nika* («¡Victoria...!») que en 532 pone en peligro a Justiniano, y que es desencadenada por las dos facciones a raíz de una represión motivada por los excesos de los Verdes. Si hemos de creer a Procopio, por estas fechas, y tal vez por velada instigación de Justiniano antes de su advenimiento, las facciones y sus «jóvenes» se convirtieron abiertamente en organizaciones de bandolerismo, robando, violando, matando por encargo. Su movilización no está ni mucho menos vinculada al incremento del número de pobres y desarraigados. Se reclutan, por el contrario, hasta en las buenas familias. Y toda la ciudad de la Antigüedad que toca a su fin está sin duda ahí, en esta delegación de todos los antagonismos, en esta cristalización formal de la violencia latente sustentada por las condiciones de la vida urbana.

El decaimiento campesino

Mientras que las ciudades crecen desmesuradamente, sobre todo las más grandes, los campos no se vacían. Pero aunque la organización aldeana permanezca inalterable, bajo una forma que recorre los siglos, el desarrollo de la dependencia patrimonial y el auge de monasterios productivos en ciertas regiones, Siria del norte, Mesopotamia, alrededores de Jerusalén, introducen importantes modificaciones. En efecto, el dominio evoluciona menos como explotador directo que como recaudador de rentas y, sobre todo, como poder que privatiza en su beneficio el poder público, su orden, su exigencia fiscal, a menudo a partir de una delegación. Tenemos testimonios de tropas, policía y cárceles privadas fundamentalmente a partir de 450. Constituyen un orden que es a veces el de la propiedad legítima, y a veces el de una extensión abusiva de ésta por medio de la práctica del patronazgo, ya sea impuesto o voluntariamente aceptado. Los bienes de los Apiones, en Egipto, cuyos archivos poseemos, son en el siglo VI un pequeño Estado dentro del Estado. A fin de cuentas, la actitud del poder central es ambigua, pues se halla dividido entre una exigencia fiscal frustrada y una solidaridad natural con los grandes propietarios —a cuya cabeza se sitúa el propio emperador, como se recordará—, entre los que se cuentan también las iglesias, como las de Alejandría, cuya forma de riqueza es la base del poderío social y político por excelencia tal como se entendía entonces. Asimismo, las *Novelas* de Justiniano lamentan, después de 530, que la prosperidad de las aldeas montañesas desafíe al poder público del que las sustrae alguna protección local, a punta de cuchillo, se entiende. El poder central se esfuerza, pues, en vigorizar el orden público reuniendo es una sola mano los poderes civiles y militares tradicionalmente separados, esbozo del sistema que se generalizará más tarde. Por otra parte, bajo Justiniano y Justino II, se multiplican las concesiones de autonomía fiscal dentro de los límites de un dominio en que los agentes del fisco no pueden entrar y cuyo propietario recauda y abona el impuesto, lo que equivale a reconocerle una parcela de la autoridad pública y un poder de deducción fiscal sin limitación externa.

A la pesada carga campesina se añade aún la parte correspondiente a la Iglesia, fundada sobre otra relación de poder. Nos encontramos aquí con ofrendas voluntarias, regulares u ocasionales, aunque también con alguna que otra extorsión practicada por el sacerdote rural que niega los sacramentos a quien no los quiere pagar. La punción se hace en el marco del sistema de creencia. Por lo demás, allí donde la iglesia es privada, lo que es frecuente en Egipto, estas entradas específicas corresponden a la renta patrimonial.

Se adivina a partir de entonces una condición campesina desigualmente dura según las regiones y los momentos. Los campesinos del Asia Menor son abrumados, después de 545, por la conjunción del estrago demográfico debido a la peste, de la creciente exigencia fiscal y de una serie de malos años. Los de Tracia soportan en progresión creciente agresiones de los bárbaros cada vez más duras. El poder central reprime las disidencias religiosas regionales, las samaritanas de Palestina, las heréticas y paganas del Asia Menor, a fin de conseguir la unidad ideológica y sacar a flote el tesoro por medio de las confiscaciones. Estas disidencias tienen importantes cimientos campesinos. Sin embargo, si se observan las resistencias violentas, como las de los samaritanos, los asesinatos y muertes volunta-

rias entre los heréticos, o cómo los campesinos tracios engrosan en 513 los efectivos de la tentativa de Vitaliano, no se observan revueltas campesinas propiamente dichas. La sociedad campesina reacciona descomponiéndose. No a través del bandolerismo, que es una actividad normal en regiones como Isauria, sino huyendo. La familia se desmembra, la tierra queda abandonada, el campesino se deshace de su carga cuando se ve agravada por cualquier poder que exceda los límites de lo soportable. El campo envía sus hombres a la ciudad, por medio del ejército reclutado por los grandes y, sobre todo, indudablemente, al campo y al convento.

El mundo de los monjes

Ya vimos más arriba lo que era el desierto, y también cómo se dejaba el mundo por la soledad, de uno en uno o de dos en dos, del artesanado eremítico, o por la vida comunitaria. Hemos mostrado también el auge monástico urbano vinculado a la beneficencia. Pero esta época se caracteriza ante todo por un gran desarrollo de las comunidades fuera de las ciudades a través de dos modalidades: la laura (*lavra*) y el convento (*koinobion*). La laura se basa en una fórmula semicomunitaria: hábitat individual, patrimonio común, reuniones los fines de semana y dirección material y espiritual de uno solo, el *higumeno* ('el conductor'). El funcionamiento del modelo está descrito en la *Vida* del más ilustre de los monjes palestinos, Sabas, muerto en 532, cuya fundación perdura hasta nuestro días. Establecida en un terreno árido como, por ejemplo, el desierto de Judá, una laura se limita a la producción artesanal, pero se apoya en un «huerto», en este caso a orillas del mar Muerto. A sus recursos propios se añaden las ofrendas de dinero, que permiten particularmente la adquisición o la construcción de inmuebles. Es así como Sabas construye su laura y adquiere en Jerusalén locales para el hospedaje de sus monjes. Esta fórmula se desarrolla en la zona árida de Egipto y de Palestina. En las regiones susceptibles de producir, en Egipto, alrededor de Belén, en Siria del norte, en Mesopotamia, se multiplican los establecimientos comunitarios, productores de trigo, vino o aceite de oliva. Las excavaciones muestran, en este caso, un hábitat colectivo. Estos establecimientos ejercen también una función caritativa y hospitalaria que puede llegar a ser primordial si están situados en un eje de circulación importante. Constituyen la fuerza monástica tanto los de calcedonios de Palestina y Antioquía como de los monofisitas de Egipto y Mesopotamia. Reciben ofrendas en dinero, ya sea al contado o en forma de rentas que aseguran su actividad y su desarrollo. Sus tierras, como todos los bienes de la Iglesia, son inalienables y a veces proceden de un desmonte. Los límites de asilo puestos en el campo de Sirio o de Panfilia sugieren una forma de la atracción que podían ejercer estos monasterios. La *Vida de Simeón Estilita el Joven,* muerto en 592, describe a los obreros, a veces venidos de lejos, los enfermos curados que ofrecen su mano de obra ya que el dinero no es aceptado, el taller de construcción siempre abierto, cuya importancia han confirmado las excavaciones de Monte Admirable, cerca de Antioquía. Pero ya en esta época también algunos monasterios se comportan como hacendados, es decir, como recaudadores de rentas.

El movimiento de las fundaciones monásticas se inscribe con bastante claridad en ese gran siglo que transcurre entre 457 y 565. Así, la cruzada confiada al obispo monofisita Juan de Éfeso en 542-543, se salda con la colonización monástica de las tierras confiscadas a los paganos del Asia Menor. Las fundaciones disminuyen considerablemente a partir de 550, al mismo tiempo que la presión humana, como puede pensarse, y los recursos financieros. Sin embargo, los monasterios existentes tardaron siglos en extinguirse, cuando no sobrevivieron hasta nuestros días, como San Sabas, Santa Catalina del Sinaí, acabado de construir hacia 556, y algunos otros, que mantienen la presencia histórica del helenismo bizantino en países donde prevalece el cristianismo oriental y el Islam.

El fracaso religioso

La prosecución de la reconquista no consigue devolver al papa el lugar eminente, en el sistema del mundo, que había tenido la antigua Roma. Es la nueva Roma quien tiene el poder. Tras la reconciliación llevada a cabo al principio del reinado de Justino I, el papa sigue siendo un posible árbitro, una referencia que Justiniano se esfuerza por obtener en su búsqueda de un compromiso capaz de resolver la cuestión monofisita y que él estudia en virtud de la competencia dogmática del emperador. En este campo de la unidad religiosa alrededor de un *credo* imperial, Justiniano tiene un éxito desigual. Los monofisitas representan una coherencia cultural, demasiado fuerte, convertida ya en nacional, con dos polos, el sirio y el copto, como para hacerlos volver al seno de la ortodoxia. Sin embargo, un conflicto doctrinal divide entonces Egipto entre Severo de Antioquía, que está allí refugiado, y Juliano de Halicarnaso, cuyos puntos de vista radicales sobre el sufrimiento y el cuerpo de Cristo hacen mella en muchos monjes. Justiniano interviene estableciendo, en primer lugar, una jerarquía calificada, todavía hoy, de *melkita* ('del soberano'), de acuerdo con su propia doctrina. Efrén, que ocupa la sede de Antioquía de 527 a 545, es un alto funcionario, conde de Oriente. Igualmente, Apolinar, patriarca melkita de Alejandría de 551 a 570, es un *dux* (comandante militar). El poder central tiende a conferirle una autoridad total sobre la provincia. Por su parte, la Iglesia monofisita adquiere una nueva y durable fisonomía bajo el impulso de Jacobo Baradai, llegado a Constantinopla hacia el año 528, miembro del círculo monofisita protegido por Teodora, y ordenado gracias a la influencia de ésta como obispo de Edesa en 541. Esta dignidad le permite renovar, hasta su muerte acaecida el año 578, un clero que estaba en vías de extinción y que tomará a partir de entonces hasta nuestros días la denominación de jacobita. La confederación tribal (*filarquía*) de los árabes de Siria y las misiones que remontan el Nilo hacia Sudán se suman al peso político del monofisismo, cuya floración intelectual en el dominio sirio es entonces brillante, como lo ponen de manifiesto la historiografía de Juan de Éfeso y la filosofía mística de Esteban bar Sudaili, entre otros. En estas circunstancias no tiene ninguna posibilidad de éxito el compromiso propuesto por Justiniano en 543 o 544, consistente en condenar «tres capítulos» extraídos de las actas del concilio de Calcedonia. Ni unos ni otros lo aceptan, aunque el papa Vigilio es convocado por este motivo a Constantinopla, ciudad a la que llega en 547, en plena campaña bizantina de recon-

quista. El balance del reinado en relación a los monofisitas es, pues, nulo. Si bien es cierto que la sede de Alejandría sigue en manos de los calcedonios tras Apolinar, que se sirvió de la violencia y la persuasión, ni el campo ni los monjes la apoyan. La situación es similar en Antioquía y en Siria, en tanto, según parece, el monofisismo progresa en la capital hacia el final del reinado. La victoria del Islam, o más exactamente, la derrota de Bizancio en Siria y en Egipto, quizá permite leer ya entre líneas en esta historia.

La misma observación se puede hacer con respecto a los judíos, afectados por incapacidades civiles, pero cuya religión no estaba sin embargo prohibida, aunque sí los matrimonios con ellos y las conversiones al judaísmo. Siguiendo el principio de su competencia imperial, Justiniano interviene en un debate que divide las comunidades judías, y que, sin duda, incide en su relación con el Imperio. En efecto, los judíos de este tiempo están divididos entre la tradición griega, heredera del judaísmo alejandrino, y la corriente rabínica, basada en la exégesis en lengua hebrea y aramea, y, en el siglo VI, en las florecientes juderías de Persia. El Talmud de Babilonia quedó cerrado, según parece, hacia 500, pero la exégesis prosigue. En otras palabras, por un lado está la cultura clásica, fundamentalmente la filosofía griega, y por otro, un monumental conjunto de tradiciones, en que la cultura imperial no está ausente, bajo formas menos refinadas por lo demás, pero que dominan la profundización de la jurisprudencia y de las ideas religiosas que conferían a los judíos en el conjunto una creciente particularidad. Así, la *novella* de 553 autoriza la lectura litúrgica de la ley en griego, preferentemente en la traducción llamada de los «Setenta», y prohíbe el uso de los comentarios de los rabinos, lo que apunta a una limitación de la norma aparentemente más cercana a la antigüedad judía, pero también a la cultura imperial cristiana y, por tanto, la más cercana a una eventual aproximación. La acogida dada por los judíos de Oriente primero a los persas y después a los árabes mostrará que su historia también iba en ese sentido.

La sangrienta represión de los maniqueos desde el inicio del reinado y, en la misma época, de la antigua herejía montanista de Frigia, por conductas subversivas simbólicas o reales, así como las medidas tomadas contra el politeísmo tradicional, significan la voluntad imperial de depurar definitivamente la herencia cultural. Pero también aquí sobreviene el fracaso en la práctica. Maniqueos y montanistas se sitúan en la secular profundidad de una corriente demasiado fundamental como para poder ser liquidada de esta manera; volveremos a tratar de ellos más adelante. En cuanto al paganismo, se encuentra en diferentes niveles sociales. La prohibición de enseñar hecha a sus adeptos en 529, y el consecuente cierre de la Escuela de Filosofía de Atenas, centro neurálgico del neoplatonismo, afectan a un medio intelectual que permaneció hasta entonces fuera del magisterio de la Iglesia. Algunos emigraron a Persia, donde fueron bien acogidos por Cosroes. En cambio, la misión llevada a cabo por Juan de Éfeso entre los montañeses paganos de Asia Menor, hacia 542, tuvo las trazas brutales de una colonización monástica. En cualquier caso, los viejos cultos sobreviven en el patrimonio colectivo, y reaparecen con asuntos que alcanzan mucho eco, como el que implica hacia 580, con razón o sin ella, al mismo patriarca de Antioquía.

El momento crucial de una época: 565-610

Un importante reinado se acaba a mediados de 565 con la muerte de Justiniano y otro inicia su andadura en 610 con la llegada al poder de Heraclio. Entre estos dos fechas no se produce ninguna ruptura. El curso de la historia íntima continúa en la misma dirección, incluso se acelera bajo la presión del imperio persa y de los bárbaros de los Balcanes, y conduce hacia otra Bizancio al emperador y a su Iglesia, a la capital y sus provincias. La transición política, cultural y militar abierta en 565 prosigue, en realidad, hasta 615-620, pero su importancia, a pesar de ser grande, no radica en la persona de los soberanos. Sólo en aras de la claridad del relato comenzaremos por estos últimos.

El fracaso de una política dinástica

Al igual que Justiniano después de Justino I, Justino II es el hijo de una hermana del emperador precedente. Su esposa, Sofía, es partícipe del poder imperial como muestra su presencia en las monedas. Sumido en una enfermedad mental desde 574, Justino II piensa como nuevo César en el tracio Tiberio, conde de los *excubitores*, elegido en el palacio como Justino I lo había sido por Anastasio, y lo adopta. Tiberio le sucede a su muerte, acaecida en 578. Tiberio muere a su vez en 582, tras haber designado como sucesor al capadocio Mauricio, también él conde de los *excubitores,* y más tarde comandante supremo en Oriente (*magister militum per Orientem*) en la guerra contra Persia; Mauricio se casa con la hija de Tiberio, Constantina. La pareja tendrá numerosos hijos, como un avance del tipo de famila imperial de los próximos siglos, en contraste con los emperadores sin descendencia directa del siglo que se acaba. Sin embargo, Mauricio no es el fundador de una dinastía: su reinado está jalonado de conflictos entre facciones cuya violencia toma las proporciones de una guerra civil; además, tal vez, fuera herético. En todo caso, a pesar de su esfuerzo militar, es derrocado en 602 por Focas, un suboficial que la historiografía de la época califica de «tirano» (es decir, sin legitimidad), y asesinado junto a los suyos. El desconcierto de los tiempos y sus propias crueldades le impiden mantenerse por mucho tiempo. Su yerno, el patricio Crispo, apela a Heraclio, exarca de Cartago. Las facciones acogen triunfalmente bajo las murallas de la ciudad, en 610, al hijo homónimo de Heraclio. Heraclio el Joven y su descendencia directa ocuparon durante un siglo la historia de Bizancio.

No nos faltan fuentes para situar el contexto de esta sucesión de emperadores. A la narración de los historiógrafos, Evagrio, Teofilacto Simocatta, entre otros, hay que sumar los relatos hagiográficos más destacados. La *Vida del patriarca Juan el Misericordioso*, muerto en 620, obra del obispo Leoncio de Neápolis, habla de la considerable actividad comercial y financiera de la Iglesia de Alejandría. La colección de *Milagros de san Demetrio,* patriarca de Tesalónica, narra en su primer libro, compuesto por un obispo de la ciudad poco después de 610, un gran asalto llevado a cabo, sin duda en 597, por los ávaros y los eslavos, los «esclavenos» de las fuentes bizantinas. La supuesta biografía de un judío convertido al cristianismo, Jacob, se sitúa en las luchas de facciones a principios del siglo VII,

mientras que el relato georgiano de la toma de Jerusalén por los persas, en 614, señala también la agitación de los bandos contrarios y el apoyo prestado por los judíos a los enemigos orientales de Bizancio. Por otra parte, las excavaciones aportan datos, aunque de manera local y parcial, sobre la coyuntura.

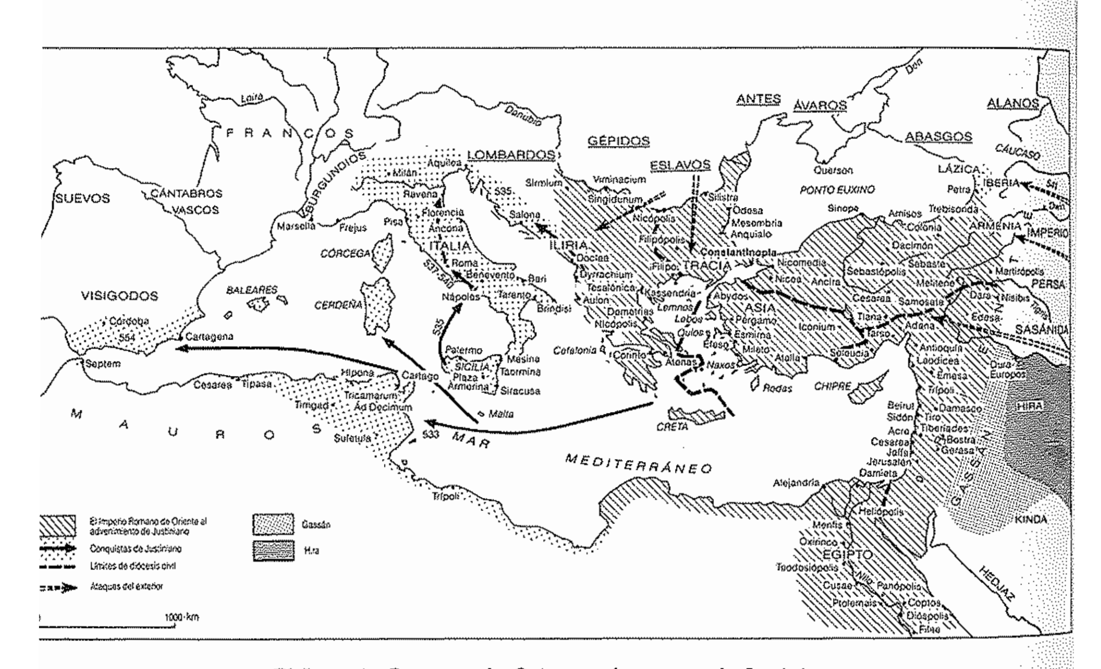
A este respecto, Justino II inicia sin duda un resurgimiento, tras el declive que había acompañado la vejez de Justiniano. Sus construcciones, su generosidad o la restauración del consulado manifiestan en todo caso tal voluntad. Pero la época, sobre todo con Mauricio, aparece atormentada por los disturbios. Los ejércitos se agitan, descontentos por la paga irregular, y otras medidas. En 588 las tropas impagadas de Oriente se desbandan y se entregan al merodeo y al bandolerismo en los campos. En 602, el ejército del frente balcánico se subleva y lleva a Focas al poder. Las grandes ciudades parecen estar aún muy o demasiado pobladas y en una difícil coyuntura. Las facciones de la capital desempeñan su papel en la caída de Mauricio y, posteriormente, en la de Focas. La hagiografía de san Demetrio les atribuye, bajo el reinado de este último, una explosión general, a lo largo y ancho de todo el Imperio, de sediciones y criminalidad, motivadas, según él, por el diablo. La tensión religiosa se inscribe en el mismo cuadro. Mauricio prosigue una política activamente calcedoniana, quizá para recobrar la unidad que se deshace. Intenta imponer el *credo* imperial en Armenia tras la victoria de 591, y deja a su primo Domiciano, obispo de Melitene, ejercer en Mesopotamia una brutal represión, por lo demás sin resultado. Por otra parte, el año 580 está marcado por un movimiento pagano, en el que están implicados los patriarcas de Antioquía y Constantinopla, con un levantamiento en Heliópolis y matanzas en Edesa. Los samaritanos vuelven a sublevarse una vez más en 594. Por último, las catástrofes jalonan este fin de siglo, como las pestes mortales de 573-574, las importantes carestías de 582 y, sobre todo, de 600-603. Sin embargo, la verdadera característica del período es la presión bárbara. Es ella la que asola los campos y los caminos, la que aviva el nerviosismo de los ejércitos y las ciudades, la que atiza los conflictos entre comunidades, entre el poder central y las disidencias regionales. Un *Tratado táctico* de la época, durante mucho tiempo atribuido erróneamente al propio Mauricio, describe las armas y las maneras de combatir de los diversos pueblos lanzados al asalto de Bizancio, con una significativa atención y calidad de observación. De hecho, son muchas las etnias que abastecen tanto a los asaltantes como a los defensores mercenarios del Imperio. La impresión que obtenemos es la de una muchedumbre que llega hasta las fronteras, al menos relativamente; pues, una vez más, no disponemos de cifras que nos den la medida, en nuestra escala, de estos movimientos de pueblos.

El final de la reconquista

En los límites de nuestra historia están las regiones reconquistadas por Justiniano, Italia y África y, aún más lejos, Hispania. Esta última conquista, la más frágil, es la primera en desmoronarse bajo el asalto visigodo. África está constantemente amenazada por los «moros». Italia está abierta en 568 a la invasión lombarda, pero lo que subsiste de la dominación bizantina en forma fragmentada, alrededor de Ravena, Perusa, Roma, Nápoles, Calabria y el Adriático, además

de Sicilia, sigue siendo un elemento esencial del dispositivo militar y político de Bizancio. El reinado de Mauricio aporta una importante novedad. África antes de 591 e Italia no más tarde de 584 son elevadas al rango de exarcados (gobiernos), cuyo responsable reúne en sus manos los poderes civiles y militares, quedando Sicilia administrada aparte. Justiniano había instaurado esta fórmula para las provincias de montaña particularmente delicadas. Mauricio la vuelve a poner en práctica en relación a los territorios alejados del centro, y establece en Italia una situación que tiene importantes consecuencias: desde el final del siglo VI, en efecto, y más concretamente bajo el pontificado de Gregorio Magno (590-604), el papa se confirma como único poder en la vieja Roma, mientras que el exarca reside en Ravena. Esta dualidad acaba con la caída del exarcado y el nacimiento del Estado pontificio en el siglo VIII. Al sur del Imperio, en 583-584, los bereberes devastan por completo la tierra de Esceta, la actual Wadi Natrun, destruyendo un foco monástico de Egipto, e incluso de todo el Oriente.

Por el lado balcánico, la situación se distingue, desde principios del siglo VI, por la afluencia de eslavos bajo encuadramiento turco: en la segunda mitad del siglo, su número se acrecienta. El elemento turco está constituido por los ávaros, organizados alrededor de un jefe y de una élite guerrera. Siguen una trayectoria de este a oeste que les sitúa en 570 en la llanura húngara, hasta que, más tarde, Carlomagno destruya su poderío político a la vez amenazante y frágil. Justiniano y sus sucesores reciben sus embajadas. Incapaz de vencerlos, Bizancio les paga un gravoso tributo, y debe entregarles en 582 la posición clave de Sirmium. Durante este tiempo los eslavos afluyen, en progresión creciente, a la península bal-



El Imperio Romano de Oriente a la muerte de Justiniano

cánica, a partir de las bocas del Danubio y alcanzan Corinto en 578. Tesalónica es sitiada por primera vez en 586 aproximadamente, y por segunda vez en 597; la guerra es evitada durante un tiempo más allá del Danubio, pero la barrera del río se rompe en 602. Tiberio y Mauricio desplazan entonces poblaciones del Asia Menor para defender Tracia, que la permanente inseguridad había acabado por despoblar. Mientras la organización política y militar de los ávaros no es más que un episodio del avance de los pueblos turcos, la penetración eslava en los Balcanes prosigue en cambio sin interrupción, y constituye el gran hecho del siglo VII europeo en el Este.

Por el lado oriental, el sistema del siglo VI se descompone igualmente. El reino árabe de los gassâníes, aliado infiel, es desmantelado en 580. Persia inicia en 572 un brillante período militar, cuyo primer envite es la Armenia sublevada contra ella con el apoyo de Bizancio: sin embargo, un tratado pactado en 591 cede a Bizancio la mayor parte. La ofensiva persa se reanuda con la caída de Mauricio. El comandante de la plaza de Edesa se subleva contra Focas, desencadenando la ofensiva sasánida: los persas se ponen en pie de guerra y penetran en el Oriente bizantino; en 609 están en Calcedonia, frente a la capital, y su triunfal avance ocupa de nuevo, y esta vez mucho más profundamente, los primeros años del reinado de Heraclio. Hemos visto cómo se había trazado la demarcación que separaba del poder bizantino tanto a los cristianos monofisitas como a los judíos. Los persas son los más beneficiados, incluso tal vez más claramente que los árabes, algunos decenios después, pues su poder aparecía desde hacía mucho tiempo como un posible recurso. La inquieta espera de su llegada puede explicar, pues, la sangrienta agitación de los judíos contra los cristianos en Antioquía en 609.

Así comienza, a partir de 560-570, la formidable redistribución de los pueblos y las soberanías, que alcanzará su punto culminante en el siglo VII con la expansión musulmana, seguida del nacimiento del primer Estado búlgaro. Más allá de los textos que pintan con reiterados trazos la desolación de Tracia, sólo la arqueología podría decir en qué medida se descompone la organización bizantina del espacio social. Gracias a ella sabemos que una ciudad de la importancia de Antioquía jamás volvió a ponerse en pie tras la invasión persa de 540, ni tampoco Alepo. El estudio de las construcciones en Éfeso, Sardes y Gerasa muestra la depauperación de la segunda mitad del siglo VI. La relación de monedas dispersas en un emplazamiento arqueológico, que proporciona una tosca imagen de la circulación monetaria local, manifiesta a menudo una caída a partir de Heraclio. El siglo VII abre, sin lugar a dudas, una época de eclipse de la ciudad como forma económica y social, brutalmente inaugurada para algunas, como Sardes, por la invasión persa de 614, pero, por otra parte, manifiesta cambios más profundos: la difuminación del antiguo trazado urbano, cuando los espacios públicos son invadidos por construcciones privadas, o se emplean bloques de monumentos antiguos para la construcción de murallas defensivas. Finalmente, los obispos prevalecen decididamente sobre los curiales, pues desde hace mucho tiempo están más próximos a los funcionarios imperiales que estos últimos. Por lo demás, el diagnóstico no puede ser más que regional, y poco riguroso cronológicamente. Así, el interior oleícola de Antioquía parece declinar en el siglo VII, al mismo tiempo que el mercado urbano que constituye una importante baza económica, o el comercio marítimo del que Antioquía está a la cabeza. Por el contrario, alguna que otra peque-

ña ciudad del sur de Palestina, o algún que otro monasterio de Tierra Santa siguen adelante apaciblemente, incluso en los primeros tiempos de la conquista árabe. ¿Puede pensarse claramente en un cambio de la estructura del espacio y la organización social, o no es más que una pura peripecia coyuntural?: la respuesta a esta doble alternativa no es evidente ni única.

Sin embargo, la importancia cultural de la época es considerable. Vimos ya la expresión literaria de las disidencias religiosas nacionales. La cristiandad calcedoniana de lengua griega produce entonces algunos de los más significativos relatos de su literatura edificante, a cuya cabeza habría que situar *La pradera* (*Limonarion*), en la que el autor, Juan Moscos (el Carnero), muerto en Roma en 619, reunió en el curso de peregrinaciones piadosas un conjunto de historias cercanas a los cuentos, que se difundirá a través de las literaturas medievales. Se escriben también relatos relativos a las imágenes y a sus efectos milagrosos, pues se va perfilando la creencia y el culto rendido a las representaciones (iconos) de Cristo, de su madre y de los santos. Las figuras, que responden a una tipología fija, son ejecutadas en mosaico, o sobre todo con una pintura encáustica sobre un soporte de madera ligeramente ahuecada, por lo general de tilo. Entre sus antecedentes se cuenta el uso de los retratos funerarios, como los que adornan las momias del Fayún cristianizado; las imágenes colocadas sobre las tumbas de los mártires, y la imagen imperial que, en los pretorios, el hipódromo y sobre los vestidos de seda ofrecidos por el emperador, significa una verdadera presencia del soberano. Ya a finales del siglo VI, se cree que existen imágenes de Cristo «que no son obra de mano humana». La ciudad de Éfeso, levantada en armas contra los persas, atribuía su salvación a una de ellas. En la misma época, el culto a María toma un auge decisivo. Justino II acaba la construcción de las iglesias de Blanquernas y Calcoprateia en la capital, y dota a la segunda de una capilla dedicada al Cinto de la Virgen.

Estos santuarios cobran una importancia que no se borrará ya de la vida religiosa de Constantinopla. La iconografía de María continúa, y su modelo se dice que es un retrato ejecutado por el evangelista Lucas. El culto a los hombres santos, vivos o muertos, contribuye igualmente al nuevo desarrollo de las imágenes. Los relatos edificantes del final del siglo VI y del VII les atribuyen poderes no sólo de protección, sino de intervención directa en los asuntos públicos y privados. La elaboración del personaje imperial está vinculada en cierto sentido a esta evolución: llega a ser verdaderamente «la imagen de Cristo», por emplear los términos de un texto que describe la entronización de Justino II. Éste es coronado en su palacio, y el ceremonial que le rodea evidencia sus vínculos con el patriarca, mientras que este último, bajo el mandato de Mauricio, reivindica el título de «universal» (*oikoumenikos*). Todo esto no es más que el esbozo de la teoría que se desarrollará en el siglo IX. Justino II hace construir la «Sala de Oro», reducto de la presencia imperial en el curso de las ceremonias. Un hecho significativo es el que la imagen de Cristo se coloca allí por encima del trono imperial, con lo que queda de manifiesto el vínculo estructural entre los dos poderes. Las facciones, cuya violencia urbana vive entonces su paroxismo y sus últimas décadas al mismo tiempo, son investidas del papel ceremonial que desempeñarán a partir de ahora en el ritual del palacio y las apariciones públicas del emperador. Sus hombres, que eran los actores de los conflictos urbanos, se convertirán en repre-

sentantes de la grandeza imperial, conservando no obstante, al menos hasta el principio del siglo VIII, sus responsabilidades en cuanto a la defensa de la capital.

En una palabra, todo el siglo de Heraclio y de Justiniano II se presiente ya en la trama de los años que cierran el siglo de Justiniano I. Pero en esta evolución falta un elemento, capaz de acelerar el movimiento, incluso de desnaturalizar cruelmente sus rasgos. En tanto que el Imperio Romano y el de los persas intentan recobrarse, se prepara una catástrofe, fulminante e imprevista: los soldados del Islam surgen del desierto.

Capítulo 3

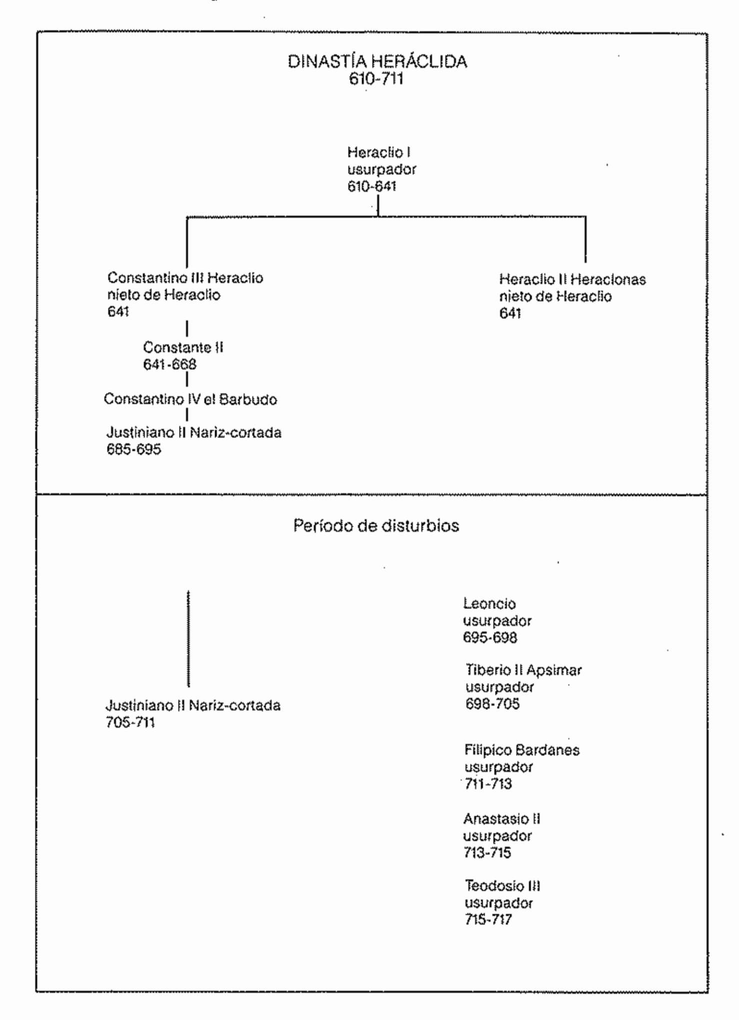
¿HACIA UNA NUEVA BIZANCIO?

(mediados del siglo VII - mediados del siglo IX)

Los heráclidas ocupan el trono en línea directa entre 610 y 711, con algunas peripecias. Su sucesión requiere dos observaciones. En primer lugar, se afirma en línea directa; se sustenta en la institución de los co-emperadores, asociados por el soberano reinante a su poder, pero detiene enérgicamente las pretensiones de los hermanos. Posteriormente, la descalificación de los candidatos vencidos obedece, desde entonces, a un «código» de mutilaciones corporales que se abre paso en la práctica judicial en el siglo VII e incluso ya bajo Justiniano, antes de ser ratificada por la legislación de León II y de su hijo en 726. Código, ya que la mutilación se percibe en relación simbólica con el caso. La de la nariz está cargada de una significación sexual que explica su aplicación a los adúlteros de ambos sexos por la legislación de 726, y significa, en consecuencia, una privación de la potencia, una de cuyas expresiones es el poder soberano; de aquí su empleo, en modo alguno descabellado, para descalificar a los competidores imperiales a lo largo del siglo VII.

LA MUTILACIÓN

Heraclio, casado a su advenimiento, viudo en 612, asocia a su reinado ya en 613 a su hijo Heraclio, «el nuevo Constantino». En 614, contrae una nueva unión con su sobrina, Martina, de la que tendrá nueve hijos. Con este matrimonio seguía, sin duda, una costumbre provincial, atestiguada por las condenas de la Iglesia y de la ley imperial en los siglos V y VI. Asimismo, la transmisión del nombre de padre a hijo, y no del nombre del abuelo o del tío, parece indicar una familia ajena a la cultura dominante, tal vez una familia armenia, como escribe un historiador armenio de la época. En todo caso, el matrimonio provoca la reprobación pública y, tras la muerte de Heraclio y de su hijo y sucesor en 641, Martina y su hijo Heraclonas son apartados del poder violentamente. El trono pasa a manos del hijo de Heraclio el Joven, Constante II el Barbudo (641-668), luego al hijo



de Constante II, Constantino IV (668-685), co-emperador desde 654 y, posteriormente, a partir de 659, co-emperador con sus hermanos más jóvenes, Heraclio y Tiberio. Éstos comparten el trono con él hasta 681, año en que los aparta del poder y les hace cortar la nariz. Su hijo Justiniano II reina de 685 a 695. Derrocado y mutilado de la misma manera, de donde el sobrenombre de Nariz-Cortada, vuelve, no obstante, al trono en 705, con la ayuda del kan de los búlgaros, hasta 711. En el intervalo, un general isáurico, Leoncio (695-698), marca el retorno a escena de la belicosa provincia, con la ayuda de la facción Azul. La guerra en el mar contra los árabes provoca un levantamiento que, con la colaboración de la facción Verde, sustituye a Leoncio por un comandante de la flota, Apsimar, emperador bajo el nombre de Tiberio II (698-705). Árabes, búlgaros, estos nombres señalan muy a las claras que las piezas colocadas en el tablero ya no son las del principio del siglo VII, al que debemos volver ahora.

Esta larga sucesión de padre a hijo, principal diferencia con el siglo VI, y principal similitud con lo que seguirá, cuenta, en efecto, menos que los cambios territoriales que modifican para siempre el marco histórico de Bizancio, y que los cambios estructurales que, en el mismo momento, separan a fin de cuentas el futuro del pasado. Sin embargo, el siglo VII, claro está, procede del VI. Este último se distinguió ya por una serie de agresiones militares. Pero, bajo el empuje de la oleada eslava, al norte, en pos de su asentamiento, y de los jinetes turcos en busca de botín, bajo la reconquista justinianea al oeste, bajo la rivalidad de los imperios bizantino y persa en Oriente, se perfila a partir de entonces por todas partes un igual valor social y cultural de la guerra. Valor que da, en cierto sentido, la clave de un siglo VII con campañas de primavera anuales, y que reúne en una misma civilización a Bizancio, a su agresor balcánico, que se está estructurando, y a su antagonista persa pronto relevado por el Islam.

Persas, árabes y eslavos: el asalto

Tres frentes territoriales, étnicos o, a decir verdad, ya nacionales, militares en una palabra, constituyen la historia de Bizancio en esta época, en forma a menudo combinada: el Oriente, del Cáucaso a Egipto; los países situados en la orilla derecha del Danubio, Macedonia, Tracia, Grecia peninsular y las islas, y, por último, lo que queda de la reconquista, o sea, únicamente los territorios italianos y Sicilia.

El empuje persa había continuado, como vimos, bajo el reinado de Justino II. Los persas toman Capadocia y Armenia en 612, Damasco en 613 y Jerusalén en 614. Este último acontecimiento tiene una gran resonancia, dado que los vencedores se llevan la reliquia de la Vera Cruz; Jerusalén es una ciudad donde cobran mayor relieve la escatología y el símbolo que la historia, tanto para los judíos como para los cristianos de la época. Los últimos conflictos que desgarran la ciudad aún bizantina, las reacciones opuestas de las diferentes confesiones en el momento de su caída, están reflejados en los relatos que se sitúan en esta perspectiva. En 615, los persas llegan a Calcedonia, y en 619, se apoderan de Egipto, donde el terreno estaba preparado como en Palestina. Por otra parte, en el norte, los eslavos entablan combates con saldo positivo en 617, al oeste de Iliria, en Tracia, en las islas y en Asia. Sitian Tesalónica. En 619, unen sus fuerzas con las de los ávaros, frente a Tesalónica todavía, y frente a Constantinopla. La capital del Imperio, la Nueva Roma, está cargada de un valor comparable al de Jerusalén, e incluso, en realidad, más inmediato y más grande. Este hecho se apreciará mejor en el momento de un segundo sitio, unos años más tarde.

Diversas medidas traducen el esfuerzo bélico de Bizancio en estos primeros años de Heraclio. En 615, se empieza a acuñar una pieza de plata, el *miliarision* o hexagramo, innovación en un sistema monetario que, frente a la plata persa, había demostrado en el siglo VI su absoluta preferencia por el oro. Pero esta moneda no sobrevivió a los heráclidas. En 615 se aumenta el precio especial del pan dado a los *scholes*, fuerza armada del palacio; en 618 se suprime el viejo privilegio de los panes, vinculado a la domiciliación en la capital, pues su abastecimiento de trigo está ahora comprometido por el avance persa. Por otro lado, el tesoro

de la Iglesia de Constantinopla es entregado al emperador por el patriarca Sergio, y convertido en moneda. Y en 622, sin duda fortalecida por esta aportación en metales preciosos, Bizancio pasa a la ofensiva. Heraclio ataca Persia poniendo en marcha campañas de primavera, en un movimiento que atraviesa Armenia y se sustenta en los pueblos cristianos del Cáucaso. En 628, las fuerzas de la romanidad se apoderan de la residencia real persa de Dastagerd, cuyo fabuloso tesoro es saqueado: Teófanes, que compone su crónica a principios del siglo IX, recuerda sus riquezas: especias, sederías y tapices, además de oro y plata. Este mismo año, el rey de Persia es derrocado con la complicidad de su hijo Shiraw, que le sucede y pide la paz. El Imperio vuelve a tomar la Mesopotamia romana, Siria, Palestina y Egipto, y Heraclio entra en Constantinopla en 629, cargado de botín. La reliquia de la Cruz es devuelta a Jerusalén en 630. El Imperio Persa parece desde entonces abatido por su secular adversario. El Imperio de los romanos triunfa, y su soberano adopta por primera vez oficialmente el título de *basileus*, del que la práctica bizantina se había apoderado desde hacía mucho tiempo, pero que en principio correspondía al rey de Persia. Se consumaba así una secular evolución que, en primer lugar, había revestido el poder personal del emperador de los símbolos cósmicos tomados de la iconografía y el ceremonial del modelo iranio, y que realzaba, para acabar, su propio título.

Pero sólo cuatro años después de la conclusión de este conflicto, el Islam se lanza al asalto. La derrota bizantina del río Yarmûk, en 636, y la toma de Cesarea de Capadocia en 640, son los hechos que enmarcan la conquista de Siria. La toma de Dwin en 642 constituye una cabeza de puente armenia para los árabes. Jerusalén cae en 638, mientras que Palestina resiste mucho más tiempo. Por último, la conquista de Egipto, iniciada en 638, acaba con la toma de Alejandría, símbolo del helenismo y del Imperio, en 642. El califato desempeña, a partir de entonces, hasta el siglo X, el antiguo papel de Persia frente a Bizancio, adversario militar, interlocutor político y cultural, y vecino territorial, pero sobre una extensión sin precedentes, ya que sus victorias marítimas se añadieron, a partir de Constante II, a la conquista terrestre. Dicho esto, la historia de las relaciones entre las dos potencias a lo largo de este período no debe expresarse en términos de frontera: por el contrario, no podría comprenderse sin tener en cuenta la franja que sigue abarcando de Tauro a Armenia, pasando por Mesopotamia, y que, definida por personalidades al mismo tiempo lingüísticas y confesionales, será el árbitro y el motivo, a la vez, de los futuros conflictos.

En primer lugar, los eslavos y los ávaros continúan avanzando desde los Balcanes. La colección de los *Milagros de san Demetrio*, protector de Tesalónica, narra un asedio de la ciudad, que hay que situar entre 610 y 626, a raíz del cual, los que los bizantinos llaman en esta época «esclavenos», alcanzaron por primera vez el mar en sus características embarcaciones, hechas con un tronco de árbol ahuecado (*monoxylas*). En 626, los ávaros y los esclavenos sitian juntos la capital pero son repelidos. Más adelante veremos la decisiva repercusión religiosa de este acontecimiento en Bizancio. Señalemos aquí que sella la decadencia del poderío ávaro en esta parte de Iliria, pero en cambio no detiene la pacífica afluencia de eslavos, que se coincide en suponer agrupados a la sazón en formaciones de carácter tribal. Se instalan especialmente en los campos que rodean Tesalónica.

Finalmente, en el oeste, la reconquista justinianea, revelaba su profunda fra-

gilidad. La casi totalidad de su territorio hispánico es abandonado entre 616 y 631. Pero, sobre todo, se perfila ya el problema italiano de los siglos VII y VIII, el de un centro político e histórico convertido en periférico por la fundación de Constantinopla. Un problema latente hasta el final del reinado de Justiniano, y evidente desde la invasión lombarda y el pontificado de Gregorio Magno. El exarcado de Ravena no puede aportar a Bizancio la solución que cada vez más se halla en Roma, en las manos del papa. En 616, un tal Juan de Conza subleva la Campania y reivindica el poder, en tanto que en Ravena el exarca Juan es asesinado junto a algunos otros, tal vez a causa de un retraso en el pago del sueldo a las tropas reclutadas desde ese momento en la plaza. Eleuterio, encargado por Heraclio de restablecer el orden, se proclama a su vez emperador, y el arzobispo de Ravena le envía al papa para su coronación. Es asesinado en el camino, pero el asunto tiene un valor premonitorio.

La lectura guerrera de la cronología de Heraclio es sólo la primera. La guerra no tiene lugar sin ideología. La que Heraclio comanda personalmente es concebida como una guerra santa. Tal es la versión que da la época de la identificación entre romanidad y cristiandad, vigente a partir de Constantino. Su punto de referencia es la devolución de la Cruz a Jerusalén, que concierne directamente a Heraclio, cuyo hijo y sucesor, por lo demás, es llamado el «nuevo Constantino». El ideal de la guerra santa se expresa en la obra del poeta oficial Jorge de Pisidia, y el discurso puesto por Teófanes en boca de Heraclio, a principios del siglo IX, muestra que en este papel quedó registrado en la conciencia histórica de Bizancio. El cometido del patriarca se perfila entonces en la misma perspectiva, cuando la Iglesia se desprende de su tesoro, cuando el patriarca Sergio comparte la delegación de la autoridad imperial en la capital mientras el emperador está en campaña y, sobre todo, a partir del decisivo episodio de 626. Este año, Constantinopla sufre el cerco concertado de persas y ávaros. El emperador está lejos. Sergio hace pasear por las murallas las imágenes de Cristo y de su madre, hacia las que crecía la devoción desde hacía varias décadas. En ese momento, los contemporáneos manifiestan que se ve una silueta de mujer desplazarse sobre estas mismas murallas y lanzar dardos contra los asaltantes. Constantinopla establece ese día un vínculo definitivo con su protectora, cuyo vestido, retirado de la iglesia de Blanquernas a causa de la amenaza ávara y colocado en Santa Sofía hasta 619/620, era ya un objeto de culto. A partir del sitio de 626 fue cantada en su honor la versión definitiva del himno «[qué hay que oír] sin sentarse» (*akathistos*), siempre presente en la liturgia griega. Nada ilustra mejor el futuro sesgo de la cristiandad bizantina que todo este episodio, que se constituyó en uno de sus puntos de referencia. Por otra parte, Justiniano II coloca en las monedas la imagen de Cristo, en lugar de la cruz, sustituida, sólo bajo el mandato de Tiberio II, por la antigua imagen de la Victoria. La secuencia es significativa.

La unidad de la romanidad se manifiesta, pues, como la de una confesión. Heraclio, que prohíbe a los judíos el acceso a la Jerusalén reconquistada, decreta su conversión obligatoria en el Imperio, lo que ninguno de sus antecesores había osado hacer: el argumento de la Antigüedad que había protegido con dudosa eficacia el judaísmo se revela así caduco, frente a un nuevo sistema de valores. Por otro lado, los triunfos de los persas y luego de los árabes en Oriente hay que situarlos al mismo nivel que las discrepancias provinciales que surgen a partir de

los siglos V y VI. Heraclio lo sabe. En 616, el patriarca Sergio comienza a elaborar, en honor de los monofisitas, una fórmula de conciliación sobre la «energía única» que mantiene unidas las dos naturalezas en la persona de Cristo. Tras algunos éxitos con el clero de Armenia y de Antioquía, y la condescendiente atención del papa Honorio, el poder central choca con la intransigencia calcedonia del nuevo patriarca de Jerusalén (634), Sofronio, y con la de los monofisitas más radicales de Alejandría, duramente reprimidos entonces por su propio patriarca, Ciro. Un nuevo documento, la *Ekthesis*, sobre la «voluntad única» de Cristo (*monotelismo*), publicado en 638 y aprobado por un concilio reunido en la capital, es aceptado en Alejandría y, en cambio, rechazado por el papa Severino, y condenado en un sínodo por su sucesor Juan IV. La doctrina del emperador y de su asociado frente a la del papa es también un anuncio de lo por venir, mientras que el Oriente monofisita pasa durante siglos a la condición de minoría reconocida por un poder islámico. Sin embargo, el helenismo ortodoxo no se extingue tan de prisa. En Palestina, y sin hablar de Jerusalén, muchos monasterios decaen poco a poco hasta el siglo IX, mientras que otros, como San Sabas, en el desierto de Judá, se mantienen —y llegan hasta la actualidad—, al igual que Santa Catalina en el monte Sinaí. Precisamente la península del Sinaí es objeto en el siglo VII de una figuración mitad real, mitad fantástica que proviene de los relatos del monje griego Anastasio, poblados de demonios y de «sarracenos» errantes. Este mismo autor escribe también una *Guía* (*Hodegos*) de la polémica calcedonia contra los monofisitas.

Resignación y balance en el Este

Bajo el mandato de los sucesores de Heraclio continúa la puesta a punto del nuevo mundo. El Islam sigue cosechando triunfos a los que contribuyen los anteriores contenciosos con el poder central de Bizancio y las particularidades de la periferia. Así pues, los árabes progresan desde Egipto a través de la Cirenaica y la Tripolitania, y llegan en 647 al África bizantina, mientras que en 642 la disidencia de un jefe armenio les abre el país, que es conquistado por completo en 654. Se instala en Dwin una administración musulmana; de hecho, la dominación árabe se limita a exigencias fiscales y militares que dejan intacta, en virtud de un tratado firmado en 653, esta sociedad guerrera, aristocrática y cristiana. Pero sobre todo la guerra musulmana es llevada a partir de ahora al mar, gracias a los puertos, a la madera para construir barcos y a los hombres de las costas conquistadas a Bizancio, Siria fundamentalmente: la primera flota árabe se construye en Trípoli de Siria en 645. Rodas se pierde en 654. Chipre sigue siendo motivo de rivalidades. En 659, las dificultades internas del califato conducen a la firma de un tratado de paz, que le impone incluso un tributo en sueldos de oro. Después prosiguen las hostilidades, por un lado en África, y por otro, y sobre todo, en el mar. Bajo el reinado de Constantino IV, la flota árabe, ya familiar en el Egeo, se lanza al asalto de Constantinopla. Penetra en el Helesponto en 673 y, desde Cízica, bloquea anualmente la capital en la temporada de navegación (abril-setiembre), para retirarse finalmente en 677. Otros reveses obligan al califato a negociar. La réplica bizantina debió una parte de su eficacia a la utilización contra

los navíos árabes de lo que los cruzados llamaron el «fuego griego», mixtura inflamable y combustible incluso en el agua, compuesta de nafta, azufre y pez, que se aventaba por medio de tubos.

La lucha en el mar, y la constitución de los árabes en potencia marítima estimularon la profunda reorganización del sistema fiscal y administrativo de Bizancio en función de la guerra, pero de esto hablaremos más adelante. Al restablecer la paz en 688, Justiniano II acepta desplazar hacia el interior a los mardaítas, pueblo montañés y belicoso que se interpone en el macizo del Amano entre Bizancio y el territorio conquistado por los árabes, protegiendo a la primera por sus incursiones en el segundo. Deja también el Asia Menor más al descubierto, mientras que los mardaítas, transplantados a Panfilia, de donde emigrarían más tarde a Grecia, proporcionan hombres a las fuerzas marítimas del Imperio.

En los Balcanes, los asentamientos eslavos son a partir de ahora de la envergadura suficiente para que se los reconozca como verdaderos enclaves, los *sklaviniai* de los textos bizantinos, en Mesia (margen derecho del Danubio) y, sobre todo, en Macedonia. Desde el siglo XIX se ha discutido apasionadamente en Grecia sobre los límites de la eslavización, por motivos de conciencia nacional. La tesis griega reconoce una densa eslavización alrededor de Tesalónica, ciudad que tiene una función de cerrojo, y una avanzada en el oeste del Peloponeso; pero, por el contrario, refuta la idea de una penetración duradera en Grecia central y el este del Peloponeso, así como en toda la Tracia. Este último territorio es, por su parte, objeto de transferencias de población que son un instrumento habitual del poder bizantino, como se vio en relación con la última parte del siglo VI. De hecho, hay que distinguir entre población y cultura, pues el verdadero problema es el de la aculturación de los eslavos. La arqueología y la toponimia, que son aquí indispensables, casi no permiten, por el momento, una exacta cronología. Los textos mencionan importantes conflictos, es evidente: incursiones que se extienden hasta Epiro y el Taigeto, piratería, desembarcos en las islas del archipiélago y, sobre todo, la serie de ataques contra Tesalónica, cercana y codiciada. En 658, Constante II pone en marcha, para liberarla, una verdadera guerra de pacificación contra los islotes eslavizados. El cronista Teófanes emplea por primera vez, a esta altura de su relato, el término *sklaviniai* para designarlos. En 689 todavía, Justiniano II conduce una expedición contra los eslavos de Macedonia, en la que instala un contingente para custodiar el paso del Estrimón, mientras que una parte de su población es deportada al Asia Menor para reforzar la defensa contra los árabes. Por lo demás, las últimas décadas del siglo abren una nueva etapa en la historia de los eslavos de las tierras balcánicas.

En efecto, están marcadas por un acontecimiento decisivo, el nacimiento del primer Estado búlgaro, o mejor dicho, del primer reducto de poder reconocido por Bizancio como interlocutor en el frente balcano-danubiano. Procedentes de la misma matriz turca que los hunos y los ávaros, tal vez emparentados con los hunos utrigures y cutrigures de principios del siglo VI, los búlgaros, o más exactamente una de sus ramas, hostigan la orilla izquierda del Danubio, en el umbral del Imperio, ya en el reinado de Heraclio. Al igual que las etnias del mismo origen, presentan el aspecto de una élite de guerreros a caballo, con una cultura que deja ver influencias siberianas e iranianas, conducida por un kan cuyo poder es hereditario. Participan en el sitio de 626. Hacia 635, el búlgaro Currat se suble-

va contra la autoridad ávara, lo que le vale el título de patricio otorgado por Heraclio, junto con diversos presentes. La hora de los ávaros ya ha pasado en los Balcanes, y suena ahora la de los búlgaros. En 679, el kan Asparuc cruza el Danubio bajo el empuje de los jazares, otro pueblo turco del que volveremos a hablar. Al establecer sus tribus entre el río y los Balcanes, se halla a partir de entonces en un territorio muy eslavizado, en el que los búlgaros serán una minoría dirigente. Posteriormente, en 681, firma un acuerdo con Constantino IV que le reconoce autoridad sobre este territorio, oficialmente del Imperio, la antigua provincia de Mesia, mediante el pago de un tributo. Bulgaria, como la designan ya los autores bizantinos, ocupa desde ahora su lugar en la historia de esta parte del mundo medieval, entre Bizancio y los países bárbaros, en la otra orilla del gran río del que tiene en su poder un extremo. La capital está en Plisca, donde las excavaciones han revelado una civilización característica aún del mundo uraloaltaico, y marcada como otras por influencias iranias: una escritura, aún misteriosa; símbolos solares, amuletos con dibujos de animales; jinetes con arco, así como la imagen de un chamán con sus campanillas, hechicero tradicional de la estepa siberiana. El kan recibe su poder de un dios celeste y reside en un palacio, rodeado de sus dignatarios. Desde 705, el kan Tervel, hijo de Asparuc, interviene en los asuntos imperiales, ayudando a Justiniano II, refugiado a su lado, a reconquistar el trono que había perdido. Recibe en recompensa el título de César. La aculturación está en marcha desde el siglo VIII, tanto por la cohabitación con los eslavos como por los contactos con Bizancio, cuyos frutos podrán verse en el siglo IX. Por último, los búlgaros son desde ahora seguidos por otro pueblo turco, los jazares, que alcanzan el mar Negro, hacia 679, y, por otra parte, Crimea. Ocupan desde entonces el curso medio del Volga. Justiniano II, expulsado de su trono, encontrará apoyo en ellos al casarse con la hermana de su kan. La hora de los jazares llegará en el siglo VIII.

Alejamiento e incomprensión en el Oeste

La cuestión occidental es entonces cada vez más una cuestión italiana y pontificia. Hemos visto cómo la conquista árabe, con su preludio persa, había desprendido del imperio de Constantinopla regiones que su cultura tendía a disociar en cualquier caso. La misma evolución se producirá en el Oeste, en esa Italia que sigue siendo hasta el final el Occidente de Bizancio, y proseguirá hasta la ruptura de 1054. La secesión de exarcas, Gregorio en África en 646, Mauricio y Olimpo en Italia en 642 y 650, ofrece la traducción militar y política de este movimiento centrífugo, tanto más irresistible cuanto que es respaldado por la presencia del poder pontificio, que cobra gran importancia desde Gregorio Magno y el final del siglo VI. El papado rechaza la *Ekthesis* de Heraclio y no acepta tampoco el *Typos* de Constante II en 648, que declaraba acabada la discusión sobre la propuesta de Heraclio. El papa Martín I condena el *Typos* en el sínodo de Letrán, en 649, y este rechazo es respaldado por el exarca Olimpio, que se proclama emperador. Pero cuando éste encuentra la muerte en Sicilia en 652, en la guerra árabe, el papa es detenido en la iglesia de Letrán, llevado a Constantinopla, juzgado y exiliado en Querson. Recibió el apoyo de la Iglesia de África,

pues, aunque de tradición latina, el portavoz de la ortodoxia era allí un griego, Máximo el Confesor, nacido en una gran familia de Constantinopla hacia 580, primero alto funcionario de la capital y luego monje. Establecido en Cízica, llevado después hacia África y Egipto por los peligros de la época, se consagra a la lucha contra el monofisismo, y más tarde contra el compromiso monotelita. Como alma del concilio romano de 649 comparte el arresto y la condena del papa. Acaba su vida exiliado en Lázica en 662, con la lengua y la mano derecha cortadas. Máximo el Confesor se convirtió en un importante punto de referencia de la Iglesia griega y fue en su tiempo una figura premonitoria de la posición que la Iglesia monástica de Bizancio tomará a lo largo del siglo IX contra la integración política de la Iglesia patriarcal y, por consiguiente, en favor de la obediencia romana. Italia vuelve a ser el centro de gravedad de la política imperial cuando Constante II abandona Constantinopla y se instala en Siracusa en 663, hasta su asesinato en 668, tras haber atravesado el sur de la península, bajo la dominación lombarda, y ser acogido por el papa en Roma. Este desplazamiento está dictado tanto por las dificultades en la capital como por la amenaza de los árabes de África sobre las posesiones italianas de Bizancio. Conduce al emperador a jugar la carta ravenesa: el arzobispo de Ravena obtiene de él la independencia (autocefalia). La ruptura entre Roma y Ravena se acaba, al menos formalmente, en 680, fecha en la que Constantino IV convoca en la capital el VI concilio ecuménico, que abroga las propuestas monotelitas, y en el que toma parte el papa Honorio.

Pero la historia camina hacia una separación. En 692, Justiniano II convoca un concilio «bajo la cúpula (del palacio)» *(en Troullo)*, de una importancia capital en la historia de Bizancio y de su posteridad. En efecto, después de los concilios dogmáticos de 553 y 680-681, los participantes se reúnen para poner a punto la disciplina, convertida desde entonces en el fundamento de la organización cristiana de Bizancio, como resultado de la evolución canónica anterior. Se inspira en la coyuntura obsidional en que la Nueva Roma se siente desplazada por el Islam, por los eslavos y los búlgaros aún paganos, desafiada en su propio seno o en sus márgenes por los judíos, por los armenios, por la fidelidad colectiva a los viejos ritos y a las viejas fiestas, pero también por el brote incontrolado de la invención cristiana. El matrimonio recibe una reglamentación que permanecerá después inmutable: formalización de un sistema de prohibiciones a causa del parentesco o la alianza, así como del parentesco espiritual nacido del bautismo, que el concilio lleva mucho más allá del esbozo justinianeo; autorización para mantener un vínculo conyugal anterior en el caso de los que se hacen sacerdotes, pero prohibición en cambio para los que acceden al episcopado; ésta es sin duda una de las razones, aunque no la única, que explicarán más tarde el reclutamiento esencialmente monástico del episcopado bizantino. La clericatura, y sobre todo el sacerdocio, son objeto de prohibiciones, algunas de las cuales no son nuevas, como el préstamo con interés, la explotación de una taberna, la asistencia a los espectáculos y al hipódromo, tachada de paganismo; se hace alusión también al delito de simonía y al de la venta de la eucaristía. Otros cánones revelan la seducción que continuaba ejerciendo el modelo judío de sacerdocio, fundamentalmente entre los armenios, que le confirieron un carácter hereditario, y que lo honraron con ofrendas de carne cocida con este fin. El concilio manifiesta una gran preocupación por separar los sacerdotes de los laicos, y al mismo tiempo por hacer que estos

últimos cumplieran con los tiempos litúrgicos y la asiduidad dominical. Al igual que mantiene la prohibición escrituraria de consumir sangre, proscribe, conforme a una antigua tradición, todo contacto con los judíos: tomar parte en su comida pascual, frecuentar su baño, cohabitar con ellos, consultarles en caso de enfermedad. Pero, sobre todo, sus cánones sacan a la luz una doble tensión, vigorosa, contradictoria sólo a primera vista. Por un lado, condena la fidelidad a los viejos ritos y fiestas: calendas de principio de año, mascaradas de tipo carnavalesco, culto a Dionisos, juramentos «a la manera helénica», es decir, pagana. Por otro, se enfrenta a las formas libres, y por tanto, al menos, sospechosas, de la práctica cristiana. La prohibición hecha a los laicos de predicar y enseñar, la de bautizar en un oratorio particular, así como la de la vida errante de los monjes, se sitúan en esta tradición. Precisar que un laico no puede administrar la comunión, que un recluido debe acatar un noviciado monástico, significa reconocer el hecho de una cristianización cada vez más difícil de someter al poder normativo de la Iglesia, pues es cada vez más profunda. Por otra parte integra, como acabamos de decir, elementos del calendario antiguo reducidos de tal manera a lo esencial para la conciencia colectiva que atravesaron los siglos hasta llegar a la práctica griega y balcánica de nuestros días. La costumbre de dar la comunión a los cadáveres, y la de servir al día siguiente de la Navidad el plato de sémola de la parturienta manifiestan idéntica integración. Pero esos hacedores de milagros, esas adivinadoras, esos exhibidores de osos, esos locos de Dios, auténticos o fingidos, de los que se hace mención en las prohibiciones de 692, atravesaron, de hecho, los siglos de Bizancio, como lo muestran los comentarios de los grandes canonistas del siglo XII, especialmente Teodoro Balsamón.

En todas estas disposiciones, el concilio no tiene en cuenta el contencioso con Roma o, más bien, se afirma independiente de él. Se define como la continuación del VI concilio ecuménico de 680-681, pero de hecho decide sobre cuestiones específicamente orientales, y además otorga a Constantinopla el mismo rango que a Roma. Esta última rechaza la costumbre del matrimonio para los clérigos y no acepta hasta 721 la extensión del impedimento de matrimonio a causa de parentesco por el bautismo. Sin embargo, la situación de 649 no se repite, el arresto del papa Sergio fracasa, las milicias de Roma y del grupo ravenés se unen para defenderlo. El papa Constantino hace una visita oficial a Constantinopla bajo el segundo reinado de Justiniano II, y se llega a un compromiso. Sin embargo, a pesar del vigor del helenismo romano en los siglos VII y VIII, este sosiego es provisional y la fisonomía de las dos Iglesias es cada vez más distinta.

HACIA EL «IMPERIO DE ORIENTE»

Justiniano II es el último de los heráclidas; su hijo Tiberio, aún niño, es degollado cuando él mismo es derrocado por segunda vez, en 711. Se suceden entonces algunos años de competición por el trono, en la que resultan triunfadores, cada uno en su momento, Filípico Bardanes, un armenio (diciembre 711-junio 713), Artemio, coronado con el nombre de Anastasio II (junio 713-agosto 715), Teodosio III (715-717) y por último León III, proclamado el 18 de abril de 716 y coronado el 25 de marzo de 717. Cada uno de estos hombres se apoya en otras

fuerzas, a través de las grandes circunscripciones militares y administrativas, denominadas *themas*, que aparecen desde las últimas décadas del siglo VII, como explicaremos más adelante. León tiene a su cargo el *thema* de Oriente (Anatolikon), y recibe ayuda de Artavasdos, comandante del *thema* armeniaco y armenio él mismo a juzgar por su nombre; lo convertirá en su yerno tras la victoria. Con él llega, pues, al poder el sector clave del frente oriental, de donde él mismo es oriundo, ya que nació en Germaniqueia. Su descendencia masculina conserva el trono hasta 797. Su hijo Constantino V le sucede en 741, después de haber sido asociado al Imperio a partir de 720, a la edad de dos años. En 741-742 impide un intento de usurpación por parte de Artavasdos, respaldado por los *themas* de Opsiquion y el armeniaco; por su parte, Constantino, cuenta con la fidelidad de los *themas* de Oriente y de Tracia. Constantino V reina hasta 775. Casado en 733 con la hija del kan de los jazares, bautizada con el nombre de Irene, tiene tres hijos de ella, entre los que se cuenta su sucesor, León IV; después tiene otros hijos, fruto de una tercera unión. León IV, asociado a su padre desde 750, reina de 775 a 780. Se casa con una ateniense, también llamada Irene, y le sucede su hijo Constantino VI. La lucha de este último con su madre y la acción de ésta tienen tanta relación con toda la historia interna de la época que no es posible extendernos aquí sobre ello. La dinastía isáurica llega de hecho a su fin cuando ella lo hace cegar en 797, aunque la propia Irene se mantiene en el poder hasta 802.

La guerra, siempre la guerra

La guerra bizantina del siglo VIII es conducida por los propios emperadores, Constantino V en particular. Tiene lugar contra los búlgaros, en el bajo Danubio y en el frente tracio, y contra los árabes, en el mar y en un sector terrestre que concentrará a partir de ahora los enfrentamientos hasta el siglo XI. Bloqueado por Melitene (Malatia) y sus alrededores, este último está protegido al sudoeste por el macizo del Tauro, al norte de Tarso, y al noroeste por las primeras estribaciones de Armenia. Es, en una palabra, el viejo país monofisita y, más al sur, nestoriano, a partir de Edesa, constituyendo, como hemos visto más arriba, un paso entre Bizancio y la Persia sasánida. La propia Armenia, dominada por los linajes que poseen la tierra, las armas y el sacerdocio, supone desde mediados del siglo VII un punto de conflicto entre Bizancio y los árabes, consciente de su valor estratégico. Por último, los jazares, a los que se vio aparecer tras los búlgaros en el siglo precedente, constituyen entonces un Estado apoyado sobre el Volga y el Caspio, y limitado por el Don y el Cubán. Los jazares contribuyen a fijar el límite caucasiano del Islam. Dirigen los itinerarios comerciales importantes, por los que, sin duda, la influencia judía alcanza al kagan y a sus allegados ya en 740, antes de atraerse su adhesión. La ayuda que prestan a Filípico Bardanes y, más tarde, al matrimonio de Constantino V manifiestan que son en ese momento una potencia con la que se cuenta en esta parte del mundo.

Los árabes ponen la mira en la capital del Imperio. El ataque por tierra y por mar, que bloquea la ciudad en 717-718, es repelido con la colaboración de los búlgaros; será el último. Pues aunque la ofensiva árabe prosigue en 726 con sus

asaltos anuales, es frenada bruscamente en 739 por la ofensiva bizantina cerca de Afión Karahisar, y la flota egipcia es aniquilada por largo tiempo en el mar, a la altura de Chipre, reconquistada en 747. En 746, Constantino V entra en Siria y recobra Germaniqueia. La siguiente década es significativa. Armenia se rebela contra los árabes en 751: el emperador recupera y destruye Teodosiópolis y Melitene e instala la población en Tracia en 755, con el evidente propósito de debilitar la zona más crítica del Asia Menor y reforzar la frontera balcánica; a continuación, rehúsa pagar a los búlgaros un tributo que había concedido previamente, con lo que vuelve a estallar la guerra. En 755, los búlgaros alcanzan los accesos a la capital, pero los bizantinos vuelven a sacar ventaja y la población desplazada contribuye a las fortificaciones. En 758, es aplastado un levantamiento eslavo en Tracia y en Macedonia, y los eslavos son a su vez transportados al Asia Menor. El combate se extiende también al mar Negro. En 773, la flota bizantina remonta el Danubio y el kan Telerig se somete. Pero estos datos aislados no deben llevar a error al lector: no se trata de una lucha ofensiva o defensiva de Bizancio para conseguir la paz, sino de un movimiento de sociedades coetáneas, donde la guerra, cualesquiera que sean sus motivaciones explícitas, es una actividad común. Y, por cierto, no es la única forma de las relaciones internacionales, dejando incluso de lado la cuestión italiana y pontificia, que se ventila, al menos teóricamente, en el interior del Imperio. Los tratados, el matrimonio jazar de Constantino V y el matrimonio bizantino del kan Telerig, bautizado en Constantinopla en 777, así como los artesanos que parten de Constantinopla para la construcción de la mezquita de los omeyas en Damasco, son una buena muestra de la alternancia y de la ambigüedad de las relaciones, pero sobre todo sitúan la guerra, entre otras prácticas, en la acción progresiva y duradera que pone en su lugar a los pueblos y los Estados de esta historia. En el interior, la guerra aparece como un motor social; las transformaciones en marcha dan buena prueba de ello.

Nuevas estructuras para un nuevo Imperio

A lo largo de los siglos VII-VIII un haz de transformaciones sociales y culturales consumaron esta separación entre dos épocas de Bizancio que perfilaban ya las últimas décadas del siglo VI. Sobre el telón de fondo de los movimientos eslavo-búlgaros y árabes, y de la coyuntura contemporánea, estas transformaciones se revelaron tan fundamentales como mal documentadas por las fuentes escritas, hasta el momento en que se las observa constituidas en sistema de una sociedad desde ahora diferente, en los primeros años del siglo IX. Su origen, su sentido, y a veces su cronología, han sido, en consecuencia, discutidos con acritud.

En primer lugar, la organización administrativa. La concentración de todos los poderes civiles y militares en las manos de un solo administrador no era desconocida en el siglo VI, en que Justiniano lo había decidido para las provincias difíciles de las montañas del Asia Menor, y constituía el principio mismo de los exarcados de Italia y África. A partir de Heraclio, oscura y progresivamente se desarrolla el sistema de los *themas* (del griego *themata*), a cuya cabeza un estratega reúne todos los poderes. El sistema militar en vigor desde Diocleciano comprendía un ejército móvil, mandado por el poder central (*comitatus*), y tropas

provinciales y fronterizas, sedentarias y locales. Volvemos a encontrar el ejército central bajo la forma de cuerpo de tropas (del griego *tagmata*). La palabra *thema* designa a partir de entonces tanto la fuerza armada provincial como su circunscripción. De este primer sentido de «circunscripción militar» procede el sentido administrativo, de manera comprensible para una época en que la sociedad bizantina está totalmente abocada a la guerra. Por lo demás, la organización interna es flexible, dictada por las circunstancias, y sujeta a modificaciones y, sobre todo, a divisiones. De los *themas* más antiguos, y más importantes, hay testimonios desde el final del siglo VII: Asia Menor, corazón del Imperio, está dividida entre el *thema* de los armeniacos al nordeste, nacido, según parece, entre 669 y 692; el de los anatólicos (es decir, de Oriente), más o menos de la misma época, y simétrico al sudoeste; el Opsiquion, ampliamente extendido al norte, frente a Constantinopla; el *thema* de Tracia, que se separa de él entre 680 y 685, a raíz de la invasión búlgara. A 732 pertenece el primer testimonio de un estratega del *thema* marítimo de los Cibirreotas, en donde Attalia (Andalia) se convierte en la principal ciudad.

Las fuerzas marítimas están organizadas sobre el mismo modelo. Para empezar, un mando general tiene bajo su jurisdicción, en el último cuarto del siglo VII, la flota de *karabisianoi* (del griego *karabi*, navío), reclutada por Bizancio para ir contra la flota árabe. Pero se revela impotente en el momento del sitio de Constantinopla en 717, además de haber respaldado a Artemio-Anastasio en la competencia por el trono. Victorioso, León III la suprime. Desde entonces, las fuerzas marítimas de Bizancio comprenden por una parte una flota imperial, que custodia Constantinopla y los estrechos, desde las bases de Abidos e Hierón, y está, asimismo, encargada de las expediciones ofensivas, y por otra parte flotas provinciales, a manera de guardacostas, entre las que las flotas themáticas reciben ayuda de los *themas* marítimos como el de los Cibirreotas, los del Egeo y el Dodecaneso ('las doce islas') a finales del siglo IX, y los de Samos y Quíos a finales del siglo X. El siglo IX y la primera mitad del X señalan el apogeo del sistema de *themas*. Las grandes circunscripciones de un principio son progresivamente divididas. A mediados del siglo X, la importancia estratégica de la frontera oriental favorece una nueva concepción: a los *themas* «grandes» o «romaicos» del interior se oponen entonces los *themas* «fronterizos» o «armeniacos», reducidos a una fortaleza con su territorio. En el *thema* todos los poderes están en manos del estratega hasta el declive de la institución. Desde finales del siglo X, el estratega tiende a estar subordinado militarmente al duque, que manda los *tagmata* en todo un sector de la frontera; por otra parte, la autoridad judicial de un juez pretor tiende igualmente a distinguirse de la suya. En el curso del siglo IX, el sistema queda anticuado. Planteaba, evidentemente, un problema de financiación y de reclutamiento, que no es otro que el de las relaciones entre la guerra y la sociedad a lo largo del período.

En la fiscalidad instaurada por Diocleciano y siempre en vigor, el abastecimiento de los hombres que prestan servicio militar, así como los gastos de su equipo, representan cargas fiscales que pesan esencialmente sobre los campos, mientras que las conmutaciones en moneda permiten el reclutamiento de mercenarios, a los que se añaden los bárbaros federados, es decir, firmantes de un pacto de establecimiento en territorio bizantino, especialmente en las fronteras. El

sistema se reveló insuficiente para satisfacer las necesidades del Imperio, teniendo en cuenta los territorios perdidos, el constante y primordial esfuerzo bélico, y la evolución técnica, e inevitablemente social, que concedía el más importante papel estratégico a los jinetes acorazados, los más costosos de los combatientes. En una fecha que nos es difícil precisar, sin duda antes del final del siglo VIII, los contribuyentes son clasificados en «civiles» y «militares», y son inscritos en dos registros diferentes. El aprovisionamiento directo de reclutas y de equipo tiende a convertirse en la obligación específica de los contribuyentes «militares». Todavía en los primeros años del siglo IX, el emperador Nicéforo I (802-811) toma medidas que su contemporáneo, el cronista Teófanes, considera como vejatorias, y que constituyen, de hecho, la conservación de soluciones tradicionales o, mejor dicho, antiguas: la solidaridad de la comunidad aldeana con respecto al armamento de los reclutas del lugar es la aplicación de un principio ya enunciado en leyes a inicios del siglo V; el préstamo impuesto a los armadores más ricos para la constitución obligatoria de un dominio evoca la financiación por Trajano de la caja alimentaria que creó. De hecho, en el curso del siglo IX, la obligación de servir, y de equiparse a este fin, aparece reservada a las «casas militares», familias de propietarios de un alodio cuya tierra, «militar» también, es desgravada a este efecto: la *Vida de Eutimio el Joven*, cuya muerte se sitúa en 898, se refiere a él como el hijo de uno de estos propietarios de alodios. El principio es también antiguo, es el mismo que había justificado la exención de los bienes de la Iglesia en razón de su labor benéfica en los siglos V y VI, e incluso, desde igual época, el de los patrimonios de los *limitanei*, los soldados acantonados en las fronteras. Pero los «militares» de los que tenemos testimonios a partir del siglo IX están dispersos por todo el Imperio, o más exactamente, por todos sus *themas*.

El reclutamiento marítimo implica, por su parte, una especialización que justifica el llamamiento a las poblaciones costeras, sobre todo, en esta época, a los mardaítas del monte Amanus, desplazados a Panfilia por Justiniano II. La unidad de combate es el *dromon*, barco estilizado, movido a remo, capaz de transportar de 100 a 200 hombres, y equipado desde entonces con fuego griego. La financiación de las flotas de los *themas* marítimos no está aún aclarada, aunque cabe suponer que se basaba en el mismo principio de bienes especialmente exentos. La tendencia al reclutamiento de mercenarios se pondrá también de manifiesto cuando se recurra a los marinos rusos.

El nacimiento de una nueva sociedad: guerreros y campesinos

El reclutamiento de combatientes para los ejércitos de tierra plantea el más importante de los problemas de la historia social. Las *Vidas* de santos del siglo IX, los tratados tácticos de los siglos IX al X, y la evolución legislativa de los siglos IX y XI los muestran como una categoría social diversificada por la desigualdad de sus bienes y, en todo caso, como combatientes a caballo, cuya figura militar, y en consecuencia social, evoca más bien a sus coetáneos de los capitulares carolingios. La evolución del grupo de guerreros en este período de la historia de Bizancio constituye una cuestión esencial y difícil. La institución de los bienes militares no cubre todo el reclutamiento ni la financiación de las fuerzas armadas,

mientras que la posibilidad tradicional de conmutar la obligación del servicio por un pago en moneda reviste en los siglos X y XI, como se verá, una creciente importancia, así como su consecuencia, la colaboración de mercenarios extranjeros. Por otra parte, las «casas militares» parecen, en principio, localizadas a lo largo de toda la escala social, y de ningún modo limitadas al campesinado renovado por la aportación eslava, como se ha pensado: será preciso ver el proceso de diversificación que se experimenta más tarde. Por último, la dimensión étnica no está ausente, en el sentido de que, de las fronteras al centro, se viene a buscar en el Imperio una fortuna que a menudo es la de la guerra. A este respecto se ha subrayado el papel de la inmigración armenia. La masa sólo es afectada cuando, a continuación de las expediciones, los emperadores proceden a realizar transferencias de población, como es el caso de Constantino V a mediados del siglo. Pero los individuos llegan desde siempre a ofrecer sus servicios, y este movimiento parece acentuarse en el siglo VIII, como un eco de las luchas de linajes del interior. Es típico el caso de Smbat Bagratuni, que recibe el poder soberano de los árabes a los que entrega el país, debilitando así los linajes rivales, Mamiconianos y Camsaracanos, que eran partidarios de Bizancio. Más tarde, juzgado demasiado poderoso por los propios árabes, pasa a Bizancio hacia el año 700, pero sólo por un tiempo, a causa de su confesión disidente. Tras Filípico Bardanes y Artavasdos, el yerno de León III, ambos emperadores por un breve tiempo, la historiografía revela en número creciente personajes con nombre armenio. El hecho será aún más sorprendente después de la mitad del siglo IX, pero es ya importante. Quizá contribuyó a reforzar, por la llegada de hombres adecuados, el carácter decididamente guerrero de la sociedad bizantina de la época, o más exactamente de su clase políticamente dominante. Así, Bardas, que fue estratega de los armeniacos, y que se implica en un complot destinado a llevar al poder, después de la muerte de León IV, a uno de los hermanos de éste, Nicéforo; o Alejo Moselè, *drongarios* de la Vela (comandante de la guardia encargado de la seguridad del emperador y del palacio), enviado por Irene para reprimir una rebelión en el *thema* de los armeniacos, del que llega a ser estratega. Estos dos ejemplos, entre otros, sugieren que el papel de los armenios en el círculo imperial corresponde al de la frontera oriental en la estrategia de Bizancio. Como se dirá más adelante, la conciencia de linaje que caracteriza la clase dominante en el siglo IX parece abrirse paso, según el testimonio de la historiografía, con el reinado de Constantino IV. Es posible que las aristocracias armenias fueran también en este caso un factor evolutivo.

Esta sociedad así estructurada es cada vez menos urbana. Por lo demás, el Imperio ha perdido, en el sur, las regiones tradicionalmente ricas en vida urbana, Siria y Palestina, y las grandes ciudades de Alejandría y Antioquía. Lo que queda, en Asia Menor y en Tracia, acusa, de manera muy marcada, los golpes del siglo VII, la invasión persa, y en un menor grado árabe, en el primer caso, y la eslava y búlgara en el segundo. Las excavaciones lo demuestran, poniendo de relieve tanto las modificaciones del espacio urbano y de su organización, como el descenso de la circulación monetaria en el emplazamiento: la actividad y la población disminuyen al mismo tiempo, lo que explica, por ejemplo, que a la altura del siglo VIII se encuentren en Corinto tumbas en la acrópolis, es decir, en el corazón del hábitat. La reforma de los *themas* modifica las funciones adminis-

trativas de las ciudades, beneficiando, por lo demás, a algunas, como Atalia. Los grandes días del episcopado urbano han pasado, en tanto que la persecución de Constantino V aleja los centros de atracción monástica, que se dispersan por la montaña bitinia. Las agresiones continúan: guerra abierta de los árabes, que perjudica los mercados costeros como Atenas; incursiones búlgaras que inquietan continuamente a Corinto. Y, por último, una peste general asuela el Imperio. Sin embargo, las viejas ciudades no sucumben, como puede verse en algunas *Vidas* de santos, simplemente se eclipsan, hasta su reactivación en el siglo IX. La capital sigue también este proceso, según parece. La arqueología en este caso no nos aporta demasiados datos, pero los textos dicen que en el siglo VIII la población no era suficiente para el mantenimiento de las murallas, o que un cierto número de cisternas quedaron fuera de uso, lo que revela una menor necesidad de agua. A raíz de la importante peste sufrida, Constantino V transfirió allí gente de las islas, del Peloponeso y del *thema* de la Hélade (la Grecia del este y el centro). La ciudad recibe los ataques árabes, junto con el asalto de la flota de 673 a 677, y posteriormente el sitio por tierra y mar de 717-718. La actividad árabe en el Mediterráneo la priva, por lo demás, de las tradicionales salidas al mar. Pero no hay duda de que el corte no es tan radical como se creyó durante mucho tiempo. Constantinopla no recibe ya el trigo de Egipto, pero no deja de recibir papiro. Y, sobre todo, sigue siendo la capital, lo que basta para asegurarle condiciones incomparables de supervivencia. Por su parte, Tesalónica conserva la importancia que le confirieron los movimientos étnicos de la orilla derecha del Danubio, y el papel de puerta comercial y cultural del Imperio, que tendrá su momento de mayor esplendor en el siglo IX.

No obstante, la sustancia y la continuidad del Imperio se hallan entonces en los campos, lo que hace resaltar la institución de los bienes militares. El balance de los movimientos de población de los siglos VII y VIII no les fue, probablemente, desfavorable, sobre todo en las regiones donde se conjugaban la afluencia de eslavos y de búlgaros, y la solicitud estratégica de los emperadores. Estos últimos empleaban a los que llegaban para defender la frontera contra las siguientes oleadas, y practicaban como refuerzo, desde finales del siglo VI, los traslados de población entre Tracia y el Asia Menor. En el siglo VIII, los eslavos de la región del Egeo, dotados del estatuto de «aliados», constituyen núcleos autónomos, y culturalmente distintos, cuyos contornos religiosos y lingüísticos no se borrarán hasta el siglo IX. Otros cercaron el Peloponeso, a mediados del siglo VIII. Como consecuencia de sus expediciones, Constantino V trasladó eslavos al Asia Menor, y a Tracia armenios y sirios recogidos en la región de Germaniqueia, Melitene y Erzerun, debilitando, al mismo tiempo, una cristiandad disidente. Todo esto sugiere una importante aportación demográfica, pero no una gran renovación para los eslavos, ni en las estructuras sociales, como creyeron muchos historiadores. En efecto, el período que va del final del siglo VII al siglo IX apenas está documentado a este respecto, por lo que se ha examinado con gran atención un texto aislado, cuya fecha y región de origen ni siquiera se pueden fijar con precisión, el *Código rural,* conocido por numerosos manuscritos de contenido jurídico. Se trata de un libro de derecho consuetudinario, donde se contemplan tipos de contratos agrarios, litigios, delitos como el robo de herramientas, especialmente grave en el momento de los trabajos estacionales, tala de árboles, cosecha, corte de

madera, etc. El lugar es una comunidad aldeana donde se combinan la propiedad privada, la indivisión y la propiedad comunal. La comunidad está, por lo demás, investida de una responsabilidad fiscal, sobre todo en el caso de las tierras abandonadas. Y precisamente alrededor de este último punto gira la discusión histórica. En efecto, muchos artículos hacen alusión al «reparto de la tierra de la aldea», y es ahí donde la escuela rusa ve la prueba de que la estructura de la comunidad eslava, basada en la redistribución periódica de las tierras, había sido introducida en el campo bizantino. Dejando de lado la cuestión misma de una comunidad semejante en esta época y en estas regiones, otros autores han observado que estos artículos se explican suficientemente por la propia fiscalidad bizantina, la redistribución de las tierras abandonadas por el fisco, o por la comunidad solidariamente responsable. Hecho que, cuando las fuentes escritas de los siglos IX-XI permitan establecer un cuadro relativamente exacto de la organización rural bizantina, se situará efectivamente en la larga continuidad de la institución fiscal.

LAS IMÁGENES

La prohibición del culto a las imágenes es un hecho destacado del siglo VIII. Determina, en la historia de Bizancio, una crisis de crecimiento capital, cuya documentación fue irremediablemente mutilada en el momento del triunfo del culto en el siglo IX. De las actas de los concilios, de los textos polémicos, no quedan más que trozos pacientemente reconstruidos por la erudición a partir de citas hechas en el concilio de Nicea, que restaura el culto en 787, y en la polémica de los partidarios de las imágenes durante la segunda «iconoclasia» (813-843). Por esta misma razón, bien poco ha subsistido en los monumentos decorativos de las iglesias. La propia historiografía ha guardado silencio, tal vez debido a la gran acumulación de acontecimientos en el siglo, por lo que nuestra principal fuente es la crónica del monje Teófanes, hijo de un favorito de Constantino V, y él mismo ferviente partidario de las imágenes, que escribió bajo el reinado de Miguel II (813-820). Por lo demás, desde el primer gesto iconoclasta («destructor de imágenes») hecho por el *basileus* en 726, hasta la restauración definitiva en 843, el movimiento comprende diversas fases y diversos debates. Ante todo, hay que situar los jalones cronológicos. El lector se dará cuenta en seguida de que éstos son al mismo tiempo los datos del problema.

La destrucción de imágenes en el siglo VIII

El advenimiento de León III se produce en un clima de espera mesiánica sugerida por el conflicto entre el Imperio y el Islam, y especialmente por el sitio de Constantinopla, que representa desde entonces no sólo la Nueva Roma, sino también la Nueva Jerusalén. Una espera compartida, en primer lugar, por los propios judíos, como demuestra el movimiento desencadenado en Irak bajo el califa Hishâm, por un tal Severo, cristiano de Siria convertido al judaísmo. En 721-722, León III decreta la conversión obligatoria de los judíos.

En el año 726, vuelven a empezar las incursiones anuales de los árabes en

Asia Menor; León III, con su hijo y co-emperador Constantino, promulga una codificación bajo el título de *Eklogé* ('selección'), primera recopilación sistemática del *Código Justiniano* de 529. Pero, ¡qué diferencia entre el viejo monumento y esta obra contenida ahora en sesenta páginas impresas en octavo! Sin embargo, no hay una gran ruptura en su contenido; el *Eklogé* ratifica la profunda evolución práctica del derecho desde 565, e incluso, de hecho, desde 529: igualdad de los cónyuges ante el delito de adulterio y respecto de la edad del consentimiento, importancia de los esponsales, desarrollo de las penas corporales, básicamente las mutilaciones que recuerdan simbólicamente el delito. Se abre paso una definición de la autoridad imperial, que perfila una figura de legislador inspirado directa y únicamente en lo alto, como un nuevo Moisés.

Pero este mismo año, León III ordena retirar la imagen de Cristo que remata la Puerta de Bronce del Gran Palacio, y sustituirla por una cruz. El encargado de hacerlo fue inmediatamente asesinado por la muchedumbre. En 727, el *thema* de Hélade se subleva, pero el movimiento es aplastado; la defensa de las imágenes suscita una primera obra, los tres *Discursos* de Juan Damasceno. Éste, cuyo nombre real era Mansur, nació en Damasco en el seno de una gran familia cristiana, ocupó importantes cargos en la corte califal y se hizo monje con el nombre de Juan, en el convento de San Sabas en Palestina. Los partidarios de las imágenes le deben la argumentación que se convertiría en clásica, y que requiere distinguir radicalmente los ídolos condenados en las Escrituras, de la imagen cristiana, mediación entre lo divino y lo humano hecha posible por la Encarnación. Como se verá, con las referencias heréticas de la Antigüedad tardía y sus filosofías, el debate fundamental gira en torno a ésta.

Los discursos del monje de San Sabas abren también otra perspectiva, pues ponen en cuestión la competencia del emperador para decidir en materia teológica. De hecho, entre 727 y 729, León III intercambia con el papa Gregorio II cartas en las que intenta sin éxito obtener el aval de este último: han llegado hasta nosotros en una traducción griega, y señalan la posición de árbitro que el papa conservará durante mucho tiempo todavía en los asuntos religiosos de Bizancio; pero, por otra parte, ahondan la sima abierta en el siglo VII. Pues, efectivamente, el emperador no podía decidir solo en este terreno, lo que acababa de hacer, al menos en la práctica. Tampoco tenía el consentimiento del patriarca Germanos, entronizado en 715; hemos conservado las cartas de reprobación dirigidas por este último a dos obispos de Asia Menor, Constantino de Nacoleia y Tomás de Claudiópolis, que habían tomado la iniciativa de hacer destruir las imágenes en sus respectivas diócesis. El *silention* (consejo) del 17 de enero de 730, destituye a Germanos y lo sustituye por su propio *synkellos*, primer personaje de la administración patriarcal. El decreto se cumple. El papa Gregorio III, elegido en 731, reúne en seguida un sínodo que lo condena. Entonces, probablemente en 732-733, el emperador vuelve a poner bajo la jurisdicción de su patriarca los patrimonios pontificales de Sicilia, Calabria e Iliria, lo que significa la devolución de sus rentas, pero también la apertura de un grave contencioso con Roma. A su muerte, en 741, prosigue la contienda armada, esta vez en el seno de la familia imperial. Artavasdos, yerno del difunto emperador y comandante del *thema* de Opsiquion, ataca allí a Constantino, de camino al frente. Victorioso, se hace coronar en Constantinopla, al tiempo que asocia al trono a su hijo mayor Nicéforo,

y confía al menor, Nicetas, el mando supremo de las fuerzas armadas. También le destina el *thema* armeniaco, que él tuvo a su cargo, y el de Tracia. En contra de Constantino V, restaura el culto a las imágenes. Pero este último se repliega en Amorión, centro del *thema* de Oriente, antaño al mando de su padre, y desde allí vuelve a tomar el poder y entra en Constantinopla en noviembre de 743.

El reinado de Constantino V, sobre el telón de fondo de las notables victorias que hemos recordado, se caracteriza por una elaboración doctrinal en la que él mismo desempeña un relevante papel, y por una cristalización del conflicto abierto, de hecho, entre el poder del emperador y el de la Iglesia por su respectiva evolución. En 754 se reúne un concilio en Hieria, en las afueras de la capital, donde se halla la residencia de verano de los emperadores. A causa de la vacante en la sede patriarcal en ese momento, lo preside Teodosio, obispo de Éfeso e hijo del emperador Tiberio III, quien define la doctrina de la iconoclasia. Se contaba con el antecedente de un escrito de Constantino V, reconstituido a partir de citas hechas en el siguiente siglo por el patriarca Nicéforo, durante la segunda iconoclasia. El soberano señala allí la imposibilidad que ve para la representación de Cristo: no se lo puede representar por la imagen de su naturaleza divina, y tampoco cabe limitarse a representar su naturaleza humana; su única imagen está, pues, en la eucaristía. El concilio de 754 afirma su veneración de María y los santos. Pero, según el testimonio de las fuentes del siglo IX, Constantino había expuesto su razonamiento de la siguiente manera: María, en tanto mujer, sólo pudo llevar en su interior un hombre y tras el nacimiento de éste volvió a ser una mujer corriente, del mismo modo que una humilde bolsa pierde su valor cuando se le han sacado las monedas de oro. El culto a los santos era, sin duda, un objetivo prioritario de la ofensiva de Constantino V. Hemos visto cómo, desde el final del siglo VI, el desarrollo de la veneración de las imágenes se conjugaba con el prestigio de los santos y, por tanto, de los monjes, servidores y mediadores de su culto. La iconoclasia de Constantino V es en primer lugar una lucha contra el poder de los monjes a partir de 760. A este respecto contamos con el testimonio de la *Vida de Esteban el Joven*, compuesta en 806, que narra su martirio, infligido por la muchedumbre de la capital en 764, obedeciendo una orden del emperador; y el de la *Crónica* de Teófanes, escrita bajo el reinado de Miguel II (813-820), que da cuenta de los malos tratos y vejaciones infligidas a los monjes a partir de 766 por Miguel Lacanodracon, estratega del *thema* de los tracesios, quien, entre otras cosas, obligaba a monjes y monjas a casarse entre sí. A los edificios de los monasterios se les da un uso secular y sus bienes son confiscados. Por el contrario, Constantino intenta apoyarse en la jerarquía episcopal. Una primera consecuencia de esta política es la adopción definitiva por parte de Roma de la alianza franca, según el acuerdo firmado en Quierzy en 756 entre Pipino y el papa Esteban II. Desde entonces, el papa es políticamente independiente, y confirmado, en virtud de su independencia, en su papel de instancia de apelación, que le aseguraba en todo caso la dignidad histórica de su sede. Veremos más adelante el uso que hicieron de ello los bizantinos del siglo IX.

El concilio de 754 le da a Constantino V la justificación para una destrucción efectiva de las imágenes y de las decoraciones donde se encontraban las representaciones incriminadas, por lo demás poco numerosas, sin duda, en este época. Justino II había sustituido en las monedas la imagen de Cristo por la cruz con

que Tiberio II había reemplazado la antigua figura de la Victoria. En las acuñaciones del siglo VIII, Cristo fue sustituido a su vez por las efigies imperiales, y esto mismo sucedió durante la efímera restauración de las imágenes bajo el mandato de Artavasdos. También en los edificios parece haber prevalecido la iconografía imperial, por ejemplo, a través de escenas del hipódromo. Pero a la muerte de León IV en 780, el poder queda en manos de su viuda, Irene, dada la corta edad de su hijo Constantino. En 784, el patriarca iconoclasta se ve obligado a dimitir; en 786, un concilio reunido en Constantinopla, en la iglesia de los Santos Apóstoles, es bloqueado por la tropa; en 787 se convoca otro en Nicea. Este concilio restaura las imágenes y toma además una serie de disposiciones sobre la disciplina eclesiástica que constituye un testimonio esencial sobre el estado cultural y social de la Iglesia de Bizancio a finales del siglo VIII.

¿Por qué una crisis tan particular?

De esta forma llega a su fin lo que se suele llamar la primera iconoclasia, sobre cuyo significado se ha discutido mucho. Sin duda, se puede descartar su explicación por una influencia judía, o por el ejemplo del Islam contemporáneo, pues los antecedentes no son comparables. El Islam prohibió las representaciones de cualquier ser viviente en los lugares de culto, como se sabe; se observan, en efecto, destrucciones de mosaicos en algunas iglesias palestinas entre los siglos VI y VIII; sin embargo, en las sinagogas de la época, los donatarios son pequeños, pero no están excluidos de la decoración. Especialmente la significación atribuida a tales representaciones, que no son, por lo demás, móviles como los iconos de Bizancio, no guarda relación alguna con la creencia cristalizada en torno de las imágenes de los santos, de Cristo y de María, ni con la evocación del dogma de la Encarnación que constituyen estos dos últimos tipos. En el campo cultural, el origen sirio de León III es tal vez más significativo. Su reticencia ante la representación humana de Cristo podría tener una relación con la doctrina monofisita. Constantino V será incluso acusado de nestorianismo por el razonamiento que ya vimos. Se pensó desde entonces que la opción iconoclasta se habría adoptado en favor de las provincias monofisitas, que en el siglo VIII son las del frente terrestre contra el Islam. La hipótesis monofisita es más aceptable que la de una aversión «semítica» por las imágenes, que no es más que una fantasía. Sin embargo, no zanja la cuestión, que pone también en juego la alternativa de la capital y la de los ejércitos de las provincias. Ahora bien, los movimientos por los que estos últimos quitan y ponen emperadores, a lo largo de este período, no se reducen, a fin de cuentas, a esa opción doctrinal, sino solamente a las fidelidades personales que siguen siendo desde hace siglos una de las claves de la sucesión imperial. En cuanto a la población de Constantinopla, reacciona violentamente contra las primeras actitudes de León III y manifiesta, por el contrario, su adhesión a la posición oficial bajo el mandato de Constantino V, si hemos de creer, por ejemplo, el relato del martirio de Esteban el Joven. Es probable que, de hecho, no respondiera a una única definición, y sobre todo que la iconoclasia se implantara más sólidamente con el paso de los años.

Nos queda, pues, por considerar la explicación imperial. Cuando León III

hace reemplazar la imagen de Cristo por una cruz en la Puerta de Bronce, trastoca una evolución reciente, ya que, como se recordará, es Justiniano II quien sustituye en las monedas la cruz por la imagen de Cristo, que los emperadores iconoclastas eliminan a su vez para poner su propia efigie. Esta secuencia es reveladora de un debate sobre la fundamental relación entre Cristo y el emperador, en las dos facetas de este último, encarnación del derecho y portador de la victoria, que siempre ha poseído, pero cuya interpretación crística se perfila mejor a partir del final del siglo VI. Al sustituir a Cristo por la cruz, León III le confiere, por así decirlo, cierta trascendencia y, consecuentemente, valora la delegación terrestre del *basileus*. Igualmente, el prólogo del *Eklogé* presenta a este último como un nuevo Moisés, por una inspiración que debe, evidentemente, más a la lectura del Pentateuco que a los judíos coetáneos. Tal identificación contribuye también a concentrar la luz sobre el soberano terrestre, primera figura de un período de extremada ansiedad, debida al avance árabe, y agravada unos meses antes por un violento temblor de tierra en Creta. El retorno de la cruz es el del signo que había conducido a Constantino I a la victoria.

Con Constantino V se va más lejos, pues se percibe desde entonces el conflicto que animará, más allá de la primera restauración de las imágenes y de la segunda iconoclasia, todo el siglo IX y el principio del X. La oposición no es tanto entre el emperador y la Iglesia como, en el seno de esta última, entre el bando, cada vez más pujante y finalmente victorioso, de los monjes y un episcopado en cuya cúspide el patriarca ecuménico comparte el gobierno del mundo con el emperador. Constantino V parece dominar personalmente la controversia. Esta competencia cultural, y no solamente legislativa, del poder imperial anuncia las actitudes de León VI y Constantino VII, para los que será esencial. Y en este caso corre paralela a una insolvencia teórica del patriarcado de la capital. En las provincias, el episcopado apenas se deja oír en este plano, al menos en tanto que cuerpo constituido. Tal vez este relativo silencio se deba al declive de la vida urbana. Sea como sea, deja el campo libre a los monjes. La *Crónica* compuesta por el monje Teófanes relata episodios que muestran, en todo caso, que Constantino V atacaba directamente, como antagonista del suyo, al poder monástico, así como el culto a los santos, que era su soporte más evidente, mientras que era respaldado por el clero secular. Las bodas puestas en escena por el estratega de los tracesios se mofan del *schema*, el hábito negro que desde el siglo IV atraía para los monjes el respeto y la veneración de los cristianos. La destrucción de los libros que contenían los «apotegmas de los padres», recopilación de historias edificantes o milagrosas del antiguo monaquismo, indica que a través de los iconos, el *basileus* se revestía del prestigio local y cotidiano del «hombre santo», cuyo auge vimos en los siglos V y VI y que aún estaba vigente. Por otra parte, Teófanes imputa a Constantino V el valerse de brujos, o dicho de otra manera, de hombres santos desleales. El suplicio de Esteban, abad del convento del monte San Auxencio, cerca de Calcedonia, en 764, es presentado por el narrador monástico, que escribe en 806, como el crimen de un emperador y de una capital aún fieles a las fiestas del viejo calendario.

Pero las fuerzas vivas del monaquismo en tiempos de Constantino V están fuera de la capital. Quizá la represión fuera la causa de un éxodo de monjes griegos hacia Italia y hacia Roma, cuyas consecuencias culturales fueron notables:

así, puede verse, en el concilio de 787, la firma del higúmeno de San Sabas en el Aventino. Pero, sobre todo, el monaquismo forma entonces las personalidades que surgieron en 787, en el momento de la primera restauración de las imágenes. Platón, nacido en Constantinopla en el seno de una familia adinerada, perdió a sus padres en la gran peste de 746 (o 747). Educado por un tío, entra con su ayuda en el servicio de pesos, un apartado de las finanzas imperiales, antes de optar por la vida monástica en un convento del Olimpo, del que llega a ser higúmeno en 780. Volveremos a encontrárnoslo más adelante. Su sobrino e hijo espiritual, Teodoro de Studa, nacido hacia 759, será el primer artífice del definitivo triunfo de la Iglesia de los monjes en Bizancio.

Irene, una mujer emperador

El gran siglo iconoclasta acaba con la muerte de Constantino V en 775. Su hijo, León IV, llamado el Jazar en recuerdo del origen de su madre, parece haber sido el único superviviente de los tres hijos del primer matrimonio, ya que los nombres de los otros dos, Cristóforo y Nicéforo, son impuestos a los hijos de la tercera esposa del emperador. Éste, iconoclasta moderado, busca y consigue adhesiones de monjes promoviéndolos al episcopado. Muere en 780, y su muerte abre un problema de sucesión en el interior mismo del linaje imperial. Su hijo, Constantino, tiene entonces diez años, pero León IV lo asoció al trono desde 776, y lo coronó con el asentimiento de todas las clases políticas, «ejércitos de los *themas*, senado, ejército central y todos los ciudadanos y patrones artesanos», según palabras de Teófanes. Otra posible solución se descarta en seguida: la de la sucesión por generación, del emperador a sus hermanos. León IV no les ha hecho co-emperadores. La edad de Constantino VI implica entonces que la sucesión de padre a hijo se resuelva en la práctica por la regencia de su madre, Irene, y por tanto, por la atribución del poder imperial a una mujer. Si se considera la parte de guerra y victoria que pesa sobre el personaje imperial, se comprenderá que esta decisión entrañaría dificultades. Las intrigas de palacio, las opciones religiosas, las posiciones tomadas por los ejércitos provinciales cristalizan en torno a este problema, cuyos actores parecen cobrar vida de repente para nosotros, gracias a la posesión de fuentes más directas, más numerosas y más elocuentes. Pero, sin duda, hay una trampa, que no siempre han evitado los historiadores. Trazar un retrato que parece dado no consiste en reproducir las opciones y los agravios difuntos, ni tampoco en proyectar sobre el pasado la engañosa transparencia de una cultura y una moral actuales. Pero a quien quiera hacer el esfuerzo de imaginación necesario, el siglo XI le ofrece un material abundante y, desde su comienzo, la biografía del patriarca Tarasio, redactada por el diácono Ignacio, la narración de las tareas del patriarcado, la historia familiar de María de Amnia, esposa de Constantino VI, escrita hacia 821 por uno de sus primos, el monje Nicetas, y, en fin, la considerable obra de Teodoro de Studa, todos ellos capaces de enriquecer con su discurso y su testimonio la trama establecida por la *Crónica* de Teófanes.

Entonces, ¿cuál es la verdad de Irene? ¿Fue, para empezar, una madre preocupada por asegurar el futuro de un hijo demasiado joven frente a sus tíos pater-

nos, en quienes convergían las fidelidades de los ejércitos de Oriente y las de los allegados a Constantino V? ¿Percibió desde un primer momento la perspectiva de un imperio propio, ásperamente disputado, poco después, a su propio hijo? No lo sabremos nunca. ¿Por el hecho de haber nacido en Atenas habría aportado al palacio la tradición de una piedad que ninguna disidencia regional pudo nunca enturbiar, lo que explicaría que, vivo aún León IV, hubiera sido condescendiente con los monjes? Es posible. Por otro lado, su condición de mujer en la familia imperial la consagraba a una vida palaciega y urbana, y le dictaba la elección de sus cartas y sus apoyos. El período que transcurre entre la muerte de León IV y su propia caída en 802 se puede dividir claramente en tres fases.

En primer lugar, de 780 a 790, una situación de regencia, en que Irene está asociada al poder imperial. Ante todo, frustra todas las esperanzas puestas en el César Nicéforo, hermano de León IV, que encarnaba la continuación de la actitud iconoclasta y militar de Constantino V. Irene pondrá en juego a los monjes, cuya simpatía se ha ganado, la capital y sus civiles, el personal del palacio. Y tendrá en contra los ejércitos de los *themas* de Oriente. En ese momento es respaldada por dos hombres. Uno es un eunuco de su casa, Estoraquio, que llega a ser logoteta del dromo (policía, correo político, asuntos exteriores) y que conduce en 781 la campaña contra los eslavos sublevados en Macedonia y en Grecia, aunque su mutilación le impida toda aspiración al trono. El otro es el jefe de una oficina de la cancillería imperial *(a secretis)*, Tarasio, un laico al que ella convierte en patriarca en 784, tras haber empujado a la dimisión al patriarca iconoclasta Pablo. Hace que el «pueblo» reunido en el palacio de la Magnaura elija a Tarasio, imprimiendo así la marca imperial a un antiguo procedimiento. Ambos preparan a partir de entonces la restauración de las imágenes a través de negociaciones con Roma y con los patriarcas orientales. El 31 de julio de 786 se convoca un primer concilio en la iglesia de los Santos Apóstoles, que es perturbado por los soldados iconoclastas de la guardia. Irene envía entonces las tropas iconoclastas de la capital al frente del Asia Menor y las sustituye por tropas partidarias de las imágenes, que hace venir de Europa. Se celebra entonces un nuevo concilio en Nicea, del 24 de setiembre al 13 de octubre de 787. Es el VII y último concilio reconocido como ecuménico por la Iglesia salida de Bizancio. El protocolo final es firmado en la Magnaura, donde son aclamados «el nuevo Constantino y la nueva Helena», referencia al modelo de emperador cristiano que refuerza la elección de la ciudad donde tuvo lugar el concilio de 325. La asamblea de 787 subraya la distinción entre «veneración» y «adoración» de las imágenes, y da o recuerda disposiciones generales sobre los bienes de la Iglesia, la disciplina de los clérigos y los criterios de validez de la liturgia. Admite la recepción de los iconoclastas arrepentidos en el seno de la Iglesia. De hecho, no es una asamblea homogénea ni unánime.

El problema de la reconciliación en el seno mismo de la clericatura abre un debate que se prolongará, por diversos motivos, hasta el siglo X. Por un lado, Tarasio inaugura el tipo de patriarca reclutado directamente en el servicio público, e inclinado a una actitud primordialmente política de colaboración con el soberano delegado de Cristo. Por otro lado, Platón y su sobrino Teodoro encarnan la exigencia de una prioridad absoluta de la Iglesia, investida de la misión de dictar el derecho a todos, comprendido el emperador: y esta Iglesia es la Iglesia de

los monjes. Platón fundó en una propiedad familiar, en la región de Olimpo, el convento de Sacudión del que llega a ser higúmeno a partir de 781, pues la regencia de Irene supone, en primer lugar, la liberación del monaquismo. La rigurosa organización de Sacudión está elaborada sobre la base de un retorno a las fuentes, es decir, al modelo cenobítico de Basilio de Cesarea. Teodoro, nacido en 759, es hijo de la hermana de Platón, y toda su familia ha abandonado el mundo. Se convierte en monje en Sacudión y se adhiere a la reforma emprendida por Platón, al que sucederá. Sus seguidores no aceptan la reintegración de los obispos iconoclastas.

Al año siguiente, Irene casa a su hijo. La esposa es María, nieta de Filareto, un hacendado de Amnia, en Paflagonia. Otro nieto, el monje Nicetas, escribió en 812 la historia de su abuelo y padrino, que, según cuenta, le consagró, siendo aún niño, al hábito religioso para que realizara esta tarea. El relato, importante fuente para nuestro conocimiento de la sociedad de su tiempo, se desarrolla en dos planos. El primero, edificante, suple la ausente ilustración sobre el linaje, en una época en que se empezaba a tener en cuenta, por la hagiografía de Filareto, a quien una caridad demasiado ardiente despoja poco a poco de todos sus bienes, como a un Job cristiano; el matrimonio imperial es fuente de una nueva prosperidad, que el autor puede contemplar después de la beatitud eterna. El segundo plano es el familiar: el autor hace la relación exacta del estado de los hijos y de los nietos de Filareto, y describe el regreso de los enviados imperiales, que buscaban por las provincias una jovencita cuyo origen no importaba, pero que debía tener unas determinadas características. De la práctica del concurso para la provisión de una esposa imperial, hay testimonios en esta época por algunos casos más. Quizás estuviera inspirada en la vieja costumbre irania ilustrada por la historia de Esther, pero, sea como sea, es sin duda el equivalente femenino de la elección viril por la victoria militar.

El triunfo de los monjes

El segundo período del reinado de Irene y Constantino empieza en 790. Impaciente por el yugo, este último promueve una conspiración contra Estoraquio, a raíz de la cual Irene exige recibir sola, mientras viva, el juramento de fidelidad de las tropas. Las de la capital aceptan la medida, las de Asia Menor la rechazan, en un contexto de dificultades militares con los árabes, los búlgaros y los lombardos de Italia. Sin embargo, Constantino la admite de nuevo a su lado en 792. Pero lleva mal sus asuntos. Es derrotado por los búlgaros en 793 y elimina definitivamente a sus tíos paternos de la competencia, haciendo cegar a Nicéforo y cortar la lengua a los demás, ultrajando así la fidelidad, aún muy viva, al gran Constantino V. Priva también de la vista al armenio Alejo Moselè, estratega de los armeniacos, que le había ayudado contra Irene en 790. Entonces, el *thema* se subleva y a él no le queda otra solución que servirse de una parte del elemento armenio, que a continuación sufre también las consecuencias de la represión. Tras perder el apoyo de este esencial *thema*, pierde el de los monjes. En 795 envía a María a un convento y encuentra a un sacerdote, José, que bendice su unión con su amante Teodota, pariente de Teodoro, que más tarde será conocido

como el de Studa. Desencadena así, no solamente el engranaje de su propia pérdida, sino también un conflicto revelador del estado de los poderes, y capital. El gesto de Constantino VI es, en efecto, contrario a la legislación sobre la separación de los cónyuges elaborada por la Iglesia a partir del siglo IV y formalizada por la legislación de Justiniano: a falta de un acuerdo común, el repudio de una esposa se limita a casos poco numerosos y estrictamente definidos. El patriarca Tarasio no opone resistencia, ya que se sitúa, como vimos, en la línea del patriarcado político, en la que se situarán los patriarcas reclutados, como él, en el servicio público. En cambio, Platón, higúmeno de Sacudión, y su sobrino Teodoro encuentran en este asunto el motivo para afirmar la autoridad primordial de la norma eclesiástica en todas las circunstancias, y al mismo tiempo la competencia prioritaria de la Iglesia de los monjes. Constantino los encarcela y posteriormente los exilia, en marzo de 797. Se halla desde entonces aislado frente a las intrigas de palacio, conducidas por su madre. Un día del verano de 797, Irene lo hace cegar «en la habitación púrpura donde le había traído al mundo». Entonces, prosigue la *Crónica* de Teófanes, «el sol se oscureció, las naves equivocaron su rumbo; y todo el mundo convino en que si el sol ocultaba sus rayos, era porque se había dejado ciego al emperador». El cronista da así la clave de un relato cuya atrocidad literal ha llamado mucho la atención de los historiadores. La «habitación púrpura» es la del nacimiento imperial, que cobrará una creciente importancia en el siglo IX, y sobre todo después, en la descendencia de Basilio I, como criterio de legitimidad durable del poder: Constantino VI es, pues, descalificado por la ceguera en el corazón mismo de su herencia; y, por otra parte, la equivalencia, más explícita aún en griego, entre los rayos del sol y la vista, remite el carácter solar de la soberanía imperial, bien conocido a partir del siglo III y desde Constantino, y permite comprender por qué la ceguera es escogida en Bizancio como la mutilación incompatible con la posesión o la esperanza del poder supremo. Constantino se limita, a partir de entonces, junto a Teodota, a una vida puramente privada. Deja dos problemas sin resolver: el conflicto provocado por su matrimonio en el seno mismo de la Iglesia, y el ejercicio del poder imperial por una mujer, que lo asume sola, y sin poder invocar en lo sucesivo ninguna delegación temporaria. Es la tercera parte del período que acabará en 802 con la caída de Irene.

Un acontecimiento decisivo, al comienzo de esta parte, en el mismo año 797, es la instalación de Teodoro y su tío, con sus monjes, en la capital. Un número de monjes a partir de entonces demasiado grande para Sacudión, una amenaza árabe, pero sobre todo, sin duda, la coyuntura llegada a su punto culminante, todo esto comporta la instalación definitiva de la comunidad en la capital, donde vuelve a abrir un viejo convento abandonado, el convento de Studa o Studiu (en genitivo), llamado así en recuerdo de un patricio que lo habría fundado en el siglo V. Como se recordará, Platón y su sobrino se consideraban promotores de una vuelta a los puros principios monásticos de Basilio de Cesarea. De hecho, Teodoro dota a Studia de una regla sistemática, que no tiene precedente. La distribución minuciosa de las horas, la elaboración de las penitencias monásticas, la variedad de ocupaciones, que reparten a los monjes en diversos talleres y en los campos, la existencia de un hospital para los monjes y un hospicio, incluso de una escuela, constituyen una clara alusión a los principios de Basilio de Cesarea,

e incluso a las comunidades de Pacomio y, en todo caso, a los monasterios de Siria y Palestina en los siglos V y VI. Pero el carácter exhaustivo y coherente de la *Regla* la convierte, sin embargo, en el primer documento que merece verdaderamente este nombre en el medio bizantino. La modernidad de Studa reside, sobre todo, en el hecho de ser urbano y estar, además, situado en la capital, por lo que desempeña un relevante papel cultural, aparte de un papel político: en la estructura del Imperio, Studa seguirá siendo en el futuro, bajo diferentes formas, el interlocutor monástico tanto del emperador como del patriarca. El problema del poder supremo tiene a partir de entonces tres términos.

La eliminación de Constantino VI por su madre no ocasionó, repitámoslo, una dificultad moral, sino política: cuando la *Crónica* de Teófanes relata el eclipse de sol y la ceguera de Constantino VI, reprueba un atentado contra el soberano legítimo, y no el crimen de una madre contra su hijo. La acción de Irene tampoco hace mella en Teodoro de Studa, que considera a Constantino culpable de haber perturbado el orden del que la Iglesia es guardiana, y que Irene ha restablecido. Esta última debe dedicarse, de diferentes maneras, y a fin de cuentas sin éxito, al verdadero problema —el hecho de que el emperador sea una mujer—, agravado por un contexto de reveses militares y diplomáticos en parte ligados a la ascención de los carolingios, consagrada por la coronación de la Navidad del año 800. Irene intenta una solución simbólica, cuyo alcance no hay que subestimar en el limitado medio del palacio donde está en juego el poder. Toma el título de *basileus* ('emperador'), tanto en lo referente a las leyes como a su aparición en las monedas. El día de Pascua de 799 se pone el traje de púrpura y oro, toma la cuadriga tirada por caballos blancos y arroja las monedas que constituyen la pompa imperial. Un mimetismo sin duda más significativo que el proyecto de matrimonio con Carlomagno, que sólo Teófanes toma en serio. Por otra parte, Irene continúa beneficiando a sus interlocutores de siempre, los «ciudadanos» de la capital, cuya carga fiscal aligera, y los monjes, a los que destina su generosidad y su celo. La ley que, al declarar suficiente la bendición para santificar un matrimonio de pobres, le confiere a ésta una nueva importancia, y la prohibición de las terceras nupcias señalan la voluntad de adaptar la ley civil a la formalización canónica cuyos artífices son, a la sazón, los estuditas. Irene no ha previsto todavía su sucesión, al parecer, al menos en la línea dinástica, ya que hace cegar a los hermanos de León IV que, a excepción de Nicéforo, aún conservaban la vista. Rodeada por las rivalidades de sus eunucos, Estoraquio y Aetio, y de sus familiares, la muerte del primero en 800 la deja más sola. Sucumbe a una revolución de palacio, que la exilia, y que está al mando del logoteta del Tesoro (ministro de Economía), Nicéforo. Es confinada en la isla de los Príncipes y después en Lesbos, donde muere en agosto de 803.

Con el advenimiento de Nicéforo I comienza el siglo IX y la lenta ascensión de Bizancio hacia el esplendor clásico de la dinastía fundada en 867 por Basilio I.

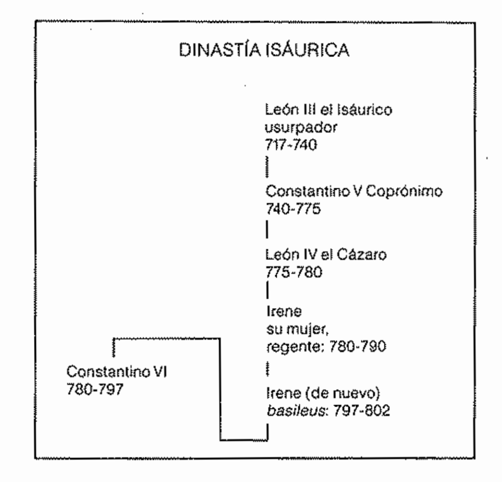
EL «PRERRENACIMIENTO» BIZANTINO

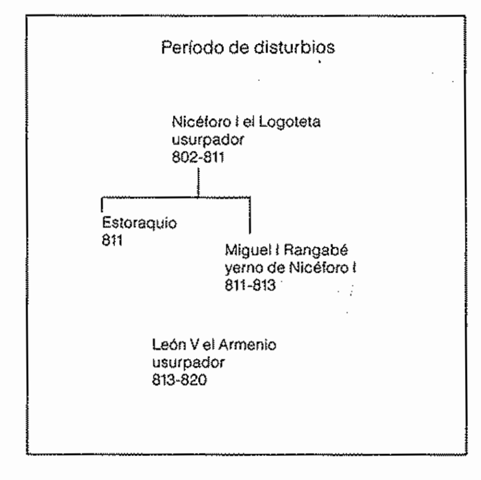
La historia de los años 802-867 está marcada por un segundo período iconoclasta (815-843), cerrado por la proclamación definitiva del papel de las imágenes, por la fundación de la dinastía impropiamente llamada «macedonia», iniciada por Basilio I, que empieza en 867 y se extingue en 1056, por la conversión del soberano búlgaro en 864, y por el primer ataque ruso contra la capital en 860. Se produce entonces la estabilización política de los pueblos que entraron en escena en los siglos VII y VIII, los búlgaros en vías de eslavización y los jazares, la aparición de los rusos en el horizonte de Bizancio, el auge internacional del gran comercio y una recuperación de los emplazamientos urbanos, y la clara afirmación, en fin, de las estructuras sociales aparecidas en la segunda mitad del siglo VIII. Pero estos mismos años se presentan, ante todo, como los de un auge cultural sin precedentes, si no sin patrimonio, que proporciona al historiador abundantes textos. Y este último, ocupado continuamente en la clasificación de las instancias determinantes, percibe en el primer plano de su estudio la cultura, en el sentido que elige entonces dar a este término: discursos de los poderes sobre sí mismos, referencias de estos discursos, medios técnicos de su difusión, sistema de representaciones fabricado o aceptado en los diferentes niveles del sistema social. La historiografía del siglo IX plantea un problema difícil, pues la conocemos a través de la producción del siglo X, enteramente orientada, como se verá, a la justificación de los orígenes de la dinastía. A esto hay que añadir numerosas *Vidas*, desde la del patriarca Ignacio, en el centro del debate político, a la de Joaniquio, el modelo ascético de Bitinia, muerto en 846, así como las historias de los piratas sarracenos o de los santos de la Italia meridional y de las islas.

Las tensiones históricas y las relaciones exteriores de Bizancio se pueden definir, pues, en términos culturales: la cultura clásica y la creencia, la Iglesia patriarcal y la Iglesia monástica, la capital y las provincias, pero también el helenismo y las minorías, Bizancio y los pueblos y, por último, ordenando, resumiendo y explicando toda la estructura, la figura imperial. Y esta cultura no se expresa sólo en los textos, sino también en una iconografía triunfante después de mediados del siglo IX. Añadamos a esto las fuentes escritas fuera del Imperio, sobre todo la imponente aportación de los cronistas y geógrafos musulmanes, así como la documentación de la arqueología, que tiene aún mucho que revelar.

La sucesión es aún difícil y siempre confusa

Como de costumbre, refirámonos en primer lugar a los protagonistas: los emperadores, cuya sucesión está regida en teoría, y salvo accidente de la historia, por el principio patrilineal; pero no solamente ellos serán protagonistas en lo sucesivo. La personalidad del patriarca es igualmente primordial en la política del siglo IX. Y, por otra parte, la evolución social ya revelada bajo el reinado de Constantino V alcanza su madurez: los dirigentes, que se encargan de la alta función pública y sobre todo militar, tienden a constituirse en una clase coherente, aunque completamente abierta, por lo que cobran importancia la ascendencia, las alianzas matrimoniales, el parentesco, como prueba el nuevo cuidado con que





DINASTÍA AMORIANA

Miguel II el Tartamudo
usurpador
820–829

Teófilo
829-842

Teodora
su mujer, regente
842-856

Miguel III el Borracho
842-867

la historiografía indica estos datos de un personaje. Se comprueba a este respecto el surgimiento del nombre de linaje, que señala progresivamente, desde el final del siglo VIII, en el seno del medio dirigente, a aquellos cuya notabilidad se remonta ya a una generación anterior. En ocasiones nombre propio convertido en nombre de linaje, como en el caso de Focas, en ocasiones nombre extranjero helenizado, sobre todo los de procedencia armenia, y, menos frecuentemente, tomado de un toponímico, el nombre de familia se suele presentar como la fijación de un sobrenombre. Cuando proviene de la lengua hablada, por ejemplo Onomagulo, 'de carrillos de asno', es revelador al mismo tiempo de la apertura social de la aristocracia en vías de constitución y de un nivel de la lengua que los textos apenas conservaron en relación a esta época.

Nicéforo I, que sustituye a Irene en 802 es, como acabamos de ver, un ministerio de Economía *(logothetos tou genikou)*; su éxito se sitúa en la lógica de este reino de mujer cuyo centro es el palacio. Sale victorioso de dos intentos de socavar su poder, debido uno a Bardanes Turco en 803, y el otro a Arsaber en 808; estos dos nombres armenios y el apodo del primero, remiten al polo oriental de Bizancio, políticamente decisivo desde el siglo VIII y por mucho tiempo todavía. Sin embargo, Nicéforo casa a su hijo Estoriquio, asociado al trono en 803, con una ateniense, Teófana, porque está emparentada con Irene y ha resultado la ganadora del concurso de belleza que constituye entonces la versión femenina de la victoria imperial. Su hija Procopia se casa con Miguel Rangabé, cuyo padre, Teofilactos Rangabé, apoyó a Nicéforo, hermano de León IV, y ejerció el cargo de *drongarios* ('comandante') del Dodecaneso. Pero en 811, la guerra búlgara acaba con el emperador. Tras una campaña victoriosa, en cuyo curso tomó Plisca, Nicéforo I cae muerto en combate, y el kan Krum se hace una copa con su cráneo revestido de plata. La profunda impresión producida por esta batalla se transparenta en historias como la del soldado Nicolás, que ve a un personaje sobrenatural observar el desarrollo de la batalla, que se sabe a salvo en razón de su castidad de la noche anterior, y abraza entonces el estado monástico. Estoraquio es herido y muere unos meses después sin dejar heredero. El trono le corresponde entonces a Miguel, padre de dos hijos y tres hijas: como se ha visto en el capítulo precedente, a partir de Heraclio las familias imperiales llegan a ser numerosas. Miguel I es vencido a su vez por los búlgaros en 813. Según parece declaró entonces: «El Imperio de mi suegro y de su linaje no tenía el beneplácito divino». Esta declaración, aunque no sea literalmente auténtica, es, al menos, perfectamente coherente con el pensamiento de la época. Abandonado por la victoria, Miguel I es enviado a un convento con su esposa y sus hijos.

La sucesión imperial será disputada entonces por tres hombres que habían participado de la sublevación de Bardanes Turco: León, un armenio, estratega del *thema* anatólico, Miguel el Tartamudo, originario de Amorion, en Frigia, y Tomás el Eslavo, nacido en los alrededores de Comana, en el *thema* armeniaco. Instalado en el trono en 813, León V entrega el mando militar a Tomás y, sobre todo, a Miguel el Tartamudo, a cuya hija, además, apadrina. En 820, una conjura en favor de éste le quita la vida. Miguel II hace frente entonces al levantamiento encabezado por Tomás, su adversario de siempre. Este último, que se hace llamar Constantino VI, se apoya en una coalición de fuerzas: el Asia Menor, y fundamentalmente la zona fronteriza del nordeste, en contacto con los iberos, los

armenios y los abasgos, el descontento fiscal y los marinos de las flotas temáticas. En cambio, los estrategas de Anatolicón y Opsiquion le son hostiles. Consigue la ayuda del califa al-Maᵓmûn, y sitia Constantinopla en diciembre de 821. Miguel II se rehace con la ayuda del kan búlgaro Omurtag y de la flota imperial, que le sigue siendo fiel, y Tomás muere en el suplicio en octubre de 823. El episodio, más que un eco del conflicto planteado en torno a las imágenes, es sin duda uno de esos sobresaltos que recuerdan de tanto en tanto que Constantinopla, entre el Mediterráneo y Anatolia, no es la capital de un imperio homogéneo.

Miguel II se había casado con Eufrosina, la hija de Constantino VI, salida a este efecto del convento, trabando de este modo una continuidad con la gran dinastía del siglo VIII. Asocia al Imperio a su hijo Teófilo, que le sucede a su muerte en 829. Éste hace ejecutar a los asesinos de León V, a los que su padre debía el trono. Esta acción, así como el matrimonio de Miguel II, coloca el poder imperial por encima de las rupturas de hecho. Teófilo se casa con una joven vencedora del concurso ya mencionado, y a su muerte, en 842, deja un hijo aún niño, Miguel, nacido en 829. Su viuda, Teodora, cuyas hermanas se han casado con aristócratas, gobierna entonces con la colaboración de sus hermanos, Petronas y, sobre todo, Bardas, el *logothetos tou dromou* (ministro de Asuntos Exteriores, Correos y Policía), el eunuco Teoquisto, agregado al poder antaño, al advenimiento de Miguel II, padrino de bautismo de Teodora y, según un cronista árabe, algo más, a pesar de su mutilación. El reinado de Irene entre Aetio y Estoriquio parece repetirse. Sin embargo, la salida será diferente. Los hombres tienen otra envergadura. Teoctisto, Bardas y el propio Miguel III, emergen poco a poco del descrédito acumulado sobre ellos por los rumores de la polémica contemporánea y las informaciones de la historiografía posterior. La situación se resuelve de otra manera. Primero, domina Teoctisto, hasta el año 855, en que Teodora quiere separar a su hijo de su amante Eudocia Ingerina para obligarle a tomar esposa. Teoctisto es asesinado con la complicidad de Bardas, y Teodora apartada del poder. Bardas ocupa el trono y recibe el título de César. Por último, se inicia la fulgurante ascensión del futuro emperador Basilio, fundador de una dinastía que rodeará sus orígenes de historias justificativas.

Basilio, casi desconocido, originario de Andrinópolis y tal vez de ascendencia paterna armenia, que había venido a probar fortuna a la capital, se convierte en el compañero indispensable de Miguel, y su caballerizo. Además, Miguel le proporciona mujeres, en primer lugar Tecla, una de sus hermanas, a la que puede verse en las monedas con su madre y él, y después su ya citada amante, Eudoxia Ingerina, con la que Basilio se casa, una vez devuelta a su familia su propia mujer. Basilio elimina a Bardas en 865. En 866 es asociado al Imperio. Y en 867 asesina al propio Miguel III en su cámara, tras la comida imperial, con la ayuda de conjurados parientes o amigos; la escena nos ha llegado a través de relatos de una violencia shakespeariana. El encadenamiento de sucesos políticos que conducen a Basilio al poder supremo se desarrolla en su totalidad en el palacio.

Un sosiego religioso

Frente a los emperadores, la serie de patriarcas obedecía al principio que se perfilaba ya bajo el mandato de Irene. Unos proceden de la alta función pública de la capital, como es el caso de Nicéforo I, que es monje cuando sucede a Tarasio en 806, y Focio, que en 858 es nombrado antes incluso de ser ordenado. Otros son monjes, como Metodio (843-847), familiar, además, de Teófilo, con cuya viuda colaboraría en la restauración de las imágenes, o como su sucesor Ignacio. Esta alternancia expresa la línea directriz de los conflictos del siglo IX e incluso del X, en cuyo curso la Iglesia de Bizancio elabora su fisonomía definitiva, que no merma la personalidad de los patriarcas ecuménicos. Tanto los unos como los otros están acostumbrados al palacio antes de su designación, y sus vínculos familiares son a veces dignos de mencionarse: Focio, sobrino de Tarasio por línea paterna, está emparentado por línea materna con Teodora, esposa de Teófilo; Ignacio no es otro que Teofilacto, un hijo de Miguel I, castrado y recluido en un monasterio, siendo aún un niño, a la caída de su padre. El gran patriarca de la segunda iconoclasia, Juan Morocarciano (837-843), pertenece a una familia distinguida: su hermano Arsaber (el nombre revela ascendencia armenia) se casa con Calomaría, 'Bella María', una hermana de la emperatriz Teodora, de la que el propio Juan fue padrino de bautismo. El primer patriarca iconoclasta, Teodotos (815-821), pertenece a la familia de los Melisenoi, ya ilustre en el siglo VII. Él mismo, titular en el mundo de la dignidad de *spatharocandidat,* y amigo del futuro Miguel II, era hijo del patricio Miguel Meliseno, emparentado por matrimonio con Constantino V.

Todo esto ayuda a comprender en qué tipos de hombres y en qué círculo social se encarnan los debates de la capital. El patriarca está también, por lo demás, a la cabeza de una administración: así, las *Vidas* de los patriarcas Tarasio y Nicéforo fueron escritas por el diácono Ignacio, conservador del tesoro patriarcal. El monasterio de Studa, a cuya instalación en la capital se ha hecho referencia, forma asimismo parte de la historia del siglo IX. La regla, compuesta en verso por Teodoro, determinaba un organismo social completo, desde la escuela para los niños destinados a profesar en el hospital, pasando por una serie de talleres, entre los cuales pronto destacará el de copia. Aunque el origen de Teodoro se sitúa en la alta función pública de la capital, el reclutamiento social de Studa parece bastante abierto, lo que es lógico, puesto que expresa la intransigencia radical de una Iglesia. Studa no será, por lo demás, el único en encarnar el partido monástico, aunque conserve la dirección: el auge del monaquismo provincial es también un aspecto de la época.

El conflicto entre la facción patriarcal partidaria del compromiso y la reivindicación estudita de la intransigencia se prolongará durante todo el siglo IX con diferentes excusas, y su verdadera clave sigue siendo la definición de las relaciones entre lo político y lo religioso en la cumbre del poder. La posición de Nicéforo I es opuesta a la de Irene. Apremiado por el esfuerzo bélico y, por lo tanto, financiero, pone término a las disposiciones que favorecen los bienes de los monasterios y otros establecimientos piadosos. Por otro lado, ha heredado el contencioso originado en las designaciones episcopales de la primera iconoclasia, y por el divorcio y las segundas nupcias de Constantino VI: se pone en cuestión el es-

tatuto del sacerdote que consintió en celebrarlas. El patriarca Tarasio muere en 806 y el emperador lo sustituye por un personaje de similares características, Nicéforo, miembro, en primer lugar, del secretariado imperial al que ya había pertenecido su padre, y enviado en virtud de este cargo al concilio de 787, y después retirado a un monasterio de su fundación. Aunque el emperador consultó a Teodoro a propósito de esta designación, la voluntad de compromiso del nuevo patriarca suscita la oposición de los estuditas. El monasterio es ocupado por la tropa en 808; en 809, un sínodo condena a los estuditas, pero declara, no obstante, el primer matrimonio de Constantino VI como el único válido: una prueba, por si había necesidad de ella, de que lo que está realmente en juego es menos el respeto del canon que la reivindicación del poder religioso, o más precisamente de su autonomía determinante en el seno del poder en general. Los dirigentes de Studa se exilian, y Teodoro apela en vano a Roma: paso lógico, pues el papa es el primero de los cinco patriarcas y el único contrapeso concebible en Constantinopla, de la que Roma sigue separada por el contencioso relativo a los patrimonios confiscados durante el reinado de León III, y por la alianza franca. Y paso característico, en lo sucesivo, por parte de los monjes, que lo repetirán, no sin que el propio emperador recurra a veces a él. Bajo el mandato de Miguel I, dócil a los estuditas, este primer episodio acaba con una reconciliación.

León V conduce el Imperio a la iconoclasia, en un contexto de angustia causada por la gravedad del peligro búlgaro, ya comprobada por los reveses de 811 y 813. Este mismo año, la población de la capital acudía a la tumba de Constantino V, cuyas victorias recordaba. Debido a sus incursiones en Tracia, los búlgaros comprometían además el abastecimiento de grano de la capital, lo que provocaba carestía. León V quiere ser un nuevo León III, aun cuando haga coronar a su hijo Smbat con el nombre de Constantino. La deliberada voluntad de restaurar el modelo victorioso del siglo precedente explica sin duda, por una parte, la decisión iconoclasta. En primer lugar comporta, en 815, la destitución del patriarca Nicéforo, cuya cooperación con el poder no llega al rechazo de las imágenes. Es sustituido por Teodoto Meliseno, emparentado, como se ha visto, con Constantino V. Un mes más tarde, un concilio reunido en la iglesia de Santa Sofía, en Constantinopla, define la doctrina. Esta asamblea fue precedida por un trabajo de recopilación de manuscritos con vistas a constituir un legajo de textos justificativos. La comisión estaba dirigida por Juan Morocarciano, futuro patriarca. Las actas del concilio no sobrevivieron a la restauración de 843 y sólo podemos hacernos una idea de ellas a través de las citas y refutaciones del patriarca exiliado. Teodoro es desterrado también después de haber apelado al papa una vez más; algunos de sus partidarios son ejecutados. Miguel II, también él iconoclasta, intenta en vano una reconciliación, llamando en primer lugar a los exiliados y tolerando el culto privado de las imágenes. Pero Teodoro exige la restauración del patriarca Nicéforo y la reunión de un concilio, y se remite, contra el emperador, a la autoridad de la sede de Roma. Miguel escribe en 824 una carta de justificación al emperador carolingio Luis II, en la que expone lo que había llegado a ser en la práctica la devoción a los iconos, y le pide su apoyo en Roma. La misiva no surte efecto. La Iglesia latina no ignoró el conflicto de los poderes en Bizancio, en el que ella seguía siendo una eminente instancia de apelación. Pero la polémica sobre las imágenes, que constituyó una de las fases de este conflicto, le

siguió siendo tan ajena como, al menos en esta época, la veneración de las imágenes mismas.

Tras la muerte de Teodoro en 826, y de Nicéforo en 828, la cuestión se marchita, aunque sin cerrarse. Teófilo adopta una posición más severa. Prohíbe pintar imágenes y castiga con rigor a los monjes, más que nunca asociados a su culto. En 836, se imprimen con hierro candente versos injuriosos en el rostro de dos frailes «fichados», Teodoro y Teófano, monjes palestinos. Asimismo, se taladran las manos con las que pintaba el monje Lázaro. Juan Morocarciano, cuyo papel hemos visto en 815, llega a ser patriarca en 837. Pero Teodora y sus hijos veneran en secreto los iconos en el palacio, y la iconoclasia imperial no sobrevive a la muerte de Teófilo en 842. Juan es destituido en 843 y reemplazado por el monje siciliano Metodio, tiempo atrás víctima de la represión de Miguel II por ser portador de un mensaje pontificio de apoyo a los iconos.

La restauración solemne y definitiva de la devoción a las imágenes tiene lugar el primer domingo de Cuaresma, fiesta conocida desde entonces y hasta nuestros días por las Iglesias nacidas de Bizancio como domingo de la Ortodoxia. No obstante, se asegura la continuidad del poder imperial y de la dinastía al relatar el arrepentimiento de Teófilo en su lecho de muerte, la visión, concedida a la piadosa emperatriz, de Cristo perdonándole en su tribunal, y el hallazgo por el patriarca del nombre de Teófilo borrado milagrosamente de una lista de emperadores heréticos depositada la víspera sobre el altar. Se restaura la Sala de Oro del palacio: la imagen de Cristo corona nuevamente el trono imperial, en tanto que, en la puerta occidental, se ve a la Virgen con el emperador, el patriarca y los santos.

Se acaba así la segunda iconoclasia. Se distingue de la primera por la ciencia de la que se hace alarde en las justificaciones, tanto en uno como en otro campo, por lo que hemos podido juzgar. La profundización filosófica de la teoría de las imágenes y la profundización política de la Encarnación son fruto de esta época. La obra continuada hasta su muerte por el patriarca Nicéforo, aún inédita en parte, lo muestra claramente, con sus referencias aristotélicas. Este hecho va ligado, sin duda, a la madurez de un movimiento que disponía ya de una tradición, por una y otra parte, pero sobre todo al resplandor intelectual del siglo IX, período brillante, creador y curioso, indudablemente en mayor medida que la gran edad clásica abierta a continuación por el advenimiento de Basilio I.

Hacia un nuevo rostro de la Iglesia

En primer lugar, se produce un cambio decisivo en los medios de difusión de los libros. Bizancio desconoce aún el papel, ya utilizado en esa época en los países del Islam. En cambio, sus copistas pasan entonces de la escritura uncial a la minúscula, tan rápida que su invención se ha podido comparar con la de la imprenta; y, como podrá observarse, este mismo paso se da, en este mismo siglo IX, en la escritura latina del Occidente carolingio. El más antiguo manuscrito griego conocido en minúscula, una colección de los cuatro Evangelios, fue copiado en 835 en el taller de Studa. El uso de la nueva escritura, signo de una creciente necesidad de libros, está en relación con el carácter erudito de la segunda icono-

clasia: no podemos dudarlo aunque se hayan perdido los libros de la vertiente iconoclasta. La serie de manuscritos fechados, que en primer lugar recogen textos de las Escrituras y teológicos, continuará después con obras técnicas como los tratados de agrimensura o de medicina y, finalmente, con la literatura en el sentido más amplio de la palabra.

El reinado de Teófilo señala verdaderamente los comienzos del «renacimiento» del siglo IX, que es en realidad, como todos los renacimientos, el florecimiento de una modernidad. Dos hombres desempeñan aquí un considerable papel. Uno es Juan Morocarciano, llamado Juan el Gramático, hombre de ilustre origen y gran cultura clásica, a pesar de lo que dijeran de él sus adversarios, que le designaban con el diminutivo popular de Jannis. Su inclinación, al parecer, le llevó hacia la ciencia griega, y sin duda hacia la magia, inseparable de ella en el pensamiento de la época. Tuvo influencia sobre Teófilo, del que había sido su preceptor y quien le envía en misión a Bagdad. León el Filósofo (o el Matemático), nació en Constantinopla hacia 790, recibió una primera formación constituida por la retórica, pero también por la filosofía y por la aritmética. Enseña en privado, en su propia casa, sobre todo matemáticas, y posteriormente Teófilo le confía una enseñanza oficial. Llega a ser metropolitano de Tesalónica en 840, pero vuelve a Constantinopla tras la restauración de 843. Iconoclasta moderado, sabemos que repartía sus trabajos fundamentalmente entre Platón, corrigiendo su propio ejemplar, Euclides y la influencia de los astros sobre el destino. El futuro patriarca Focio, nacido hacia 810, estaba ya en actividad bajo el mandato de Teófilo. Prosiguiendo entonces una carrera de alto funcionario, en cuyo curso irá también a Bagdad, encuentra tiempo para componer, hacia 838, en honor de su hermano, su famosa *Biblioteca*, conjunto de 279 reseñas de libros que ha leído, entre las cuales algunas, más detalladas, constituyen el único testimonio de obras antiguas hoy perdidas. La curiosidad de Focio le lleva menos hacia la ciencia y la filosofía que hacia la retórica, que englobaba entonces, no hay que olvidarlo, la historia. Parece que tuvo también una especie de círculo de lectura y de enseñanza.

El propio Teófilo no sólo fue el jefe de los hombres de los que acabamos de hablar y el inspirador de una política creadora de una élite pública y de un aparato cultural del poder. La figura imperial participa con él de la elaboración en curso, y le confiere la dimensión intelectual, y no ya solamente teológica, como en el caso de Constantino V, que ofrecerá en los siglos IX y X. Su curiosidad respecto del poder y la civilización del califato se traduce, entre otras cosas, en sus copias del arte del palacio omeya, problema específico de un emperador iconoclasta, que no podía mantener la decoración crística tradicional desde el final del siglo VI. La victoria imperial es puesta en escena en las entradas triunfales que le conducen a Constantinopla tras sus éxitos de 831 y 837. Su protocolo ha sido conservado por el *Libro de las ceremonias* de Constantino VII. Y aunque Teófilo no dejó leyes a sus sucesores, sus virtudes de juez supremo son, no obstante, ilustradas por los relatos piadosos relativos a su absolución, y en la colección de *Vidas* de emperadores compuesta en el círculo de Constantino VII: la descendencia de Basilio I subraya así la dignidad ininterrumpida del poder imperial, más allá del personaje de Miguel III, negativo puesto que fue asesinado.

En resumidas cuentas, la cultura oficial de la segunda iconoclasia está marcada por la relectura de lo antiguo y por una curiosidad específicamente laica, inclu-

so en el caso del patriarca Juan, pero no así en el de Focio, cuyas preocupaciones siguen siendo cristianas, y que no ocupa, de hecho, un primer plano hasta la siguiente generación, después de 843. Ésta heredará, pues, un modelo cultural basado en referencias antiguas elevadas a la categoría de clasicismo, y a partir de entonces en manos de un poder que es de nuevo, y para siempre, partidario de las imágenes. No se puede negar la parte que corresponde a lo individual, al placer particular de los protagonistas de este «renacimiento», pero corresponde al historiador comprobar su coherencia política y explicarla.

La segunda iconoclasia es también, cosa que no es extraña, un período de auge monástico. Studa prosigue su existencia, como lo prueban el manuscrito citado más arriba, copiado bajo el mandato de Teófilo, la hagiografía estudita, relatos de las experiencias de Teodoro y de su sucesor Nicolás, compuestos en el monasterio durante el reinado de Basilio I, y la formación dada en el monasterio, de la que el patriarca Ignacio será un ilustre ejemplo. Studa no es ajeno a la cultura antigua, a la que aborda desde otro punto de vista, el de la primacía de la Iglesia de los monjes en el Imperio. Pero la segunda iconoclasia es también contemporánea, y sin duda causa, en parte, de una proliferación provincial de monasterios, cuyas consecuencias serán importantes. El Olimpo de Bitinia, cerca de Brusa, se convierte en el ámbito predilecto, donde se lleva a cabo la carrera ascética de los modelos de la época. Mientras Pedro, higúmeno del monasterio de Atroa (773-837), continúa siendo una autoridad provincial, Joaniquio, nacido en el reinado de Constantino V en una familia iconoclasta y muerto en 846, llega a ser un punto de referencia a la medida del Imperio. Las *Vidas* de estos santos hombres, escritas en ese tiempo, narran al mismo tiempo las actitudes de la piedad laica. Son menos curanderos que sus predecesores de los siglos V y VI, y mucho más videntes. La previsión del futuro y del destino que un León el Matemático pedía a los cálculos astrológicos es asumida por sus fieles como una aplicación de su santidad. Por lo demás, su visión no se limita a iluminar los hechos alejados en el espacio o en el tiempo. Penetra en el secreto de los corazones culpables, a los que arranca la confesión, preludio de la penitencia. La autoridad del «padre espiritual» deviene entonces, en todos los niveles de la sociedad, un elemento esencial del poder monástico. Además, las hagiografías subrayan cuidadosamente que sus héroes son sacerdotes. También a partir de ahora, la devoción común hacia las imágenes confirma sus rasgos futuros y ya tradicionales. La carta de Miguel II a Luis II manifiesta la presencia viva que se esperaba de los iconos, haciéndoles apadrinar a los hijos en su bautismo, por ejemplo. Andando el tiempo, se referirá que Teodora y sus hijos tenían los suyos en un armario de su residencia, y que el bufón de Teófilo se deslizaba en él diciendo: «¡Emperador, tened cuidado con las muñecas de la emperatriz!».

Ímpetu cultural, ímpetu imperial

Por tanto, sería erróneo definir esta época por la distinción entre una cultura erudita y una cultura popular. Ante todo, podemos decir, manifiesta una cultura común, en la que destacan en primer término la creencia y la práctica cristianas, a las que se superpone efectivamente un nivel erudito, recobrado de lo antiguo en

los medios dirigentes, sea que trate del círculo imperial o del de Studa, que, como es evidente, no escogen exactamente lo mismo de la herencia de la Antigüedad. Pero, si la curiosidad científica parece haber sido una característica de los intelectuales iconoclastas, la construcción de un relato biográfico, por ejemplo, está en todas partes sometida a las mismas reglas retóricas y la lengua en todas partes alejada de la que los propios autores hablaban cotidianamente. Igualmente, sería erróneo hacer una distinción entre la cultura de la capital y la de las provincias, al menos en el plano erudito: el estudio de las escrituras y los grabados de los manuscritos muestra la difusión del trabajo. En cambio, en el plano que llamamos común, se percibe una cierta cultura regional: volveremos a tratar este tema a propósito de la frontera de Oriente en la segunda mitad del siglo IX.

La cultura dominante inmediatamente posterior a 843 se elaboró ya, de hecho, durante la segunda iconoclasia, e incluso desde principios del siglo. La segunda restauración de las imágenes modifica aún menos que la primera la elaboración en curso de la figura imperial. Sólo el trabajo teórico e historiográfico llevado a cabo de Basilio I a Constantino VII, su nieto, irá más lejos todavía. Pero el reinado de Miguel III cosecha, por su parte, los frutos del auge cultural que le precedió. El poder imperial continúa ligado a una enseñanza superior, en primer lugar con el impulso de Teoquisto —que hace remunerar la enseñanza de la filosofía a Constantino-Cirilo, futuro apóstol de los eslavos— y, posteriormente, de Bardas. Este último organiza hacia 855-856 la escuela de la Magnaura, en el palacio imperial, donde las enseñanzas de geometría, astronomía y gramática son colocadas bajo la autoridad de León el Filósofo. Existe la misma continuidad en lo tocante a la posición simbólica del soberano y de su poder. El palacio sigue siendo el lugar de su representación, con el ceremonial de las audiencias de los embajadores o el de la comida imperial, que se prolonga en el hipódromo, las procesiones y las cacerías. La adoración de las imágenes inspira al patriarca Metodio, desde 843, el oficio del domingo de la Ortodoxia (el primero de Cuaresma), celebrado en todas las iglesias del Imperio, en cuyo transcurso son aclamados los nombres de los soberanos, y reprobados los de los herejes. En una palabra, la ideología imperial cambia de posición en 843, pero no su pretensión cósmica. La vuelta a las imágenes significa para ella la definitiva opción por la Encarnación del poder supremo, la vuelta a la tierra del «Cristo-emperador». El relato del perdón milagroso otorgado a Teófilo revela claramente que 843 no significa una ruptura en la línea de la dinastía.

El radicalismo monástico señala también su continuidad, subrayando por el contrario el corte entre el gobierno iconoclasta y la ortodoxia restaurada, con una exultación de la que las miniaturas de un grupo de salterios de la segunda mitad del siglo IX ofrecen una sorprendente ilustración. A partir de entonces, el conflicto entre los poderes vuelve a encontrarse en los mismos términos que a principio de siglo, entre una Iglesia auxiliar del soberano y la reivindicación de Studa. El propio Metodio, aunque monje, no se alinea en las posturas de sus pares, con los que se irrita después, por verles demasiado pasivos ante el retorno a las imágenes. A su muerte, acaecida en 847, Teodora elige a Ignacio, el hijo eunuco y monje de Miguel I. Representa una concesión a los estuditas y, habida cuenta de que se trata de un hombre de linaje imperial, vincula el poder presente con una dinastía pasada. Sin embargo, significa la apertura de otro conflicto, pues Teodo-

ra no ha hecho votar al sínodo, de donde surge una oposición episcopal a Ignacio, una de cuyas voces es Gregorio Asbestas, obispo de Siracusa. En 858, Ignacio es desterrado por Miguel III y Bardas, por haber negado la comunión a este último, acusado de incesto con su nuera, y negarse también a aprobar la reclusión de Teodora y sus hijos en un convento. Es sustituido por Focio, a la sazón director de la cancillería imperial y, como se recordará, sobrino de Tarasio y aliado de Teodora. Recibe de una sola vez los diversos grados de la clericatura y se hace consagrar por Gregorio Asbestas, al que Ignacio había destituido y que había apelado a Roma. Desde entonces, una guerra de impugnaciones enfrenta a Focio y a Ignacio y sus partidarios, con apelaciones al arbitraje del papa Nicolás I: este último encuentra en ello la ocasión para reabrir el expediente de los patrimonios confiscados por el emperador León III, y se ve comprometido, por otra parte, en la rivalidad con Bizancio, junto a los búlgaros, como se verá más adelante. En septiembre de 867 se reúne un sínodo en Constantinopla bajo la presidencia de Miguel III, que firma las actas. Focio obtiene de otros patriarcas de Oriente la excomunión del papa, declarado hereje en virtud de la doctrina romana sobre el Espíritu Santo, que para los griegos procede «del Padre a través del Hijo», y para los latinos «tanto del Padre como del Hijo». Esta divergencia, ya explícita en el siglo VI, se convierte, a partir de 867, en un criterio de la ortodoxia según Bizancio, que se volverá a encontrar en el cisma de 1054. Además, Focio declara ilícita la intervención del papa y hace circular por Oriente las conclusiones del sínodo. A partir de entonces, no sólo hay un conflicto interno, que separa dos concepciones de las relaciones entre el soberano y la autoridad de la Iglesia. Existe también, de cara al exterior, la asociación del emperador y su patriarca, esbozada ya, como se recordará, en tiempos de Heraclio, y desarrollada en lo sucesivo a la medida de los espacios que se abren al poderío imperial, sobre todo en lo que se refiere a los eslavos.

Bizancio reanuda la ofensiva

En este poderoso desarrollo de una soberanía y de su cultura, ¿qué sucede con las minorías y las fronteras del Imperio? La cuestión no puede separarse de la de las relaciones exteriores de Bizancio. Una primera ojeada permite percibir el conjunto de los territorios, sus pueblos, su respiración, sus constantes, así como la guerra en la que están comprometidos. Pero sería erróneo escribir este capítulo únicamente en términos de la integridad del territorio imperial, como se suele hacer. Más que nunca, la guerra sigue siendo una forma normal y permanente de la vida pública, de la ideología del soberano, de las relaciones internacionales. Constituye, junto con las embajadas y el comercio, el sistema de estas últimas, de sus prestigios, de sus beneficios.

A principios del siglo IX, requieren la atención tres grandes zonas que a veces se interfieren. La primera está en el oeste: comprende los mares, el Egeo y el Mediterráneo central, con sus islas, Calabria, el Adriático y la costa dálmata, y la laguna veneciana: todo esto aún oficialmente bizantino. A continuación vienen las provincias balcánicas, con sus islotes eslavos aún parcialmente distintos, y los traslados de población efectuados por el Imperio; los estrechos y la costa occiden-

tal del mar Negro dominan la ruta de Constantinopla; frente a Bizancio está el Estado búlgaro, y, en la costa norte, donde Bizancio dispone del puesto avanzado de Querson, elevado a la categoría de *thema* a partir de 833, la zona al mando del Estado jazar, entre el Don y el Volga. Por último, al este se halla una región sensible desde el siglo VII, el gran arco de circunferencia apoyado en el Tauro por un lado y en el Cáucaso por el otro, por donde toca, en los confines del Imperio, los viejos países cristianos de Armenia e Iberia. Además, tanto en Melitene, Manzicerta y Arzen como en Tiflis, están instalados desde el siglo VIII los emiratos árabes fronterizos, poco dóciles a Bagdad, incluso rebeldes si llega el caso, pero familiares, en cambio, de los príncipes armenios de la región, con cuyas hijas se casan a veces.

El camino, la aldea y la moneda, recuperados

Las vías y los puntos clave de la estrategia se vuelven a encontrar en el gran comercio, cuyo auge a partir del siglo IX corresponde al del consumo de palacio y el urbano, así como al de un conocimiento mercantil de las lenguas, los itinerarios y los productos. Un saber en el que destacan los judíos, gracias a su facilidad de comunicación escrita con una extensa red de corresponsales solidarios, tal vez acrecentada por los caraítas (del hebreo *qara,* 'leer'), disidentes judíos fieles al texto exacto de la Ley, con exclusión de la exégesis rabínica y de sus conclusiones. Se les encuentra desde esta época en Crimea. En la misma región, en Jazaria, los judíos ocupan una posición privilegiada a partir de mediados del siglo VIII. Los comerciantes musulmanes son igualmente activos. Se reconocen dos grandes corrientes comerciales: la primera, tradicional, aporta las especias y la seda de la India y la China; la segunda importa de Ucrania cuero, pieles, madera, miel y esclavos. El Estado búlgaro ocupa una posición dominante en la ruta del bajo Danubio, que procede de los países eslavos. El Estado jazar se beneficia de la que, más oriental, conduce a Querson y a Trebisonda. Un poder vulnerable que decae en provecho de los rusos, cuando éstos comienzan a navegar por el Volga y alcanzan el Caspio a finales del siglo IX.

Dentro del amplio movimiento de productos y monedas que se lleva a cabo a través de los tres espacios consumidores, el Oriente musulmán, el Occidente y Bizancio, el saldo de esta última no es sin duda tan deficitario como se ha dicho. Constantinopla y Tesalónica siguen siendo centros de redistribución cuyo papel no admite competencia, y cuya actividad comercial queda en manos de los propios bizantinos. Atenas y Corinto dan señales de renacimiento desde el principio del siglo IX. La moneda, por último, aporta una prueba de lo que decimos.

Como se recordará, a partir de Constantino, el sistema monetario de Bizancio se fundamentaba en el sueldo de oro, acuñado a razón de 72 piezas por libra de 327 g. de peso aproximadamente, y una ley muy elevada, 24 quilates (*keratia*). El sueldo, medio para los pagos públicos, los impuestos, las pagas, las rentas concertadas para los particulares o los establecimientos piadosos y los tributos sufragados por el Imperio, era igualmente muy apreciado en los mercados internacionales. Por otra parte, una moneda de bronce, aleación donde predominaba el cobre, servía, por el contrario, para los intercambios de la vida cotidiana: los po-

deres públicos tendían a hacerla más pesada, y por tanto más eficaz, en tanto que el uso la atraía hacia abajo, hacia gastos cada vez más fraccionados, haciéndola cada vez más ligera. Entre ambas, la moneda de plata aparecía como un recurso ocasional y discontinuo. Ahora bien, desde el siglo VIII, el sistema bizantino fundado en el oro se encontró situado entre un Occidente que se limitaba por aquel entonces a la plata, signo de una capacidad financiera y monetaria inferior, y un Oriente islámico más próximo al bimetalismo, pues el califato acuña un dinar de oro inspirado en Bizancio y un dirhan de plata heredero de la moneda persa, e inspirador a su vez de acuñaciones bizantinas. Añadamos que estas monedas se vuelven a encontrar y a ser competitivas en las nuevas vías del mundo escandinavo y eslavo, ganadas por los mercenarios y aportadas por los comerciantes.

A partir del reinado de León III se acuñaban monedas de plata conmemorativas, aunque tendían a un uso comercial. Teófilo reanuda una acuñación regular de la moneda de plata (*miliarision*), con un aumento temporal del peso. Miguel II acuña ya una moneda de bronce más pesada (*follis*) continuada por Teófilo, cuya moneda permanece estable a lo largo de dos siglos. Estos dos movimientos, en tanto que la moneda de oro sigue inmutable, indican a las claras una aceleración de los intercambios locales y del tráfico a larga distancia. El mapa de los hallazgos de piezas aisladas, perdidas por sus usuarios, perfila sumariamente las direcciones de los intercambios, así como su respectiva importancia. En el siglo IX aún circulaba poca moneda en Bulgaria, mientras que en Moldavia, al igual que en Transilvania, la moneda seguía las rutas de los pastores, que sin duda conducían el ganado a las ferias. En la costa del mar Negro circulaban monedas de bronce, tal vez en relación con el mercado de abastos de la capital. Sólo había moneda de oro de Teófilo en los Balcanes del oeste, sobre todo en el interior. Por último, y fundamentalmente, existía un auge económico en la costa del Egeo y en la Grecia central, donde penetran las monedas árabes, las piezas de cobre de los emiratos árabes de Creta y los dirham de plata vueltos a acuñar en *miliarisia* en Corinto y sobre todo en Atenas. Estas indicaciones son esenciales para representarse un mundo en que la guerra y la piratería, por un lado, y los intercambios, por otro, estudiados en los libros de historia en capítulos distintos, forman de hecho la trama de una misma realidad.

La ruptura del cerco al Oeste y al Norte...

La primera mitad del siglo está dominada en el Mediterráneo, por una parte, por la flota musulmana y sus éxitos, y, por la otra, por la extensión terrestre y marítima del sistema defensivo bizantino. En 805, las naves árabes toman parte en una gran sublevación de eslavos en la región de Patras. Nicéforo I acaba con ella y procede en consecuencia a un traslado de población desde el Asia Menor. Un estratega de Cefalonia es mencionado por primera vez en 809. Los árabes multiplican los desembarcos en las islas del Egeo, en Chipre en 806 y en Rodas en 807. El *thema* marítimo del Egeo es mencionado por primera vez en 843. Las posiciones bizantinas en el Adriático están amenazadas por los piratas eslavos de la costa dálmata, las codicias carolingias y la expansión de los propios venecianos.

Finalmente, un tratado, firmado en 813 u 814, preserva la autoridad de Bizancio, bajo la cual Venecia gozará de hecho de una situación de autonomía, pronto puesta de manifiesto por la posesión de las reliquias de san Marcos, que los comerciantes venecianos roban en Alejandría en 828, y que permiten a la ciudad reivindicar la dignidad apostólica indispensable en el juego de precedencias políticas de la época. En 836 se encuentra la primera mención de un estratega de Tesalónica, que tal vez existe desde 824, y en 842-843 la de un estratega de Dirraquio (Durazzo).

En 825, los árabes de Córdoba, expulsados de Alejandría, donde se habían refugiado, toman Creta: privan así a Bizancio de una posición estratégica y comercial de primera importancia, que le asegura el control de las rutas marítimas en el centro del Mediterráneo. Una expedición bizantina, que no será la única, puesta en marcha en 828-829, no obtiene ningún resultado positivo. Los árabes fundan Candía en la isla, que conservarán en su poder hasta el siglo X. En 827, los aglabidas de África desembarcan en Sicilia, aprovechando una sublevación local contra la autoridad bizantina: Sicilia, convertida en *thema* hacia 700, ocupaba una posición periférica gracias a la cual conservaba la tradición de una cierta autonomía. No obstante, su Iglesia era griega desde su incorporación al patriarcado ecuménico efectuada por León III. Las fuerzas árabes asedian Palermo en 830 y se apoderan de ella en 831. La conquista prosigue durante mucho tiempo, ya que Siracusa no caerá hasta 878 y Taormina hasta 902. Los árabes pasan de Sicilia a la Italia del Sur, donde Bizancio tenía el ducado de Calabria, Otranto, etc., y de manera más teórica aún que en el caso de Venecia, el ducado de Nápoles, del que dependió Amalfi hasta 839 aproximadamente. Los árabes toman Tarento en 839-840, lo que les permite amenazar el tráfico marítimo de Venecia. Una embajada bizantina se dirige a Venecia en 840 y la flota veneciana interviene este mismo año contra Tarento, pero sin éxito. En 842, los árabes se adueñan de Bari. Desde sus posiciones insulares, asuelan periódicamente las costas griegas, por ejemplo la península de Atos. Las *Vidas* de santos de la época se hacen eco continuamente de estos desembarcos. El desastre causado por una incursión sarracena abre, por ejemplo, la *Vida* de la santa monja de Tesalónica, Teodora, nacida en 812 y que abandonó, siendo aún niña, su isla natal de Egina. La historia de la dominación árabe en Creta es singularmente carente de acontecimientos. Conviene apreciar en su justa dimensión el vínculo existente en esta época entre Bizancio y su periferia italiana. Las exigencias fiscales y militares del poder central en Sicilia pudieron provocar una fractura en esta isla donde este mismo poder parecía tan lejano. Mientras que la historia de Venecia, de Nápoles o de Amalfi es característica del mundo en que la independencia de hecho, indiscutible, es paralela a una fidelidad formal al Imperio, puesta de manifiesto por los títulos que Bizancio otorga a los dirigentes, y a veces traducida en ayuda concreta de estos últimos: una superposición que nos es difícil concebir y que, sin embargo, es inherente a la definición misma del Imperio.

En los Balcanes, el comienzo de siglo está marcado, como se ha visto, por la guerra entre Bizancio y el Estado búlgaro. El kan Krum lleva a cabo una política de ofensiva en numerosas direcciones, con desigual fortuna, ya que Nicéforo I se había apoderado de la capital, Plisca, poco antes de la derrota en la que encontró la muerte el año 811. Tras haber amenazado Constantinopla en 813, Krum muere

a su vez en 814, y su hijo Omurtag pacta en 814 u 815 una paz de treinta años con Bizancio, en cuyo curso, como también hemos visto, ayuda a Miguel II contra el levantamiento de Tomás el Eslavo. El problema de los islotes eslavos en territorio del Imperio aún no se ha solucionado en esta fecha. Más arriba recordamos la sublevación de 805 en la región de Patras. En 841 se produce otra. Pero, en lo que atañe a los búlgaros, durante algunos decenios reinará la paz: la eslavización de la nación, el progreso del cristianismo y la maduración de la estructura política requieren dar otros pasos, que se inician con la llegada al poder del kan Boris en 852. El hecho de que un nuevo pueblo turco, los húngaros, procedente de la estepa, alcance las bocas del Danubio hacia 837, no representa todavía ningún problema en el horizonte de Bizancio.

Más al Este hay que hacer la misma observación respecto al dominio jazar. El poder de los jazares se basa en los pagos impuestos a las tribus de la región y a los usuarios de las rutas del gran comercio. Los judíos se habían instalado entre ellos hacia 740, y la adopción oficial del judaísmo por el grupo dirigente es un hecho comprobado en la segunda mitad del siglo IX, que traduce evidentemente el propósito de abandonar el viejo politeísmo turco por una forma religiosa más acorde con la madurez política del Estado. Una opción análoga a la que los Estados eslavos o eslavizados tomaron a partir de 860, y notable puesto que preservaba su independencia frente a la cristiandad y el Islam, las dos esferas políticas vecinas, pero por este mismo hecho insuficiente para garantizarlas. Sus relaciones con Bizancio en la costa norte del mar Negro son pacíficas. Hacia 833, solicitan a Constantinopla ingenieros bizantinos que vienen a construirles la fortaleza de Sarkel, a orillas del Don. Bizancio convierte entonces en *thema* su antigua cabeza de puente de Querson, término marítimo de la ruta del gran comercio llegado de Kiev. Y precisamente es el Estado de Kiev, es decir, los rusos (del griego *rôs*), el que constituye la nueva amenaza de esta parte del mundo, tanto para los jazares, cuyo lugar tomaron finalmente en el siglo X, como para Bizancio, bajo cuyas murallas aparecen sus naves por primera vez en 860. Pero en toda esta historia la guerra está en segundo término y la volveremos a encontrar más adelante, al tratar de la integración al sistema dominante requerida por los jóvenes Estados, y proporcionada por Bizancio en la forma de misión cristiana.

...al Este y al Sur

Al oriente de Bizancio, la frontera estratégica está en principio trazada, al comenzar el siglo, por las campañas de Hârûn al-Rashîd, muerto en 809, tras la anulación por Nicéforo I del tributo que había aceptado Irene. Las campañas árabes en Asia Menor, llevadas a cabo durante su reinado, entre las cuales una alcanza Ankara en 806, son semejantes a las expediciones marítimas de los mismos años. El período de calma de los años 814-829 apenas es perturbado por la ayuda que la sublevación de Tomás el Eslavo recibe de al-Maʾmûn. La guerra propiamente dicha vuelve a estallar con Teófilo. Pero no se puede comprender lo que está en juego en ella sin volver a situarla en el contexto regional tan particular en el que ya supuso un problema en los siglos VII y VIII, y más concretamente en la coyuntura del siglo IX, a la que, por lo demás, hace referencia el papel desempeñado

por las tropas del *thema* anatólico en la sucesión imperial, contra el poder palaciego de Irene, y la sublevación de Tomás el Eslavo. Ya dijimos hasta qué punto la afirmación de una vocación natural del Oriente hacia la iconoclasia estaba desprovista de fundamento. En cambio, lo que sí se constata es la distancia cultural entre la Iglesia griega de la capital, incluso en tiempos de los iconoclastas, y la cristiandad regional, animada por el clero jacobita de lengua siriaca. El patriarca jacobita de Antioquía reside de hecho, desde el siglo IV, no en esta ciudad, sino en los conventos fortificados de los alrededores de Harran (la antigua *Carrhae*), sobre todo en el convento llamado de Barsoma, en territorio del Islam. La primera mitad del siglo IX corresponde a una edad de oro de la literatura siriaca, en que las traducciones del griego, homilías, hagiografía, derecho canónico, están próximas a una historiografía original en que se expresa la conciencia colectiva de una particularidad cuyo signo es la diferencia cristológica con Constantinopla.

Otro elemento de esta larga y ancha frontera es su estribación caucasiana. Durante los reinados de Nicéforo I y Miguel I, y desde el siglo VIII, tanto Bizancio como el califato concentraron su atención en las luchas feudales entre los grandes linajes armenios, los bagratunis del nordeste, una de cuyas ramas dominaba Iberia, y los ardzrunis, dueños del Vaspurakan, y pronto de todo el sudeste. Las dos potencias mantienen su rivalidad a base de títulos, que constituyen un aval político, sin dejar sin embargo establecerse en esta posición estratégica indispensable un Estado unificado que había sido peligroso, o en todo caso molesto. En 806, Ashot Bagratuni, establecido en Bagarán, recibe de los árabes el título de príncipe de Armenia. Casa a una de sus hijas con un ardzruni y a otra con el emir de Arzen. Sus hijos dividieron de nuevo el territorio, y tuvieron que luchar contra los emires de Tiflis. En 813, su primo y homónimo de Iberia recibe la misma investidura. El linaje ocupa desde entonces una posición dominante en el Cáucaso.

Los emires de la frontera se instalan en Melitene, Tarso y Arzen. Se cuentan entre los protagonistas de esta sociedad de las fronteras que, de Tauro a Armenia, aparece en el siglo IX, se extiende en el X, y se convierte, hasta la llegada masiva de los turcos en el siglo XI, en uno de los rostros de Bizancio, como Constantinopla o la región de Tesalónica. Un mundo tan estable en su propia coherencia como fluctuante en sus fidelidades políticas y guerreras. Los guerreros del Imperio se pasan allí, si se tercia, al otro campo, como en el caso del estratega Manuel, de origen armenio, refugiado, en tiempos de Miguel II, en el bando musulmán, tras una falsa acusación, y que más tarde volvió al lado de Teófilo en 830, para ocupar el cargo de doméstico de los *scholes* ('comandante de la guardia') y ministro de los correos públicos, además de estar unido al soberano por los vínculos del bautismo y del parentesco. Los emires actúan en el radio de la región; por ejemplo, emprenden ataques contra la vecina Armenia, cuyos habitantes llevan consigo entre 812 y 825, al igual que hace Teófilo en su campaña de conquista de 837. Su gloria local los coloca entre los héroes de los cantares épicos, conservados a través de los siglos hasta nuestros días en la poesía popular griega, pero cuyos primeros acentos se dejaron oír allí, como sabemos, en el siglo IX, y tal vez desde el reinado de Teófilo: cantos de amor y de guerra, donde los «sarracenos» son los enemigos, sin duda, pero donde «el emir» también está a veces situado en el bando bizantino debido a sus amores con una cristiana, figura de una ambi-

güedad tan significativa que entrará, algunas generaciones más tarde, en la epopeya de *Digenis Akritas*, el guerrero «de doble raza».

La misma región y la misma época son testigos, finalmente, del auge de la secta cristiana de los paulicianos. Los paulicianos mantenían entre su Dios y el mundo creado una distinción radical que recordaba las enseñanzas del gnóstico Marción (siglo II). Su rechazo de la imagen y, en consecuencia, del estatuto de María y de los santos, los acercaba a los iconoclastas, aunque ellos eludían el uso simbólico de la cruz. En cambio, les separaba de los iconoclastas su absoluto rechazo de los sacramentos y de la jerarquía eclesiástica, que justificaban como un retorno a la pureza de la cristiandad apostólica. Se colocaban bajo la autoridad de «maestros» inspirados, entre los que a veces se producían fricciones, y cuya doble serie encontrada por la investigación llevada a cabo bajo el mandato de Basilio I permite remontarse hasta finales del siglo VII. Dos de ellos fueron ejecutados en 682 y 688. Su negación de cualquier tipo de jerarquía les destinaba igualmente a la persecución de los soberanos iconoclastas: uno de sus maestros fue, en efecto, convocado e interrogado por León III. Sólo durante el reinado de Irene la secta pudo tal vez servir de refugio a los iconoclastas: el mismo fue, en todo caso, un momento de apogeo. El patriarca Nicéforo consiguió de Miguel I que los paulicianos fueran condenados a muerte, en tanto que Teodoro de Studa se oponía a tanto rigor: los dos hombres eran en esto fieles al respectivo orden de sus valores, pues el patriarca afirmaba, tanto con esta severidad como con su flexibilidad en el asunto de las segundas nupcias de Constantino VI, la prioridad que concedía al orden político del Imperio hasta en sus aspectos religiosos.

Pero los paulicianos tenían también una definición provincial. En el origen de la secta se encuentra, sin duda, un armenio. De todos modos, la Iglesia armenia reprime, y tal vez expulsa en el siglo VIII, a unos herejes que son, también sin duda, los paulicianos. A lo largo del siglo VIII, los movimientos de los maestros de la secta les llevan a una y otra parte de la frontera con el Islam, en la región del alto Éufrates y de Melitene, y uno de ellos alcanza Antioquía de Pisidia. Durante el mandato de León V, el maestro Sergio y los suyos se refugian junto al emir de Melitene. Posteriormente, sin dejar esta situación fronteriza que tanto les conviene, la secta se instala en un territorio propio: hacia 830 toma posesión de la ciudad de Argaún, bajo la protección del emir de Tarso. A partir de entonces, los paulicianos son guerreros de frontera, enemigos de Bizancio. En 843 o 844 surge un pequeño Estado pauliciano, cuyo jefe es Carbeas, sin duda un tránsfuga bizantino, y su capital Tefrik, fundada antes de 856. Los paulicianos se constituyen así en los guerreros auxiliares del emir de Melitene. A su muerte, en 863, Carbeas es sustituido por su sobrino y yerno Crisoqueir ('Mano de Oro'). Los nombres de Carbeas y de Crisoqueir se vuelven a encontrar en la epopeya de *Digenis Akritas*, gesta de la frontera oriental, que no aporta datos concretos. En el lado bizantino, la defensa de la frontera descansa, durante la primera mitad del siglo IX, en los *kleisourai* ('desfiladeros'), mandos militares convertidos posteriormente en *themas*, como Carsiano, Seleucia y Capadocia.

La guerra propiamente dicha se inicia en 830 con una ofensiva del califa al-Ma'mûn, y prosigue en Anatolia, al ritmo de campañas anuales y de triunfos de unos y de otros, entre los que destaca la toma de Amorión por los árabes en 838: un resonante acontecimiento, ya que la ciudad era la cuna de la dinastía en el po-

der rápidamente recogido por relatos relativos a los traidores que habían entregado Amorión y a los 42 mártires que permanecieron firmes en su fe cristiana. La muerte de Teófilo y la de al-Ma'mûn, en 842, señalan un corte. Con la mayoría de edad de Miguel III se inicia una política más ofensiva. El empuje árabe de 860, apoyado por los paulicianos de Carbeas, y la campaña del emir de Melitene en 863 que llega hasta la ciudad de Amiso, van seguidas, ese mismo año, por dos grandes victorias, una de ellas conseguida por el tío del emperador, Petronas.

Los griegos en territorio eslavo

Las embajadas bizantinas en Aquisgrán o en Bagdad, en Venecia o en Córdoba, en 839-841, y la llegada de embajadores extranjeros a Constantinopla no constituyen sólo una serie que alterna con la de las campañas militares. Son otras tantas etapas en los contactos de civilización, particularmente entre Constantinopla y Bagdad, a causa de las ocasiones proporcionadas frecuentemente por la guerra, y de la importancia claramente otorgada por Bizancio a las realizaciones califales. Las imitaciones hechas por Teófilo del arte de los palacios omeyas, herederos, sin duda alguna, del Oriente helenístico, constituyen un ejemplo clásico. La negociación sobre los prisioneros se prolonga en este sentido, a causa de las compensaciones y presentes que pone en juego. Un embajador árabe señalaba que había llegado en 861 con «cerca de mil vejigas de almizcle, vestidos de seda, gran cantidad de azafrán y cosas curiosas y nuevas», junto a costosos productos ofrecidos como obsequio y otros que tenían valor informativo. Recíprocamente, el esplendor y el protocolo de las audiencias imperiales y las observaciones hechas en la capital llevaban lejos el prestigio del poder bizantino. Pero en la segunda mitad del siglo estas relaciones internacionales, por lo demás conformes a una tradición secular, dan un giro particular en la misión cristiana pedida y recibida por los Estados del mundo eslavo oriental.

Fuera cual fuera su origen étnico, estos Estados se encontraban situados entonces, por su propia maduración política, ante la opción de una dimensión religiosa adecuada a la elaboración de un poder soberano. Sin duda, sus contactos de todo tipo, y en particular la presencia de prisioneros de guerra, producían en su seno un creciente número de cristianos. Pero el problema no se plantea así en el siglo IX, ni tampoco, por otra parte, en el tiempo ya lejano en que Justiniano hacía evangelizar el Cáucaso: la cristianización era una forma de la romanidad a partir de Constantino, es decir, una manera de integrar un Estado bárbaro en el sistema imperial del mundo en el que encontraba también, y quizás ante todo, su propia referencia política. Si se pudiera resumir en una frase una evolución tan decisiva, diríamos que los viejos politeísmos eslavos o búlgaros llegaban a ser, en cualquier caso, insuficientes a partir del momento en que el modelo del soberano se perfilaba mejor, en detrimento de la aristocracia que tendía a dominar, y también desde el momento en que este soberano deseaba un reconocimiento internacional de principio, y no sólo un tratado en que se aceptara una extensión territorial. El acontecimiento de la conversión de los Estados eslavos es pues, en esta época, una decisión política tomada en la cumbre, aunque su efectiva cristianización fuera otra historia, sensiblemente más larga. Por el lado bizantino, la

misión es igualmente una solución satisfactoria para poner en orden la periferia, tradicional también, como acabamos de decir, a la que, no obstante, el auge cultural descrito más arriba dará un relieve y una eficacia sin precedentes. Por último, la misión en tierra eslava, considerada como un nuevo mundo, inmenso y prometedor que se abre entonces entre el Elba y el Danubio, suscita de hecho el interés no sólo de Bizancio, sino también del imperio carolingio y del papa. Esto ocasionará una lucha que desembocará, a fin de cuentas, en una división de las influencias que trazará el límite más o menos definitivo entre la Iglesia griega y la latina. Los jazares, como vimos, escogieron el judaísmo aisladamente, a pesar de que la cristiandad de «Gothia» se extendía por su territorio, de Crimea a Kubán y a Kertch, y de que la conversión de sus vecinos, los abasgos, se remontaba al siglo VII. Pero la estructura del poder jazar era también especial. El movimiento misionero se concreta a partir de 860. Ese año, algunos embajadores venidos de Kiev tras el ataque ruso contra la capital habrían recibido el bautismo: al menos eso da a entender una homilía de Focio, a la sazón patriarca. Pero el gesto no fue imitado de inmediato. El verdadero acontecimiento lo constituyen las misiones de Constantino, cuyo nombre religioso era Cirilo, y de su hermano Metodio.

Constantino y Metodio habían nacido en Tesalónica, puerta bizantina del mundo eslavo, de padre funcionario y, tal vez, de madre eslava. Constantino había estudiado en Constantinopla y posteriormente había enseñado filosofía a instancias de Teoquisto. Su conocimiento del eslavo, apenas diferenciado en esta época de un país a otro, le capacita para resolver el problema esencial de la misión, la escritura de la lengua, condición previa para la difusión del cristianismo en su forma bizantina. En primer lugar, en 860 se dirige a territorio jazar, donde se dice que polemizó en hebreo con los maestros judíos en presencia del soberano. Cualesquiera hayan sido las circunstancias de este paso aislado, Constantino y Metodio son enviados en 863 junto al príncipe de la Gran Moravia, Svatopluk, en respuesta a su petición de un misión. Ambos idearon una primera escritura del eslavo llamada glagolítica (a partir del vocablo ruso *glagol*, 'verbo'), instrumento decisivo de penetración cultural, y por tanto política, del Imperio. No se está de acuerdo en si fue Moravia o Bulgaria el lugar en que se tradujo el más antiguo código escrito, la *Ley de los justiciables*, calcado del *Eklogé* de León III y Constantino V, el código en vigor en Bizancio en esta época. El bautismo del soberano búlgaro, Boris, se sitúa en 865. La cuestión se venía madurando desde su advenimiento, en 852. Pero Boris se inclina entonces hacia los francos y la alianza franca. Una demostración militar y marítima de Bizancio hizo variar la situación, y Boris recibió el bautismo, sin duda en 865, con el padrinazgo del emperador, que le dio su propio nombre, Miguel, con lo que le convertía en su «hijo espiritual». El parentesco bautismal proporcionaba un nuevo vigor a un sistema, de hecho, antiguo y ya atestiguado en el siglo VI, el de un parentesco jerarquizado entre los soberanos, sistema que alcanzaría su verdadero apogeo en torno a Bizancio en los siglos IX y X. Un segundo aspecto de la conversión del soberano era la situación jurídica de la Iglesia así fundada. Boris deseaba sin duda que fuera independiente, y Bizancio, por el contrario, que dependiera del patriarca ecuménico. En esta coyuntura, Boris dirige al papa Nicolás I, en 866, la célebre carta en que le interroga tanto sobre la cuestión jerárquica, como sobre las

normas a seguir en lo sucesivo y sobre la posibilidad de conservar algunas costumbres tradicionales, sobre todo en materia matrimonial. Sus preguntas no recibieron una respuesta satisfactoria para él. Añadamos que su bautismo había desencadenado una sublevación de la aristocracia búlgara, en el sentido étnico del término, los boyardos, que durante mucho tiempo fueron hostiles tanto a Bizancio como a la población eslava del país: esta configuración, que se volverá a encontrar en Kiev, demuestra el significado político de las conversiones reales expresado más arriba. Pero la continuación de la historia pertenece ya al reinado de Basilio I, cuando alcanza su máximo esplendor en el Imperio convaleciente el renacimiento de las fuerzas vivas del Oriente cristiano.

Capítulo 4

EL RENACIMIENTO EN EL ESTE

(mediados del siglo IX - mediados del siglo X)

Con la toma del poder por Basilio I en 867, tras la muerte de Miguel III, conviene comenzar un nuevo capítulo. En efecto, hoy en día sabemos que este cambio inauguraba una época de apogeo del Imperio o, mejor dicho, daba el último toque al modelo que debía quedar en la historia general como el ejemplo y la herencia de Bizancio. De hecho, Basilio (867-886), su hijo León VI (886-912) y su nieto Constantino VII (913-957) tienen que justificar a la vez el homicidio inicial, la ruptura así introducida y su propia continuidad dinástica. Resuelven tan bien este problema que la dinastía resiste las conmociones del siglo X, a saber, la minoría de edad de Constantino VII, que introduce el reinado de su suegro Romano I Lecapenos (920-944), y más tarde la minoría de edad de sus nietos, a la muerte de su hijo Romano II en 963. Y lo resuelven como herederos no solamente de la tradición imperial anterior, desde Constantino, sino, más directamente, del auge ideológico y cultural de la primera mitad del siglo IX. Tal es, en efecto, el sentido político profundo de lo que se ha llamado el renacimiento macedónico, de este clasicismo que viene a coronar la empresa cultural de las generaciones precedentes. De modo que los textos e imágenes que constituyen nuestra documentación sobre la historia de estos tres reinados y del de Romano I son en gran parte el producto de una elaboración deliberada, en la que los emperadores tomaron parte personalmente. Esta elaboración, evidente aunque todavía no enteramente elucidada, es el primer objetivo que se impone al historiador del período.

Restauración de las estructuras económicas y sociales

Pero veamos en primer lugar el contexto de la empresa política, la evolución económica y social del siglo, en la que la fecha de 867 no impone un corte. Un primer dato importante es la reactivación urbana, acentuada precisamente a partir de Basilio I y a lo largo del siglo X, aunque provenga en parte del auge del

comercio a gran escala, ya sensible antes, y aunque suponga, tras las dificultades del siglo VIII, un saldo demográfico restablecido, o al menos un equilibrio demográfico renovado.

El despertar de las ciudades

La documentación del problema está aún incompleta, faltan numerosos datos para dar cuenta de la variedad de emplazamientos urbanos en el Imperio en los siglos IX y X, razón por la que la última palabra sobre la materia ha de proceder de la arqueología. Además, la absoluta prioridad otorgada, desde el siglo XIX, a los niveles antiguos ha dañado irremediablemente diversos emplazamientos urbanos, fundamentalmente en Grecia, y en Atenas en primer lugar. Las indicaciones que siguen son, pues, parciales y sin duda provisionales, pero, no obstante, sugestivas. Corinto cayó en el siglo VIII, a tal punto que las tumbas invadían la antigua ágora: en el siglo IX se vuelve a encontrar alfarería local, monedas e incluso sellos de funcionarios, que prueban que la ciudad recuperó cierta actividad en la organización administrativa del Imperio; en el siglo X se construyó una costosa iglesia, así como otra capilla. En Atenas aparecieron, sin embargo, monedas de los emires árabes de Creta, un lugar de culto musulmán levantado sobre el ágora en el siglo X o a principios del XI, así como iglesias cuya decoración, a base de mármol local, utiliza caracteres cúficos entre los siglos X y XII, lo que supone la presencia de artesanos árabes. Sardes resucita igualmente en el siglo IX, pero no se parece ya a lo que era: a partir de ahora será una ciudad medieval, si se quiere, pero desde luego no antigua; posee una fortaleza refugio con un hábitat en terreno llano. En el siglo X, la antigua acrópolis es vuelta a ocupar y el hábitat se extiende por el antiguo territorio, pero a través de islotes independientes entre los que se encuentran cultivos. Éfeso también renace en el mismo momento, pero de la gran y agitada ciudad que fue, se convierte en una ciudad provincial fortificada, cuyo movimiento hacia la acrópolis, se explica sin duda, el menos en parte, por el enarenamiento del puerto. Se ha intentado también considerar los hallazgos de monedas aisladas sobre el emplazamiento como un indicador de la actividad humana: se piensa, en efecto, que la proporción de monedas perdidas por los particulares es más o menos constante en todo momento, y que la variación de su cantidad de un nivel a otro del emplazamiento excavado expresa, en consecuencia, la de la propia circulación monetaria. El método es por supuesto imperfecto. Tropieza en particular con el hecho de que las piezas de un emperador continúan en circulación durante mucho tiempo, al menos medio siglo, después de su muerte. Sin embargo, es sorprendente encontrar un mismo vacío en el diagrama en el caso de Atenas, Corinto, Antioquía y Sardes, un vacío que abarca el siglo VII, el VIII y una parte del IX, mientras que, de manera evidentemente variable, los cuatro emplazamientos acusan una recuperación que empieza, en líneas generales, con Basilio I.

Por último, la función productiva de las ciudades de provincia no se percibe claramente. Además de las construcciones públicas, iglesias, murallas y otras, la arqueología revela, como se espera, un tejido urbano salpicado de cultivos y, por tanto, una división todavía incompleta del trabajo y una producción al modesto

nivel de las necesidades locales, pesas, alfarería, en tanto que los cueros o los tejidos corrientes no se han conservado. No obstante, constituye una producción digna de tenerse en cuenta en relación a la época, como lo muestran las excavaciones americanas de los niveles bizantinos de Corinto.

Lo escrito añade información a la puramente arqueológica y sugiere la interpretación de esta última. En primer lugar, deja constancia de las funciones que recaen en este tiempo en las ciudades. Éstas pierden su antigua competencia con la organización de los *themas*: una ley de León VI abroga los últimos restos de responsabilidad de las curias. Pero la administración del *thema*, la sede de un obispo, un astillero, una oficina de la aduana terrestre o marítima conservan aquí o allí, y a menudo juntas, actividades ciudadanas, de las que, a decir verdad, es difícil concretar su alcance local. El término *kastron*, que subsiste en numerosos toponímicos griegos terminados en *castro* (por ejemplo, Palaiocastro), llega a reunir así los sentidos de 'plaza fuerte' y de 'pequeña ciudad provincial', lo que sin duda encierra un profundo significado. La actividad económica parece ser esencialmente el comercio, de cuyo auge en el siglo IX ya se ha hablado, aunque esto sólo es cierto en situaciones favorables, como en Querson, Tesalónica y Trebisonda, las dos primeras en la salida de las rutas del mundo eslavo y la tercera a la llegada de la ruta del Extremo Oriente. Los *panegyreis*, reuniones religiosas, comerciales y lúdicas a la vez, dan cuenta de un tipo muy antiguo, y muy apreciado por los fieles, aunque no enteramente por la Iglesia. La fiesta de san Demetrio en Tesalónica y la de san Juan en Éfeso son tradicionales; en cambio, la de san Eugenio de Trebisonda es instituida bajo el reinado de Basilio I. Muchas de estas fiestas permanecen durante siglos, y algunas han llegado hasta nuestros días. Si tal solemnidad no basta para conferir una verdadera importancia comercial a una ciudad, sí es a menudo su signo, y la red de estas jornadas a través del Imperio conserva por su parte un papel específico en las ciudades. Lo mismo ocurre con las oficinas del comercio marítimo, instaladas para controlar el tráfico de viajeros y productos con el extranjero, y que dependen de la oficina del mar abierta en la capital, sede del *drongarios*, comandante supremo de la flota, cuya nueva importancia caracteriza la estrategia marítima de Basilio I y de sus sucesores. Los sellos de los «jefes y condes» (*archontes cometes*) de estas oficinas manifiestan su actividad, por ejemplo en Sinope y Querson, en Esmirna y Éfeso, en Tesalónica, Tebas y Atenas, en Corinto y Patras, en Palermo y Cagliari, sin contar naturalmente los estrechos, entre los que el puesto de Abidos había recibido ya un reglamento aduanero bajo el mandato de Anastasio, a la medida del tráfico comercial asociado a Constantinopla. La hagiografía indica los ejes de las rutas, señala los desembarcos árabes, de los que los emplazamientos excavados prueban que no impidieron la reactivación urbana. La historiografía sugiere algo que estará aún más claro en la segunda mitad del siglo, que la política de reconquista pudo ser, por el contrario, un factor estimulante para determinadas ciudades, en tanto que suponía una punción peligrosamente fuerte sobre la producción de grano.

Segunda juventud de Bizancio

Constantinopla es un caso aparte. En primer lugar por la información: no ha sido posible ninguna investigación arqueológica, salvo en relación al emplazamiento de los palacios imperiales (autoritariamente desprovisto de sus viviendas a principios del siglo XX) y ello solamente en parte. En cambio, existe un incomparable caudal de textos: los relatos de la historiografía y la hagiografía; los protocolos del *Libro de las ceremonias de la corte,* compilado por Constantino VII; el *Libro del prefecto,* reglamento de la actividad artesanal y comercial destinado por León VI a este funcionario, responsable de la gestión de la capital, al que el *Epanagoge*, el código de 879, restituye su antiguo prestigio, situándole inmediatamente después del emperador y el patriarca; los relatos, en número creciente, de los viajeros y embajadores árabes; los tratados firmados en 907 y 911 con Rusia y Kiev y cuyo texto, perdido en griego, se ha conservado en la más antigua crónica rusa, el *Relato de los tiempos pasados,* del siglo XI, y, por último, la literatura tradicional de las «maravillas» de la ciudad y de sus orígenes más o menos legendarios. A partir de este material se cree adivinar, a pesar de todo, una evolución similar, salvando las distancias, a la de la provincia. Como se recordará, la ciudad estaba rodeada de dos murallas, la de Constantino y la posterior de Teodosio II. El espacio exterior a esta última tendió a despoblarse, mientras que el espacio intermedio no estará verdaderamente ocupado antes del siglo XII: comprende los monasterios y las grandes cisternas. En cambio, el espacio interior densificó su hábitat a partir del siglo VI, con sus casas de madera, rara vez con más de dos plantas, ocupadas por inquilinos. Subsistían, sin embargo, las calles, las plazas, los jardines, las residencias particulares, además del conjunto central del Gran Palacio, que doblaba en densidad todo lo demás. Se ha estimado que, en sus mejores tiempos, en la víspera de la peste de 541-544, o bien bajo el mandato de los Comnenos, la ciudad no sobrepasó nunca los 400.000 habitantes. Esta cifra fue, sin duda, alcanzada por la decadencia del siglo VIII, ya que la población no era suficiente para cuidar las murallas, y un cierto número de cisternas estaban inutilizadas. Pero da, por el contrario, una impresión de recuperación y de actividad tal vez desde 760. En 766, un equipo de obreros repara, durante una sequía, un acueducto derribado tras el sitio de 626. Pero es Basilio I quien hace revisar las cisternas colmadas desde Heraclio.

Tal vez sea ya de por sí significativo que León VI promulgara el *Libro del prefecto,* el primero desde las *Novelas* de Justiniano que reglamentó sistemáticamente la actividad productiva de la capital a través de las asociaciones de oficios, de los chacineros a los notarios, y de los fabricantes de cirios a los mercaderes de seda. El texto ofrece el cuadro de un consumo urbano diversificado, y por tanto de una activa demanda. El palacio desempeña por su parte una función productiva de lujo, vinculada a su función política. De los talleres imperiales salen los tejidos de seda adamascada, y las placas y cofrecitos de marfil esculpido que servían tradicionalmente para los regalos diplomáticos, que llevaron en el siglo X las imágenes del poder bizantino a la corte de los Otones. El palacio posee asimismo sus copistas y pintores, que ejecutan libros suntuosamente iluminados, y otros simplemente destinados a equipar de textos la biblioteca imperial. El trabajo de la administración central es otra actividad específica de la capital: el pa-

lacio adquiere, también en este terreno, una primordial importancia en los siglos IX y X, por las responsabilidades de dirección confiadas a su personal, por el tribunal del emperador, a la vez tribunal supremo y jurisdicción de apelación, por la cancillería y sus expediciones a la provincia. El patriarca dispone de una organización administrativa central. Por último, la propia capital se encuentra siempre bajo la autoridad del prefecto de la ciudad, fundamentalmente encargado de la policía, que dispone también de diversas oficinas.

Desde entonces, Constantinopla es un foco del comercio internacional, y tal vez también su centro de redistribución más importante. Los dos célebres documentos que son los tratados pactados con los rusos en 907 y 911 muestran la significativa indistinción de la diplomacia y del comercio, así como el principio de asignar a los extranjeros lugares de residencia específicos, en este caso el barrio de la iglesia de San Marcos. Los amalfitas son los primeros comerciantes de Oriente que se instalan en la capital: su colonia está presente en 944. Se dedicaban a exportar a Italia mercancías prohibidas para la exportación, como la seda púrpura. Tenemos pruebas de la existencia de una mezquita, a finales del siglo X, pero los musulmanes emprenden antes el camino de la ciudad. Finalmente, los judíos constituyen desde siempre un grupo, al que se añaden, precisamente en esta época, comerciantes llegados del extranjero.

La tradición urbana de Constantinopla prosigue sin interrupción desde el siglo IV, y en esta primera mitad del siglo X subsisten muchos rasgos antiguos tales como los barrios, el hipódromo o las representaciones de las relaciones entre el emperador y su pueblo. Y, no obstante, es otra ciudad, del monasterio de Studa a la iglesia de Blaquernas, lugar predilecto de las oraciones dirigidas a la Virgen; del palacio a las casas aristocráticas, llenas de parientes, amigos, compañeros de fortuna, abiertas, como el propio palacio, al santo hombre que ve a distancia y predice el futuro, y de los talleres de los artesanos a los mercados de los comerciantes extranjeros. Constantinopla no experimenta ya los sobresaltos del siglo VI, ni aun los del XI, que expresarán una etapa efervescente de su evolución. Tal como es, sigue siendo única en la conciencia de los habitantes del Imperio y en el horizonte de todo el mundo medieval. La distinción entre la capital y las provincias reviste una significación tan grande como la de las ciudades y los campos, a los que brevemente nos referiremos a continuación.

Solidez de la aldea

La historia del campo presenta dos aspectos que conviene asociar sin confundirlos: por un lado, la vida y el trabajo de los campesinos, el hábitat, las técnicas agrarias y las producciones anexas; por otro, la deducción sobre la producción, la relación entre los campesinos y los dueños de la tierra, allí donde estos últimos son distintos, lo que implica el problema del estatuto de los campesinos y, sobre todo, de las formas de dependencia. Hemos visto que los campesinos de épocas anteriores habitaban en aldeas, agrupadas casi siempre, dotadas de una organización colectiva sin duda muy antigua, anterior en todo caso a la llegada de los eslavos que, por lo demás, no podrían dar cuenta de los hechos orientales: aldeas patrimoniales o formadas por propietarios, o incluso compuestas, reuniendo a

unos y otros, cuando no era el caso de un cabeza de familia que se declaraba dependiente de unas tierras y propietario de otras. La época que se inicia en 867 proporciona al estudio histórico del campo documentos que invitan a detenerse en ella. Ante todo, las primeras escrituras de los archivos del Monte Atos, las más antiguas de las cuales datan del reinado de Basilio I, trasladadas al monasterio de Lavra partir de 963, al mismo tiempo que los bienes otorgados y conservados por él hasta nuestros días. A continuación, una serie de leyes (*novellae*) del siglo X sobre las desavenencias entre los campesinos, el fisco y los dueños de la tierra, difíciles a veces de fechar o de restablecer en su texto original a causa de la multiplicación de copias en los libros destinados a la práctica de los juristas, provistos en cambio algunos de ellos de glosas marginales que aclaran su aplicación. También del siglo X es un curioso *Tratado* de percepción fiscal, conocido por un manuscrito de la biblioteca Marciana de Venecia, destinado a facilitar el trabajo de los funcionarios en visita de inspección.

El autor explica en este texto que la aldea comporta normalmente un centro agrupado, pero que la unidad puede romperse en virtud de desacuerdos entre vecinos o de otras circunstancias, como el exceso de población y la fragmentación de una familia convertida en demasiado numerosa. La comunidad aldeana, cimentada en las relaciones de vecindad, que a menudo son también las de parentesco, está gobernada por el consejo de «dueños de casa». Un gran propietario puede estar presente en la comunidad de la aldea si posee una o varias parcelas de la tierra de ésta. Por otra parte, el dominio bizantino está esencialmente constituido en esta época, según parece, por un conjunto de rentas y de derechos como la montanera o el pastoreo sobre la tierra comunal. No existe la corvea de explotación. La prestación personal, atestiguada en los documentos de inmunidad, sigue siendo un requerimiento público, sobre todo para el mantenimiento de los caminos y los puentes. La explotación directa dispone, cuando existe, de esclavos capturados y de asalariados. De hecho, un cuadro fiel exigiría que se estudiaran por separado las regiones y, por tanto, las producciones.

Por otra parte, los campos soportan también, desde el comienzo de Bizancio, lo esencial del impuesto. La comunidad aldeana independiente, y eventualmente el dominio privado o monástico, se constituyen en motor fiscal. El campesino independiente paga su impuesto en el primero y el dependiente en el segundo. La dependencia campesina se define, pues, por sus pagos, no por su estatuto personal, aunque la obligación comunal y fiscal implica desde siempre una vinculación con la tierra. La continuidad del Estado en Bizancio era, en efecto, incompatible con una mengua civil en la categoría de hombres libres, o sea, los no-esclavos. Los historiadores rusos, y más tarde los soviéticos, pudieron, pues, sostener con razón que la renta comunal y la renta fiscal de esta época tenían idéntica naturaleza. Esta propuesta explica bastante bien las relaciones sociales en el campo bizantino de este tiempo y la posición del Estado en el seno de estas relaciones. Se comporta, en efecto, como un propietario eminente, haciendo perseguir a los contribuyentes refugiados en dominios privados, lo que sin duda es un antiguo procedimiento, haciendo responsable a la aldea de las parcelas abandonadas por uno de sus habitantes, y disponiendo, con plenos derechos de propiedad, de las tierras abandonadas más de treinta años (*klasmata*), para enajenarlas por venta, alquiler o donación. Esta confusión estructural implica también el germen de

la del dominio público y el dominio imperial, que será flagrante en la época de los Comnenos, posterior etapa de la evolución social de Bizancio. En una palabra, la condición campesina no podía variar entonces más que en virtud de circunstancias locales. La escala concreta de los recursos campesinos se mide, como antaño y siempre, a través de esta clasificación de origen público, en términos de medios de trabajo y ante todo de labranza. A partir del siglo XI, la propia terminología fiscal distinguirá a los que poseen «un par de bueyes» o «un buey» de los que «no poseen nada», estando inscritos, no obstante, en los registros. Más abajo aún, el campesino «libre» no es titular del estatuto de independencia, ni de ningún otro, está ausente de los marcos fiscales del campo, es un individuo fluctuante. Los documentos del siglo X autorizan su inscripción en el registro de tal dominio monástico, para provecho tanto del fisco como del propietario, siempre dispuesto a aumentar su fuerza de trabajo. Finalmente, más abajo sólo se encuentran los esclavos, mano de obra de la familia campesina o de los dominios, a manera de asalariados de refuerzo.

El principio de clasificación fiscal de los campesinos no tiene nada de sorprendente, pues el campo es ante todo proveedor del grano, necesidad vital de las ciudades y los ejércitos. Tanto los dueños de la tierra como los campesinos tienen acceso al mercado, cosa que es muy necesaria ya que estos últimos pagan sus impuestos y sus cánones en especie en su mayor parte. Existe el mercado comunal, que incluso parece ser una ventaja codiciada por los grandes propietarios. Para el abastecimiento de Constantinopla se echa mano sin duda de las haciendas de los alrededores de la ciudad, de Bitinia, de Tracia: por Tesalónica pasa una vía terrestre, mientras que el puerto de Rodosto recibe el trigo por mar. Al este, otro itinerario que pasa por Trebisonda exporta hacia Querson el trigo de las riberas del mar Negro. Lo que no excluye, en cambio, que el trigo búlgaro sea importado a través de Mesembría y Anquialo. Pero recuérdese la frecuencia de los desplazamientos de las poblaciones transplantadas a Tracia: la práctica sigue en vigencia, y asegura sin duda no sólo una mejor cobertura de la frontera, sino también un refuerzo de la mano de obra, variable esencial de una productividad cuyas técnicas no cambian.

La expansión de las grandes fortunas

El Estado, titular de la renta fiscal, se comporta, como hemos dicho, como un propietario eminente. Dos importantes variables concurren en el orden social de los campos: la propia superficie de los propietarios y el reparto de las detracciones sobre el producto de la tierra entre el Estado y los propietarios. Se puede, pues, clasificar a estos últimos en virtud del viejo principio de la inmunidad, que dispensa al beneficiario de las contribuciones extraordinarias, de hecho las más pesadas, en compensación de una tarea particular de interés general. Los bienes monásticos pertenecen a esta categoría, ya sean los conventos independientes, propiedad de otros conventos o de particulares que a veces son sus fundadores, entre los que se cuentan los propios emperadores. La época es testigo de un desarrollo del monaquismo en nuevos centros. La segunda mitad del siglo IX presencia un hecho capital para la historia cultural de Bizancio: los inicios de la institu-

ción monástica del monte Atos, atestiguados en la larga *Vida de Eutimio el Joven* (823/824-898) y los primeros documentos oficiales. El lugar está protegido por su aislamiento peninsular, y dispone al mismo tiempo de aperturas favorables a las rutas terrestres y marítimas. Tal vez la población eslava de Calcídica le confiera una función regional de «desierto» desde el final del siglo VIII. Un oscuro asceta, Pedro, es objeto de un canon (poema litúrgico) que se remonta al reinado de Teófilo. Pero el verdadero desarrollo se atribuye a Eutimio el Joven, que llega del Olimpo de Bitinia a Atos en busca de soledad hacia 859. En 871 funda el convento de Peristerai, en Calcídica, y su compañero Juan Colobo funda el de Colobu, primero en Siderocausia y luego, más en el interior, en Hierisco, en el mismo estrecho de la península. Una resolución de Basilio I, fechada en 833, libra a ésta tanto de los funcionarios recaudadores de impuestos como del habitual pastoreo de los habitantes, pero la primera delimitación entre Hieriso y Atos no tiene lugar hasta 942, en el mismo momento (941-942) en que esta última recibe su primera renta, deducida por Romano I de los ingresos de un convento que le pertenecía. Una acta de 908 la hace independiente de Colobu, y menciona por primera vez, a propósito del paso dado por los monjes atonitas con este motivo, el envío a la capital de un *protos* (primero), dirigente de la colectividad. Un acta de 958 habla del *protos* y de las tres asambleas anuales, es decir, la institución convertida ya en tradicional. La montaña reúne entonces las formas de vida solitaria o semi-solitaria y las comunidades del monaquismo griego. El convento de Xeropótamu es anterior a 956. Pero las grandes fundaciones no comienzan antes de 963.

La justificación de las inmunidades que el emperador otorga a las fundaciones monásticas, y de las donaciones de tierras o de rentas que reciben, hace hincapié sobre el papel intercesor de los monjes, cuya función de «padre espiritual» que les corresponde siempre en la sociedad es una aplicación. Su labor asistencial apenas es invocada como lo era en el Oriente de los siglos IV-VI, o como lo será en la capital en el XII. El cambio remite sin duda a la disminución de la población, sobre todo en las ciudades convertidas en bizantinas después del siglo VII. Por otro lado, el desarrollo patrimonial de los monasterios atonitas desde el siglo X no puede explicarse sin la renovación de la población aportada a la región por los eslavos. Un célebre informe del monasterio de los Iberos (Iviron) nos da, en el siglo X, un ejemplo referido a los alrededores de Tesalónica, y muchos otros documentos lo atestiguan en los siglos X y XI, a través de los nombres eslavos de algunos campesinos y a veces de algún lugar.

Los bienes militares, soporte del servicio armado en los *themas*, constituyen igualmente, como hemos visto, una categoría estatutariamente inmune. El sistema está plenamente atestiguado, al menos en lo referente a la segunda generación, por la *Vida de Eutimio el Joven*. Él mismo, y aún más otro héroe de la hagiografía, Lucas el Estilita, en el siglo X, aparecen situados a un buen nivel de la escala de la propiedad territorial; son miembros de una «casa» propietaria de un patrimonio inmune a cambio del servicio que presta uno de sus miembros. Tal patrimonio puede, por otra parte, ser fraccionado entre varios propietarios y el servicio personal puede ser conmutado en especie, según la antigua costumbre. Una ley de Constantino VII concreta la situación social de esta clase fiscal hacia mediados del siglo X. El legislador prohíbe las enajenaciones que rebajen el valor

global de determinado patrimonio por debajo de 4 libras para el ejército de tierra de los *themas* y de sus flotas, y de 2 libras para los marinos de la flota imperial. Respecto a las muy poco numerosas cifras de los documentos de los archivos de los siglos IX y X, el valor mínimo de 4 libras aparece ya alejado del nivel inferior de la escala patrimonial, y por tanto social. Sin duda, la época señala el apogeo de la institución. Pero ésta no es en ningún momento el único soporte de la guerra, y menos aún del propio reclutamiento. Las aldeas independientes y los dominios proporcionan reclutas a manera de impuestos, como se recordará. Sobre todo, el reclutamiento de mercenarios entre las etnias de la frontera y los extranjeros es una vieja práctica cuya importancia no cesa de crecer desde el principio del siglo X, en las mismas fuerzas temáticas, así como en la marina y las fuerzas centrales (*tagmata*), de las que forman parte especialmente los rusos a partir de principios del siglo X. Los cimientos sociales de los grandes jefes de guerra son, en fin, mucho más complejos en relación a su primordial importancia política, por lo que trataremos de ellos más adelante.

Los «poderosos» y los «pobres»

En resumidas cuentas, a quienes distinguimos peor es a los propietarios laicos, desprovistos de títulos estatutarios para la inmunidad, pues desgraciadamente carecemos aún de documentos de archivos en relación a este período, y nos debemos basar principalmente en textos jurídicos y narrativos. Siempre existen propiedades del emperador, mal diferenciadas de las del Estado, ya sean bienes modestos, inscritos en la instancia fiscal de una ciudad o de una aldea, ya propiedades considerables, como las de la familia Maleinoi en la región de Carsianon; o incluso señoríos armenios fronterizos convertidos en mandos militares en el siglo X. En líneas generales, la matriz de la aristocracia militar y política cuya expansión caracteriza al siglo X, de León VI a Basilio II, es incuestionablemente el centro y el este del Asia Menor, y sus propiedades se encuentran allí, cuando las posee.

La historia social de los campesinos y la de los dueños de la tierra marchan, pues, a la par por sus relaciones con el Estado. Las concesiones de inmunidad, conservadas en los archivos monásticos de los que disponemos, enumeran exactamente los casos de exención de impuestos para sus beneficiarios, cuya lista nominal ofrece el documento. El Estado renuncia así a una parte de su renta fiscal. Pero el reparto más significativo, y el más conflictivo también, es puramente práctico. Los funcionarios, que compran su cargo y que son pagados en el acto por los contribuyentes o los justiciables, agravan desde siempre el descuento fiscal, tanto como pueden, en su propio provecho, aunque, es cierto, han de soportar la eventual responsabilidad de un déficit en la percepción. Los grandes propietarios se esfuerzan a la vez por extender el campo de dependencia y reducir su propio pago fiscal. Las *novellae* del siglo X describen, a fin de condenarlos, los procedimientos ya clásicos: desplazamientos fraudulentos de los límites del dominio reconocidos por el registro fiscal, entrada en la comunidad aldeana por ventas o donaciones ficticias, comparables a la cesión de lo precario de Occidente, o incluso convirtiéndose en el hijo adoptivo de un campesino miembro de la comunidad.

Los propietarios usurpadores son conocidos como los «poderosos», detentadores de una parcela del poder público, lo que les proporciona capacidad de presión o de protección. Los miembros de la jerarquía episcopal o monástica pueden contarse entre ellos, al igual que determinado campesinado pujante. Se instaura así una rivalidad en la detracción sobre el producto de la tierra entre el Estado y los «poderosos», cuyo motivo pudo ser, qué duda cabe, el prestigio político y social tanto como el beneficio propiamente dicho. El envite está constituido por los propietarios desprovistos de poder. Los más modestos de los bienes militares pueden verse así afectados, lo que explica la insistencia de la ley sobre su carácter inalienable. Pero los poderosos anexionan ante todo los bienes de los campesinos independientes, que el legislador designa con un término tan significativo como los «pobres», en un sentido menos económico que social de la palabra. Bizancio da cuenta, pues, de la misma pareja *potens/pauper* del Occidente carolingio. Los «poderosos» penetran, como se acaba de decir, en las comunidades independientes que acaban por privatizar. El legislador se dedica, en consecuencia, en la primera mitad del siglo X, a reafirmar el antiguo derecho de «preferencia de compra» reconocido a los «próximos», vecinos, parientes, aliados y fiscalmente solidarios, mientras que León VI lo había debilitado.

En 927-928 una hambruna que sigue a un invierno riguroso arruina a muchos «pobres»: una *novella* de 934 se esfuerza por paliar las catastróficas enajenaciones que se habían hecho y otra de 947 debe volver a dictar las mismas disposiciones. Esta lucha de la administración contra las fuerzas locales, llevada por una y otra parte al corazón del poder público, no es ninguna novedad. Ya la habíamos observado en el siglo VI, e incluso antes. Pero la fisionomía de los unos y los otros, así como la misma teoría del poder público han cambiado. ¿Se está llegando a una Bizancio feudal? El problema no se planteará verdaderamente hasta después del 960.

LOS «MACEDONIOS» SE INSTALAN

La figura imperial disfruta, a partir de Basilio I, de una elaboración teórica más rica al deber la dinastía su existencia a un homicidio, a lo que se añade la brillantez general de la época comenzada con Teófilo: en la cumbre de la sociedad imperial, en el corazón del mundo visto desde Bizancio, el soberano requiere una ilustración sin precedente, cuya sabia cultura enriquecerá el discurso, y de la que la iconografía se hace eco. Conviene también prestar una atención particular a las devociones imperiales: Cristo, cuya imagen ha vuelto a ocupar su lugar por encima del soberano en la Sala de Oro del palacio con Miguel III; la madre del Señor, protectora de la capital desde el sitio de 626, como se recordará, cuyo culto conoce un gran fervor en los siglos IX y X y concretamente por parte de algunos soberanos; san Miguel, el guerrero; san Elías, al que Basilio profesa un culto que se podría explicar por la fisonomía celeste y solar que corresponde al profeta en Bizancio, en virtud de su carro, e incluso, tal vez, de su nombre (del griego Helios, 'el sol').

Basilio y Focio: un nuevo comienzo

Basilio se instala en el palacio imperial. Se hace representar en la pared de la Sala de Oro con su esposa y sus hijos, donde se pintan también sus campos. Edifica en el complejo palatino la iglesia Nueva (*Nea*), consagrada en 881 a Cristo, a la Virgen, a Miguel y Gabriel, al profeta Elías y a san Nicolás. Asimismo hace construir una iglesia dedicada al profeta Elías en el palacio de verano de Hieria, cerca de Calcedonia. Pero antes de seguir adelante es preciso hacer mención de sus relaciones con la Iglesia, y más concretamente con el patriarca Focio.

En el momento en que Basilio toma el poder, la sede patriarcal está ocupada por Focio y en una situación de ruptura con Roma. Basilio hace intervenir a Ignacio, buscanso así el apoyo de Roma y de los intransigentes; con esta finalidad le envía a Roma las actas del concilio de 867. La reacción romana es contundente. En 869-870, Focio es condenado, Ignacio rehabilitado y los hombres ordenados a partir de 858 suspendidos, a menos que reconozcan por escrito la supremacía pontificia. Focio, aunque exiliado, conserva su influencia. Incluso regresa a Constantinopla en 873, vuelve, sin duda, a enseñar en el círculo de la Magnaura y dirige la educación de los hijos de Basilio I, entre los que se cuenta el futuro León VI. Se reconcilia con Ignacio. Por lo demás, este último disentía de Roma en relación a la cristiandad búlgara en que tomaba partido a favor de Constantinopla: de este modo se interferían, en sentido contrario, la cuestión eclesiástica y la cuestión política. A la muerte de Ignacio, en 877, Focio vuelve a la sede patriarcal y la ocupa hasta 886. En 879, convoca un concilio al que acuden legados pontificios y que le rehabilita mediante concesiones de Roma a Bulgaria. Tras la muerte de Basilio I, es destituido y sustituido por Esteban, hermano del nuevo emperador. Muere retirado hacia 893.

Focio es una figura primordial del siglo IX, determinante para el futuro. Como vimos más arriba, compuso la *Biblioteca*, al tiempo que se dedicaba a la carrera pública bajo el reinado de Teófilo. Hizo además una labor de hombre de Iglesia, cuando escribió durante su primera deposición, entre 868 y 872, sus respuestas sobre cuestiones difíciles a Anfiloquio, metropolita de Cízica, las *Amphilochia*. Fundamentalmente, hizo oír la voz patriarcal del Imperio Bizantino y de la romanidad cristiana. Predica en Santa Sofía, donde algunos de sus sermones señalan acontecimientos de profunda resonancia: el primer ataque de los rusos en 860, la colocación o reposición en la Iglesia de una imagen de la Virgen, que manifiesta el lugar que ocupa en la devoción imperial de Basilio I. Será el inspirador del prólogo que encabeza el *Epanagoge (Restauración de las leyes),* que se sitúa después de 879, carta completa en lo sucesivo de las relaciones entre las dos figuras, la del emperador y la del patriarca, el primero responsable del bienestar del Imperio, defensor de la ortodoxia del dogma, intérprete y responsable de las leyes; el segundo, único intérprete de los cánones y los concilios. Esto es una buena muestra de la interpretación específicamente bizantina de las relaciones entre el poder político y militar, y el poder religioso, modelo para las cristiandades eslavas, y sobre todo, más tarde, para la tercera Roma moscovita; y también del desarrollo lineal de las premisas constantinianas, con la continuidad de los dos poderes unidos en la misma capital, en el sentido simbólico y no solamente geográfico que hay que dar, como hemos dicho, a este término en el Imperio Romano

cristiano. Pero en una capital que no era sin embargo más que la Nueva Roma, la segunda, mientras que el papado recogía sólo la eminente dignidad histórica e imperial de la primera. Esta fundamental diferencia puede explicar la diferente evolución del problema de los dos poderes, en Occidente y en Bizancio.

La solución bizantina no tiene nada que ver con el concepto confuso y sin fundamento de «cesaropapismo», inventado por algunos historiadores de Bizancio. Está, en cambio, en la base de la discordia entre las cristiandades latina y greco-eslava. Desde este punto de vista, se concibe que se haya atribuido a Focio el *Nomocanon en XIV títulos* (883). El Nomocanon, concordancia entre las leyes (*nomoi*) y los cánones, presentada metódicamente, esbozada ya en el siglo VI, se remonta en su primera forma al siglo VII. La redacción del siglo IX produce a su vez el nacimiento de una posteridad que se prolonga hasta el siglo XVI, bajo la dominación turca, y que vuelve a encontrarse, por otra parte, en la cristiandad rusa. Por último, la biografía del patriarca Ignacio, que escribía entre 901 y 912, afirma que Focio compuso para Basilio una genealogía tan brillante como falsa, que escribió «en caracteres antiguos», y que la ocultó en la biblioteca imperial, de donde un cómplice la sacó ante el soberano. Más adelante trataremos el tema historiográfico de la dinastía, elemento esencial de su política. Señalemos solamente que Focio desempeña en esta malévola narración el papel que fue efectivamente el suyo cerca de Basilio y que él representa ingeniosamente, a todas luces, el papel de teórico del poder imperial.

Unificación, legislación, enciclopedismo

La historia interna del reinado de Basilio I ilustra, en gran medida, la definición que se le da a mitad de su trayectoria. Su observancia ortodoxa se traduce políticamente en el intento, en gran parte conseguido, de reducir las disidencias culturales de todo tipo. Los eslavos de Macedonia y de Grecia constituyen el objeto de un sistemático esfuerzo de integración, de helenización y de cristianización que no se verá totalmente coronado por el éxito, como atestigua, bajo el mandato de Romano I todavía, la sublevación que a finales de 921 o a principios de 922 abre el Peloponeso a la invasión búlgara. En 873 o 874 está atestiguado un decreto de bautismo obligatorio de los judíos por una *novella* de León VI, y por un curioso testimonio judío, el *Libro genealógico*, compuesto en honor de su linaje, a mediados del siglo XI, por un tal Ahima'az de Oria, cerca de Otranto. El autor ofrece en un hebreo versificado historias de milagros y sortilegios que deben sin duda mucho al ambiente del sur de Italia de su época, preciosas indicaciones sobre la situación, a menudo mediadora, de los judíos de la región en el siglo IX, entre bizantinos, árabes y lombardos, y un relato de este infortunio, del que, según él, se libró la comunidad de Oria gracias a la intervención del rabino Chefatia, abuelo del narrador. Una vez en Constantinopla, convenció al emperador, tanto por su talento polemista como por la curación de su hija endemoniada. Si la medida de excepción es cierta, tal vez se explica en el contexto de esta región de Italia, donde acababa de comenzar, como se verá, la reconquista bizantina.

La cruzada contra los paulicianos de la frontera oriental constituye un éxito

completo del reinado de Basilio I, al menos en el plano más aparente de las operaciones militares. La guerra empezada en tiempos de Miguel III prosigue con las incursiones que lleva a cabo Crisoqueir, yerno y sucesor de Carbeas, hasta Éfeso y Nicea en 869. Es entonces cuando se sitúa la embajada a la que Pedro de Sicilia se refiere en su informe sobre los paulicianos. En 872, Crisoqueir emprende una campaña en Galatia, y resulta muerto por uno de los suyos en el curso de una batalla con los bizantinos. Basilio lanza otras ofensivas contra Melitene en 873 y en 876. Por último, en 872, la caída de Tefrik señala el final del paulicianismo militar y político, cuyo desarrollo favorecido por los emires de Melitene y Tarso hemos visto ya. Esta victoria forma parte de la empresa de reconquista puesta en marcha por Basilio en Oriente. Entre 871 y 882, Bizancio vuelve a adueñarse, en efecto, de los pasos del Tauro y del Antitauro, garantes de su protección. Pero el problema religioso sigue abierto: los bogomilos a partir del siglo X, en Bizancio y los Balcanes, y los tondraquitas en la Armenia del siglo XI podrían ser a su vez los retoños de la vieja corriente que despreciaba la carne y la jerarquía, el engendramiento y el mundo, que la cristiandad de Oriente conocía desde el siglo IV. Nos encontramos frente a un problema de continuidad que sigue sin aclararse.

Basilio I es también, conforme al modelo, un emperador legislador, el primero del siglo IX. Más arriba hemos hecho alusión al *Epanagoge*, de 879 como muy pronto, cuya aplicación no es, por otra parte, segura. A partir de 876, el *Manual de las leyes* (*Procheiron*) vuelve a tomar la legislación privada y penal corriente del *Eklogé* de los emperadores León III y Constantino V, al tiempo que utiliza las *Institutas* de Justiniano. El *Epanagoge* afirma de manera patente la referencia clásica indispensable en lo sucesivo, no sólo en la apertura teórica ya evocada, sino en la misma ordenación de los capítulos, que empieza por las definiciones de derecho público como emperador, patriarca o prefecto de la ciudad, ausentes del código del siglo VIII, y no por los esponsales y matrimonios como este último. Además, Basilio ordena una revisión general del cuerpo de las leyes (*Anakatharsis*), que no dará de hecho su fruto hasta la época del mandato de su sucesor. Se hace leer «relatos históricos» y vidas de hombres ilustres, y se informa asimismo sobre la disciplina y las acciones de los santos de su tiempo. Se conserva una colección de homilías de Gregorio Nacianceno para el uso litúrgico, hecha por él entre 880 y 886, y adornada con una serie de pinturas suntuosas, a cuya cabeza se encuentra su propio retrato y el de su esposa, entre sus hijos León y Alejandro, así como imágenes de la soberanía cristiana: el arcángel Gabriel coronando a Basilio bajo una gran cruz con la leyenda: «¡Jesucristo vencedor!», y Cristo dominando la escena y bendiciendo con un libro en la mano. Este manuscrito, insigne producto del taller imperial, presenta la expresión iconográfica de la ideología imperial que sigue siendo la del siglo X, la forma y el fondo del modelo en el que el joven imperio otomano se inspirará tan acertadamente. A pesar de todo, Basilio no fue todavía en sí mismo un emperador docto, aunque conozcamos bajo su nombre las instrucciones a su hijo, una especie de espejo del príncipe. La sabiduría y la escritura de una obra propia como rasgos inherentes a la figura imperial sólo se perfilaron firmemente en su hijo León VI, y sobre todo, en su nieto Constantino VII.

La obra legislativa de León VI no es quizás a este respecto la más significati-

va, aunque marca una etapa importante en el compromiso clasicista que inaugura la ideología de los sucesores de Basilio I. Las *novellae*, dirigidas en su mayor parte al favorito Estiliano Zautcés, muerto en 896, deben sin duda mucho, si no todo, a este último, al que volveremos a encontrar más adelante, y manifiestan el deseo de este tipo de textos de poner al día, o de completar, el derecho vigente. En cambio, la gran obra de las *Basilicas* (*Basilika*, 'las Imperiales') emprendida bajo el reinado de Basilio I, como hemos visto, ofrece un repertorio metódico del derecho clásico, o sea, del justiniano, que será a su vez objeto de *scholies* ('comentarios') y, desde el siglo X sin duda, de un resumen (sinopsis) enriquecido por la continuación de las *novellae* imperiales a partir del siglo X, y diversos fragmentos, para uso de los funcionarios que eran a menudo sus poseedores. Se han conservado numerosos manuscritos a partir del siglo XI.

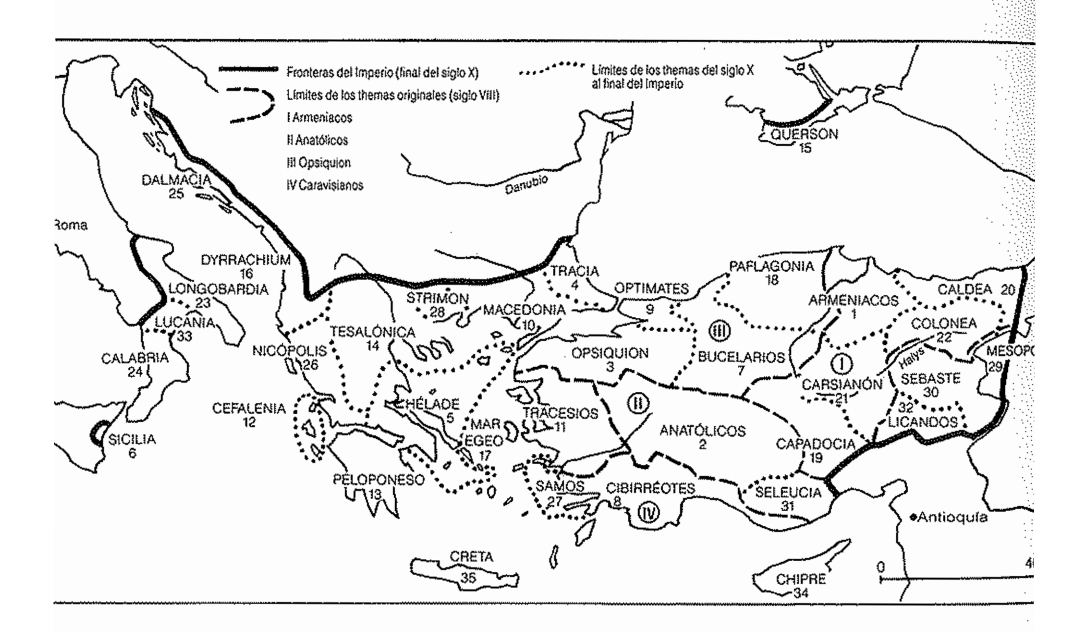
Después de todo, era tradicional que el emperador distinguiera con su nombre y su voluntad, sino con su puño y letra, una obra jurídica. Sin embargo, se atribuye también al propio León VI una producción que no tiene los mismos precedentes. En primer lugar, un *Tratado militar* (*Taktika*), nutrido de referencias a los tácticos antiguos, pero, no obstante, de una inspiración teórica absolutamente contemporánea en la definición del emperador como responsable de la paz y, por esta razón, obligado a hacer la guerra, y principalmente en la del general, cuyas cualidades guerreras están fundadas en la nobleza de su origen. A continuación, las homilías pronunciadas desde el púlpito de Santa Sofía, como el elogio fúnebre de su padre: notable intrusión del soberano político en el terreno eclesiástico, que ofrece una prueba más, si es que era necesaria, de la unión de los dos poderes en el modelo bizantino, aunque estallasen los conflictos entre sus titulares o en sus definiciones. Y, por último, la historiografía oficial subraya que León IV era un cualificado copista.

La competencia cultural del emperador culmina con Constantino VII, aunque sin duda es insuficiente su explicación no sólo por una inclinación personal, sino por la inacción en la que le deja, hasta 944, el gobierno de su suegro Romano I Lecapenos, convertido en emperador gracias a la corta edad del porfirogéneto. Por el contrario, cabe pensar que la responsabilidad ideológica del poder soberano no estuvo nunca en manos de su legítimo heredero, incluso cuando Romano I asumía la práctica. Dejando aquí de lado sus *novellae*, los discursos y el *Libro de las ceremonias*, Constantino compuso dos tratados, *De los themas* y *De la administración del Imperio* (título dado a la primera edición en 1611). Este último, escrito entre 948 y 952, considera las relaciones con los pueblos bárbaros, sus principios y su práctica, que varían de uno a otro caso. Nos proporciona no sólo una compleja teoría de las relaciones internacionales de Bizancio, sino también un conjunto de valiosas noticias sobre el pasado y el presente de los pueblos en cuestión, rusos, pechenegos y turcos. Posteriormente, Constantino aparece como el inspirador y organizador de un trabajo colectivo de gran envergadura, que se hace por medio de la biblioteca constituida en el palacio y del taller de copia del que disponía esta última. El trabajo consiste, en primer lugar, en la compilación de repertorios de textos antiguos sobre determinados temas, como las labores de la tierra (*Geoponika*), las emboscadas o las embajadas; dan prueba, al igual que sus semejantes de Bagdad, de la afición del siglo X por las enciclopedias, característica de una época de equilibrio y clasicismo. Pero también constituye un traba-

jo historiográfico, el más importante para nosotros, que establece bajo su dirección la historia oficial no sólo de la dinastía, sino también la de los soberanos que le precedieron en los siglos VIII y IX: su objeto era mostrar la perfecta continuidad del poder, constantemente en las manos de los hombres más dignos. Encarga a un equipo anónimo, conocido como «los continuadores de Teófano», una serie de biografías imperiales, a partir de León V, que reflejan también el gusto de la época, lectora de Plutarco. El propio Constantino aparece, con cierta verosimilitud, como autor de la *Vida de Basilio*, importante narración donde se da cuenta de los prodigios anunciadores de su grandeza futura, desde la antigua águila que se cierne sobre su sueño de niño hasta las visiones piadosas, las virtudes del buen soberano y, sobre todo, la misericordia fiscal, así como la genealogía que hacía de Basilio un descendiente de los reyes arsácidas de Persia, la misma de la que sin duda Focio había hecho una primera redacción. El último libro alcanza de hecho hasta 961. Constantino encargó también a José Genesio un *Libro de los emperadores*, de León V a Miguel III.

El discurso del palacio

La historia más evidente de Bizancio entre 886 y 959 se nos presenta, una vez más, a pesar de todo, centrada en el palacio. El sentido del espacio palatino y de las ceremonias que allí se desarrollan está ilustrado de manera fehaciente por el tratado de las prelaciones (*taktikon*), fundamentalmente para las comidas imperiales, compuesto por el maestro de ceremonias Filoteo en 899. El autor señala

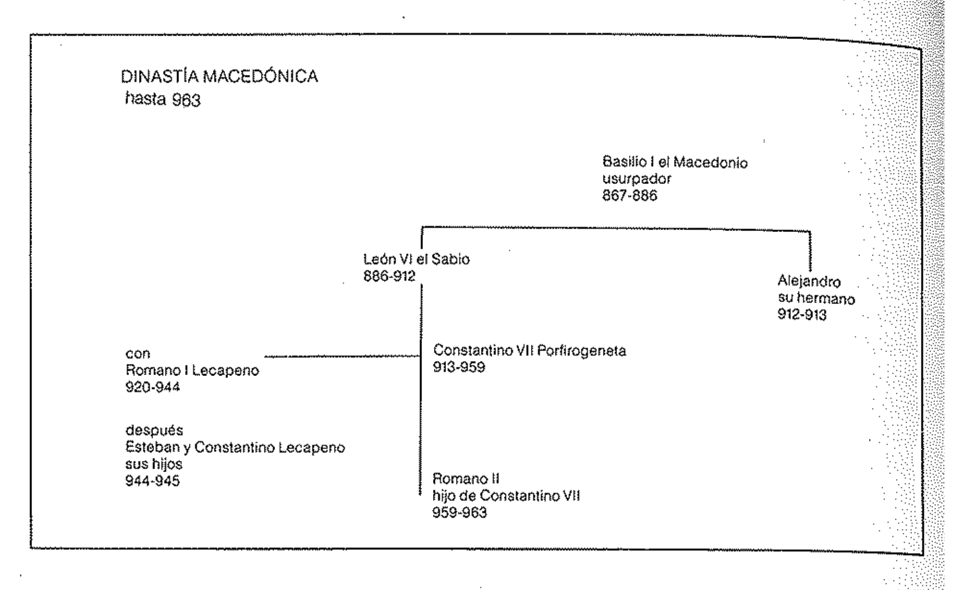


Los themas *bizantinos en los siglos VIII-X*

en el texto el lugar de cada uno en función de su dignidad; por ejemplo, la del patricio y de su cargo: sitúa así la jerarquía episcopal, militar, civil, los servicios y guardias del palacio, los «amigos búlgaros» y otros mandatarios. Para Filoteo, el sistema de días festivos en el palacio no es más que el propio sistema imperial, por lo que este documento adquiere un relevante interés. Constantino VII, en su *Libro de las ceremonias*, hace hincapié más en el desarrollo mismo de las ceremonias que en las prelaciones, en relación a las fiestas del año cristiano o imperial, las etapas de la vida en la familia imperial y las recepciones particulares. Tampoco faltan los relatos de los embajadores árabes referentes a todo este período.

Pero el palacio no es sólo el escenario de la pompa soberana, se convierte también, a lo largo de diversas generaciones, en un organismo de gobierno y administración cuyos documentos de archivos conservados o mencionados dan cuenta de su funcionamiento: tribunal de apelación, o jurisdicción directa para determinados monasterios, oficina fiscal donde se redactan los documentos de inmunidad o de donación, etc. Desde finales del siglo IX, la cancillería imperial expide los *chrysobulloi*, los documentos sellados con el sello de oro imperial, que se distinguían por una escritura especial, con palabras escritas con tinta roja, y una firma autógrafa refrendada por el «encargado del tintero». Finalmente, de lo que acabamos de decir, es fácil concluir que el palacio es un centro de decisión política de impulso ideológico. La celebración de la grandeza y de la victoria imperial, de los banquetes festivos y de los matrimonios es confiada a los discursos del orador de palacio. Esta función la cumplió, en 901-902, Aretas de Patras, nacido hacia la mitad del siglo IX y convertido después, hacia 902-903, en arzobispo de Cesarea de Capadocia. Aretas, partícipe en los manuscritos, sobre todo en los de filósofos antiguos, entre los que se cuenta uno de Platón en dos volúmenes revisado por su puño y letra, desarrolla la correspondencia estructural entre Cristo y el emperador en un lenguaje cuyo sabio virtuosismo, en el límite de lo inteligible, no es, o al menos no exclusivamente, deleite de pedante o guiño sabihondo: el uso de las palabras y la retórica antigua significan que el presente es tan grande como el pasado, ya que la grandeza imperial es inmóvil e inmutable. A partir de aquí se comprende que la actividad cultural de León VI y de Constantino VII no fuera tampoco un simple capricho de hombres de elevada dignidad, sino una parte integrante de su obra de soberanos.

Las otras fuentes, aunque no emanen del palacio, no se comprenden más que en función de él. Es por definición el punto de mira del relato historiográfico, sea cual sea. A las obras citadas más arriba se añade una crónica que continúa la de Jorge el Monje, escrita bajo el mandato de Miguel III, e interrumpida el año 842. Su tradición manuscrita, aún incompletamente analizada, está llena de adiciones, variantes y continuaciones bajo nombres de autores de los que apenas sabemos nada, como es el caso del continuador de Jorge el Monje, Simeón el Magistros, o el Logoteta (funcionario de finanzas), y algunos otros. Y de hecho poco importa, pues, al nivel de los relatos en sí mismos, se distinguen perfectamente las polémicas, sobre todo en torno a Basilio y Focio, en cuyo tono y propósito los autores manifiestan su pertenencia a la alta función pública, o a algún ambiente aristocrático de la capital. El palacio como lugar político es también el punto de mira de las biografías patriarcales. Dos de ellas revisten un particular interés, la *Vida de Ignacio* y la *Vida de Eutimio*, que aparecerán en el momento



de la crisis desencadenada por el cuarto matrimonio de León VI. De hecho, la *Vida de Ignacio* está escrita por Nicetas, convertido en el monje David, en el contexto de esta crisis. Ignacio es presentado como ejemplo de la resistencia de la Iglesia a la omnipotencia imperial, frente a los compromisos de Focio. Es también un ejemplo de la misma virtud que propone el monje contemporáneo del patriarca Eutimio al componer la *Vida* de este último en el monasterio de Samacia, fundado por él.

Implantar una dinastía

Los relatos relativos al palacio y al poder imperial están lejos de representar todo lo que nos queda como fuentes referentes a los años que van de 867 a 957. Pero ocupan, por así decirlo, el primer lugar en la escena y dan cuenta de los acontecimientos en un medio restringido pero abierto, determinante, ya que es el de las decisiones políticas. El emperador está rodeado por un doble círculo: en primer lugar, los grandes, sobre todo los jefes militares y sus parientes; a continuación, todos los allegados al soberano más allá de su propia familia, como son los consejeros, los favoritos o eunucos a su servicio personal y los monjes, todos ellos también con sus familiares: a esta altura de la competición política nadie está aislado. Los historiadores de Bizancio hicieron antaño caso omiso de estos vínculos, cuya importancia está sin embargo puesta de manifiesto por la atención que les otorga la historiografía. Las redes familiares se consolidan, se rompen, desaparecen o se mantienen unidas en su más elevada expresión, y así se va tejiendo la historia de la clase dirigente en la medida en que gravita alrededor del trono y del palacio.

Basilio tuvo cuatro hijos. Constantino, el preferido, nació de su primera mujer

y fue asociado al Imperio en 869. León era tal vez hijo de Miguel III y no de Basilio. Eudocia dio a luz también a Alejandro y Esteban. Basilio asoció asimismo al trono a León, en 870, y a Alejandro poco después de 871. Constantino murió en 879, y León se convirtió desde entonces en el presunto heredero. El emperador lo casó con Teófano, descendiente del linaje de Martinacio, al que posiblemente perteneciera también Eudocia Ingerina. León le era hostil, e incluso llegó a apartarlo de él durante un tiempo. El autor contemporáneo de la *Vida de Teófano*, un laico familiar de los Martinacios, atribuye esta actitud a las sospechas despertadas en el ánimo de Basilio por el monje mago Teodoro Santabarenos. El día de san Elías tuvo lugar una solemne reconciliación. Y en 886, antes de morir a causa de un accidente de caza, Basilio designó a León su sucesor. Alejandro quedó como co-emperador y León sustituyó a Focio por Esteban. Esta reunión de las supremas funciones en la hermandad imperial es significativa. Caracteriza un modelo que el imperio otoniano aplicará a su manera, cuando Brunon, hermano de Otón I, sea arzobispo de Colonia. O, si se quiere, es una primera aplicación de la figura familiar, consanguínea o metafórica, que traduce la estructura política de este tiempo.

León abandona a su esposa: la biografía de esta mujer, su hagiografía más bien, la pintará como seguidora de una vocación ascética, puesta de relieve por los milagros operados posteriormente en su tumba. Desde el siglo X, figura, en efecto, en el calendario de los santos de la Iglesia bizantina. León «se une amistosamente», según la expresión de su tiempo, con Zoe Zantcina, cuyo marido había sido envenenado a raíz de esta relación, y la lleva a vivir al palacio. Era hija de un armenio, Estiliano Zautcés, a quien León le encomendó la gestión de sus asuntos y para quien creó el título de «suegro del emperador» (*basileopator*), aunque el parentesco fuera ilegítimo. Zautcés, convertido en *logothetos tou dromon*, responsable del correo, del interior y de una parte de las relaciones internacionales, desempeñó hasta su muerte, en 896, un papel del que quedó constancia por el hecho de que la mayor parte de las *novellae* de León VI están dirigidas a él. Teófano murió en noviembre de 897, y León se casó con Zoe, que murió asimismo en 899, dejando una hija. Los parientes de Zoe que, por lo demás, habían conspirado, debieron dejar el palacio. A falta de heredero, León se casó en terceras nupcias con una jovencita originaria del *thema* de Opsiquion, Eudocia Baiana, que murió en 901, con un hijo recién nacido. León había alcanzado el límite de la tolerancia canónica en materia de segundas nupcias sin haber resuelto el problema de su sucesión: él mismo había renovado algunos años antes la prohibición de terceras nupcias, lo que hacía que su descendencia fuera ilegítima, y le censuraba sus segundas nupcias. Vivió con una cuarta mujer, Zoe Carbonopsina ('la de ojos ardientes') sin casarse, por tanto. Parece ser que esta mujer era pariente de Himerio, comandante supremo de la flota (*drongarios tou ploimou*) en los primeros años del siglo X. En 905 dio al emperador el tan esperado heredero, el futuro Constantino VII. A partir de entonces, se podía añadir un nuevo capítulo al secular conflicto entre el bando integrista en el seno de la Iglesia y los patriarcas políticos procedentes de la función pública.

Esta serie de cuatro matrimonios sorprende en primer lugar como ejemplo de una historia familiar catastrófica. Los motivos del emperador pudieron ser: la animadversión, sin duda, frente a Teófano y el amor por la primera Zoe en todo

caso, pero también, incuestionablemente, la preocupación por la sucesión imperial, puesta de manifiesto en él en virtud de las dificultades que encontraba, y no porque fuera un problema nuevo; asimismo, siguiendo el ejemplo de Teófilo, que condenó a los cómplices de su padre, León hizo enterrar a la víctima del suyo, Miguel III, en la iglesia de los Santos Apóstoles, lugar de las sepulturas imperiales. Por último, de las cuatro mujeres, la primera y, sin duda, la última, en menor grado, pertenecen a familias ilustres, mientras que Zautcés aparece, por su mismo nombre, como miembro de un linaje de corta tradición. Sus parientes están bien situados hasta la muerte prematura de Zoe, que deshace una fortuna aún poco afianzada. Los demás personajes aún están en escena o acaban de salir en el momento en que el nacimiento de Constantino reaviva un enfrentamiento apenas aplacado. El patriarca Esteban, hermano de León IV, había muerto en 893. La sede ecuménica estaba ocupada desde 901 por el patriarca Nicolás I, un hombre en la línea de Focio, pariente y tal vez ahijado de este último, en todo caso bastante próximo a él como para haber buscado refugio en un monasterio tras su destitución. Nicolás I, pariente del comandante de la guardia y «hermano adoptivo» del emperador, además de ser su secretario particular (*mystikos*), tenía unas experiencias y unos contactos que le destinaban a mostrarse partidario de un compromiso favorable al palacio. León consigue, en primer lugar, que bautice a su hijo en Santa Sofía en enero de 906; el monje Eutimio actuó como padrino. En la primavera siguiente, un sacerdote celebra el matrimonio y León corona a Zoe. El conflicto queda abierto desde entonces entre el patriarca, que prohíbe al emperador avanzar más allá de la sacristía de Santa Sofía, pero que acepta y prepara un proceso de penitencia, aunque el emperador lo rechaza y pide el arbitrio de Roma, y un bando rigorista, a cuya cabeza se encuentra esta vez no el higúmeno de Studa, como un siglo antes, sino Aretas, convertido en arzobispo de Cesarea.

Sin embargo, la relación de fuerzas y el envite del conflicto han cambiado. Nicolás, preocupado por la unidad de la Iglesia, disgusta a León, que le conduce a la dimisión en 907, acusándole de complicidad en la reciente conspiración de Andrónico Ducas. El emperador lo sustituye por Eutimio, que no manifiesta la intransigencia monástica que se esperaba de él. El autor de su *Vida* lo describe, sin embargo, como un notable «padre espiritual», uno de esos directores espirituales cuya omnipotencia es uno de los factores de la práctica religiosa desde el siglo IX: le atribuye cierta influencia sobre el emperador. Pero, en realidad, Eutimio cede ante la apelación hecha por León a Roma y a los patriarcas orientales y, si hemos de creer a su biógrafo, ante su amenaza de promulgar una ley que autorice las cuartas nupcias. El matrimonio es entonces legitimado. León se hace representar en una placa de mosaico colocada en Santa Sofía sobre la Puerta Imperial: se le ve postrado en actitud de arrepentimiento a los pies de Cristo, que domina la escena entre la Virgen y un ángel, salvado ya que se encuentra a su derecha. Muere en 912 y Alejandro toma el poder. Vuelve a ofrecer a Nicolás el trono patriarcal, lo que implica la destitución de los obispos nombrados por Eutimio. Los partidarios de este último le perdonan la rehabilitación de Nicolás. Alejandro muere en junio de 913, en medio de las dificultades ocasionadas por los asuntos búlgaros. Nicolás forma entonces parte del consejo de regencia y el peso del Imperio reposa sobre él una vez apartada Zoe. Se reconcilia con Eutimio

antes de la muerte de éste en 917. En 920 un Tomo de Unión puso fin oficialmente al contencioso, aunque no consiguió apaciguar los resentimientos.

El conflicto y su desenlace dan que pensar sobre el estado de las relaciones entre el emperador y la Iglesia de Bizancio en este principio del siglo X. La reivindicación del poder monacal, aún presente en el conflicto entre Ignacio y Focio, no aparece aquí prácticamente. El propio patriarcado político es, a fin de cuentas, subyugado por la voluntad imperial. La victoria de esta última queda de manifiesto no sólo por la legitimación de una unión contraria al derecho vigente, sino también por la amenza esgrimida como argumento por León VI. Auténtico o no, es significativo que incluso un monje lo tuviera en cuenta en la biografía de otro monje, un monje puesto, además, como modelo.

En mayo de 919, Constantino VII se casa con la hija de Romano Lecapenos, que vuelve a tomar el título de «suegro imperial» (*basileopator*), hacía poco ostentado por Zautcés; posteriormente recibe el de César, como Bardas, tío de Miguel III (septiembre 920), para convertirse finalmente en co-emperador de su yerno (diciembre de 920). Para comprender este acontecimiento, hay que volver a aludir a dos líneas directrices de los decenios precedentes, que corren paralelamente: las relaciones internacionales de Bizancio y el movimiento de personas y linajes en el círculo imperial.

La fuerza de las familias, cultura dominante

La espléndida apariencia de continuidad de la cultura bizantina y la verdadera continuidad de la teoría política, junto a la sofisticación, sin rival en esta época, de la maquinaria administrativa y de sus medios escritos han disimulado frecuentemente ante los historiadores los verdaderos resortes del poder de este tiempo en Bizancio. Un poder que pertenece incuestionablemente, por una parte, a los hombres cultos, como prueba el hecho de que León VI y Constantino VII se cuenten entre ellos: pues les incumbe la justificación histórica, jurídica y cristiana del poder soberano. Pero no hay que olvidar, sin embargo, la importancia de la guerra: de su infinita serie de episodios proceden entonces los principales papeles de la historia política y de los linajes.

Los poderosos linajes

Hemos visto que en el siglo VIII y después en el IX, se afirmaba una conciencia de linaje atestiguada por los nombres de familia, la preocupación por las relaciones de parentesco y las palabras de elogio en relación a la notabilidad anterior. El movimiento continúa de Basilio I a Constantino VII, paralelamente a la doctrina oficial del origen real en que se fundaba la legitimidad imperial. El problema de un Bizancio «feudal», de un imperio «feudal», sólo se plantea verdaderamente con Basilio II. Pero el relato historiográfico de los reinados de Basilio I y de León VI, de Romano I y Constantino VII deja percibir, por una parte, la presencia y el papel de las familias, algunas de las cuales seguirán en escena en los siglos siguientes y, por otra parte, la dinámica de un grupo social en que los

valores guerreros, políticos y culturales tradicionalmente característicos de una aristocracia se conjugan con una apertura social todavía incompleta. Seleccionaremos tres ejemplos. El primero es el de los Ducas, con su fulgurante desarrollo y su rápida caída a principios del siglo IX. El primer Ducas conocido, Andrónico, tiene un nombre propio que evoca «la virilidad» y «la victoria», junto a la designación de «Ducas», a la vez título y sobrenombre, que parece que se convirtió en un nombre de casta a partir de la siguiente generación. Se le encuentra, bajo el reinado de León VI, junto a Himerio en la guerra contra los árabes y desempeñando un importante papel de gobierno en Asia Menor, con un hijo ya adulto en 906, Constantino, casado con una hija de Gregorio, llamado el Ibero, que era a la sazón *domestikos* de los *scholai*. Este mismo año, comprometido, con razón o sin ella, ante el emperador por su favorito, el eunuco árabe-cristiano Samonas, Andrónico se separa de «sus parientes, sus hijos y sus hombres», según un autor de la época. Se encierra en primer lugar en la fortaleza de Cavalla, cerca de Conia, y posteriormente se refugia en Bagdad. Sin embargo, su hijo Constantino vuelve a Constantinopla y se deja tentar por el poder en 913, tras la muerte de León VI, cuando era *domestikos* de los *scholai*. Su intento fracasa, pierde un hijo en la conspiración y otro, aún niño, es castrado, una medida excepcional que da cuenta de la importancia otorgada al asunto. Otro Ducas, Nicolás, muere en la guerra contra los búlgaros en 917. A pesar de todo, tras esta erradicación, el linaje Ducas vuelve a salir a la luz en el siglo XI, y esta vez por más tiempo, aunque probablemente proviniera de otra rama.

El segundo caso que expondremos es el de Romano I Lecapeno. Basándose en un célebre pasaje de Constantino VII, se suele señalar su modesta condición. Aunque nadie discute su origen armenio, los hechos no son sin embargo tan simples. Es cierto que no nos remontamos más allá de su padre Teofilacto, «el Insostenible» (*Abastaktos*), cuyo sobrenombre no se transmitió, y de quien sólo sabemos que salvó la vida de Basilio I en el curso de una desafortunada campaña en Tefrik. Sea cual sea la verdad de la aventura, al menos se puede concluir que el servicio de guerra se remonta al padre de Romano, aunque este último no hiciera de ella una profesión. Sin embargo, una pariente de Romano se había casado con Adralesto, estratega del *thema* de Oriente, hacia mediados del siglo IX, pues fue abuela del monje Miguel Maleino, nacido en 894. Pero Romano I es el primero que se distingue en su actuación pública. Esto se traduce, en primer término, en el rango de los suegros de sus hijos, sus consuegros: mientras su hija Helena se casa con el joven emperador, su hija Ágata se convierte en la mujer de un Argiro, León, cuyo linaje está en ese momento en plena ascensión, y se remonta a Miguel III; su hijo Constantino se alía con el patricio Panterio, y su hijo Cristóforo con el patriarca Nicetas. Cristóforo y Constantino son asociados al Imperio, así como su hermano Esteban, mientras que el menor, Teofilacto, es investido del patriarcado, según el esquema puesto en práctica por los hijos de Basilio I, y el hijo bastardo, Basilio el Pájaro, desempeña el papel de eunuco en el palacio, y, posteriormente, ocupa junto a Constantino VII la privilegiada posición de guardián de la cámara (*parakoimomenos*).

Tras los Ducas y los Lecapenos, nuestro tercer ejemplo nos conduce a mediados del siglo X. Se trata del linaje de los Focas, del que provendrá el emperador Nicéforo II, y a cuyo alrededor, por el juego de las alianzas, se organiza poco a

poco la mayor constelación aristocrática de la época. La genealogía, presumiblemente puesta en circulación por los propios Focas, se remonta hasta un tatarabuelo de Nicéforo II, un tal Focas, cuyo nombre corresponde al de un mártir venerado en la región de Sínope. Parece ser que el emperador (¿Teófilo?) se fijó en él «por la fuerza de su cuerpo y la nobleza de su alma», y lo puso a la cabeza de una *turma*, división principal de un *thema*. Un comienzo verosímil y comparable al de Teofilacto Abastactos, acción ejemplar al menos, característica de una sociedad en que la fortuna obtenida con la guerra servía para inaugurar nuevas estirpes ilustres. El nombre de Focas se convierte en linaje: su hijo, Nicéforo Focas, es ya uno de los generales más brillantes de Basilio I y de León VI: ya vimos cómo se destacó en la Italia meridional. Sus nietos, Bardas, cuyo nombre procede de algún tío o abuelo armenio, y León, se distinguen bajo la regencia de Zoe, madre de Constantino VII. Romano Lecapenos encuentra en ellos unos rivales, respaldados por sus alianzas. Bardas se casa con una Maleina, de cuyo linaje dio cuenta ya la historiografía bajo el mandato de Miguel III y Basilio I, y cuyo abuelo fue patricio y general, mientras que una de sus abuelas estaba emparentada con Romano Lecapenos: los Maleinos eran oriundos del *thema* de Carsianon, donde su pariente Eudocimo, tal vez estratega del *thema,* murió en olor de santidad hacia 840. León, hermano de Bardas, fue cuñado del *parakoimomenos* Constantino, eunuco favorito de León VI al final de su reinado. Uno de los hijos de Bardas, Nicéforo, nacido hacia 912, será emperador, tras una carrera a la que nos referiremos más adelante, cargo en el que posiblemente fue secundado por su hermano León; una de sus hermanas se casó con un sobrino de Juan Curcuas, el mismo del que Romano I deseaba una hija para el hijo de Constantino VII. De esta unión nacerá otro emperador, sobrino y asesino de Nicéforo II, Juan I Zimisces, que se casará en primeras nupcias con una hija de los Escleros, otro linaje dominante, atestiguado desde el principio del siglo IX. Esta anticipación genealógica sólo pretende mostrar al lector que los Focas están emparentados a lo largo de dos generaciones, la de Bardas y la siguiente, con algunas familias que competían por obtener el poder supremo, ninguna de las cuales, por otra parte, se remontaba más allá del siglo IX, por lo que hemos podido juzgar.

El acierto de Romano Lecapenos consistente en la elección de su hija para Constantino VII representa de hecho la eliminación de León Focas, que en 917 estaba al mando de una expedición en Bulgaria, por el drongario de la flota, respaldado en el palacio, ante la emperatriz Zoe y el patriarca Nicolás I. Los esponsales imperiales incitan a León Focas, destituido de su cargo de *domestikos* de los *scholai*, o lo que es igual, apartado del palacio por Romano, a sublevar los *themas* de Oriente. Su intento fracasa y es eliminado definitivamenbte dejándolo ciego. Su hermano Bardas conserva, en cambio, el mando e interviene en respuesta al ataque ruso de 941. Pero la impecable estrategia de Romano I, basada en una numerosa descendencia, no basta para garantizar el futuro de los Lecapenos. En 928 fracasa una conspiración en favor de Cristóforo urdida por su suegro. Tras la muerte de Cristóforo en 938, sus hermanos Esteban y Constantino apartan a Juan Curcuas, el general ya citado, que Romano I deseaba como suegro para su nieto, el futuro Romano II. Por último, destituyen a su padre, pero son a su vez destituidos por Constantino VII, que recobra así la realidad del poder en enero de 945, y les envía a reunirse con su padre en el monasterio. Aunque una hija

de Cristóforo se casó con Pedro, zar de Bulgaria, el linaje desaparecía definitivamente de la escena política, y Constantino VII vuelve a tomar en cuenta, naturalmente, a los Focas. Bardas Focas se convierte en *domestikos* de los *scholai* y sus hijos Nicéforo y León en estrategas. El hijo de Constantino VII, Romano, asociado al trono desde 945, siendo aún niño, se había casado bajo el gobierno de su abuelo con una hija bastarda de corta edad de Hugo de Provenza, que murió pronto. Hacia 956 toma por esposa a una joven hermosa y misteriosa, se decía que camarera de mesón, llamada Anastaso, convertida tras el matrimonio en Teófano. Esta elección eludía el inconveniente de los cuñados aristocráticos y ambiciosos. La historiografía de la época la representa como teniendo a Romano hechizado. Volveremos a encontrarla más adelante, inaugurando en los relatos de su tiempo el papel de la voluptuosidad impulsada al crimen, inusitado a nivel imperial.

Constantino muere en 959, tal vez envenenado por su hijo, instigado por Teófano. Se ha querido trazar de él un relato intelectual, a la vista de su obra, que corre el riesgo, como tantos otros, de transmitir al lector de hoy sus propias sugestiones. Pero no hay que olvidar, se quiera o no, que no era sólo emperador. Romano I y algunos generales como Juan Curcuas asumían muy bien la función guerrera del poder imperial, como lo hicieron los Focas cuando Constantino se apoyó en ellos tras la caída de los Lecapenos. Constantino, que no dejó de ser emperador hasta el día de su muerte, ejerció por su parte, como ya dijimos, la función del discurso, orientado a la justificación de la dinastía de los descendientes de Basilio en el trabajo historiográfico, al simbolismo del poder en el *Libro de las ceremonias*, y a la ubicación definitiva de las tradiciones y conocimientos necesarios para su ejercicio universal en los libros sobre los temas y la administración del Imperio.

Los límites de una cultura dominante

A mediados del siglo X Bizancio goza de excelente salud, si es cierto que para una sociedad que vive en torno al año 1000 la guerra y el comercio a gran escala son síntomas de salud. Como toda sociedad sana desarrolla una actividad cultural a través de la que expresa su presente.

Hemos hecho alusión constantemente a los resortes culturales de la historia política de Bizancio, y en último término hemos visto a Basilio, a través de Focio, a León VI y Constantino VII elaborar y llevar a la práctica la secular teoría del poder imperial, y a Constantino VII, especialmente, asentar la dinastía violentamente fundada por su abuelo sobre bases historiográficas. Pero también hemos visto, a partir de Teófilo, cómo el propio poder imperial fundaba sus derechos sobre la reivindicación de continuidad interrumpida de la cultura clásica legada por la Antigüedad y acabada, de hecho, después de la segunda iconoclasia, a través de una teoría completa y definitiva de la imagen. La exigencia clásica, facilitada, como también hemos visto, por el uso de la minúscula, se manifiesta en la revisión filológica de los textos antiguos, de manera que nuestro Platón, por ejemplo, es en una gran medida el de los siglos IX y X. Pero no hay que engañarse, esta depuración no traduce, o mejor dicho no traduce solamente, la búsqueda

desinteresada de una cultura erudita, sino también, y sobre todo, el espíritu totalitario de una cultura dominante. Así, por ejemplo, la colección de efemérides de las *Vidas* de los santos según el orden de los días de cada mes o menologio, consiste en una ordenación draconiana que afecta tanto a los personajes, entre los que los contemporáneos están prácticamente ausentes, como a los relatos, sometidos despiadadamente a una reescritura (*metaphrasis*) retórica fácilmente reconocible, cuya difusión masiva no hizo, por suerte, desaparecer las versiones anteriores. El autor de este trabajo, Simeón el Metafrasto, tal vez ejecutó una directriz de Constantino VII. Se sospecha que tras su obra podría estar el cronista Simeón el Logoteta, del que sabemos muy poco, o incluso el magistros Simeón, del que se han conservado sus cartas.

La cultura dominante supone también, como se recordará, el ininterrumpido ennoblecimiento del emperador por el retórico del palacio, el perfeccionamiento administrativo imperial y patriarcal y la victoria de la ortodoxia. El palacio, el monasterio de Studa, el patriarcado, la capital, en una palabra, son, al mismo tiempo, el caldo de cultivo de esta cultura dominante, centralizada pero no localizada. Los documentos administrativos de las provincias, de los que empezamos a disponer a partir de Basilio I, y sobre todo las cartas conservadas del siglo X aportan la prueba de lo contrario. La carta, mensaje individual, era también un género de la retórica tradicional, lo que motivó la composición de algunas colecciones que han llegado hasta nuestros días, en las que se encuentran misivas de hombres que partieron a las provincias como funcionarios u obispos, dirigidas a sus amigos de la capital, a sus protectores, a veces al mismo emperador o al patriarca, e incluso cartas de estos últimos. Conocemos así cartas de Focio y de Nicolás I, del secretario imperial de Romano I, Teodoro Dafnopatés, al igual que un conjunto muy valioso para el estudio de la segunda mitad del siglo. De estas cartas, así como de las reflexiones anotadas por Aretas, convertido en obispo de Cesarea de Capadocia hacia 904, hasta su muerte en 932, se desprende la nostalgia medio convencional, medio sincera, de letrados alejados de sus semejantes y perdidos en medio de gentes sin instrucción.

La cultura dominante es, en fin, el discurso figurativo de las imágenes. Muchas de ellas han desaparecido, como los mosaicos de la iglesia Nueva de Basilio I, hoy día destruida. Pero no nos faltan testimonios de la restauración deliberada de los antiguos cánones a este nivel en el desarrollo de la escultura sobre marfil, que servía para decorar cofrecillos y tapas de libros; en la producción de platería cincelada; en la pintura de manuscritos de contenido, sin embargo, religioso, como el admirable Salterio de París, de principios del siglo X. Ésta es la cultura dominante que Bizancio exporta a Preslav, y más tarde a Kiev, a través de sus productos y sus artesanos. Pero, no obstante, cabe preguntarse sobre sus límites sociales, provinciales, incluso nacionales, se puede decir, en el interior del inmenso imperio.

La primera certidumbre es que su lengua está desde ahora, y ya irreversiblemente, alejada de la lengua hablada por todos, comprendida la élite política. Fonéticamente, las tendencias que han conducido a la pronunciación actual del griego eran ya seculares en el siglo X, especialmente la evolución hacia el sonido único *i* de otras vocales y diptongos. Pero la misma configuración de la lengua, por la simplificación de la flexión principalmente, anuncia desde esta época lo que

conocemos hoy. Los errores de las copias de los manuscritos son esclarecedores a este respecto. En cuanto al vocabulario del griego moderno, lo vemos aparecer según los textos, en algunas *Vidas* de santos en particular, mucho antes del siglo X. El renacimiento clásico de los siglos IX y X, que vuelve a ensalzar los tratados de retórica antigua, acentúa el corte, tanto político como cultural, entre los dos niveles de la lengua, que desempeña en Bizancio el mismo papel que el uso del latín y de las lenguas vernáculas en la cristiandad medieval de Occidente. La lengua vernácula hará su entrada en el terreno de la escritura en los siglos XII y XIII. En cambio, el principio de un doble lenguaje subsistió en Grecia hasta el siglo XX, con un significado ideológico, en resumidas cuentas, inalterado. En esta primera mitad del siglo X, pues, la lengua hablada no aparece a nuestra vista más que en manifestaciones indirectas, como la *Vida* (mutilada) *del patriarca Eutimio*, compuesta por un monje de su monasterio de Samacia, que al menos antes que el único manuscrito, escrito hacia 1080-1100 y hoy día perdido, fue corregido por su editor. Se encuentra también en algunas canciones anatólicas de guerra y amor, algunas coplas cortesanas conservadas en el *Libro de las ceremonias*, y también, aunque no se ha tenido muy en cuenta, en determinados nombres de linajes que surgen en la historiografía de los siglos IX y X: Garidas, 'el del camarón', o Gonguilios, 'el del colinabo', formaciones cuyo significado social hemos señalado.

Por otra parte, qué duda cabe que la propia cultura dominante no es impermeable y sufre influencias periféricas. Así, un Evangelio copiado en el siglo X, y tal vez no ilustrado hasta el siglo XI, muestra una influencia islámica en los ornamentos de los títulos hechos por el escriba, así como en las orlas arquitectónicas de las figuras de los evangelistas; este Evangelio procede de la frontera oriental. En cambio, otro manuscrito, el tratado ascético de Juan de la Escala (*klimakos*), copiado en Italia en el siglo IX, tiene una decoración similar a la occidental contemporánea. La Italia meridional produce, por otra parte, manuscritos característicos por su escritura, ornamentación y pinturas. Igualmente, la arquitectura armenia, floreciente en la época del reinado de Ani, ejerce entonces en Bizancio una influencia que se pondrá de manifiesto en la segunda mitad del siglo, con la llegada al poder de Juan Zimisces, en la época en que los georgianos desempeñaron también un papel. Los caminos de Bizancio son, pues, el terreno de un trabajo de aculturación.

Los judíos, que hemos vuelto a encontrar en la Italia meridional, nos proporcionan otro ejemplo, situados como estaban, con una cultura propia y floreciente, en la intersección entre Bizancio, el Islam y la latinidad. No ocurre lo mismo en el caso de la minoría judía en el Imperio, arrinconada por el rigor de la identificación en curso entre la romanidad y la cristiandad ortodoxa, y por añadidura asociada, con o sin razón, como se recordará, a los movimientos iconoclastas. La conversión de los judíos aparece por este hecho como cada vez más necesaria. Basilio I la decreta, como vimos, en 873 o 874, y León VI recuerda esta medida en una *novella* que ordena a los judíos a seguir en lo sucesivo la ley cristiana, al estar la suya caduca. Un relato hagiográfico compuesto tras la muerte de Basilio sitúa bajo su mandato la peripecia de Constantino de Sinnada, un judío que se sintió cristiano por haber trazado, siendo aún muy joven, una cruz en la boca después de un bostezo, según la costumbre, y que se hizo en seguida monje. Sea

lo que fuera, Romano I dio a su vez un decreto de conversión en 932, que parece haber provocado un éxodo, tal vez hacia Jazaria, y luego hacia la Rusia kieviana, sobre cuya cultura la influencia judía fue directa e importante. La minoría judía no fue, pues, aniquilada en Bizancio, ni entonces ni más tarde, aunque no encontró el terreno adecuado para una floración comparable a la que se observa entonces en Italia, Renania o en tierras del Islam. Sin embargo, se observa permeable a la cultura bizantina, la cultura judía erudita o cuasierudita que produjo la curiosa descripción del rey Salomón que estaba en el hipódromo en medio de los cuatro colores, cuyo hebreo integra palabras griegas y cuyo autor conocía la capital, e incluso el palacio, tal vez en la primera mitad del siglo X. La situación de los judíos en Bizancio cambió después de 960.

Pero, ¿qué sucedió con la cultura de la mayoría? Ante todo conviene aclarar la ambigüedad que se desprende de este término. Refirámonos, por ejemplo, a la cultura material. Han llegado hasta nosotros muchos objetos entre los que algunos, marfiles, tejidos de seda, joyas y cerámica de lujo, remiten, si no al palacio, al menos a la élite. Pero también conservamos otros, procedentes de niveles más modestos de consumo, cruces y amuletos, iconos portátiles de piedra dura, cerámica ordinaria. Comprobamos, de todos modos, la uniformidad del repertorio iconográfico religioso y, por tanto, del sistema de representaciones y creencias. En cambio, la hagiografía de finales del siglo IX y del siglo X está a menudo más cerrada socialmente que la de los siglos V al VII, que pintaba un cuadro social muy diverso, incluso a través de sus tópicos. Los santos contemporáneos de Basilio y de sus sucesores son monjes, padres espirituales e interlocutores de los emperadores y los grandes personajes, como ya se ha dicho. El vulgo sólo ocupa en los relatos, en el mejor de los casos, un segundo lugar indiferenciado. Está presente, sin embargo, cuando los aldeanos de la región de Latros se dirigen a Pablo el Joven (muerto en 955) para pedir la lluvia, o cuando las gentes de Tesalónica se concentran al paso de Eutimio el Joven (muerto en 898) para tratar de tocarlo, los días que baja del monte Atos a la ciudad. El triunfo del monje, implícito en la restauración de 843, envite de todos los conflictos, de Constantino VI a León VI, es definitivo a mediados del siglo X. Será a lo largo de los siglos la voz común de la cultura bizantina a todos los niveles de la sociedad. Un monje que vive en un monasterio, sumiso al higúmeno, el recluido, el solitario, es sospechoso. Pero existe. Y la práctica religiosa, la representación del otro mundo, que serán los del helenismo moderno, afloran claramente en el siglo X.

BIZANCIO A LA BÚSQUEDA DE UN MURO PROTECTOR

La guerra no ha estado nunca mucho tiempo ausente de nuestra exposición. Sus armas siguen siendo las mismas: los navíos de guerra, los dromones, atacan por mar; por tierra, el primer papel en las batallas campales corresponde a los escuadrones de caballeros que vemos aún galopar en algún que otro evangelio del siglo XI, con el torso protegido por una cota de mallas, un casco de hierro en la cabeza y una adarga triangular o redonda en el brazo izquierdo; intervienen también tropas más ligeras, sobre todo arqueros, mientras que la frontera oriental es el teatro de la guerrilla de los *akritai*, sus guardias. Florecen ya los valores,

que alcanzarán en su pleno desarrollo después de 960, de Nicéforo Focas, convertido en el emperador Nicéforo II, hasta Alejo I Comneno. Los tratados tácticos, el más insigne de los cuales se debe al propio León VI, nos sirven de testimonio tanto como la historiografía. No porque esta última dé el protagonismo, como lo hará a partir de 960, a la victoria militar del emperador, y con razón. Más bien demuestra sin cesar a su lector que las promociones políticas proceden de la proeza guerrera. Así pues, los personajes que acceden al primer plano de la escena actúan en el marco de la institución militar que conocemos. Las fuerzas centrales (*tagmata*) están bajo las órdenes del *domestikos* de los *scholai*, su cuerpo más importante. Como siempre, hay también mercenarios extranjeros, y a principios del siglo X, sobre todo, «rusos», los *Rôs* (palabra que hacía referencia al elemento escandinavo del joven Estado de Kiev); asimismo, se encuentran hombres reclutados en el Imperio. Las fuerzas themáticas se fundan en parte en el servicio de los poseedores de bienes militares, pero también en el reclutamiento a título de prestaciones fiscales. Por último, está atestiguada también la antigua costumbre de instalar bárbaros en los lotes de tierra a cambio de un servicio armado.

Evidentemente, el emperador sigue siendo el jefe supremo de la guerra. Hemos visto en el capítulo precedente dónde se libraba: Oriente y el Cáucaso; Bulgaria, la costa norte del mar Negro, y Kiev; el Mediterráneo oriental y central, y el Adriático de Tarento a Venecia. Se combina constantemente con otras relaciones, a menudo sobre los mismos ejes, como el comercio a gran escala, la misión y las embajadas. Y todas juntas, como ya hemos visto, imprimen al mundo de este tiempo las divisiones que se pueden aún reconocer en el nuestro: la cristiandad greco-eslava, la cristiandad latina, el Islam. También vimos cómo Bizancio vuelve a encontrar, en la periferia que se afana en constituirse en país eslavo desde el siglo XI, el doble poder cristiano del papado y del Imperio Carolingio, y posteriormente del Imperio Otomano, en tanto que el Islam le disputa en el Este las viejas formaciones cristianas del Cáucaso y el camino mesopotámico.

Bulgaria, espejo de Bizancio

A esto se añade, a partir de Basilio I, la convergencia y el choque de los tres poderes en el Mediterráneo central: Sicilia y la Italia meridional constituyen tal vez el envite más significativo de las guerras de los siglos IX a XI. Y, por otro lado, al este de la cristiandad los datos iniciales del período engendran su propio cambio: la Bulgaria cristiana, nacida del modelo bizantino, evoluciona hasta convertirse en un doble, a pequeña escala, de Bizancio, su asociado y adversario al mismo tiempo, frente a los pueblos turcos aún no cristianos que se apiñan en las bocas del Danubio, y frente al nuevo protagonista, el Estado, pronto cristiano, de Kiev.

El Estado búlgaro cae definitivamente por el lado de Bizancio bajo el reinado de Basilio I. El problema de Boris, convertido en Miguel, era, como vimos, encontrar en la cristianización el armazón ideológico de la monarquía, frente a los boyardos apegados al viejo politeísmo, pero también, y por la misma razón, asegurarse una Iglesia que fuera el soporte del poder, y no el medio de una dependencia de cara a un poder externo. De aquí sus vacilaciones entre Roma y Cons-

tantinopla. Boris, que consideraba insuficiente la reacción romana a su carta de 866, se vuelve hacia Bizancio. En 870, un concilio celebrado en la capital del Imperio decidió la incorporación de Bulgaria a la jurisdicción del patriarca ecuménico, con una relativa autonomía. Y, muy rápidamente, la alfabetización eslava del cristianismo bizantino ofrece la mejor solución. En 885, a la muerte de Metodio, sus principales discípulos son expulsados de Moravia por la influencia victoriosa de la misión franca. Clemente y Naum llegan a Plisca, llevando consigo libros en lengua eslava, lo que supone un decisivo desarrollo de la cristiandad local. Clemente evangeliza Macedonia, en torno a Prespa y Ohrid, anexionada a Bulgaria en la primera mitad del siglo IX, y se convierte en obispo de Ohrid en 893, mientras que Naum, antes de reunirse con él, actúa en los alrededores de Plisca y del monasterio real, otorgado por Boris-Miguel sobre el modelo bizantino, San Panteleimón de Preslav. En 889, Boris abdica y se hace monje. Le sucede su hijo mayor Vladimir, que se pone de parte de los boyardos y se enfrenta al clero y a la alianza franca. Boris-Miguel entra en Plisca en 893. Ciega y encarcela a Vladimir, convoca una asamblea que proclama zar a su segundo hijo, Simeón, educado en Constantinopla, y decreta el traslado de la capital a Preslav.

Se rompe así todo lazo con el pasado búlgaro, en el sentido turco de la palabra, para el mayor provecho tanto de la monarquía como de una unidad nacional ya fuertemente eslavizada. La decisión de 893 implica también la sustitución del eslavo por el griego como lengua oficial del Estado y la Iglesia. La escritura glagolítica es sustituida por la escritura «cirílica», siempre en uso, mucho más flexible y próxima a la escritura griega. Bizancio mantiene una política que asegura la más eficaz aculturación, a través de las traducciones de su literatura religiosa e incluso profana, y de la difusión de su iconografía. Simeón se convierte en el «hijo» del emperador, el más cercano, pues, en la metáfora familiar, que organiza el mundo en torno a él a los ojos de los bizantinos. El reinado de Simeón (893-927) supone para Bulgaria una edad de oro política, cultural y militar, en la que se forma la coyuntura bizantino-búlgara del siglo X. Bulgaria se convierte entonces en un segundo Bizancio, hasta el punto de que Simeón reivindicará para sí mismo el título de *basileus*; y arrostrará sobre su propia retaguardia las presiones de los pueblos eslavos y turcos, cuyas peripecias se enfrentaron con las de la política bizantina en el mismo terreno, las llanuras de Ucrania y del Danubio.

La crisis estalla en 894, cuando el monopolio del comercio búlgaro se otorga a dos comerciantes de Grecia, Estaurico y Cosmas, «amigos» de Estiliano Zaucés. Éstos trasladan la sede de Constantinopla a Tesalónica, medida perjudicial para los búlgaros, en cuanto apartaba del tráfico la ruta Plisca-Constantinopla. Además, las mercancías búlgaras se veían afectadas por elevados gravámenes. Simeón invade entonces Tracia. León VI hace intervenir en contra de él en 895 a los magiares de la región situada entre el Dniéster y el Prut, mientras que la flota bizantina bloquea las bocas del Danubio. Simeón replica empujando a los magiares más allá del río y lanzando contra ellos a los pechenegos instalados en el Dniéper. Los magiares, quebrantados, se dirigen hacia el oeste, y de su definitiva instalación en la llanura danubiana surge Hungría, con el apoyo germánico, en detrimento del Estado moravo, cuya destrucción consuman. Entran así en escena otros dos pueblos turcos. Los magiares no son recién llegados, ya que habían alcanzado el Danubio en 837. Los pechenegos siguen a su vez la trayectoria clásica

de los pueblos de la estepa, y los volvemos a encontrar como la gran fuerza complementaria al norte del Danubio, durante todo el siglo X y la primera mitad del XI, sin que nunca su organización nómada se fije de forma estática.

En 896 se restablece la paz mediante un tributo anual pagado por Bizancio. Pero tras la muerte de León VI en 912, su hermano Alejandro suspende el pago, antes de morir, él también, en 913. Valiéndose de este motivo, Simeón ataca y alcanza en septiembre del mismo año las murallas de la capital. Pero el fondo del problema no era en realidad ése. La lección política de Bizancio y la grandeza de su propio reino, y sin duda también la minoría del porfirogeneta Constantino VII, habían inspirado otro propósito al búlgaro educado en Constantinopla: convertirse en *basileus*, es decir, no sólo desmultiplicar el poder imperial por un *basileus* de los búlgaros, sino centrar en Bulgaria el poder del *basileus* de los romanos. Una prodigiosa aplicación del modelo que muestra hasta qué punto sigue siendo único al este de la cristiandad del siglo X. El patriarca Nicolás, situado por la minoría de edad de Constantino a la cabeza de los asuntos, le escribe cartas sobre este tema que hemos conservado. El ataque de 913 le abre a Simeón las puertas de la capital, donde se le promete que una de sus hijas se casará con Constantino, y donde el patriarca coloca sobre su cabeza una corona que fue en realidad, según se dice, acompañada de la fórmula «*basileus* de los búlgaros». Pero Simeón no lo entendió así: tenemos constancia al menos de un sello, de plomo y no de oro, cuyo texto griego le da el título de «*basileus* de los romanos». Las hostilidades prosiguieron, y el matrimonio de Constantino VII con la hija de Romano Lecapenos no hizo más que avivarlas, pues fue una de sus causas. De septiembre de 914, y la apertura de las hostilidades por Simeón, hasta 924, y su último ataque contra Constantinopla, tienen lugar diez años de guerra, en cuyo curso las dos potencias, Bizancio y Bulgaria, intentan por igual poner en juego a pueblos secundarios, los servios eslavos y cristianos, y los pechenegos paganos y turcos. Simeón muere en 927 y su hijo Pedro hace las paces, acepta el compromiso rechazado por su padre, con un tributo anual bizantino, y recibe como esposa a una nieta de Romano I Lecapenos, María: una sutil solución, que otorga a un asociado privilegiado una descendiente del emperador, pero no una porfirogeneta, afianzada según la fórmula familiar que caracteriza el sistema internacional centrado en Bizancio. Hemos visto que en el siglo VIII Constantino V se casaba con la hija del kagan de los jazares, convertida con este fin en la cristiana Irene. Hemos visto también que Boris de Bulgaria se convertía tras su bautismo en el hijo espiritual de Miguel III. El Imperio, único por definición, considera, pues, al creciente conjunto de soberanos como una familia. Y en esta familia el matrimonio búlgaro de María abre con precaución la categoría de las alianzas matrimoniales propiamente dichas, a las que Constantino VII consagra una larga reflexión en su tratado sobre la *Administración del Imperio*. A excepción de los «francos», las considera prohibidas para la descendencia porfirogeneta. La alianza de Basilio II con Svjatoslav de Kiev a través de la hermana del primero, Ana, resquebrajará este principio.

La paz de 927 permite a Bizancio recuperar su autoridad sobre los servios. La sociedad búlgara prosigue por su parte una evolución cuyas principales características son la eslavización, que absorberá en lo sucesivo a la vieja aristocracia de los boyardos, y la cristianización, que progresa fuera de las ciudades y repre-

senta un medio de unificación cultural y nacional. Una sociedad cada vez más compleja y al mismo tiempo cada vez más aculturada, como atestigua el desarrollo de la herejía bogomila bajo el reinado de Pedro (927-969). La fecha de su aparición está señalada por el sacerdote búlgaro Cosmas, en su célebre *Tratado* contra la secta, compuesto bajo el reinado del emperador Juan I Zimisces, y aún mejor por una respuesta del patriarca Teofilacto (933-956) a una consulta de Pedro sobre el problema. La enseñanza de la herejía, atribuida por el sacerdote Cosmas a un pope llamado Bogomil ('que Dios compadezca' o 'que ruega a Dios'), cuyo nombre es demasiado elocuente para ser ficticio, recuerda de manera insistente los temas dualistas de los paulicianos, su reprobación del mundo y sus poderes, comprendido el de la Iglesia, de la carne y de la procreación. Temas seculares en Oriente, como se ha visto, pero cuya procedencia es lícito buscar en una cristiandad nueva de los Balcanes: recuérdese a este respecto las llegadas forzadas de paulicianos a Tracia en el siglo IX, tras el desmantelamiento de su territorio, y posteriormente, cuando engrosan las filas de los ejércitos imperiales. Pero el *Tratado* de Cosmas muestra al mismo tiempo el terreno local en que el movimiento adquiere un evidente e incuestionable aspecto de descontento social contra la Iglesia integrada por obispos y monjes, y contra los ricos en general. Sin embargo, se estaba lejos de limitar su alcance, puesto que volveremos a encontrar a los bogomilas en el desasosiego religioso del siglo XI.

Cristianizar más lejos

Por lo demás, Bizancio y Bulgaria no están ya solas cara a cara. Los rusos aparecieron ya en el capítulo precedente. Tras su ataque de 860, una carta enviada por Focio a los patriarcas orientales daba cuenta de su conversión. Pero, sin duda, no fue más que formal, puesto que en 874 un acuerdo preveía la cristianización del Estado, para lo que el patriarca Ignacio designaba un arzobispo. El proyecto se ve comprometido por la llegada al poder de Oleg, hijo de Rurik: la historia del encuadramiento escandinavo de Kiev es comparable en este punto a la del encuadramiento proto-búlgaro en Bulgaria. La conversión real esperará la maduración política del Estado ruso, a finales del siglo X. A principios de ese siglo, los navíos rusos amenazan a los jazares y Constantinopla. Hemos mencionado más arriba los tratados firmados con los rusos en 907 y 911, que regulaban las disposiciones desde entonces en vigor para las embajadas y los intercambios en la capital. Los conocemos a través de la *Crónica de los tiempos pasados*, la crónica kieviana cuya tradición textual y crítica provocan más de una dificultad. En cambio, el ataque de 941 está atestiguado también por las fuentes bizantinas. La *Crónica* presenta además el texto de un tratado fechado en 944. Se encuentra allí la tarifa de rescate de los prisioneros hechos por los rusos, el cupo de seda que éstos pueden comprar, así como datos sobre la protección de los pescadores de Querson. La importancia de los rusos en el horizonte bizantino queda de manifiesto en el capítulo que les dedica, a mediados del siglo, el tratado de Constantino VII sobre la *Administración del Imperio*. Su evolución les conduce al problema de la cristianización y, en 957, Olga, viuda de Igor, recibe el bautismo en Constantinopla con el nombre de Helena, el mismo, como se recordará, de la

esposa de Constantino VII. Aquí también la historia búlgara parece repetirse, y en 959, en efecto, intenta también la solución latina y solicita un obispo y sacerdotes a Otón I.

La cristianización de los eslavos continúa siendo un envite de la rivalidad de poder con Roma y con el Imperio Carolingio. Al oeste, los servios, antaño convertidos bajo el reinado de Heraclio, y vueltos después al paganismo, piden misioneros y reciben el bautismo en el curso de los años 867-874, lo que refuerza la influencia bizantina en el nordeste del Adriático. Bizancio se enfrenta a Venecia y al problema de la piratería eslava: los piratas *narentani* son cristianizados bajo el reinado de Basilio I. Se enfrenta principalmente con Croacia, Roma y los francos. Pero las islas y las ciudades de Dalmacia siguen estando en la *commonwealth* bizantina hasta el siglo XII. Por último, el Adriático constituirá también un envite de la guerra con los árabes. El avance bizantino se pone de relieve por la creación del *thema* de Dalmacia entre 868 y 878, mientras que un estratega del Estrimón figura en la lista de las prelaciones de Filoteo en 900.

En el Cáucaso, el reconocimiento de una monarquía armenia se inscribe en la lucha secular entre Bizancio y los árabes en la región fronteriza del Tauro, en Armenia. La guerra pauliciana estaba allí a la orden del día en 867, como se recordará. Después de algunas tentativas infructuosas Basilio lleva a cabo, a partir de 871 y hasta 882, una reconquista triunfal que proporciona a Bizancio los puntos claves de la frontera, el Tauro y el Antitauro, así como los pasos del Éufrates. La posición territorial de los paulicianos es barrida, como ya vimos. En 885, Bagdad envía una corona al armenio Achot Bagratuni, como pago de un tributo, y Basilio hace lo mismo. La capital del reino es la del linaje, Bagaran. Achot, que muere en 891, y su hijo Smbat (892-914) combaten a los emires de Mesopotamia y de Acerbaidján y, tras ellos, consecuentemene, el linaje rival, los Ardzrunis del Vaspuracán, encuentra la oportunidad de obtener un apoyo. El reino bagratida experimenta, sin embargo, un apogeo a partir del primer tercio del siglo X, con Ani como capital, un desarrollo intelectual y monumental, contemporáneo, por lo demás, del primordial papel desempeñado por los generales armenios en Bizancio, a cuya cabeza se encontraba Juan Curcuas.

Inicio de la réplica contra el Islam

La guerra mesopotámica prosigue. Romano I continúa la empresa de Basilio I e inicia una verdadera reconquista hacia el este. Juan Curcuas toma Melitene en 934, después de muchos intentos. Lleva a cabo campañas triunfales en Armenia en 942 y en Mesopotamia en 943: este mismo año los bizantinos vuelven a apoderarse de viejas plazas como Daras, Amida y Nísibe. Asedian Edesa y la vieja ciudad les entrega el *mandylion*, la imagen de sí mismo que Cristo, según se decía, había enviado en vida del rey Abgar. La reliquia es conducida triunfalmente a Constantinopla el 15 de agosto de 944. Bizancio se encuentra enfrentada a los emires de la región, y sobre todo al de Alepo y Mosul, Saîf al-Dawla, de la dinastía local de los hamdanides, héroe legendario de la alta Siria árabe. Los cristianos son al mismo tiempo el envite y el medio de la lucha. Jefes y señores armenios están integrados en el dispositivo fronterizo, cuya organización prosi-

gue, siendo a menudo la *kleisoura* ('desfiladero') una primera etapa antes de la constitución del *thema*. Éste es el caso de Licando, mencionado en 908 y después hacia 916, y Sebasteia, mencionada antes de 908 y más tarde en 911. Igualmente son mencionados un *thema* de Carsianon desde 873, y entre 899 y 901 (lo más tarde en 911), un *thema* de Mesopotamia que no es más que un principado armenio cedido a León VI y del que el príncipe armenio de Taron se convierte en estratega entre 900 y 930. Todos estos hombres de la frontera van y vienen, pues, de una fidelidad a otra, como siempre, sin alejarse después de todo. Bizancio, por su parte, utiliza deliberadamente la cristiandad regional. Los armenios repueblan, desde el principio del siglo, las inmediaciones del emirato de Melitene, abandonadas por la derrota de los paulicianos. Ocupan el *thema* de Mesopotamia. Después de 950, e incluso bajo el mandato de Romano I, la migración armenia hacia el oeste reviste un carácter más regional y más masivo que la de los guerreros en busca de fortuna que se alineaban ante el emperador en los siglos VII y IX. Los *themas* fronterizos posteriores a 950 se reducen a menudo a una plaza fortificada donde reside el estratega. Son, pues, más pequeños y, por otra parte, calificados así frente a los «grandes» *themas* del interior, o incluso, cosa que es significativa, de «armeniacos» frente a los *themas* «romaicos». En efecto, sus fuerzas se componen de armenios, sirios jacobitas y también de paulicianos, familiarizados con el terreno, e incapaces, en cambio, de constituir una amenaza para la capital. Finalmente, durante el mismo período, las guerras de los grandes linajes armenios, de sus aliados georgianos y de los emires de Melitene, a principios del siglo X, son objeto de una historia propia, en las fronteras de Bizancio y del califato, conocida, o más bien accesible, a través de las fuentes armenias, sirias y árabes (cristianas y musulmanas) mejor que por las fuentes bizantinas, que no aportan aquí más que un complemento informativo. Es la historia de sociedades nacionales, insuficientemente exploradas aún, a pesar de investigaciones filológicas y arqueológicas prometedoras y ya fecundas, pero de la que al menos hay que subrayar su riqueza e importancia en el umbral oriental de la cristiandad.

No obstante, en los últimos años de Constantino VII, Saîf al-Dawla vuelve a tomar la delantera. Nicéforo Focas sustituye en 954 a su padre a la cabeza del ejército y consigue la victoria en el campo bizantino. En 958, el sobrino de Nicéforo, Juan Zimisces, entra en Samosata. Ambos están desde entonces en el camino que les conducirá al trono.

Progresos más inciertos en el Oeste

En el Mediterráneo la situación es diferente a causa tanto de los aliados como de las posturas enfrentadas. En el mar, de Rodas y Creta a Sicilia y al Gargano, la carrera árabe plantea a los ribereños y a los transportes marítimos un problema de seguridad. En Sicilia e Italia meridional, cualquier maniobra bizantina reviste necesariamente los contornos de la reconquista, del gran proyecto justinianeo, que renace periódicamente en la historia del Imperio para gloria de Basilio y su dinastía en los siglos IX y X, y para la de los Comnenos en el XII. Y, sin embargo, también allí el cuadro está dominado en 867 por los progresos árabes y modificado, respecto al modelo justinianeo, por el hecho carolingio y por la existencia de

los principados lombardos en el sur. Es evidente que las dos situaciones están relacionadas entre sí, cosa que salta a la vista leyendo, por ejemplo, las *Vidas* de dos monjes de la época, uno siciliano, Elías el Joven, nacido en Enna hacia 823 y muerto en Tesalónica en 903, y un calabrés, Elías de la Gruta (*Speleotés*), nacido en Reggio entre 860 y 870, y muerto hacia 960 en su convento. Ambos son fundadores de monasterios al pie del Aspromonte, en la punta extrema de Calabria. Ambos mantienen vínculos con Roma, puestos de manifiesto por el lugar que ocupa su estancia romana en su biografía. Y ambos navegan mucho y son empujados en particular hacia el Peloponeso por las circunstancias. Elías el Joven está, sin embargo, en contacto con el gobernador de Calabria y con León VI.

Dicho esto, la historia de las incursiones árabes en las costas griegas e italianas y la de las campañas marítimas en la Italia meridional tienen un alcance diferente. El dominio marítimo de los árabes se traduce en golpes de diversa magnitud. En 896, los habitantes de Egina huyen al continente a raíz de un asalto, que conocemos por la *Vida de Lucas el Joven*, cuya continuación tiene Grecia por escenario. En 904, una expedición conducida por un renegado bizantino, León de Trípoli, se aventura hasta los Dardanelos para atacar Constantinopla y luego se desvía hacia Tesalónica. El relato de la toma de la ciudad, hecho por el clérigo Juan Cameniatés, muestra que el apresamiento de cautivos para vender era un motivo para tales expediciones. Juan Cameniatés presenta a los asaltantes según el estereotipo bizantino del salvaje, a través del que se distingue, a pesar de todo, la considerable violencia del acontecimiento, cuya resonancia estuvo en proporción a la ciudad que afectaba. En 925, Oria sufrió un desembarco referido en una carta (en hebreo) del médico y filósofo judío Shabbetaï Donnolo, que pertenecía a la comunidad local ya mencionada aquí a propósito del decreto de conversión de Basilio I. Sin embargo, junto a los muertos y desaparecidos que producían estas incursiones, la proximidad árabe ofrecía también aspectos cotidianos. Un manuscrito fechado en 916 contiene la historia de Atanasia de Egina, que había perdido a su marido once días después de las bodas, durante una incursión árabe, y que obedece luego un decreto imperial que ordenaba a todas las viudas y solteras de la isla a tomar un esposo «bárbaro». Sin duda, el caso es ejemplar ya que este último se dejó persuadir posteriormente para hacerse monje... La circulación de monedas árabes, sobre todo las de los emires en Atenas, ha sido ya señalada, y el descubrimiento de un lugar de culto musulmán en la misma ciudad, mejor aún, el uso ornamental de caracteres cúficos en la decoración de las iglesias de las inmediaciones, manifiesta, alrededor del siglo X, una presencia árabe pacífica. En una palabra, un Bizancio marítimo se extiende de Sicilia a la Apulia y de Calabria a Tesalónica y el Egeo, donde la gama de contactos con el Islam es comparable en cierta medida a la que mencionamos a propósito del Bizancio continental en el este. Por ello, ese Bizancio de las islas y las costas está en relación incluso con el Asia Menor, a decir verdad, por el envite chipriota, y por las ofensivas marítimas de los emires de Tarso.

La política imperial apunta, pues, a dos objetivos, la reconquista de las rutas marítimas y la de Italia. El primero apenas será cumplido antes de la segunda mitad del siglo X. Sin duda alguna, Basilio cosecha de entrada éxitos en el Adriático. Libera Ragusa en 868 y toma Bari en 876 al emperador Luis II, que la había ganado a los árabes en 871. Esta victoria es el germen del futuro *thema* de Lon-

gobardía, uno de cuyos estrategas es mencionado por primera vez en 911, que se extiende, como su nombre indica, en detrimento de los príncipes lombardos de la región, o mejor dicho, por encima de ellos, como un eminente poder. En 885-886, una campaña victoriosa de Nicéforo Focas entrega a los bizantinos Amantea, Tropea y Santa Severina, mientras que en 901 los árabes toman Reggio. Hasta la mitad del siglo, la denominación administrativa sigue siendo la del *thema* de Sicilia, aunque más tarde la terminología se hace eco de los hechos: el tratado sobre la *Administración del Imperio* (entre 948 y 952) menciona a un estratega de Calabria. De este modo, Bizancio es de nuevo un asociado político y un adversario militar en la Italia del sur a partir del reinado de Basilio I. Y esta historia oficial se superpone a la de un helenismo provincial, cuya obediencia política se debe a Constantinopla y la religiosa a Roma. La conocemos por la literatura monástica a la que ya hemos aludido, una de cuyas partes se perdió en accidentes posteriores, y cuyos vestigios dan ya cuenta holgada de la rica complejidad de una cultura de confines, que sólo declinará lentamente tras la conquista normanda del siglo XI. Subsisten también restos arqueológicos cuyo inventario no se ha acabado de hacer, así como documentos de archivos muy excepcionales, cuyo número tal vez se acrecentará. Por último, el muy discutido problema de los dialectos griegos de Calabria, aún hoy en día vivos, forma parte, en todo caso, de la historia.

La extensión de Bizancio en la Italia meridional no resuelve el problema general de las comunicaciones marítimas. A lo largo del siglo X los árabes acaban, por el contrario, de cercar Sicilia, desde donde amenazan Calabria y donde, sin embargo, sobrevive el helenismo. Las claves del mar están de hecho en Creta y Chipre, y Bizancio fracasa allí, en 904 en Tesalónica, como vimos. La flota bizantina está al mando del *logothetos tou dromou* Himerio, que desembarca en Chipre en 910, tras una victoria en el Egeo en 905 o 906. Pero en 911, a la vuelta de una inútil expedición a Creta, su flota es destruida a la altura de Quío. Sin embargo, la segunda mitad del siglo IX es testigo de una importante reorganización de la marina bizantina. El *drongario* de la flota imperial se convierte en comandante supremo, apoyado por la oficina del mar. En 899 aparece la primera mención de un nuevo *thema* marítimo, el de Samos. Bizancio se apresta igualmente a un gran esfuerzo de construcción marítima, y fortifica algunos importantes puntos costeros como Tesalónica, tras el desastre de 904, y Atalia.

Alrededor de 950, Bizancio es, pues, al este de la cristiandad, un modelo imperial, una moneda, una cultura dominante, y su periferia, pero también una sociedad de guerreros y clérigos, de ciudadanos y campesinos, que hay que comparar con el Occidente contemporáneo. Pero, sin duda, no es una sociedad sin agitaciones. Es preciso ir descifrándolas a través del descontento fiscal de una provincia, la disidencia de una herejía, la disconformidad de una cultura regional o las empresas de un jefe militar. Todo esto compone la dinámica de una historia que prosigue su curso, tras la muerte de Constantino VII, hacia lo que hay que llamar con justicia, a pesar de una contradicción en los términos que no es sólo una en realidad, un Estado «feudal».

Capítulo 5

EL ÚLTIMO ESPLENDOR DE BIZANCIO

(950-1070)

Si es cierto que la primera mitad del siglo X tiene poco sentido en la historia bizantina, no cabe duda que, hacia 960, el imperio adquiere una nueva importancia internacional. Tras una primera fase de reconquistas entreverada de adversidades e incluso de desastres, será considerado a partir de ahora, y durante todo un siglo, como perpetuo vencedor. El período de los grandes emperadores militares que con Nicéforo II Focas (963-969), Juan I Zimisces (969-976) y Basilio II (976-1025) puede ser considerado, empleando un término que se ha convertido en clásico, como el de la «epopeya bizantina».

¿El Imperio por fin estabilizado?

Este término es, sin embargo, engañoso en cuanto sugiere un irresistible impulso caballeresco que debía conducir idealmente a la reconstitución del viejo Imperio Romano. Si se observa con más atención, se percibe que se trata de una empresa al mismo tiempo menos brillante y más meditada. De hecho, los años 960-976 ven realizarse una política a la que pocas cosas serán después añadidas. Se trata de establecer delante de las viejas «fronteras naturales» de Bizancio, Taurus en Oriente y Ródope en Occidente, un glacis destinado a evitar en lo sucesivo el ataque directo a un territorio imperial ya delimitado por los primeros macedonios.

De Damasco a Sicilia

En Oriente, la conquista de Creta (961) y posteriormente la de Tarso y Chipre (965) proporciona a Bizancio una hegemonía marítima que le permite desorganizar los vínculos musulmanes, en el mismo momento en que el imperio ataca Siria del norte y en que Nicéforo Focas se apodera de Antioquía (969). Sin duda, Zimisces va luego más lejos: sus campañas de 974 y 975 le permiten entrar en Da-

masco y someter casi toda Palestina, a excepción de Jerusalén. Pero hablar de «cruzada» sería excesivo y se puede incluso sostener que estos grandes emperadores fueron arrastrados más allá de los objetivos que se habían fijado. Tras la leyenda, según la cual Nicéforo Focas había renunciado a llevar a cabo el asalto final a Antioquía porque una predicción veía el signo anunciador de su muerte, se ocultan sin duda las vacilaciones de un soberano realista poco dispuesto a conquistas inútiles. Por lo demás, el aplastamiento del emirato de Alepo se tradujo no en su anexión sino en su desmembramiento, acompañado de un tratado de servidumbre, y es preciso recordar que, si Zimisces avanzó tanto en Asia anterior, se debió, en un principio, al ataque llevado a cabo contra Antioquía en 971 por los nuevos enemigos musulmanes, los fâtimíes de Egipto, que acabaron de volver a poner en peligro todo el equilibrio de la región.

En Occidente, Bizancio no pone en marcha tampoco una política de expansión incontrolada. En Italia, donde el peligro musulmán estaba poco más o menos conjurado desde 956, Bizancio desea más la solución pacífica que el enfrentamiento con el nuevo Imperio germánico: cuando Otón el Grande avanza en 968 hasta Benevento, Nicéforo Focas le envía una embajada encargada de proponerle paz y alianza. De hecho, en la crisis que desencadena la agresividad alemana hasta 972, la preocupación de Bizancio consiste, aquí también, en conservar su glacis defensivo, el de los principados lombardos de Salerno y Benevento. El matrimonio de Otón II con la princesa Teófano en 972 es la expresión de un profundo deseo de *statu quo*. Asimismo, por errónea que fuera la política de Nicéforo en relación a Bulgaria, reino ortodoxo y protegido por Bizancio, con el que estaba en paz desde hacía 40 años, no parece que el emperador tuviera nunca la intención de hacerla desaparecer. Sin duda, encarga al príncipe de Kiev, Svjatoslav, «castigar» a los búlgaros, pero se reconcilia con estos últimos tan pronto como ve a los rusos instalarse en su país. Y es mucho más el peligro ruso y pechenego que el deseo de conquista lo que conduce a Zimisces, tras el aplastamiento de Svjatoslav en 971, a anexionar la mayor parte de Bulgaria e incorporarla a los marcos administrativos del imperio: allí, Bizancio se reserva aún un glacis defensivo cuyo límite no podía ser otro que el Danubio. De hecho, la «epopeya bizantina» ilustra perfectamente la ideología que se desprende de las colecciones de «tácticas» precedentes de la primera mitad del siglo: es significativo que León el Diácono escriba del gran conquistador Zimisces que «apreciaba mucho más la paz que el combate, pues sabía que, mientras la primera proporcionaba la salvación a los pueblos, el segundo producía su destrucción».

El más glorioso de los soberanos bizantinos, Basilio II, no fue una excepción: un estudio a fondo del vocabulario probaría que, en los textos del siglo XI concernientes al reinado de este emperador que estuvo casi siempre en guerra, los términos con connotación defensiva son frecuentemente empleados. Siguiendo a Psellos, podemos decir que pasó su tiempo «rechazando las incursiones de los bárbaros y defendiendo las fronteras». ¿Acaso no les dice a sus soldados, cansado de la rigurosa disciplina que les impone: «Bien mirado, podríamos dejar de guerrear»? La disminución, bajo su reinado, de las operaciones en Oriente da buena prueba de que Basilio apenas pensaba en otra cosa que no fueran retoques en una frontera casi definitiva: mientras que las expediciones sirias de 994 y 999 son respuestas a los ataques fâtimíes y acaban en una larga tregua, las conquistas y

anexiones en la Iberia caucasiana y en Armenia, que finalizan en 1023, tienen como objetivo, sobre todo, reforzar las defensas imperiales frente a las migraciones, en lo sucesivo amenazadoras, de los turcos seldjûqíes. Sin embargo, Basilio se ve obligado a guerrear durante casi todo su reinado en los Balcanes: las conquistas de Zimisces no habían alcanzado los territorios situados al norte y al oeste de Iskar, y es en estas regiones donde nace, aprovechando los disturbios provocados por las revueltas del principio del reinado, el imperio búlgaro-macedonio de Samuel que, en el momento de su mayor expansión, hacia el año 1000, toma los Balcanes al sesgo y luego el Adriático hasta el mar Negro, desorganizando el glacis danubiano y cortando las relaciones terrestres de Bizancio con Occidente, cuyo puerto de Dyrrachium era clave. El imperio lleva a cabo, pues, una lucha por su supervivencia de 986 a 1018, fecha en la que, tras estas sangrientas guerras, Bulgaria y Macedonia son finalmente incorporadas al mundo bizantino, al que servirán de escudo a lo largo de casi dos siglos. Aproximadamente al mismo tiempo, Basilio realizaba otra obra de consolidación en Italia del sur que, liberada de las razzias musulmanas merced a la ayuda de Venecia y Pisa, y unificada en los marcos de un catepanato, da pruebas, en resumidas cuentas, de una verdadera lealtad en el momento de la sublevación del lombardo Meles, entre 1009 y 1018. El vencedor de este último, el catepán Basilio Boiohannis, puede constituir entonces el glacis defensivo de la provincia, en primer lugar asegurándose la sumisión de los principados lombardos y, sobre todo, edificando en Capitanata, la zona más expuesta, una línea de fortificaciones cuya eficacia queda de manifiesto cuando el emperador germánico Enrique II fracasa, en 1021, al intentar asaltar su principal ciudadela, Troia. Esta obra debía ser completada por una reconquista de Sicilia, efectivamente comenzada en 1025, pero que se malogra en seguida a raíz de la muerte del emperador.

Los límites de un equilibrio perfecto

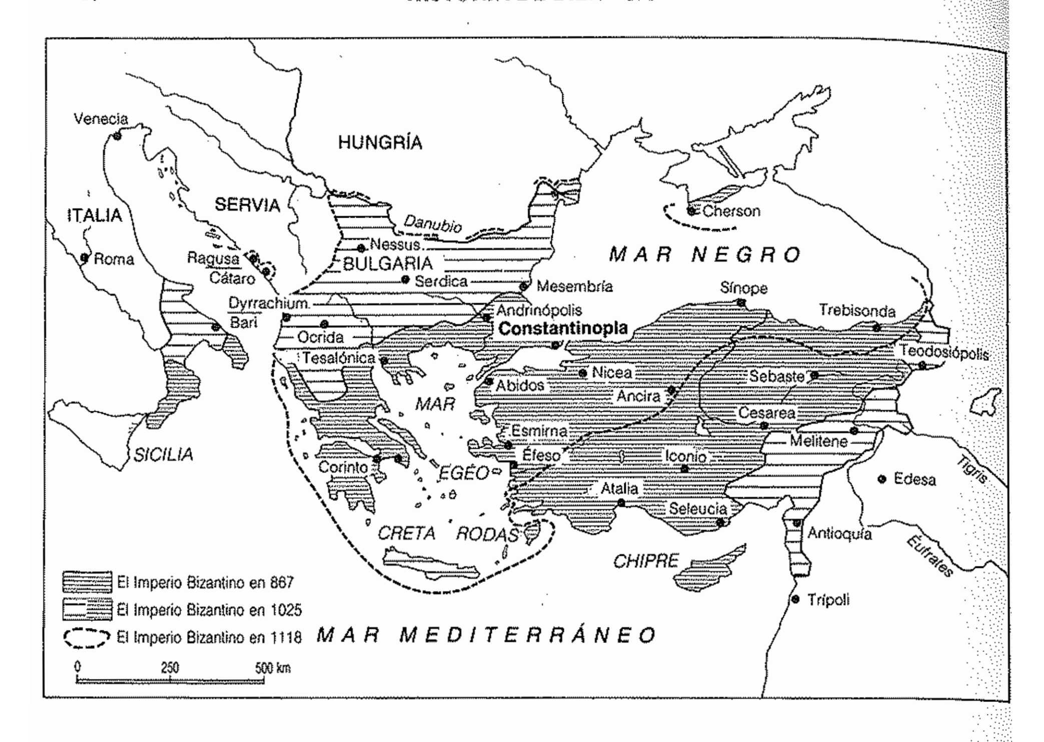
Que la obra llevada a cabo entre 960 y 1025 tendía a una definitiva estabilización del imperio es un hecho confirmado por las grandes mutaciones administrativas que la sostienen y expresan al mismo tiempo. Desde la época de Romano Lecapeno, se ven aparecer, sobre las franjas nuevamente conquistadas, pequeñas circunscripciones centradas alrededor de una o varias fortalezas que, aunque llevan también el nombre de «themas», no se confunden con los «grandes themas romanos», más antiguos: desempeñan el papel de las viejas *kleisourai* ('clisuras'), y tienen por objetivo desde el reinado de Nicéforo Focas la transformación de las fronteras orientales, tanto en Oriente como en Occidente, en una verdadera línea fortificada sustraída a las reglas administrativas comunes y donde se fragua, entre los defensores que son a menudo destinados allí, un estado de ánimo heroico que no excluye sin embargo la comprensión e incluso la amistad con el adversario, tal como se puede apreciar en las «canciones fronterizas» entre las que, la más conocida, la gesta de Digénis Acritas, se constituye precisamente alrededor de los siglos X y XI. Sin embargo, detrás de estos glacis protectores, la administración del imperio se adapta a una situación de paz que se cree firmemente durable: la función del estratega, que expresaba la más sólida unión de los poderes civiles

y militares, se debilitó poco a poco, sin duda en diferente proporción según las regiones, hasta el punto de que, a finales del siglo XI, el mismo término de estratega habrá vuelto a tomar su simple sentido original de «comandante del ejército en campaña». Por el contrario, resurge en las provincias la vieja función de *krités*, cuyo titular reagrupa en sus manos todas las responsabilidades jurídicas, administrativas y fiscales de la jurisdicción; en cuanto a las funciones militares, corresponden a los *duques*, jefes de los destacamentos del ejército central o *tagmata* que, hasta finales del siglo XI, no son destinados a una unidad administrativa precisa. Lo esencial es aquí la pujante vuelta de una administración civil que expresa bien el sentimiento, general en la primera mitad del siglo XI, de que el imperio ha llegado por fin a este estado de equilibrio perfecto que fue siempre su ideal.

Es cierto que este equilibrio fue mucho más duradero de lo que se ha dicho normalmente: el imperio mantiene grandes cimientos al menos hasta los años 1060, y en medio de un estado de ánimo generalmente pacífico que no debe nada al predominio de una pretendida «nobleza civil». Es muy significativo el hecho de que es un emperador militar, Isaac I Comneno (1057-1059), quien rehúsa anexionar los territorios que le eran ofrecidos libremente, subrayando que «para tales anexiones, es necesario mucho dinero, brazos esforzados y una reserva suficiente, y que cuando no sucede así, el aumento es la disminución». Se puede decir, pues, que la política de los sucesores de Basilio II, al menos hasta la extinción de la dinastía «macedonia» en 1056, fue coherente con la línea fijada desde la consolidación de las fronteras. Este es el sentido de la campaña de Miguel IV contra los sublevados búlgaros en 1041 o el de la reacción contra la invasión rusa de 1043. Lo mismo ocurre con la campaña victoriosa de Jorge Maniaqués en la Sicilia oriental, aun cuando es en vano por la sublevación de este último, o con la anexión del reino armenio de Ani en 1045. En estos dos últimos casos, se subrayará que se trata de empresas destinadas a concluir el plan de Basilio II, que quedó incompleto precisamente en estas dos direcciones.

Una política tan consciente y tan ordenada acabó por modelar una mentalidad a la vez orgullosa y pacífica fundada en el sentimiento profundo de que el edificio bizantino es a partir de ahora perfecto e inquebrantable. Es así como las escasas actitudes ofensivas de algunos soberanos son generalmente reprobadas como verdaderos atentados contra la moral: cuando Romano III Argiro ataca en 1030 el emirato de Alepo sin que mediara ninguna provocación y violando los tratados, Psellos se pone de parte de los musulmanes y no encuentra palabras suficientemente duras para reprobar la actitud del emperador. Por lo demás, es simbólico ver a este último «arrepintiéndose de lo que había hecho», y entregarse en lo sucesivo a una gestión puntillosa de las finanzas públicas. Sin duda, es Ana Comneno quien mejor expresó este estado de ánimo a principios del siglo XII: «Empujar a los vecinos a la guerra por su propia acción, cuando las cosas están tranquilas —escribe— es la característica de los malos príncipes. Pues la paz es el objetivo de la guerra». Ana Comneno utiliza aquí una fórmula que, sin duda, no habría desaprobado Basilio II.

Tal actitud sólo era sostenible a condición de que nada cambiara ni en el mundo ni en el imperio, y es verdad que los bizantinos creían que este supuesto podía ser realidad. Pero a las mutaciones internas, a las que volveremos a referirnos, se añaden graves trastornos en casi todas las fronteras, desde mediados de siglo.



El Imperio bizantino del siglo IX al XIII

En Italia, los normandos, utilizados en un principio como mercenarios por los príncipes lombardos, están en las fronteras bizantinas desde antes de 1050: en 1053, aplastan a la vez al duque Argiro y a su aliado, el papa León IX, y el ritmo de los acontecimientos se acelera cuando Roma ofrece la toma de posesión de las provincias bizantinas a Roberto Guiscardo. A pesar de una fuerte resistencia que ilustra el real sentimiento de pertenencia de estas lejanas zonas al cuerpo del imperio, Calabria es conquistada en 1060 y, con la caída de Bari en 1071, el poder imperial es definitivamente expulsado de Italia. En cuanto al Danubio, ya atravesado por los pechenegos en 1048, es francamente rebasado por los oghuzs en 1065 y Constantino X Ducas se ve obligado a instalar a estos turcos en Macedonia. Por último, en Oriente, la paz con los fâtimíes no compensa el progreso de los turcos seldjûqíes, que arrasan Armenia desde 1048. Sin duda, las defensas resisten y los turcos sufren grandes derrotas, pero, tras la toma de Ani en 1064, sus expediciones les conducen hasta el corazón de Asia Menor. Al término de un contraataque, marcado por verdaderos éxitos, Romano IV Diógenes será finalmente aplastado y hecho prisionero en Mantzikiert, Armenia, el 26 de agosto de 1071.

De 960 a 1071, el imperio no pasa sólo del triunfo a las dificultades: conviene observar que su propio centro de gravedad se desplaza entonces lentamente de sus provincias orientales, que aún a finales del siglo X desempeñaban un papel

preponderante en sus destinos, hacia sus territorios balcánicos que no son por azar el teatro esencial de las guerras desde el reinado de Basilio II. En seguida veremos las causas, pero señalemos ya cuán fundamental es esta mutación de un imperio básicamente asiático en un Estado cada vez más europeo.

En todo caso, en este año de 1071 en que caen simultáneamente las defensas orientales y las provincias de Occidente, es posible interrogarse sobre los factores internos de un equilibrio tan largo y de una caída tan rápida.

Un mayor número de hombres alrededor del Egeo

Es de suponer que el imperio no pudo conocer tal floración sin una demografía ampliamente positiva, aunque haya una gran carencia de documentos sobre la materia. No insistimos sobre el papel que pudo desempeñar el aspecto «poblacionista» de la doctrina cristiana. Sin duda, la gran familia patriarcal, de la que Job quedó como modelo, es una imaginería corriente que se refleja en las miniaturas de los manuscritos y en los textos literarios: la epopeya de Digénis Acritas recuerda que, en la familia del héroe, había «doce tíos y seis primos». Pero los estereotipos son tan frecuentes en este dominio que no se puede, en realidad, sacar nada en claro. Más o menos lo mismo puede decirse del papel «incitador» del derecho canónico, que teóricamente favorece los matrimonios precoces, fijando la nubilidad en los doce años para las hembras y en los catorce para los varones; todo lo que se puede afirmar es que tales matrimonios eran frecuentes, como testimonia, en el siglo XI, la decisión del patriarca Germano recordando que una virgen casada «antes de la edad» y desflorada debía ser separada de su marido. De hecho, se sabe lo que valen estos factores doctrinales frente a las necesidades más materiales: tanto entre las clases ricas como entre las más pobres, la preocupación por preservar el patrimonio conduce además tanto a casar a los hombres muy jóvenes como a reducir el número de herederos, a imagen de la familia imperial, tan poco prolífica durante dos siglos.

Es evidente que hay que atribuir más valor a la seguridad recobrada en el interior de las fronteras. Desde el principio del siglo X, las incursiones árabes no afectan ya ni a Asia ni a Europa y en esta última región las incursiones húngaras y eslavas no son más que un recuerdo. Sin duda hubo pérdidas militares, tanto en las guerras de Oriente como durante las campañas búlgaras, sin olvidar el episodio de las luchas civiles (sublevaciones de Escleros y Bardas Focas, entre 976 y 989), pero no se pueden cifrar y debe tenerse en cuenta que, sin duda, no fueron acompañadas de graves derramamientos de sangre entre las poblaciones civiles. Estas guerras raramente se desarrollan sobre el territorio imperial y no tenemos ninguna razón para creer que la expansión búlgara en la época de Samuel fuera especialmente homicida. Lo que se puede afirmar, en todo caso, es que las partes asiática y europea del imperio no conocieron, en la época considerada, una misma evolución demográfica.

Asia Menor, que estaba sin duda en la cresta de la ola a mediados del siglo IX, debió verosímilmente a la paz un crecimiento que ningún factor externo llegó a enturbiar hasta alrededor de 1060: la prosecución de la floración urbana, de la que la multiplicación de sedes episcopales es una prueba, exactamente igual que

la arqueología, es, a este respecto, un importante indicio. Además, conviene recordar que la prosperidad de las ciudades no implica la de la población de los campos y que incluso puede ser el signo de un éxodo rural acelerado. Ahora bien, veremos que en los siglos X y XI, Anatolia es la región, por excelencia, donde se opera más rápidamente la concentración de la propiedad, lo que prueba desde luego que la explotación del suelo es cada vez más rentable pero en modo alguno que el mercado local se incremente mucho, ya que, por el contrario, Asia Menor parece convertirse en una especie de mercado «colonial» encargado de abastecer al resto del imperio. Es evidente que este sistema, al desposeer a muchos campesinos, sólo pudo acelerar el éxodo hacia las ciudades locales, y tal vez incluso hacia las provincias europeas. Por esto debemos ser muy prudentes. Hacia 1060 todavía, Asia Menor debía estar poco poblada, hecho del que poseemos al menos dos indicios: en primer lugar, la política de colonización extranjera llevada a cabo, desde finales del siglo X en Anatolia oriental y central, y luego el panorama del país que nos ofrecen las crónicas en vísperas de la invasión turca, que da la imagen de una región con amplias extensiones vacías y sin recursos, solamente puntuadas de plazas fuertes, etapas de los ejércitos imperiales. Un cuadro inquietante que hace pensar que, una vez rotas las defensas fronterizas, nada podrá ya oponerse al desencadenamiento de un eventual enemigo: tanto antes como después de 1071, los seldjûqíes apenas encontraron obstáculos del Tauro al mar Egeo. Además cabe recordar que Anatolia presenta importantes matices regionales: al interior deprimido se oponen las costas más resistentes y sin duda incluso en auge, sobre todo en el litoral egeo, y las zonas orientales de escasa población en contraste con las provincias occidentales más densamente ocupadas a las que los turcos se aferrarán durante cerca de tres siglos.

En Europa la situación es muy diferente. Ciertamente, los progresos de ciudades como Tesalónica, Serres, Demetria, Corinto, Tebas, Patrás y Esparta, de las que hablaremos más adelante, no deben ser subestimados: hacia el final del siglo X, la *Vida de Nicón el Metanoita* apenas permite ver en Esparta más que una gran aldea, parapetada detrás de sus murallas. Sin embargo, estos progresos son reales, y Al-Idrîsî, en el siglo XII, subraya la riqueza del Peloponeso, donde enumera al menos 50 «ciudades» entre las que considera 16 como muy importantes. Además, este crecimiento tiene lugar en un contexto muy diferente: excepto en Tracia, en Bulgaria y en la llanura albanesa, los Balcanes son un país cortado, poco favorable a la constitución de propiedades muy grandes, de manera que el campesinado libre resiste allí mucho mejor, lo que implica a su vez una mejor ocupación de los campos y una relativa modestia de las ciudades. La salud demográfica de la población helénica es particularmente destacable, como atestigua la instalación de numerosos griegos en los países vecinos o conquistados, sobre todo en Bulgaria. Desde antes de 969, la helenización es tan fuerte en el reino búlgaro que se pudo ver en ella una de las causas de su sublevación e incluso de la protesta social de los bogomilos. Tras la anexión de 1018, se asiste a un movimiento colonizador en Bulgaria que testimonia a la vez el dinamismo griego y una cierta atonía de las poblaciones búlgaras que Basilio II se esforzó, por lo demás, en proteger contra esta excesiva expansión. Subrayemos que es inútil buscar un movimiento semejante de poblaciones griegas hacia las provincias conquistadas, en la misma época, en los confines asiáticos.

Otro matiz distingue zonas europeas y asiáticas. Desde la época de León VI, Europa apenas ve ya llegar estas colonias extranjeras que los emperadores instalan allí, sobre todo desde el siglo VIII, a fin de llenar los vacíos. Sólo una importante excepción, el establecimiento de los pechenegos en Bulgaria y Macedonia, después de 1048 y sobre todo después de 1064, no hace más que confirmar la relativa debilidad demográfica de los Balcanes septentrionales. Por el contrario, Asia es la tierra elegida por estas migraciones, voluntarias o provocadas, al menos desde el reinado de Nicéforo Focas. Se trata en primer lugar de repoblar las regiones fronterizas, Siria, Cilicia y Mesopotamia, cuya población musulmana habían deportado sistemáticamente Focas y sus sucesores como medida de seguridad: en Mesopotamia, y sobre todo en la región de Melitene, el gobierno imperial favorece, desde 965, la inmigración de los sirios jacobitas de la que da testimonio, entre 963 y 1072, la aparición de 56 monasterios y alrededor de 30 sedes episcopales no mencionadas hasta entonces. Además, en 1096, Melitene aparece como una ciudad fundamentalmente siria, tal vez poblada por 70.000 habitantes, mientras que estaba abandonada en 934. Ciertamente, esta política tuvo la ventaja de reactivar regiones profundamente deprimidas, pero se ha subrayado con razón que no consiguió su objetivo, que era el de reforzar la frontera: la instalación de estas comunidades sirias, cuyos hermanos continuaban viviendo en tierra islámica, tuvo ante todo por efecto diluirla y convertirla en una especie de *no man's land*. Por razones diferentes, la colonización armenia, que se acelera sobre todo después de 990, no tuvo mejores resultados. Los armenios, doctrinalmente menos sospechosos que los sirios, establecen colonias militares en la Siria reconquistada (Tarsis, Chaizar) y colonias mercantiles desde Antioquía hasta Atalia, pero su inmigración es masiva sobre todo en Capadocia, desde Sebaste a Cesarea. Estas migraciones, sin duda provocadas originariamente por el dinamismo demográfico de Armenia, se acentúan con los primeros ataques de los turcos, dueños de Drin en 1021, y Basilio II, preocupado por poblar estas zonas casi desiertas, las favorece con una política de tolerancia religiosa y de considerables donaciones de tierras a los señores armenios emigrados o deportados. Aquí todavía, un país abandonado fue revalorizado, pero la amplia autonomía dejada a los grupos armenios condujo a la reconstitución, en pleno territorio imperial, de la estructura social, casi feudal, de la Armenia independiente, lo que hizo de ella una zona aberrante, mal controlable por la administración regular, sobre todo cuando, tras las grandes expediciones turcas de los años 1070, la inmigración armenia se transforma en un éxodo masivo. Recordemos, sin embargo, que la aportación armenia fue benéfica en el resto del imperio. Desde el siglo X, apenas hay una ciudad bizantina que no tenga su colonia armenia, lo que refuerza la población y acentúa su dinamismo; la alta administración y el propio trono no son inaccesibles a estos armenios, cuyo mejor ejemplo lo constituye el emperador Juan Zimisces.

En un dominio donde subsisten tantas incertidumbres, dos hechos esenciales pueden, pues, ser considerados seguros. En primer lugar, el saldo demográfico global del imperio parece positivo al menos hasta mediados del siglo XI. Este hecho se ve favorecido, además, por la ausencia de cualquier gran epidemia durante el período considerado; los únicos casos conocidos de «peste» son los de Esparta en 990 y Constantinopla hacia 1010. Por el contrario, es significativo que se manifieste una grave epidemia, sobre todo en la capital, en 1053-1054, acrecentando

aún más las dificultades del momento. No puede pasar desapercibido el hecho, registrado en la misma época, de que el conjunto del mundo musulmán conoce una curva demográfica descendiente, lo que, fuera de toda expansión masiva de la población bizantina, basta para hacer inclinar la balanza en favor del imperio. Posteriormente, y sobre todo, a partir del siglo X, y aún más en el XI, la parte europea del imperio inicia un avance decisivo sobre sus provincias asiáticas, en lo que se refiere al número de hombres, lo que tiene como consecuencia la inversión radical de los datos tradicionales de su geopolítica. Puede añadirse que este movimiento es irreversible. Todavía en el siglo XII, los territorios asiáticos reconquistados a los turcos continúan despoblándose regularmente. Por el contrario, Europa experimenta una progresión moderada, pero el ritmo es regular y duradero, ya que los Balcanes no son alcanzados por la gran catástrofe de 1071. Además, aprovechan, en una medida imposible de determinar, los reflujos provocados por las invasiones turcas y normandas. Hacia 1080, Bizancio parece haberse convertido en un imperio egeo.

RESPLANDORES Y TORMENTOS

Esta población más numerosa vive por lo general en el campo y, como es el caso por doquier en la Edad Media, sus recursos son los principales cimientos del imperio.

La agricultura continúa siendo vital

Ahora bien, a pesar de la extrema escasez de nuestra documentación en este terreno, se puede afirmar que la agricultura bizantina es de las más tradicionales: no hay en Bizancio ninguna huella de la «revolución agrícola» que caracteriza al mundo musulmán desde el siglo VIII, ni tampoco nada semejante a los grandes movimientos de roturación que llevan al mundo occidental, en el siglo XI, hacia un decisivo progreso. Este carácter tradicional explica cómo los *Geoponika*, colección agronómica reunida sin duda bajo el reinado del Porfirogénito, pudo convertirse en uno de los textos más copiados en Bizancio. Aunque urdido a base de fragmentos tomados de los agrónomos griegos y latinos, debió, sin embargo, estar perfectamente adaptado a las producciones y las técnicas de los siglos X y XI.

También podemos hacer pronto la lista de los productos de la tierra. Al lado de los omnipresentes cereales, pueden verse las leguminosas (guisantes, judías de Europa, arvejas) que suplen frecuentemente a la carne, muy escasa, y los cultivos arbustivos, entre los que las viñas ocupan en todas partes un lugar preferente, junto a los manzanos, cerezos, almendros y, sobre todo, higueras. Incluso puede pensarse que la variedad de los cultivos se ve empobrecida a veces en relación a la Antigüedad: de una manera muy sorprendente, el olivo está casi ausente de nuestra documentación, y su cultivo apenas está atestiguado más que en el norte de Siria. A lo sumo puede pensarse que el cultivo de la morena ha progresado notablemente, en los siglos XI y XII en Grecia y en el Peloponeso, lo que explica la importancia adquirida por la industria de la seda, de Esparta a Corintio y Pa-

trás. Pero Bizancio fue impermeable a los grandes cultivos «industriales» aclimatados en el Mediterráneo por los árabes: la caña de azúcar, por ejemplo, no penetró en Creta hasta la dominación veneciana, en el siglo XIV.

En efecto, estos cultivos, como el de numerosas legumbres procedentes de Persia y de la India, necesitan abundante agua regularmente distribuida a todo lo largo del año. Sin duda, el mundo bizantino está en general mejor provisto en este sentido, ya que no tiene casi ninguna región francamente árida y está surcada de abundantes y permanentes corrientes de agua. Pero no hay nada comparable al Nilo y a Mesopotamia y, por otra parte, los ríos más caudalosos corren por regiones con clima contrastado que hace imposible la sucesión de los ciclos vegetativos a lo largo del año. También es forzoso admitir que las técnicas apenas han evolucionado, de manera que, mientras que todos los textos ensalzan los benéficos poderes del agua, los extensos valles y los estuarios en tierras mal drenadas son más repulsivos que atrayentes: con mucha frecuencia hay aldeas y explotaciones en las inmediaciones de una corriente de agua, pero se trata casi siempre de un arroyo o de un riachuelo absolutamente incapaz de dar lugar a una irrigación continuada. Ciertamente, los textos, y en primer lugar los tratados de metrología, muestran que las tierras irrigadas eran las más apreciadas y, en consecuencia, las más gravadas fiscalmente; pero estos suelos son, todo lo más, huertos que constituyen el corazón mismo de los terrenos y no suponen ninguna innovación técnica: se trabajan con laryas y su única irrigación conocida no utiliza más que la fuerza de la gravedad, de manera que no se trata de ganar para estos cultivos tan rentables los terrenos de las laderas y, aún menos, de las mesetas. Además, como la ganadería estabulante es muy insuficiente, bueyes, cabras, carneros e incluso cerdos pacen en los confines no cultivados y forestales de los terrenos, y como parece ser que los bizantinos no conocieron nunca las técnicas de los abonos puestas a punto en tierra del Islam, aún se trata menos de ganar para el cultivo intensivo una parte de las tierras no irrigables. De aquí proviene la división muy tajante de los terrenos bizantinos en dos tipos, los *esothyra,* tierras próximas a las aldeas, dedicadas a la horticultura, a alguna que otra pradera de siega o a algunos campos de cereales de alto rendimiento, y los *exothyra* que, más allá, apenas comprenden otra cosa que cultivos cerealísticos de secano y viñas, todo ello salpicado por algunos grupos de árboles.

Puede suponerse hasta qué punto una agricultura de estas características era frágil. Mientras que la abundancia de los cultivos irrigados o semi-irrigados permite al mundo musulmán mitigar mejor el golpe de las calamidades naturales, y sobre todo de las sequías, el campesino bizantino no puede encontrar nunca en sus pequeños huertos el medio capaz de compensar el déficit cerealístico de los cultivos de secano cuando el año es malo. Tal situación tiene al menos dos consecuencias: por un lado, el Imperio bizantino, relativamente poco urbanizado y sobre todo compuesto de núcleos rurales que, sea como sea, viven en un estado de autosubsistencia, no dispone prácticamente nunca de un volumen alimentario suficiente en su propio suelo y, por otra parte, los cultivos de base, sobre todo cerealísticos, son aún más valorados en tanto que su producción es más escasa y más aleatoria. De lo que resulta que Bizancio, en la cumbre de su poder, apenas deja de depender del extranjero, sobre todo cuando se concreta la progresión demográfica. A este respecto, la amplia llanura danubiana le es indispensable, y

puede afirmarse con toda seguridad que este factor desempeñó un importante papel en la expansión bizantina hacia Bulgaria donde, precisamente en el siglo XI, se utiliza el arado de ruedas, única herramienta capaz de labrar sus pesadas tierras. Además, la rentabilidad de los cultivos cerealísticos explica la progresión de la gran propiedad, sobre todo en las zonas que le son más favorables (Tracia, llanuras albanesas y, sobre todo, Asia Menor).

El equilibrio alimentario es aún más precario en tanto que el Estado bizantino no tiene ningún objetivo dirigista. Suponiendo que las disposiciones del *Libro del Eparca* tuvieran este sentido, no poseemos ninguna prueba de que fueran aplicadas en la época que estamos considerando. La iniciativa privada es, pues, la regla. Los propios campesinos, cuando pueden obtener un margen comercializable, llevan sus productos a los mercados urbanos para venderlos. Pero el hecho sólo es verdaderamente importante en las regiones más ricas: es así cómo Miguel Ataleiatés nos muestra, en los años 1070, a los campesinos de Tracia vendiendo trigo, desde lo alto de sus carretas, en el mercado de Rhodosto. Ocurre lo mismo, con más certeza, en el caso de los grandes propietarios: también en relación con Tracia y en la misma época, el mismo autor nos hace saber que estos últimos disponían de escalas (*skalai*) en la costa, a partir de las que despachaban su producción. En una época en que progresa, como veremos, el comercio italiano en el imperio, se puede fácilmente suponer que, incluso en caso de carestía local, no podían vacilar en vender a los clientes extranjeros o llegados de otras regiones del imperio.

Pero la comunidad aldeana se debilita

Creemos firmemente que son estas condiciones agrícolas específicas las que explican el creciente desequilibrio social que caracteriza las campiñas bizantinas en el siglo XI. A este respecto, los años 950-1070 ven indiscutiblemente acelerarse el proceso de descomposición del viejo sistema de la comunidad rural libre, el *chorion*, incluso cuando este último supone, para la Administración, la propia base tributaria, como aparece claramente, muy al final del siglo XI, en los fragmentos conservados del «catastro de Tebas». En efecto, hay que recordar que, en los campos, la oposición entre campesinos libres y dependientes, sobre la que volveremos a tratar, tiene, sin duda, menos interés que los contrastes de riqueza que, en el propio seno de la población de los *choria*, definen niveles de resistencia más o menos grandes. Donde mejor está reflejada la pirámide social de la aldea es en un documento de 1073: en el vértice está situado el campesino que posee dos yuntas de bueyes, más abajo el que sólo tiene una, el *zeugariate*, o sea el campesino medio que puede vivir de su propia finca; luego vienen los campesinos que sólo tienen un buey y, por último, los indigentes, entre los que algunos pueden aun poseer un asno, aunque la mayoría de ellos no están en posesión de ningún animal de tiro.

Ahora bien, el viejo sistema comunitario, que se basa en el principio de la solidaridad del *chorion* frente al impuesto, se adapta cada vez peor a las nuevas condiciones económicas y demográficas. Corresponde a una situación de equilibrio entre el número de hombres, sus necesidades alimentarias y los medios téc-

nicos para asegurar estas últimas, lo que ya no es así en el siglo X. Se abre un abismo entre los explotadores mejor provisto de brazos y de herramientas de cultivo, aunque faltos de tierra, y los que mal equipados desde un principio, menos prolíficos, víctimas de una desgracia natural, llegan incluso a no poder pagar su parte de impuesto. Se sabe que el sistema de segregación (*klasma*), en relación al *chorion*, de las tierras abandonadas por estos campesinos, y la venta de estas últimas por el Estado es uno de los medios merced a los que los poderosos (*dunatoi*) redondean sus dominios y acaban por desorganizar el tejido mismo de las comunidades, ya se trate de grandes propietarios tradicionales o, sin duda con más frecuencia, de los miembros más activos del *chorion*. Por lo demás, incluso cuando huyen, muchos campesinos pobres son obligados a ceder el usufructo (*chresis*) de su tierra a sus poderosos vecinos o a ponerse bajo su protección (*prostasia*) mediante el pago de un censo. Hay otros modos de acaparamiento que aparecen mal definidos en los textos jurídicos y fiscales más interesados por los modos de posesión que por los modos de explotación del suelo. Así, los arrendamientos rústicos y aparcerías son hechos frecuentemente por los campesinos en un pequeño espacio de sus propias tierras, de modo que, al enriquecerse gracias a estos contratos temporales, acaban, naturalmente, por adquirir la tierra que han convertido en productiva. Además, el *chorion* continúa diluyéndose a consecuencia de donaciones (*logisima*) hechas por el Estado a propietarios laicos o eclesiásticos; estos últimos, sobre todo los monasterios, recibían por añadidura, merced a razones espirituales, numerosas donaciones de particulares.

Frente a esta situación, el Estado prosigue la política puesta en marcha por los primeros «macedonios», pero parece evidente, desde el final del siglo X, que es una apuesta perdida. El principio es siempre la protección, a toda costa, del *chorion*, pero el gobierno no puede salir de una grave contradicción: incluso cuando dicta medidas severas para proteger la comunidad rural, base de la contribución, no puede, sin embargo, tolerar que las tierras *klasmáticas,* separadas del *chorion* por abandono, se conviertan en eriales fiscalmente improductivos, impidiendo, no obstante, que los poderosos se adueñen de ellos. Este fenómeno explica la implantación en estas tierras de campesinos «públicos» (*demosiarios*) que no tienen ya nada que ver con el *chorion* y pagan personalmente el impuesto al Estado. Este último contribuyó así a socavar una institución que pretendía salvar, poblando los campos de campesinos aislados que, al debilitarse el control, no tuvieron ya el arma de la solidaridad para resistir el asalto de los más poderosos. Esta contradicción está reflejada en una *novella* publicada por Romano II en 962. Ante una situación concreta, la de los pequeños campesinos que tienen que reembolsar el precio de las tierras que les han sido ilegalmente compradas, pero carecen de medios, se imponen dos soluciones: o bien la tierra será desprendida de la comunidad y las dos partes se encontrarán cara a cara, o bien la comunidad tomará el puesto del vendedor y, en espera de que este último reembolse su deuda, podrá disfrutar de la tierra en cuestión. En ambos casos, el resultado no puede ser más que desastroso: o el campesino huye, o el *chorion* no tendrá los medios para revalorizar estas tierras suplementarias, o bien, si los tiene, se hallará sometido a crecientes obligaciones fiscales, ocasionando todo ello una extensión de los eriales y nuevas dificultades para la comunidad.

El gobierno imperial, fiel a una constante actitud, consistente en no suprimir

nunca verdaderamente las antiguas estructuras, mientras que se constituyen las nuevas, no quiso, pues, definir otro estatuto general del campesinado que sustituyera a la agonizante comunidad, de manera que se puede afirmar que, sin quererlo, favoreció a los poderosos, que no perdieron la ocasión de aprovecharse de la diversidad de títulos de ocupación del suelo para obtener dominios cada vez más vastos.

La resistible ascensión de los poderosos

Al Estado, muy consciente de este peligro, no le quedaba más remedio que tomar medidas prohibitivas tendentes a congelar la situación, decisión siempre peligrosa e incluso desesperada en cuanto supone el ejercicio constante de un control riguroso; como se recordará, tales medidas pudieron ser consideradas como decisivas en un tiempo en que nadie imaginaba que la máquina imperial, llegada a la perfección, pudiera un día dejar de funcionar. Así pues, soberanos como Nicéforo Focas y Basilio II se esfuerzan en fijar estrictos límites a la gran propiedad, tanto laica como eclesiástica. A través de su *novella* de 967, que durante mucho tiempo se interpretó erróneamente como un texto favorecedor de los poderosos, Nicéforo trata en realidad de estabilizar la situación de una vez por todas: en lo sucesivo, los poderosos no podrán adquirir más que a los poderosos y los débiles no podrán comprar más que a los débiles; al mismo tiempo, este supuesto amigo de la aristocracia territorial esgrime contra ella una inaudita amenaza jurídica puesto que cualquiera que «sembrara el desconcierto entre los débiles» podía ver confiscados hasta sus bienes patrimoniales. Por su parte, Basilio II, en 996, reafirma vigorosamente la política que llevó a cabo Romano Lecapeno: los poderosos no podrán conservar, con pruebas fehacientes, más que las adquisiciones hechas antes del mandato de este último, sin poder, en lo sucesivo, invocar ninguna prescripción en favor de sus compras fraudulentas; una precisión interesante es que el emperador subraya que los campesinos están amenazados no sólo por los poderosos propiamente dichos, sino también por los «débiles convertidos en poderosos», como el campesino Filocalis, auténtico tirano aldeano, cuyas construcciones hace derribar. En cuanto a los poderosos eclesiásticos, también se refiere Nicéforo Focas a la política de Lecapeno en su célebre novela de 964: al comprobar la «evidente pasión por adquirir» que domina a los monasterios, el emperador traza un elocuente cuadro de estos dominios monásticos compuestos «de innumerables arpendes de tierra, de construcciones dispendiosas, de manadas de caballos, bueyes, camellos, y otros animales en un número aún mayor», y prohíbe formalmente hacerles a partir de ahora donaciones de tierras, pues, al no tener los monjes medios para cultivarlas, no conducen más que a multiplicar los eriales. Sólo se autorizan las donaciones en metálico y herramientas de cultivo que permitan, por el contrario, revalorizar los dominios monásticos, muy a menudo sin cultivar. En 996, Basilio II completaba esta medida prohibiendo a los monasterios sumar a sus posesiones los oratorios piadosos fundados por los exploradores separados del núcleo comunal. Por último, hacia el año 1000, Basilio no se contenta ya con este simple *statu quo*: a través del sistema del *allelengyon,* perjudica incluso los intereses adquiridos por los poderosos obli-

gándoles a pagar los impuestos de los campesinos poco agraciados económicamente.

Nicéforo Focas escribía al final de su *novella* de 964: «Sé bien que, al promulgar estos consejos y reglamentos, la mayoría puede pensar que dicto cosas insoportables y contrarias a su opinión; pero no me preocupo por ellos pues, como Pablo, no es mi deseo complacer a los hombres, sino a Dios». La oposición debió ser, en efecto, muy fuerte: así, Zimisces, que había tomado el poder en 969 asesinando a su predecesor, tuvo que revocar temporalmente las disposiciones de 964. En lo referente a los poderosos laicos, consiguieron, tras la muerte de Basilio II, que Romano Argiro suprimiera el *allelengyon*. Pero esto no significa que la lucha contra los poderosos cesara, aun cuando no se den ya nuevas disposiciones legales: todavía en 1057-1059, Isaac Comneno hizo confiscar, para reorganizar el ejército, importantes bienes monásticos, volviendo a emprender así la lucha contra los monjes que «estaban ebrios de una rapacidad que había alcanzado el nivel de la pasión». No obstante, la labor no es ya tan persistente, y largos períodos de abandono permitieron a los grandes propietarios hacer nuevos progresos. Esto fue sin duda lo que ocurrió entre 1025 y 1056, y con más seguridad aún bajo el reinado de Constantino X Ducas (1059-1067), «desmesuradamente amigo de los monjes», según Ataleiatés. Se comprueba así la fragilidad de una política puramente represiva, que admite como un postulado la indiscutible autoridad del Estado, y que, mientras vejaba a los poderosos, apenas había dado a los campesinos nuevas defensas.

La población campesina no sólo pierde poco a poco el control de una parte del suelo, sino que, consecuentemente, su estatuto personal aparece ya amenazado, aun cuando, en estricto sentido jurídico, el campesino bizantino debía ser un hombre libre hasta los más extremos confines del imperio. Incluso las categorías mejor protegidas, como la de los *stratiotas*, tienden a ser eliminadas: desde la época de Nicéforo Focas, la *strateia* es definitivamente transformada en una mera obligación fiscal, lo que implica una creciente confusión entre los *stratiotas* y los campesinos corrientes, hasta el punto de que el *stratiota* posee a la vez, con cierta frecuencia, bienes estratióticos y tierras de derecho común. Como además el sistema se revela cada vez más ineficaz, Constantino Monomaco (1042-1055) acabará por autorizar a los *stratiotas* liberarse de sus obligaciones mediante la entrega de una suma a tanto alzado. En lo que respecta a los *demosiarios*, su apartamiento de la comunidad les hace aún más vulnerables: desde 974, dos documentos de Zimisces prueban que los poderosos, ávidos de brazos para cultivar sus dominios en expansión, no dudan en atraerlos a sus tierras en calidad de *parecos*. Es fácil suponer, en estas condiciones, la poca resistencia que podía oponer a estas tentaciones el simple campesino libre, a quien no protegía ya la abatida comunidad y que tampoco podía valerse de ningún vínculo especial con el Estado: forzado a vender o a abandonar su tierra, acribillado de deudas para con los poderosos vecinos o para con el *chorion*, no podía más que ver con buenos ojos la oferta que se le hacía de ir a instalarse en una tierra donde tendría oportunidad de volver a partir sobre nuevas bases. Por otra parte, el Estado se preocupa prioritariamente de la defensa de los que dependían directamente de él, los *stratiotas* y, sobre todo, los *demosiarios*: los mencionados documentos de Zimisces ordenan, en 974, «restituir a los *demosiarios* en su condición», en el caso de que los monas-

terios les hubieran acaparado y, volviendo a hacer uso de un documento del Porfirogénito, una crisobula de Constantino X prohíbe todavía, en junio de 1060, transformar en parecos a los «*stratiotas, demosiarios* y exentos de la posta». En cuanto a los demás, campesinos que se han quedado sin tierra y a los que en lo sucesivo se designará como «libres y no sometidos al fisco», todo lo más se puede tratar de moderar el movimiento que les lleva a instalarse en las grandes propiedades. De este modo, en 1044, Monomaco limita a 24 el número de parecos de que podrá proveerse el monasterio de la Nea Moni, en la isla de Quíos y, en el citado documento 1060, Constantino Ducas prohíbe a los monjes de Lavra sobrepasar el número de 100 parecos. Aún en 1079, Nicéforo III Botaniatés concede 100 parecos a Lavra, pero a condición de que sean escogidos entre la descendencia de los que el monasterio posee ya.

Estas grandes propiedades que crecen, de manera decisiva, en tierras y en hombres, sobre todo después de 1025, y en primer lugar los dominios eclesiásticos, tratan además de obtener exenciones. Hasta el siglo XI, el gobierno lo consiente, pero son exenciones puramente fiscales y de carácter excepcional. Bajo el mandato de Constantino Monomaco surge un movimiento más peligroso: en 1045, Constantino concede a la Nea Moni la exención judicial, prohibiendo a los agentes del Estado acceder a los bienes del monasterio. En la segunda mitad del siglo, un tipo de exención más amplio, a la vez fiscal y judicial, toma el nombre de *exkusseia,* aunque hay que advertir que no alcanza nunca el dominio administrativo y se considera siempre como un simple privilegio. Tal es el sentido de la crisobula por la que, en 1079, Nicéforo III garantiza al monasterio de Iviron (Monte Athos) que no dependerá más que del tribunal del duque de Tesalónica. En la misma época, algunos laicos, sobre todo cuando acaban de instalar parecos en sus dominios, consiguen obtener exenciones, pero en muy contadas ocasiones y menos amplias que las que se dispensan a los monasterios. En cambio, los laicos tienen otra ventaja: a través del sistema de la *charistiké,* los bienes de la Iglesia subexplotados y echados a perder pueden serles confiscados, corriendo a cargo de los laicos el revalorizarlos, lo que el patriarca Sergio II considera aún en 1016 como muy recomendable. Sin embargo, desde 1027, se comienza a protestar contra el abuso de la *charistiké* y, en 1071, un sínodo reacciona contra la costumbre adoptada de confiar a los laicos bienes de la Iglesia realmente productivos.

Si nos situamos hacia 1070, conviene no dejarnos llevar por el catastrofismo: hay que repetir que el campesinado bizantino sigue estando compuesto de hombres libres, a excepción de los esclavos, no habituales en los campos, y que los parecos gozan de un muy amplio derecho de posesión sobre las tierras que cultivan. En ciertos aspectos, el Estado incluso se dota, a medida que se disgrega el *chorion*, de medios de control más directos sobre la tierra y los hombres, en particular gracias a la institución de los *demosiarios*. Sea como sea, hasta la segunda mitad del siglo XI este control sigue siendo efectivo, como lo muestra la reducción del número de parecos. Pero la sed de tierras y de brazos, continuamente avivada por la creciente rentabilidad de la agricultura, hace inevitable, a partir de entonces, el triunfo de la gran propiedad sobre un campesinado privado de los viejos marcos comunitarios, a poco que se debilite seriamente este control. Esto ocurre, en el tiempo, después de 1040. Pero, en el espacio, era ya muy desigual en el siglo X: en las provincias más alejadas de la capital, y sobre todo Anatolia, era

incluso absolutamente teórico. Este hecho explica la indignación con la que, en 996, Basilio II comprueba que grandes familias como los Focas y los Maleïnoi poseen, desde hace un siglo, bienes mal adquiridos. Las confiscaciones masivas, como la de las tierras de los Maleïnoi por este mismo emperador en 1001, sólo podían ser llamadas al orden brutales pero sin continuidad. En resumidas cuentas, es cierto que un grave desequilibrio económico y social se concreta en el conjunto del imperio, cuya vulnerabilidad general llega a ser verdaderamente preocupante en su parte asiática.

Un artesanado vivificado

En el contexto rural, el papel de las ciudades ha sido muy a menudo mal comprendido porque ha sido sobrestimado. Aunque la civilización bizantina es, en una gran medida, indiscutiblemente urbana, no cabe duda que las ciudades tienen un peso muy modesto en relación al de los campos.

Si nos atenemos a los textos, incluso sería difícil de definir en Bizancio una economía específicamente urbana. De hecho, no hay casi ninguna actividad económica que no se pueda localizar, al mismo tiempo, en la ciudad y en el campo. Este es el caso de la metalurgia, y especialmente de las herrerías, diseminadas un poco por todas partes, cerca de las fuentes de metal, siempre modestas pero sin duda más numerosas que lo que suele pensarse. Por los campos circulan pequeños herreros ambulantes «corredores de aldeas» (*koindromoi*), que fabrican y reparan los instrumentos aratorios. Los grandes dominios, laicos o eclesiásticos, poseían también un personal de este tipo: la vida de Atanasio de Athos, fundador de Lavra, menciona la existencia en el monasterio de un monje herrero.

Por lo demás, se sabe que el Porfirogénito habla de la fabricación de escudos y lanzas en los *themas* de Hélade, de Nicópolis y del Peloponeso. Lo mismo se podría decir de la industria textil, de la cerámica y de la vidriería, pero es evidentemente imposible determinar la importancia relativa de la ciudad y del campo en estos diferentes ámbitos. Sin embargo, lo que parece nuevo en los siglos X y XI es una evidente acentuación del papel manufacturero de las ciudades que, en el mismo tiempo, tienen también tendencia a especializarse en producciones más definidas. La arqueología muestra que es la época en que culmina la actividad metalúrgica de Corinto, donde la producción está entonces muy diversificada: instrumentos aratorios, equipo marítimo (anclas), cerrajería (llaves de hierro y de bronce), armería (puñales, puntas de lanzas datables a mediados del siglo XI), pero también un surtido de instrumentos quirúrgicos de una notable finura. En la misma época, Querson, en Crimea, produjo un rico conjunto de crisoles que permitían colar garfios, clavos, pernos, picos, podaderas, anzuelos, agujas, ollas, etc. Sin duda, es evidente en Pérgamo, que producía principalmente flechas de hierro, aunque la fecha de los estratos no pueda concretarse exactamente. Tanto en éste como en otros terrenos, es irritante no poder decir nada de Constantinopla, donde cualquier prospección arqueológica seria es imposible y donde, como se sabe, los reglamentos de seguridad prohibían el ejercicio de oficios relacionados con el fuego en el interior de las murallas. Sin embargo, es algo arriesgado pensar que la metalurgia se practicaba en las afueras de la ciudad. En todo caso,

se sabe que en Constantinopla había cerrajeros ya que, en 969, Zimisces recurrió a ellos para que hicieran el molde en cera de las llaves de la cámara de Nicéforo Focas, y la capital era evidentemente el mayor centro de orfebrería del imperio. Su apogeo se sitúa en el siglo XI, en que la técnica del esmalte tabicado alcanza su perfección, como ponen de manifiesto las piezas conservadas en el tesoro de San Marcos de Venecia y la Corona Santa de Hungría, cuyos elementos datan de los reinados de Constantino Monomaco y de Miguel VII.

Una concentración semejante se observa respecto a la cerámica. La extraordinaria producción en pasta fina, policromada y barnizada, que llega a su apogeo en Constantinopla en el siglo X, se propaga entonces por todo el imperio, desde Preslav hasta Atenas y Corinto, sin hacer desaparecer jamás la importante alfarería común, de tonos ocres, utilizada sobre todo en la cocina, que era muy conocida en Corinto pero que debía fabricarse en todas partes. Sin embargo, a mediados del siglo X, se observa una evolución divergente: mientras que la producción constantinopolitana se hace cada vez más corriente, Corinto fabrica ahora una cerámica de pasta más fina, a base de arcilla blanca, y adornada de relieves modelados. Progresos parecidos son notables en Atenas y en Esparta, mientras que Tesalónica se convierte en el principal centro de la cerámica de arcilla roja, que continúa dominando. En el siglo XII, la cerámica de Constantinopla experimentará una profunda decadencia y la capital comenzará a importar cada vez más cerámica provincial. En cuanto a la industria textil, que es en Bizancio, como en todo el mundo medieval, la industria esencial, experimenta una importante mutación en el siglo XI: a las materias conocidas desde la antigüedad (lana, lino y seda), se añade ahora el algodón, trabajado sobre todo en Dalmacia y en el Peloponeso. Aunque muchos tejidos se producen en el marco doméstico, las ciudades se convierten en verdaderos centros industriales. Constantinopla trabaja sobre todo la seda, tanto en sus talleres imperiales como privados, y esto mismo ocurre en Grecia, Esparta, Corinto y, principalmente, en Tebas. El textil implica el desarrrollo de la tintorería, que Eustaquio el Romano considera, en el siglo XI, como un oficio independiente: este sucio oficio es ejercido a menudo por los judíos, como en el caso de Corinto, donde se encontró el epitafio de un tintorero llamado Eliacino.

Estos datos sugieren un mayor crecimiento urbano en Europa que en Asia, aun teniendo en cuenta nuestra documentación, mucho menos abundante en relación a esta última. Cronológicamente, muestran que el impulso decisivo se sitúa entre 960 y 1070, y la función de producción, que constituye un indicio seguro, es también sin duda más la consecuencia que la causa. En efecto, como veremos, la ciudad bizantina seguirá siendo siempre y ante todo, y ésta es una de sus principales debilidades, un lugar de intercambio: también es menester ver en el dominio del mar, que Bizancio vuelve a encontrar a la sazón, una de las principales fuentes de su desarrollo urbano. Esta creciente importancia del mar desempeñó ciertamente un importante papel al volver a centrarse el mundo bizantino en la cuenca egea, en el mismo momento en que el viejo tráfico de las caravanas, que afectaba sobre todo a Anatolia, apenas parece haberse reactivado, salvo, sin duda en el eje armenio, tras el final de las invasiones turcas. Sin duda, no se debía sólo a razones de mayor proximidad, el hecho de que los mercaderes italianos, amalfitianos y venecianos se dirigieran principalmente, en los siglos X y XI, hacia Constantinopla y los puertos tesalios y epirotas que dan acceso a Grecia.

La ciudad inmóvil

Sin embargo, este desarrollo urbano no revoluciona en absoluto las estructuras del imperio. En primer lugar, el tejido urbano sigue siendo notablemente estable. Numerosas causas, y principalmente el desplazamiento de determinados ejes comerciales y estratégicos, pueden explicar la desaparición de las ciudades o el desarrollo de nuevos centros, pero tanto lo uno como lo otro es poco frecuente. Es así como Filipópolis, en Macedonia, decae después de 965, fecha en la que Nicéforo Focas fortifica la ciudad por última vez, mientras que en Albania la ciudad de Deabolis se desarrolla en la nueva ruta de Macedonia, incluso cuando declinan las etapas de la vieja Vía Egnatia. Sin embargo, en general, la red urbana del siglo XI es casi la misma que la del siglo V. Observemos, no obstante, que nuestra época se caracteriza por una mutación de la importancia relativa de las ciudades: sin duda, es imposible decir si la reforma del sistema *themático* es la causa o la consecuencia de esta mutación, pero es cierto que acompaña a los movimientos de desarrollo o de reflujo urbanos. En particular, el fraccionamiento de los grandes *themas* puede implicar una pérdida de importancia de sus antiguas capitales, mientras que otros centros, incluso antiguos, que vivían a su sombra, cobran una nueva importancia y hasta pueden destacar sobre ellas. Esta redistribución de las funciones urbanas es general en el imperio pero, mientras que la catástrofe de 1071 le impone un freno en Asia, prosigue en Europa hasta finales del siglo XIII.

La estabilidad global se ve acentuada por las dimensiones generalmente modestas de las ciudades bizantinas. De hecho, la curva demográfica ascendente no debe ocultar que el imperio sólo cuenta con una ciudad muy grande, Constantinopla, y además parece ser cierto que, incluso en el siglo XI, la capital no contó nunca con más de 400.000 habitantes. Por otra parte, ciudades como Tesalónica o Melitene, que pudieron haber sobrepasado los 60.000 habitantes, estaban consideradas como centros muy grandes, y algunos miles de hombres podían bastar para dar el nombre de ciudad a lo que nosotros consideraríamos como una villa grande. Mientras que la remisión de las epidemias permite a las ciudades asegurarse un cierto crecimiento natural, mientras que el éxodo rural se intensifica indiscutiblemente, la existencia de un número muy grande de centros urbanos rivales explica, sin duda, la modestia general de su crecimiento. Esta mediocridad es, por otra parte, generadora de una gran fuerza, pues es una prueba de la mejor armonía entre las ciudades y los campos, en el mismo momento en que el mundo musulmán vecino contempla el desarrollo de enormes metrópolis que acaban con las otras ciudades y los distritos rurales. Ciertamente, esto no quiere decir que no hubiera mutaciones en las relaciones entre las ciudades y los campos. La seguridad, vuelta a encontrar a partir del siglo IX, había incitado a los grandes propietarios de tierras a establecer su residencia en la ciudad, aunque conservando un estrecho contacto con sus dominios. Las ciudades bizantinas, integradas por habitantes que, incluso intramuros, vivían principalmente de los recursos de la tierra, a las órdenes de una clase superior profundamente rural, estaban más determinadas por sus campos que viceversa. En los siglos X y XI, se esboza, con toda seguridad, un movimiento inverso: mientras que la vieja aristocracia ha adquirido definitivamente una mentalidad urbana y se ha vigorizado por el ejercicio de las

funciones del Estado, una nueva capa social, que debe todo a estos últimos y no tiene al principio ningún dominio sobre la tierra, se desarrolla tanto en la capital como en la provincia. Estos dos elementos, que el juego de las alianzas y la complicidad social unen ya íntimamente en el siglo XI, son a partir de ahora el principal medio de acción por el que la ciudad trata de imponerse al medio rural. Hay todavía allí un germen de desequilibrio que, por el momento, la mutiliplicidad de los centros urbanos impide que se agrave demasiado, en la medida en que las zonas de influencia de cada uno están necesariamente muy unidas, al menos en Europa y en el contorno egeo. La red menos densa de las ciudades anatolias les permite, sin embargo, dominar distritos más amplios y, por tanto, la posibilidad de obtener dominios más grandes.

No obstante, las ciudades bizantinas siguen siendo sólo los puntos de aplicación locales del cuerpo central, laico y eclesiástico; no son la sede de ninguna institución autónoma que pueda transformarse en municipio o ser confiscada por los ciudadanos más poderosos. El ejercicio de las funciones del Estado da a algunos un gran peso social, pero están tan diversificadas y son tan rivales, sobre todo después de la renivelación llevada a cabo en favor de las funciones civiles, que nadie puede verdaderamente asegurarse una posición hegemónica en un centro urbano. Sin embargo, las riquezas territoriales y las funciones públicas son buenos medios para reunir alrededor de sí clientelas difusas que esperan fundamentalmente de los poderosos una protección (*prostasia*) contra las exigencias fiscales del Estado, que se hacen cada vez más apremiantes, sobre todo a partir del reinado de Constantino X, que generaliza el sistema de impuestos arrendados. Alrededor de las notabilidades locales (tal es el sentido, muy vago, del témino *archonte*) se organizan grupos de «servidores» (*hyperetai*) que los poderosos llegan incluso a llamar sus «hombres» y que les da, según los términos de Kekaumenos, una gran «influencia sobre la población de la provincia». La autoridad del Estado no es, en verdad, repudiada nunca, pero en lugar de aplicarse directamente al conjunto de la población está cada vez más mediatizada por los grupos que hacen de pantalla. El riesgo de verles transformarse en organismos de autodefensa e incluso de autogestión es grande, ante la creciente incapacidad del poder para velar por la admistración y la seguridad.

Los gérmenes de tal evolución se inscriben en el propio tejido urbano: las iglesias y los ricos, a través de las fundaciones privadas, que se hacen muy numerosas en el siglo XI y a cuyo alrededor se organizan barrios de tiendas, talleres, hospitales, edificios de viviendas, todo ello frecuentemente dotado de exenciones, despojan a las ciudades de lo que les quedaba de la antigua unidad y las transforman en cuerpos polinucleares en que cada elemento goza de un estatuto diferente y puede corresponder al punto de reagrupamiento de una clientela, lo que hace la administración general de la ciudad muy problemática. Ciertamente, esta evolución, que se basa en el crecimiento demográfico, contribuye a la reconquista de espacios urbanos a menudo abandonados desde la Baja Antigüedad: así, el ágora de Corinto es vuelta a ocupar, entre los siglos IX y XII, por un conjunto de capillas y monasterios a cuyo alrededor gravitan casas y tenderetes. ¿Pero cómo no ver que estos núcleos habitados, fijadores de los patrimonios territoriales, tan atractivos por la frecuente presencia de instituciones asistenciales, amenazan con hacer al Estado incapaz de dominar el espacio urbano, en el mismo momento en que pierde el control del campo?

Hacia 1070, la dominación de la aristocracia sobre las ciudades no es una fatalidad, ya que ha nacido una clase mercantil cuyo fracaso no está tampoco inscrito en los hechos. Pero, aquí todavía, todo puede dislocarse si la capacidad de intervención del Estado se debilita de una manera decisiva.

Circulación del oro y rentas pagadas por el Estado

A menudo se han apreciado mal las actividades «terciarias» en Bizancio. El uso poco crítico de fuentes literarias que emanan casi siempre de las clases superiores y de la Iglesia establecida impone, en general, la imagen de una sociedad donde, a excepción del trabajo de la tierra y del ejercicio de las funciones eclesiásticas o de Estado, nadie puede ganar dinero sin ensuciarse. En efecto, es de buen tono menospreciar los «oficios técnicos» y un Psellos, en el siglo XI, mira con altivez lo que él llama «la gente del ágora». Un poco después, Kekaumenos llega incluso a desaconsejar formalmente prestar dinero para una inversión comercial, subrayando que es el mejor medio para hacerse enemigos de sus amigos y arriesgarse peligrosamente, además, a no recuperarlo nunca. Sin embargo, más allá de estas actitudes de principio, la legitimidad del trabajo y de su justa retribución apenas es puesta en duda. El *Libro del Eparca* ya prohibía a determinados patrones ligar a sus obreros por contratos demasiado largos que les impidieran encontrar un empleo mejor, y reconocía a los obreros abocados al desempleo el derecho de romper el contrato pendiente. El mismo Psellos, en su *Vida de san Auxence,* pone en escena a obreros que, «al llegar el tiempo del paro, cerraron sus talleres», hecho en sí escandaloso ya que el santo, conmovido, se dedica por sí mismo a volverles a dar trabajo. Por su parte, la emperatriz Irene Ducaina, madre de Ana Comneno, aconsejaba a los pobres buscar trabajo.

No obstante, el negocio no es un trabajo como los demás, ya que, visto de una manera superficial, consiste en ganar dinero por el único cauce del dinero, lo que lleva a menudo a confundirlo con la usura, que la religión cristiana condena inapelablemente. Ahora bien, se comprueba que, en la práctica, el préstamo con interés debía estar muy generalizado: Kekaumenos no aconsejaría evitarlo de una manera tan insistente si no hubiera sido una actividad común e incluso codiciada. Por lo demás, el propio derecho la autorizaba. El código justinianeo, cuyas disposiciones sobre la materia no parecen haber sido abrogadas, fijaba las tasas de interés en un 4 por 100 para los «ilustres», en un 6 por 100 para los simples particulares, en un 8 por 100 para los comerciantes y en un 12 por 100 para los contratos de préstamo marítimo, particularmente arriesgados. Estas inversiones quedan reflejadas, en el siglo XI, en el tratado de jurisprudencia de Eustaquio el Romano, la *Peira*, que muestra que, cuando se dispone de dinero líquido, no se invierte sólo en la tierra: frecuentemente, se invierte también en bienes inmuebles (edificios de viviendas, tiendas, talleres), en el comercio, y en empresas marítimas que, en contrapartida al riesgo corrido, tienen un gran rendimiento. El hecho es tanto más normal en cuanto que el propio Estado, a través del sistema de la venalidad de los cargos y los honores, favorece, en su provecho, las inversiones de los capitales privados. En efecto, todas las dignidades y todos los oficios pueden comprarse, mediante sumas que están en proporción con su im-

portancia, y su detentación da derecho a una renta (*rhoga*) anual y vitalicia, a su vez proporcional a la inversión. La *Peira* nos informa de que el tipo de interés normal de inversión era, en relación a una libra (72 *nomismata*) de capital, de 6 *nomismata* al año, o sea un 8,33 por 100, pero el futuro rentista podía invertir siempre una suma superior a la que necesitaba su cargo, lo que le permitía obtener una renta mayor, ya que el capital supernumerario implicaba un interés más elevado: una libra puede entonces proporcionar hasta 7 *nomismata*, o sea 9,72 por 100. Más allá del aspecto honorífico de las dignidades, tras el ejercicio, frecuentemente teórico, de funciones a veces fantasmas, la institución de los *rhogai* da cuenta, pues, de la existencia de una auténtica renta pagada por el Estado, sutilmente incitativa, ya que, para absorber los capitales privados, recurre tanto a la sed de vanagloria como al deseo de invertir el dinero en las mejores condiciones de seguridad. Ahora bien, es cierto que el poderoso imperio del siglo XI daba, a este respecto, todas las seguridades deseables. Por otra parte, es este factor de seguridad el que permitía al Estado absorber el ahorro al no permitir más que intereses relativamente moderados: entre personas privadas los tipos de intereses aplicados debían ser más elevados, pero los riesgos, al ser mayores, a menudo inclinaban a preferir estas «inversiones de padre de familia» que constituían las rentas del Estado. En todo caso, es cierto que la ignorancia de este sistema impide comprender la opulencia de un tesoro que, a pesar de decenios de guerras continuadas, podía ser evaluado, a la muerte de Basilio II, en 1025, en la enorme suma de 200.000 libras. Pero no es menos evidente que, al cimentarse totalmente en la confianza de los ahorradores, todo el edificio se puede derrumbar si se ponen en duda los destinos del imperio.

La existencia de la renta pagada por el Estado y la avidez con la que se trata de asegurársela prueban, en todo caso, que los capitales son abundantes y que el dinero circula. Según parece, la acumulación de riquezas nunca fue más escasa que en el siglo XI. Algunos textos, y sobre todo la hagiografía, prueban, por otra parte, que la circulación monetaria alcanzaba provincias a veces muy lejanas, que los campesinos podían ser retribuidos en moneda para llevar a cabo determinados trabajos (acarreos, construcción de edificios), que sus mujeres hilaban y tejían para incrementar los recursos familiares, y sobre todo que, en los mercados de las ciudades, los productos del campo se intercambiaban, ya sea por dinero, ya sea por mercancías manufacturadas. En los mismos campos, la existencia de ferias rurales da buena prueba de que el campesinado participa en determinadas actividades comerciales. Kekaumenos aconseja a los funcionarios locales organizar estas ferias en lugares apartados de las ciudades, y Ana Comneno menciona las celebradas a final del siglo en los parajes de Dyrrachium y Aulón. Los monasterios debían ser lugares predilectos para este tipo de mercados donde afluía la muchedumbre de peregrinos: este es el caso, a finales del siglo XI, del monasterio de Bačkovo, en Bulgaria. Por otra parte, estas ferias no sólo veían concentrarse pequeños productores locales, sino negociantes procedentes «de todas las regiones», en busca de mejores precios, que llevaban a veces consigo considerables sumas de dinero que podían alcanzar hasta los 1.000 *nomismata*. Este era el caso de aquellos comerciantes que, según el *Libro del Eparca*, penetraban profundamente en Asia Menor para comprar ganado. En lo referente a lâs grandes ferias urbanas, las de Efeso y sobre todo las de Tesalónica, no sólo veían afluir comer-

ciantes griegos llegados de todas las provincias imperiales, desde el sur del Peloponeso (Monenvasia) hasta la Anatolia oriental (Cilicia), sino que atraían también una gran multitud de negociantes extranjeros, lo que se hará notar todavía en el siglo XII: en el mundo cristiano de esta época, son las únicas ferias de nivel internacional. Toda esta jerarquía de mercados prueba, pues, que una economía de intercambios irriga el conjunto del imperio, con importantes rasgos locales, por supuesto, y que estos circuitos interiores, muy lejos de estar cerrados sobre sí mismos, están relativamente bien comunicados con el mercado internacional, ya sea a través de las ferias, ya sea merced al eminente papel que desempeña la plaza de Constantinopla. Esta comprobación debe permitir rectificar, en favor de los intercambios internos, la imagen clásica de un imperio donde las actividades comerciales al por mayor se resumirían en los grandes intercambios internacionales.

Los espectros de la desvalorización

La historia monetaria de los siglos X-XI confirma, por otra parte, esta notable floración de intercambios. A decir verdad, hasta una época reciente, la tesis comúnmente sostenida era la de una grave crisis que habría comenzado bajo el mandato de Nicéforo Focas, se habría precisado en los años 1040 y habría desembocado en una verdadera catástrofe en la segunda mitad del siglo XI: en un centenar de años, la moneda bizantina, hasta entonces patrón del mundo mediterráneo, habría perdido a la vez peso y ley, dando así testimonio de dificultades de tesorería cada vez más graves. Este esquema es menester ponerlo completamente en cuestión hoy en día.

Skylitzés y Zonaras cuentan cómo Nicéforo Focas habría «inventado» una nueva moneda, el *tetarteron,* menos fuerte que el *nomisma,* y que habría querido imponerla en lugar de este último, innovación que conducía incluso a un auténtico robo organizado, ya que el emperador, aunque efectuaba los pagos del Estado en moneda devaluada, continuaba exigiendo el pago del impuesto en moneda fuerte. De hecho, resulta ahora que no se trataba en absoluto de establecer una doble circulación de las monedas de oro. Nicéforo tenía como objetivo, aunque parezca imposible, la completa sustitución de los nomismas antiguos (*hexagia, histamena*) por nuevos sueldos cuya ley no era, por otra parte, más que ligeramente más baja (22 quilates en lugar de 24). En primer lugar, esta reforma se inscribe en un contexto internacional preciso: mientras que se aceleran en gran medida los intercambios, el extremado peso del nomisma, sobre todo en relación al dinar, tenía como consecuencia un intolerable encarecimiento de los productos bizantinos; no es pues un azar el hecho de que la reforma de Focas creara una moneda comparable en peso al dinar fâtimí. Pero fue sobre todo la preocupación por el mercado interior lo que sin duda inspiró al emperador: frente a una creciente aceleración de los intercambios, en tanto que los recursos mineros del imperio apenas bastaban para compensar las pérdidas por desgaste y mientras que, en esta economía abierta, las ventajas sobre el extranjero no sobrepasaban sin duda la huida más allá de las fronteras de monedas superapreciadas, toda la maquinaria estaba en peligro de agarrotarse por falta de metales preciosos. Cierta-

mente, el oro no es una moneda comercial en sí misma, pero, en este sistema bimetalista donde cada nomisma vale 12 miliaresion de plata, es a fin de cuentas el número de monedas de oro el que determina el de las monedas de plata que son la base de las transacciones internas y externas. En consecuencia, poner en circulación monedas de oro de menor peso, aunque conservando el mismo valor nominal, equivale a acrecentar considerablemente la circulación de dinero sin aumentar el volumen de oro amonedado, lo que debe dar, a medio plazo, una nueva agilidad a los intercambios. Desgraciadamente, la reforma de Focas fue incomprendida o saboteada: en lugar de intercambiar la moneda, se atesoran las monedas antiguas, lo que implica una disminución de la actividad comercial, una escasez de mercancías, un alza de los precios interiores y un descontento general que no fue en verdad ajeno a la brutal caída del emperador en 969. Esta frustrada reforma dejó además huellas duramente negativas, pues los sucesores de Focas dejaron subsistir la doble circulación de nomismata y de tetartera, considerados desde principios del siglo XI como sueldos depreciados, lo que permite todo tipo de combinaciones y de privilegios. De este modo, ya en el reino de Romano Argiro, el monasterio de Iviron en el Monte Athos logra pagar sus contribuciones, mitad en histamena, mitad en tetartera. Subsistían así todos los males que la reforma debía hacer desaparecer: falta de dinero en metálico, carestía de la vida, mala competitividad y evasión del oro, a los que se añadía ahora un desorden en el mercado monetario.

Estas dificultades explican la nueva política monetaria puesta en práctica en los años 1040, bajo el reinado de Constantino IX Monomaco. Esta vez, no se trata ya de alterar el peso de las monedas; es su proporción de metal precioso lo que disminuirá progresivamente. Qué duda cabe de que no era una novedad, pues algunas monedas de Basilio II habían rebajado su proporción al 87 por 100, pero, a partir de ahora, es un procedimiento constante y sistemático: desde el final del mandato de Monomaco, las proporciones giran en torno al 81 por 100. Además, mientras que la aleación sólo constaba en principio de plata, se tiene cada vez más la tendencia a añadirle cobre: de este modo algunos tetartera no contienen más que un 72 por 100 de oro, mientras que el resto está constituido por un 24 por 100 de plata y un 4 por 100 de cobre. Por último, esta devaluación del oro va esta vez acompañada de una devaluación de la plata, ciertamente más lenta, pero que, sin duda alguna, estaba destinada a mantener la relación entre los dos metales, y también a restringir la salida de esta moneda hacia el extranjero, especialmente hacia el mundo musulmán donde el déficit de plata se hizo endémico desde el siglo X.

Ahora bien, hay que subrayar que esta devaluación no corresponde a una crisis de tesorería, que no estará verdaderamente atestiguada hasta después de 1070, bajo el mandato de Miguel VII y sobre todo de Nicéforo III Botaniatés. Ya que el volumen de sueldos en circulación parece ser que permaneció estable, los precios no daban la impresión de haber aumentado notablemente y la rapidez de circulación apenas había sido modificada, la pérdida del 20 por 100 del peso en oro no puede explicarse más que por un aumento del volumen de las transacciones que sería, por término medio, del 0,5 por 100 al año. La prueba de lo que decimos puede hallarse en la creciente producción y circulación de moneda fraccionaria, los *pholleis*; no sólo se comprueba que su circulación es diez veces más

importante, en Corinto, en el siglo XI que en el IX, sino que se observa que la demanda de *pholleis* precede a la devaluación del oro, lo que prueba claramente que la activación de los intercambios en la base provocó una creciente necesidad de oro que engendró por sí misma la devaluación. Es evidente, pues, que esta última, lejos de ser el testimonio de una crisis, refleja más bien prosperidad y expansión, a las que la moneda se adaptó y luego contribuyó a sostener: frente a la expansión de los intercambios, querer mantener la ley de la moneda de oro y de la plata no habría podido más que acentuar la carestía de monedas y, en consecuencia, yugular la prosperidad económica. Estas comprobaciones permiten volver a poner en cuestión al menos dos ideas tópicas: lejos de mostrar un olímpico menosprecio por las contingencias, el Estado bizantino sabe dar prueba de un notable pragmatismo y adaptar su acción a los cambios que se experimentan con toda claridad.

Además, Bizancio no es un mundo cerrado y su evolución económica se inscribe, en líneas generales, en los marcos globales de la historia mediterránea: devalúa en el momento en que, por razones semejantes, se deprecian también los denarios de la Italia del norte y las monedas musulmanas.

El comercio y los «nuevos ricos»

La expansión de los intercambios es, pues, indudable entre 950 y 1060, y es preciso comprender quiénes son los responsables: los comerciantes y los empresarios. De hecho, se puede sostener que, si se oye tan poco hablar de ellos, es porque constituyen precisamente una clase en pleno avance, dinámica e incluso agresiva, cuya expansión no puede llevarse a cabo más que en detrimento de la vieja clase dominante cuyo fundamento es el vínculo, en lo sucesivo indisoluble, entre la fortuna territorial y el ejercicio de funciones remuneradoras. Ahora bien, son los miembros de esta clase quienes dominan la cultura y nos han, pues, transmitido casi todos los textos escritos de esta época. Aparte de las recriminaciones, no se puede esperar nada de ellos que ilustre la composición social y el grado de evolución de los que merman gravemente sus privilegios.

Sin embargo, las mismas invectivas de los textos permiten captar la naturaleza de los nuevos medios de promoción. Al describir el curso de la vida del padre del emperador Miguel V, Psellos nos hace saber que este campesino anatolio, tras haber sido artesano calafateador, se convirtió en empresario naval, lo que, de paso, deja adivinar la gran rentabilidad del tráfico marítimo. En cuanto a Kekaumenos, la misma violencia con la que desaconseja la carrera de arrendador de impuestos indica que ésta era una manera generalizada de enriquecerse. En líneas generales, el negocio, bajo todas sus formas, es el que engendra esta nueva clase, sin duda numerosa y muy diversificada. Su vigor queda de manifiesto por la importancia otorgada al cuerpo de notarios, que tiene precisamente como misión redactar y validar todas las escrituras referentes a asuntos de dinero. La vigilancia de la que los notarios son objeto por parte del Estado, la tarificación de sus escrituras, la existencia de escuelas especiales destinadas a su formación y los honores que se le rinden son pruebas suplementarias de la preocupación que el poder tiene por asegurar a estas personas una buena gestión de sus intereses financieros.

Era natural que esta nueva clase aspirara a introducirse en los engranajes del Estado, monopolizados por la vieja clase dirigente. Desde el reinado de León VI, puede verse un viejo chantre de Santa Sofía, enriquecido no se sabe bien cómo, que consiguió comprar por 60 libras el cargo de *protoespatario*. Es evidente, pues, que el sistema de la venalidad de los cargos y de la renta del Estado no podía más que favorecer la integración de los «nuevos ricos» en el mismo aparato del poder y, en consecuencia, en ese verdadero grupo privilegiado que es la clase senatorial. Recordemos que, según la *Peira*, la dignidad de *protoespatario* es precisamente el punto de partida de una carrera senatorial. En efecto, se ven pocas posibilidades de que el Estado hubiera podido rechazar el dinero de estos nuevos ricos que no pedían más que confiárselo. Puede pensarse, pues, que desde el siglo X, un cierto número de elementos «burgueses» se hubiera dedicado a poblar el cuerpo de funcionarios.

Al siglo siguiente, este último, convertido en el medio esencial de promoción, ejerce un empuje tan fuerte hacia arriba que se hace imposible mantener el estancamiento de la clase senatorial. Es muy probable que, desde antes de 1040, los burgueses estén ya integrados: cuando Psellos felicita a Miguel IV por no haber destituido a unos senadores para sustituirlos por otros, revela una práctica corriente y antigua que debió permitir a los burgueses alcanzar a veces esta última promoción. Sin embargo, es Constantino Monomaco (1042-1055) quien da forma definitiva a lo que se puede considerar como una revolución a la vez social y política: abrió bruscamente el senado al conjunto de hijos de comerciantes y pequeño-burgueses provinciales que, convertidos en funcionarios, constituyeron desde entonces la burguesía de Constantinopla. Esto es lo que hay que comprender cuando Psellos escribe que «abrió las puertas del Senado a casi toda la turba del mercado y de los vagabundos». Y también Psellos subraya involuntariamente que este gesto era ardientemente esperado por la burguesía, como un acto de pura justificia, ya que confiesa que, a continuación de este ascenso, «toda la capital pensó que un príncipe muy liberal estaba al frente de los asuntos públicos».

Desde entonces, se comprenden mejor las luchas por el poder que caracterizan la segunda mitad del siglo. De hecho, la oposición no se sitúa entre las presuntas noblezas civil y militar cuyos intereses estaban estrechamente mezclados en el seno de la vieja clase senatorial. Pone frente a frente lo que Psellos llama el «cuerpo ciudadano» (*politikos genos*) y la vieja clase senatorial (*synkletikos genos*) sostenida por sus aliados militares (*stratiotikos genos*). Ahora bien, en la línea trazada por Monomaco, el poder se sustenta cada vez más claramente sobre la nueva clase. Con Miguel VI el Stratiota (1056-1057), él mismo alto funcionario, se recluta a los altos funcionarios en los despachos, es decir, entre los burgueses constantinopolitanos. El golpe de Estado que, en 1057, lleva al poder al general Isaac Comneno es una reacción desesperada de la vieja clase dirigente: cuando el nuevo *basileus* comienza a reducir a la nada la obra de sus predecesores, Psellos señala que se enajena en seguida e irremediablemente «la muchedumbre del pueblo» (*demotikon plethos*). La caída de Isaac, en 1059, vuelve a poner la burguesía al mando. Es también Psellos quien subraya que «toda la muchedumbre se inclinaba» por Constantino Ducas, que accede entonces al trono y lleva la obra a cabo, acabando de integrar los burgueses a la jerarquía de los honores y los cargos y haciendo caer definitivamente el muro que aún separaba el «pueblo» y la

vieja clase senatorial cuya «separación transformó en amalgama». Esta integración de la burguesía en el Estado no es en verdad ajena al éxito financiero del reinado, que experimenta una nueva prosperidad del Tesoro. Y si esta política, constantemente seguida hasta 1081, se viene abajo ante un nuevo asalto de los militares, es menester decir que la dominación de la «burguesía de los negocios», poco sensible a los problemas de defensa, fue en parte responsable: esta gestión pacífica, indispensable para la expansión de los negocios, suponía que las fronteras imperiales permanecerían indefinidamente indiscutibles, lo que la invasión turca, sobre todo a partir de 1067, vuelve a poner completamente en cuestión. Sin embargo, la catástrofe exterior revela por sí misma la solidez del nuevo sistema sociopolítico. Se recurre a un emperador militar, Romano IV Diógenes, en 1067, pero éste ni siquiera considera la posibilidad de apoyar el esfuerzo bélico con una reforma del sistema político, lo que Isaac Comneno había intentado aún en 1057. Su caída, acontecida en 1071, mucho más que la consecuencia de su fracaso militar, es el resultado de una coalición de intereses civiles que dominan después hasta 1081, incluso bajo el mandato de ese emperador de la alta nobleza que era Nicéforo Botaniatés. A continuación corresponderá a los Comnenos comprender que una verdadera política de defensa pasaba por una modificación fundamental de las estructuras administrativas y sociales.

El análisis del comercio exterior del imperio ilustra bien el carácter, a partir de ahora primordial, de los negocios. En el siglo X, el sistema aduanero, interno y externo, está definitivamente a punto y revela la presencia, bien conocida merced a la abundancia de sellos que nos dejaron, de los agentes del Estado, los *comerciarios*, encargados de recaudar el impuesto aduanero (*kommerkion*) en todos los territorios y todas las fronteras del imperio. Este último, sólidamente situado en la encrucijada de las grandes vías de intercambios que convergen en los estrechos, prueba, durante más de un siglo, que posee los medios capaces de controlar y asegurarse la regulación. Los intereses económicos están cada vez más presentes en las cláusulas de los tratados concertados con el extranjero: en 969, el acuerdo con el emirato de Alepo prevee en sus pormenores la circulación de comerciantes griegos que se dirigen allí desde Antioquía. En cuanto a los tratados con los rusos, y sobre todo el de 971, reglamentan minuciosamente el tráfico que mantienen con Constantinopla: los numerosos ataques rusos a la ciudad, hasta 1043, dan buena prueba de que el cerrojo de los estrechos estaba rigurosamente sostenido por el imperio; por lo demás, la crisis de 1043 es muy significativa, ya que su origen se encuentra en una riña entre mercaderes griegos y rusos en Constantinopla, en el curso de la cual un comerciante de Novgorod había sido matado.

También por el flanco occidental Bizancio sabe imponerse. En primer lugar, el tráfico de sus puertos italianos, sobre todo el de Bari, está lejos de ser desdeñable: los comerciantes de Apulia, miembros del imperio hasta 1071, se dirigen a Constantinopla y hasta Asia Menor; además, las primeras repúblicas marítimas italianas, Amalfi y Venecia, están oficialmente sometidas al imperio y hasta el final del siglo X las colonias que poseen están sometidas a las mismas reglas aduaneras que el resto de los comerciantes del reino. Ahora bien, la administración aduanera, segura de su fuerza, apenas les hace concesiones: antes de 992, los venecianos, entre la entrada y la salida, pagaban hasta 30 nomismata por cargamento. Sin duda, en esta fecha, Venecia obtiene de Basilio II su primer privilegio

que reduce la tasa de entrada a 2 nomismata y la de salida a 15, y es la base de su futura expansión, pero las tasas son aún suficientemente elevadas para prohibir cualquier dominación del mercado bizantino por los occidentales. Qué duda cabe que es inquietante ver tantos extranjeros afluir al imperio, mientras que los comerciantes bizantinos, según parece, rara vez atraviesan sus fronteras. De hecho, es algo normal: de igual modo que había puesto en práctica una política exterior de equilibrio y había provocado una revolución sociopolítica en el interior, la idea de un imperio definitivamente dueño de sus destinos, confirmada por la prosperidad general, incitaba a la clase mercantil griega a esperar al cliente antes de ir a buscarlo. El imperio, dueño de los principales circuitos comerciales del Norte y de Oriente, está en una posición de casi-monopolio. Desde su punto de vista, es ya un gran privilegio autorizar a los extranjeros a ir a gastar su dinero en sus mercados. Esta mentalidad pasiva se convertirá, no obstante, en un grave peligro a partir del momento en que el imperio no detente ya todas las llaves del gran comercio. Sin duda, es falso decir que la prosperidad de los intercambios no engendró en Bizancio un verdadero espíritu mercantil. Es más acertado pensar que, contrariamente a la idea tópica, fue la circulación interior, que siempre destacó sobre los intercambios internacionales, la que originó una clase mercantil activa pero de cortas miras, que ni por su índole ni por sus técnicas (pensemos que Bizancio no conocerá nunca un verdadero sistema bancario) podrá competir con los negociantes italianos, mucho más emprendedores.

El último centelleo de la Antigüedad

Psellos confiesa su perplejidad a propósito del reinado de Basilio II. El emperador, escribe,

> ... no prestaba atención ni siquiera a los sabios: mostraba un absoluto desprecio por este tipo de gente, los sabios: por esto, no deja de sorprenderme el hecho de que, a pesar de que el emperador menospreciara hasta tal punto el cultivo de las letras, hubiera en esta época una abundante floración de filósofos y de oradores.

A principios del siglo XII, Ana Comneno alude también a esta aparentemente insoluble paradoja.

Un esfuerzo de aculturación

En general, recordemos que conviene evitar la sobrestimación de la cultura de los bizantinos. Por superior que sea a la de Occidente en esta época, en realidad está centrada en una capa relativamente delgada de la sociedad. La enseñanza media, tal como aparece hacia mediados del siglo X, es una enseñanza tradicionalmente privada y de pago, que sólo se destina a una determinada élite social constituida sobre todo por los parientes de los funcionarios y dignatarios de la corte y de la Iglesia; además, este tipo de escuelas se encuentra sobre todo en la capital, mientras que la provincia está completamente privada de ellas. Hacia

940, Abraamio, el futuro Atanasio de Athos, debe abandonar Trebisonda para ir a educarse a Constantinopla. Aunque puedan parecer muy bajas, las cifras que se calculan que alcanzaba la población escolar de Constantinopla, de 200 a 300 alumnos hacia 920-930, nos hacen comprender que eran muy pocos los que podían superar el nivel de los simples rudimentos. Sin embargo, el número de escuelas aumenta, sin duda, hacia mediados del siglo, bajo el reinado del Porfirogénito, y el Estado, sensibilizado por este nuevo fenómeno, experimenta la necesidad de establecer sobre ellas un mínimo de control. Sin duda alguna, las escuelas siguen siendo instituciones privadas, pero se ve aparecer la función de «encargado de las escuelas», que parece haber estado dotada de poderes disciplinarios, mientras que el consentimiento imperial parece haber sido de nuevo necesario para todo nuevo profesor. Tal evolución se explica fácilmente. En una época en que el funcionariado se convierte en el medio principal de promoción, las escuelas medias son las canteras de donde el Estado saca sus futuros agentes, y es natural que se asegure ciertas garantías sobre la enseñanza que les es dispensada.

Prácticamente no hay ningún dato sobre las escuelas en la segunda mitad del siglo X. A principios del siglo siguiente, se comprueba que su número ha aumentado sensiblemente y que la provincia parece estar ahora mejor provista. Pero, contrariamente a lo que se habría podido suponer, su control por el Estado se ha reducido notablemente. Las escuelas de Constantinopla, las mejor conocidas, son un heterogéneo conjunto de instituciones siempre privadas y de pago, pero cuyos estatutos pueden ser muy diferentes: la escuela de San Pablo es una fundación del Estado financiada por este último, pero los maestros de las escuelas de San Pedro y de la Diakonisa son nombrados por el patriarca. Además, la escuelas están lejos de tener todas el mismo nivel: mientras que la escuela de San Pedro lleva a sus alumnos hasta una enseñanza de tipo universitario, la mayor parte apenas alcanza más allá de la enseñanza de la retórica y de la filosofía, y algunas no dispensan más que cursos de ortografía y gramática. Hay también un hecho inquietante: la escuela de San Pedro, la más prestigiosa, que depende directamente de la Iglesia, no demuestra que el Estado tenga un interés muy grande por la enseñanza.

Este desinterés queda de manifiesto también al nivel de lo que se podría llamar la enseñanza superior: el mismo Porfirogénito había intentado volver a dar brillo a una Universidad que se había adormecido a principios del siglo X. Pero esta enseñanza superior de filosofía, retórica, geometría y astronomía, que tenía más de cenáculo palatino que de Universidad, no tarda en volver a sumirse en su oscuridad, hasta el punto de que se puede incluso pensar que desaparece en la segunda mitad del siglo: cuando Matías de Edesa, fuente ya poco segura, habla de los «filósofos y de los sabios de Constantinopla» bajo el mandato de Zimisces, nada permite afirmar que haga alusión a una enseñanza superior de tipo público. De hecho, tal como hemos mostrado con el ejemplo de la escuela de San Pedro, es probable que sea en establecimientos privados donde las personas cultivadas del siglo XI hicieran sus estudios. Este tipo de escuelas podía abrirse ahora con toda libertad, y precisamente esto es lo que hace, en 1028, el futuro obispo de Euchaita, Juan Mavropus, uno de los hombres más instruidos de su tiempo: ayudado por diversos maestros (*didaskaloi*) que estaban bajo sus órdenes, dispensaba una enseñanza principalmente oral y destinada a estudiantes avanzados, a menu-

do incluso ya formando parte de la función pública, y que podían participar a su vez en la enseñanza de los principiantes. Esto es lo que hacía Psellos, sin duda el más brillante alumno de esta escuela de donde salieron también muchos otros grandes nombres de la época como Constantino Licudis, Juan Xifilin o Nicetas de Bizancio. Puede creerse, pues, a Psellos cuando dice, en su elogio fúnebre del patriarca Juan Xifilin, que su época tenía retóricos, juristas y filósofos, pero sin auditorio y sin jefe. Hemos visto hasta qué punto la enseñanza superior estaba desorganizada, pero hay que pensar también que apenas suponía más que un *happy few*, pues la mayor parte de los alumnos apenas iban más allá de la enseñanza media y, por otra parte, contaban con poco estímulo ya que, si hemos de creer a Psellos, los soberanos no mostraban mucho interés por reclutar personas dotadas de una «cultura completa» y, en consecuencia, menos fáciles de manejar.

La «reforma» atribuida a Constantino Monomaco debe ser, en estas condiciones, vuelta a situar en su justa proporción. Las más recientes investigaciones prueban, en primer lugar, que Monomaco nunca creó la alta escuela de filosofía de la que Psellos había sido decano. El título de «consul de los filósofos» que ostenta desde los años 1050 hasta alrededor de 1075 le dio tal vez un vago derecho de fiscalización sobre las escuelas de filosofía ya existentes, pero es más probable que se tratase de una distinción honorífica y absolutamente personal. En lo referente a la historia de la escuela de derecho bajo el mandato de Monomaco, es más interesante, pues es la historia de un fracaso. En el siglo X y a principios del XI, las ciencias jurídicas sólo dependían del cuerpo de notarios, que tenía mucha influencia sobre las escuelas donde eran enseñadas; no se sabe siquiera si los profesores, elegidos por los notarios, eran todavía confirmados por el eparca de Constantinopla. En todo caso, el Estado no tenía ningún medio para controlar ni el contenido ni el nivel de la enseñanza dispensada a los que constituían cada vez más su propio armazón, los hijos de la burguesía constantinopolitana. Era ésta una situación intolerable y contra la que el emperador quiso reaccionar por medio de una novela, sin duda promulgada en 1047. En lo sucesivo, un «guardián de las leyes» (*nomophylax*), en este caso Juan Xifilin, estaría encargado de enseñar el derecho y de controlar los conocimientos de los estudiantes, a condición de tener un conocimiento teórico y práctico de esta disciplina, pero también de conocer las lenguas griega y latina, y de estar iniciado en otras disciplinas, lo que debía impedir a los juristas caer «en la pura sofística». A partir de ahora, los notarios tienen la obligación de haber seguido esta enseñanza y el nomofilax debe certificar, en el momento de su entrada en los colegios, sus capacidades jurídicas y literarias: quienquiera que contraviniera esta obligación sería expulsado. La reforma tiene, pues, mucho el sentido de un restablecimiento de la situación de las profesiones jurídicas más implicadas en los asuntos y la gestión del Estado. Por esta razón, el emperador promete a los alumnos de la nueva escuela ponerles a la cabeza de las provincias imperiales donde, como se sabe, las funciones civiles precisamente acaban de recobrar un nuevo esplendor. Pero esta reforma estaba abocada al fracaso: no sólo el nomofilax es el único que enseña en esto que difícilmente podría llamarse una Facultad, sino que los textos no nos proporcionan ningún dato significativo sobre su acción, sin duda porque chocó en seguida con la oposición de los notarios y juristas en activo cuyo saber, en esta época de expansión económica, contaba menos que la eficacia y la experiencia.

Un Estado no puede desinterarse en este punto de la enseñanza más que si le sustituyen otros en quienes pueda depositar toda la confianza. Conviene recordar que las escuelas privadas eran tradicionalmente laicas en Bizancio y ni siquiera dispensaban enseñanza religiosa, de manera que, al menos hasta mediados del siglo XI, el emperador no teme que la Iglesia, cuya doctrina política bizantina circunscribe celosamente su campo de acción, influya sobre la naturaleza del saber inculcado a sus agentes, y por tanto, a medio plazo, sobre su propia concepción del poder. Sin embargo, el peligro es grande de cara al futuro. Desde el siglo X, numerosos dignatarios eclesiásticos toman escuelas bajo su protección y las subvencionan, y sabemos que en el siglo XI, la escuela de San Pedro, la principal de Constantinopla, depende directamente del patriarcado. Sin duda alguna, el riesgo de clericalización de la cultura y de la administración es aún débil, pues la expansión de la clase media deja a los clérigos pocas oportunidades de ocupar el terreno, aunque cualquier pérdida de dinamismo de la nueva clase dirigente puede dar al clero los medios para infiltrarse en los engranajes del Estado y para imponer allí otra mentalidad.

Además, no se puede comprender el papel que desempeñan las escuelas privadas si no se tienen en cuenta las últimas experiencias del enciclopedismo del siglo X. La obra del Porfirogénito había tenido ya como resultado poner al alcance de todos una serie de síntesis «prácticas» de las que un espíritu medianamente inteligente y cultivado podía hacer un uso casi exclusivo a fin de extraer lecciones de un nivel más que suficiente; su existencia explica sin ninguna duda, al cabo de dos siglos, la multiplicación de escuelas donde maestros apurados, sin una cualificación especial, podían destilar, a partir de ahora, un saber fácilmente accesible. Estas síntesis eran todavía abundantes e incómodas de manejar. En el siglo XI, la situación será diferente cuando se llegue a la conclusión de que todos los conocimientos considerados como necesarios pueden muy bien estar sintetizados en un solo gran manual donde se presentarán por orden alfabético: esto es precisamente la *Suda*, «compilación de compilaciones», donde el orden del diccionario ofrece a los lectores tanto definiciones sumarias como detalles gramaticales o datos biográficos. En lo sucesivo, bastará saber leer y hablar para hacer de profesor, provisto de este único manual que representa el grado cero de una cultura, es decir, la que podía ser provechosa tanto para los negociantes como para los empleados de las oficinas.

El Estado y el público tenían, pues, igualmente interés en este tipo de enseñanza, que las escuelas públicas debían dispensar con suficiente competencia para hacer inútil cualquier intervención oficial en la educación. Por otra parte, la gran masa de padres y alumnos no pedían más. Psellos, que probablemente fue profesor en la escuela de San Pedro, comprueba que la mayor parte de sus estudiantes no tratan más que de adquirir los conocimientos necesarios para desempeñar una profesión. Por lo demás, si se exceptúa una iniciación, sin duda sumaria, en el *quadrivium* científico, se trataba de una cultura esencialmente literaria, a base de ortografía, gramática, derecho y, sobre todo, retórica, en resumidas cuentas, una cultura de escriba. La mejor expresión de esta cultura desecada es sin duda la «esquedografía», disciplina puramente técnica consistente en ampliar un determinado número de temas oratorios (los *topo*) esforzándose por utilizar el mayor número posible de palabras conocidas. La apertura del concurso de esquedografía

entre las diversas escuelas de la capital y la aparición de manuales destinados a su enseñanza dan una buena prueba de que la posesión de esta «ciencia» era indispensable para quien quisiera abrirse camino en el mundo. Se puede, como Psellos, que la enseñó en sus principios, menospreciar esta huera técnica, pero no se deben olvidar sus aspectos positivos: esta «nueva retórica» no solo contribuyó a mejorar la lengua escrita, que llegó a ser excelente a finales del siglo XI, sino que esta mediocre cultura atañe ahora a capas mucho más amplias de la población. Ahora bien, ser capaz de leer bien, de escribir bien, de expresar de una manera perfectamente clara las nociones más complejas, todo esto es esencial tanto para una buena administración (cuyas directrices tienen la oportunidad de ser convenientemente reflejadas y comprendidas desde las oficinas de la capital hasta el más modesto de los ejecutantes), como para los negociantes y los que manejan dinero o bienes, porque la claridad y la precisión de la expresión son, en sí, las garantías de un buen contrato. Estos notables instrumentos, forjados en el siglo XI, confirieron a la administración bizantina una eficacia innegable, incluso cuando el poder central empieza a tambalearse. Al hacerse más habituales, permitieron también a la nueva burguesía dar consistencia a sus posiciones sociales y llevar mejor sus negocios.

En el siglo X, en que la cultura era más escasa pero de un mejor nivel general, la propia escasez de personas cultivadas hacía que casi nadie estudiara de una manera desinteresada, pues el Estado, que tenía una gran necesidad de ellos, aseguraba una casi segura promoción a las personas instruidas. En el siglo siguiente, en que se dispone de un vasto vivero provisto de una cultura elemental, es sólo la vocación personal la que impulsa a determinadas personas a querer acceder a una cultura verdaderamente superior. Esta élite, que pudo estar necesitada en su juventud —como es el caso tanto de Mavropus como de Psellos—, se lanza, una vez tiene su fortuna asegurada, generalmente por el ejercicio de cargos del Estado, a una profundización de la cultura antigua que no puede compararse con lo que había conocido el siglo precedente. Se explica así una vuelta real a la filosofía antigua, y sobre todo platónica, que Focio había hecho compatible con la religión cristiana al precio del sacrificio de su sentimiento profundo. Psellos, aunque siguió siendo sin duda un cristiano auténtico y sincero, aunque tendió a ver a Platón a través de los neoplatónicos, Plotino, Porfirio, Jamblico y, sobre todo, Proclo, llegó a tener una real complicidad con el espíritu de la filosofía antigua. Al actuar así, corría el riesgo de hacer de nuevo sensible la incompatibilidad de este último con la doctrina cristiana. Se perfila, pues, una crisis en el horizonte, en el mismo momento en que la Iglesia tiende a definir, para sus miembros, una cultura cada vez más específica. A mediados del siglo XI se organiza, por primera vez en Bizancio, una verdadera enseñanza eclesiástica que se fundamenta en las «tres didascalias» (Salterio, Hechos de los Apóstoles, Evangelios) y sólo se admiten, como textos filosóficos, los libros de Aristóteles, los más compatibles con el cristianismo. Es evidente que a lo largo de esta crisis los sucesores de Psellos no pudieron influir nunca en una opinión pública poco preocupada por los problemas especulativos y siempre dispuesta a alinearse tras la autoridad eclesiástica.

Una Iglesia segura de sí misma

Aunque, en su conjunto, la Iglesia del siglo XI apenas experimenta ninguna renovación, ni en su papel político ni en su doctrina, existe sin embargo una evolución, aún subterránea, en su seno. Su preocupación esencial es la de preservar y aumentar su patrimonio, lo que no puede hacer más que adoptando una actitud generalmente sumisa respecto al poder imperial. Los patriarcas son, la mayoría de las veces, personalidades mediocres y, cuando se trata de personajes prestigiosos, son siempre antiguos altos funcionarios, como Constantino Licudis o Juan Xifilin. No hay que esperar, pues, a ver a estos pontífices disociarse del poder establecido, aunque fuese sólo en nombre de la moral. El silencio de Xifilin, cuando Romano Diógenes es traidoramente capturado y cegado en 1071, es muy elocuente a este respecto. Miguel Cerulario, patriarca de 1042 a 1058 es, de hecho, la excepción que confirma la regla: este ambicioso incontenible, que abrazó el estado religioso a raíz de una conspiración fallida, desempeñó efectivamente un papel político a menudo determinante, a veces incluso, como en 1054, en contradicción con los intereses del imperio, pero no consiguió jamás reunir tras él al conjunto de la Iglesia, y el pueblo no vio nunca en él la encarnación de esta última; por esta razón fue destituido por Isaac Comneno en 1058, sin que se esbozara siquiera un movimiento en su favor.

Además, la teología sigue siendo muy tradicional: los patriarcas, cuando no son juristas, como Licudis o Xifilin, son pietistas sin relieve, como Alejo el Estudita. La observación es importante cuando se aborda la historia del presunto cisma de 1054. Insistamos en que, en esta fecha, Roma y Bizancio están tan poco dispuestas a romper que se dedican a organizar una alianza antinormanda para la defensa de la Italia del sur. Precisamente es esta alianza con Roma la que Cerulario no quiere a ningún precio, pues supone concesiones al papa y le impedirá obtener aquello con lo que sueña desde siempre: el reconocimiento de la igualdad de las dos sedes, la de Roma y la de Constantinopla. Es, pues, del círculo de Cerulario de donde proceden, sin duda alguna, los textos que, de una manera completamente inesperada, relanzan, a partir de 1053, la vieja discordia entre las dos Iglesias que, por otra parte, se sitúa en el plano ritual (ácimos, ayuno del sábado, y sobre todo celibato de los sacerdotes). Esta provocación tiene sin duda como objeto recordar hasta qué punto se había hecho profunda la zanja entre la ortodoxia y la romanidad, pero los gestos dramáticos del 15 y 20 de julio de 1054, la bula de excomunión pontificial fulminada por los legados y el anatema lanzado después por Cerulario contra sus redactores, no comprometen verdaderamente el destino de sus relaciones. No sólo estos gestos no tenían valor, ya que León IX había muerto en esta fecha, sino que los contemporáneos no vieron en ellos muchos más que una peripecia. Mientras que las fuentes bizantinas guardan silencio, Roma no pierde nunca la esperanza de lograr un acuerdo. Aún en 1058, el papa Esteban IX enviaba a Desiderio de Monte Casino en misión a Bizancio, aunque por un mero oportunismo político el gran abad, enterado de la muerte del papa, renuncia a dirigirse a Constantinopla. Por otra parte, se sabe que el propio Gregorio VII creyó durante mucho tiempo en la posibilidad de un acuerdo con Bizancio. A finales del siglo XI, las dos cristiandades se miran sin duda con ojos cada vez más recelosos, pero nadie pronuncia la palabra cisma.

Lo que ocurre en los extremos de las dos cristiandades es lo que muestra mejor que, a los ojos de los contemporáneos, no son esencialmente diferentes. El caso de la Italia del sur es bien conocido. Se sabe que los monjes griegos, como Nilo de Rossano, son recibidos y honrados por los príncipes y los clérigos latinos. El mismo Nilo canta el oficio en griego en Monte Casino y mantiene excelentes relaciones con Roma, donde proliferan los monjes griegos. Los problemas de obediencia, que emponzoñan las relaciones entre el papa y el patriarca, sólo tienen un eco muy apagado en esta zona de población mixta donde los dos ritos coexisten y saben respetarse. En el otro extremo de la cristiandad, en Rusia, se observa un fenómeno de coexistencia. Sabemos ahora que la conversión de los rusos había sido emprendida por un clérigo latino procedente de Europa central, de Escandinavia y de Alemania, que estaba, sin duda, en Kiev hacia 987, y que el príncipe Vladimir recibió el bautismo. Su matrimonio con la porfirogénita Anna en 989 no puede ser considerado como una «conversión a la ortodoxia», aunque fuera seguido, como era normal, por la progresiva implantación de un clero griego. El vigor del clero local, de tradición occidental, está, por otra parte, atestado por la lentitud con la que la iglesia rusa se desliza en el marco de la iglesia bizantina: hasta 1037 no es enviado a Kiev un obispo griego y esta sede no es considerada como metrópolis dependiente de Constantinopla más que en una reseña que data de la época del reinado de Alejo Comneno (1081-1118). Por lo demás, como se recordará, aunque su destino religioso debía ser exactamente inverso, Hungría da, en ese mismo momento, otro testimonio del cáracter aún poco diferenciado de las dos iglesias: Esteban I, paladín de Roma, favoreció sin embargo, durante todo su mandato, los monasterios establecidos antiguamente, de entre los que destacaba el de Veszpremvölgy; más tarde se crearon otros, sobre todo bajo el reinado de Andrés I, y el monaquismo griego no desapareció del país hasta el siglo XIII.

La iglesia bizantina del siglo XI es, en el fondo, un fiel reflejo del imperio, al igual que la cultura e incluso la economía de Bizancio: a través de la ausencia de agresividad y la lentitud de los cambios, debido a la pretensión de alcanzar en todo el justo medio, se desprende una impresión de éxito y de misión cumplida que tardará mucho tiempo en disiparse.

El arte en su plenitud

El período «macedonio» no ocupa el primer lugar en la obra artística de Bizancio porque nos legará más manuscritos o mosaicos que cualquier otra. Florece allí una expresión artística que ha alcanzado su madurez. Tal vez como una justificación de la tormenta iconoclasta. Haciendo tabla rasa, o casi, de lo antiguo, los emperadores del siglo VIII abrieron el camino al sincretismo que frenó bruscamente la inmutable reverencia de los artistas para con la inspiración antigua que, sin embargo, no desapareció por completo: el helenismo surge en los drapeados de los vestidos, la musculatura de los atletas, el gusto por la perspectiva y el empleo de símbolos. Pero aunque las experiencias artísticas del siglo X hunden sus raíces tan lejos, tienen ahora influencia, tanto en el propio Estado como, por otra parte, en Armenia, Capadocia y el mundo búlgaro. A algunos cables de su nau-

fragio, nace un arte verdaderamente original. Y como en el mismo momento se ponen de relieve en Occidente los primeros lineamientos de lo que será la «novela», la división entre las dos partes del mundo cristiano no es más que una división política.

No es la arquitectura, decididamente punto flaco del arte de Oriente, quien atrae nuestra mirada: las pequeñas iglesias trazadas sobre perfectas cruces griegas, que crecen en el siglo XI por todo el imperio, hacen un modesto papel al lado de los gigantes del siglo VI. Al menos permiten al fiel abarcar de una ojeada todo el programa iconográfico del edificio, e incluso se ha llegado a pensar que éste era sin duda el objeto de este «concentrado» doctrinal: presentar toda la jerarquía celeste y su doblete humano en un solo ciclo donde no desentonara ya la propia figura imperial. Vemos así al Cristo Pantocrátor, terrible pero bendiciendo, que domina en la cúpula central, o la Virgen consoladora en la bóveda del ábside. Sobre los fondos de oro de los mosaicos de la Nea Moni de Quíos, de Dafni, de San Lucas de Fócida, las figuras se destacan con un poder expansivo y una virtuosidad de los tonos escogidos que sobrepasan el estereotipo de Ravena o de Santa Sofía. Los artistas búlgaros o rusos, los de Palermo o Torcello de los siglos posteriores, no tuvieron más que tomar de allí la expresión de la majestad y de la serenidad.

La sociedad monástica o urbana está ávida de obras de lujo. Los talleres de pintura de la capital o los menos célebres del Athos, del monte Olimpo de Bitinia o de Patmos nos han dejado manuscritos ilustrados que pueden situarse entre las obras maestras del arte: figurillas animadas y llenas de detalles de los tratados de medicina o de agronomía, suntuosas páginas llenas de los evangelios, escenas de las colecciones de sermones de Crisóstomo o de Gregorio Nacianceno, de los salterios o de los sacramentarios donde el artista utilizó una técnica de degradado en los colores, matices imperceptibles en los tonos claros, el rosa, el beige, aplicados en tan finas pinceladas que se ha podido decir que el impresionismo nació en Bizancio entre 1020 y 1080.

Naturalmente estas obras excepcionales están reservadas para el uso de la élite. No obstante, cuesta trabajo creer, a la vista del esmero y la calidad de la ornamentación en los escritos de uso cotidiano, que no hubiera podido haber una corriente común a todas las capas sociales. Tal vez el historiador que sabe que está cerca de la desgracia, podría conmoverse hasta tal punto por este último resplandor que tendría ganas de exclamar: «¡Demasiado tarde!»; sin embargo, hay que celebrar esta última lección dada por Bizancio al borde de su ruina.

Capítulo 6

LA AGONÍA DE BIZANCIO

(1080-1261)

El gran fracaso de 1071 ante los turcos no implica una mutación brusca del imperio. Sus puntos flacos, hasta entonces ocultos, se ponen de manifiesto paulatinamente y, como se ha subrayado acertadamente, un viaje por la tierra bizantina a finales del siglo XII habría revelado más bien una extraordinaria permanencia de la vida de los hombres, sobre todo en los campos. Esto es cierto también en lo referente a la propia estructura del imperio: si bien es seguro que se encamina hacia un repliegue en sus territorios europeos, es dudoso que los contemporáneos tuvieran conciencia de ello y, al menos hasta el final del reinado de Manuel Comneno, en 1180, el restablecimiento de la situación en Asia Menor es un elemento esencial del programa imperial.

La pérdida de Anatolia no es, en efecto, fatal inmediatamente después de Mantzikiert. El vencedor, el sultán Alp-Arslan, no tuvo en absoluto la intención de establecerse allí, pues el verdadero objetivo de este soberano muy ortodoxo era hacer desaparecer el califato herético de los fâtimíes de Egipto. De hecho, las convulsiones internas del imperio combinadas con un grave error de apreciación del peligro turco consolidaron el destino de Asia.

Falsas apariencias

La muerte de Romano Diógenes en 1071 fue seguida, bajo el reinado de Miguel VII Ducas (1071-1078), de una serie de levantamientos militares en Asia cuyos protagonistas, ya fueran griegos o normandos, se apoyaban regularmente en las bandas turcas que atravesaban el país, en tanto que el gobierno, que veía erróneamente en el sultán el peligro esencial, introdujo estas mismas bandas hasta la región de los estrechos. El nuevo sultán seldjûqí, Malik Shâh, intentará en vano un acuerdo con Bizancio. Éste no cree en su sinceridad y toma, por el contrario, a su servicio a uno de los primos del sultán, Sulaymân, que bajo la apariencia de trabajar para él, controla ya, hacia 1080, las orillas de la Propóntide y se lanza,

contra Malik Shâh, a la conquista de la Anatolia oriental. El imperio es igualmente ciego en el flanco occidental: al rechazar las iniciativas de Gregorio VII, arroja al papa en brazos de los normandos, impulsándole así a dar su aprobación a la ofensiva en Albania en 1081-1085.

Bizancio condenado a Europa

Sin embargo, la autoridad central recobra su estabilidad en 1081 con el golpe de Estado que lleva al poder a Alejo I Comneno. A pesar de su talento, el nuevo emperador demuestra claramente que Bizancio es a partir de ahora incapaz de combatir en varios frentes. Ahora bien, el peligro más grave es el que pesa sobre los Balcanes. Primeramente tiene lugar el ataque de Guiscardo en Albania, que es conjurado en 1085 gracias al apoyo de la flota veneciana; después, el desencadenamiento de los pechenegos más allá del Danubio, de 1086 a 1091, que los bizantinos contienen prácticamente solos pero que acosa hasta tal punto a Constantinopla que, por primera vez, el emperador fue obligado a pedir ayuda a un señor latino, el conde de Flandes, Roberto el Frisón. Durante este tiempo, la actividad de los ejércitos bizantinos es casi nula en Asia. Sólo intervienen, aunque a destiempo, para repeler a Malik Shâh que, tratando de eliminar a sus primos sublevados, beneficiaba de hecho al imperio en el mismo momento en que, no satisfechos con atacar plazas como Nicomedia, los emires locales se dotan de flotas que piratean en el mar Egeo. Sin embargo, en 1092, el emperador parece que finalmente comprende la situación y acepta la alianza del gran sultán, cuya muerte, el mismo año, permitirá a los descendientes de Sulaymân rehacerse lentamente. En este momento, el imperio ya sólo controla en Asia Menor las regiones situadas al nordeste de una transversal que va del sur de Efeso al este de Trebisonda.

La gran empresa del reinado de Alejo, la primera cruzada, esclarece bastante bien los medios y los fines del imperio. Hacia 1095, está en paz por primera vez desde hace treinta años, pero las recientes adversidades le han debilitado hasta tal punto que ya no tiene sentido lanzar, con sus únicas fuerzas, una ofensiva en Asia. Aunque ya no podía llamar a los latinos en su ayuda, cosa que la situación no permitía, Bizancio podía pensar en tomarlos a su servicio en calidad de mercenarios, lo que, por lo demás, realizaba desde hacía más de medio siglo. Esto es probablemente lo que debieron pedir los enviados bizantinos en el concilio de Piacenza en 1095. Se sabe que los occidentales, y en particular Bohemundo, viejo adversario de Bizancio, no tenían la intención de limitarse a una obra de reconquista por cuenta del emperador; también la cruzada da origen a unidades políticas erigidas en territorios antiguamente bizantinos, sobre todo en Edesa y en Antioquía, que dan pie a las luchas que oponen, hasta 1104, a los latinos y los griegos y que, bajo el impulso de Bohemundo, son el pretexto para todo un programa propagandístico tendente, por primera vez, a hacer aparecer a los griegos como traidores e incluso aliados de los turcos. Bohemundo, de vuelta en Occidente, aprovecha esto para llevar la lucha a los Balcanes. La segunda expedición normanda de Albania, que tiene lugar en 1107, acaba con una derrota que le obliga a reconocerse vasallo ligio de Alejo en relación a su principado de Antioquía,

pero muere en 1111 y sus sucesores repudian este estatuto de vasallaje. En resumidas cuentas, la cruzada no hace más que complicar la posición bizantina en Asia, añadiendo adversarios latinos al viejo enemigo musulmán. Desde el punto de vista de los griegos, que ven pocas posibilidades de que retarde los ataques normandos, la cruzada hace pesar una constante amenaza sobre sus fronteras occidentales, cosa hasta entonces desconocida y que, conjugada con los empujes nómadas en el Danubio y el nacimiento de nuevos estados eslavos, como Rascia y Zeta, incita al imperio a emplear lo esencial de sus fuerzas más excepcionales para la protección de sus territorios balcánicos. Este es, por lo demás, el rasgo dominante del reinado del hijo de Alejo, Juan II (1118-1143) que, hasta 1135, defiende sus fronteras occidentales contra pechenegos, servios y húngaros y, ante la amenaza normanda reaparecida con el acceso de Roger II de Sicilia al título real, en 1130, se integra cada vez más en el sistema político latino estrechando sus lazos con Venecia y Pisa, e incluso aliándose al Imperio germánico. Hasta 1137 no puede hacer reconocer su soberanía al príncipe de Antioquía, que la repudia a partir de 1142; el emperador muere en abril de 1143 en el curso de una expedición destinada a reducir definitivamente a los latinos de Oriente.

El «hombre enfermo»

Sin duda, la atonía del mundo turco oculta el carácter fundamentalmente occidental de la obra de Juan II, y lo mismo ocurre durante la mayor parte del reinado de su hijo, Manuel I (1143-1180). Las grandes empresas de este último en Occidente pueden aparecer como las de un imperio nuevamente conquistador y seguro de sus fronteras orientales, pero testimonian, de hecho, la vuelta a centrarse de este último sobre sus territorios balcánicos y, sin duda, su profunda necesidad de controlar de nuevo el Adriático y el mar Jónico. El peligro siciliano, más que la segunda cruzada que, aunque le priva de Francia, deja casi intacta la alianza germánica, es, en efecto, el que marca el principio del reinado. En 1147, Roger II se ha apoderado de Corfú y ha realizado una razzia en Grecia, y se ha llevado con él la mayor parte de los obreros que trabajaban la seda de Tebas y Corinto. Esta orientación hacia el Adriático explica también, en la misma época, el control cada vez más fuerte que Bizancio ejerce sobre Servia y sobre Hungría, que se sublevan en 1149. Venecia, que es el punto sensible del Adriático, se da perfectamente cuenta: ayuda mucho a Manuel a volver a tomar Corfú ese mismo año, pero el sitio de la ciudad es la ocasión para un primer desacuerdo, bien significativo, entre griegos y venecianos. Éstos ven confirmados sus temores cuando Manuel, aprovechando la muerte de Roger en 1154, se adentra en Italia y somete las Marcas y Apulia; es expulsado de allí en 1156 y se ve obligado a firmar un tratado dos años más tarde, lo que marca el final de las pretensiones bizantinas en Italia, pero no de sus objetivos en el Adriático. En 1161, Manuel impone su voluntad en la sucesión al trono de Hungría y aprovecha la circunstancia para someter Croacia, Bosnia y, sobre todo, Dalmacia. Cuando en 1172, el emperador obtiene además la sumisión del gran jupán de Servia, Esteban Nemania, Bizancio, de nuevo dueña de su litoral marítimo occidental, se convierte en una amenaza muy próxima tanto para Venecia como para el emperador germánico, Fede-

rico Barbarroja, el rey de Sicilia e incluso el papa y las repúblicas marítimas del Tirreno, Génova y Pisa. Asimismo, mientras que Manuel confisca los bienes venecianos en el imperio en 1171, una vasta coalición que reagrupa todas estas potencias se pone en pie entre 1169 y 1177.

Ahora bien, la calma en las fronteras de Oriente no debe ocultar, en la misma época, el renacimiento del poder turco. El sultanato de Anatolia, o sultanato de Rûm, centrado en Qonya, la antigua Iconio, había sido ya irritado en 1159 por una de las extrañas actitudes adoptadas por Manuel en Oriente: su reafirmación como soberano de Antioquía y el reconocimiento tácito de su supremacía por el reino de Jerusalén. Por lo demás, incluso aquí la influencia occidental no está ausente, ya que es probable que la diplomacia de Barbarroja no fuera ajena a la ruptura del tratado pactado entre el sultán Qilidj Arslân y el emperador en 1162. Desde 1175, esta ruptura está consumada y en el curso de la campaña que se lleva a cabo como resultado Manuel es aplastado, el 17 de septiembre de 1176, en Miriocefalón.

De 1180, fecha de la muerte de Manuel, a la caída de Constantinopla en 1204, Asia Menor, aún bizantina más allá de una línea Mileto-Amastris, apenas da motivo para que se hable de ella, pero es el momento en que un cierto número de nobles militares consiguen dominios casi independientes, lo que aumenta su desorganización. Todo lo que tiene importancia ocurre en Europa y supone una serie de catástrofes para Bizancio. La historia política interna es una sucesión de golpes de Estado: toma del poder por Andrónico I, primo de Manuel, en 1182; caída de Andrónico, y por esta razón caída de la dinastía, en 1185; después débiles reinados de la dinastía Angel, en primer lugar Isaac II, y después Alejo III, su hermano, que hace cegar y encarcelar a Isaac en 1195. En estas condiciones, el imperio no puede impedir la disgregación del imperio balcánico: en 1181-1183, los servios y húngaros sublevados arrasan Macedonia y Bulgaria que, en 1185-1187, vuelve a encontrar, bajo el impulso de los hermanos Asen, una independencia perdida desde hacía casi dos siglos. A partir de ahora, Bizancio no tiene otro acceso al Adriático que por la costa de Albania, cuyos príncipes, desde entonces autónomos, mantienen su juramento de fidelidad por temor a la expansión servia. Existe incluso el riesgo de una retirada cultural de Bizancio que podría afectar estas regiones. En 1202, Vukán de Servia reconoce la primacía romana y, en 1204, Kaloján de Bulgaria hasta recibe la corona real de Inocencio III. En lo sucesivo, el imperio verá pesar sobre sus fronteras dos poderes eslavos que le infligen derrota tras derrota y corren el riesgo, en caso de un nuevo ataque latino, de tener que pactar con ellos. Ahora bien, ya en 1185 los normandos de Sicilia vuelven a la carga y consiguen incluso tomar y saquear Tesalónica, la segunda ciudad del imperio. Son, sin duda, rechazados, pero son rápidamente relevados, en 1189-1190, por la tercera cruzada, en cuyo curso Barbarroja, cerciorado del apoyo de los servios y los búlgaros, estuvo a dos pasos de atacar la misma capital. En definitiva, Bizancio no perdió más que Chipre, conquistada por los ingleses al mando de Ricardo Corazón de León, pero el hijo de Barbarroja, Enrique VI, heredero por matrimonio de Sicilia y de su hostil tradición, puso a punto un verdadero plan de conquista del imperio que, sin embargo, fue aplazado a causa de su brutal muerte en 1197. El proyecto quedó desde entonces bien aferrado en Occidente,

y corresponderá a los cruzados de 1204 eliminar definitivamente a ese «hombre enfermo» que es el Imperio bizantino.

La vuelta a centrarse del imperio en los Balcanes es, pues, un fracaso. Habida cuenta del cambio de sus estructuras y de sus mentalidades era, sin embargo, la única posibilidad de renovación y, por otra parte, los Láscaris y Paleólogos basarán en el siglo XIII su intento de restauración sobre los mismos principios. Por lo demás, si los Comneno han fracasado, no se debe a no haber sentido la necesidad de profundas reformas internas, que se suelen juzgar injustamente. En efecto, no se puede impedir la comprobación de que el verdadero equilibrio no se manifiesta hasta mediados del siglo XII, es decir, en el momento en que Manuel I rompe con la tradición defensiva del imperio para lanzarse a una política militar agresiva inadaptada a una estructura política aún sólida pero con recursos, no obstante, muy menguados.

Los mercenarios, señores de la guerra

En efecto, es perfectamente falso no ver, en la época de los Comnenos, más que el triunfo de una casta militar a la que se habrían subordinado todos los recursos del Estado.

Ciertamente, es un golpe de Estado militar el que conduce a Alejo Comneno al trono en 1081, y su principal respaldo es la vieja clase dirigente, militar y terrateniente y, más exactamente, con pleno dominio en Asia, de manera que su toma de poder tuvo, al fin y al cabo, el sentido de una revancha de esta última contra la nueva capa dominante, administrativa y burguesa. Pero la personalidad de Alejo indica ya que apenas es portador de una ideología nueva. Aunque así lo sostenga la hagiografía filial; Ana Comneno, su hija, que escribía en una época en que el recuerdo de su padre estaba aún vivo, no puede ser completamente mentirosa cuando le alaba por haber «solucionado pacíficamente asuntos que son naturalmente solucionados por la guerra y el hierro» ni cuando recuerda que el mejor éxito es el que se obtiene «sin sangre ni lucha». Sin duda traduce, aún más profundamente, la mentalidad de su época cuando recuerda que los jóvenes son brutales por «no haber experimentado la miseria de las guerras». Tampoco es este su único prejuicio contra Manuel Comneno que provoca los comentarios de Nicetas Koniata, cuando reprocha duramente al emperador haber respondido a la pacífica aproximación de la segunda cruzada con medidas abiertamente hostiles. En la época de Manuel, debe incluso pensarse que la vieja mentalidad pacífica se halló confrontada con la política constantemente guerrera del emperador, tanto más cuanto que la mayoría de sus campañas se dirigieron contra pueblos cristianos, lo que la fidelidad al cristianismo consideraba un verdadero escándalo. Ana Comneno recordaba que el orden divino quería que se perdonara todo entre los cristianos, y el propio Alejo había puesto fin a la guerra contra el príncipe servio de Dioclea, a fin de evitar una «guerra civil». En cuanto a Nicetas, alaba a Juan II que renuncia a entrar por la fuerza en Antioquía porque «estaba totalmente opuesto a una guerra entre cristianos». La aversión de los bizantinos a ir a la guerra es sensible en muchas ocasiones: en 1158, con motivo de una expedición a Armenia, Manuel convoca a las tropas del *thema* de Seleucia, pero no acude

nadie. Por otra parte, el hecho de que la época de los Comneno vea el apogeo del mercenariado apenas permite sostener la idea de un imperio militarizado. En la época del primer ataque normando sobre Albania, se encuentran en el ejército imperial eslavos macedónicos, turcos, sarracenos, varegos rusos y contingentes normandos, y se sabe que la propia guardia contaba también con alemanes y anglosajones que habían huido de su país cuando la conquista de 1066. Alejo y Juan Comneno continuaron reclutando mercenarios entre estos pueblos, pero fue Manuel quien hizo un uso sistemático de ellos: su ejército no sólo comprende franceses, alemanes, anglosajones, normandos de Sicilia y alanos del Cáucaso, sino que sus estados vasallos de Occidente le envían contingentes de servios, húngaros y valacos, en tanto que los estados francos del Levante le proporcionan armenios, turcos y caballeros franceses. Es evidente que esta práctica traduce las grandes dificultades existentes para procurarse soldados por vías normales. Asimismo, podemos preguntarnos si las reformas del régimen agrario y fiscal que caracterizan esta época no tenían como objeto, mucho más que reclutar soldados «nacionales», asegurar mejor y más rápidamente el sueldo de las tropas reclutadas en el extranjero.

Puede admitirse que al final del siglo X, el viejo sistema «estratiótico», en virtud del cual determinadas tierras estaban sujetas a la obligación de proporcionar soldados o su equivalente en oro, había desaparecido por completo. Los fragmentos del catastro de Tebas no mencionan ya en esta época las tierras «estratióticas». El Estado, sin duda impulsado por la necesidad de reclutar un creciente número de mercenarios, había hecho de la *strateia* —en su origen una tasa sustitutiva para quien no podía o no quería servir personalmente— un impuesto que afectaba al conjunto de la población. En los documentos de Miguel VII y de Nicéforo Botaniatés, está integrada en las largas listas de contribuciones, cuya exención se pide. Es decir que, a la manera de determinados impuestos contemporáneos, el producto de la «estrateia» apenas debía tener ya una aplicación específicamente militar y no era más que un sustento, entre otros, del Tesoro general. Sin embargo, su importancia seguía siendo grande y las cartas de exención, que deben ser consideradas siempre como excepcionales, no puede ocultar el cuidado con el que el Estado asegura su recaudación. A este respecto, la época de los Comneno, al menos hasta el reinado de Juan II, no aporta ninguna innovación: un documento de Alejo para Patmos, fechado en abril de 1089, muestra al emperador confirmando la exención de los nuevos habitantes de la isla, repoblada por Cristodulos, pero sometiendo a los campesinos de las tierras que el santo poseía anteriormente en Quíos y de las que había, en cambio, hecho retrocesión al fisco. Las dificultades de reclutamiento, al menos hasta alrededor de 1130, prueban al mismo tiempo la inadecuación del viejo sistema y la lentitud con la que los Comneno comprenden la necesidad de sustituirlo. La instalación, durante todo el siglo XII, de colonias militares extranjeras en el imperio, pechenegos, húngaros, servios, práctica también tradicional, no podía ser más que un paliativo muy insuficiente.

Irrupción de las alienaciones militares

La verdadera reforma, que data del reinado de Juan II y cuyo promotor fue, sin duda, el ministro Juan de Putza, sólo es, por otra parte, la codificación y la generalización de costumbres corrientes desde hacía mucho tiempo. No puede comprenderse más que teniendo en cuenta el grado de evolución de las estructuras rurales y la existencia de modelos jurídicos cuyo campo de aplicación era, al principio, muy limitado.

Los Comneno no quisieron la desaparición de la comunidad rural. Sabemos que estaba ya en muy mala situación antes de 1080, y los textos prueban que continúa existiendo después, pero su decadencia llegó a ser irremediable. Ciertamente, se habla aún del *chorion* y de sus habitantes (*choritai*), pero la última mención de la comunidad rural data de 1098 y es muy probable que las dos palabras debieran después traducirse simplemente por «aldeas» y «aldeanos». Estas aldeas de las que, bajo el mandato de Alejo III, los atenienses tratan de apropiarse en los alrededores de su ciudad y, sin ningún género de duda, hay que entender de la misma manera la existencia de *choria* en Creta, aproximadamente en la misma época. Los poderosos, palabra por la que hay ahora que entender no sólo los grandes terratenientes y los dignatarios, sino también los habitantes enriquecidos de las ciudades, son en gran parte responsables de tal decadencia, pero ésta proviene sobre todo, a nuestra manera de ver, de una política conscientemente seguida y que se sitúa también en una línea fijada desde hace al menos un siglo. Como se sabe, esta línea consiste en instalar a los campesinos en tierras pertenecientes al fisco, que se convierten así en los *demosiarios* que dependen a partir de ahora directamente del Estado. Los Comneno no inventaron aquí nada, pero amplificaron y sistematizaron este procedimiento de manera que, ya a mediados del siglo XII, los demosiarios debían ser muchos, tal vez la mayoría de los habitantes de los campos. En efecto, es menester observar que el Estado continúa limitando rigurosamente la instalación de campesinos en los dominios privados, especialmente en los de los monasterios. En 1175, Manuel obliga a los monjes a restituir campesinos instalados indebidamente, y el débil Isaac II lo hace también en 1186. Por lo demás, Manuel había tomado, en 1158, una medida general que recogía la legislación de Nicéforo Focas, por medio de la que garantizaba los bienes poseídos por los monasterios pero les prohibía incrementarlos o aumentar el número de campesinos vinculados a ellos.

La situación de los campos en el siglo XII era, pues, muy diferente a como se suele imaginar. Al controlar cada vez con más rigor la tierra y los hombres, limitando las veleidades de expansión de los propietarios privados, el Estado se arriesgaba a bloquear toda posibilidad de inversión en los bienes raíces, en el momento en que, como veremos, la innegable prosperidad de los negocios no basta para absorber los capitales acumulados en la ciudad. Este bloqueo debía ser tanto más irritante cuanto que la dinastía hubo de recompensar, sobre todo en sus principios, a la vieja aristocracia a la que debía su ascenso, y colocar príncipes, princesas y aliados de la familia, en el marco de una política que ponía las principales funciones del Estado en manos de sus parientes. Al igual que sus predecesores, los Comneno distribuyen, pues, sus donaciones cada vez más importantes, que implican la cesión hereditaria de las tierras y las rentas producidas

por los que las cultivan, lo que, evidentemente, no puede aplicarse a las tierras del fisco. Este sistema, que no aporta ninguna novedad jurídica, no hace más que aumentar la extensión de la gran propiedad laica y reducir a un cierto número de demosiarios a la condición de «parecos» privados. Sin embargo, los Comneno van más lejos, sin duda, para no menguar demasiado el patrimonio fiscal. Desde 1084, Alejo regala a su hermano Adriano, a título de propiedad absoluta, un cierto número de tierras del Estado en la península de Casandra, así como la renta fiscal de otras tierras de la península que están en manos de propietarios privados, entre los que el más notable es el monasterio de Lavra en el Monte Athos. En este último caso, el beneficiario no se convierte ciertamente en el propietario de las tierras cuya renta se le concede, simplemente sustituye, en la acción de la recaudación de impuestos, al propio Estado, y el estatuto de los propietarios contribuyentes no es alterado en absoluto. No obstante, lo que demuestra claramente que en este caso hay alguna novedad, sentida como un peligro, es que estos propietarios reaccionan y piden al Estado especificar bien que sus derechos no son reducidos. Esto es lo que hacen los monjes de Lavra en 1084. En efecto, el nuevo beneficiario instala a partir de ahora su propia administración fiscal en su circunscripción. Este es el caso de Adriano Comneno y también, por ejemplo, el de una hija de Juan II, María Zusmené que, en la segunda mitad del siglo, posee sus propios recaudadores de impuestos (*energuntes*) en la región de Hierisos. ¿Cómo no ver que este nuevo sistema modifica completamente las relaciones entre administración y administrados ya que, entre ambos, se interpone ahora la pantalla del concesionario? Aunque este último no tenga más que derechos fiscales —pues no se trata de concederle otros derechos de regalía, en particular los de justicia—, tiende a comportarse como un verdadero propietario, mientras que los pequeños y medianos contribuyentes no tienen, evidentemente, los medios para conjurar sus abusos como lo hace el poderoso monasterio de Lavra.

Sin duda, no hay que exagerar la amplitud de estas grandes donaciones, pero es menester ver que constituyeron un modelo jurídico sobre el que se iba a edificar un nuevo sistema de gestión, el de la *pronoia* militar que tiene dos objetivos indisociables: mejorar el reclutamiento de tropas y drenar, a este efecto, los capitales no empleados, vengan de donde vengan. Una vez admitido que los más antiguos usos del término *pronoia* hacen referencia, de hecho, a concesiones más o menos dependientes del sistema de la *charistiké*, es sorprendente observar que las primeras menciones seguras de esta institución corresponden al reinado de Juan II. Un texto de Lavra, fechado en 1162, menciona un pronoiario cuyos antepasados eran ya estratiotas, término que no tiene ahora nada que ver con el viejo sistema estratiótico y que designa precisamente a los detentadores de *pronoias*.

Sabemos ya que la *strateia*, un impuesto entre otros, había dado pruebas de su ineficacia. Sin duda, su producto era, sin embargo, conservado todavía, al menos parcialmente, por las administraciones locales encargadas del reclutamiento y el mantenimiento de los ejércitos. El resultado debía ser extremadamente decepcionante, pero la obra de reforma fue muy progresiva. Parece ser que fue Juan II el que tomó la decisión de transferir al Tesoro el producto de una parte de este impuesto, el que recaía sobre las provincias marítimas y que estaba destinado a la construcción y al armamento de la flota. Pero correspondió a Manuel

Comneno, si hemos de creer a Nicetas, concentrar todo el producto de la *strateia* en las cajas centrales. Por supuesto, era indispensable un medio de sustitución. Ahora bien, estaba al alcance de la mano a partir del momento en que una gran parte del campesinado, los demosiarios, pasó a depender del Estado, en tanto que poco a poco se definía, en el marco de las grandes dotaciones imperiales, un sistema de concesión de rentas que no implicaba ningún derecho de propiedad. En estas condiciones, la *pronoia* militar no es otra cosa que la concesión de un cierto número de rentas, normalmente recaudadas por los agentes del Estado, a personajes que, a cambio, prestan el servicio armado y son llamados, por este motivo, «soldados» (*stratiotes*). Insistimos en que no se trataba de donaciones de tierras: los textos hablan de «donaciones de parecos», que, evidentemente, no pueden ser más que los demosiarios, cuyo producto fiscal, y no por supuesto la persona, es entregado al concesionario. Estos campesinos, que pagan a partir de ahora el impuesto al estratíota, y también las aldeas que habitan, se considerarán en lo sucesivo como «sumisos al ejército» (*estrateumenoi*), lo que no quiere decir que ellos mismos sean soldados sino que las contribuciones que pagan se destinan a mantener a su estratiota.

Se ha exagerado mucho la importancia de la *pronoia* y, sobre todo, se ha visto en ella la prueba de una profunda aristocratización del imperio. Ahora bien, parece claro que la *pronoia*, bajo el mandato de los Comneno, no poseyó nunca una extensión muy grande: en 1152, en la lista de dominios que el sebastocrator Isaac Comneno entrega a un monasterio de Tracia, sólo aparecen dos aldeas «sumisas al ejército», junto a 15 dominios (*proasteia*) y 13 aldeas de tipo clásico. Además, el conjunto de los textos del siglo XII no sugiere que los estratiotas sean señores poderosos. Los documentos de Lavra, espaciados entre 1162 y 1196, trazan más bien el retrato de personajes inquietos, agresivos, pero de reducidos medios, puesto que se les ve alquilar tierras al monasterio, con riesgo de situaciones enojosas, más tarde, en el momento de hacer la retrocesión. Además, la *pronoia* es una concesión, como máximo vitalicia, que el Estado puede reclamar cuando quiera al concesionario. En estas condiciones, la *pronoia* apenas podía ser atrayente para los grandes terratenientes o para los poderosos funcionarios, lo que nos dice Nicetas cuando, en el momento en que el sistema está definitivamente puesto a punto por Manuel, hace la lista de las gentes que se abalanzan sobre las «donaciones de parecos»: son «las gentes que se ganaban dolorosa y penosamente la vida cosiendo, otros a los que la fortuna había convertido en mozos de cuadra, así como otros que sacudían de su cuerpo el polvo de las fábricas de ladrillos o el hollín de la forja». En otras palabras, la *pronoia* tenía teóricamente la doble ventaja de reforzar el ejército y de proporcionar un exutorio a las clases modestas, sobre todo urbanas, que poseían algún capital pero que, sin embargo, no era lo suficiente para comprar la tierra. Incluso parece ser que cuando Nicetas hace la relación de cantidades de plata que los futuros estratiotas abonaban a los reclutadores para obtener *pronoias*, se trataba, más que de un soborno, de un impuesto completamente normal que había que pagar para entrar en posesión de las «cartas imperiales» que conferían los derechos fiscales, práctica muy acorde con las tradiciones bizantinas. Así, el sistema tenía además la ventaja de hacer entrar sumas no despreciables en las cajas del Estado.

De ello se deduce que, en sí mismo, el sistema de la *pronoia* no tuvo, sin

duda, más que una débil influencia en el reclutamiento del ejército. En primer lugar, no tendió en absoluto a la restauración de un «ejército nacional» destinado a contrapesar un mercenariado siempre creciente, puesto que un estratiota podía ser muy bien un extranjero instalado, como los estratiotas cumanos mencionados en los documentos del Monte Athos a finales del siglo XII; además, estas mismas actas de los usos muestran la extrema dificultad que había para hacer respetar sus obligaciones a los titulares. Benjamín de Tudela apenas exagera, sin duda, cuando, al visitar el imperio en 1167, observa que los griegos no tienen ya ninguna actividad militar. No cabe duda de que Juan y Manuel Comneno transfirieron sobre todo un interés fiscal, el de concentrar en las cajas del Estado sumas que habían sido hasta entonces poco o mal empleadas en las provincias y a las que se añadían los pagos de los estratiotas en el momento de su reclutamiento. En este sentido, la *pronoia* pudo tener una incidencia militar, pues hizo disponibles, para sueldo de los mercenarios, sumas antes inmovilizadas que daban al menos una apariencia de ejército griego. No obstante, el balance es negativo a largo plazo: sin duda, los recursos suplementarios permitieron al Estado mantener mucho más tiempo su potencial militar en una época de guerras incesantes, pero el sistema está lleno de peligros para la población de los campos, expuesta ya al abuso de los grandes y de los monjes, y ahora sometida a pequeños tiranos tanto más duros en la opresión cuanto que no son precisamente ricos. Puede pensarse que hasta la muerte de Manuel Comneno, el Estado seguía siendo suficientemente fuerte como para atajar estos peligros; es incluso probable, como lo prueban, muy a finales del siglo, documentos que hacen mención de los estratiotas abusivos, que la administración seguía cumpliendo bien su cometido incluso cuando el gobierno central, bajo el mandato de los Angel, experimenta un profundo debilitamiento. Pero todo está preparado para que, aprovechando el caos de 1204, grandes concesionarios y pequeños estratiotas olviden el origen de sus títulos y traten de hacer pasar sus prerrogativas por auténticos derechos de propiedad, ocasionando así al campesinado una nueva degradación de su estatuto.

Aunque el imperio de los Comneno está puesto cada vez más al servicio de la guerra, sobre todo a partir de mediados del siglo XII, no lo está en el sentido en que se entiende normalmente. No se observa ningún verdadero síntoma de militarización de la sociedad bizantina, pero las necesidades del ejército mercenario implican una creciente punción de las fuerzas vivas del Estado, y como esta punción se lleva a cabo, cada vez más, a través de intermediarios, recaudadores de impuestos, príncipes posesionados y estratiotas, existe el riesgo de ver el imperio disolverse, al menor repliegue de la autoridad, en innumerables organismos autonómos de diversos tamaños que no coordina ninguna jerarquía, pues Bizancio no tendrá nunca un sistema propiamente feudal.

Hacia la agonía

El recurso al mercenariado, la concesión de parecos a los propietarios privados y a las Iglesias, el sistema de la *pronoia* y la instalación de extranjeros en el territorio imperial, son cosas que no hablan mucho en favor de una demografía floreciente. Cada vez más, el hombre llega a ser más escaso que la tierra y, en

el gran movimiento de acaparamiento del campesinado, el deseo de controlar su fuerza de trabajo cuenta al menos tanto como la preocupación por recaudar el producto fiscal.

El campo se depaupera

El imperio de los Comneno es necesariamente un Estado menos poblado ya que le falta una buena parte del Asia Menor. Probablemente hubo allí repliegues de población desde los territorios ocupados por los turcos, pero no hay que exagerar su amplitud pues el campesino no abandona su tierra más que a condición de que su suerte sea verdaderamente insoportable, lo que no ocurría en el sultanato de Qonya. No sólo Kinnamos señala que las poblaciones griegas continuaron viviendo bajo la dominación turca, sino que Nicetas nos revela que los griegos que vivían en territorio imperial fueron voluntariamente a instalarse en el sultanato, atraídos por la tolerancia y las promesas del soberano musulmán. Además, la caída de las provincias italianas no implica más que la emigración de algunos pocos elementos de las clases superiores. Por último, al limitarse la instalación de extranjeros en el imperio a un número restringido de colonos militares, la población bizantina se reduce a su aumento natural, lo que, en las condiciones medievales, significa, en el mejor de los casos, estancamiento, y más seguramente, regresión. Las catástrofes naturales tuvieron allí escasa importancia. Las pestes y los seísmos parece ser que no abundaron en el Bizancio del siglo XII, en el mismo momento en que Italia, Sicilia y, sobre todo, los territorios francos y musulmanes de Siria son duramente azotados. La historia de las hambres y de las carestías aún no está hecha, pero se tiene la impresión de que tampoco fueron ni frecuentes ni graves bajo los Comneno. A nuestro entender, el origen de este innegable ocaso hay que buscarlo en la guerra. Las más graves, desde el punto de vista demográfico, fueron sin duda las del período inicial, entre 1081 y 1118, y la del final del siglo, entre 1180 y 1204, pues, contrariamente a las campañas de la época macedónica, alcanzaron directamente el territorio imperial: las razzias turcas en Asia, los pechenegos y los cumanes en Europa, las expediciones normandas, las cruzadas devastadoras, las rebeliones búlgaras y servias se traducen en pillajes, matanzas y retiradas de poblaciones. Por el contrario, el período conquistador, que corresponde al reinado de Manuel I, lleva de nuevo la guerra a las fronteras, al menos hasta 1176, y al estar en marcha gracias sobre todo a las tropas mercenarias, no implicó, sin duda, una sangría considerable de las poblaciones imperiales. Pero, una aparente paradoja es que este período de casi medio siglo, vivido como un tiempo de paz, fue una especie de «entre dos guerras» en que se intentó gozar, lo mejor posible, de una tranquilidad interior que se quería creer como definitiva, una situación que nunca es favorable para el desarrollo de la natalidad. Ana Comneno, que escribió hacia 1130, no pierde ninguna ocasión de criticar a sus contemporáneos que «al no haber conocido los combates», sólo saben entregarse a las ocupaciones más fútiles.

Es prácticamente imposible leer en el mapa las consecuencias de esta regresión. Sin embargo, es verdad que fueron sobre todo los campos los que pagaron los gastos puesto que, agobiados ya por el abuso de una fiscalidad que se aparta

cada vez más del control del Estado y expuestos a perder hasta su condición de hombres libres, los campesinos son, además, las primeras víctimas de las guerras y de las invasiones. Es seguro que la lucha a que se entregan el Estado y los grandes propietarios laicos y eclesiásticos por el control de la mano de obra explica al mismo tiempo la débil natalidad en los campos y un movimiento de huida de los campesinos. La escasa densidad de los campos tiene además resultados inquietantes, pues la población propiamente griega se concentra sobre todo en las regiones más cultivables, dejando el campo libre en las zonas menos productivas, y sobre todo en las montañas, a poblaciones alógenas, frecuentemente pastoriles, mal controladas por el Estado y que, en caso de invasión, pueden o sublevarse o incluso ayudar al invasor. Es así como los valacos tuvieron, sin duda, un papel determinante en la rebelión búlgara de 1186. En Asia Menor, en las provincias donde el poder bizantino fue restaurado bajo los dos primeros Comneno, el movimiento de la reconquista expulsa a los turcos de las llanuras y de los valles, pero no los elimina y los deja reagruparse en las zonas de mesetas, donde constituyen a veces núcleos muy densos, inasimilables, que debían hacer más fácil la futura dislocación de la Asia bizantina. Por último, en las regiones donde el elemento griego había sido siempre minoritario, su falta de dinamismo favorece la expansión de las poblaciones alógenas hasta entonces estabilizadas. Así ocurre en Iliria, donde los albaneses vuelven a ocupar las llanuras de las que habían sido más o menos expulsados, y lo mismo sucede en Macedonia y en Bulgaria. Este hecho es grave, pues son zonas fronterizas donde la población griega o helenizada se reagrupa cada vez más en las ciudades, que aparecen como islotes mal conectados entre sí y sin grandes medios para imponerse en su territorio.

El antiguo desequilibrio entre Europa y Asia no hace más que agravarse en el curso del siglo XII, como atestiguan los esfuerzos de repoblación, evidentes sobre todo bajo el mandato de Juan y Manuel Comneno. Cuando Juan deporta prisioneros servios a Asia Menor, se trata ante todo de revalorizar tierras abandonadas y de obtener recursos fiscales, y lo mismo ocurre, por ejemplo, en el caso de la instalación en Pilae, Bitinia, de los cristianos de Filomelión liberados por Manuel. No es sorprendente que este país cada vez más vacío dé origen, a finales del siglo, a grandes unidades territoriales en las que altos dignatarios actúan con una completa independencia.

La moneda se deprecia

Este segundo aspecto tan inquietante no ha sido, por lo general, suficientemente resaltado porque muy a menudo se ha tenido tendencia a ver la época de los Comneno sólo a través de su civilización urbana. Ahora bien, ésta parece testimoniar una notable brillantez y vitalidad. La prueba está en la gran abundancia de monedas de cobre (*pholleis*) que circulan entonces: las excavaciones de Corinto y Atenas han permitido extraer una enorme cantidad, de la época del reinado de Alejo I y, sobre todo, de la de Manuel; asimismo se han hecho importantes hallazgos en Argólida, Macedonia, Bulgaria, Iliria y en el conjunto del contorno egeo tanto continental como insular (Thasos). Tal vez, sin embargo, no hay que apresurarse a ver ahí un signo de gran prosperidad. Esta abundancia de moneda

fraccionaria indica claramente que existía un comercio local muy activo, pero parece ser que sus horizontes eran cada vez más limitados. La inusitada multiplicidad de tipos de *pholleis* bajo el mandato de los Comneno tiende, a este respecto, a sugerir la existencia de zonas de intercambio que, sin ser herméticas, funcionarían cada vez más de manera autónoma. Es así como la gran mayoría de los *pholleis* de Atenas y de Corinto son producto de la acuñación local. Asimismo, la acuñación de moneda de plata de Alejo Comneno parece haber sido destinada, básicamente, a Trebisonda, a Transcaucasia y, en menor medida, a las costas pónticas, y no haber alcanzado más que excepcionalmente las regiones balcánicas. Todo esto refleja sin ninguna duda una disminución de las relaciones interregionales, una «provincialización» de la actividad comercial, que contribuyó en gran medida a reforzar los autonomismos, sobre todo después de 1180. Además, aunque este fenómeno puede explicarse parcialmente por el hecho de que la mayoría de las excavaciones se han llevado a cabo en los Balcanes, las monedas del siglo XII parecen ser en su mayor parte europeas, lo que confirma el aún relativamente importante crecimiento de las regiones occidentales. Como se recordará, la reforma monetaria de Alejo Comneno, en los años 1096-1098, se tradujo en el establecimiento de cuatro talleres de acuñación para la moneda de oro, Constantinopla, Nicea, Trebisonda y, sin duda, Corinto. Ahora bien, este último taller, el más tardío pues parece ser que no empezó a producir en firme hasta 1105-1106, emitió probablemente al menos la mitad de las piezas del nuevo tipo.

Por lo demás, el gran comercio interior no podía más que ser perturbado por el desorden que caracterizaba, sobre todo desde 1071, a las monedas de referencia, oro y plata. Contrariamente a las reformas de Monomaco, los ajustes monetarios de los reinados de Miguel VII y de Nicéforo Botaniatés habían implicado una grave degradación de los pesos y de la ley de estas monedas, revelando esta vez una evidente crisis de tesorería. Mientras que los contemporáneos de Monómaco apenas parecen haber sido sensibles a las mutaciones de la moneda, los textos comienzan a reflejar las quejas de la población, desde el final del siglo XI, en que tiene lugar una crisis de confianza y un atesoramiento de monedas valiosas que no podía más que acentuarse con las guerras, las revueltas o las invasiones. A la llegada al poder de los Comneno la confusión era, pues, extrema y parece ser que, al menos durante los 15 primeros años de su reinado, Alejo I, agobiado por las necesidades militares, apenas tuvo tiempo para llevar a cabo una reforma. Fue este el período de los recursos extremos, no sólo con las confiscaciones llevadas a cabo tanto sobre las iglesias como sobre los laicos opuestos al nuevo emperador, sino también con la generalización de antiguas prácticas, como la consistente en exigir el impuesto en moneda valiosa y en asegurar los pagos con el dinero devaluado. No sólo los contribuyentes fueron abrumados, sino que la administración fiscal llegó a no saber ya qué criterios seguir para el cobro de las tasas. La reforma de Alejo, a finales del siglo XI, tuvo dos objetivos: reconocer claramente la devaluación de la moneda, ya que la moneda de oro contiene a partir de ahora dos tercios de plata, y establecer una nueva paridad entre los dos metales, puesto que el *nomisma* equivale ahora a cuatro *milaresia* de plata.

Sin embargo, las circunstancias no permitieron conseguir la deseada estabilización. Por una parte, la «sed de plata» que azota a todo el Oriente de esta época implica la desaparición del miliaresion y su sustitución por una especie de vellón

perfeccionado cuya aleación no comprende más que un 6 por 100 de metal blanco; por otra parte, los tipos de monedas se multiplican, estando destinados cada uno a una determinada función; desde 1136, la carta de fundación (*typikon*) del monasterio del Pantocrator en Constantinopla, creado por Juan II y su mujer Irene, detalla un considerable número de monedas, cada una de las cuales ha de ser empleada en circunstancias muy concretas: los altos dignatarios del monasterio serán pagados en «nomismatas de oro» y los subalternos en «nomismatas nuevos», mientras que los «nomismatas de traquita blanca», que corresponden sin duda al nuevo vellón (*skyphatos*), serán empleados para los gastos corrientes y las limosnas. Sea como sea, todo esto se traduce en una situación financiera malsana, que conduce a los comerciantes, y sobre todo a los extranjeros, a desconfiar cada vez más de la moneda imperial y a especificar cuidadosamente en los contratos la modalidad monetaria concreta con la que se han de saldar las transacciones. Es evidente que estos desórdenes monetarios complicaban considerablemente las operaciones comerciales internas, desde el momento en que sobrepasaban el nivel de los pequeños intercambios locales para los que bastaba la moneda de vellón, convertida en puramente fiduciaria. Ahora bien, estamos en la época en que los extranjeros, y sobre todo los italianos, se imponen cada vez más como socios comerciales. La penuria y el desorden en la moneda invitan naturalmente a venderles más y más productos a fin de embolsarse monedas poco comunes, mientras que cada vez se es menos capaz de comprarles mercancías a cambio. Los venecianos lo saben tan bien que, en el siglo XII, se llevan consigo sus pequeños denarios, no obstante depreciados, antes que los productos que habrían debido malvender. En la misma época, tratan de arrastrar hacia Occidente las buenas monedas de oro que circulan aún en el imperio, y los contratos, sobre todo los firmados en el Epiro, tienen como principal objetivo la compra de estas monedas por medio de los pequeños denarios de Venecia. Es ahí, a nivel monetario, donde se encuentra la prueba de que la economía imperial se encamina hacia una condición cada vez más «colonial» que los privilegios concedidos a los italianos no hacen más que acentuar hasta el final del siglo XII.

El comercio en almoneda

El punto de partida es el privilegio que Alejo Comneno, sin duda en 1084, otorga a Venecia para recompensarla por su intervención en el momento del ataque normando en Albania. Entre sus disposiciones más importantes se observa sobre todo la exención de todos los impuestos comerciales, y en particular del *kommerkion*, la libertad de comerciar sobre la mayor parte del territorio imperial, a excepción del mar Negro y las grandes islas (Creta y Chipre), y la concesión de un barrio en Constantinopla con iglesia, obras de construcción y muelles de carga. Ciertamente conviene evitar exagerar la importancia inmediata de este privilegio. Venecia, en este final del siglo XI, no puede aún entregarse más que a un tráfico modesto, pues su flota sigue siendo poco importante y no depende sólo de la iniciativa privada (el arsenal no se crea hasta 1104) y sus medios financieros también siguen siendo muy limitados. La fortuna veneciana es a la sazón ante todo territorial y el negocio no es más que un complemento, al menos hasta

mediados del siglo XII. Por tanto, sólo progresivamente la ciudad de las lagunas estará en condiciones de explotar a fondo las extraordinarias ventajas que le han sido otorgadas. Por lo demás, los contemporáneos permanecen mucho tiempo insensibles a los peligros que entrañan; hay que pensar, por el contrario, que los comerciantes bizantinos sacaron provecho en primer lugar, puesto que los venecianos, que no pagaban ya la aduana, podían a partir de ahora ofrecerles mejores precios por sus productos, y lo mismo ocurría con los grandes terratenientes a quienes Venecia compraba su trigo y su aceite.

En todo caso, Venecia considera en seguida al imperio como un coto vedado. Desde 1106, se ve a los venecianos capturar pisanos cerca de Rodas y no liberarlos más que mediante promesas de no ir al mar Egeo a comerciar. Tal vez el gobierno imperial había comprendido ya el peligro que corría al dejar establecerse un monopolio veneciano. El privilegio, más modesto, que otorga a Pisa en 1111, por el que concede a esta ciudad la reducción del 10 al 4 por 100 de los derechos de aduana, pudo haber tenido por objetivo crear un rival a Venecia. Este mismo texto prueba además que el emperador trata de proteger a sus propios comerciantes, puesto que concreta que los pisanos, si compran mercancías en una provincia imperial para volverlas a vender en otra, serán sometidos a los mismo impuestos que los propios griegos, es decir, sobre todo al *kommerkion.*

Este papel de contrapeso atribuido a Pisa se precisa, por otra parte, cuando se toma verdaderamente conciencia del progreso veneciano, que se produce a principios del reinado de Juan II. Cuando este último intenta evitar la renovación del privilegio de 1084, Venecia pone en marcha una operación de pillaje en las islas egeas, de manera que el emperador es obligado, en 1126, a reconocer las ventajas adquiridas e incluso a añadir el acceso a las grandes islas, hasta entonces excluidas. Tal vez Juan II creyó, no obstante, tener aún los medios para proteger sus intereses. El acta de 1126 prevé la exención del *kommerkion* para los comerciantes griegos que vendieran a los venecianos. De hecho, es una disposición muy peligrosa: invita a vender preferentemente a Venecia, con el riesgo de hacer pasar hambre a los consumidores bizantinos y, sobre todo, de poner en una mala situación a los comerciantes griegos, pequeños y medios, cuya decadencia es a partir de ahora ineluctable. Pronto, los únicos que podrán subsistir son los grandes productores que prefieren comercializar directamente su mercancía, mientras toda la clase mercantil bizantina cae en un progresivo letargo. Los progresos italianos tienen, pues, al menos, dos graves consecuencias: en lugar de una clase mercantil próspera y relativamente homogénea, engendran un conjunto incoherente de pequeños negociantes locales y de muy grandes exportadores que, para asegurar sus rentas, se esfuerzan sin cesar por redondear su dominación territorial, de manera que es menester buscar ahí también una de las causas del crecimiento de la gran propiedad y la servidumbre de las clases rurales.

La pendiente del desastre

A partir de 1130 se manifiesta, pues, un general descontento contra los latinos. A los comerciantes arruinados se añaden el campesinado y la población de las ciudades, inquieta por su subsistencia. Aunque Venecia es la más peligrosa,

la rabia hostiga a todos los comerciantes italianos. Ahora bien, el gobierno no tiene más recurso que oponer entre sí a las ciudades italianas. Aunque el emperador se haga a menudo de rogar y trate en vano de obtener de ella compromisos contra el imperio de Occidente, los privilegios de Pisa son renovados en 1136 y en 1170, en tanto que Génova obtiene, en 1155, las mismas ventajas que Pisa y las hace renovar, también, en 1170. Pero los latinos han llegado a ser cada vez más arrogantes. Ya en 1149, mientras ayudaban a Bizancio a reconquistar Corfú a los normandos, los venecianos no recelaron en parodiar burdamente los ritos imperiales y, cuando ven llegar los primeros genoveses a Constantinopla, poco después de 1155, pisanos y venecianos se sublevan, en 1162, y se dirigen a saquear el barrio ocupado por sus rivales. Es interesante, en este último caso, ver participar en el pillaje a un cierto número de griegos, felices de librarse de los latinos, aunque fuese al lado de otros latinos aún más detestados.

En estas condiciones, el gobierno intenta encontrar nuevas armas. A los pisanos y los genoveses, familiarizados con el sistema feudal, se les podían aplicar los vínculos del vasallaje, como lo había hecho Alejo I con los señores cruzados. Pero con Venecia, que sigue siendo refractaria a la feudalidad, no se podía ni siquiera pretender tal juramento de fidelidad, ya de por sí muy aleatorio. Desde antes de 1150, los venecianos residentes en Constantinopla han desbordado con creces su barrio y han llegado a ser completamente incontrolables, de manera que Manuel les confiere la condición burguesa, que implica la obligación de prestar un juramento de fidelidad vitalicio al imperio. Un sistema, por otra parte, muy imperfecto, ya que no alcanza más que a los venecianos residentes en tierra imperial, dejando escapar a los negociantes de paso, a menudo más ricos, que sólo están ligados por las disposiciones de 1084. En cuanto a los fuertes impuestos que el ministro judío Astaforte hace recaudar entre los latinos, después de 1166, sólo afectan, asimismo, a los comerciantes instalados en el imperio e irritan a las repúblicas italianas aunque no reducen seriamente sus medios.

Quedaba por emplear la fuerza. Ahora bien, desde comienzos de 1171 Venecia desafía de nuevo a la autoridad imperial al saquear el barrio que los genoveses acaban de volver a ocupar. El 2 de marzo, Manuel hace detener a todos los comerciantes venecianos presentes en el imperio y confiscar la totalidad de sus haberes. La pérdida, estimada en 400.000 nomismata, es enorme para Venecia, que deja allí la totalidad de los capitales que había tenido la costumbre de concentrar en Constantinopla para invertirlos en su comercio de Oriente. Además, la comunidad, expulsada del imperio, se ve forzada a readaptar su red comercial hacia el Levante latino y musulmán, donde sus rivales, Pisa y sobre todo Génova, tenían una indiscutible preeminencia desde la primera cruzada. Sin embargo, el emperador debe convencerse rápidamente, en el momento en que Barbarroja empieza a serle cada vez más hostil, de que no puede permitirse seguir en malas relaciones con Venecia. Desde 1171, Venecia había efectuado una correría en las islas egeas y después, al año siguiente, había participado, junto a los alemanes, en el sitio de Ancona, último soporte de los griegos en Italia, antes de ligarse por un tratado, firmado en 1175, con los peores enemigos de Bizancio, los normandos de Sicilia. Además, romper con Venecia no resolvía el problema latino; Pisa y Génova aprovechan la ausencia veneciana para desarrollar sus empresas en el imperio, hasta el punto de que, hacia 1180, Eustaquio de Tesalónica estima

en 60.000 el número de latinos en Constantinopla. Asimismo, parece ser que Manuel consintió, poco antes de su muerte, en firmar un nuevo tratado con Venecia que preveía una fuerte indemnización por las pérdidas sufridas en 1171.

La tutela de la economía bizantina por los latinos no hace, pues, más que agravarse con el debilitamiento del poder que sigue a la muerte de Manuel. Guillermo de Tiro llega incluso a escribir que el período de regencia de la emperatriz latina María de Antioquía, entre septiembre de 1180 y abril de 1182, fue la edad de oro de lo que él llama «nuestra facción». La regencia se apoya, en efecto, en dos fuerzas cuyos intereses están desde hace mucho tiempo estrechamente ligados, los latinos y los «poderosos» terratenientes, es decir, sobre la combinación productores-compradores que cortocircuita las clases urbanas, y sobre todo la de los comerciantes griegos. Se comprende, pues, cómo, en abril de 1182, la caída de la regencia y la toma del poder por el primo de Manuel, Andrónico I Comneno, se traduce en la matanza de los latinos de Constantinopla, que el nuevo emperador no había, sin embargo, deseado. No obstante, no se puede prescindir de los comerciantes occidentales; también Andrónico se veía forzado a aproximarse a los únicos latinos que no habían sido víctimas de la matanza: los venecianos, ausentes del imperio desde 1171 y que vuelven a instalarse en él a partir de ahora. Esta aproximación, combinada con el ataque normando de 1185, no es evidentemente ajena al fracaso de Andrónico que, al hacer esto, se desmarcaba del partido antilatino que le había llevado al poder.

La dinastía Angel, entre 1185 y 1204, no tuvo otro remedio que volver a emprender la política de precario equilibrio entre las diferentes comunidades. Venecia obtiene nuevos privilegios de Isaac II en 1187, reduciendo a pisanos y genoveses a la defensiva; después son estos últimos los que reciben nuevas ventajas en 1192, convirtiéndose los pisanos en el principal apoyo de Alejo III después de 1195, hasta el momento en que, en 1198, Venecia consigue de este último una crisobula que le da acceso al imperio, de Albania a Bulgaria y la Cilicia y otorga a sus ciudadanos inauditos privilegios judiciales que les permiten, en gran parte, librarse de la justicia imperial.

Tal situación no podía más que implicar una catástrofe. Los griegos se exasperan, ya que no cosechan más que las migajas de su propio comercio y ven, además, con rabia, comportarse a los latinos en su tierra como en un país conquistado; en 1192, los genoveses llegan incluso a comprometer las relaciones exteriores del imperio al capturar una galera veneciana que se dirigía de Egipto a Constantinopla llevando a bordo a los embajadores de Saladino; en cuanto a los pisanos, emboscan sus naves en Abidos, a la entrada de los Dardanelos, para saquear todos los barcos rivales que se dirigen hacia los estrechos. Estos excesos hacen resaltar, por otra parte, el malhumor de los propios latinos que, sometidos a los constantes vaivenes de una política caprichosa, aspiran a controlar aún más estrechamente Constantinopla, aunque no tengan en absoluto la intención de confiscarla políticamente. En los primeros años del siglo XIII, se abre paso la idea, sobre todo en Venecia, de situar en el trono a un emperador que, como criatura de Occidente, no pueda ya negarle nada.

Un botín tentador

La invasión económica italiana explica los aspectos paradójicos de la vida urbana en Bizancio en el siglo XII. Aparentemente la prosperidad continúa e incluso parece culminar bajo el reinado de Manuel Comneno. En efecto, los italianos penetran cada vez más lejos en el país, en busca de productos locales, lo que activa los antiguos mercados y hace nacer otros nuevos. Por ejemplo, los venecianos continúan dirigiéndose sobre todo a Grecia para comprar seda de Tebas, aceite de Esparta, frutas y vinos de Modon; pero el privilegio de 1198 muestra que, a partir de ahora, extienden su red a zonas continentales donde los extranjeros se aventuraban poco o nada hasta entonces. En Macedonia se les encuentra en Niš, Escoplia, Pelagonia y Prilepo; en Tracia, en Didimoteico y Andrinópolis; en Bulgaria, en Filipopolis donde compran vinos, granos y productos de la ganadería; y lo mismo ocurre en Epiro (Castoria) y en Asia Menor (Nicomedia). Hay allí una actividad artificial, un tráfico comercial del que, en general, sólo se ven los aspectos brillantes, pero que desorganiza gravemente las estructuras vigentes. Por ejemplo, ahora que los italianos pueden llegar a las fuentes del comercio macedonio o epirota, cortocircuitan a la clase mercantil de los grandes puertos que son sus exutorios y les provocan una decadencia que los reducirá pronto al simple papel de embarcaderos: este es el caso de Tesalónica y de Dirraquio. La propia Constantinopla no es ya verdaderamente dueña del comercio de Tracia y los estrechos no son ya el único acceso al mercado búlgaro, que los italianos alcanzan a partir de sus posiciones egeas. Por lo demás, la propia configuración de las ciudades refleja ahora una situación de inseguridad y de relativa retracción: a la antigua aglomeración, generalmente amurallada (*kastron*), se superpone un reducto fortificado con vocación puramente militar (*akropolis*), claramente separado del resto por una muralla intermedia (*diateichisma*). Así aparecen a los conquistadores franceses, después de 1205, ciudades como Corinto, Argos, Patras y Nauplia. Sin embargo, no se debe exagerar este movimiento de fortificación que está lejos de su generalización a principios del siglo XIII. La *Crónica de Morea* nos hace saber que la mayor parte de las ciudades peloponesas, desde Patras a Modon, eran ciudades de llanura, entre las que algunas, como Andravida o Nicli, ni siquiera estaban fortificadas. Sin embargo, hay allí un proceso en pleno desarrollo y que completa la edificación, en los lugares estratégicos, de fuertes desprovistos de cualquier función urbana, como los que dominan los desfiladeros de Escorta, en el centro del Peloponeso. Estas plazas fuertes y estos castillos son naturalmente los puntos de anclaje de las dinastías locales que, a finales del siglo XII, desafían cada vez más la autoridad legal, como los León Esguros en Corinto, los Doxopatris en Escorta, Teodoro Mancafas en Filadelfia e incluso Teodoro Lascaris en Nicea. Aunque subsisten en estas ciudades proveedores griegos que prosperan gracias a sus clientes italianos, el resto de la población, pequeños y medianos comerciantes, así como artesanos, pierden allí progresivamente sus medios de existencia tradicionales. Son estas clases en peligro de extinción las que, sobre todo bajo el mandato de Manuel Comneno, parten en busca de los recursos fiscales que les asegura el sistema de la *pronoia*.

Las empresas militares y económicas de los extranjeros provocaron, pues, un profundo traumatismo, que repercutió incluso en la cultura. Sin lugar a dudas, a

pesar de la repulsa general, Occidente se convierte a veces en un modelo; no obstante, el gusto por los torneos, por las costumbres caballerescas, incluso de la novelesca cortesana, apenas va más allá del reducido círculo de la corte. Pero, en general, la cultura se cierra más bien a las influencias externas y parece querer mantener desesperadamente, en su forma y en su contenido, el legado de la gran época pasada, llegando incluso a eliminar los elementos que, por ser auténticamente griegos, no perturban sin embargo el excelente equilibrio del helenismo cristiano. Es significativo que el reinado de Alejo Comneno esté marcado, desde su inicio, por la condena del más brillante discípulo de Psellos, Juan Italo. Con él, el platonismo zozobra durante dos siglos y deja lugar a un aristotelismo oficial y anémico, de manera que lo que se entiende por helenismo en esta época tiene poco que ver con el pensamiento antiguo: se trata, ante todo, de un apasionado esfuerzo por volver a encontrar una lengua cada vez más pura, y es cierto que es en Bizancio, en el siglo XII, donde se escribe el griego más perfecto. Al leer a historiadores como Nicetas Koniàta o a retóricos como los Torniqués, Miguel Itálico o Nicéforo Basilaqués, no se puede dejar de pensar que esta lengua arcaizante y cargada de pedantería apenas era accesible más que a una restringida élite, en el mismo momento en que el pueblo habla una lengua cada vez más evolucionada. Es, en efecto, en el siglo XII cuando empiezan a fijarse, en todos los rincones del imperio, los numerosos dialectos neogriegos que triunfaron dos siglos después: muy al final del siglo, Miguel Koniàta, arzobispo de Atenas, da ejemplos, que considera lamentables, de formas dialectales corrientes en Ática. Sin embargo, el siglo de los Comneno fue a veces sensible a la riqueza de la lengua vulgar o demótica: escritores como Manganeio, Miguel Glicas y, sobre todo, Teodoro Prodromo la utilizan en largos poemas, frecuentemente satíricos y desbordantes de detalles vívidos llenos de sabor. También se debe subrayar que la lengua de estos poemas es, sin duda, más bien un remedo de la lengua popular, que el propio pueblo apenas debía comprender mejor que la lengua arcaizante. Por lo demás, estas obras están dirigidas al emperador y a su círculo y son tan auténticamente populares como la jerga de los campesinos de Molière. Cuando se piensa que, por su parte, la Iglesia acaba la transcripción en lengua culta (*metaphrase*) de todo lo que, en la liturgia, conservaba aún un sabor popular, no se puede ser más que bastante escéptico respecto a la extensión de la cultura a capas más amplias, proceso, por lo general, digno de crédito en la época de los Comneno. Ciertamente, esto no quiere decir que la obra llevada a cabo sea despreciable: aunque fue hermética para la gran mayoría del pueblo, el siglo XII llevó a su perfección, sin embargo, un notable instrumento cultural, forjado como reacción contra todo lo extranjero, y que los siglos posteriores, tras insuflarle un nuevo vigor, supieron utilizar cabalmente para afirmar la fuerza y la vitalidad de los valores helénicos.

La muerte cercana

El último decenio del siglo XII había visto acelerarse el proceso de dislocación interna del imperio. Todo sucedía al mismo tiempo: la dispersión de los recursos fiscales, las exenciones, la concesión de tierras a los parientes y aliados de los

soberanos, la provincialización de la economía y de la cultura. Desde antes de 1204, se puso de manifiesto claramente que regiones enteras del imperio estaban en proceso, más o menos avanzado, de escisión, tanto en Asia como en Europa: un Mancafas en Filadelfia o un Esguros en Corinto y Argos actúan como auténticos reyes. Algo que jamás se había puesto seriamente en cuestión en Bizancio, la sagrada unidad del poder político, se difuminaba así progresivamente en la mente del pueblo, pues los nuevos soberanos no tienen ya nada que ver con los pretendientes al trono de los siglos pasados. Mientras que un Bardas Escleros se fundamentaba en su poder para conquistar la suprema autoridad, un Esguro no tenía otra pretensión que obtener un «principado» autónomo en la Grecia central.

1204

A partir de 1198 se inicia una nueva expedición latina contra Egipto, ardientemente deseada por Inocencio III después que la muerte de Saladino hizo esperar un mejor provecho de la mediocre «tercera cruzada», un momento incluso tenido en cuenta por el hijo de Barbarroja, Enrique VI, heredero, por añadidura, de las pretensiones normandas de Sicilia. Era menester intentarla por mar ya que el estado del imperio griego excluía cualquier ayuda: la caída de los Comneno, las rivalidades entre Isaac Angel, llevado al poder por la muchedumbre, y su hermano Alejo, que sería pronto su sucesor, los sobresaltos de la población constantinopolitana contra los comerciantes latinos y la insubordinación de tantos jefes locales aconsejaban, sin lugar a dudas, apartarse de los Balcanes. Pero una fuerte corriente inversa atraía allí a los occidentales: Felipe de Suabia, hermano de Enrique VI, aunque ocupado en disputar a un rival la corona de Germania, se acordaba de haberse casado con la hija de Isaac; por su parte, los Montferrato de Italia y San Juan de Acre que pleiteaban para obtener garantías en el mar Egeo, no hacían caso de la creciente hostilidad de los occidentales hacia la «perfidia» de los griegos.

El llamamiento a la cruzada, hecho público a partir de 1199, no provocó mucho entusiasmo: muchos príncipes regresaban de Tierra Santa. El conde de Champaña, designado como jefe, murió prematuramente y, por otra parte, era forzoso pasar por los venecianos, cuyo dux, Enrico Dandolo, puso un muy alto precio a su ayuda en 1201: 85.000 marcos por transportar a Bonifacio de Montferrato, convertido en jefe de los cruzados, y, como pago aplazado, la promesa de conquistar de paso Zara, que Venecia acababa de perder. ¿El viaje del hijo de Isaac junto a los cruzados, de Felipe de Suabia y del dux tuvo alguna influencia, tras la partida de la flota en septiembre de 1202, en la decisión que se tomó de hacer escala en Bizancio? ¿Tenían los venecianos la secreta intención de ajustarle las cuentas al agonizante imperio de Oriente? ¿Intervinieron en la empresa italianos y alemanes? Todavía, casi ocho siglos después, siguen estas preguntas en el aire. Los latinos, mal acogidos por la población bizantina, debieron llevar a cabo una demostración militar ante la ciudad para hacer huir a Alejo Ángel en agosto de 1203 y entronizar a su homónimo y sobrino. La primera etapa dejaba prever la continuación: una penosa invernada para los cruzados, un creciente desacuerdo

con los griegos, una sedición en la ciudad y el victorioso asalto, el 12 de abril de 1204, de las murallas, hasta entonces invioladas, de la Nueva Roma.

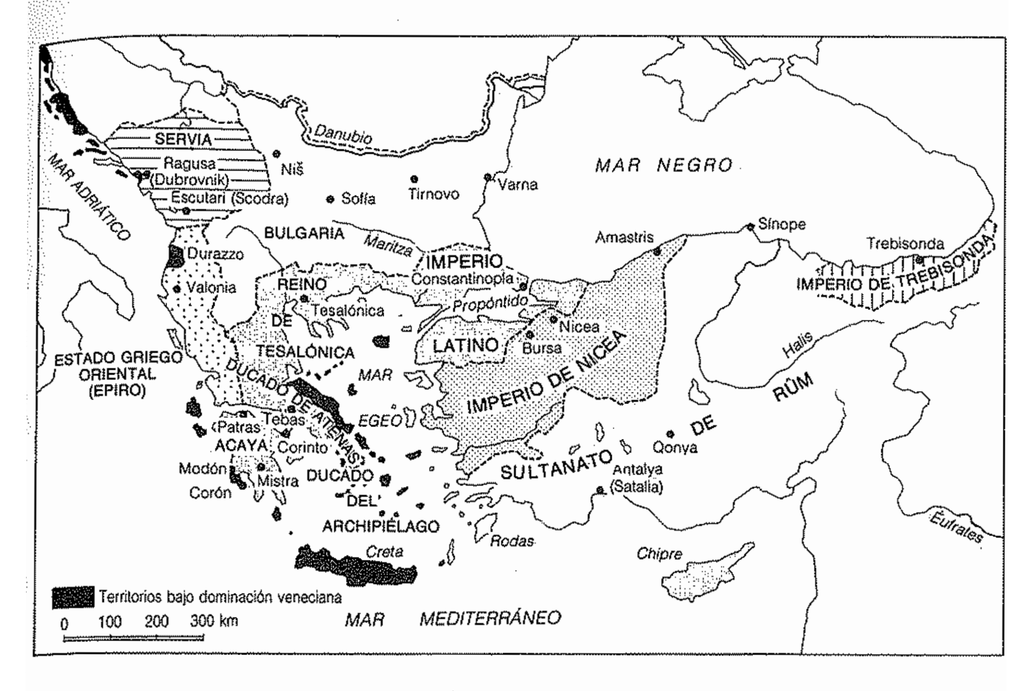
El incendio y el pillaje de la ciudad estuvieron a la altura de la admiración y el odio que había suscitado: robos, brutalidades, sacrilegios, violaciones y profanaciones acompañaron un estudiado saqueo en que la sagacidad de los venecianos hizo maravillas. Junto a las telas, los iconos, los libros o los objetos de marfil destruidos o repartidos en trozos, estos extraños cristianos, ellos mismos asombrados de la enormidad del botín, se repartieron lo que se considera que tenía un valor equivalente a cerca de 300 toneladas de oro y plata. Después, cuando todo el poder parecía haberse desvanecido, los cruzados, no sin antes llevar a cabo laboriosos tratos, decidieron que Balduino, conde de Flandes, se coronara como emperador, apartando así al marqués de Montferrato que recibió, como compensación, toda la parte norte de la península. Otros cruzados, de Champaña como los Villehardouin, borgoñones como los La Roche, partieron para instalarse en el Peloponeso o en Atenas. Venecia se quedó con lo restante: las islas, incluida Creta, los castillos costeros y casi la mitad de la capital.

El estallido y el encarne

La *partitio Romaniae* era un proyecto espiritual. Más allá incluso de las rivalidades entre barones francos, los peligros exteriores acechaban: en 1205 Balduino era derrotado y capturado por los búlgaros.

Aunque Tracia y la mayor parte de la Grecia insular y peninsular están, efectivamente, bajo el control latino, los restos desmembrados del imperio se reagruparán, entre 1204 y 1205, alrededor de tres polos de desigual importancia: el pequeño imperio de Trebisonda, donde los Comneno estaban instalados desde antes de la caída de Bizancio; el Estado de Nicea, cuyo soberano, Teodoro Lascaris, se hizo proclamar emperador en 1205, en el momento en que el soberano legítimo, Alejo III Angel, acababa de ser capturado por el marqués de Montferrato; y, por último, el Estado epirota donde se impone, ese mismo año, Miguel Angel Ducas. En este complejo juego en que intervienen además los búlgaros del rey Kaloján y los turcos de Rûm, las dos principales fuerzas bizantinas, Nicea y el Epiro, tienen un objetivo común, expulsar a los latinos y asegurarse, con Constantinopla, el trono imperial. Para llevarlo a cabo, Nicea es por definición la mejor situada geográficamente, al alcance de los estrechos. Al principio, esta situación la expone directamente a los ataques latinos, y en dos ocasiones, en 1205 y 1207, no es más que el ataque búlgaro sobre su retaguardia lo que obliga a los latinos a evacuar los territorios asiáticos. Poco importan las causas, los latinos retroceden y el sentimiento de confianza en el porvenir se expresa bien, en 1208, cuando Teodoro se hace coronar solemnemente en Nicea por el patriarca de Constantinopla, que acaba de volver a ser instalado allí. Además, entre 1211 y 1215, una vez rechazados los turcos y anexionada una parte del imperio de Trebisonda, Teodoro puede investirse como legítimo emperador y su prestigio es visible hasta en los Balcanes puesto que, en 1219, Sava, primer arzobispo autocéfalo de Servia, solicita su consagración al patriarca de Nicea.

No obstante, el Epiro, que bajo el mandato de Miguel I se había contentado



Oriente en 1214

con unificar y organizar los territorios que iban de Dyrrachium al golfo de Corinto, se erige como un verdadero rival con la llegada al poder, en 1215, del ambicioso príncipe Teodoro, que lanza una fulgurante ofensiva contra los latinos y se apodera, en 1224, de Tesalónica, donde, poco después, se hace coronar emperador; en ese mismo momento, Teodoro Lascaris acaba de morir, en 1222, dejando el poder a su yerno, Juan III Vatatzés, contra quien se sublevan los hermanos del difunto soberano. A partir de ahora, los dos rivales están en Constantinopla, donde el poder latino ya no es más que una sombra. Desde 1225, Vatatzés consigue el dominio de varias de las grandes islas egeas y de una parte de Tracia, Andrinópolis. Sin embargo, Teodoro de Epiro se había aliado contra él, con los búlgaros, pero quiso ir demasiado deprisa y, al verse ya señor de la capital, cometió el error de romper de improviso esta alianza: en 1230, se enfrenta a las tropas de Asen II en Clocotnitsa, donde es vencido y hecho prisionero. El Epiro subsistirá como Estado independiente pero sus soberanos, al admitir, hacia mediados de siglo, no tener más que el simple título de *despotas*, reconocerán implícitamente que el único poder legítimo está en Nicea.

La instalación de los barones latinos sobre una débil parte del imperio no debe ser considerada, sin embargo, como un epifenómeno sin mayor importancia. Es cierto que, en la parte septentrional, el permanente peligro que el zar búlgaro Kaloján hace pender sobre las mismas afueras de Constantinopla conducía a los occidentales a una perpetua actitud defensiva: el hermano y sucesor de Balduino, Enrique de Hainaut, agotó auténticas cualidades guerreras o administrativas para

defenderse contra Nicea, contra Bulgaria y contra Bonifacio y sus sucesores en Tesalia. Pero cuando desaparece en 1217, la dominación latina se reduce a la costa, de Bizancia a Termópilas, mientras los venecianos fortifican en su propio beneficio las escalas que conducen de los estrechos a Corfú sin preocuparse mucho de la tierra firme. Este egoísmo redoblado por una sistemática hostilidad con respecto a cualquier otra potencia italiana, fundamentalmente la de los genoveses, tuvo el más desastroso efecto sobre los destinos del imperio latino: arrojó en los brazos de Nicea todas las fuerzas hostiles a la república. La llegada al poder de la familia Courtenay en Bizancio, sin autoridad y sin respaldo, allanaba desde entonces el camino de los príncipes griegos.

Pero a esta mediocridad de los resultados en el norte se opone el muy sorprendente y muy duradero triunfo de los barones que partieron hacia Atenas y Tebas, convertidas en redes de principados y ducados, y hacia Argos, Patrás, Nauplia y Corinto, puntos fuertes de Morea (1205-1212). Una política de alianzas matrimoniales, sobre todo entre los Ducas y los Villehardouin; la vigilante presencia de las guarniciones venecianas sobre el contorno del Peloponeso, como en Modon y Coron; y el carácter completamente teórico de su dependencia respecto a los príncipes latinos de Tesalia o Tracia, dieron a la Morea franca una seguridad desconocida más al norte. En realidad, la presencia bizantina no desaparece, puesto que entre la pérdida de Monemvasia en 1248, su último punto fuerte, y los acontecimientos de 1261, de los que hablaremos, transcurre muy poco tiempo. Pero la implantación latina, numéricamente muy poco importante, llega a arraigar gracias a una hábil —¿inevitable?— política de apoyo a la aristocracia griega local. Sea como sea, estas preocupaciones mantenían a los francos alejados de cualquier intervención directa sobre las zonas amenazadas de los estrechos y hacían posible la reconquista de los soberanos de Nicea.

Vatatzés (1222-1254), uno de los últimos grande soberanos bizantinos, pudo, pues, llevar a cabo pacientemente su obra en Europa, a pesar de los desengaños que sufrió por parte de los búlgaros, que pasaron muchas veces de la alianza griega a la latina. La muerte de Asen II en 1241 eliminó este problema, pero pronto llegaría la invasión mongola de Asia y Europa. Bulgaria fue definitivamente debilitada y el sultanato de Rûm fue obligado a someterse a los conquistadores, lo que benefició ampliamente a Bizancio, cuyos territorios no fueron alcanzados. Vatatzés, una vez en posesión de Tesalónica y Macedonia en 1246, hace retroceder a los epirotas cada vez más al oeste y obliga al déspota Miguel II, en 1252, a enviar a su hijo y heredero Nicéforo a la corte de Nicea. A su muerte, en 1254, Vatatzés deja a su hijo, Teodoro II, un imperio bastante poderoso como para rechazar victoriosamente a los búlgaros y seguir avanzando en Epiro. Esta última, cuya situación parece desesperada, no ve entonces otra solución que arrojarse en los brazos de los latinos preparando una cuádruple alianza con Venecia, el rey de Sicilia, Manfredo, y el príncipe de Morea, Guillermo de Villehardouin. Tras la muerte prematura del emperador en 1258 y la usurpación de Miguel Paleólogo, corresponderá a la vez a este último destruir la alianza en Pelagonia el año 1259 y volver a introducirse por fin en Constantinopla, con la ayuda de los genoveses, en julio de 1261. Este mismo año, Miguel obliga a firmar a Guillermo de Villehardouin, su prisionero desde Pelagonia, un acuerdo que le reconocía la posesión de cuatro ciudades de Morea, entre ellas la fortaleza de Mitra, llave de toda

la Laconia, a partir de las cuales comienza una reconquista de Grecia que requerirá, sin embargo, casi dos siglos.

Movimientos de población

El hecho de que Bizancio se hubiera convertido en un Estado europeo se transparentaba en la conducta de los francos en el momento de su conquista; hasta finales de 1204, es decir, muy tarde, no emprenden la conquista del Asia Menor. Ahora bien, en el último tercio del siglo XII, se observa allí un muy notable refuerzo de la presencia bizantina. Sin duda, las regiones fronterizas del este estaban cada vez más desiertas. En el momento de la campaña de Miriocefalón, en 1176, Manuel encuentra la región de Filomelión desierta e improductiva. De hecho, es una vasta zona que abarca desde Dorilea, al norte, hasta Atalia, en la costa sur, que se halla despoblada por las razzias turcas pero también por la política de los Comneno, consistente en transferir las poblaciones griegas de estos confines hacia las provincias occidentales. Esta práctica tenía dos ventajas: ponía en dificultades a los invasores, que no encontraban ninguna posibilidad de avituallamiento en la zona desierta, e implicaba un constante aumento de la población griega en el oeste, donde también afluían importantes contingentes helénicos procedentes de las islas egeas. En esta región bien controlada, los Comneno habían llevado a cabo una importante obra de fortificaciones urbanas que permitían a los campesinos protegerse en caso de razzia, obra que ni siquiera fue interrumpida bajo el mandato de los Ángel y que fue rigurosamente proseguida por los Lascaris, sobre todo bajo el reinado de Vatatzés. Una obra, sin embargo, insuficiente ya que dejaba los campos sin defensa e incluso favorecía el éxodo. Por esta razón, Manuel Comneno, que sin duda se preocupa más de Asia de lo que se suele creer, la completa dotando a las aldeas de obras fortificadas, lo que trajo consigo una mejor seguridad y una mayor estabilidad de las clases rurales y, en consecuencia, una cierta vuelta a la prosperidad, tanto de los campos como de las ciudades. Vatatzés prosigue esta obra cuando, como nos cuenta Escutariotés, fortifica las aglomeraciones que «a causa de su pequeñez y su oscuridad, son llamadas precisamente fortalezas y no ciudades». Debe suponerse un cierto aumento de la población griega de Asia desde antes de la caída de Constantinopla. Ahora bien, ésta arrojó sobre los caminos y los mares a la población de la capital, una buena parte de la cual halló refugio más allá del Bósforo, razón por la que se produjo un nuevo y, sin duda, importante refuerzo del elemento helénico, sin el que la obra de restauración de los Lascaris sería incomprensible. Por lo demás, al mantenerse su capital en Nicea, incluso después de la reconquista de Tracia y Macedonia, dejaban bien claro que las provincias asiáticas seguían siendo el corazón vivo de su imperio.

En Europa, la situación es más compleja y apenas invita al optimismo. Además de la deserción de Constantinopla, la conquista franca fue allí, sin duda, sangrienta: en el Peloponeso, la *Crónica de Morea* hace referencia repetidas veces a los desastres que implicó allí la guerra y especialmente la falta de hombres, que reducía a numerosas mujeres al celibato o a la viudedad. En los países griegos

del norte, la situación es aún peor, pues es allí donde tiene lugar el enfrentamiento entre latinos, epirotas y búlgaros. Estos últimos, sobre todo a lo largo de las campañas de 1205, 1230 y 1237, provocaron terribles daños en Tracia, y no sin razón Kaloján hizo alarde del título de «matador de romanos». En lo referente al enfrentamiento entre el Epiro y Nicea, transformó Tesalia, Macedonia y el Epiro en un permamente campo de batalla entre 1225 y 1260, siendo algunas regiones tomadas y vueltas a tomar hasta tres o cuatro veces por uno u otro de los adversarios. Aunque no ocurre así en las ciudades amuralladas, la población griega de Macedonia y Tesalia está indiscutiblemente retraída, en provecho de los eslavos u otras etnias. Es significativo que Tesalia sea conocida, a partir del siglo XIII, bajo el nombre de «Gran Valaquia» a raíz de una inmigración valaca que llegó a ser incontrolable. Sin embargo, el Epiro parece haber constituido una excepción. No sólo se ve afluir allí una buena parte de los refugiados de Constantinopla, sino que las brutalidades francas y búlgaras hacen retroceder también a numerosos griegos de Macedonia, sobre todo a partir de 1205, de manera que se llegó a una rehelenización de las provincias de Acarnania y Etolia, e incluso, sin duda, a un aumento de su población. Debe observarse también que la distribución de esta población es muy desigual: como atestigua Juan Apocaucos, obispo de Naupacto, las costas del golfo de Corinto, expuestas a las sangrientas razzias de los francos de Morea, están terriblemente abandonadas desde los años 1220-1230, lo que implica una emigración, que afecta tanto a los mandos como al pueblo de los campos, hacia las zonas interiores con un relieve protector. De ello se deduce un notable crecimiento de los centros habitados, hasta entonces muy modestos, como es el caso de Ioanina, «aldea» (*polidion*) antes de 1204. Miguel I de Epiro la convierte en una plaza fuerte destinada a recoger los refugiados, y su afluencia debió ser considerable, puesto que desencadenó un movimiento de rechazo por parte de las gentes del país, que se consideraban expropiados. Sin embargo, seamos prudentes. La dislocación de 1204 favoreció también la expansión de los pueblos alógenos. Los príncipes de Epiro fueron así forzados a admitir la existencia del núcleo albanés, que les impidió controlar la Iliria central y septentrional al norte de Berat, y la expansión búlgara en Macedonia oriental «barbarizó» terriblemente la región de Ochrida en el momento en que, después de 1215, los epirotas prosiguen la conquista. En resumidas cuentas, los soberanos de Nicea recuperan a partir de 1225 regiones demográficamente muy dañadas, donde el elemento helénico está a la defensiva. No se puede dejar de pensar que ahí está una de las razones del fracaso de los paleólogos que, llegados a Constantinopla en 1261, quisieron rehacer a partir de estas provincias dispares y debilitadas el corazón de un nuevo imperio.

El triunfo de la aristocracia

Por otra parte, la sociedad y la economía son también más coherentes y más sanas en Asia. Ciertamente hay rasgos comunes; uno de los más importantes es el paso acelerado de las clases rurales bajo el control de los «poderosos». El gran éxodo que sigue a 1204 desplazó tanto hacia Asia como hacia el Epiro a numerosos campesinos desprovistos de todo, en el mismo momento en que emigraba

también una aristocracia expropiada. Este es el caso, concretamente, de los grandes propietarios de Tracia, maltratados al mismo tiempo por los latinos y los búlgaros. Quisieran o no, los soberanos de Nicea y del Epiro fueron obligados a buscar apoyo en las grandes familias, lo que no podía hacerse más que mediante un creciente abandono del control del Estado sobre los campesinos; asimismo fueron obligados a soltar lastre frente a los detentadores de *pronoiai*. Es cierto que los Lascaris, de acuerdo con la tradición, conservaban una hostilidad de principio hacia la gran propiedad patrimonial; por lo que las cesiones de tierras en total propiedad siguieron siendo escasísimas, como lo serán todavía bajo el mandato de los primeros Paleólogos. Pero hay una característica nueva y esencial: los desórdenes de los años 1180-1205 provocaron el hundimiento de la mediana propiedad, mientras que los poderosos, durante mucho tiempo incontrolados, se engrandecen a través de adquisiciones poco costosas. Asimismo, se vela por hacer respetar los eminentes derechos del Estado sobre las tierras afectadas por la *pronoia*. En 1233, Vatatzés reitera la prohibición de vender estas tierras recordando que «los territorios dados en *pronoia* están siempre bajo el control del Estado». Sin embargo, las actas del gran monasterio de la Lembiotisa, cerca de Esmirna, prueban que, desde antes de 1261, algunos titulares habían conseguido transmitir sus derechos a su descendencia. Las recuperaciones de *pronoias* por el Estado serán aún frecuentes después de 1261, pero el movimiento está en marcha y no se detendrá. Pero el control del Estado sigue siendo aún más eficaz en el imperio de Nicea, que incluso intenta reconstituir un campesinado medio resucitando el viejo sistema estratiótico de la época macedónica; por lo demás, incluso convertidos en parecos, los campesinos siguen siendo conscientes de sus derechos y no dudan en intentar acciones ante los tribunales públicos contra los que difícilmente se podrían llamar todavía sus «señores». A pesar de la escasez de nuestras fuentes, debe pensarse que la aristocratización fue mucho más rápida y brutal en el Estado epirota. Desde los años 1230, la *pronoia*, en principio puramente fiscal, parece haberse territorializado e incluso señorializado allí. Juan Apocaucos nos habla de una *pronoia* «compuesta de parecos, campos y bosques de robles», así como pronoiarios que reclaman prestaciones en especie a los campesinos y no dudan en matarlos si se quejan.

De cara al futuro, es importante subrayar que una aristocratización aún más profunda marca las regiones que pasaron bajo el control latino y que volverán más tarde a estar bajo el dominio bizantino. En Morea, los francos no habían transigido con lo que la *Crónica de Morea* llama los «grandes hombres» (*megaloi anthropoi*) como Esguros, que se sintieron eliminados, pero que habían acogido bien —pues eran muy poco numerosos para controlar el país sin su ayuda— al conjunto de notables, o *archontes*, que, en su gran mayoría, habían escogido colaborar con ellos. Sobre todo, lo que hay aquí de grave es que, contrariamente a las reglas del derecho bizantino que consideraba a todos los hombres libres como iguales entre sí, aunque les separaron de hecho enormes distancias económicas y sociales, la práctica occidental tuvo como resultado levantar una infranqueable barrera jurídica entre el arcontado, que tiende a integrarse en la clase feudal, y el conjunto del vulgo (*koinon*) rebajado a la condición de «villanos». Así, los arcontes griegos, por lo general mantenidos en sus tierras, tienen sobre éstas y sobre los hombres que las pueblan un derecho de disposición mucho más

considerable que en tierra bizantina. En el momento de la reconquista, los paleólogos debieron tener en cuenta y garantizar las situaciones adquiridas. Hay que pensar también que, aprovechando la ignorancia de los francos de la condición real de las tierras, en un país donde todos los textos administrativos, y en particular el catastro, estaban en griego y no podían ser, pues, manejados más que por los indígenas, muchos detentadores de *pronoiai* consiguieron hacer pasar las concesiones precarias por bienes patrimoniales. Así pues, la estructura social de Morea se distingue mucho, a partir de ahora, de la del resto del imperio: no es ajena a la génesis, en el siglo XIV, del «despotado» griego de Morea.

Lo que queda

La economía refleja también la preeminencia de Asia. En el oeste, tanto en las regiones latinas como en las griegas, la presencia italiana se impone cada vez más y acentúa los aspectos coloniales de la economía. En Morea, las colonias mercantiles de Patrás y Clarentza proporcionan todo lo necesario a la corte del príncipe y a la de los barones, reduciendo sensiblemente el papel del artesanado local. En Epiro, el nacimiento de un Estado griego autónomo tiene consecuencias económicas más graves: rompe las relaciones terrestres tradicionales que, partiendo de Dyrrachium, conducían a Macedonia, Constantinopla y Grecia. En este sentido, los privilegios concedidos a Ragusa por Asen II de Bulgaria en 1230 y por Manuel Ángel de Tesalónica en 1234, son más incitaciones a venir a comerciar que testimonios de actividad real. Es significativo que Venecia no trata siquiera de obtener un privilegio de los príncipes de Epiro. Los escasos comerciantes venecianos que toman contacto entonces con Dyrrachium sólo comercian en relación al trigo local. Este es también el caso de los ragusianos que obtienen privilegios desde el reinado de Miguel I y los hacen renovar y ampliar en 1237 y en 1251. Los productos locales, trigo, sal, lana, son los únicos objetos de su comercio. Esto significa que el comercio marítimo, únicamente basado en productos sin elaborar, sustituyó definitivamente el viejo tráfico de mercancías de Oriente que los occidentales encontraban directamente en Constantinopla y en sus posesiones egeas. Nace entonces una clase mercantil local, que actúa como intermediaria entre los grandes propietarios proveedores y los comerciantes extranjeros, pero es una clase parasitaria que no hace más que acentuar el carácter de tráfico colonial que se encuentra tanto en Dyrrachium como en Arta.

En Asia todo es diferente. Teodoro Lascaris, que se había apresurado a separar los intereses venecianos de los de los otros latinos, concedió a Venecia en 1219 un privilegio que le confirmaba todas las ventajas obtenidas en 1198. Pero este acto, con más motivaciones políticas que económicas, no supuso, sin duda, una invasión veneciana, hasta el punto de que, en una fecha mal definida, Vatatzés adoptó una serie de medidas tendentes a hacerlo casi inoperante. Tratando de crear las condiciones para una verdadera independencia económica de su imperio, prohibió formalmente la importación de productos de lujo procedentes de Oriente o de Italia, de manera que todo el mundo se contentara con «lo que el suelo romano produce y lo que fabrican las manos romanas». Para conseguirlo, el *basileus* se entregó a una obra de restauración de la agricultura que favorecía

la seguridad vuelta a encontrar, una demografía relativamente elevada y la aún gran libertad de las clases rurales. Nicéforo Gregoras muestra cómo el emperador hizo de sus dominios auténticas granjas modelo cuyo ejemplo cundió entre los demás campos. Ahora bien, el imperio tenía a sus puertas un cliente natural, el sultanato turco de Qonya. Desde principios del siglo XIII el tráfico interanatoliano se activa notablemente, como atestigua la muy densa red de caravanserrallos (*khans*) que se constituye a la sazón y por la que circulan caravanas a las que la decadencia del litoral levantino y el creciente papel del reino ciliciano de la Pequeña Armenia incitan a adoptar el itinerario anatolio. Los turcos de Rûm, que padecen casi crónicamente de un déficit alimentario, se dirigen, pues, a entregarles su oro y sus productos a cambio de víveres bizantinos, lo que llega a ser una de las mayores bazas de la economía niceana, sobre todo cuando, tras su derrota en Kose-Dagh, el año 1242, los turcos son atenazados por la invasión mongola. En estas circunstancias, no puede sorprender que las finanzas de Nicea fueran tan saneadas y que la moneda de Lascaris fuera incomparablemente mejor que la de sus predecesores o la de sus rivales de Epiro. Sin estos recursos, Vatatzés hubiera sido incapaz de llevar a cabo sus victoriosas campañas y reunir tanto en Magnesia como en Lidia el dinero, las armas y los costosos productos que nos detalla Escutariotés.

La prosperidad de Nicea explica, por último, que pudiera convertirse en la reserva del pensamiento y la cultura bizantina. Es allí donde se refugiarán los representantes de la alta cultura, como Nicetas Koniatas, y donde se forma una generación digna de ellos, cuyo más ilustre representante es el historiador Jorge Acropolitas. Los textos subrayan el apoyo prestado a los intelectuales por Vatatzés y el cuidado que puso en reunir en su capital un número cada vez mayor de manuscritos. En el oeste, hubo también una emigración de personas cultivadas, cuyo más notable representante fue el arzobispo de Ocrida, Demetrio Comatiano: él y otros pudieron suscitar en su entorno una cierta emulación cultural, pero los modestos destinos del helenismo occidental prohíben compararla con el movimiento de Nicea. De todas maneras, tanto aquí como allí, se trataba de una cultura defensiva, probablemente transmitida de boca a oído en el seno de una restringida élite, ya que los más entusiastas cantores del imperio de Nicea se ven obligados a reconocer que la organización escolar era allí casi inexistente.

Sin embargo, la herencia estaba preservada. Más aún, la crisis de 1204 fue como un ensayo general de la gran diáspora que sobrevendría en 1453, pues un número sin duda no despreciable de intelectuales, artistas y artesanos decidieron a la sazón refugiarse en los países eslavos, y sobre todo en Bulgaria que, entre 1204 y 1206, pudo aparecer como el único verdadero recurso ortodoxo. Se produce allí un hecho doblemente importante. No sólo implica una nueva difusión del arte bizantino entre los eslavos, cuyas huellas se reconocen, por ejemplo, en los frescos de Bojana, cerca de Sofía, fechados en 1258-1259, sino que testimonia sobre todo, a pesar de los sangrientos choques entre griegos y eslavos, la formación de un verdadero «frente ortodoxo» para quien el principal enemigo procede del oeste, ya que, más aún que político, lo es cultural.

Capítulo 7

BIZANCIO, ¿TODAVÍA?

Los dos últimos siglos de la vida de Bizancio (1261-1453) pueden dividirse *grosso modo* en dos períodos caracterizados por acontecimientos de una importancia decisiva para el destino final del imperio: de 1261, fecha de la reconquista de Constantinopla por los bizantinos, hasta 1354, fecha de la instalación, desde ahora permanente, de los turcos otomanos en el suelo europeo del imperio, y el período siguiente hasta su caída, en 1453. La dinastía de los Paleólogos que reina durante todo este período sólo se interrumpe por la intercalación de los Cantacucenos, sobre todo de Juan VI que, una vez proclamado emperador, en 1341, en Didimoteicon de Tracia, consiguió acceder al trono constantinopolitano en 1347 y mantenerse en él hasta enero de 1355, en tanto que su hijo, Mateo, proclamado co-emperador en 1353 y coronado en 1354, conserva el título hasta 1357. Dentro del primer período, es forzoso distinguir el reinado de Miguel VIII Paleólogo (1259-1282), caracterizado por un riguroso restablecimiento de la situación resultante de la ocupación latina, del de sus sucesores, dominados por la pérdida de Asia Menor, por las guerras civiles y por la hegemonía servia en los Balcanes. A partir de 1354, la historia de Bizancio no es más que una lenta progresión hacia la muerte, puntuada por aplazamientos tan sucesivos como inesperados y que servían de preludio al imperio otomano. Esta imagen es tanto más sorprendente cuanto que coincide con el tranquilizador panorama del mundo occidental que, a pesar de las crisis del siglo XIV, proseguía su formidable desarrollo, lo que refleja con toda claridad la múltiple expansión de las ciudades italianas, cuyas potencias marítimas de Venecia y Génova, precisamente, serán, por su influencia en los mecanismos económicos de Bizancio, una de las causas de su decadencia.

Sobrevivir a pesar de todo

Con la recuperación de Constantinopla, el imperio recobra sus dimensiones internacionales y su crucial importancia en la palestra política del mundo mediterráneo. Este objetivo, al que el imperio de Nicea, ese Estado periférico fundado en Asia Menor tras la conquista de Constantinopla por los latinos, no había cesa-

do nunca de apuntar, estaba finalmente alcanzado. Pero, a pesar de ello, al imperio restablecido le faltaba cohesión territorial: en Asia Menor mantenía bajo su control Bitinia, con las islas adyacentes y la isla de Rodas. En tierra europea comprendía, además de Constantinopla y su región, Tracia con Andrinópolis, Macedonia con Tesalónica y las plazas fuertes del nordeste, el Epiro del norte y la Iliria. Como consecuencia de la batalla de Pelagonia (1259), obtiene de Guillermo II de Villehardouin, príncipe de Acaia, a cambio de su libertad, las plazas fuertes de Mistra, Monenvasia, Mané y Geraki, que constituyeron el núcleo de la futura reconquista del Peloponeso. Desde 1262-1263 se añadieron los importantes puertos de la costa occidental del mar Negro, Anquialos y Mesembria, conquistados a los búlgaros. Todo el resto de Grecia propiamente dicha y de las islas continuaba estando bajo el dominio latino, a excepción de las formaciones griegas independientes, es decir, el despotado de Epiro y la Tesalia (separada del Epiro en 1268); el norte de la península balcánica estaba repartido entre los dos reinos eslavos de los servios y los búlgaros. Por otra parte, Bizancio había perdido el dominio de las aguas en provecho de las ciudades marítimas italianas, cuyas colonias y factorías estaban esparcidas por toda la cuenca oriental del Mediterráneo. Es más, Bizancio se encontró pronto envuelta en la áspera guerra que libraban en sus aguas territoriales Venecia y Génova, sin poder reaccionar e incluso sufriendo cada vez las consecuencias de las hostilidades. Lo que estaba en juego era el control del comercio y de las vías marítimas que vinculaban a Italia con las posesiones latinas del Mediterráneo y con Constantinopla a través de los estrechos y, más allá, con las del mar Negro.

La «Restauración» y la «Unión»

Una vez en Constantinopla, Miguel VIII debía abordar lo más urgente, que era la reconstrucción y la repoblación de la capital, exangüe, devastada por la ocupación latina y abandonada por una gran parte de sus habitantes. La colonia de los zacones (habitantes del este del Peloponeso) que se instaló en un barrio de la ciudad para reforzar su población, le proporcionaba, además, las tripulaciones y los marineros necesarios para la puesta a punto de una nueva flota, capaz de hacer frente a la amenaza veneciana sin tener que recurrir, como siempre, a la flota aliada de los genoveses. Otra fuente del equipo de la flota, sobre todo en calidad de remeros, estaba constituida por los gasmulos (*gasmouloi*) de la capital, de doble origen franco y griego. Es significativo que, paralelamente a las medidas tomadas para almacenar grandes cantidades de provisiones en vistas a un eventual sitio, Miguel VIII había decidido hacer explotar una mayor superficie de los campos cultivados en la ciudad, lo que constituye una referencia a los rasgos rurales que presenta todavía la ciudad bizantina en esta época, una característica a la que no escapa la capital.

Los principales objetivos que se había fijado el emperador inmediatamente después de la reconquista fueron dos: hacer frente a la gran coalición enemiga que se preparaba en Occidente, encabezada por Carlos de Anjou, «rey de Sicilia y de Nápoles», teóricamente desde 1265, y efectivamente después de su victoria sobre Manfredo de Hohenstaufen en la batalla de Benevento (1266); y reconsti-

tuir el imperio sobre los territorios de antes de la conquista latina, a través de la eliminación del despotado de Epiro y de los islotes latinos de Grecia y, asimismo, a través de la nueva sumisión de Bulgaria y Servia. El primer objetivo dependía principalmente de la diplomacia, mientras que el segundo presuponía ante todo la acción militar, sin olvidar, no obstante, también en este caso, el arma diplomática. En todo caso, Miguel VIII se destaca, en este último sentido, poniendo de manifiesto cualidades excepcionales para llevar a cabo tratados. Frente a él, Carlos de Anjou se muestra como un temible adversario; en su persona, la ambición desmesurada corría paralela a la política expansionista de los reyes normandos y de los emperadores germánicos que le habían precedido. Se puede, pues, hablar de un singular duelo mantenido durante casi veinte años entre estos dos hombres, pactando y rompiendo alianzas, y descomponiendo a cada momento los equilibrios en Europa.

Para Bizancio hubo durante este período dos momentos particularmente comprometidos, en los que la curva de los peligros se elevó bruscamente, rozando la catástrofe total. Estos puntos culminantes se sitúan en 1273 y 1281, cuando convergen contra el imperio los intereses de las potencias occidentales y los de los países balcánicos. Carlos de Anjou, que había conquistado Corfú a principios de 1267 e invadido las posesiones epirotas de Manfredo, consiguió por los dos tratados de Viterbo, firmados ese mismo año, asegurar su soberanía en las tierras de Guillermo II de Villehardouin, por una parte, y participar, por otra, en un futuro reparto del imperio bizantino con el ex-emperador latino Balduino II, bajo la égida del papa Clemente IV y con la muy recabada ayuda de Venecia. Paralelamente, tras haber hecho todo lo posible por crear en los Balcanes una coalición que agrupara a servios, búlgaros, húngaros y albaneses, Carlos consiguió hacerse proclamar «rey de Albania» en 1272 y logró llegar a un acuerdo, en 1273, con el zar búlgaro y el rey de Servia.

Por su parte, Miguel VIII, con el fin de deshacer la coalición occidental, se entregó a una auténtica carrera contra el tiempo, blandiendo frente a sus múltiples adversarios las armas convenientes en cada caso. Así pues, Miguel utilizó, en una primera fase, con los papas Urbano IV, Clemente IV y Gregorio X y, en la segunda, con Juan XXI, Nicolás III y Martín IV, el importante argumento de la unión de las Iglesias, que se había convertido, junto con el de la liberación de Tierra Santa, en el principal objetivo de la política oriental del papado en su conjunto tras la caída del reino latino de Constantinopla. La política de las alianzas matrimoniales fue empleada con Hungría y con los tártaros de la Horda de Oro (1272) para neutralizar respectivamente a Servia y Bulgaria, mientras que las embajadas bizantinas se sucedían en la corte del rey de Francia, Luis IX, que preparaba a la sazón una cruzada contra Túnez (1270). Además, se llevaron a cabo negociaciones, más adelante, con el rey de Castilla, Alfonso X, y con los pisanos. Por otra parte, la continuación de la política de los tratados con las ciudades marítimas italianas, que llegó a ser casi obligatoria, introdujo a Bizancio cada vez más en el círculo vicioso de la dependencia económica: el tratado de Ninfaion (1261), por el que Génova sustituía a Venecia en la supremacía sobre el comercio oriental, fue prorrogado, tras un intento de anulación por parte de Miguel VIII, en 1267, con la concesión suplementaria del barrio de Galata, en el Cuerno de Oro, convertido a partir de ahora en el establecimiento genovés hasta la conquis-

ta turca. En el mismo sentido, Miguel se reconciliaba con Venecia por el tratado de 1265, ratificado en 1268, esta vez válido por un período de cinco años y revocable, según la nueva táctica practicada por la República. Mediante esta compleja política, el emperador consiguió deshacer las alianzas en Occidente e ir contra los proyectos de Carlos de Anjou, que se halló así neutralizado; pero, debido a las circunstancias, se va, implacablemente, camino del concilio de Lyon, celebrado en 1274, donde fue proclamada finalmente la unión de las Iglesias, que constituyó un triunfo espiritual de Gregorio X así como un éxito diplomático de Miguel VIII. Por el lado bizantino, el gran logoteta Jorge Acropolita representó al emperador, en tanto que entre los occidentales se distinguió el teólogo franciscano Buenaventura.

El período que siguió al concilio de Lyon hasta la nueva escalada del peligro angevino fue una fase de contraataque de Miguel VIII en el plano diplomático (renovación, en 1275, del tratado con Venecia) y, sobre todo, en el plano militar: a excepción de los fracasos experimentados contra el sebastocrátor Juan Ángel de Tesalia, que acabó por convertirse en el verdadero núcleo de la oposición al emperador, Miguel sólo obtuvo éxitos en Epiro, mientras que la flota bizantina, tras su victoria sobre la flota franca en Demetrios (1275), con el almirante veronés Licario al frente, impuso su hegemonía en el mar Egeo y se apoderó de Eubea y muchas otras islas.

Pero, una vez más, los frágiles equilibrios tan difícilmente obtenidos cayeron bajo el peso de una nueva coyuntura; esta vez fue la curia romana la que dio luz verde a Carlos de Anjou; el nuevo papa Martín IV, en oposición a sus predecesores, siguió una política totalmente sumisa a los proyectos de Carlos. En 1281, se pactaron nuevas alianzas, en Orvieto, entre Carlos, el emperador latino titular Felipe, hijo de Balduino II, y Venecia que, bajo la presión del papa —que, por su parte, había denunciado a Miguel VIII como herético—, no quiso renovar el tratado que expiraba con Bizancio. Como en la primera fase, Juan de Tesalia, los servios y los búlgaros estaban de acuerdo. El imperio fue salvado en el último instante gracias a la «coincidencia», que en realidad no era tal (ya que, a decir verdad, había sido preparada desde hacía mucho tiempo), de la rebelión de los sicilianos contra los franceses durante las Vísperas Sicilianas (marzo de 1282) y de la intervención de Pedro, rey de Aragón. Estos acontecimientos simultáneos se debieron en gran parte a la acción diplomática de Miguel VIII y a su ayuda, principalmente económica.

Aunque el primer objetivo del emperador se había cumplido plenamente, no ocurría lo mismo con el segundo, ya que el separatismo de los Estados griegos, de Epiro y, particularmente, de Tesalia, tierra de grandes magnates por excelencia, continuaba resistiéndose obstinadamente a la obra de reunificación. Después del concilio de Lyon, el sebastocrátor Juan se presentó como guardián de la ortodoxia e incluso convocó un sínodo, que declaró herético al emperador. Por otra parte, los eslavos de la península balcánica, que debían formar parte, según los proyectos iniciales, del imperio restaurado, no cesaban de oponerse a estos propósitos, sobre todo debido al amenazante desarrollo del Estado servio. En cuanto a la presencia latina, persistía en Ática, en Beocia, en las islas adyacentes y en una gran parte del Peloponeso, mientras que el dominio marítimo, tras un breve paréntesis, volvía a las repúblicas marítimas de Italia.

Liquidación de Oriente, agitación de Occidente

La política oriental de Miguel VIII no podía ser más que la consecuencia directa de su política occidental, hacia la que iba dirigido el peso de sus preocupaciones y que perturbaba el equilibrio del espacio bizantino en provecho de las provincias europeas. El resultado, nefasto más tarde, fue el progresivo abandono de Asia Menor. Es cierto que el emperador se había puesto muy pronto en relación con las potencias orientales, es decir, con los seldjûqíes, con los mongoles de la Horda de Oro en Crimea, así como con los mamelucos de Egipto, concertando tratados e incluso alianzas matrimoniales que hacían caso omiso de las consideraciones confesionales. Al actuar de este modo, el emperador perseguía un doble objetivo: neutralizar los ataques contra los territorios microasiáticos atizando el ánimo hostil de los mongoles de Hûlâgû contra el sultanato limítrofe de Qonya; y, siempre en el marco de su política occidental, aniquilar la amenaza búlgara en los Balcanes poniendo contra ellos a los tártaros de Crimea, lo que, por otra parte, no consiguió siempre. Esa política, que no estaba exenta de consideraciones económicas, como se deduce de un tratado concertado con los mamelucos de Egipto en 1281, tuvo para estos últimos una importancia capital: al asegurarles la travesía de los estrechos y de la Propóntide hacia el mar Negro, les abría la única vía marítima posible hacia la Rusia meridional, principal depósito del tráfico al que se entregaban y fuente de aprovisionamiento de efectivos humanos que les permitía el mantenimiento de su equilibrio demográfico.

A pesar de estos aspectos positivos, la política oriental de Miguel VIII pecaba por falta de coherencia y de continuidad, pero esta negligencia de la gravedad del inminente peligro procedente del Oeste no permitía al emperador medir en sus dimensiones exactas la amenaza a largo plazo que representaba la situación en la frontera oriental, con las invasiones de los mongoles y el trastocamiento de los viejos equilibrios en las relaciones con los turcos. Hasta el final de su vida Miguel VIII no se dio cuenta de la magnitud de la catástrofe que había azotado a las poblaciones y ciudades del Asia Menor y que él trató de paliar aunque demasiado tarde. El hecho es que su manera de actuar había sido dictada también por los problemas eclesiásticos y dinásticos concernientes a su llegada ilegal al trono, pues es precisamente en las provincias orientales, y principalmente en Bitinia, donde había estallado la rebelión de los arsenitas, llamada así a causa del nombre del patriarca Arsenio, partidario del heredero legítimo Juan IV Lascaris. Esta rebelión, cuyo carácter fue abiertamente popular, iba dirigida contra la autoridad central y la alta jerarquía eclesiástica; generó una fuerte represión, que afectó con especial intensidad a los *akrites*, es decir, los soldados-guardianes de las fronteras orientales, así como a los grandes propietarios de Bitinia, que sufrieron la casi-confiscación de sus posesiones, merced a las gravosas obligaciones fiscales y militares a las que fueron sometidos. De ello se deduce la destrucción del antiguo sistema de defensa del país, que se dejó llevar poco después por las oleadas otomanas.

El concilio de Lyon y la proclamación de la unión no hicieron más que cristalizar todas las tendencias de oposición contra Miguel VIII y exasperar al pueblo y a la mayor parte de la Iglesia, cuyo conservadurismo encontró un terreno favorable para expresarse con agresividad. Los *zelotes*, es decir, los miembros extre-

mistas del clero, sacerdotes, monjes y otros exaltados, sublevaron a las muchedumbres de las ciudades poniendo en circulación panfletos injuriosos, mientras que los arsenitas se unían a los josefitas, partidarios del ex-patriarca ortodoxo, José. Pocos hombres, sobre todo entre las clases superiores, a excepción de algunos altos funcionarios como el cartofílax Juan Bekkos, elevado al trono patriarcal con este motivo, o Constantino Meliteniota y Jorge Metoquita, aceptaron los principios de la unión; pero, también ellos, en su mayor parte, se habían opuesto anteriormente, como lo hizo el propio patriarca. Según ellos, como según Miguel VIII, la sumisión a Roma no era más que un acto de *oikonomia*, o sea, una concesión menor que podía hacerse en materia política o eclesiástica como último recurso; formaba parte, pues, perfectamente de una estrategia oficial tanto del Estado como de la Iglesia. Pero no existía el consentimiento general: para el pueblo bizantino, infringir las reglas de la ortodoxia era sacrificar todo lo que había tenido siempre de sacrosanta; era atraer sobre su cabeza las iras divinas, un peligro, según él, mucho más grave que los ejércitos de Carlos de Anjou. Su emperador había traicionado la verdadera fe; era un *latinophron,* alguien que pensaba a la manera latina. El odio contra los francos, nutrido por la humillación experimentada a causa de la caída de Constantinopla, en 1204, así como por la cólera sentida frente a los nuevos proyectos de conquista que surgían sin cesar en el Occidente cristiano, no se había consumido aún. En diciembre de 1282, el hombre que había sabido restaurar el imperio y devolverle su valor, al menos a los ojos del mundo occidental, a través de una política sin duda costosa pero de gran envergadura, y que lo había salvado de una segunda caída, murió en una aldea de Tracia y fue enterrado bajo un montón de tierra; al no haber desaprobado oficialmente el dogma de la unión, no fue honrado con una misa fúnebre por parte de la Iglesia ortodoxa, y la Iglesia latina no le levantó la excomunión.

Hundimiento de los cimientos del Estado

El éxito de la política occidental de Miguel VIII tuvo su revés en la lamentable situación en que se encontró Bizancio inmediatamente después de la desaparición de su emperador. El exagerado peso del esfuerzo acometido había acabado por agotar militar y económicamente al Estado, que avanzó un poco más por el camino de la decadencia. Pero, al mismo tiempo que aminoraba la gran actividad política de la época de Miguel VIII, ante la relativa inactividad y la evidente desorientación de sus sucesores, la vida cultural en Bizancio, como impulsada, por el contrario, por un reflejo de supervivencia, continuaba brillando más que nunca y cobraba incluso las características de un nuevo renacimiento.

El largo reinado de Andrónico II (1282-1328), que estuvo jalonado de grandes catástrofes y de pérdidas definitivas de territorios, había comenzado de hecho diez años antes con la proclamación de Andrónico como co-emperador por un decreto de Miguel VIII (1272). Por este acto, de una alta significación constitucional, el rango de emperador-asociado revestía una particular importancia, tanto en el plano efectivo como en el jurídico: la participación del co-emperador en las tareas del Estado aumentaba al mismo tiempo que se concedía el derecho de llevar, también él, el título de *autocrator*. En realidad, se trataba de los comienzos

de lo que más tarde habría de llegar a ser, en contra del poder estrictamente centralizado de entonces, el nuevo estatuto de la dinastía reinante, cuyos miembros deberían en el futuro repartirse la gerencia de las administraciones locales. Se ha de subrayar la influencia que ejercieron en este viraje las instituciones feudales de Occidente, preconizadas por la segunda mujer de Andrónico II, Irene de Montferrato, que exigió la parcelación del territorio teóricamente unido del imperio para que fuera repartido entre sus hijos, «cosa inaudita», como escribe el historiador contemporáneo Gregoras, en relación a la sacrosanta concepción romana de la indivisibilidad del Estado. Pero no podía ser de otro modo ante la cada vez más acentuada disminución de los vínculos entre el poder central y las provincias; la falta de cohesión del territorio imponía casi obligatoriamente la descentralización que, efectuada primeramente a través de los miembros de la familia imperial o los parientes más próximos del emperador, acabó por beneficiar también a los grandes propietarios locales que, más tarde, llegaron a ser totalmente, o casi, autónomos.

La victoria de la gran aristocracia bizantina, que fue consolidada por la llegada de los Paleólogos al trono, y la expansión del sistema de la *pronoia*, de la pronoia hereditaria, por supuesto, tuvieron consecuencias lamentables tanto sobre las finanzas del Estado como sobre la organización militar. Esta época fue testigo del progresivo declive de las capas campesinas y de las de la pequeña nobleza, cuyas propiedades, hasta entonces base del reclutamiento de efectivos, no cesaban de ser absorbidas por los grandes magnates que sabían sustraerse de sus obligaciones militares resultantes normalmente de la *pronoia*. Se llegó así, irrevocablemente, a la sumersión del ejército por los mercenarios extranjeros, lo que creó, de hecho, un círculo vicioso. Puesto que el coste del mantenimiento de estos cuerpos pesaba de una manera insoportable sobre las mediocres finanzas del Estado, Andrónico II tuvo la idea de reducir las fuerzas terrestres y, además, disolver la flota. De ello se deduce, por una parte, la imposibilidad para Bizancio de alinear más de unos cuantos millares de hombres en los campos de batalla, lo que ridiculizaba al ejército bizantino, y, por otra parte, el abandono de la defensa marítima a sus aliados genoveses. Esto duplicó la dependencia económica con una dependencia militar y aumentó de golpe la vulnerabilidad de Bizancio ante el poderío marítimo de Génova y Venecia. En lugar de los poderosos ejércitos que el imperio era capaz de reclutar antaño tanto en mar como en tierra, en esta época no podía más que pretender el mantenimiento de una fuerza permanente de 3.000 caballeros y de una flota de 20 navíos con los ingresos obtenidos, en una segunda fase, por una serie de medidas fiscales tomadas por Andrónico II a fin de incrementar las rentas del Estado. El hecho de que la mayor parte, o casi, de los gastos del Tesoro público se destinara a pagos a las potencias extranjeras para neutralizar sus planes agresivos, que no se podían afrontar militarmente, es muy significativo del cambio de punto de vista relativo al lugar que debía ocupar Bizancio en el panorama internacional.

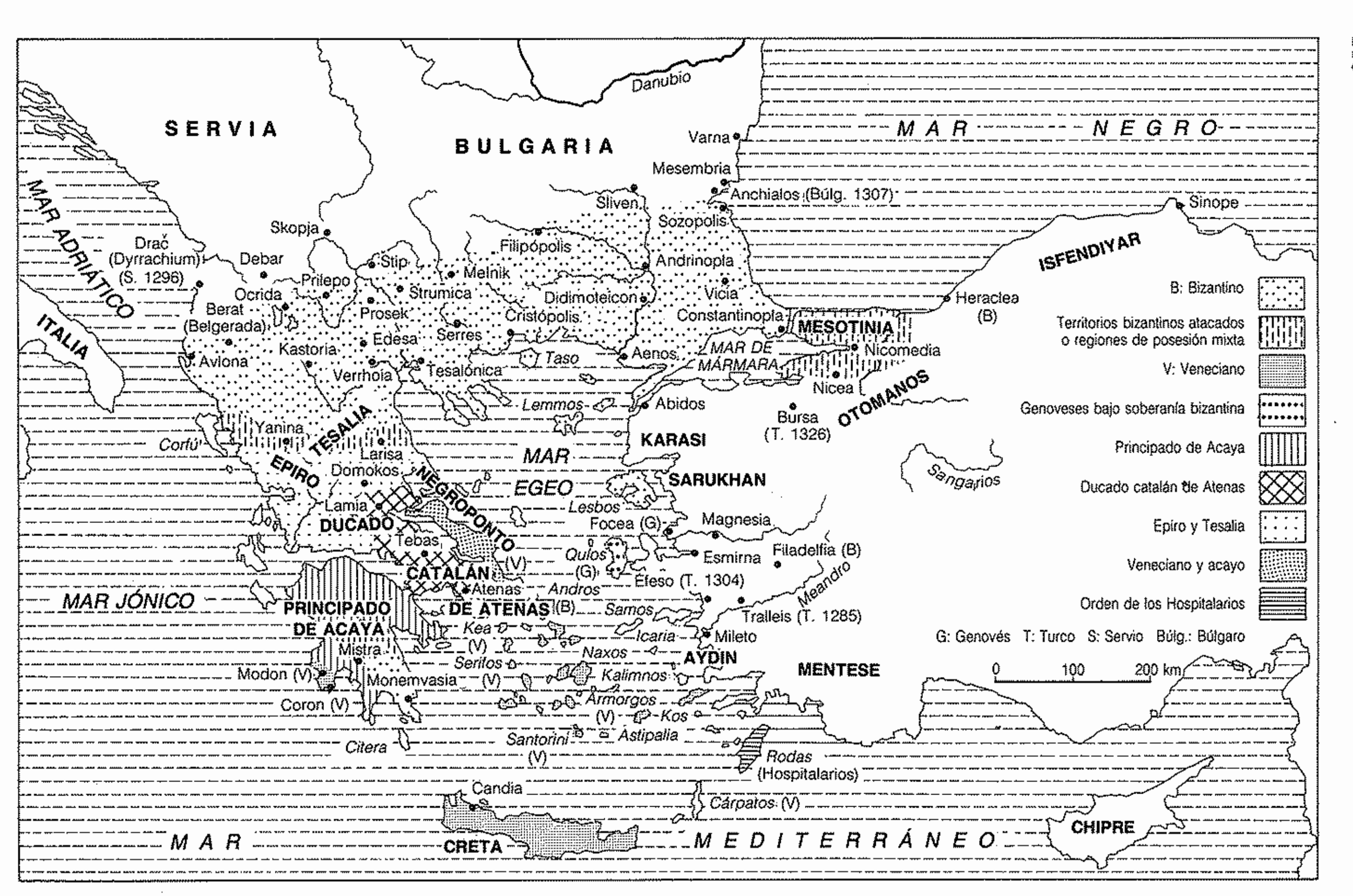
La debilidad del Estado bajo el mandato de Andrónico II contrastaba con el lugar ocupado por la Iglesia que, tras haber superado las conmociones provocadas por el cisma arsenita, vivía una época de plena expansión debida a la muy ortodoxa política del emperador que, desde su advenimiento al trono, se apresuró a desaprobar la Unión de Lyon, ya inexistente. Al recibir nuevas concesiones

—entre las que la sumisión directa al patriarca de Constantinopla de la comunidad monástica del monte Athos, antes sometida al emperador, no fue la menor—, la Iglesia vio cómo su influencia espiritual se extendía y consolidaba en el mundo ortodoxo, de Asia Menor a Rusia y Lituania pasando por los Balcanes. Es decir que, poco a poco, reemplazaba, por su propia autoridad, por así decirlo, al prestigio, en lo sucesivo muy comprometido, del imperio.

La políticia exterior de Andrónico II, en contra de la de Miguel VIII, estaba centrada, tanto por las circunstancias como por convicción, en Asia Menor y en los Balcanes, haciendo hincapié en el componente balcánico del imperio antes que en sus relaciones con Occidente. El avance turco, por un lado, y el empuje servio, por el otro, definían las preocupaciones del emperador. Paralelamente, la rivalidad de las dos ciudades marítimas, Venecia y Génova, constituía otro factor de preocupación en la medida en que obligaba a Bizancio a implicarse. Andrónico, al encontrarse entre dos fuegos, optó incondicionalmente por Génova, de manera que la guerra veneto-genovesa que estalló en 1294 no tardó en convertirse en una guerra entre Venecia y Bizancio; el imperio no cosechó más que pérdidas en vidas humanas y material (1302) y se vio obligado a renovar los tratados con ambos beligerantes: Venecia extendía su dominio sobre otras islas del mar Egeo, mientras que Génova consolidaba su posición en Constantinopla, levantando incluso una gran muralla alrededor de su colonia de Galata. Un poco más tarde (1304), Génova añadió a sus posesiones la isla de Quíos, frente a su colonia de Focea en la costa microasiática. La política occidental de Andrónico II había, pues, fracasado totalmente.

Lo mismo sucedía con su política oriental, a pesar del evidente interés que Andrónico había manifestado por salvar el Asia Menor, sobre todo en el período de 1293-1295, con el envío al lugar de un jefe militar muy capacitado, Alejo Filantropeno. Pero éste, tras una serie de brillantes victorias sobre los turcos, se sublevó contra Constantinopla, impulsado por sus soldados y por la población local, una prueba más, si es que era necesaria, del talante antidinástico que prevalecía en estas regiones. Por otra parte, desde la época de la represión de los arsenitas, por Miguel VIII, había quienes se pasaban al bando de los turcos, hecho que se produjo entre las tripulaciones de la flota tras su disolución. En pocas palabras, una vez que la disgregación del sistema de defensa era ya irreversible con la destrucción de los bienes militares creados por Juan Vatatzés, todos los esfuerzos emanados de la voluntad de Andrónico II acababan por estrellarse en el rompeolas del avance turco. Hacia 1300, sólo quedaban en manos bizantinas algunas ciudades aisladas, perdidas en un campo dominado completamente por tribus turcas, constituidas en diferentes emiratos, como el de los otomanos en Bitinia. La batalla de Bafeos (1302), cerca de Nicomedia, prueba que la pérdida del Asia Menor, «fruto maduro para ser cosechado», sería, sin duda, su destino final.

Así pues, la utilización de tropas mercenarias por Andrónico II, poniendo en práctica su política «de alianzas más allá de las fronteras», como dice Gregoras, para enfrentarse a los turcos, a pesar de haber constituido el último esfuerzo de resistencia y recuperación del terreno, no fue más que una medida a medias que no tendría continuación. Después de la derrota inflingida por los turcos a las bandas de mercenarios alanos, la utilización de los servicios de la famosa compañía catalana y de sus jefes aventureros (1303) obró como un boomerang contra Bizan-



El imperio bizantino en 1328

cio; pues, a excepción de algunas victorias efímeras de los catalanes sobre los turcos, no sólo el Asia Menor occidental sino también los territorios europeos y, sobre todo, Tracia fueron víctimas del pillaje y devastados por estos «aliados», cuyo objetivo no era otro que encontrar un lugar para instalarse. El aniquilamiento del ducado franco de Atenas y de Tebas en la batalla de Halmiro de Tiotis (1311), tras la marcha destructora de la compañía a través de Macedonia y Grecia central, y la creación en su lugar de un ducado catalán no tenía nada que ver con los objetivos previstos por el emperador. La única cosa positiva que resultó de esta peripecia fue el abandono de los planes occidentales de reconquista de Constantinopla trazados por Carlos de Valois, que había pactado una corta alianza con los catalanes, así como de los de Felipe de Tarento, pobre caricatura, ambos, de los grandes proyectos de Carlos de Anjou.

Tras el alejamiento del peligro catalán o del de una cruzada occidental, y ante la impotencia para detener el curso de los acontecimientos en Asia Menor, la política de Andrónico II se interesó más por la situación en las provincias europeas, así como por las relaciones con Occidente. En lo concerniente a los Estados griegos independientes, su declive seguía de cerca la decadencia del centro, con la desaparición de los Ángel en Epiro y Tesalia: Janina y algunas otras ciudades de Epiro así como el norte de Tesalia se sometieron al emperador, mientras que el sur fue anexionado al ducado catalán de Atenas, al mismo tiempo que los venecianos se apoderaban del puerto de Teleón. Dicho esto, el acontecimiento capital en relación a Tesalia en esta época fue el comienzo de la emigración albanesa que, aparecida en primer lugar a la sombra de tratados puramente militares, se convirtió posteriormente en una instalación permanente, constituyendo, entre otras, una inagotable fuente de elementos guerreros puestos al servicio de los grandes señores del país.

La guerra civil

La crisis, nefasta por sus consecuencias, que atravesó el imperio de 1321 a 1354, quedó de manifiesto en dos guerras civiles, de las que la última fue, con mucho, la más importante, y también la más desastrosa. Aunque a nivel del poder político se tratara de luchas dinásticas, en el seno de la familia de los Paleólogos primeramente, y entre los Paleólogos y los Cantacucenos después, el substrato estaba compuesto de oposiciones de orden social y espiritual, que se transformaron, durante los momentos críticos, en una verdadera guerra social. La primera guerra civil duró, con algunas interrupciones, de 1321 a 1328; la segunda comenzó en 1341 y acabó, aparentemente, en 1347, pero no lo fue en realidad, hasta 1354. A causa de ellas, la descomposición económica, social y política del imperio llegó a su cima, mientras que la conquista turca y la expansión servia encontraban allí un terreno propicio a sus intereses.

«La guerra de los dos Andrónicos», como se llama la primera guerra civil que tuvo lugar entre Andrónico II y su nieto, el futuro Andrónico III, no destaca por ninguna gran batalla; sin embargo, la permanente agitación y los incesantes desplazamientos de tropas resultantes obstaculizaban el normal funcionamiento de los intercambios y desorganizaban la agricultura, puesto que el campo, y sobre

todo el de Tracia, pagó particularmente las consecuencias. Como se observará, los métodos empleados por Andrónico III, en su rebelión contra su abuelo, no tendían sólo a la adhesión a su causa de las capas privilegiadas de la sociedad bizantina (entre las que distribuyó privilegios y tierras en *pronoia*, lo que constituyó un éxito en parte con la adhesión de muchos «poderosos», sobre todo jóvenes, entre los que el más eminente fue Juan Cantacuceno); sino que trató también de asegurarse el apoyo de las capas inferiores de la población, explotando su profundo descontento contra el poder fiscal impuesto por Andrónico II: sobre todo en Tracia, la promesa de Andrónico III a los habitantes de las ciudades y del campo de eximirles de impuestos —que no cumplió luego— hizo que la población se pusiera de su parte. Por esta razón, el primer tratado firmado entre los dos adversarios (1321), toda la Tracia correspondió al joven Andrónico «a título imperial», lo que constituyó el primer reparto oficial del territorio, al que Andrónico II se había resistido antaño tanto.

El hecho más destacado en la última fase de esta guerra, que comenzó en 1327 y se desarrolló principalmente en Macedonia, fue la activa intervención de los países eslavos balcánicos, cuyas rivalidades se pusieron de manifiesto por la elección que hicieron entre los partidos bizantinos opuestos: el rey servio, Esteban Decanski, siguiendo las antiguas alianzas de la corte servia con Andrónico II, se puso de su parte, mientras que el zar búlgaro, Miguel Sisman, se alió con Andrónico III para combatir, al mismo tiempo, tanto al viejo emperador como a los servios. En mayo de 1328, mientras las ciudades macedónicas tenían ya a Tesalónica unida al bando de Andrónico III, por idénticas razones que Tracia, la primera guerra civil llegó a su fin con la entrada del joven emperador en Constantinopla; su vanguardia estaba compuesta de soldados provenientes de las capas medias, a fin de conseguir la adhesión de la población de la capital.

La época del reinado de Andrónico III (1328-1341) fue, en la medida de lo posible, un período de recuperación. La política exterior del joven emperador, inspirada aparentemente por Cantacuceno, no se opuso esencialmente a la de su abuelo en cuanto a la puesta en segundo plano de las relaciones con Occidente y a la orientación hacia los eslavos de los Balcanes y hacia los turcos del Asia Menor. Al mismo tiempo, Andrónico trató de dar a Bizancio una especie de homogeneidad territorial basándose en la propia Grecia, donde el problema de los Estados griegos independientes de Epiro y Tesalia encontró finalmente su solución por la anexión al poder central. Este hecho, considerado como uno de los últimos éxitos que se apuntó Bizancio por el momento, no tendría, sin embargo, mucho futuro: la razón sería la progresión de los servios que, una vez hubieron neutralizado a los búlgaros en la crucial batalla de Velbazd (1330), extenderían pronto su dominio en Epiro y Tesalia, regiones mucho tiempo codiciadas por los emperadores de Constantinopla. Al menos, en ese momento, Andrónico supo aprovechar la derrota de su aliado el zar ocupando muchas fortalezas en la frontera bizantino-búlgara y, además, los puertos del mar Negro, Mesembría y Anquialos.

Por otra parte, en lo concerniente al enfrentamiento, en el sur del mar Egeo y en Asia Menor, con los otomanos, así como a las actividades de los genoveses y de la nueva liga occidental constituida en Aviñón (1334), Andrónico, evidentemente empujado por Cantacuceno, dio un paso decisivo: se comprometió en una

estrecha colaboración con los pequeños emiratos turcos, a menudo hostiles tanto a los otomanos como a los latinos. Esta política, que había de iniciar la influencia turca y, sobre todo, después, otomana, en la vida interna de Bizancio, combinada con la construcción de una nueva flota, permitió a Andrónico recuperar Quíos de manos genovesas (1329) y obtener la adhesión de los genoveses de Focea. Repelió también con éxito el ataque dirigido contra Lesbos por la liga cristiana (Francia, Venecia, Rodas, Chipre y el papa): ésta, en lugar de combatir a los piratas de los emiratos turcos, se volvió contra una isla cuyo soberano, el emperador, era considerado como partícipe de la liga. No obstante, si uno de los objetivos de la política oriental había logrado e incluso conducido a un tratado de alianza entre Andrónico III y el emir Umur de Aydin, firmado en el cabo Eritraia (Kara Burún) en 1335, no ocurrió lo mismo con el otro objetivo, que consistía en parar el avance otomano en Bitinia. La derrota inflingida en Pelecanon (1329) por Orjân al ejército bizantino, llevada a cabo por el emperador en persona y por Juan Cantacuceno, fue el primer choque directo de un emperador bizantino con un emir otomano. El tratado al que condujo más tarde su encuentro personal, y que obligaba a Bizancio a entregar un tributo anual por la posesión de lo que quedaba en Bitinia, confirmó la definitiva pérdida de esta parte de Asia Menor; y, cosa que caracteriza la evolución de las mentalidades, determinó la toma de conciencia por parte de los bizantinos de la futilidad de sus esfuerzos militares. En efecto, de 1331 a 1337, la toma de ciudades de Bitinia como Nicea, Bursa y Nicomedia, poniendo punto final a la dominación bizantina en la costa microasiática, fue, al mismo tiempo, el fulminante de las incursiones otomanas en dirección a la costa europea del imperio y de las islas del norte del mar Egeo. Solamente Filadelfia y Heraclea del Ponto, en las dos extremidades del territorio microasiático, continuaron existiendo durante un cierto tiempo, contra viento y marea, en medio de las masas turcas.

Dicho esto, la reforma judicial de Andrónico III se inscribe en el marco de una reorganización del Estado y constituye la piedra angular de la política interior del emperador. Siguiendo, aunque más rigurosamente, los intentos de Andrónico II por acabar con la proverbial corrupción de la justicia bizantina, creó, en 1329, la institución de los «jueces generales de los romanos», un colegio compuesto de cuatro miembros, dos eclesiásticos y dos laicos, dependientes directamente del emperador, y cuyos poderes estaban muy extendidos y sus sentencias eran irrevocables. Este cuerpo, que no tardó, en efecto, en acusarle a él mismo de signos de corrupción, subsistió hasta el final del imperio, sufriendo, no obstante, algunos cambios. El más importante fue la paralela aparición de los jueces generales locales (en Tesalónica, Lemnos y Morea), a medida que avanzaba el proceso de descentralización. Por otra parte, la presencia de eclesiásticos en su seno no es más que uno de los indicios del creciente impacto de la Iglesia sobre los tribunales, siendo otro la extensión de la jurisdicción del tribunal patriarcal, que ejercía poderes paralelos a los del tribunal secular.

RETRATO DEL MORIBUNDO

La ciudad bizantina adquirió una considerable importancia durante los dos últimos siglos del imperio a pesar del clima general de declive, e incluso un poco a causa de él. Pues las fuerzas centrífugas que fueron la causa de la descentralización del Estado se expresan, entre otras, por la supuesta emancipación de las ciudades, a medida que se acentuaba la descentralización y que aminoraba la influencia del poder estatal sobre los municipios. Ciertamente, las ciudades desempeñan todavía sus funciones de centros administrativos, pero se trata ahora de una actividad que se limita a la ciudad en sí misma y a sus alrededores inmediatos, es decir, a la unidad administrativa conocida por el término de *katepanikion* (que a veces podría designar una región más amplia), cuyo gobernador, llamado por lo general *kephalé*, ejerce múltiples funciones —civiles, militares, judiciales— e incluso realiza tareas relevando a otros funcionarios, como por ejemplo, la del registro fiscal (*apographe*). El *kephalé* hace a menudo el papel no de un representante del Estado sino de un hacedor local, tolerado por el emperador; y lo que es más, hacia el último período de los Paleólogos, se transforma en detentador autónomo de su territorio administrativo, donde están situadas, cada vez más, sus propiedades privadas.

Un rostro de la ciudad aún agradable

Sea lo que fuere, además de Constantinopla y Tesalónica, las dos grandes ciudades, hablando con propiedad, del imperio, éste contaba aún en tierra europea con ciudades de dimensiones bastante considerables, que incluso vieron aumentar su población como consecuencia de un gran movimiento de la población rural en dirección a las ciudades que se manifestó en el curso de los turbulentos tiempos del siglo XIV. Estas ciudades, algunas de las cuales no forman parte del territorio bizantino de una manera continuada, son las de Filipópolis, Andrinópolis, Ainos, Heraclea, Selimbria y Mesembría en Tracia; Cristópolis, Serres, Castoria y Berroia en Macedonia; Janina y Arta en Epiro; Larisa, Tricala, Demetrias, Licostomión y Halmiros en Tesalia; Corinto, Patras, Monenvasia y Mistra (siendo esta última una nueva creación del siglo XII, pero plenamente desarrollada hacia mediados del siglo XIV) en el Peloponeso. La mayoría de ellas son auténticas plazas-fuertes, cuya función propiamente militar se pone de manifiesto por el mantenimiento de una gran guarnición en su acrópolis. Pues el tipo predominante de la ciudad de esta época es el de un conjunto fortificado compuesto de una acrópolis edificada en un lugar elevado (*anô polis*) y de la ciudad-baja (*katô polis*), pero cuyo ejemplo citado más frecuentemente, Servia, en Macedonia, no constituye más que una manifestación debida a su específico emplazamiento que caracteriza, sobre todo, una categoría de ciudades, fundamentalmente las de un interior montañoso. Esta última categoría está de hecho lejos de agotar toda la gama de variantes del tipo principal, entre las que hay que recordar las ciudades-kastra (*paleokastra*) de las islas del mar Egeo.

En cuanto a los efectivos demográficos de las ciudades, muy difíciles de evaluar, a falta de datos susceptibles de una cuantificación, parecen haber seguido

la curva declinante general; este hecho es particularmente relevante durante el siglo XIV, a causa de los repetidos ataques de la peste y a pesar del aumento artificial provocado por la afluencia de la población rural en los momentos de guerra. Contentémonos, no obstante, con mencionar la estimación concerniente a Constantinopla y Tesalónica, que es la mejor estudiada: la primera contaba entre 50.000 y 70.000 habitantes la víspera de su toma por los turcos, mientras que el número de habitantes de la segunda no iba más allá de los 40.000 o, según otra fuente, de los 25.000, mientras que bajaba a los 7.000 algunos años más tarde, en el momento de su pérdida definitiva.

La diferenciación social, que alcanzó formas precisas en las ciudades de esta época, halló su más elocuente expresión en la repartición de las clases sociales en el seno de los diferentes barrios de la ciudad. Una parte de éstos estaba, sin embargo, reservada a las colonias comerciales extranjeras, en este caso italianas, así como a las minorías étnicas y religiosas como, por ejemplo, los barrios judíos. La existencia de barrios donde los comerciantes extranjeros habitaban y se dedicaban a su negocio no tardó en envenenar sus relaciones con la población indígena, como lo muestra el gran número de protestas de los súbditos de las repúblicas marítimas y, sobre todo, de los de Venecia, contra los actos de violencia de los que eran víctimas.

En lo referente a la repartición de los oficios en la ciudad, se sabe, al menos en el caso de Constantinopla y Tesalónica, que estaban concentrados en determinados barrios aparte, como por ejemplo, los marinos de Tesalónica, que ocupaban un barrio que daba al puerto de la ciudad, o la mayoría de los oficios en Constantinopla, que estaban reunidos en ciertos lugares del mercado o incluso en ciertas calles de la capital. Este fenómeno ha sido analizado recientemente; se ha demostrado también de manera contundente y en contra de lo que se creía hasta ahora que, durante los siglos XII-XV, los oficios bizantinos, o al menos algunos de ellos, estaban constituidos en «gremios» de inspiración occidental, aunque bajo estructuras diferentes de las que regían las corporaciones de los siglos IX y X, como queda reflejado en el *Libro del Eparca*. Por otra parte, lo que aproxima los oficios de la época tardía con los de la época mesobizantina es su muy gran diferenciación; nos encontramos así, además de los sempiternos notarios (*tabullarioi*), los oficios de los perfumistas (*myrepsoi*), carniceros (*makellarioi*), obreros de la construcción (*oikodomoi*), salineros (*alykanoi*), fabricantes de cinturones, zapateros, curtidores, herreros, fabricantes de clavos, peleteros (*gounareis*), etc. A excepción de los *tabullarioi* laicos, cuyo encargado es nombrado por el emperador, los jefes de los otros gremios son más bien patronos que dirigen a sus empleados, ejerciendo también ellos el oficio a un nivel más elevado que el de sus subordinados.

Dicho esto, es menester destacar uno de los principales rasgos de la ciudad bizantina de los siglos XIII-XV: se trata de la presencia en su seno de grandes propietarios de tierras, cuyos dominios se encontraban en las proximidades de las ciudades, pero que preferían habitar en el interior de éstas, donde poseían propiedades urbanas y participaban intensamente en las actividades económicas de las ciudades. Su papel político se canalizaba a través de su predominio en el senado municipal, y su influencia en la ciudad no se desmintió, aunque durante el siglo XIV hubieron de hacer frente al relativo crecimiento del papel económico

de la población urbana y a la creciente importancia de la asamblea del *deme*, en la que habían empezado a participar cada vez más amplias capas de la población, incluidos los artesanos, los comerciantes y el pueblo llano. Este hecho encontró también su eco en la cesión por parte de los emperadores de franquicias y estatutos de autonomía a las ciudades, de entre los que conocemos en particular los otorgados a Tesalónica, Janina y Monenvasia. Fundamentalmente, en lo concerniente a esta última en el momento de su reintegración al imperio (1259), los primeros Paleólogos no dudaron, en contra de lo que hizo anteriormente Villehardouin, que otorgó concesiones exclusivamente a la aristocracia local, en extender los privilegios fiscales a las capas medias de la población, incluso a los negociantes y a los artesanos de la ciudad.

Sin embargo, las franquicias de las ciudades de esta época, por acentuado que fuera su espíritu laico, parecen haber estado constituidas mucho más por necesidades de hecho que por estatutos jurídicos correspondientes a la aparición de nuevas fuerzas sociales; por tanto, toda comparación con las cartas otorgadas a las ciudades «libres» de Occidente pasaría por alto las fundamentales diferencias que las separaban de ellas. La renovación de la ciudad bizantina tardía tal vez habría podido evolucionar hacia un verdadero renacimiento bajo otras coyunturas históricas. Pero en el punto fatal en que la detuvo la conquista otomana, no hubo más que el resultado debido a la descomposición de la autoridad central y no el fruto de la creación de un nuevo orden económico y social.

La aristocracia terrateniente, devoradora del suelo

La característica más destacada de la sociedad bizantina en la época de los Paleólogos fue la descentralización del Estado a nivel administrativo que acabó por abolir la significación funcional de los antiguos *themas* y sustituirlos por unidades más pequeñas, los *katepanika*, mencionados más arriba, conocidos también bajo los términos más vulgares de *topos, meros* (lugares-fijados), *chora* (campo, región), *periohe* (región), etc. Es más, desde los años veinte del siglo XIV, esta descentralización queda de manifiesto en la creación de principados autónomos o semi-autónomos (especie de infantados), que fueron cedidos a miembros de la dinastía reinante o incluso a otros personajes de la nobleza. Así, en 1321, la región de Cristópolis-Selimbria pasó a Andrónico III, mientras que los hijos de Andrónico II, Constantino y Demetrio, gobernaban Tesalónica, que se halló en manos de Juan V después de 1350. La misma ciudad correspondió más tarde al heredero del trono, Manuel, que después de 1371 consiguió añadir Serres y la Macedonia oriental; gobernó de una manera tan independiente que llegó hasta a poner en práctica una política exterior contraria a la del emperador, como se verá más adelante. En 1381, la costa norte de la Propóntide con Selimbria fue cedida a Andrónico IV y a su hijo Juan VII, que ostentaron entonces el título de herederos del trono; Juan VII, en particular, llegó a dominar Tesalónica en 1403, con el título de «emperador de toda Tesalónica», y vivió allí hasta su muerte (1408). Un poco más tarde, los tres hijos de Manuel II, Andrónico, Constantino y Teodoro, recibieron respectivamente Tesalónica, las ciudades del mar Negro, Mesembría y Anquialos, así como el despotado de Morea. Este último fue con mu-

cho el más importante de los infantados, por así decirlo. Gobernado antes de su constitución en despotado por la llamada *kephalé* de Morea, de 1262 a 1348, en esta última fecha pasó a ser gobernado por el déspota Manuel Cantacuceno. Por otra parte, se puede citar a manera de ejemplo de infantado reservado a miembros de la nobleza (en este caso emparentados en un amplio sentido con la familia imperial) el de las ciudades de Crisópolis y Anaktorópolis con la isla de Tasos, que fue cedida en plena propiedad a los hermanos Alejo y Juan Paleólogo, gran estratopedarca y gran primiciero respectivamente, por el emperador Juan V (1357).

Por lo demás, es forzoso recordar que el uso del término «infantado» (=*apanage*) para la realidad bizantina debe hacerse en un sentido puramente convencional, dado que la institución occidental conocida bajo este nombre era diferente en muchos aspectos de lo que se entiende cuando se emplea la misma palabra para el imperio de Oriente: además, el principio de heredad, que no existía en Bizancio, e incluso la función de los infantados bizantinos como expresión por excelencia de la descentralización estatal les distingue de sus homólogos en Occidente, que desempeñaron un papel aprovechando la concentración de los poderes en la persona del rey.

La existencia de grandes dominios en Bizancio bajo los Paleólogos constituye el rasgo que distingue esta época. Ésta fue la base del poder económico, social y político de la aristocracia que, concentrado en algunas familias muy poderosas, dominaba el aparato del Estado bajo todas sus formas, desde los cargos de la administración civil hasta las funciones militares y, a veces, eclesiásticas. Los grandes dominios de estas familias, acumulados a lo largo de generaciones por vía hereditaria, de alianzas matrimoniales, de compras o, sobre todo, de donaciones imperiales, cubrían prácticamente el territorio de todas las provincias del imperio, primeramente en Asia Menor y, tras la conquisa de Constantinopla y la pérdida de las tierras microasiáticas, de las regiones europeas. Sus poseedores son los grandes magnates de Tesalia, los Malliasenos, los Estrategopulos, los Raul, los Gabrielopoulos; en Macedonia y en Tracia, los Ángel, los Tzamblacones, los Sinadenos, los Tornikios y, en particular, los Cantacucenos. Algunas de estas familias eran de origen muy antiguo, como los Tornikios, que se remontan al siglo X, los Asen, al XI, o los Cantacucenos, al siglo XII. Su poder se ejercía a través de sus altas funciones estatales, de las que casi poseían el monopolio, así como a través de la administración de las provincias, incluso de provincias en que sus bienes raíces estaban agrupados. Mencionemos, además, a título de ejemplo, a los Paleólogos, que son especialmente fuertes en Tesalónica; los Cantacucenos, que poseen vastos dominios en la región de Serres, así como en la región de Didimoteicon, que será, por otra parte, la capital de Juan VI; y, por último, los Sinadenos, que ejercen el poder en Bicié, donde disponen de grandes propiedades. Ciertamente, los miembros de la aristocracia no tenían ningún estatuto jurídico especial, como sus homólogos de Occidente, ni tampoco estaban constituidos en clase teniendo derechos hereditarios. Su pertenencia al senado no tenía ya la significación que revestía en los tiempos antiguos; no presuponía la herencia y simplemente competía a las funciones ejercidas por los senadores, en sí mismas no transmisibles. El acceso a las filas de la aristocracia, por difícil que fuera, no era imposible, y se podía llegar a ella por medio del servicio militar o burocrático,

donde precisamente tenemos noticias de algunos recién llegados (Chumnos, Metoquités o Esfrantcés).

Los monasterios son, en su conjunto, el otro gran propietario de Bizancio. Tenían su origen en amplias concentraciones de tierras, a menudo integradas por aldeas enteras junto con sus habitantes y la renta de bienes raíces. Éste era el caso, sobre todo, de los monasterios del monte Atos, que disponían de grandes propiedades en Macedonia y en Lemnos, así como rentas procedentes del lago Poru, en Tracia. Una de las fuentes de adquisición de propiedades monásticas provenía de particulares que legaban a los monasterios por múltiples razones, en la mayoría de los casos después de haberse integrado allí ellos mismos, un infinito número de cosas diversas, tanto talleres de confección y hornos para la elaboración del pan, como mantas, sudarios, sábanas, herramientas y recipientes, pasando por yuntas de bueyes de labor, viñas o casas. Otras fuentes de adquisición procedían de ventas de todo tipo llevadas a cabo por terceros para los monasterios, o de compras hechas por éstos, o bien de litigios, aunque al precio de largos procesos, en relación a terrenos más o menos adyacentes a sus propias tierras. Pero la fuente, sin ninguna duda, más importante provenía de las donaciones imperiales, que colmaban de riquezas a los monasterios y que a menudo implicaban también la inmunidad fiscal. Ya hemos hablado de la política pro-monástica de Andrónico II. Lo mismo ocurre durante los primeros años del reinado del emperador «filolatino» Miguel VIII, de quien se conserva una larga serie de crisobulas que confirman antiguas posesiones o que ceden otras nuevas a muchos monasterios del monte Atos, así como a los monasterios de San Juan de Patmos, Macrinitisa y Nea Petra en Tesalia; de Nea Moné de Quío; de San Demetrio en Constantinopla, etc.

Entre los dos extremos de la escala social, los aristócratas que son muy ricos, por una parte, y por otra el llamado proletariado de las ciudades, más o menos dedicado a la delincuencia, se sitúan las grandes masas del pueblo, pequeños artesanos, obreros y campesinos pobres, que forman los batallones del *demé*, protagonista de la protesta social del siglo XIV. Están precedidas por otra clase, definida en los textos como «estado medio» (*mesotés*), o la «parte media» (*mesé moira*), o incluso «tercer grupo» (*trité moira*), y sus miembros como «medios» (*mesoi*). Más adelante hablaremos de estos «medios» y de su actitud a lo largo de las rebeliones del siglo XIV. Se trata, en general, de las capas de la población urbana de Constantinopla, Tesalónica, Andrinópolis o Didimoteicon, más o menos ricas, que se dedican principalmente al comercio y al artesanado, combinándolos a menudo con el ejercicio de funciones administrativas y la posesión de propiedades. Se puede hablar, pues, de una clase media, de una «burguesía» de las ciudades, que comienza a despuntar bajo la evidente influencia de la presencia occidental. Por otra parte, la desaparición del término «medio» del vocabulario de las fuentes, a partir de mediados del siglo XIV, se debe a la irrupción en los oficios de miembros de la aristocracia, antaño terratenientes, que, una vez perdidas la mayor parte de las tierras cultivables del territorio bizantino, y por tanto también las suyas, se entregaron a los asuntos comerciales, único sector en el que podían invertir sus capitales con vistas a obtener beneficios. Los aristócratas bizantinos, al identificarse, en cierto modo, con los *mesoi* hicieron inútil el uso de este término. Y con razón, pues sus propios ilustres apellidos les bastaban cumpli-

damente; y, en efecto, disponemos de una larga serie compuesta, entre otros, por los Notaras, Paleólogos, Ángel, Cantacucenos, Lascaris, Sinadenos, Ducas, Radenos, Asanes, Melisenos, etc. Se trataba de una clase de ricos aristócratas-burgueses, que colaboran estrechamente con los hombres de negocios italianos, hasta el punto de que muchos de ellos, haciendo poco caso de los sentimientos bizantinos y ortodoxos de la mayoría del pueblo, piden y obtienen la nacionalidad genovesa o veneciana, o las dos a la vez, y se dejan llevar por el modo de vida occidental. Pero «finalmente, debieron contentarse con navegar siguiendo las huellas de las galeras italianas sin incluso conseguir hacerse llevar a remolque».

¿Una «feudalización»?

La economía bizantina, rural por excelencia, es también una economía monetarizada, incluso al nivel del campo, por el cauce de la obligación fiscal: en efecto, una fracción del impuesto y de los cánones exigibles en metálico no podía asegurarse más que por la existencia del contacto de los productores directos con el mercado. No obstante, esta monetarización no parece afectar el carácter esencial de la economía rural, que reposa en el autoconsumo, y que se refleja igualmente en la configuración de los cultivos. Esta economía está basada en la explotación familiar, lo que no contrasta con la existencia de una gran propiedad territorial, cuya expansión constituye uno de los rasgos característicos de la época: la unidad de producción así como la unidad fiscal están compuestas por la familia nuclear, sin que por esto estén excluidas de las formas de explotación familiar basadas en la indivisión de bienes entre los hermanos. La estratificación de estas unidades de producción se hace en relación a su capacidad de producción, que a su vez, están determinadas, sobre todo, por la fuerza de tracción de que disponen: es así como, a pesar de la existencia de numerosos factores que determinan en la realidad la renta campesina, el sistema fiscal en el siglo XIV parece haber mantenido como criterio de imposición el número de bueyes de labor, lo que sugiere que la tierra, en tanto que unidad-tipo de producción, no pertenecía ya a los productores directos; por el contrario, los cultivos complementarios entran en la órbita de la propiedad individual del campesinado, y sobre todo la viña constituye allí una de las principales fuentes de las rentas monetarias. Esto no quiere decir que los campesinos no dispongan de parcelas dedicadas al cultivo de cereales, de las que, sin embargo, lo esencial debe agruparse en los dominios, más o menos grandes, pertenecientes a personas privadas, a fundaciones piadosas y a la corona.

La producción extra es acaparada de dos maneras: por una parte, a través de la renta fiscal y, por otra, a través de la renta territorial; la segunda forma de apropiación de la producción extra presupone un propietario de la tierra distinto del productor directo, y consiste en una renta proporcional en especie o en el pago de una cantidad fija en dinero a manera de alquiler: ambas formas de apropiación de la producción extra coinciden, siendo la renta fiscal exigible a los cultivadores que producen también una renta territorial trabajando en la tierra ajena. La renta territorial preponderante corresponde a la décima parte de la producción cerealista y a la tercera de la producción vitícola, aunque esta relación valga también para el contrato establecido entre un terrateniente y un cultivador,

a la vista de una producción cerealista. De estas dos formas de apropiación, la segunda parece acusar una notable extensión en tiempos de los Paleólogos: con toda seguridad, se afirma al nivel de la propiedad privada, lo que es normal, pero también al nivel de las concesiones en *pronoia*; por otro lado, forma parte de la renta de los feudos en las posesiones latinas, donde experimentará una casi absoluta expansión en el sistema de las baronías, sobre todo en Corfú.

La formación de la gran propiedad es, en gran parte, tributaria de las modificaciones sobrevenidas en el sistema de las concesiones pronoiarias: la *pronoia*, consistente en la concesión por el Estado de un bien que produce una renta fiscal, tiene como contrapartida la prestación de servicios militares por el beneficiario; sin embargo, el bien concedido puede producir también una renta territorial, como es el caso de los bienes de la corona, lo que significa que el bien es cultivado por los campesinos, obligados al pago al propietario de una parte de la producción en forma de *morté*. Estas concesiones experimentaron durante la época de los Paleólogos una considerable extensión: y lo que es más, las rentas vitalicias llegaron a ser hereditarias. La conquista latina actuó en el mismo sentido con la creación de los feudos que, desde el punto de vista económico, perpetúa, en lo esencial, los modos de apropiación de la producción extra válidos en el campo bizantino; sin embargo, parece ser que, en las posesiones latinas de Morea, se concedió una particular atención a la valorización del coto señorial, lo que implicaba una intensificación de las cargas (distinguiéndose a veces entre servicios personales y servicios que gravan la fuerza de tracción), que no ocupaban un lugar preferente en el sistema bizantino de producción.

La gran propiedad territorial se afirma, igualmente, a nivel de las fundaciones piadosas: su formación es, sobre todo, el resultado de una política deliberada del Estado que, a través de repetidas concesiones, les transmite un considerable número de bienes raíces así como de rentas fiscales. Los particulares participan activamente y, a veces, los fundadores de los monasterios son representantes de la notabilidad provincial. Hay también la aportación de personas de condición mediocre, incluso pobres, que, por tal o cual motivo, hacen donaciones a los monasterios y les venden igualmente los bienes que poseen. En la órbita de la gran propiedad, monástica o laica, la aportación del cultivador no consiste sólo en explotar los campos ya hechos fructificar; consiste además en la extensión de la tierra por la enfiteusis, lo que contribuye igualmente a perpetuar la pequeña y mediana propiedad campesina, como lo demuestra claramente, entre otros, el ejemplo de Corfú, según testimonios del siglo XV: la plantación de viñas y olivos se efectúa en el marco de las tierras feudales por el cultivador que, por este medio, se convierte en copropietario. Por otra parte, la desproporción que se establece entre la disponibilidad de tierras y la oferta de mano de obra conduce, al menos en el caso de las posesiones latinas, a significativas mediaciones: es así como en la Morea latina la falta de mano de obra, debida a las deserciones y al declive demográfico, conduce a los señores a ceder las tierras feudales vacantes a cambio de censos puramente de reconocimiento, situación que se perpetuó en Corfú, donde se encuentran tierras feudales así como otros bienes que no debían más que cánones mínimos.

El campesinado agotado

La masa campesina bizantina continúa estando estratificada según su fuerza de tracción, distinguiéndose los que disponen de una yunta de bueyes de labor o de varios bueyes, de los que sólo tienen uno o ninguno (*zeugaratoi, boidatoi, aktémones*); continúa también siendo gravada con impuestos que corresponden a esta distinción. Una estratificación de este tipo se aplica igualmente en las posesiones latinas donde, no obstante, determinadas obligaciones fiscales, repartidas anteriormente según la pertenencia del campesino a una de estas categorías, llegan a uniformarse; además, acusan oscilaciones de una a otra región, y las cargas son, en su mayor parte, conmutadas por dinero.

Las actividades agrícolas no se limitan a las poblaciones del campo: las ciudades están bien provistas de explotaciones rurales, situadas generalmente en el espacio urbano, y sus habitantes poseen además otras, situadas en las aldeas. A veces, pueden observarse prácticas que tienen por objeto la salvaguarda del patrimonio rural y de los equilibrios económicos y sociales que están establecidos: a manera de ejemplo, los habitantes de la ciudad de Janina, que disponen de tierras en numerosas aldeas reafirman, en 1319, la práctica según la cual estas tierras no podían ser vendidas a «los arcontes locales y a los soldados (*pronoiatarios*)», pues las transferencias sólo se permitían entre burgueses. No obstante, la existencia de terratenientes en las ciudades no implica que éstos fueran algo más que beneficiarios de rentas. Este fenómeno no es nuevo, pero parece que estuviera vinculado con la disgregación de la comunidad rural: en efecto, la penetración de los «poderosos» en la comunidad desorienta la función estabilizadora de las solidaridades comunales, reguladas por el derecho «preferencial» (*protimesis*), que ahora puede actuar en favor de los nuevos elementos; por otra parte, la concesión de aldeas enteras a determinados pronoiatarios y a monasterios se inscribe en el mismo orden de cosas y disminuye los vínculos entre el Estado y la comunidad rural. En consecuencia, la formación de células de hábitat alrededor de tierras de un solo propietario (*metoquion, zeugelateion*) dependiente de una fundación piadosa o de un particular constituye un indicio de la disgregación de la comunidad y del cambio sobrevenido en las modalidades de extensión de la tierra: efectivamente, estas células de hábitat no son el resultado de la dinámica interna de la comunidad, como ocurría antes (dinámica que queda de manifiesto en el *Tratado fiscal* del siglo X), sino de la acción de fuerzas externas.

Todas estas modificaciones no comportan el debilitamiento de la comunidad rural en tanto que institución: continúa viviendo en el seno de realidades y perpetúa sus funciones, mal definidas, en el interior mismo de las formaciones feudales implantadas por la conquista latina, así como en el seno de la *pronoia*; la conquista otomana encontrará allí sólidos cimientos.

Las poblaciones rurales que durante la época considerada sufren un proceso de feudalización deben hacer frente a un imperativo sociodemográfico indispensable para la realización de la producción, es decir, que deben asegurar una sólida base familiar; ahora bien, desde finales del siglo XIII a mediados del siglo XIV, la demografía campesina acusa un declive originado por una combinación de factores propiamente demográficos y factores coyunturales. Las invasiones, las guerras y la peste componen una realidad de la que se resienten en gran medida las po-

blaciones rurales, que conduce a la disminución de los efectivos humanos del campo; pero, junto a estos factores coyunturales, es evidente que la crisis demográfica tuvo causas internas: estas causas quedan de manifiesto en la baja del coeficiente familiar y en la disminución de la edad alcanzada por los jóvenes. Así pues, se asiste, en el caso de numerosas ciudades de Macedonia de las que disponemos de datos cuantitativos, a una baja, entre 1300 y 1341, de los componentes de las familias de 4,7 a 3,7; los aspectos económicos de esta baja, que es además tributaria, en cierta medida, de la movilidad de la población, se reflejan en el comportamiento del coeficiente familiar en las familias acomodadas y en las familias llamadas someramente pobres: efectivamente, las familias que disponen de una fuerza de tracción ven pasar su coeficiente familiar, entre 1301 y 1341, de 5,86 a 4,33, mientras que las que no disponen de ella, la ven pasar de 3,80 a 2,65.

Entre los factores del frenado del movimiento demográfico hay que mencionar muy especialmente el monaquismo: en tanto que factor de esterilización, parece que tuvo un considerable impacto en la sociedad bizantina de la época, aunque su acción a nivel de la organización de la producción agrícola y de la reestructuración del paisaje fue positiva, en la medida en que su comportamiento como terrateniente requería la mano de obra rural.

Las arcas vacías

La crisis monetaria, e incluso económica, resulta de la desproporción que se establece entre los recursos fiscales del Estado y las necesidades de liquidez: estas necesidades son tributarias de la coyuntura política, así como de los cambios acaecidos a nivel de la configuración económica y social del imperio. El agotamiento de los recursos fiscales se manifiesta tanto en el ámbito de la economía rural como en la órbita de las actividades comerciales; a esto hay que añadir la pérdida de los recursos mineros y el aniquilamiento de las existencias en metálico, también como consecuencia de la conquista latina.

La coyuntura económica necesitó la puesta en movimiento de masas monetarias destinadas a cubrir las necesidades militares del imperio, así como el pago de los tributos a los otomanos; estos gastos implicaron el endeudamiento exterior del Estado y la cesión a los acreedores de considerables fuentes de rentas fiscales, sobre todo las aduanas. La desproporción entre los recursos fiscales y la creciente necesidad de disponibilidad monetaria se salda con una depreciación de la moneda nacional y, a partir del reinado de Manuel II Paleólogo, con una acuñación exclusivamente en plata que, por otra parte, acusa un enriquecimiento en relación a la moneda nacional de oro. Es así como la ley expresada en quilates del hiperperio pasa de 20,75 a 20,25 entre 1081 y 1143, y a 11,25 bajo el mandato de Juan VI (1347-1354). La depreciación corre pareja con las emisiones diversificadas por las aleaciones; esto conduce a una clara distinción entre monedas corrientes y monedas «preferidas» —antiguas y sobre todo venecianas— y, a la postre, a la subordinación de la moneda nacional a la fuerte moneda extranjera, puesto que la primera asume las funciones de una moneda salarial; y lo que es más, el Estado llega a exigir sus rentas en moneda extranjera.

No disponemos de datos cuantitativos que permitan establecer toda la enver-

gadura de la deuda exterior; sin embargo, algunas informaciones que han llegado hasta nosotros nos autorizan a hacer constar que no es el volumen de la deuda lo que abrumaba al imperio, sino el agotamiento de las entradas fiscales. Sabemos, por ejemplo, que en 1343 y 1352 la deuda es respectivamente del orden de 35.000 y de 5.000 ducados de oro; también sabemos que una «ayuda» asciende a 25.000 ducados de oro y que el tributo pagado anualmente a los turcos era de 10.000 hiperperios. Si comparamos estas cantidades con la renta bruta de una explotación de cereales en Bizancio, basándonos en el precio del trigo en el mercado de Constantinopla, llegamos a una escala de magnitud aproximada, pero también significativa.

En efecto, la producción media de una explotación cerealista bizantina sería, *grosso modo*, de 300 *modoi*; a 5 hiperperios por *modios*, una suma de 40.000 ducados de oro corresponde a la producción bruta de unas 53 explotaciones de este tipo, o sea a la renta territorial de 530 explotaciones familiares, que representarían una población de 2.200 personas, más o menos. Un tributo de 10.000 hiperperios corresponde, pues, al valor de la producción bruta, en el mercado de Constantinopla de mediados del siglo XIV, de casi 7 explotaciones familiares. Ahora bien, hacia la misma época, el cargamento de un navío representa un valor aproximado de 40.000 hiperperios. Incluso teniendo en cuenta un considerable desfase entre los precios locales y los del mercado de Constantinopla, se deduce que las cantidades citadas no son en sí «catastróficas»; lo que las convierte en tales, es la desintegración que se afirma a nivel de la economía rural. Conviene, pues, apreciar estas sumas en el contexto de los ingresos fiscales: es así como, por ejemplo, el tributo de 10.000 hiperperios equivale a la renta que obtenían los bizantinos de la aduana de Constantinopla (12.000 hiperperios en 1328, y 10.000 en 1355), frente a los 200.000 que percibían de los genoveses, según indica Gregoras, y que contrastan con los más altos precios conseguidos en Génova con la venta de esas tasas aduaneras; aunque sea exagerado, el testimonio del historiador bizantino deja ver el desfase entre el precio nominal y la aportación real de las aduanas de Pera, controladas por los genoveses. No obstante, incluso en el caso de ingresos fiscales genoveses en Pera que, por otra parte, disminuyen a partir de los años 60 del siglo XIV, la aportación fiscal no basta para hacer frente a las necesidades de liquidez del establecimiento.

Con toda seguridad, la crisis política implicó la crisis económica: la regresión de los cultivos trajo como consecuencia el agotamiento de los ingresos fiscales; la pérdida de los territorios tracios comportó la dependencia cerealista de la capital, lo que acentuó la influencia de las ciudades italianas sobre la economía bizantina; la crisis demográfica parece haber enrarecido las explotaciones rurales. Todos estos factores coyunturales jugaron un papel negativo que no fue compensado por los recursos extremos por medio de los que se trató de afrontar la crisis financiera y, a veces, las repercusiones de la crisis económica. Así pues, el emperador Juan VI Cantacuceno tomó algunas medidas tendentes, por una parte, al fomento del comercio y, por otra, al aumento de los ingresos fiscales que fueron igualmente buscados en la órbita de la producción rural: fomento del comercio porque, según la más razonable interpretación de su propio testimonio, el emperador sustituyó la tasa del 10 por 100 que gravaba las transacciones por otra del orden del 2 por 100; esta medida corrió pareja con otra que gravaba las entradas cerea-

listas efectuadas por extranjeros; media moneda de oro por cada *modioi* de trigo, lo que representa una imposición que oscilaba entre el 10 y el 17,5 por 100 del valor del producto, según se refiera a los precios habituales en el mercado de la capital o a los de los mercados locales de la Romania.

Por otra parte, Juan VI gravó la producción y, evidentemente, la comercialización del vino, deduciendo un hiperperio por cada 50 medidas de vino: si se tiene en cuenta el precio habitual del vino en el comercio local y su desfase en relación con el precio en el mercado de Constantinopla, puede admitirse que este impuesto es un diezmo, ya que representa el 4 por 100 de este último precio. El doble de este impuesto se aplicaba a los que compraban directamente a los productores: estos compradores son calificados por el emperador como «más ricos que los cultivadores» y beneficiarios de pingües beneficios: explotaban «sin escrúpulos el trabajo de los demás», es decir, de los cultivadores. Se trataba de intermediarios, de comerciantes que compraban a los productores directos y que estaban obligados a pagar una tasa por las transacciones, allí donde tuvieran lugar. A través de esta política fiscal que, según las consideraciones del emperador, condujo, junto con otras medidas en favor de la fuerza naval, a la reactivación del comercio marítimo y al aumento del tráfico portuario de Constantinopla, el Estado trató de sacar provecho de la comercialización de los productos agrícolas, sobre todo del vino, que formaba parte, en gran medida, del consumo urbano, y del desfase de los precios locales en relación a los precios aplicados en el comercio de la capital; este desfase permitió el desigual reparto del impuesto total sobre las transacciones entre el producto y el comerciante, quien, a su vez, salía beneficiado de la desgravación de las tasas aduaneras.

El extranjero, señor de las tierras

Que existió una actividad artesanal, a pesar del decaimiento de la manufactura en centros como Tebas o Patrás, es algo que está fuera de toda duda; lo mismo ocurre en lo referente al comercio y los transportes. Sin embargo, tanto unos como otros sólo están orientados hacia el mercado interior y el tráfico se halla limitado a lo largo de la franja oriental del Mediterráneo y una parte del mar Negro. El comercio a gran distancia pasaba por el control de las ciudades italianas, Venecia, Génova y Pisa y, en segundo lugar, de algunos puertos del sur de Francia, de Cataluña y de la Dalmacia; y lo que es más, la estrategia de los principales mercaderes estuvo dictada por las primeras, sobre todo Venecia y Génova. El impacto occidental sobre la economía de lo que quedaba del imperio bizantino fue experimentado también, a nivel del mercado interior, por una parte mediante productos manufacturados importados, y por otra, a través de la dependencia alimentaria de la capital como consecuencia de la pérdida de la región cerealista de Tracia, que pasó al final del siglo XIV bajo control otomano; la crisis económica, que implicó el abandono de las emisiones de monedas de oro y la depreciación de la moneda nacional, condujo a la dependencia monetaria, e incluso económica. Esta dependencia, resultado de una impotencia militar y de una crisis política fue, a la larga, tributaria de una secular esclerosis que no permitió la emergencia de una economía acorde con las nuevas realidades territoriales: un

hecho aplicable tanto al imperio bizantino en declive como a las implantaciones latinas en Oriente.

No obstante, no es sólo la capital la que se convierte en cliente de los importadores occidentales de trigo; Occidente absorbe este producto para satisfacer sus propias necesidades que, con toda seguridad, están cubiertas, en lo esencial, por las llegadas de trigo occidental, sobre todo de España en el caso de Génova. Sin embargo, hay una demanda occidental tanto en las colonias como en las regiones que escapan del dominio italiano. Este drenaje podía tener nefastas consecuencias para el consumo urbano, ya sea porque comportaba la penuria, ya sea porque repercutía en los precios, cuya estabilidad constituía uno de los factores del equilibrio general. Por tanto, fue menester establecer una especie de umbral a partir del cual las exportaciones cerealistas no tendrían consecuencias negativas para el aprovisionamiento del mercado interior; en este sentido, los tratados veneto-bizantinos de 1265 y de 1285 estipulan que la exportación de trigo sólo está autorizada si su precio no sobrepasa, respectivamente, los 50 y los 100 nomismata por cada 100 *modioi*: ya se tratara de un precio correspondiente a épocas de abundancia, en el primer caso, o bien de un precio elevado, si no corriente, en el segundo (pues la depreciación de la moneda entre las dos fechas no puede explicar el desfase), lo que conviene recordar es que la autoridad civil se esfuerza por asegurar el aprovisionamiento de cereales del mercado interior tomando en consideración una oscilación de precios soportable para el consumidor. En efecto, el precio de 1285 se vuelve a encontrar prácticamente en 1343: teniendo en cuenta la relación plata/oro (1 a 7,45), el precio de 1285 correspondería a 616 mg de oro frente a los 639 relativos al precio de 1343, mientras que el precio de 1265 equivaldría a 323,6 mg. Según algunos precios que conocemos concernientes a la «Romania» del siglo XIV, se puede deducir una duplicación de éstos durante la segunda mitad del siglo, en Creta, y algunas violentas alzas en Constantinopla, advertidas durante la última década; igualmente, aparecen violentas alzas en los mercados de aprovisionamiento, como la colonia genovesa de Caffa. Todo esto se refleja en los mercados de Constantinopla y de Pera (el precio del trigo se cuadriplica en 1401 en relación a 1390 en Pera, para bajar el año siguiente en Constantinopla a un 37,5 por 100 del precio de 1401, es decir, a un precio que sólo sobrepasa el 50 por 100 del precio en 1343 que, como hemos señalado, no es, en oro, más que el precio máximo alcanzado en 1285). Sin embargo, el Estado bizantino, al no controlar ya a partir de los años 70 del siglo XIV las fuentes de aprovisionamiento, no estaba en condiciones de ejercer la política de autosuficiencia que había intentado establecer a través de tratados. Y lo que es más, las violentas alzas de los precios de los artículos de primera necesidad tuvieron un impacto más fuerte sobre los consumidores que el que las conversiones en oro ponían de manifiesto: de ahí las denuncias contra los especuladores y las lamentaciones a propósito del continuo descenso del poder de adquisición de la moneda nacional.

En el marco de la economía bizantina, la dependencia se afirma igualmente en función del capital mercantil y «financiero»: los comerciantes no se orientan solamente hacia el mercado interior, sino que se convierten también en intermediarios, proveedores de los comerciantes occidentales que controlan el comercio a larga distancia. Sin embargo, esta limitación del campo de actividad del comer-

cio y de sus agentes nacionales condujo a la creación de algunas «bolsas» de actividad comercial, vinculadas ya sea al tráfico marítimo que ponía en comunicación con el mercado interior, ya sea al que ponía en contacto las relaciones internacionales: es así como la tipología de las ciudades de los siglos XIII y XV corresponde en parte a estos imperativos, mientras que las realidades políticas acentúan las particularidades regionales de esta tipología así como las especificidades de las funciones económicas, a través de una política preferencial que se expresa por la concesión de privilegios.

En este sentido, una ciudad como Monenvasia consigue franquicias que la estimulan a ejercer su función específica en el tráfico interior marítimo y a tomar contacto, bajo un estatuto privilegiado, con lejanos mercaderes; en el mismo orden de cosas, la ciudad de Janina obtiene inmunidades aduaneras incluso en Constantinopla, lo que permite a sus comerciantes emprender contactos económicos en un vasto campo de acción. El estatuto privilegiado de la ciudad implica no sólo numerosas excepciones en el dominio de la economía rural y del tráfico comercial, sino igualmente una cláusula particular, según la cual la ciudad queda al margen de cualquier renovación monetaria: se trata, por una parte, de una defensa de la comunidad contra los desórdenes que implicaban las repetidas emisiones de monedas depreciadas y, por otro, de un regionalismo económico que conduce a una especie de autonomía garantizada por la autoridad civil central. Estos regionalismos económicos, o simplemente la existencia de centros que aseguran el vínvulo del *hinterland* con el tráfico comercial, son también tributarios de la estrategia del capital mercantil occidental que, como hemos visto, absorbe una parte de la producción local por medición de los agentes de la producción y de la comercialización; no obstante, este capital encuentra asiento territorial en un contexto más amplio, las colonias venecianas y genovesas.

La colonización latina en Oriente como consecuencia de las cruzadas, desprovista de fusiones que podrían conducir a situaciones duraderas, no se revela «rentable», tanto en razón de su coste como en razón de las destrucciones que había ocasionado en los países conquistados. A este esquema escapa en gran parte la colonización veneciana, «fuente de prosperidad para la *Dominante*» y motor de una cierta reestructuración de las regiones en las que ha sido consolidada; sin embargo, Venecia, rigurosamente ligada al principio de la *Dominante*, sólo supo anexionar la economía de sus colonias orientales a sus propios intereses, esforzándose por establecer una autosuficiencia, sobre todo a nivel de la producción agrícola, y de crear excedentes. La benéfica acción de Venecia a nivel de la agricultura consiste en un esfuerzo de racionalización que llega hasta el control, con un sistema de castillos, de llanuras dedicadas al cultivo; en una vigilancia de la distribución del agua; en una extensión de los arbustos y de las viñas, así como, además, en un refuerzo de la población rural por la importación, además, de una mano de obra servil (Creta). Las carencias de cereales de determinados territorios eran compensadas por vinculaciones directas entre las posesiones y por las relaciones con regiones que estaban fuera de la órbita de las colonias: La Canea con Modón y Corón, Candia con Salónica y Negroponte, Negroponte y Creta con las islas del Ducado del Archipiélago y, en lo referente a los vínculos extracoloniales, Creta con la costa microasiática y Alejandría; también existían igualmente vínculos e intereses complementarios (familia de los Contarini) entre Creta

y Chipre, entre Corfú y el Epiro. En cuanto a la *Dominante*, sus necesidades de cereales precisan relaciones continentales, con las regiones de Tracia y con la Rusia meridional; Siria y Alejandría son los mercados de especias, azúcar y sedas.

Todo este tráfico está garantizado por los navíos venecianos: los productos de las colonias así como de las otras regiones se encaminan directamente, o tras haber sido almacenados en las posesiones, hasta Venecia para quedarse allí o para ser distribuidos en otros mercados; a este esquema sólo escapan los productos cuyo movimiento responde a las necesidades intercoloniales. La aportación colonial de trigo es débil, lo esencial del aprovisionamiento de la *Dominante* procede de las zonas cerealistas de Tracia y de Rusia meridional; Chipre es tributaria de Creta, y su tráfico con Venecia se apoya en las entradas asiáticas garantizadas por los armenios y los árabes de Siria, así como en el producto de las salinas; el embargo genovés sobre Chipre (1373-1374) favorece el tráfico entre Creta, Siria y Egipto. Negroponto y Salónica absorben una parte de las producciones agrícolas y artesanales de los *hinterlands* respectivos y de las regiones vecinas (Grecia central, Peloponeso por Negroponte, que dispone además de considerables cantidades de madera de construcción); exportan estos productos a Venecia junto a los tejidos almacenados en Negroponte. El Peloponeso los recibe igualmente y en cantidad considerable; recibe también metales a cambio de sus productos, cereales, aceite, seda y pasas.

Al contrario de la colonización veneciana, consolidada sobre bases territoriales amplias y estructuradas, que precisan un permanente control y exigen un esfuerzo de organización económica y demográfica del espacio rural, la colonización genovesa, dispersa y dependiente de un *hinterland* no controlado, se apoya en un gran número de relaciones comerciales o en la explotación de un producto (almáciga, alumbre); pero esto no significa que la influencia económica de Génova sobre el Levante fuera menor.

La lentitud de la circulación monetaria, característica permanente del Levante, afecta también a las operaciones comerciales genovesas; se remedia multiplicando los contratos por reinversión de los fondos no ingresados. Los precios de los productos no son siempre competitivos y a veces las compras de trigo a Caffa sólo son rentables durante la depresión estacional, en tanto que otras no aseguran más que medianos beneficios; en contrapartida, los mismos productos (por ejemplo el alumbre) tienen precios beneficiosos en otras partes, o bien permiten la creación de un sistema de explotación duradero y lucrativo (almáciga). El comercio genovés, entregado a las mercancías pesadas e, igualmente, especializado en el tráfico, exporta, junto con los productos agrícolas, cera y pieles, alumbre y metales no ferrosos, esclavos y tejidos, objetos metálicos, plata (en barra o en forma de objetos), pero también productos alimenticios: vino de Italia y Provenza a Pera y a Caffa, así como vino de Romania; aceite de Italia y Andalucía a Quíos y Pera. El porcentaje de beneficio oscila según el producto y según el mercado de destino en Occidente: se han registrado beneficios que oscilan entre el 10 y el 30 por 100; las pieles, la almáciga y el vino podían alcanzar un precio que sobrepasaba el 100 por 100 de su precio de compra. La relación oro/plata, que es favorable a los occidentales, el predominio de sus monedas, los fletes y los beneficios resultantes de los servicios influencian la balanza de pagos y la hacen inclinarse a favor del comercio genovés.

La economía bizantina no supo evitar sus estancamientos y, a pesar de algunas medidas que tomó la autoridad pública, no pudo resistir la supremacía marítima, incluso económica, de las ciudades italianas: el intento de favorecer el antiguo sistema de la pequeña propiedad militar que se trató de establecer en el imperio de Nicea o la búsqueda de una economía autárquica, el fomento de las economías urbanas a través de la concesión de privilegios, así como otras tentativas orientadas a la reducción de las actividades de los latinos en el seno de la capital y los esfuerzos de Juan Cantacuceno en favor de la flota, todo ello no condujo a mejoras duraderas. Es totalmente significativo que el pensamiento filosófico de la época, el de Pletón o Besarión, propusiera soluciones radicales: este pensamiento, centrado en el modelo platónico pero también en las realidades bizantinas en lo referente a los mecanismos de la economía rural, propuso una utopía que, a fin de cuentas, puso el acento en la reestructuración de la economía agrícola, aunque no hizo más que perpetuar el tradicional reparto del excedente a través de las rentas fiscales (que corresponden al sector público) y las rentas del suelo (que corresponden al sector privado); la lógica, pero también el carácter desfasado de la utopía, condujo a desfavorecer las primeras: puede encontrarse el mismo desfase en otras formas de crítica social, como por ejemplo, en la polémica contra la usura. Al mismo tiempo, este pensamiento radicalizado, al reconocerse en el modelo occidental, hablará de transferencias tecnológicas y de modernización, centrando sus preocupaciones en el problema fundamental, el de la economía rural.

La humillación de Bizancio

Con el reinado de Andrónico III, la primera mitad del siglo XIV toca a su fin. La época de la renovación llevada a cabo bajo el mandato de Miguel VIII, durante la que Bizancio volvió a ser una potencia que desempeñaba un nada desdeñable papel en la historia de Europa, ha pasado definitivamente. La época que le sucede, y cuyos gérmenes llevaba la precedente, experimentó la transformación del Estado bizantino en un Estado de orden secundario, singularmente limitado desde el punto de vista territorial y desprovisto de resonancia internacional; a pesar de algunas actividades diplomáticas, ya evocadas, en relación a los turcos, así como a los tratos reanudados con Occidente, para la unión de las Iglesias y para la alianza contra los otomanos.

En el plano interno, los antagonismos sociales iban acentuándose, sobre todo ante la incapacidad del Estado para salvaguardar sus territorios y los bienes de sus habitantes. Por otra parte, el proceso de feudalización acabó por hacer estallar los últimos cerrojos de un Estado centralizado, en la medida en que el poder económico y, a la larga, político se concentraba en las manos de la gran nobleza militar y terrateniente y de algunas instituciones eclesiásticas como, por ejemplo, los grandes monasterios.

¿A quién beneficia la segunda guerra civil?

La segunda guerra civil, que se inicia en 1341, tras la muerte de Andrónico III, entre el gran doméstico Juan Cantacuceno, por una parte, y el partido de la emperatriz madre, Ana de Saboya, por otra, fue el punto culminante de la crisis que dominó el siglo XIV bizantino. Su significación fue compleja y múltiple, ya que a las cuestiones dinásticas se incorporaron problemas sociales y cismas eclesiásticos que dividieron al pueblo y disgregaron el Estado. Fue una guerra larga y desastrosa en el plano económico porque redujo al más ínfimo nivel las rentas del Estado y destruyó las fuerzas productivas del país; en el plano político y militar implicó la intervención de los servios y los turcos que, una vez llegados a la tierra de Macedonia y de Tracia, no la abandonarían. La consolidación de la instalación servia y otomana (la primera vez efímera, la segunda permanente), en estas regiones, así como en Epiro y en Tesalia, es considerada como uno de los resultados más importantes de esta guerra. Cabe señalar, también, el predominio del carácter social del enfrentamiento sobre todos los demás; encontró su mayor expresión en el episodio propiamente dramático que fue la revolución de los zelotas en Tesalónica, donde la lucha de clases, que sacudía también las otras ciudades de Macedonia y de Tracia, se manifestó en toda su intensidad.

La primera fase de la guerra, y la más importante, que llega hasta la entrada de Cantacuceno en Constantinopla (febrero de 1347), se puede dividir en tres períodos (1341-1342, 1342-1345, 1345-1347), en la medida en que sus factores, numerosos y extremadamente complejos, pueden ser relativamentee clarificados y comprendidos.

Juan Cantacuceno fue con mucho la personalidad dominante no sólo de esta guerra si no de todo el siglo XIV bizantino. Perteneciente a una gran familia de la nobleza bizantina, cuyos miembros habían ejercido funciones tanto militares como políticas desde el siglo XII, fue el mayor y más rico aristócrata de su tiempo, poseedor de una inmensa fortuna cifrada en millares de cabezas de ganado y compuesta de grandes dominios, concentrados sobre todo en la región de Serres y de Didimoteicon, así como en Tesalia y en Constantinopla. Cantacuceno, estadista y diplómatico de primer orden, fue también un importante hombre de letras, cuya obra histórica, a pesar de sus partidismos, junto a sus obras teológicas, se sitúa entre las fuentes esenciales de la historia y la literatura del siglo XIV. Frente a él, defendiendo no tanto los intereses de Ana de Saboya y su hijo, Juan V Paleólogo, sino más bien los suyos, se sitúan el patriarca Juan Calecas y Alejo Apocaucos; éste, al contrario de Cantacuceno, procedía de una pobre y oscura familia y representaba, en cierto modo, las capas medias, nuevamente enriquecidas al servicio del Estado. Cantacuceno, que a la muerte de Andrónico III ejercía las funciones de regente sin poseer el título, se enfrentó con las ambiciones personales del patriarca y de Apocaucos. Estos últimos, aprovechando la ausencia del gran doméstico de Tracia, proclamaron la regencia oficial, situándose al frente Juan Calecas, y declararon a Cantacuceno enemigo de la patria. Apocaucos, elevado a gran duque (jefe de la flota), llegó hasta a provocar la destrucción de los bienes de Cantacuceno en Constantinopla, por intermedio del *deme*, que él incitó a sublevarse contra el gran doméstico y sobre el que ejercía, según parece, una cierta influencia. Cantacuceno se hizo entonces aclamar emperador en Didimotei-

con por una parte de los nobles que habían huido de Constantinopla y por los representantes de los grandes propietarios de Tracia, sobre los que se apoyó para crear otro poder frente al de la capital. A causa de este desencadenamiento de acciones hostiles, los protagonistas del drama no pudieron darse cuenta de las insospechadas fuerzas que habían puesto en acción hasta el momento en que ya no podían controlarlas.

Desde el principio del conflicto, las fuerzas opuestas se encontraron implicadas en la crisis religiosa y espiritual que representó la polémica hesicasta. En realidad, no podía ser de otro modo, ya que los asuntos políticos en Bizancio estaban estrechamente vinculados a consideraciones teológicas y es un *topos* decir que el bizantino fue un animal religioso por excelencia. Las tendencias místicas, parte inherente en la sociedad bizantina, se acentuaron en el siglo XIV y se desarrollaron fundamentalmente entre los monjes del monte Atos. El objetivo buscado era la visión de la luz divina que habían contemplado los discípulos de Cristo en el monte Tabor, y para conseguirlo, los hesicastas empleaban singulares métodos de oración, en la que, en cierto modo, debía participar el cuerpo del hombre. Tanto los métodos como el fondo de esta doctrina fueron duramente criticados por Barlaam, un monte griego procedente de Calabria, lúcido y racionalista, que encontró un temible adversario en la persona del gran teólogo y ferviente hesicasta que fue Gregorio Palamas. Barlaam fue condenado, a instancias de Palamas, por el sínodo de 1341, pero la controversia no cesó. Lo esencial de la controversia fue la cuestión de la eterna visibilidad o no de la luz del Tabor: según Barlaam, que tendía a separar el mundo eterno del temporal, era imposible, mientras que Palamas preconizaba la distinción entre substancia divina (*ousia*) y las energías divinas (*energeiai*), tales como el amor y la luz del Tabor, que servían de intermediarios entre Dios y el hombre. «El sistema hesicasta se convirtió así en el medio de expresión de una muy vieja nostalgia de la religiosidad griega...: la nostalgia de un puente que separa el más allá del acá.»

Tanto por sus orígenes sociales como por su talante personal, Cantacuceno fue un gran amigo de los monjes y de los hesicastas, del mismo modo que la emperatriz, debido a sus orígenes occidentales, les fue hostil, como lo fue también, por otras razones, el patriarca Calecas. Aunque no debe simplificarse demasiado identificando a los partidarios de Cantacuceno con los partidarios del hesicasmo, no es menos cierto que eran más o menos simpatizantes. La prueba es que la victoria de Cantacuceno sobre sus adversarios, en 1347, implicó la consagración del dogma hesicasta, la deposición de Calecas y su sustitución por el monje hesicasta Isidoro, mientras que Palamas era ordenado arzobispo de Tesalónica. No obstante, la oposición de los hesicastas no cesó y la polémica estuvo en su apogeo con el historiador y filósofo Nicéforo Grégoras al frente de los antipalamistas. Los adversarios del hesicasmo fueron definitivamente condenados por el sínodo de Blanquernas (1351), convocado por Cantacuceno, al mismo tiempo que se reconocían las teorías palamistas como completamente conformes a la ortodoxia y a la tradición de los Padres de la Iglesia. Gregorio Palamas fue canonizado poco después de su muerte (1357-1358); la oposición iba disminuyendo y, hacia finales del siglo, el hesicasmo había sido plenamente incorporado a la enseñanza de la Iglesia ortodoxa.

Una nueva dimensión social

Mientras las divisiones políticas se agravaban con disensiones religiosas, las agudas luchas sociales que sustentaban la guerra civil se manifestaron desde el principio por la adhesión de los aristócratas a Cantacuceno, cosa a la que Apocaucos replicó con la confiscación de sus bienes en Constantinopla. Es decir, que el gran duque era capaz de explotar contra su adversario y sus partidarios los sentimientos de hostilidad que experimentaban las masas populares de la capital y, según parece, los elementos de una cierta clase media, compuesta de comerciantes y marinos. El primero de estos elementos parece haber desempeñado un papel más importante en el curso de la sublevación del *deme* de Andrinópolis contra los «poderosos» *(dynatoi)* de la ciudad, si se admite que al menos uno de los tres jefes de la rebelión, Frangopulos, pertenecía al mundo del comercio. Esto puede explicar la mejor organización de la sublevación y la resistencia contra Cantacuceno, ya que Andrinópolis fue una de las últimas ciudades de Tracia que se le rindió. Podría buscarse una explicación suplementaria de este hecho en la actitud de la guarnición de la ciudad, de la que al menos una parte se habría puesto a favor de los insurrectos, como parece haber sido el caso de Bicia y Tesalónica, ciudades en que la resistencia, sobre todo en relación a la última, fue igualmente larga, si no más. Sea lo que fuere, la rebelión de Andrinópolis fue una mancha de aceite que se propagó rápidamente por casi todas las ciudades de Tracia, excepto Didimoteicon, la capital de Cantacuceno, y posteriormente, por Macedonia, asegurando en un primer momento el predominio de la dinastía legal de los Paleólogos, a la que apelaban los insurrectos. Durante esta fase de la guerra, las ciudades habían visto acentuarse su importancia por la afluencia de la población rural, que huía del campo ante el pillaje de las tropas adversarias, al mismo tiempo que aumentaban los problemas económicos y sociales creados por estas desmesuradas concentraciones. Por otra parte, los esfuerzos de los campos opuestos se organizaban alrededor de las ciudades en vistas a su dominación.

El año 1342 fue crítico para Cantacuceno, cuyo poder, el de la aristocracia, retrocedió en todas partes, de Constantinopla a Tesalónica. Es precisamente en esta ciudad, la segunda del imperio y la más floreciente después de la capital, pero también aquella en que las desigualdades sociales se ponían de manifiesto de una manera más provocadora, donde el levantamiento popular, conocido como la revolución de los zelotas, alcanzó sus mayores proporciones. A diferencia de otras ciudades, donde el movimiento antiaristocrático se expresó, más o menos, con una cierta espontaneidad, Tesalónica tuvo un partido bien organizado, el de los zelotas, que había preparado cuidadosamente la rebelión. La prueba es que consiguieron, tras la desposesión del gobernador Teodoro Sinadeno, que se había puesto de parte de Cantacuceno, tomar el poder e imponer su propio régimen y, además, mantenerse allí hasta 1350. Aunque reconocieron la legítima dinastía de los Paleólogos, pues un representante de esta dinastía compartía la administración de la ciudad con el jefe de los zelotas, Tesalónica disfrutó durante este tiempo de una independencia y una autonomía totales.

Ese mismo año (1342), la ciudad recibió ayuda de Apocaucos, llegado con una flota construida a costa de la fortuna confiscada a Cantacuceno. Es así como se diferenciaron las fuerzas opuestas: Apocaucos encontró su apoyo en la flota y

en los elementos marinos y comerciales de las ciudades del litoral, reforzando más tarde esta base a través de nuevas confiscaciones de bienes y de nuevas imposiciones; esto incitó, por lo demás, a Cantacuceno a atribuirle más tarde, en su *Historia*, la intención de crear una «tiranía» compuesta de islas y de ciudades costeras. Cantacuceno, en lo que a él respecta, había formado sus tropas, desde un principio, sobre la base de los efectivos militares de tierras adentro de Tracia y de Macedonia.

Ante la gravedad de la situación, Cantacuceno se resignó a emprender un viaje hacia Servia para reclamar la ayuda de Dusán. Principalmente a partir de este momento comenzó la injerencia servia en la guerra civil bizantina, que lejos de aportar la ayuda en la que confiaba Cantacuceno facilitó los planes de conquista de Dusán y de la aristocracia servia. No obstante, los intereses particulares de Cantacuceno fueron favorecidos, hacia el final de 1342, por la adhesión a su partido de la tierra fuertemente feudalizada que era la Tesalia, cuyo gobernador, nombrado por Cantacuceno, consiguió pronto extender su poder en Epiro, Acarnania y Etolia. Esta evolución de los hechos dio a la guerra el carácter de un conflicto entre las antiguas provincias del imperio en Grecia del norte, adheridas a Constantinopla, y las provincias de la Grecia occidental y central, que estuvieron en el centro de las preocupaciones de Cantacuceno por la reconstrucción de un Estado centralizado que suponía se extendería, sin ninguna duda, de Bizancio al Peloponeso.

Sin embargo, este vuelco de la situación en favor de Cantacuceno experimentó un contratiempo en el momento del brusco cambio de Dusán que, desconfiando de un Cantacuceno demasiado fuerte, se apartó de él y se alió con la regente de Constantinopla. Entonces, la segunda fuerza extranjera, la del antiguo aliado de Cantacuceno, Umur, llamado en su ayuda, hizo su aparición en las tierras de Tracia y de Macedonia y, por así decirlo, dio al conflicto su solución militar. Desde ahora, la guerra se desarrollaría principalmente entre los respectivos aliados de los dos partidos bizantinos, los servios y los turcos, con un mismo objetivo, la conquista de las ciudades. Sin embargo, conviene no perder de vista la distinción esencial entre los motivos de Dusán y, más tarde, de Iván Alejandro, igualmente aliado de la regente, y los de Umur: mientras que los primeros tendían a obtener beneficios territoriales por su propia cuenta, Umur (sin hablar del otomano Orján, cuyas intenciones podrían haber sido diferentes desde el principio), a pesar del pillaje practicado por sus tropas y las rentas que supo extraer de los tributos impuestos a determinadas ciudades, no parece que hubiera proyectado una instalación permanente en tierra europea.

La fase decisiva de la guerra, que presagiaba su final, comenzó en 1345, en Constantinopla, con el asesinato de Apocaucos por sus adversarios políticos. Algunos meses después tuvo lugar el acontecimiento capital, la toma de Serres por Dusán, que se abrió así un camino para la conquista del resto de Macedonia, a excepción de Tesalónica, siempre en manos de los zelotas. Pero, en Tracia, Cantacuceno, que tras la imprevista partida de Umur acordó una alianza con el sultán otomano Orjân, concediéndole la mano de su hija Teodora, había consumado la sumisión del país, más bien gracias a los métodos de sus nuevos aliados: la devastación del campo y el pillaje de los cultivos, abandonados más tarde casi totalmente en virtud de la escasez de la mano de obra, hizo que las ciudades no tuvie-

ran otra alternativa que rendirse para evitar el hambre. De todas formas, el norte del país tracio en torno a Filipópolis, había sido perdido ya por el imperio y había pasado a manos del zar búlgaro Iván Alejandro, a cambio de su ayuda a la regencia que, por lo demás, no aportó. El otro aliado búlgaro de la regencia de Constantinopla, el voivoda Momcil, que se había declarado autónomo en la región de Rodopes, había sido aplastado ya por Umur bajo las murallas de Periteorión. Así pues, esta vez la balanza se inclinó claramente del lado de Cantacuceno, que acabó por penetrar en Constantinopla en febrero de 1347, donde se hizo proclamar emperador, aunque respetando los derechos de Juan V al trono; este último fue considerado como el «hijo espiritual» de Cantacuceno, con cuya hija Elena se casó. Se habría podido pensar que la guerra civil había llegado a su fin; pero no era así aún.

La revolución zelota

En primer lugar, Tesalónica estaba todavía ahí, con su revolución y sus zelotas. Dado que la palabra «zelota» tuvo más de un significado en la historia bizantina, es obligado hacer algunas aclaraciones. Al principio, esta palabra significaba (como lo muestra literalmente su construcción en griego) el que se mantiene sólidamente fiel al dogma y a la fe ortodoxos, y por esto mismo designaba al representante del espíritu conservador en la sociedad, por oposición al que se le calificaba de «político» y que se suponía que combinaba la moderación con un espíritu progresista y abierto y estaba inspirado, además, por el amor a las letras. Los propios zelotas acabaron por escindirse en dos facciones, los zelotas religiosos, fervientes partidarios del hesicasmo y, en este caso, de Juan Cantacuceno, y los zelotas políticos, adversarios de los hesicastas y clasificados por la Iglesia como discípulos de Barlaam. Estos son precisamente los que se contemplan al frente de la población, verdaderamente poliétnica, aunque en su gran mayoría griega, de Tesalónica.

Es cierto que la ciudad gozaba de un estatuto urbano particular, es decir, autónomo, que se remontaba a la época romana y que se llamaba «ley política» *(politikos nomos)*, traducido en los documentos servios por el término *gradski zakou*. Este estatuto «comunal» permitía a la ciudad elegir sus propios magistrados, autorizados a promulgar leyes concernientes a la ciudad y la propiedad, la agricultura, el comercio y el artesanado así como las costumbres locales; preveía también, por una parte, la existencia de un senado *(geronsia, synkletos,* o *boulé)*, dominado, ciertamente, por los nobles y ricos ciudadanos y, por otra, la convocatoria por las autoridades civiles o incluso eclesiásticas, o bien por los «demagogos», los jefes de los partidos, de una asamblea popular, llamada *ekklesia tou demou*, término también de antigua resonancia. La administración estaba a cargo de dos arcontes, el representante del emperador y el de la comunidad. Se trataba, pues, de verdaderos privilegios de una «ciudad libre», que se desarrollaron especialmente en el siglo XIV, con el alejamiento del poder central, y cuya renovación fue casi obligatoria para los señores supremos de la ciudad, cada vez que cambiaba de manos; así ocurrió en el momento de su toma por los latinos, después de la cuarta cruzada, en el de su conquista por Juan Vatatzés, en 1246, o en el de

su paso a los venecianos, en 1423. Pero estos privilegios no contaban demasiado a los ojos de los zelotas en el momento de la revolución.

El asesinato de Alejo Apocaucos en Constantinopla, en 1345, precipitó en Tesalónica el desencadenamiento de la fase sangrienta de los acontecimientos. El cogobernador, Juan Apocaucos, hijo de Alejo, cuyo poder no era más que ilusorio frente al segundo arconte y jefe de los zelotas, Miguel Paleólogo, hizo asesinar a este último por medio de un ardid y decidió entregar la ciudad a Cantacuceno. Es entonces cuando los zelotas, contraatacando con la corporación de marinos, a cuyo frente se encontraba Andrés Paleólogo, y con toda la población de la ciudad, obligaron a Juan Apocaucos y a un centenar de ricos que le habían seguido a encerrarse en la acrópolis; tras la toma de ésta por los zelotas y el pueblo, el cogobernador y sus partidarios fueron precipitados desde lo alto de las murallas y linchados por algunos zelotas que se habían concentrado abajo. Desde ese momento, el poder pasó totalmente a manos de los representantes de los intereses de las capas inferiores y la ciudad fue gobernada en el marco de una total independencia respecto a Constantinopla, no sometiéndose a ninguna orden procedente de la capital; incluso se negó la entrada a la ciudad a Gregorio Palamas, nombrado arzobispo de Tesalónica por el patriarca. A finales de 1349, uno de los dos gobernadores, Alejo Metoquita, en rivalidad con su colega Andrés Paleólogo, consiguió expulsarlo de la ciudad y, apoyado por algunos tesalónicos, apeló a Cantacuceno, mientras que los zelotas actuaban, asimismo, de parte de Dusán; un arma de doble filo puesto que les costó la simpatía de la mayoría de la población. Cantacuceno fue el vencedor de este brusco cambio y pudo entrar, finalmente, en la ciudad, acompañado de Juan V y, al mismo tiempo, de Gregorio Palamas, que tomaba así posesión de su sede. Los jefes de los zelotas fueron detenidos o expulsados, y Cantacuceno, tras haberse dirigido a la población acusando a los zelotas de traición, volvió a Constantinopla, dejando a Juan V en el lugar (1350). Así llegó a su fin el régimen de los zelotas en Tesalónica, el movimiento insurreccional más interesante de toda la historia bizantina.

En lo que concierte a la procedencia de los insurrectos, aunque no sea fácil pronunciarse sobre el particular, habida cuenta de la falta de fuentes escritas por su parte y de la parcialidad con la que son tratados por sus adversarios, lo cierto, y casi maniqueo, es que pertenecían en su gran mayoría a la clase humilde (como el *popolo minuto* de las ciudades italianas), el *demos* de la ciudad, en rebelión contra los poderosos. Su punta de lanza, el partido de los zelotas, parece haber estado bien organizado, diferenciado del resto de la población y en estrecha relación con la corporación de los marinos y de las gentes del puerto, donde podían verse algunos pescadores, gente armada y agitadores como sus propios miembros. Por otra parte, ni el comercio ni la piratería parecen haber sido ajenos a las preocupaciones de ambos grupos. No es menos cierto que al frente de los zelotas, en la primera fase de la revolución, se encontraba Miguel Paleólogo, pariente, a través del matrimonio, de la familia real, y que Andrés Paleólogo, que le sucedió, también pertenecía a la nobleza. Sin embargo, este hecho no tiene un significado particular en la época, y los dos jefes desempeñaron más bien un papel de portavoz que el de verdaderos instigadores de la revolución, que fue en realidad llevada a cabo por los zelotas y los marinos. En esto, Tesalónica y algunas ciudades de Tracia, sobre todo Andrinópolis, en las que al menos una parte de las capas

medias que se dedicaban al artesanado y al comercio parecen haber estado de parte del *deme*, se diferencian, en cierto modo, de las ciudades de la Macedonia occidental, desprovistas de actividades comerciales importantes, y donde la lucha se desarrolló, en gran parte, entre dos facciones de la nobleza local, habiendo seguido el *deme* la facción de Cantacuceno. La misma Constantinopla pertenece, por así decirlo, a la primera categoría de ciudades, ya que la regencia tuvo de su parte a los *gasmoules*, marinos y sobre todo remeros, mientras que Apocaucos trataba, a través de las medidas tomadas en su favor, de asegurarse el apoyo de los comerciantes de la ciudad. También los cambistas (los *argyramoiboi*), que eran a los ojos de los italianos auténticos banqueros, estuvieron, desde el principio, opuestos a Cantacuceno y, en 1347, respondieron negativamente a su solicitud de fondos para conseguir enderezar la situación.

No obstante, conviene evitar simplificar demasiado, en particular en lo referente a la actitud de determinadas capas de la población que, aun teniendo más o menos el mismo origen social, se comportaron, sin embargo, de manera diferente. Este fue el caso, en Andrinópolis, de los prestamistas, los acreedores, que se vieron acusados de «cantacucenismo» por el *deme* de la ciudad, lo que les coloca en los antípodas de los «cambistas» de Constantinopla. Este fue también el caso de las capas medias que se denominan en las fuentes «los medianos entre los ciudadanos» *(oi mesoi ton politon)* o «la parte media» del cuerpo social *(e mesé moira)* y cuyo comportamiento fue, al menos, ambiguo: el *deme* se volvió contra ellos, ya sea porque no se alinearon de su parte, ya sea en razón del odio que suscitaba su superioridad social y económica. En Tesalónica tuvieron incluso una víctima en la persona de un tal Gabalas, ejecutado por los zelotas durante los acontecimientos de 1343. Pero, más tarde, fueron obligados a pactar con el pueblo contra los poderosos.

En cuanto al programa de gobierno y a la ideología de los protagonistas de la revolución y, en particular, de los zelotas, lo único que aparece de una manera verdaderamente categórica en las fuentes es la despiadada persecución que llevaron a cabo contra los poderosos y la confiscación de sus bienes, así como la confiscación de las rentas de los establecimientos religiosos, que utilizaron para nutrir su ejército y atender las necesidades de la flota. La fuerza del movimiento residía de todos modos en el particularmente fuerte odio social que suscitaban entre las capas desfavorecidas de la sociedad (obreros, artesanos, agricultores) las grandes desigualdades sociales y la concentración de las riquezas en las manos de una minoría de grandes propietarios de tierras. Esto repercutió forzosamente sobre la conducta de la administración en las ciudades sublevadas, y muy especialmente en Tesalónica, donde condujo a la desposesión de los ricos de todo poder y a una cierta modificación de las instituciones en un sentido más liberal, así como a la participación del pueblo en la gestión de los asuntos y en la organización de la defensa.

Por diferente que fuera este movimiento insurreccional del siglo XIV en Bizancio de los levantamientos populares que sacudieron las ciudades de Flandes y de Italia durante el mismo siglo, no están, sin embargo, desprovistos de ciertas analogías correspondientes al sentido general de las luchas urbanas. Desde este punto de vista, es interesante señalar la manera en que Cantacuceno se hizo eco de la toma del poder en Génova por Simón Bocanegra (1339): se trataba, según él,

del *deme* que venció a los «poderosos» *(dynatoi)* y a los «mejores» *(aristoi)* ya fuera expulsándolos o haciéndolos dimitir de sus funciones, con lo que expresaba su voluntad de ser autogobernado *(demokrateisthai)* y escogiendo como jefe a uno de sus propios miembros, *Bukanegra*. En el espíritu del protagonista por excelencia de la guerra civil bizantina, los acontecimientos de la ciudad italiana ocurrieron exactamente de la misma manera maniquea que en Bizancio, siendo evidente el uso de los mismos términos para describir situaciones, según él, análogas. En cuanto a las relaciones reales que habían podido existir entre la rebelión de los zelotas y la de Bocanegra, así como la supuesta influencia de la pequeña colonia genovesa e incluso de la de Venecia, en Tesalónica, en el curso de los acontecimientos, sólo puede responderse negativamente, haciendo hincapié en las condiciones específicas del imperio bizantino que engendraron un movimiento revolucionario, cuya interpretación no ha de ser buscada en factores externos. Se puede, pues, concluir que cualquier comparación que se hiciera entre lo que ocurrió en Bizancio y las insurrecciones de las ciudades italianas sería arriesgada por la principal razón de que en Bizancio no existía una clase floreciente de comerciantes y artesanos sino, al contrario, una influencia sobre la ciudad de la nobleza terrateniente, que impidió el desarrollo de nuevas fuerzas sociales y, por tanto, de su victoria política.

Bizancio abierto a los turcos

El advenimiento de Juan VI Cantacuceno al trono de Constantinopla, asegurando el triunfo del hesicasmo, restablecía la política conservadora, leal a la ortodoxia, de Andrónico II, y ponía fin a las inclinaciones a la apertura hacia la cultura occidental expresadas durante el reinado de Miguel VIII y de Andrónico III y, anteriormente, bajo el mandato de Manuel I Comneno.

Juan VI tuvo plena conciencia de la deplorable situación en la que se encontraba el imperio en esta época: el país, y particularmente Tracia, salía totalmente destrozado de las guerras civiles y del pillaje por parte de las bandas turcas, lo que hacía imposibles los trabajos agrícolas y, por tanto, el ingreso de los impuestos; las arcas del Estado estaban casi totalmente vacías y se estaba cada vez más a merced de la generosidad de los ciudadanos ricos, o de la filantropía de los príncipes y de los Estados extranjeros, bajo forma de donaciones o préstamos. Incluso las joyas de la corona habían sido ya enviadas como fianza a Venecia por Ana de Saboya a cambio de un préstamo de 30.000 ducados, que la Serenísima no cesaba de reclamar. La peste negra que se desencadenó, desde 1347, sobre la capital y sobre todo el territorio, y de la que Cantacuceno ofreció una aterradora descripción, según el modelo de Tucídides, se cobró innumerables víctimas, sobre todo en Constantinopla, donde las pérdidas en vidas humanas fueron hasta tal punto elevadas que una fuente occidental llegó a evaluarlas en un 8 o un 9 por 100 de la población de la ciudad. Los planes concebidos con anterioridad por Cantacuceno para formar un Estado ininterrumpido del Peloponeso a Constantinopla parecían entonces completamente irrealizables. Por otra parte, la alarmante fragmentación del territorio hacía irrisorio el proyecto. El imperio bizantino se limitaba desde ahora a Tracia, las islas septentrionales del mar Egeo, Tesaló-

nica y la Morea bizantina, en el otro extremo de Hélade. Dusán, el principal vencedor de las guerras civiles bizantinas, había extendido su dominio sobre todo el resto de las provincias griegas hasta las fronteras del ducado catalán.

El sistema de gobierno concluido entonces por Cantacuceno, es decir, el de la sustitución de la soberanía única por un régimen colectivo ejercido por los miembros de la familia reinante, estaba más bien inspirado por las nuevas necesidades creadas por la situación territorial del imperio que por las motivaciones personales del emperador, que eran contrarias a las motivaciones de inspiración latina que empujaran en otro tiempo a Irene de Montferrato a exigir la división. Sea como sea, la acción de Juan VI no estaba desprovista de consideraciones de orden político, que intentaban el debilitamiento de los Paleólogos en provecho de su propia dinastía. Así, su hijo mayor, Mateo, se convirtió en señor de Tracia oriental, mientras que el menor, Manuel, se ponía al frente de las posesiones bizantinas de Morea, organizadas como una especie de principado que gozaba de autonomía administrativa, aunque reconociendo la autoridad del emperador. Nacía así el despotado griego de Morea (1348).

Los principales ejes de la política exterior de Cantacuceno podrían resumirse en dos: la prosecución del acuerdo con los turcos y el intento de hacer frente a la superioridad genovesa, dependiendo esta última apuesta más bien de los asuntos interiores, dado que los genoveses habían acabado por crear un casi Estado en el Estado. Cantacuceno, después de haber construido una flota a costa de grandes esfuerzos financieros, aumentó el desafío bajando las tarifas aduaneras de Constantinopla para competir con los genoveses, que obtenían la mayor parte de las rentas del Bósforo. La consiguiente guerra fue perdida por Bizancio, que vio su flota derrotada y dispersada por los genoveses (1349); el intento de Cantacuceno por dar a Constantinopla su autonomía económica y militar había fracasado. La intervención del emperador en la nueva guerra que se desarrolló en seguida entre Génova y Venecia probó una vez más, si es que era necesario, el irrevocable engranaje en el que los bizantinos estaban atrapados. Cantacuceno, que se alineó en un principio al lado de Venecia y de Pedro IV de Aragón, fue obligado, despues de la batalla del Bósforo (1352) y la retirada de sus aliados, a capitular ante los genoveses. Los venecianos encontraron entonces la ocasión buscada para aliarse con Juan V que, a cambio de 20.000 ducados destinados a preparar el enfrentamiento con su abuelo, les prometió dejarles Tenedos, la isla que domina la entrada del Helesponto y la Propóntide. La guerra civil estaba a punto de proseguir.

Juan VI, esforzándose por combinar el principio de la legitimidad dinástica con su voluntad de afirmarse frente a los Paleólogos, intentó en el último momento arreglar las cosas redistribuyendo el territorio de Tracia entre su hijo y Juan V, que había agrupado todas las fuerzas de la oposición. Sin embargo, la situación se deterioró rápidamente, y los dos primeros partidos adversos se enzarzaron en la guerra, que encontró su solución, por así decirlo, merced a ejércitos intermediarios; pues, por una parte, Juan V apelaba a los servios y a los búlgaros, en tanto que Orjân enviaba a Cantacuceno su propio hijo, Solimán, al frente de un considerable ejército. Los turcos sacaron ventaja en la batalla que tuvo lugar cerca de Didimoteicon, algunos meses después de la batalla naval del Bósforo. Reforzado por este desenlace y haciendo entonces caso omiso del principio de legi-

timidad, Cantacuceno procedió a la exclusión de Juan V y a la coronación de Mateo como co-emperador (principios de 1354). Pero su reinado personal llegaba a su fin. Con la ayuda, tal vez, de un corsario genovés, Francisco Gattilusi, a quien le prometió entregarle a su hermana en matrimonio y la cesión, a manera de dote, de la isla de Lesbos, Juan V consiguió entrar en Constantinopla (noviembre de 1354), donde fue recibido triunfalmente. Habiendo fracasado algunos acuerdos discutidos entre los dos emperadores, Cantacuceno decidió abdicar bajo la fuerte presión del descontento popular. Tomó entonces el hábito de monje y se retiró de la escena política, sin dejar, sin embargo, hasta su muerte, acaecida treinta años más tarde en Mistra, de servir de consejero a Juan V Paleólogo. En cuanto a Mateo, tras haber conservado durante algún tiempo el gobierno de Rodopes, fue vencido por los servios y entregado a Juan V, que le obligó a abdicar (1357).

La caída de Cantacuceno está estrechamente ligada a los límites de su política de alianza con los otomanos, es decir, a su imposibilidad de dictarles hasta dónde podían ir. La época de las simples incursiones y de las razzias llevadas a cabo por los turcos en el territorio tracio, había pasado definitivamente, y los que llegaban de diferentes puntos de Asia Menor, en primer lugar con los otomanos, venían ahora para quedarse. Era el principio de la fase «europea» de su historia. Hacia 1352 se habían instalado ya en la fortaleza de Zimpe en Quersoneso de Tracia, principal punto de paso hacia el interior, y que fue invadido muy pronto por bandas turcas de diferentes procedencias —algunas venidas hacía mucho tiempo con Umur, otras compuestas de jefes *gazis* o de piratas independientes— que rondaban por allí. Esperaban una oportunidad para instalarse de manera duradera, y la ocasión la brindó el gran seísmo de marzo de 1354, que destruyó las fortificaciones de muchas ciudades de Tracia; algunas de ellas, con Gallípolis al frente, abandonadas por sus habitantes, pasaron entonces a manos de los otomanos y de otros turcos sin violencia alguna. No sirvió de nada que Cantacuceno propusiera a Solimán grandes sumas para que abandonara Gallípolis que, por el contrario, fue transformada más tarde en una gran base de partida para las futuras expediciones de los sultanes contra el interior de la península balcánica. Es cierto que Cantacuceno había abierto el camino a los turcos pidiéndoles ayuda, pero esta política había sido también puesta en práctica por la regencia, que no alcanzó su meta, a falta simplemente de medios y de hombres competentes del nivel de Cantacuceno. En realidad, fue la degradación de todo el sistema la que precipitó la irrupción del enemigo y, por lo demás, «¿quién querría creer que no habrían encontrado el camino de Europa si no se les hubiera invitado?».

Al imperio bizantino no le quedaban más que unos cien años de vida; los pasaría «bajando la escalera del sufrimiento hasta el último peldaño» (parafraseando al poeta neogriego Kostés Palamas), al tiempo que ponía de manifiesto el desarrollo cultural que conocemos.

¿Mendigar el último auxilio?

Juan V Paleólogo fue, de todos los emperadores de Bizancio, el que reinó durante más tiempo, si se cuentan sus años de reinado a partir de la fecha de su coronación (1314). A lo largo de este período, fue eliminado del trono dos veces, por su hijo Andrónico IV (1376-1379) y por su nieto Juan VII (1390). Fue un emperador débil y por debajo de las circunstancias que, es cierto, no se prestaban ya a un enderezamiento esencial. El factor decisivo de este período es sin duda el avance otomano, que concernía también a las posesiones latinas en Oriente y a los intereses de las ciudades marítimas italianas, cuyo antagonismo, por áspero que fuera, se relegó, no obstante, a un segundo plano.

La política exterior de los emperadores bizantinos se orienta desde ahora hacia Occidente, en una continua búsqueda de ayuda contra los turcos, a cambio aún de la unión de las Iglesias. A decir verdad, este tema no había dejado nunca completamente de preocupar a los emperadores, incluso después del fracaso de la unión de Lyon. Así, hubo intentos de negociación, emprendidos durante las guerras civiles por Andrónico II, hacia el final de su reinado, por Andrónico III y por Ana de Saboya y, luego, por el propio Cantacuceno: este último expuso al papa (en 1348) los planes de una expedición cristiana contra los turcos, en la que se comprometía a participar y que, según él, crearía en el seno del pueblo bizantino el clima favorable para un futuro replanteamiento de la cuestión de la Unión. Pero Juan V llevó las cosas más lejos aún echando abajo la tesis precedente, que daba prioridad a la ayuda militar sobre la unión, y abandonando la petición de Juan IV para la convocatoria de un concilio ecuménico. El emperador ofrecía en una primera etapa su conversión personal y la de su familia, incluso la de su heredero al trono, Manuel, al catolicismo; por otra parte, teniendo en cuenta la hostilidad de la mayoría del clero y de su pueblo hacia la unión, proponía proceder por fases, con la conversión de sus partidarios eclesiásticos así como de una parte de la nobleza adicta a sus opciones. De este modo, dejaba atrás incluso a su abuelo Miguel VIII, cuya conducción de las negociaciones había estado mucho más matizada respecto a las exigencias del papado. Por otra parte, los elementos del problema habían cambiado esencialmente desde la época de Miguel VIII, habida cuenta de que ahora el peligro provenía de una potencia infiel, contra la que el papado no podía utilizar el juego de equilibrios del que habían hecho uso en el caso de Carlos de Anjou. En este sentido, las propuestas formuladas por Juan V en una carta enviada al papa Inocencio VI de Aviñón (1355), y que constituían, en cierto modo, un primer paso de su posterior conversión, no tuvieron, al nivel de la ayuda militar, los resultados esperados. La constitución de una liga cristiana en Esmirna (1357), que se suponía combatiría a los turcos y liberaría Tierra Santa, no trataba, en realidad, más que de defender los intereses comerciales de Venecia, Chipre y los Caballeros de Rodas en el Mediterráneo oriental.

Mientras tanto, la situación en los Balcanes era muy crítica. Tras la muerte de Dusán (1355), su imperio se derrumbó y fue dividido entre sus sucesores, que formaron pequeños Estados independientes o semi-independientes, en tanto que Bulgaria, también dividida, quedó neutralizada a causa de graves problemas internos. Los otomanos aparecieron en 1359 bajo las murallas de Constantinopla, mientras que, pronto, las ciudades más importantes de Tracia tales como Didimo-

teicon, Andrinópolis (1368-1369) y Filipópolis caían una tras otra en sus manos. Es muy difícil establecer las fechas exactas de la toma o de la nueva toma de estas ciudades, ya que muchas de ellas volvieron a pasar a poder de los bizantinos antes de su definitiva sumisión al vencedor.

Sea como sea, los acontecimientos se precipitaron bajo el mandato del sultán Murâd I (1362-1389), que avanzó hacia los territorios eslavos de la península y emprendió un vasto programa de transferencias de poblaciones de Tracia al Asia Menor y viceversa. De hecho, a partir de Murâd I, el curso de los acontecimientos relativos a Bizancio y a los Balcanes comienza a definirse en el tiempo más bien por los períodos de poder de cada sultán otomano que por los reinados de los emperadores bizantinos o, menos aún, por los de los soberanos servios o búlgaros.

Tras el fracaso de sus gestiones ante el papa, Juan V se dirigió a las repúblicas marítimas italianas y, luego, a los Estados eslavos, en el marco de una iniciativa llevada a cabo por el patriarca de Constantinopla, que oponía una «alianza balcánica» a la colaboración en el Occidente cristiano. El viaje del patriarca Calixto a Serres para entrevistarse con la viuda de Dusán se interrumpió con la inesperada muerte del prelado, mientras que las negociaciones intentadas con respecto al zar búlgaro, una de cuyas hijas se había casado con Andrónico IV, no dieron resultado. Además, hubo hostilidades entre los búlgaros y los bizantinos, que tomaron a los primeros, con los que aún podían acabar, el puerto de Anquialos en el mar Negro. Por otra parte, la cruzada, verdadera esta vez, emprendida en Occidente bajo la dirección del rey Pedro I de Chipre, puso rumbo a Egipto, decepcionando la idea del emperador de que pudiera servir a sus proyectos. Finalmente, como último recurso, Juan V emprendió su largo y penoso viaje vía el Danubio hacia Hungría, para solicitar la ayuda del rey Luis el Grande (principios de 1366).

Este fue el primero de una serie de viajes que debían emprender los emperadores de Bizancio a través de Europa, en su último esfuerzo para salvar su país del cataclismo. Pero los emperadores estaban bajo el signo de los tiempos, que era la urgente necesidad de ayuda y no ya el despliegue de sus fuerzas más allá de sus fronteras. Otro signo de la época, no menos significativo, fue la detención de Juan V por los búlgaros en la frontera búlgaro-húngara a su vuelta de Buda, en donde, por lo demás, no pudo obtener nada. Esta nueva humillación inflingida al emperador de Bizancio por el zar búlgaro, también él expuesto al peligro turco, responde a la pregunta de por qué los turcos encontraron tan fácil el camino hacia la Europa oriental.

Juan V sólo pudo volver a su capital merced a la intervención de su primo Amadeo VI de Saboya. El «conde verde», como se conocía a Amadeo, había conseguido antes, con la ayuda de Francisco Gattilusi y de una pequeña fuerza bizantina, la importante proeza de la nueva toma de Gallípolis a los otomanos (1366); además, al conquistar a los búlgaros los puertos de Mesembría y de Sozópolis, contribuyó a reforzar la presencia de los bizantinos, dueños ya de Anquialos, en la costa occidental del mar Negro. Pero las actividades de Amadeo, ferviente partidario de la cruzada contra los turcos, no estaban desprovistas de segundas intenciones a propósito de la conclusión de la unión, ya que traía consigo, en tanto emisario del papa, al ex-arzobispo latino de Esmirna, Pablo, de nuevo promovido a la dignidad de patriarca latino de Constantinopla. La tesis de la Igle-

sia bizantina fue expuesta a Pablo, en ausencia del patriarca ortodoxo Filoteo, por el ex-emperador Juan VI, a la sazón convertido en el monje Joasaf: éste insistió sobre su acariciado proyecto de que se convocara un concilio ecuménico, al que asistirían, además del papa y del patriarca de Constantinopla, todos los patriarcas orientales y los jefes de las Iglesias servia, búlgara y georgiana.

Al final, a pesar de la enérgica reacción del clero bizantino, y bajo las amenazas de Amadeo de devolver Gallípolis a los turcos y de atacar Constantinopla, Juan V emprendió un segundo viaje a Occidente, con destino a Roma, acompañado de varios altos dignatarios, partidarios de la unión, entre los que se encontraba el filósofo neoplatónico Demetrio Kidonés. En el séquito imperial no figuró ningún eclesiástico. La conversión oficial del emperador al dogma latino tuvo lugar en Roma (octubre de 1369) ante el papa Urbano V, pero constituyó un compromiso personal que no implicaba a la Iglesia y que tampoco trajo la unión. Además, no condujo a ningún resultado en el plano de la ayuda militar al imperio. Juan V debía sufrir aún una nueva humillación en Venecia, donde fue retenido como deudor para con la república, y sólo a través de otra intervención, la de su hijo Manuel, pudo volver a Constantinopla, en octubre de 1371. El objetivo de sus viajes no se había alcanzado: el Occidente estaba demasiado ocupado por sus propios asuntos como para poder interesarse por un problema político-militar muy grave, cuya solución estaba ligada a consideraciones de orden teológico.

Demasiado tarde

Al mismo tiempo fracasaba la política de la «alianza balcánica», de la que el patriarca Filoteo se había revelado como el gran defensor y que tendía a lo que Luis Brehier llama la «cruzada ortodoxa». El patriarca consiguió traer de nuevo bajo su jurisdicción las iglesias servia y búlgara, pero los Estados balcánicos eran demasiado débiles y estaban divididos, tanto en el plano interior como entre ellos, para llegar a un acuerdo eficaz y realizable. Esto es lo que demostró la batalla de Tzernomianon (Cirmen) en el Hebro (setiembre de 1371), donde las fuerzas exclusivamente servias del rey Vukasin y de su hermano, el déspota Ugljesa, fueron aplastadas por los otomanos. Esta derrota no sólo confirmó el destino de Macedonia, cuyos diferentes príncipes autónomos se convirtieron en tributarios del sultán y fueron sometidos a la obligación del vasallaje; significaba también el derrumbamiento de la defensa de toda la península balcánica: un poco más tarde, tanto Bizancio como Bulgaria llegarían a ser tributarias del sultán y se verían en la obligación de proporcionarle tropas. La escasa ventaja que sacó Bizancio de la recuperación de Serres por Manuel Paleólogo, tras la muerte de Ugljesa, no podía compensar su reducción a un Estado «menor», tributario de los otomanos, como lo sería de ahora en adelante.

Juan V acompañaría pronto a Murâd en su expedición contra los emiratos seldjûqíes a Asia Menor. Es entonces cuando estalla la primera rebelión de su hijo Andrónico, que no duda en aliarse con Savdji, el hijo del sultán, igualmente en rebelión contra su propio padre. Una vez que Murâd hubo aplastado la revuelta y sacado los ojos a su hijo, le dio la orden a Juan V de someter al mismo suplicio a su propio hijo y a su nieto, Juan, algo horrible y envilecedor para el

emperador. Éste cumplió la orden pero de una manera más clemente para los dos ajusticiados, que no perdieron completamente la vista, en tanto que Savdji murió a consecuencia de sus heridas. A nivel del gobierno, Andrónico perdió sus derechos de príncipe heredero y fue sustituido por Manuel, que se coronó co-emperador (1373).

Estos acontecimientos, que abren un nuevo período de conflictos en el interior de la dinastía de los Paleólogos con los sucesivos intentos de Andrónico de destituir a su padre, están muy vinculados con el problema de Tenedos, que determina las relaciones entre Bizancio, Venecia y Génova durante la segunda mitad del siglo XIV. La isla de Tenedos había adquirido una importancia capital para el control del Helesponto desde que los turcos dominaron los estrechos, y fue la causa de una encarnizada lucha entre las dos ciudades italianas, que tuvo lugar en la región. Las dos partes opuestas de la familia de los Paleólogos no hicieron más que poner su propio antagonismo al servicio de los intereses opuestos de los dos adversarios, desempeñando el sultán, de todas maneras, el papel de árbitro. Por otra parte, las ciudades italianas, preocupadas por preservar sus logros económicos y financieros, habían hecho de la alianza el eje principal de su política de cara a los otomanos, a partir del momento en que éstos comenzaron a extender su hegemonía en Europa.

Los genoveses ayudaron a Andrónico IV a alcanzar el trono (1376), pero no pudieron tomar posesión de la isla, conquistada por los venecianos, aliados de Juan V. Es entonces cuando Gallípolis, liberada diez años antes por Amadeo de Saboya, fue entregada por Andrónico IV a los otomanos, a cambio de su ayuda. Pero Murâd I, teniendo en cuenta la promesa de Juan V y de Manuel de renovar sus obligaciones como tributarios, les colocó de nuevo en el trono (1379); además, otorgando su favor a Andrónico, le impuso a Juan V el reconocimiento de Andrónico y de su hijo, Juan VII, como herederos, en el lugar de Manuel, y el abandono de las principales ciudades de la costa norte de la Propóntide. De este modo, el imperio se despedazó un poco más aún y los emperadores de Bizancio se convirtieron en pobres peones sobre el tablero del sultán, que los situaba y desplazaba a su gusto. En cuanto a Tenedos, fue proclamado territorio neutral y promovido a posesión del duque de Saboya, según el acuerdo pactado entre Génova y Venecia en Turín (1381); sus fortificaciones tendrían que ser demolidas y su población trasladada a Creta y Eubea. Este tratado no surtió efecto hasta 1383-1384, pues Venecia no cesó de hacer uso de la isla. Sólo Bizancio no estaba presente en ninguna parte.

La política del déspota Manuel Paleólogo, el único fulgor en esta sombría época, estuvo en las antípodas de la de su padre, sobre todo durante el segundo período de su gobierno (hacia 1382-1387). Desafiando el estatuto de tributario de los turcos, Manuel trató de transformar Tesalónica en un núcleo de resistencia en Macedonia y en Tesalia —que había vuelto a poner bajo la soberanía del emperador; incluso no dudó en confiscar la mitad de los dominios eclesiásticos del monte Atos y de Tesalónica y transformarlos en *pronoiai*, a fin de obtener los medios para subvenir a sus necesidades militares. En este sentido, Manuel reanudaba el intento de Juan V de secularizar determinados dominios eclesiásticos para reforzar su ejército ante el peligro turco, intento al que la Iglesia se oponía con el pretexto de los santos cánones. Sea como sea, la reacción de Murâd I a la

política independiente de Manuel no se hizo esperar: el sultán tomó Serres —por segunda vez— y sitió Tesalónica, que se rindió en 1387. La ciudad viviría luego bajo un régimen de relativa autonomía, que fue abolido en 1394 por Bayaceto I, que le impuso además el *devsirma* (reclutamiento de los niños), en 1395.

De hecho, el período que va del reinado de Andrónico IV y la guerra de Tenedos hasta el final de ésta (1376-1381) es considerado como la época de la consolidación de las conquistas otomanas en el territorio balcánico. Murâd I estableció las bases de la organización del Estado otomano y le dio al ejército sus nuevas estructuras. Por otra parte, puso en práctica una amplia política de inmigración y colonización en las regiones ocupadas, procediendo al reparto de tierras entre sus soldados y a la creación de feudos. Tras la nueva toma de Gallípolis, Murâd trasladó oficialmente su sede a Andrinópolis (hacia 1377), que se convirtió en la primera capital de los otomanos en Europa. La prosecución de las conquistas no se hizo esperar y otras ciudades importantes, como Niš (1386) y Sofía (1387) cayeron en sus manos antes de que invadiese la Bulgaria oriental; ocupó allí Tarnovo, durante un cierto tiempo, y llegó hasta el Danubio, donde se apoderó de varias fortalezas y obtuvo del zar la rendición de Silistra.

Después le tocó el turno a Servia. Murâd, tras haber sofocado un conato de rebelión en Bulgaria, se dirigió a Kosovo, la sede de Vuk Branković, miembro de la coalición antiturca formada por iniciativa del príncipe Lazar de Servia. La batalla de Kosovo (1389), seguida de la del Hebro, puso fin a los últimos intentos de los países eslavos de la península de detener la apisonadora otomana. La muerte de Murâd, probablemente apuñalado por el yerno de Lazar, Milos Kobilić, no afectó al resultado de la batalla, cuya victoria correspondió a las superiores fuerzas de los otomanos, conducidos por el hijo de Murâd, Bayaceto. El príncipe Lazar y sus nobles fueron matados y sus sucesores debieron someterse al pago del tributo y al reclutamiento de tropas auxiliares. Además, Bayaceto impuso el impuesto por persona *(jarâŷ)* a toda la población no musulmana del país. Los monasterios del monte Atos, que habían aceptado someterse desde 1386, no fueron excluidos de este impuesto, que debían satisfacer también por el conjunto de sus dominios, comprendidos los que se hallaban más allá de los límites de su comunidad.

Una cuestión de pocos años

Bajo Bayaceto I (1389-1402), apodado «el Rayo» (Yildirin), los acontecimientos se precipitaron tanto en Europa como en Asia Menor, donde una vez que el sultán hubo triunfado sobre los emires turcos se atribuyó, por esta razón, el título de «sultán de Rûm». El aislamiento de Bizancio se acrecentó por el oeste con el aniquilamiento de Servia y el aplastamiento de la resistencia búlgara, cuando la capital, Tarnovo, sucumbió a un feroz asedio (1393). Bayaceto podía entregarse ahora a sus anchas al juego del gato y el ratón con Bizancio, y utilizar las discordias en el seno de la familia imperial, al igual que los bizantinos lo hicieron en otro tiempo poniendo a los pretendientes extranjeros contra los soberanos de turno. Así, en 1390, Juan VII pudo, con la ayuda del sultán, desalojar a su abuelo de Constantinopla durante algunos meses, al cabo de los cuales Manuel consiguió

volver allí llevando consigo a Juan V, con el beneplácito del sultán pero a costa de concesiones aún mayores: Juan V fue obligado a hacer desmantelar las nuevas fortificaciones que había construido cerca de la Puerta de Oro para la defensa de la capital; Manuel tuvo que acompañar, junto con Juan VII, al sultán en sus campañas por Asia Menor e incluso tomar parte, a pesar de su repulsión y de su amargura, en la conquista de Filadelfia, la última ciudad bizantina que era aún libre (1390). Por otra parte, en Bursa, en el campo otomano, Manuel se enteró de la muerte de su padre (1391), huyó de allí y consiguió alcanzar Constantinopla para asegurarse el trono y asumir el destino de su reducido imperio.

Si se quisiera hacer el esquema del reinado de Manuel Paleólogo (1391-1495), habría que trazar una línea curva, cuyas extremidades representarían los períodos críticos. En efecto, tanto entre el advenimiento de Manuel y la batalla de Ankara (1391-1402), como entre el advenimiento de Murâd II y la muerte de Manuel (1421-1425), el imperio estuvo a punto de caer. Pero el espacio de tiempo intermedio correspondió a una relativa tregua antes del final marcada por los grandes esfuerzos de restablecimiento que desplegó Manuel. En realidad, el emperador se reveló como un hombre capaz y a la altura de las circunstancias, impregnado, contrariamente a su padre, del espíritu de resistencia contra el enemigo; sin embargo, hay que reconocer que, si pudo dar pruebas de su eficacia en la medida de lo posible, la favorable coyuntura de la crisis del poder en el imperio otomano tras la batalla de Ankara así como de la política de paz llevada a cabo por Mehmet I fueron factores coadyuvantes.

El encuentro de Serres (1393-1394), al que Bayaceto convocó a todos sus vasallos cristianos de los Balcanes a través de avisos individuales, con el fin de que cada uno de ellos ignorara, hasta el último momento, la presencia del otro, sembró entre ellos el terror y les hizo comprender lo que habría de suceder. En efecto, en la primavera de ese mismo año, Bayaceto sitió Constantinopla bloqueándola por tierra, a lo largo de ocho años, con breves interrupciones, y llevó a lo insoportable la falta de víveres en la capital. Todo lo que Occidente ofreció a la hambrienta población de Constantinopla se resumió en hueros consejos dirigidos por el senado veneciano que, más tarde, envió un cargamento de trigo para el pueblo y una oferta de asilo para Manuel.

Hacia la misma época, paralelamente a la abolición del régimen clemente en Tesalónica, los otomanos consumaron la conquista de Tesalia que había comenzado ya Evrenos-beg, el año 1393, e invadieron Grecia del sur y el Peloponeso, donde derrotaron al déspota de Mistra, Teodoro I Paleólogo ante Corinto. La absoluta falta de espíritu de solidaridad entre los príncipes cristianos (los navarros de Tebas y Acaia, los Acciaivoli de Atenas, los déspotas bizantinos de Mistra) facilitó mucho el avance turco. Éste se desarrolló casi simultáneamente en los Balcanes, donde consiguió acabar con la resistencia del voivoda Mircea de Valaquia que, a pesar de haber triunfado en la violenta batalla de Rovine (1395), se convirtió más tarde (1417) en tributario del sultán. Los otomanos se convirtieron de golpe en señores de la Dobrudza y se aseguraron el control de los puntos neurálgicos del Danubio.

Occidente empezó entonces a inquietarse verdaderamente. El rey Segismundo, cuyo país se encontraba en un inminente peligro, reaccionó el primero haciendo una llamada a la solidaridad cristiana. Los primeros en acudir fueron los

caballeros francos con un considerable contingente conducido por Juan, conde de Nevers, y en el que tomó parte el mariscal Boucicaut. Los valacos al mando de Mircea así como diversas compañías de caballeros de Bohemia, Polonia, Italia, España e Inglaterra acudieron a engrosar el ejército de tierra, en tanto que Venecia, los genoveses de Lesbos y de Quíos y los caballeros de Rodas prestaron navíos de guerra para asegurar el control del mar Negro y de las bocas del Danubio. A pesar del muy elevado número de efectivos (alrededor de 100.000 hombres), la falta de convergencia de puntos de vista entre franceses y húngaros, por una parte, y la fogosidad otomana, por otra, pudieron más que este ejército en Nicópolis (1396) y condujeron a un sangriento fracaso de la última cruzada internacional de semejante magnitud. La mayoría de los prisioneros fueron degollados, mientras que el propio Segismundo, que logró huir en un barco veneciano a través del Danubio y el mar Negro, debió sufrir, al pasar por el Helesponto, el espectáculo de los restantes prisioneros cristianos, apostados por los turcos en los márgenes de ambas orillas.

Sin duda, el problema de la situación crítica de Bizancio no preocupó a los organizadores de esta cruzada, cuya única mira era defender la Hungría católica y, todo lo más, expulsar al sultán fuera de la Europa central. La cuestión de la liberación de Tierra Santa sólo se la plantearon algunos de ellos; en cuanto a la liberación de Constantinopla, fue pasada totalmente por alto.

Bayaceto reanudó el bloqueo, brevemente interrumpido, de Constantinopla. Incluso hizo construir sobre la orilla asiática del Bósforo la famosa fortaleza conocida como Anadolu-Hisar, que quedaría junto con Rumili-Hisar, su gemela de la orilla europea (construida más tarde), vinculada para siempre a la toma de la ciudad. Al mismo tiempo, las tropas de Evrenos-beg volvían a emprender el camino de Grecia, ocupaban provisionalmente Atenas y descendían hasta las colonias venecianas del sur del Peloponeso, devastando el país. Las desesperadas llamadas de Manuel al dogo, al papa y a los reyes de Francia, Inglaterra y Aragón no dieron otro resultado que la irrisoria fuerza, en relación a las necesidades del momento, de 1.200 soldados francos, conducidos por Boucicaut, que Carlos VI tuvo a bien enviar. En cuanto a las reticencias del gran duque de Moscú, Basilio I, se inscribían en otro orden de cosas: las Iglesias de Rusia, que permanecían sólidamente ancladas en la fe ortodoxa y en el reconocimiento de un único patriarca, el de Constantinopla, se avergonzaban de un emperador que se había hecho «vasallo» de los turcos. Ya que la Iglesia bizantina había conservado e incluso aumentado su proyección en los países ortodoxos, le correspondió al patriarca Antonio refutar esta argumentación, en nombre de la vieja e imperecedera doctrina del ecumenismo imperial.

En estas circunstancias, a Manuel sólo le quedaba volver a emprender la aventura de su padre, a instancias de Boucicaut. Pero con una diferencia esencial: no iría a Roma a ofrecer una conversión, fuera la que fuera, o a discutir sobre la unión; simplemente se dirigiría a dos potencias occidentales, Francia e Inglaterra, para pedir una ayuda militar decorosa o, mejor aún, la organización de una cruzada, a fin de expulsar a los turcos de Constantinopla y, por tanto, de las puertas de Europa. Sin embargo, aunque fue bien acogido en las cortes europeas (Occidente había empezado a sopesar la importancia del peligro turco y, por otra parte, el humanismo reconocía a los bizantinos como los detentadores naturales de

la cultura griega), Manuel no consiguió nada en el plano material excepto la suma de 3.000 marcos (2.000 libras) que le entregó Enrique IV de Inglaterra, cantidad correspondiente a los presuntos fondos conseguidos a través de la colecta en las iglesias del país a cambio de indulgencias papales. La cruzada internacional ni se llegó a plantear. El único punto positivo de esta peregrinación, aunque a largo plazo, fue el inicio de contactos más esenciales entre Bizancio y Occidente que, a pesar de la guerra de los Cien Años, se encontraba entonces en una fase capital de renacimiento. Abandonada a sí misma, reducida, poco más o menos, al único territorio de su más cercana periferia, Constantinopla estaba irremediablemente condenada. Su definitiva caída sería cuestión de algunos años como mucho.

Los eslavos, responsables y víctimas

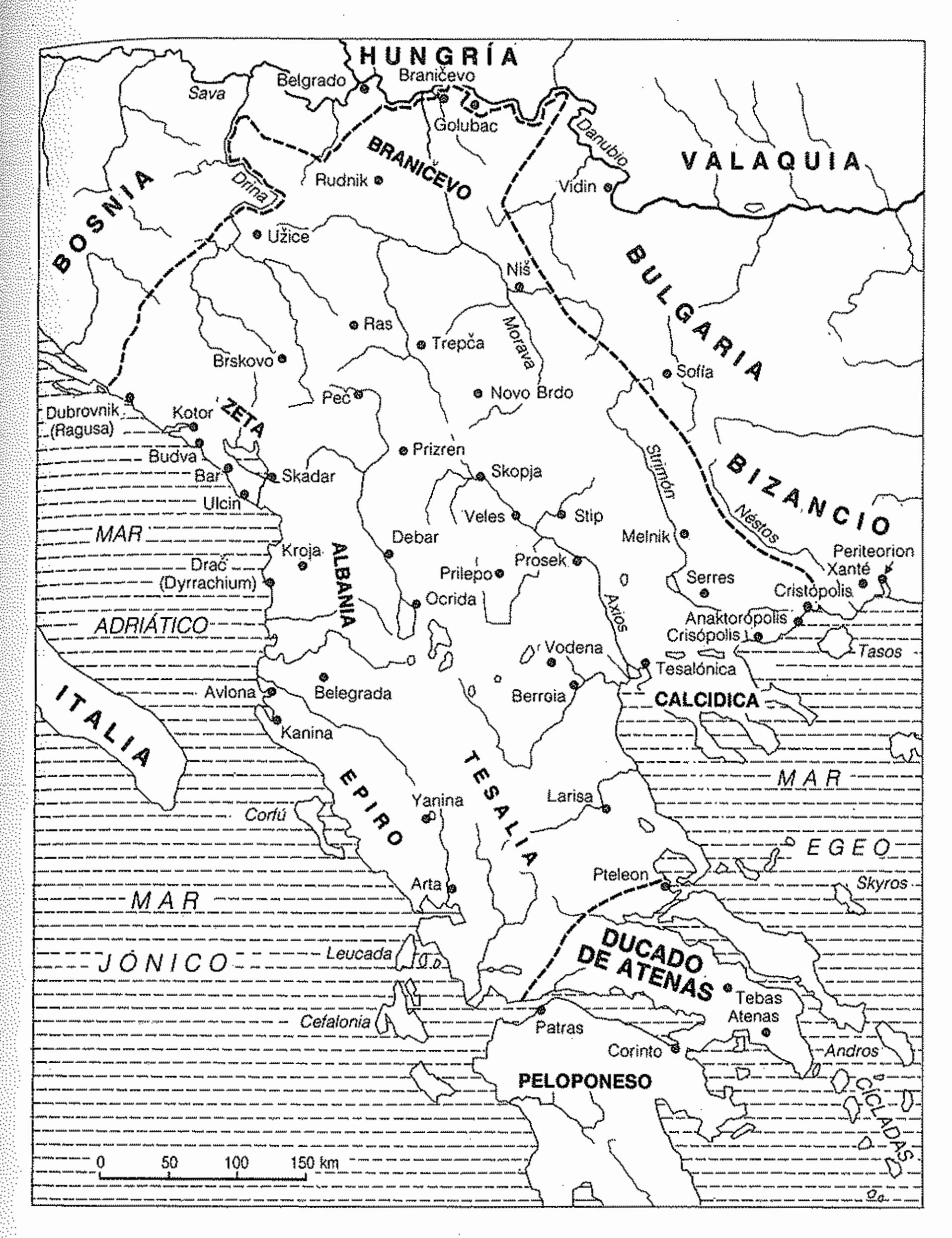
En repetidas ocasiones, servios, búlgaros, e incluso rusos, participan de la agonía de Bizancio. Desempeñan un papel ambiguo: impregnados de la cultura imperial, se sentían como los herederos de un imperio moribundo y aspiraban a sucederle; pero, como sus antepasados de los siglos X o XI, pensaban utilizar la fuerza para conseguirlo, una fuerza que se reunía fácilmente en torno a sus especificidades étnicas, lingüísticas, mentales; ahora bien, para alcanzar su objetivo estos hijos poco respetuosos debían apuntar con todas sus armas contra el que les había dado los medios para sentirse ellos mismos. De este modo, servían los propósitos del vecino Islam: ayudaron a acabar con Bizancio pero el imperio les arrastró en su caída.

Auge de los servios...

Las principales etapas del desarrollo y la expansión del Estado servio fueron otras tantas etapas de sus relaciones con el imperio bizantino: «la lucha por la independencia que acaba en la época de los Nemanja, la lucha por el centro de los Balcanes macedonios, desde la época de Milutin, y la lucha por la hegemonía en la casi isla balcánica, en la época de Dusán...». En cada uno de estos períodos, el progresivo desarrollo de Servia estuvo condicionado por la evolución en sentido inverso de Bizancio, es decir, por su gradual declive.

El final de la época de revueltas internas que siguieron a la muerte de Esteban, «el primer coronado», y la relativa estabilización iniciada con el advenimiento al trono de Esteban Uros I (1242-1276) coincidieron con el principio de la explotación intensiva de los ricos minerales de Servia, principal fuente del desarrollo del país. Estimulada por mineros alemanes (llegados de Hungría, probablemente del territorio de los supuestos sajones de Zips y llamados por lo general en Servia, Bosnia y Bulgaria, sajones, *Sasi*), la producción minera y su rápido desarrollo, desde el final del siglo XIII, fueron la base de la expansión comercial y la estabilidad de la moneda, cuya ayuda supieron aprovechar los reyes servios para su política.

Bizancio se dio rápidamente cuenta, a su pesar, de los resultados del desarrollo económico de Servia que se manifestaron por la puesta en marcha de los pro-



Servia durante el reinado de Dusán (1331-1335)

yectos de expansión de Esteban Uros II Milutin (1282-1321), y que fueron en realidad los de los señores servios, principal fuerza de esta política anexionista. Los servios se apoderaron de la Macedonia del norte, con las ciudades de Skopje (Skopia en griego), Stip (Stypeion), Veles (Belesos), Debar-Debra (Dibré) y, al cabo de penosas negociaciones, el representante del emperador, Teodoro Metoquita, acabó con la oposición de la nobleza servia, principal beneficiaria del acaparamiento de las tierras bizantinas: Milutin recibió como mujer a la hija de Andrónico II, Simonis, de cinco años de edad, que le «aportaba» a manera de dote las regiones que el rey servio había ya conquistado (1299). En justa compensación, Servia comenzó a sufrir el fuerte impacto de la cultura bizantina, puesto de manifiesto sobre todo en los círculos cortesanos, y que se iba intensificando a medida que nuevas tierras bizantinas se incorporaban al Estado servio. Incluso la institución de la *pronoia* bizantina fue adoptada por los nemánidas, probablemente antes del reinado de Milutin, época de la que provienen sus primeras menciones en los documentos servios; los servios no hicieron más que legalizar el sistema ya existente en los territorios conquistados, que administraba los bienes de los pronoiarios locales y que, más tarde, se propagó por el propio territorio servio y en la Zeta, donde se podía aún reconocer bajo la dominación veneciana.

Servia tomó parte activamente en las guerras bizantinas desde su primera fase, tratando de conseguir el mayor provecho, asegurándose, por este cauce, una alianza contra los búlgaros. La victoria que logró frente al zar Miguel Sisman en Velzuzd (hoy Kunstendil, en Bulgaria), en 1330, puso fin a la alianza búlgaro-bizantina y contribuyó a la consolidación de la hegemonía servia en los Balcanes. Pero el vencedor de Velzuzd, Esteban Uros III Decanski (1321-1331), cayó poco después, víctima de la avidez de la nobleza servia que, deseosa de extender sus ganancias territoriales, hizo asesinar al rey y lo sustituyó por su hijo Esteban Dusán (1331-1355), de quien la nobleza fue el verdadero creador político. Ésta, en efecto, le inspiró, si es que no se lo impuso, al nuevo rey las grandes líneas de la expansión servia que, tras haber continuado su avance en la Macedonia occidental apoderándose de las ciudades de Prilepo (Prilapos, en griego), Strumitsa (Strimvitza, Stromnitsa), Vodena (Edessa), Ohrid (Acrida) y Castoria, se detuvo provisionalmente por un tratado de paz concertado entre Dusán y Andrónico III en Tesalónica (1334). Sin embargo, las hostilidades se reanudarían en seguida con motivo de la segunda guerra civil bizantina, cuyo verdadero vencedor fue en realidad, como ya se ha dicho, el rey servio; Dusán pudo completar, en detrimento de un Bizancio entonces disgregado, y esencialmente sin librar batalla, sus conquistas en Albania y Macedonia con la toma de varias ciudades tales como Kroia, Berat (Belegrado), Avlona, Berrohia, Serres, Drama, Filipoi, Crisupolis e, incluso, el monte Atos. Tesalónica se convirtió entonces en un islote bizantino aislado entre las tierras ocupadas por Dusán, que pronto llegaría a ser dueño del Epiro y Tesalia así como de Etolia y Acarnania (1347-1348).

Era para él el momento de confirmar su aspiración de suprimir el imperio bizantino y sustituirlo por un nuevo imperio donde los servios tendrían la supremacía política pero cuyas estructuras seguirían siendo fundamentalmente las mismas. Suponía la reanudación de la misma lucha en torno del título imperial llevada a cabo en otro tiempo por Carlomagno, los carolingios, los emperadores germánicos y los soberanos búlgaros. Por otra parte, el título utilizado por Dusán

en sus documentos, «basileus y autokrator de Servia y Romania» (documentos griegos), o «zar de los servios y de los griegos» (documentos servios), expresa bien lo esencial de esta ideología. El nombramiento del arzobispo de Servia, Ioannikios, como «patriarca de los servios y de los griegos», consecuencia natural de la evolución en este sentido, dotó al imperio servio de un patriarcado autocéfalo, necesario para la nueva situación. Este hecho revistió toda su amplitud simbólica por la coronación solemne de Dusán en Skopja, el mes de abril del año 1346, en presencia de patriarca del Tarnovo, del arzobispo autocéfalo de Ohrid e incluso de los representantes del monte Atos, cuyos monasterios no tardaron en ser recompensados por su voluntaria sumisión. La tercera parte, necesaria para la afirmación del nuevo poder, fue su dotación de una base jurídica con la promulgación del código del «emperador bendito Esteban» que, entre otras, garantizaba tanto las posesiones territoriales servias como las de los griegos. El Estado fue oficialmente dividido en «tierra servia» (*Srpska zemlja*), compuesta de los antiguos territorios, por lo que el uso de viejos títulos eslavos como zupan, knez, voevod, era de rigor, y en «Romania», los territorios conquistados a Bizancio, donde se mantuvieron las instituciones y los títulos de la administración bizantina (por ejemplo, la palabra *kephalé* para designar al gobernador) hasta el establecimiento de los jueces generales semejantes a los de las provincias griegas. La transmisión del poder sobre la primera parte del Estado al hijo de Dusán, el rey Uros, no era más que aparente, dada la corta edad de éste; el verdadero dueño de todo el imperio seguía siendo el zar.

En general, tanto el sistema jurídico como la administración fueron calcados de los modelos bizantinos, con la diferencia fundamental de que los principales ostentadores del poder eran ahora los servios; el mantenimiento de los griegos en los cargos civiles y militares así como eclesiásticos no constituía más que casos excepcionales. El principal resultado fue el paso de la mayoría de las tierras de los señores bizantinos a manos de la nobleza feudal servia, ya sea en calidad de propiedades alodiales (*bastina*), ya sea en calidad de *pronoiai*, como por ejemplo la que fue cedida, probablemente desde la época de Decanski, al protosébaste Hrelja, en la región de Stip, y de la que al menos una parte pertenecía a los pronoiarios bizantinos.

En el ámbito de la política exterior, Dusán se volvió hacia Venecia para asegurar su alianza con vistas a una acción conjunta contra Bizancio, pero este objetivo no interesaba entonces a la Serenísima, ocupada sobre todo en urdir planes contra Hungría, frente a la que, por el contrario, Dusán estaba obligado a mantenerse a la defensiva, después de haberle entregado las ciudades de Belgrado y Golubac. En cuanto a sus relaciones con el papado, Dusán, aunque intransigente con respecto a los «semi-fieles» romaico-católicos, a los que el código prohibía incluso el matrimonio con los «cristianos» ortodoxos, estableció algunos contactos con los papas con el evidente objetivo de perjudicar a Constantinopla. Estas gestiones no tuvieron, sin embargo, continuación y, por otra parte, la prematura muerte del zar puso fin a todos sus grandes proyectos de hegemonía en los Balcanes.

...que truncan los turcos

La descomposición del efímero Estado servio condujo a la afirmación del poder de algunos feudales, como el de Hrelja, que mantenía su señorío independiente en la región de Stip, y de Strumitsa, en vida de Dusán, o Hlapen, dueño de Berrohoia y de Vodena. El poder del hijo de Dusán, el zar Esteban Uros (1355-1371), era demasiado nominal para ser capaz de impedir la división del vasto territorio en varias unidades feudales independientes: el hermanastro de Dusán, Simeón, apodado Uros Paleólogo (1355-1370), se hizo proclamar «emperador de los servios, los griegos y toda Albania», pero sólo pudo imponerse en Epiro y Tesalónica, fundamentalmente; tras su muerte y el corto período del gobierno de su hijo Jovan Uros, el país fue gobernado por la gran familia bizantina de los Filantropenos, que reconocía la soberanía de los emperadores de Constantinopla. En Macedonia, Vukasin, llamado también «rey de los servios y de los griegos», se adueñó de las regiones de Prilepo, Skopja, Ohrid y Prizren, en tanto que al este de sus posesiones se extendían las de los hermanos Constantino Dragas y Constantino Dejanović, con las ciudades de Kratovo, Kumanovo, Stip, Strumitsa y Velbazd. Por último, Serres, con la región que la rodeaba, que se extendía más allá del Nestos hasta Periteorion, dependía del hermano de Vukasin, el déspota Jovan Ugljesa.

La misma situación prevalecía en las regiones servias propiamente dichas: el señor más poderoso allí era el déspota Lázaro, que trataba de consolidar sus posiciones en el valle de Morava, frente al zupan Nikola Altomanović, dueño de la región norte situada entre Rudnik y Ragusa, mientras que en Zeta el poder era acaparado por los tres hermanos de la familia de Balsić. Esta fragmentación del poder, agravada por la muerte del zar Esteban Uros en diciembre de 1371, fue la principal razón de la ausencia de coordinación de los esfuerzos para organizar la resistencia contra los otomanos; sin embargo, ésta se había manifestado ya con una cierta fuerza en el momento del ataque de los hermanos Vukasin y Ugljesa contra Andrinópolis, antes de ser aplastada en la batalla de Cirmen donde los dos hermanos hallaron la muerte (setiembre de 1371). El hijo de Vukasin, el *kralj* Marko, erigido en héroe popular por la epopeya servia y del que la memoria de sus actos fue perpetuada también en las canciones y los relatos populares búlgaros, croatas e incluso albaneses, fue de hecho reducido a la condición de tributario del sultán al igual que los hermanos de Dejanović. Por otra parte, el rey Marko y Constantino Dejanović perecieron en la batalla de Rovine (1395), combatiendo bajo las órdenes de Bayaceto I, una vez que sus respectivos territorios fueron anexionados al Estado otomano.

Un importante acontecimiento de estos años fue la aproximación entre la Iglesia servia de Peć y el patriarcado de Constantinopla, sometiéndose la primera al segundo, que le reconoció, a cambio, el título patriarcal (1375). Esta solución de la controversia, comenzada con la creación unilateral del patriarcado de Peć bajo el mandato de Esteban Dusán, era positiva en el sentido de una coalición balcánica de la que el patriarca de entonces, Filoteo Kokkinos, era un ferviente partidario. Sin embargo, la nueva iniciativa de resistencia procedió nuevamente de los servios y, sobre todo, del déspota Lázaro (1371-1389) que, entre tanto, había extendido su territorio en detrimento del zupan Altomanović. El nudo de alianzas

que supo crear Lázaro por los vínculos matrimoniales con Vuk Branković de Kosovo y Jorge Stracimirović Balsić de Zeta, así como su estrecha colaboración con el rey Trvtko de Bosnia, acabaron por constituir un vasto frente antiturco —en el que tomaron parte elementos valacos, albaneses e incluso polacos—, que corrió, no obstante, la suerte que se sabe en Kosovo en junio de 1389. Milos Kobilić, que mató a Murâd, y el príncipe Lázaro, asesinado después de la batalla, entraron también en la leyenda servia, mientras que Vuk Branković fue considerado como traidor.

La tutela de los servios no tuvo efectos políticos o religiosos; en realidad, los otomanos adquirieron de ese modo el control de uno de los elementos económicos fundamentales de la península, que había sostenido el efímero éxito de los principados servios independientes. En efecto, la principal fuente de riqueza del Estado servio que permitió su expansión en el siglo XIV había sido, como ya se dijo, la previa creación de varios centros mineros que, por lo general, se fusionaron con colonias de comerciantes y se ampliaron posteriormente en pequeñas villas o aglomeraciones suburbanas en torno a las fortalezas (*podgradje*), o en pequeñas ciudades de una cierta importancia, con una población de orígenes étnicos muy variados: sajones, ragusinos, catariotas, espalatinos, venecianos, florentinos, albaneses, servios, valacos, griegos, etcétera, estaban allí en contacto, gozando cada grupo de derechos especiales. Los sajones disponían incluso de un «Código minero de los sajones», cuyo contenido correspondía al del «Código minero» alemán de Chemnitz y al del «Derecho de las minas» de Kremnitz, pero no eran numerosos y fueron rápidamente asimilados a la población local a través de matrimonios mixtos, de manera que, hacia 1600, ya no se sabía la lengua alemana en las ciudades mineras.

Los burgos y las aldeas más numerosas se encontraban en torno a la montaña Kopaonik (de *kopati*, 'cavar'), de donde se extraían grandes cantidades de plomo, de cobre y de hierro. Además de los burgos de Brveniek, Trepca, Plana, Janjevo y Koporici, la localidad más importante de esta región en los siglos XIV y XV fue la de Novo Brdo (Novus Mons, Novomonte, la Nyenberghe de los sajones), cuyas minas producían una especie de plata llamada «glama» que contenía también pepitas de oro. En los centros mineros se instalaban casas de moneda, sobre todo en Novo Brdo, en Rudnik y en Brskovo (Brescoa), pequeña ciudad floreciente, frecuentada por ragusinos y catariotas. Otro centro de actividad minera se encontraba en Kratovo, al nordeste de Macedonia, donde se han descubierto rastros de los colonos sajones.

Entre las demás ciudades más o menos importantes se cuenta Prizren, lugar de encuentro de los comerciantes griegos, dálmatas e indígenas, sobre todo durante la época de las ferias anuales, que tenían también lugar en Peć, ante el monasterio-sede del arzobispado y, posteriormente, del patriarcado. Por el contrario, Pristina es descrita por Cantacuceno como un simple burgo (*kômé*) no fortificado, que comprendía una residencia real.

Un eco de la importancia de la producción minera de Servia y, sobre todo, de la de Novo Brdo se encuentra en los autores bizantinos Ducas, Calkokondilés y Kritobulos. Según este último, al excavar por todas partes del país, se extraían, como si de fuentes se tratara, pepitas de oro y plata en gran cantidad y de una calidad superior incluso a la de las Indias. Por otra parte, Constantino el Filósofo,

un sabio búlgaro originario de Kostenec, que se había refugiado en la corte servia tras la caída de Bulgaria, dijo de Novo Brdo que era «verdaderamente una ciudad de plata y oro». Además, el monje francés Brochard había establecido, con alguna exageración, el número de minas de las que disponía el rey servio en 1332, en cinco minas de oro, cinco de plata y una que producía ambos metales, mientras que Bertradon de la Broquière estimaba que las rentas de estas minas alcanzaban, en 1433, los 200.000 ducados anuales. En cuanto a las minas de Bosnia, que eran tan importantes como las minas servias, en los documentos bosnianos de los siglos XIV y XV se habla de exportación de oro y plata, refiriéndose particularmente al oro de Vrbas.

Otra categoría de ciudades servias comprendía antiguas ciudades de origen griego, romano o ilírico, que pudieron conservar una gran autonomía y disponían de asambleas generales de las comunidades y derechos municipales particulares. Su desarrollo se sitúa entre 1250 y 1350, una vez que la aceleración de los conflictos sociales condujo a su rápido declive. Entre ellas, Dulcigno (en antiguo servio, Ulocin) fue un centro de construcción naval, mientras que sus habitantes se entregaban a menudo a la piratería. En el siglo XIII tuvo incluso una pequeña corte, lugar de residencia temporal de los miembros de la familia real. La más importante de estas ciudades fue Bar (en griego Antivari, en albanés Tivari), que disponía en el siglo XIV de un «gran consejo» donde ocupaban un escaño los miembros de las grandes familias de los Bazan, Zaretić, Boris, Samoili, Rugi, etc. Sartari tenía una población en su mayoría albanesa; los habitantes de Budva, fortaleza de antiguo origen ilírico, con nombres eslavos y albaneses, se entregaban a la viticultura, el cultivo de olivos, la pesca y, ocasionalmente, como todos los dulcignotas, a la piratería.

En el territorio bizantino ocupado, además de Serres, que desempeñó un papel muy importante en el Estado creado por Dusán, la ciudad más importante fue Skopja, en Macedonia del norte, de donde tenemos datos de cierto número de familias (griegas: Lipsiotas, Skopiotas, Apokaukos, Scropolites, etcétera). En el Danubio prodominaban las antiguas ciudades de Branicevo y, sobre todo, Belgrado, cuya época floreciente data del déspota Esteban Lazarević, que contribuyó a que la ciudad se transformara en un centro cultural y religioso, que ejercía influencia en toda Servia, un fenómeno que ha sido valorado en una reciente y minuciosa monografía de la ciudad. La *Vida del déspota Esteban Lazarević*, obra de Constantino el Filósofo, contiene una descripción del Belgrado medieval, en que la ciudad es comparada con Jerusalén y el Danubio con un río del paraíso.

El eco de las intervenciones búlgaras

La historia búlgara de esta época es similar en algunos rasgos a la historia de Bizancio, en relación a la que, de todas maneras, no cesa de definirse: fuerte declive político puntuado de agudos conflictos sociales, debilitamiento del poder central acentuado por una relación de fuerzas favorable a la causa de los boyardos, fragmentación del Estado que tuvo como resultado tantos fenómenos negativos como contradecía la expansión de la vida espiritual y cultural del país.

Desde el advenimiento de Miguel VIII Paleólogo, el zar Constantino Asen

Tih (1257-1277) tomó partido contra él, empujado por su mujer, Irene Láscaris, hermana del pequeño Juan IV, destronado y cegado. Los puertos del mar Negro, y en particular Mesembría, Anquialos, y Sozópolis, que permitían a su soberano ocasional controlar el tráfico del mar Negro y, fundamentalmente, el del trigo destinado al aprovisionamiento de Constantinopla, fueron una perpetua fuente de discordia entre los dos Estados durante estos años. Tih apoyó los planes de conquista de Carlos de Anjou, actitud tomada posteriormente por Jorge I Terter (1280-1292). Entre tanto, los ataques de los húngaros y de los bizantinos y, sobre todo, las repetidas invasiones de los turcos, que destruían los cultivos y se llevaban el ganado, combinadas con el rapaz comportamiento de los boyardos búlgaros contra los campesinos, condujeron al estallido de un movimiento popular, al nordeste del país, conducido por un porquerizo iluminado, Ivajlo. Éste, tras ocupar brevemente el trono (1278-1279), debió ceder el puesto al pretendiente impuesto por los bizantinos, Iván Asen III (1279-1280), que fue a su vez obligado a entregar la corona en favor de un boyardo de origen cumán, Terter.

De hecho, el poder del zar estaba limitado al este por el de una formación autónoma que comprendía Vidin y, en un sentido más amplio, la Bulgaria occidental; ésta, que en ciertos momentos estuvo bajo el control de los húngaros, había recobrado su independencia bajo el mandato del déspota Jacobo Svetoslav (1272) y, más tarde, bajo el del déspota Sisman, poco antes de someterse al rey servio. Hacia el final del siglo XIII, Bulgaria, dividida en varios principados, parece haber sido dominada enteramente por los tártaros, y no se liberó del yugo extranjero hasta el principio del siglo XIV, bajo el mandato del nuevo zar, Teodoro Svetoslav (1300-1322). Éste, sacando provecho de la crítica situación en la que se encontraba entonces Bizancio logró, con ayuda de Eltimir, señor de Kran (Krunos, en griego), extender las fronteras de su Estado al sur de la cadena de los Balcanes y recuperar los puertos del mar Negro; al hacer esto, impedía la exportación de trigo hacia Constantinopla, donde el hambre hacía entonces estragos a causa de la destrucción de los cultivos de Tracia. La paz impuesta así a Bizancio por las circunstancias se prolongó hasta la primera guerra civil bizantina y permitió a Bulgaria experimentar un cierto período de desarrollo económico, que se puso de manifiesto, sobre todo, por el ejercicio de actividades comerciales entre los puertos del mar Negro y las ciudades marítimas italianas.

El advenimiento al trono de la dinastía de los Şisman (1323), déspotas de Vidin, condujo a la reunificación de Bulgaria durante un cierto tiempo y a la expulsión de las regiones sub-balcánicas de la Sredna Gora, de Stilrnon a Kopsis, del boyardo Vojsil, que había sido instalado allí por los bizantinos, en calidad de «déspota de Moesia». Miguel Sisman (1323-1330) se inmiscuyó activamente tanto en los asuntos internos de Servia como en la guerra civil bizantina; estaba a punto de atacar a la primera aliándose con Andrónico III, cuando su derrota en Velbazd y su muerte acabaron bruscamente con sus proyectos. Desde entonces, Bulgaria se encontró relegada al nivel de potencia de segundo orden en la península balcánica, donde comenzaba entonces a imponerse la hegemonía servia. A pesar del debilitamiento de su Estado, el nuevo zar Iván Alejandro (1331-1371) que aseguró sus fronteras al oeste aliándose con Dusán, casado con su hermana, reanudó las hostilidades con Bizancio volviendo a integrar en su territorio los puertos del mar Negro, conquistados anteriormente por Andrónico III. A principios

de la segunda guerra civil en Bizancio, Alejandro se puso activamente de parte de la regencia de Constantinopla, lo que le proporcionó la gran ventaja de poder ampliar los límites del sur de su territorio hasta el valle superior del Hebro, es decir, la región norte de Rodopes, que había constituido hasta entonces la línea fronteriza fortificada por excelencia de las provincias europeas del imperio.

Contrariamente a estos logros territoriales, la situación interior de Bulgaria no cesaba de degradarse. A semejanza del proceso descentralizador que tenía lugar en Bizancio, el Estado búlgaro se descompuso en pequeñas unidades autónomas o semi-autónomas bajo la presión y en provecho de los señores feudales. Primeramente fueron las regiones del nordeste, entre el valle inferior del Danubio y el mar Negro, las que se separaron del gobierno de Tarnovo; el boyardo de origen cumán, Balik, se estableció allí como señor independiente. Su hermano Dobrotica le sucedió y, más tarde, se le dio su nombre a una parte de sus tierras, llamada así «Dobrudza». Hacia 1357, Dobrotica extendió sus posesiones en dirección a las estribaciones del sudeste de la cadena balcánica (Stara Planina), apoderándose de la fortaleza de Emon y, luego, de Varna, a partir de la que consiguió, con la ayuda de su propia flota, extender sus actividades en el mar Negro, oponiéndose a la presencia genovesa, e incluso inmiscuirse en los asuntos del imperio de Trebisonda. Su sucesor, el «magnificus et potens dominus Ivanko», el «Juanco» de las fuentes genovesas, firmó un tratado con Génova por intermedio de una embajada genovesa enviada de Pera, otorgando a los comerciantes genoveses toda una serie de privilegios como la libertad de movimiento en su territorio, la construcción de iglesias y de casas propias, etc. En realidad, esta actitud tuvo su precedente en la del zar Iván Alejandro, que concertó un tratado de la misma índole con los venecianos en 1352.

Tras la separación de la región nordeste del poder central, llegó de nuevo el turno de Vidin. Pero allí fue el propio zar, Iván Alejandro, quien a la manera de los Paleólogos, compartió la mayor parte de su territorio con sus dos hijos: la región de Vidin (entre los ríos Timok e Iskar) fue cedida al mayor, Iván Sracimir (1365-1396), mientras que la capital de Tarnovo con la región de Drastar (Distra), Nikopol (Nicópolis) en el Danubio, Sredec (Serdica, Sofía) y Diambol (Yampolis), le correspondió a Iván Sisman (1371-1393), nacido de un segundo matrimonio. Hay que subrayar que fue la Iglesia de Constantinopla quien se benefició de este desmembramiento, pues Sracimir, después de hacerse proclamar zar, volvió a poner a su Iglesia bajo la autoridad del patriarca de Constantinopla, como también lo hizo el señor de la Dobrudza, Ivanko. Las difíciles relaciones que tuvo Sracimir con el rey de Hungría, que transformó, durante un cierto tiempo, el reino de Vidin en un «banato» (*banatus Bulgariae*), donde empezaban a trabajar los monjes franciscanos, no le impidieron, más tarde, tras la recuperación de su sede y la muerte de su hermano, tratar de extender su poder en la región de Sofía (1371).

Como en el caso de Servia, además de un gran número de ciudades que eran en su origen ciudades griegas o romanas, se desarrollaron en Bulgaria otras ciudades a partir de los burgos construidos en torno a las plazas fuertes que habitaban los boyardos. Los habitantes de estos burgos estaban dotados de privilegios, como en Servia, y gozaban de cierta autonomía. La más importante de estas ciudades fue sin duda la capital del segundo Estado búlgaro, Tarnovo, construida

en una alta escarpadura de los Prebalcanes, rodeada por tres lados por el río Jantra y sólidamente fortificada; esta ciudad es mencionada en los textos búlgaros como «Čarigrad Tarnovo, la reina de las ciudades, ciudad gloriosa imperial, verdaderamente la segunda (ciudad) después de Constantinopla». Al norte de los Balcanes se alzaban otras importantes ciudades: por una parte, las ciudades danubianas de Vidin (Bonomia, en latín; Bodins en el texto de Boucicaut), Nikopol (la antigua Nicópolis), Orjahov (la actual Rjahovo) y Drastar (Durostorum en latín; la actual Silistra); por otra parte, Preslav, la antigua capital búlgara, Provad (la actual Provadija) al este, y Lovac (la actual Lovec) al oeste. Al nordeste de la cuenca sudbalcánica, Sredec (la antigua Serdica; la Triaditza de los bizantinos) era una ciudad fortificada pero no disponía de una acrópolis. En el macizo de Rila, Kostenec (Constantia, en griego, que no se ha de confundir con la Constantia de los Rodopes orientales), lugar de origen de Constantino el Filósofo, o Kostenecki; en la Macedonia actual, la fortaleza de Stob (Stoumpion, en griego), en el curso inferior del río Rila.

En la costa occidental del mar Negro, lugar destacado de las antiguas colonias griegas, las ciudades conservaron durante mucho tiempo los vestigios de su pasado y su carácter bizantino (en particular las ciudades costeras situadas al sur de Varna), debido sin duda a que, a menudo, fueron parte integrante del imperio: Karbona (la actual Balcik), Kavarna, Kaliakra, Konstanca, Kallia-Kilia y Likostomion, en el delta y en la desembocadura del Danubio, respectivamente; Varna (la antigua Odessos), Anquialos, Mesembría (Nesebar, actualmente y en búlgaro antiguo), Sozópolis (la actual Sozopol), Pyrgos (la actual Burgas) y Agatópolis (la actual Atopol). Al sur de los Balcanes, en la frontera constantemente disputada entre Bizancio y Bulgaria, las ciudades importantes fueron Sliven (Stilvnon, en griego), Boruj (Boroé, en griego; la actual Zagora) y Diambol (Yampolis, en griego).

En Bulgaria hubo burgos mineros, pero en un número menos importante que en Servia, fundados también por los sajones llegados de Valaquia, donde vivían en el siglo XIV. Estaban agrupados esencialmente en la ciudad montañosa de Kiprovec (la Ciprovci actual) en los Balcanes occidentales, cerca de las fuentes del río Ogosta. Negociaban, incluso *in situ*, con los minerales extraídos, tales como el hierro, la plata y el oro, cuyo recuerdo perduró en los nombres de las aldeas vecinas, Zeljazna (de *zeljazo*, hierro) y Srebarnica (de *srebro*, plata).

En lo referente a la suerte corrida por ese movimiento tan característico para la vida interna de la Bulgaria de la Edad Media que fue el bogomilismo, hay que señalar que el movimiento se amplió más aún durante el reinado de Iván Alejandro y que se extendió también por las ciudades. Al mismo tiempo, la aparición de nuevas sectas religiosas tales como la de los adamitas o los partidarios del paladín de los antipalamistas, Barlaam, ocasionó una enérgica reacción por parte del emperador y del patriarcado búlgaro, que procedió a la convocatoria de dos concilios contra los herejes, en Tarnovo, que tuvieron lugar en 1350 y en 1360. El período de persecuciones y de una encarnizada represión que vino a continuación se acabó con la adopción del hesicasmo como doctrina oficial de la Iglesia ortodoxa, a semejanza de lo que ocurría en Constantinopla, más o menos hacia la misma época. Sin embargo, la paz no volvió al seno del clero ni a la población búlgara, lo que se tradujo en una extensión del movimiento anacorético por todo el país.

El final de los búlgaros

El fin de la independencia estaba cada vez más cerca. A causa de su posición geográfica, Bulgaria se encontró siendo el primer país balcanico, después de Bizancio, en la ruta de los otomanos en suelo europeo. Ya en el curso de la segunda guerra civil bizantina, su territorio había sufrido las consecuencias de varias incursiones y del pillaje de las tropas turcas aliadas de Cantacuceno. En la región de Rodopes, el jefe búlgaro Momcil, que había extendido los límites de su principado autónomo en dirección a la costa egea hasta Xanté y Periteorion, combatió ante esta última ciudad contra los turcos de Umur y pereció al frente de sus guerreros (junio de 1345). «Momcil-voevoda» entró en las leyendas búlgaras y en las canciones populares de los Rodopes como un héroe que se había enfrentado a oscuros y pérfidos enemigos para caer finalmente víctima de una cobarde traición. La conquista otomana de la región de los Rodopes propiamente dichos parece situarse tras la batalla de Cirmen (Tzernomianon, 1371), al mismo tiempo que el zar búlgaro se convertía, al igual que el emperador bizantino, en tributario del sultán.

Algunos años más tarde, los acontecimientos se precipitaron. En 1388, el sultán Murâd I invadió la Bulgaria oriental y, posteriormente, la región danubiana para imponerse al zar Iván Sisman que, animado por el éxito del déspota servio Lázaro, había rehusado pagar su tributo anual. La caída final del Estado búlgaro de Tarnovo tuvo lugar en 1393, después de un violento asedio que la ciudad imperial debió sufrir por parte de Bayaceto, que la entregó a continuación al furor de sus tropas. En 1395, el sultán anexionó la región danubiana con Nicópolis y decapitó al zar Sisman que se había refugiado allí. En lo referente a las formaciones estatales de Vidin y Dobrudza, sucumbieron a su vez, la primera en 1396, tras la derrota en Nicópolis de la cruzada cristiana en la que participó Iván Sracimir, y la segunda, definitivamente hacia 1417, después de un período de ocupación valaca.

Para quien aún se acordara de Krum o de Simeón, de Nicéforo Focas o de Basilio II, la lamentable y vulgar decadencia de los dos grandes adversarios balcánicos debía parecerle angustiosa. De todo lo que había sido el Imperio Romano de Occidente solamente subsistían algunos puestos en manos de los italianos, prestos a transigir para mantenerse allí, un puñado de castillos, cuyas guarniciones procedían en parte de Occidente, y la ciudad sitiada, flotando en el océano turco y que arrastraba su destino, ante la indiferencia de todos, hacia una muerte próxima.

Capítulo 8

AL ESTE, TURCOS Y OCCIDENTALES CARA A CARA

Aunque Europa occidental puede hacer alarde de un indiscutible progreso y, sobre todo a partir del último tercio del siglo XV, de una notable expansión, es menester considerar que esta expansión sólo concierne, la mayoría de las veces, a las tierras situadas fuera del Viejo Mundo y que en cualquier otra parte se enfrentará con posiciones bien defendidas, especialmente en Europa oriental, el Magrib y el Próximo Oriente: la dominación otomana sobre estas regiones representa no solamente un obstáculo insalvable, sino que también, alrededor de 1575-1580, es la ofensiva de los turcos la que prevalece. Esta resistencia sólo será vencida por la penetración económica —que sólo será válida, en cierta medida, a lo largo del siglo XVII— y, por más que se haya dicho, el descubrimiento de la ruta marítima del cabo de Buena Esperanza no aporta modificaciones sensibles en las actividades económicas del mundo otomano antes de la segunda mitad del siglo XVI. Por último, conviene subrayar que los éxitos de los sultanes turcos contribuyeron a rehacer la unidad del mundo musulmán y que, excepto Marruecos —sometido a las presiones europeas—, los demás países islámicos, hasta Iraq y el golfo Pérsico, dependen de Constantinopla, que pronto se llamará «Estambul».

A lo largo del siglo XV, los otomanos ponen punto final a la existencia del Estado bizantino, tarea en la que son secundados por los venecianos y los genoveses; también ellos extienden y consolidan su autoridad en la Europa balcánica, y más tarde, en las orillas del mar Negro; aunque el Estado mameluco vive aún un período brillante y desempeña un papel de primer orden en los intercambios económicos, su situación interna empieza a degradarse y, a principios del siglo XVI, es incapaz de resistir el ataque de los otomanos. Lo mismo ocurre en el caso de los Estados turcomanos de Asia Menor oriental y de Irán occidental, herederos parciales de los iljânes; en suma, de la frontera húngara y del Danubio al golfo Pérsico y al Cáucaso, de Argelia al mar Rojo, un enorme bloque político, militar, económico e incluso religioso —en la medida en que el Islam es allí dominante y mayoría— se opone al progreso de los europeos, con tal éxito, a veces, que éstos deben abandonar cuantas bases hubieron creado, por ejemplo en el Ma-

grib. Arrojados de esta zona de paso entre Europa, África negra y Asia, a los europeos no les queda otro remedio que obviarla y establecer relaciones directas con estas regiones.

La muerte de Bizancio

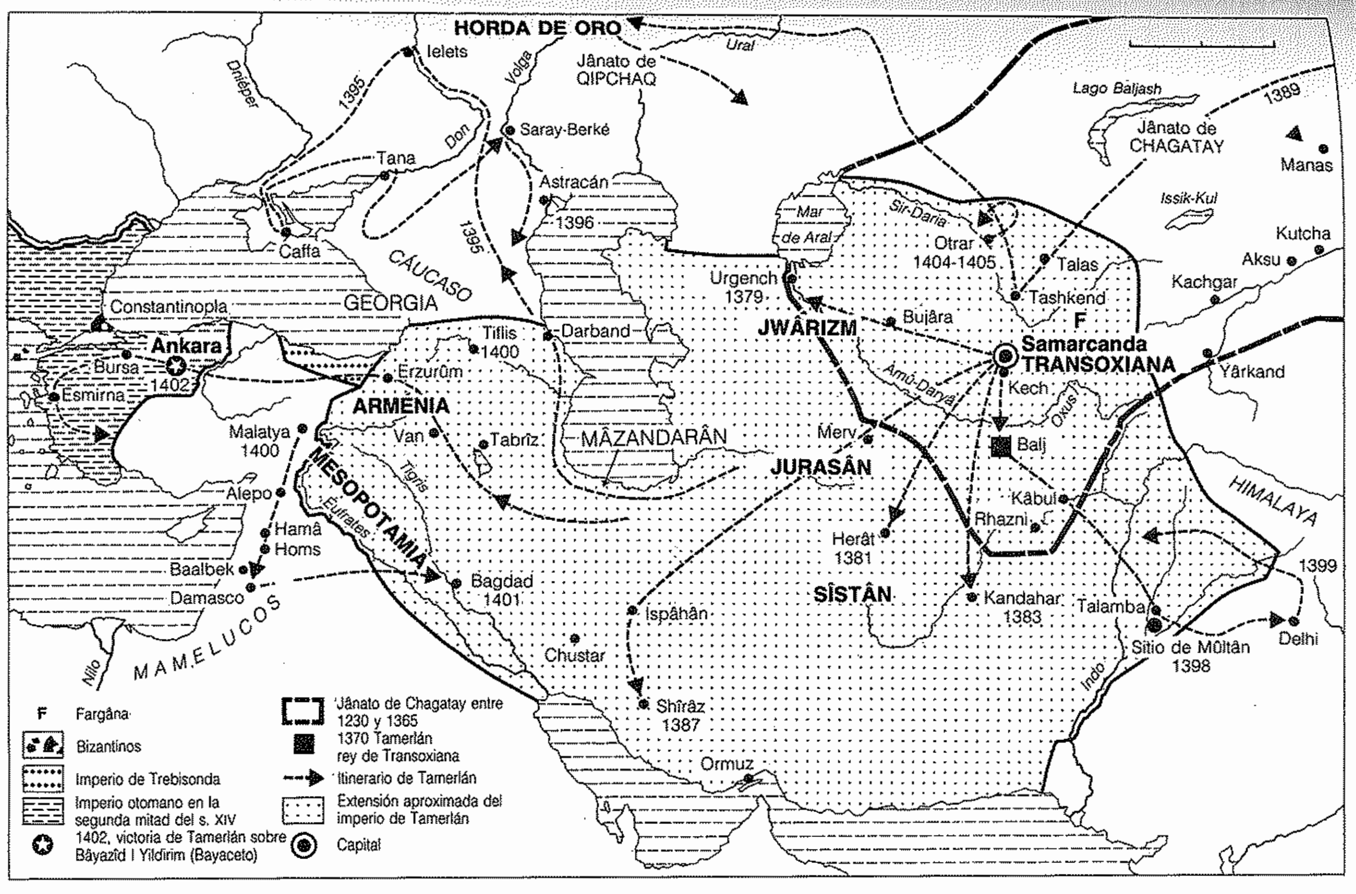
La desaparición de los griegos, perturbadora para el mundo de las ideas y dolorosa también para la cristiandad, es, sin lugar a dudas, el acontecimiento más importante del siglo XV oriental. Naturalmente, esta augusta ruina no es ya, al final del siglo XIV, más que un símbolo un poco anticuado y, para los turcos, un peligro menor. Pero tanto al oeste como al este se es consciente de que sólo la ocupación de Bizancio proporcionará a los otomanos el centro y la legitimidad sin los que su esfuerzo quedará incompleto. En el momento de la victoriosa ofensiva de Bayaceto (Bâyazîd), esto no es ya más que cuestión de algunos meses. Pero un brutal e inesperado acontecimiento concederá a los griegos medio siglo de prórroga.

Tamerlán, como un trueno

Se suele comparar a Tamerlán, como él mismo lo haría, con Gengis Jân. Si se tiene en cuenta el número de cabezas cortadas erigidas en trofeos y la ola de extremo terror que le precedía, el conquistador otomano puede rivalizar con el mongol; pero ninguna tribu, ninguna etnia le respalda, ninguna idea de organización o incluso de explotación de los suelos sometidos le acompaña, ninguna duración, por tanto, le está asegurada: una docena de años de salvaje desorden y de abominables matanzas. Los pretextos religiosos son muy débiles y en vano se buscaría un plan previo de conquista y de instalación

Tamerlán, el Cojo, es el jefe de una tribu turcomana de Samarcanda que, de 1380 a 1393, dirige la conquista y el pillaje de la planicie iraní donde se debilitan las últimas dinastías mongolas: Heraz, Chiraz, Ispâhân y Tabrîz son conquistadas y acompañadas en su ruina por la ejecución sistemática de los varones; han llegado hasta nosotros algunas impresionantes cifras de cadáveres decapitados, que incrementaron el pánico: 25.000 aquí, 50.000 allí, 70.000 más allá. Tamerlán avanza hacia el Cáucaso y hacia Mesopotamia, donde ocupa Bagdad. Movidos por una sensata prudencia, los emires o los beys de las zonas del Yarberki y de Anatolia oriental prefieren proclamar su sumisión lo que, para ejemplo —¿cuál?—, no impide al conquistador saquear Sivas y, de paso, hacer enterrar vivos a 4.000 cristianos (1400) antes de volver a bajar a Damasco, que destruye casi por completo.

Entre tanto, la India le había tentado: invoca la tibieza de la fe en esas lejanas regiones y corre a reanimarla; en 1398 atraviesa el Indo, y llega a Delhi, que toma y deja en ruinas. Como a sus campañas no les sigue ninguna ocupación de hecho, apenas vuelve la espalda las atrocidades son suficientes para provocar revueltas. Así ocurre en Asia Menor durante la expedición de Damasco; en mayor medida que Bayaceto, el otomano, el hermano de raza, tampoco tiene intención



El imperio de Tamerlán

de quedarse aquí fuera de juego. El inevitable choque tuvo lugar en Ankara el 20 de julio de 1402: los otomanos son aplastados, Bayaceto capturado con su primogénito, torturado y arrojado a una fosa, donde murió algunos meses después; algunas matanzas jalonaron esta tragedia. Como era de esperar, toda Anatolia, comprendida Esmirna, de donde los caballeros de Rodas habían sido expulsados, pasa bajo el control de Tamerlán, que surgió frente a Bizancio.

En Occidente reina el entusiasmo. El esquema de la época de san Luis renace de sus cenizas: ¡aquí está el salvador que aniquiló a los turcos, contiene a los mamelucos y ayudará a Constantinopla! El mariscal Boucicaut es el encargado de entrar en contacto con él, y castellanos y franceses envían en seguida algunos franciscanos a finales de 1403; pero tienen dificultades para reunirse con el conquistador, que ha cambiado de objetivo y ya no le interesa el Oeste; parte de nuevo al Irán, donde rechaza brutalmente a algunos enviados que no comprenden nada, pues él es musulmán y turco, no mongol y animista. Se prepara para atacar China, pero, por suerte para los Ming, la muerte sorprende a este loco sanguinario en enero de 1405. Como no hizo otra cosa que destruir, a excepción de su capital, Samarcanda, bastaron tres o cuatro años para que todo saltara en pedazos. De este azote pasajero sólo quedó una ciudad, enriquecida con el botín acumulado durante quince años.

La invasión de Tamerlán a Asia Menor y su victoria sobre el sultán Bayaceto I constituyen asimismo una verdadera catástrofe para el joven Estado otomano: no solamente pierde la mayor parte de territorios asiáticos donde se reconstituyen los *beylik* anteriormente conquistados o anexionados sino que, sobre todo, a lo largo de once años los hijos de Bayaceto se enfrentan en una serie de guerras fratricidas cuyo objetivo es el dominio del sultanato. Pero, mientras tanto, tiene lugar la fragmentación de Asia Menor, deseada por Tamerlán. No obstante, es sorprendente que, en la parte europea del Estado otomano, no aparezca entonces ningún (o casi ningún) movimiento de rebelión y que los países cristianos recientemente sometidos no trataran de liberarse de la tutela turca. ¿Existía allí, a pesar de la derrota de Ankara, una presencia suficientemente densa de fuerzas otomanas como para imponer el respeto al poder, o una debilidad tal de los países conquistados que les impedía cualquier intento de lucha contra los turcos o, tal vez, el poder ejercido por éstos no parecía tan insoportable? En todo caso, ningún elemento responsable, entre las provincias balcánicas, intervino en la guerra civil otomana y, como veremos, el emperador bizantino Manuel II no pudo lograr más que algunas limitadas ventajas de la situación. Finalmente, ésta acaba en 1413 con la victoria de Mehmet I, que se encarga de la reinstauración del poder otomano, de la reconstitución de la unidad territorial contra los países de Anatolia y de impedir que el soberano karamaní de Qonya se aproveche de la debilidad temporal de los otomanos en Anatolia.

Tres años después del triunfo de sus propios hermanos, Mehmet I ha conseguido plenamente sus objetivos y en 1416, no solamente es el jefe único de un Estado reunificado, sino que ha vencido a su rival karamaní y reafirmado la presencia otomana en los Balcanes; el único peligro consiste en la aparición de un pretendiente al trono, Mustafá, apoyado por un emir rebelde.

En este agitado período sobresalen dos importantes elementos: la innegable superioridad otomana sobre cualquier otro poder en Europa oriental o en Asia

Menor, y la solidez de las estructuras internas del Estado que, aunque pudieron ser perturbadas durante los años difíciles, se mantuvieron y pudieron funcionar de nuevo de la manera más ventajosa para el Estado cuando estuvo plenamente reconstituido.

Una prórroga pero ningún triunfo

Durante su segunda estancia en París el emperador Manuel II tuvo conocimiento de las noticias del desastre de Bayaceto en la batalla de Ankara (1402), que alteraría las relaciones de fuerzas en Oriente y proporcionaría al imperio una prórroga de una cincuentena de años. Durante la crisis dinástica a la que el Estado otomano hubo de hacer frente tras la muerte de Bayaceto en el exilio, así como durante el gobierno de Mehmet I (1413-1421), Bizancio experimentó por segunda vez una relativa paz y pudo emprender un último esfuerzo de recuperación. Se establecieron nuevas relaciones entre el imperio y el decrépito Estado otomano que permitieron al primero recuperar Tesalónica y algunas regiones costeras del mar Egeo septentrional, del mar Negro occidental y de la Propóntide, así como librarse del tributo anual pagado a los otomanos.

Pero donde Manuel puso mayor empeño fue en la consolidación de la posición del despotado de Morea que, en 1383-1384, había pasado de la familia de los Cantacucenos a la de los Paleólogos. Los problemas que el despotado tuvo que afrontar entonces se pueden resumir en los ásperos antagonismos de los numerosos detentores del poder en Quersoneso, además de los bizantinos, los navarros, los venecianos y la orden de los hospitalarios de Rodas, una de cuyas partes, tal vez la más recalcitrante, estaba formada por los poderosos señores locales griegos. Sin embargo, el despotado fue, en estos últimos años de la decadencia del imperio y a pesar de ella, el lugar en que la nueva expansión del helenismo y la efervescencia cultural, a pesar de una cierta desazón socio-económica de la sociedad moreota, prefiguraban el esbozo de un renacimiento que no pudo alcanzar su madurez, al ser brutalmente interrumpido por la conquista otomana.

Manuel se convirtió dos veces en déspota de Morea y, durante su segundo período (1415-1416), recuperando las antiguas costumbres, resucitadas por Justiniano I, hizo erigir la larga muralla de Hexamilion, entre el golfo de Salónica y el de Corinto, destinada a establecer una sólida barrera contra los ataques turcos por tierra. Los gastos y la mano de obra necesarios para esta importante construcción, en los que participó una gran parte de la población, provocaron un negativo sobresalto entre algunos señores locales que trataron incluso, aunque sin éxito, de demoler la muralla. Entre los inconvenientes a los que dio lugar se sitúa la emigración hacia las colonias venecianas del Peloponeso de numerosos campesinos griegos y albaneses y, por tanto, de una mano de obra importante, para evitar el pago de los impuestos correspondientes a la construcción. Sea como fuere, tras la partida del emperador, su hijo mayor Juan, el futuro coemperador, y su otro hijo Teodoro II, déspota de Morea, pudieron extender considerablemente el territorio del despotado en detrimento del principado latino de Acaia, que fue salvado por los pelos gracias a la intervención de los venecianos.

Manuel tenía plena conciencia de la precariedad de la paz con los otomanos,

razón por la que no abandonó la búsqueda de una ayuda de Occidente, en una coyuntura ciertamente desfavorable para Bizancio: Venecia y Hungría se hallaban en pie de guerra, y el papado estaba muy preocupado por las dificultades internas de la Iglesia latina que el concilio de Constanza —donde murió, en 1415, el enviado personal del emperador, Manuel Crisoloras, convertido al catolicismo— trataba de resolver, para prestar atención a la embajada de Manuel. Los únicos resultados, de un alcance secundario, de esta embajada fueron la puesta en venta por el papa Martín V de indulgencias destinadas a la construcción de Hexamilion, así como el consentimiento del papa para el matrimonio de princesas católicas con miembros de la familia imperial; una serie de tales uniones sella este aproximamiento superficial de los dos mundos, que no aporta a Bizancio ningún alivio a los graves problemas del momento.

No se podía contar más tiempo con el apoyo italiano. Sin duda, los intereses de las repúblicas mercantiles en lo que quedaba del imperio no eran desdeñables; pero todo el interior de las tierras era turco y había que tener cuidado con los sultanes como, por otra parte, estos últimos lo tenían respecto a los mercaderes occidentales. Desde la cuarta cruzada, los venecianos implantaron sistemáticamente bases en la vía marítima que unía Venecia con Constantinopla, Zara, Corfú, Cefalonia, Zante, Modón, Corón, Creta, las islas del mar Egeo y Eubea, así como Salónica y Patras en ciertos períodos; al estar igualmente en posesión de Constantinopla y de la salida al mar Negro, y al haber arrojado a los genoveses hacia el Asia Menor, pudieron poner en pie un verdadero imperio, al que se dio el nombre de «Romania veneciana». La recuperación de Constantinopla por los griegos en 1261 y el momentáneo desquite de los genoveses no hacen perder prácticamente nada a los venecianos, a los que Miguel VIII Paleólogo concede un barrio de la capital y el ejercicio de actividades económicas. Al baile veneciano de Constantinopla, representante de la Serenísima República, se añaden otros representantes venecianos en el Levante (Trebisonda, Chipre, Siria, Alejandría). Toda una red comercial cubre las tierras del interior y Venecia saca un gran provecho de una organización particularmente eficaz puesta a punto por el Senado y los organismos económicos. Esta privilegiada situación de los venecianos se debe, en gran parte, a su dinamismo comercial, pero también a la progresiva retirada de los bizantinos y, en determinados momentos, de los genoveses. Es evidente que durante todo el espacio de tiempo que los turcos no amenazaron directamente los intereses de Venecia y que, en consecuencia, las preocupaciones y los gastos de defensa de las bases son realmente menores, el comercio veneciano se desarrolla; y, si se observa la implantación de estas bases, se comprueba que, casi obligatoriamente, los intercambios entre las tierras del interior (y los países más lejanos) deben pasar por ellas. Esta situación se modifica un poco cuando los turcos empiezan a mostrarse más amenazantes y más exigentes, ocupan Bosnia, Albania, Salónica, hacen del Peloponeso un tributario y controlan la casi totalidad de las costas occidentales y meridionales del mar Negro: entonces los venecianos intentan, si no volver a dar una vida activa al Estado bizantino, al menos impedir que sucumba. Pero estos intentos quedan siempre limitados, pues no era cuestión de enfrentarse directamente a los turcos: Salónica constituyó una excepción. La lectura de los documentos venecianos permite comprobar que su ayuda a los últimos emperadores de Bizancio fue limitada, incluso en el momento del

sitio de Constantinopla: la Romania veneciana representa un elemento mucho más importante como para sacrificarla a una causa irremediablemente perdida. Lo que no impediría a los venecianos tener, un poco más tarde, una actitud ofensiva con respecto a los turcos: pero esto no concernía ya a los bizantinos.

En cuanto a los genoveses, beneficiarios de los acontecimientos de 1261 y de sus consecuencias inmediatas en Constantinopla y en el imperio griego, iniciadores de la expansión comercial occidental en Crimea y en el jânato de la Horda de Oro, dueños de Focea y de las islas de Lesbos y de Quíos, tienen menos relaciones con Bizancio a medida que pierde su territorio en provecho de los turcos. Aunque un contingente genovés acudiera en ayuda de los griegos en el momento del sitio de Constantinopla —y combatiera valientemente—, los genoveses fueron los primeros en reconocer la supremacía otomana y en obtener del sultán la confirmación de sus antiguos privilegios en Galata, Quíos y Lesbos.

Es cierto que, en el contexto de la primera mitad del siglo XV, Bizancio sólo podía contar con sí misma: el reino de Chipre, en manos de los Lusiñán, vivía demasiadas dificultades con los mamelucos y los genoveses para interesarse por los bizantinos, al tiempo que antiguos resentimientos se interponían entre el imperio y el reino. Aunque los griegos pudieron restablecer, a principios del siglo XV, su dominación en la parte «latina» del Peloponeso (principado de Morea), dominación que sólo duró una treintena de años, no pudieron tomar el ducado de Atenas a los Acciaiuoli, magníficos florentinos que dieron una nueva vida a Atenas, pero una vida italiana, no griega.

Finalmente, los hospitalarios —o caballeros— de San Juan de Jerusalén, expulsados definitivamente de Tierra Santa en 1291, encontraron un lugar de repliegue en Chipre. Pero, en 1306-1308, se apoderaron de la isla de Rodas en detrimento de los bizantinos; la convirtieron en sede de su orden y en base de intensas actividades marítimas en el Mediterráneo oriental; participaron en la cruzada de 1344 que condujo a la conquista de Esmirna, que los caballeros ocuparon hasta la toma de la ciudad por Tamerlán en 1405. Se apoderaron a la sazón de la antigua Halicarnaso (la actual Bodrum), donde construyeron el castillo de San Pedro, a partir del que lanzaron algunas incursiones marítimas; pero la inmediata proximidad de los otomanos les impidió tener una actividad intensa e incluso constituyeron un blanco para ellos: y, por supuesto, no aportaron la menor ayuda a los bizantinos.

El advenimiento de Murad II (1421-1451) al trono de los sultanes proporcionó la respuesta a las aprensiones del emperador. En junio de 1422, Murad cercó la capital, a pesar y a causa de los esfuerzos de Juan VIII, elevado a la categoría de coemperador, por detenerlo oponiéndole un pretendiente. Este cerco, de corta duración (tres meses) pero de una especial violencia, dio a la población, que resistió valientemente, el amargo presagio de lo que sucedería treinta años más tarde. La aparición de otro pretendiente, instigado por Manuel, obligó a Murad a levantar el bloqueo; éste se dirigió poco después hacia Grecia central y el Peloponeso, donde, una vez destruidas las fortificaciones construidas con tanto esfuerzo por Manuel en Hexamilion, avanzó hasta Mistra provocando estragos a su paso. El tributo anual fue restablecido por el tratado pactado luego entre él y Bizancio: éste abandonó las ciudades del mar Negro, excepto Mesembria y Derkôn, y fue autorizado a conservar el Peloponeso, a condición de no emprender

la reconstrucción de Hexamilion. Tesalónica, asediada desde 1422 y atormentada por el hambre, fue cedida por el déspota Andrónico Paleólogo, tercer hijo de Manuel, a los venecianos, que prometieron salvaguardar los privilegios de la ciudad y hacerse cargo de ella. No obstante, Venecia no pudo mantenerse en Tesalónica más de siete años; todas las propuestas hechas a Murad para el pago de un tributo anual muy elevado habían fracasado, la ciudad fue tomada el 29 de marzo de 1430 y saqueada a lo largo de tres días. Las circunstancias volvían, pues, a ser las mismas que las de antes de la batalla de Ankara.

Manuel II murió en julio de 1425, con el hábito de monje, habiendo pasado el poder, desde 1421, a su hijo y coemperador Juan VIII. El pueblo le estuvo agradecido porque supo, preservándole de la cautividad, no empeñar su palabra en compromisos con respecto a Occidente. Había mantenido contactos con el papado, pero insistiendo sobre su punto de vista, que fue en el fondo el de Cantacuceno y el de la aplastante mayoría de los bizantinos y de la Iglesia: la prioridad de un concilio ecuménico que discutiera con absoluta imparcialidad sobre las cuestiones de la unión antes de decidirla; y, de todas formas, el inmediato envío de ayuda, sin la que el concilio acabaría por no poder celebrarse, al no existir una Constantinopla libre.

¿Una esperanza en Morea y otra en Occidente?

Juan VIII (1425-1448) reinó de hecho sobre la ciudad-Estado en que se había convertido Constantinopla y su región adyacente, mientras que sus hermanos se repartían los restos del imperio, sobre los que gobernaban como déspotas autónomos: Constantino en Mesembria y Anquilaos, con el consentimiento del sultán y el déspota Demetrio en Lemnos, en tanto que Teodoro II quedó solo a la cabeza del despotado de Morea hasta 1427, momento en el que compartió el poder con Constantino y Tomás Paleólogo. Al igual que su padre, Juan VIII prestó una particular atención a la única fuerza viva del imperio declinante, el Peloponeso, donde el poder bizantino logró restablecerse en casi toda la isla, a excepción de las posesiones venecianas (Modón, Corón, Nauplia y Argos) y Patras, que se encontraba bajo la autoridad del arzobispo latino. En 1430, Patras se rindió también a Constantino Paleólogo, lo que inició el final de la existencia del principado latino de Acaya. En el norte, por el contrario, el imperio perdía los últimos baluartes que aún eran libres, Tesalónica, como ya hemos dicho, y Janina; ésta última fue entregada a Sinan Pacha por sus propios habitantes, que no quisieron correr la suerte de la primera y que, por esto, conservaron determinados privilegios concernientes a sus libertades, la propiedad rural de la Iglesia y de los poderosos y la protección del pueblo.

Ante la gravedad de la situación, Juan VIII se resignó a jugar una vez más la carta de la unión, a fin de provocar una cruzada para la salvación de todo el Oriente cristiano. Se trataba sin duda de un engaño: los emperadores, a cambio de la ayuda deseada, ofrecían al papado la unión de la Iglesias, que en el fondo no era más que la sumisión de la Iglesia de Constantinopla a Roma, tema del que su pueblo no quería oír hablar; los papas, por su parte, hacian hincapié en la prioridad de la sumisión en detrimento de la ayuda que, de todas formas, co-

rría mucho peligro de quedar en el dominio de los proyectos. Es cierto que, entre tanto, se produjo un cierto cambio de ideas respecto a la unión en los círculos de la alta nobleza constantinopolitana y, sobre todo, en los medios intelectuales, donde tomó forma el movimiento de los partidarios de la unión (*philénôtikoi*), enfrentado al de sus adversarios (*anthénôtikoi*); éstos, bajo la contradictoria impresión de la toma de Tesalónica y de la rendición de Janina, empezaron a acostumbrarse a la idea de esta última solución, pues representaba, desde su punto de vista, el menor de los dos males. Por otra parte, las condiciones de vida en la capital iban siendo cada vez más precarias. Los viajeros occidentales de esta época hablan de la imagen de una ciudad sobre la que se cernían el abandono y la desesperación. Varias iglesias y palacios caían en ruinas; la ciudad parecía invadida por pobres y desvalidos, y un nuevo ataque de peste, en 1435, contribuyó un poco más a diezmar los efectivos demográficos. En estas circunstancias, Juan VIII (que se había rendido ya a Occidente en calidad de coemperador), consiguió, en noviembre de 1437, según parece, a causa de la emprendida unión, viajar a Italia, que vería por última vez a un emperador bizantino pisar su suelo.

La delegación bizantina, a cuya cabeza estaban Juan VIII y el patriarca José II, comprendía, además del déspota Demetrio, hermano del emperador, diversas personalidades civiles y eclesiásticas, entre las que se contaban el metropolita de Nicea y futuro cardenal de la Iglesia latina, Besarión, el filósofo Jorge Gémistos Pléthon y Gennadios Escolarios, que llegaría a ser el primer patriarca de Constantinopla tras su caída; incluso la Iglesia rusa estuvo representada por Isidoro, el metropolita griego de Kiev. Llegaron a Venecia en febrero de 1438, desde donde se dirigieron a Ferrera y, posteriormente, a Florencia; pero la unión no fue proclamada hasta julio de 1439, ante el papa Eugenio IV, por el cardenal Cesarini, que lo hizo en latín, y por Besarión, que lo hizo en griego, tras largos y minuciosos debates que enfrentaron, a veces ferozmente, a las dos facciones de este concilio ecuménico. El reconocimiento de la primacía del papa fue formulada con un espíritu de moderación, pero, en conjunto, la impresión que se sacaba era la de la sumisión de la Iglesia ortodoxa a Roma. El emperador y todos los prelados griegos firmaron el «Tomos de Florencia», a excepción del metropolita de Éfeso, Marcos el Eugénikos, decidido adversario de la unión. La triunfante Iglesia romana quiso dar un gran significado al acontecimiento, que fue celebrado con la participación de todos los florentinos y cuyo recuerdo quedó perpetuado en algunas obras del Renacimiento. Basta citar, además de la medalla grabada por Vittorio Pisano con la doble representación del emperador Juan VIII, y la reproducción de escenas del concilio en el pórtico central de San Pedro de Roma, debidas a Antonio Filareto, las obras maestras de los frescos de Benozzo Gozzoli en los muros de la capilla del palacio Medici-Riccardi, en Florencia (pintados entre 1459 y 1464): entre los ilustres miembros de la familia Medici representados en la *Procesión de los Magos*, figura Juan VIII a caballo, suntuosamente vestido y enmarcado en un fabuloso decorado, y junto a él, el patriarca José; el tiempo histórico transcurrido desde entonces da un sentido cargado de significación a la expresión del rostro del último emperador bizantino que se aventuró en Occidente para buscar la solución de una causa perdida de antemano.

Pues realmente, no se obtuvo nada en concreto de la unión de Florencia, que se reveló de una importancia casi nula en relación a la de Lyon, gracias a la que

el peligro occidental fue alejado, siquiera provisionalmente. De Florencia sólo se desprendieron efectos negativos en la medida en que el pueblo bizantino se dividió profundamente en dos partes adversas e irreconciliables para siempre, cuyas querellas religiosas se mezclaban con cuestiones políticas y, principalmente, con disensiones entre los miembros de la dinastía de los Paleólogo. En el mundo ortodoxo de los Balcanes, y sobre todo en Rusia, la reacción fue igualmente viva contra la apostasía de Constantinopla: Isidoro fue depuesto por el gran duque de Moscú Basilio II y, desde entonces, la Iglesia rusa decidió elegir por sí misma sus prelados. También en Oriente, los patriarcas ortodoxos de Antioquía, de Jerusalén y de Alejandría desautorizaron a sus representantes en el concilio y abjuraron de la unión. Poco a poco, frente a la cólera popular, algunos protagonistas de la unión acabaron por retractarse, al mismo tiempo que los jefes de los unionistas, Besarión e Isidoro, se convertían definitivamente al catolicismo y llegaban a ser cardenales de la Iglesia latina.

La cruzada que la unión de Florencia no supo emprender comenzó a hacerse realidad algunos años después, a medida que los otomanos se aproximaban a la frontera húngara. Ladislao III, rey de Polonia de la dinastía de los Jagellon, que había sido coronado en 1440 como rey de Hungría, acompañado de su vasallo, el voivoda de Transilvania, Juan Corvino Hunyadi, y del déspota servio Jorge Branković, se puso a la cabeza de un gran ejército al que se unió el príncipe Vlad de Valaquia, y al que Venecia, el papa y el duque de Borgoña proporcionarían navíos. El principal objetivo de la empresa fue, como en el caso de la cruzada de Nicópolis, repeler la amenaza turca que pesaba sobre Hungría y liberar las regiones servias limítrofes; pero no era menos cierto que Constantinopla despuntaba esta vez en el horizonte, bajo las presiones del papa y del cardenal Cesarini. Por otra parte, la ocasión se mostraba propicia a estos proyectos, dado que Murâd combatía entonces en Anatolia contra el emir de Karamania, aliado de los cruzados. Al mismo tiempo, en Albania, Jorge Castriota Skanderberg organizaba la resistencia, mientras que en el Peloponeso, el déspota Constantino había reconstruido Hexamilion y, una vez atravesado el istmo, obligaba al duque de Atenas, Nerio II Acciaiuoli, a convertirse en su tributario.

El plan de la siguiente cruzada, poco más o menos, es el de la cruzada de Nicópolis: el ejército aliado, de 25.000 a 30.000 hombres, atraviesa Servia y Bulgaria, donde consigue algunas victorias. Murâd se apresura, para ganar tiempo, a concertar en Andrinópolis un armisticio de diez años, que fue ratificado por Ladislao III, en Szegedin, en julio de 1444: se imponían ciertos límites a la expansión otomana en los Balcanes y se permitía a Jorge Branković recuperar sus territorios. Éste, satisfecho con el arreglo, no se moverá cuando los otros jefes de la cruzada decidan reiniciar las hostilidades, empujados, al parecer, por los venecianos y por Cesarini, que, según se dice, quería desligar al rey Ladislao de su juramento. No contaban con la rapidez de reacción de Murâd, que se precipitó sobre Anatolia con un ejército de alrededor de 80.000 a 100.000 hombres y aplastó a los aliados en la batalla de Varna (noviembre de 1444). Ladislao y Cesarini murieron en ella; Hunyadi se refugió en Hungría, desde donde, en calidad de regente, continuó proyectando alianzas antiturcas, antes de caer en la llanura de Kosovo, en 1448. Con la batalla de Varna, se vino abajo el último intento de una

reacción europea conjugada; y Juan VIII se vio obligado a felicitar al mismo Murâd por su éxito contra los cristianos.

Un islote perdido en el Islam turco

En lo sucesivo, Europa occidental se habituó a considerar la caída del imperio como cosa hecha y a aceptar un *statu quo* que fijaría los límites de la conquista otomana en las fronteras de Hungría y en el macizo albanés. Constantinopla no parecía ser ya más que un islote en el desierto turco, cuya arena acabaría tarde o temprano por engullirla. La unión de Florencia contribuye a acentuar el aislamiento de Bizancio del resto de la cristiandad occidental que, sin duda, se apiadaba del destino de la oveja descarriada, al tomar conciencia del hecho de que afortunadamente había conseguido hacerle alcanzar a tiempo el redil espiritual antes de su eliminación física.

Los contactos entre Constantinopla y el Occidente eran cada vez más escasos tras la catástrofe de Varna y, poco antes de su muerte, Juan VIII firma el sempiterno tratado con Venecia. Entre tanto, Murâd II había invadido Morea una vez más, destruyendo a base de artillería las fortificaciones de Hexamilion, y había impuesto de nuevo el tributo anual a los déspotas Tomás y Constantino Paleólogo, el último de los cuales abandonaría pronto el Peloponeso para acceder al trono. No era «un emperador educado en Constantinopla, impuesto por Constantinopla; era Morea, la Morea en que los últimos Paleólogos tenían su principal apoyo, quien le había creado políticamente y, una vez encontradas en esta Morea las fuerzas necesarias, había ido a instalarse en Constantinopla en tanto que príncipe moreota...». Pues la capital «era todavía la ciudad internacional, pronto invadida por el otomanismo, mientras que Morea era una patria limitada, una Romais más real ... donde la vida política griega no desapareció hasta algunos años después de la conquista de Mehmet II en el Bósforo...».

Constantino XI llegó a Constantinopla el 12 de marzo de 1449, tras haber sido coronado en Mistra en enero del mismo año. El hombre que se convertiría en el último emperador de Bizancio estuvo a la altura de las circunstancias y supo dar a las últimas horas de este imperio milenario la exaltación que le faltó hacia el final de su vida. Constantino emprendió en seguida desesperadas gestiones con las potencias occidentales para salvar Constantinopla, haciendo hincapié en el peligro que representaría su caída para todo el mundo cristiano. Roma, Venecia, Génova, Ragusa, Hungría, Francia, el emperador germánico y el rey de Aragón y Nápoles desestimaron la demanda. Por el contrario, este último, Alfonso V, desvió por su cuenta, en vista a sus proyectos de creación de un nuevo imperio latino de Constantinopla, que él encabezaría, algunas sumas proporcionadas por el papa para la defensa de la ciudad. En realidad, la coyuntura histórica no permitía la hipótesis de una ocupación latina en Oriente ni la de la salvaguarda de Constantinopla, y la movilización cristiana, que no pudo realizarse en su momento, no habría conseguido nada en las condiciones que prevalecían hacia mediados del siglo. Las ciudades marítimas italianas anunciaban ya el futuro: los venecianos se veían practicando el comercio en los mercados de Andrinópolis, dadas las amistosas relaciones que mantenían con el sultán; por otra parte, los genoveses

de Gálata y de Quíos tenían cuidado de que la caída del imperio no perjudicara sus actividades comerciales en el mar Egeo y el mar Negro.

Sin embargo, Constantino se deshacía en peticiones de ayuda, dirigiéndose especialmente al papa, cuyo nuncio apostólico, el cardenal Isidoro, ex-metropolita de Kiev, llegó a la capital para asistir a la proclamación de la unión, celebrada en Santa Sofía en ausencia del clero constantinopolitano, que se negó a participar (diciembre de 1452); en cuanto al último patriarca de Constantinopla libre, Gregorio III, se había refugiado ya en Roma, descorazonado por la oposición de la que era objeto en los medios eclesiásticos. Pero el gran ausente de esta misa romana fue el pueblo de Constantinopla que estaba dispuesto a perderlo todo excepto su fe ortodoxa; ésta, reforzada e incluso exacerbada ante el inminente fin, constituía su único punto de apoyo en la agonía suprema. Desde este punto de vista, las palabras atribuidas al gran duque Lukas Notaras (aunque se había naturalizado genovés y mantenía relaciones comerciales con los genoveses), según las cuales prefería más ver el turbante turco en la capital que la mitra latina, traducen perfectamente los sentimientos de la mayoría de la población; pero revisten una significación plenamente trágica, vista la suerte que los turcos inflingieron al propio Notaras, que debió asistir a la ejecución de sus hijos antes de seguirles en la muerte.

El nuevo sultán, Mehmed (Mahomet) II, el Conquistador (1451-1481), estaba completamente decidido a acabar con Constantinopla, cuyo incomparable emplazamiento estratégico le era necesario para realizar la unión de las dos partes de su Estado y tomar posesión de una nueva capital, bien asentada en las orillas de los dos continentes. La construcción de la enorme fortaleza en la ribera europea del Bósforo, llamada por el sultán «Bogazkesen» (es decir, paso angosto, estrecho, pero también «sitio peligroso»), el Rumeli Hisar de nuestros días, reveló, si es que era necesario, sus intenciones a los aterrorizados habitantes de la ciudad. Constantino protestó varias veces antes de resignarse y de expresarse así en un mensaje enviado, según el historiador contemporáneo Dukas, a Mahomet:

> Ya que has optado por la guerra y no puedo persuadirte con juramentos ni con palabras halagüeñas, haz lo que quieras; en cuanto a mí, me refugio en Dios y si está en su voluntad darte también esta ciudad, ¿quién podrá oponerse? ... Yo, desde este momento, he cerrado las puertas de la ciudad y protegeré a sus habitantes en la medida de lo posible; tú ejerces tu poder oprimiendo pero llegará el día en que el Buen Juez dicte a ambos, a mí y a ti, la justa sentencia.

El final de la Nueva Roma

Abandonado por todos, Constantino pudo al menos reforzar el abastecimiento de la ciudad y proceder a las reparaciones necesarias en las murallas antes de que comenzara el bloqueo, fundamentalmente al acabar los trabajos de Rumeli Hisar. Las fuerzas en liza eran más que desiguales. Frente a las decenas de millares de hombres del ejército ruso (las fuentes dan cifras que oscilan entre los 165.000 y los 400.000 hombres, aunque la más fiable es la primera), al mando de los derviches y seguido por multitudes de soldados irregulares y de no combatien-

tes, no había más que algunos millares de griegos (4.773 según el historiador contemporáneo Esfrantzés, y de 6.000 a 7.000 según las fuentes italianas) y algunos contingentes extranjeros: 200 arqueros que habían llegado con el cardenal Isidoro y el obispo genovés de Quíos, Leonardo, y 700 hombres, reclutados en Génova, Quíos y Rodas, bajo las órdenes de Giovanni Giustiniani Longo, el famoso Genovés de Quíos. Esfrantzés habla de 2.000 extranjeros (en relación a una población total de la ciudad que no sobrepasaba los 50.000). Sea como fuere, la relación de fuerzas no parece haber sido inferior a 1 contra 15. Los defensores, insuficientemente armados, se repartieron en los puntos cruciales de las murallas, en tanto que unos 26 buques de guerra fondeaban en el Cuerno de Oro, frente a la gran flota turca (400 buques, aproximadamente), alineados en el Bósforo, del lado de Diplokionion (hoy Beshik-Tash).

Dada la mediocridad de los efectivos, los bizantinos no disponían más que de dos bazas, además de la situación estratégica de su ciudad: la cadena que cerraba el Cuerno de Oro de tal manera que impedía el acceso al puerto a la flota extranjera y hacía así inatacable la muralla marítima, y la gran muralla terrestre de Constantinopla, de cuatro millas de largo, que delimitaba la ciudad a partir de la Pronpótide hasta el extremo norte del Cuerno de Oro y que nunca había sido atravesada por la fuerza desde el siglo V, fecha de su construcción bajo el mandato de Teodosio II. No obstante, la mayor ventaja estaba en manos del adversario: el ejército turco estaba equipado con armas fruto de la nueva tecnología bélica que acababa de nacer y sería aplicada por primera vez a semejante escala. Probablemente se ha exagerado la eficacia del «cañón real», construido, entre otros, por un sajón de Transilvania cuyo nombre era posiblemente Urbano —que abandonó a Constantino por la mayor remuneración que le ofrecía Mahomet—, y que Ducas califica de «monstruo terrible y extraordinario». De todas formas, el poder de descarga del conjunto de la artillería turca fue mucho más que el que una construcción del siglo V, reparaciones posteriores comprendidas, estaba en condiciones de soportar. Pues los defensores sólo disponían de flechas, lanzas y catapultas, en tanto que los pocos cañones pequeños que tenían carecían además de proyectiles. Los tiempos habían cambiado y Bizancio se encontraba con un siglo de retraso.

Después llegó el momento en que la ciudad fue totalmente bloqueada por tierra y por mar. No hubo maniobras de diversión en el Danubio, por medio de las que Hunyadi podía aliviar, siquiera provisionalmente, a Constantinopla; por el contrario, algunos de sus hombres, según parece, sirvieron de asesores técnicos al ejército turco para un mejor uso de los cañones. La ayuda en buques de guerra y en soldados, prometida por Venecia y por Génova, se redujo a dos embarcaciones venecianas con 800 soldados a bordo, que no llegaron hasta abril de 1453, y a un navío genovés, en tanto que Jorge Branković enviaba a Mahomet el contingente debido en su calidad de «vasallo». Mahomet, por su parte, a fin de impedir que los hermanos de Constantino acudieran en su ayuda, había enviado ya las tropas de Tesalia con Turachán para invadir el Peloponeso, que fue devastado hasta Mesenia.

En el interior de la ciudad, el espíritu de resistencia y la exaltación que inspiraba la toma de conciencia, durante mucho tiempo rechazada, de la evidente proximidad del fin, se habían apoderado de los defensores y del pueblo, con el em-

perador Constantino y los altos dignatarios del imperio a su cabeza, contándose, entre estos últimos, miembros de la familia de los Cantacuceno. El «baile» de la colonia veneciana de Constantinopla con sus hombres así como dos capitanes venecianos ofrecieron su participación en el combate, del que daría cuenta en su diario del sitio Niccolò Barbaro; el cónsul catalán hizo otro tanto, y algunos genoveses de Galata se sumaron a las fuerzas de Giustiniani. Con él iba el ingeniero y zapador llamado John Grant, que los griegos consideraban como un alemán, pero que posiblemente fuera escocés.

El sitio se intensificó a partir del 7 de abril de 1453, una vez que el grueso de los efectivos se hubo encaminado a Andrinópolis y apostado ante las murallas terrestres de la capital. Un primer ataque acompañado de disparos de artillería fue rechazado, mientras que algunos navíos genoveses cargados de hombres y de provisiones lograron hacer ceder el bloqueo y entrar en el Cuerno de Oro. Esta acción decidió a Mohamed —siguiendo famosos precedentes—, con la colaboración de ingenieros italianos, según parece, y con ayuda de considerables medios humanos y mecánicos, construir una «vía» terrestre (*diolkos*) de alrededor de 12 km, para unir el Bósforo con el Cuerno de Oro, sobre la que hizo después remolcar unos 70 navíos que se apostaron en el Cuerno de Oro (21-22 abril). El historiador contemporáneo Kritobulos describió el estupor y la desesperación experimentados por los habitantes de la ciudad al ver los barcos que se deslizaban por las pendientes de la colina de Pera «como si navegaran por el mar, con sus tripulaciones, sus mástiles y el resto del equipo». Las murallas estaban ya muy dañadas e incluso había muertos a causa del miedo provocado por el bombardeo del que los constantinopolitanos fueron los primeros en Europa en padecer sus efectos. El 18 de mayo, una torre móvil de madera (*helépolis*) fue levantada por encima de las murallas, pero los defensores consiguieron quemarla. El 23 de mayo una embajada de Mahomet, enviada para obtener la rendición de la ciudad, partió con esta respuesta del emperador, de un alto significado moral, que indicaba claramente el espíritu de resistencia manifestado en la hora del supremo sacrificio: «El hecho de darte la ciudad no me compete a mí ni a ninguno de sus habitantes; pues todos vamos a morir por una decisión común, por nuestra propia voluntad, y no escatimaremos nuestras vidas».

Los últimos preparativos en el campo turco tuvieron lugar los días 27 y 28 de mayo, al mismo tiempo que en la ciudad, toda la población, griegos y latinos, se reunían en la iglesia de Santa Sofía para asistir a la última misa. La mañana del 29 de mayo, el ataque general se puso en marcha en tres etapas. En la tercera, en que intervino el cuerpo escogido, los jenízaros, la violencia del combate alcanzó su máxima cota. Fue entonces cuando Giustiniani recibió la herida que le obligó a abandonar la batalla, sembrando así la confusión entre las filas de combatientes. Constantino trató con muchas dificultades de contenerlos, pero una cincuentena de turcos habían podido entrar en la ciudad forzando la pequeña puerta de «Kerkoporta» y abrirse paso, a continuación, hacia las otras. El resultado fue un combate a muerte, especialmente violento cerca de la puerta de San Romano, donde se vio a Constantino por última vez. Se había quitado sus insignias imperiales y murió combatiendo como un simple soldado ante una de las puertas de la ciudad de la que fue emperador. La resistencia se quebrantó y el estandarte otomano izado sobre las murallas anunció la caída de Constantinopla. El sultán

hizo por la noche su entrada solemne en la ciudad, que entregó al furor de sus soldados, una vez expresado su deseo de conservar solamente intactas para él las murallas y las casas. La ciudad fue saqueada a lo largo de tres días. El historiador Kritobulos de Imbros, que se puso al servicio del sultán y se convirtió en apologista de sus proezas, reconoció que el ejército turco «hizo evacuar y devastó toda [la ciudad], la destruyó como por obra del fuego y la dejó absolutamente negra, hasta el punto de que era difícil creer que antaño hubiera habido allí habitantes, riquezas, prosperidad urbana o cualquier tipo de mobiliario doméstico y de magnificencia». Solamente un reducido número de habitantes se pudo salvar en navíos venecianos. La colonia de Galata entregó sus llaves al sultán, que le otorgó privilegios en recompensa por su rendición.

La liquidación

Una vez salvado el obstáculo principal y establecida la unidad del nuevo imperio, Muhammad procedió, a una velocidad relámpago, a la conquista de los vestigios griegos, latinos y eslavos de la península balcánica y del Oriente. La suerte del despotado de Morea fue decidida en 1460. El déspota Demetrio Paleólogo, enemigo ferviente de la unión de las Iglesias, se rindió a Muhammad con su familia y recibió como patrimonio algunas islas del norte del mar Egeo y la ciudad de Ainos en la costa tracia. Por el contrario, Tomás Paleólogo se dirigió a Italia, donde el papa le concedió una pensión, y Venecia acompañó su oferta de subsidios con un tratado de alianza contra los turcos. Su hija, la princesa Zoé, se casó en segundas nupcias con el zar de Rusia Iván III (1472), mientras que la hija de Zoé, Elena, se casaría en 1513 con el rey de Polonia Alejandro Jaguellón, del que no tuvo descendencia. El primogénito de Tomás, Andrés, el protegido de Besarión, fue considerado en Occidente como el heredero legítimo del trono bizantino y del despotado de Morea. El papa le concedió el título de déspota, que figura en el texto de su bula: *Andreas Paleologus Dei gratia despotes Romeorum*; además, en la crisobula de 1483, emitida por Andrés, se autodenomina: *Andre(a)s Paleologus Dei gratia fidelis imperator Constantinopolitanus*. En lo referente a Manuel, el hijo menor de Tomás, abandonó Roma en un determinado momento para reunirse con el sultán, que le ofreció un patrimonio y una pensión. Tuvo dos hijos, de los cuales el menor se convirtió al Islam.

El Estado de los Comnenos de Trebisonda hubo de hacer frente a los turcos durante el reinado de Juan IV Kalojoannés (1429-1458); después de haber servido de refugio a los griegos que huían de Constantinopla, Trebisonda fue tomada por los turcos y Juan IV debió reconocerse vasallo del sultán y pagar un tributo (1454). Tratando de recobrar su independencia, se alió con Uzun Hasan, soberano del Estado turcomano de los Aq Qoyunlu (Carneros Blancos), establecidos en Asia Menor oriental y en Adharbâydjân; pero la alianza no dio ningún resultado. Su sucesor y hermano, David, renovó, no obstante, la alianza e incluso recurrió a Occidente. Pero fue en vano pues Muhammad II tomó la ofensiva y venció a Uzun Hasan, tras lo cual sitió Trebisonda, que se rindió el 15 de agosto de 1461. Su emperador fue ejecutado, con varios miembros de su familia, en Andrinópolis, acusado de haber fomentado un complot contra el sultán (1463). El final

del Estado de Trebisonda señalaba la completa desaparición de todo lo que fue territorio bizantino. En el lugar del imperio griego y latino, y prácticamente en sus mismos territorios, se elevaba ahora un imperio turco y musulmán cuya expansión no había acabado. En los Balcanes, lo que quedaba de Servia había sido conquistado en 1459, Bosnia en 1463, y hacia el final del siglo, la dominación otomana se extendía hasta el Adriático. En Grecia propiamente dicha y en el mar Egeo, Lesbos sucumbió en 1462, Samos en 1475, Focea, en la costa asiática, en 1455, Eubea en 1470 y el ducado de Atenas en 1456. El Partenón, a la sazón iglesia consagrada a la Virgen, fue transformado en mezquita turca. Las colonias venecianas de Grecia occidental y del Peloponeso sucumbieron a su vez hacia el final del siglo. En 1540, Venecia cedió sus últimos bastiones en el Peloponeso, Nauplia y Monenvasia. Rodas fue tomada en 1522 a sus dueños, la orden de los caballeros de San Juan, y Quíos y Naxos en 1566; mientras que Chipre cedió en 1571. Creta, las islas jónicas, excepto Leucada, y algunas islas de las Cícladas fueron todo lo que quedó del imperio latino de Oriente. Pero sucumbirían más tarde, con excepción de Corfú, que se mantuvo bajo la autoridad de Venecia.

Y el silencio

La noticia de la toma de Constantinopla sembró la estupefacción en el mundo occidental, que no se lo esperaba. A decir verdad, la capacidad de resistencia de las murallas de la capital, tantas veces puesta a prueba y no desmentida, el reciente aprovisionamiento que había contribuido, en cierta medida, a paliar el hambre, así como la esperanza de la eventual aparición de un nuevo pretendiente al trono de los sultanes que provocaría nuevas guerras civiles, o incluso el desencadenamiento sobre Asia de algún nuevo Tamerlán que obligaría a Mahomet a levantar el sitio de la ciudad, todo esto contribuía a la buena conciencia de los occidentales, que relegaban a un segundo plano la preocupación causada por la eminencia del acontecimiento. Por lo demás, el foso confesional que les separaba de los bizantinos, obstinados en su ortodoxia, reforzaba esta actitud.

Mayor fue la sorpresa provocada por la amplitud de la catástrofe y la muerte del emperador donde quiera que la nefasta noticia se propagara. Ésta llegó a Venecia el 29 de junio de 1453, cuando unas cartas del castellano de Modón y del baile de Chalkis anunciando la toma de la ciudad fueron leídas en el curso de la sesión del Gran Consejo de la República. De allí, una carta llevó la nueva a Roma el 8 de julio, donde, poco después, llegó de Creta, con fecha de 15 de julio, el relato de los acontecimientos, dirigido al papa por el cardenal Isidoro, que se había refugiado en la isla tras el final feliz de su cautiverio. Otro relato con la misma fecha fue hecho en honor del papa por el humanista Lauro Querini, que interrogó en Creta a algunos habitantes de Constantinopla, testigos oculares de la toma de su ciudad, vendidos y rescatados más tarde. El papa recibió también la carta de otro testigo ocular, el obispo latino Leonardo de Quíos, en tanto que Silvio Eneas Piccolomini, el futuro papa Pío II, entonces secretario del emperador germánico, le escribía en el mismo sentido, calificando la caída de Constantinopla de «segunda muerte de Homero y Platón». El historiador polaco contemporáneo Juan Dlugosz acaba así su descripción del sitio y la caída de la ciudad:

La ruina de Constantinopla, tan funesta como previsible, constituyó una gran victoria para los turcos, pero también el final de Grecia y la deshonra de los latinos. Por ella, la fe católica fue atacada, la religión confundida, el nombre de Cristo insultado y envilecido. De los dos ojos de la cristiandad, uno quedó ciego; de sus dos manos, una fue cortada. Con las bibliotecas quemadas y los libros destruidos, la doctrina y la ciencia de los griegos, sin las que nadie se podría considerar sabio, se desvaneció.

En lo relativo al pueblo griego, baste referirse al gran ciclo de los «trenos» y de las canciones populares que, transmitidos por la tradición, sirvieron de hilo conductor a los ideales que la nación humillada se había fijado para poder sobrevivir durante los largos siglos de ocupación.

La consternación y la angustia sucedieron a las incertidumbres del mundo occidental. El cardenal Besarión que se enteró de la noticia en Bolonia se apresuró a escribir al dogo de Venecia Francisco Foscari, el 23 de julio, lamentándose de la suerte de la ciudad y exhortando al dogo a hacer cesar las disputas en Italia y a unir luego a los príncipes cristianos en una cruzada. Por otra parte, el papado, cuyos intereses en Oriente —además del problema de la unión de las Iglesias que seguía preocupándolo— estaban vinculados a los de Venecia y Génova, se sentía afectado, y el 30 de septiembre de 1453, el papa Nicolás V hizo pública la bula que proclamaba la cruzada cristiana. Pero este llamamiento no tuvo la repercusión prevista —Venecia había comenzado ya a negociar con el sultán a fin de garantizar mejor sus intereses—; sólo gracias a los esfuerzos de Silvio Eneas Piccolomini, convertido en papa en 1458, los príncipes cristianos, pero sobre todo sus representantes, acabaron por reunirse en Mantua, escalonando su llegada a lo largo de todo un año (principios de 1459-enero de 1460). La bula pontificia, promulgada tras muchas tergiversaciones, que proclamaba una guerra de tres años contra los infieles, acabaría siendo papel mojado: los estragos y cambios provocados por la guerra de los Cien Años en toda Europa y especialmente en Francia, cuyo rey se encontraba, además, enfrentado con el rey de Nápoles; la guerra entre el emperador germánico y Bohemia; la política oportunista del dogo que había cambiado de parecer más de una vez; así como otros factores dependientes de realidades más estrictamente europeas, fueron otros tantos obstáculos en el camino de una colaboración de cara a la cruzada.

Al salir de su crisis, y debido a los nuevos éxitos militares de Mahomet II, la desaparición de Hunyadi y de Skanderberg y la muerte de Pío II y de Besarión, Europa se vio pronto en la era de la presencia en su suelo de un imperio no cristiano con el que era preciso contemporizar, con riesgo de reanudar, bajo otras formas y al servicio de los objetivos expansionistas de los nuevos Estados, la idea de la confrontación. Pero, como se ha comprobado, «aunque el mundo de la primera cruzada y de 1204 estaba regido por la idea y el espíritu de la cruzada, el que tuvo que afrontar el problema turco fue el mundo del equilibrio. En este sentido, la toma de Constantinopla en 1453, momento crucial del problema de Oriente, es una fecha de importancia ecuménica. Nacía una nueva Europa política».

A pesar de que la toma de Constantinopla por los cruzados no desembocó en la creación de un Estado latino factible, su toma por los otomanos dio origen a

un nuevo imperio, que se implantó sólidamente en el mismo espacio, aproximadamente, que el del imperio cristiano durante su época floreciente. Sin embargo, el hecho mismo de poseer esta ciudad, mundial por excelencia, repoblada más tarde por poblaciones griegas transferidas de todas las regiones sojuzgadas, pesó en cierta medida en la organización de las relaciones entre el sultán y sus súbditos griegos. Por otra parte, al someterse al ceremonial bizantino cuando otorgó a Gennadios Escolarios el rango de patriarca ecuménico, Mehmet II, que se enorgullecía de tener el tratamiento de «amiras Turkorrômaion» (emir de los turcorromanos), quiso más bien subrayar el hecho de que había reemplazado al emperador bizantino a la cabeza de un imperio poliétnico que mostrar la intención de gobernar a largo plazo sobre un imperio turco-griego. Esta intención, si es que sólo fue una, se presentaba como totalmente irrealizable, al estar la sociedad real dividida en sociedad dominante y sociedad dominada, esta última compuesta por todos los pueblos sometidos. Los privilegios políticos, fiscales y jurídicos concedidos a la Iglesia de Constantinopla no respondían más que al mecanismo de la conquista en su conjunto. Además, al hacer subir al trono patriarcal a un enemigo jurado de la unión como lo fue Escolarios, el sultán quiso oponer una barrera a la penetración de las influencias occidentales en los pueblos ortodoxos, y por tanto a una eventual injerencia europea con el objeto de devolverles la libertad o, al menos, de causar algún perjuicio a la dominación otomana en los Balcanes.

Por otra parte, desde el punto de vista de la política interior, los privilegios otorgados al patriarca de Constantinopla estaban destinados a facilitar la gestión del poder sobre poblaciones muy encuadradas en las estructuras de la organización eclesiástica. De rechazo, la Iglesia, única institución que sobrevivió a la caída del imperio, de la que incluso salió unificada y reforzada, portadora y difusora del legado cultural helénico, por una parte, y de la tradición bizantina por otra, proporcionó no solamente al pueblo griego sino a todos los pueblos sometidos de los Balcanes y sobre todo a los eslavos, a pesar de la supresión de sus Iglesias independientes, los medios para sobrevivir de una manera dinámica, preservando su identidad cultural, que más tarde serviría de base al desarrollo de su identidad nacional.

GLOSARIO DE LA EDAD MEDIA

academia: nombre de los jardines atenienses donde Sócrates y más tarde Platón realizaban sus reuniones. En la Italia del siglo XV designa a un círculo ilustrado.

accola: tierra puesta en cultivo por un tenente, además de su manso, porque había sido especialmente instalado en ella; se trataba entonces de un fragmento de la «reserva».

aceifa: campaña anual de los musulmanes en tierra cristiana (en al-Andalus).

ácimo: pan sin levadura y no fermentado; utilizado por las comunidades judías durante la Pascua.

adaeratio: pago en moneda, generalmente de oro, de los tributos debidos a título de impuesto.

adamascado: dícese de un tejido con dibujos en relieve, mediante hilos insertos en la trama, a imitación del damasquinado, nombre reservado a los objetos de metal como hierro, cobre o plata (técnica considerada de origen sirio).

adjectio sterilium: atribución autoritaria de las tierras no cultivadas; práctica antigua, mantenida en Bizancio *(epibolé)*, mediante la cual el Estado se esforzaba en mantener intacta la substancia fiscal; en Occidente, ese uso se debilitó pero subsistía mediante la forma de atribución de las tierras sin herederos a los vecinos si ningún heredero legítimo se presentaba.

adjutorium, adoha: tasa de mutación exigida en las tierras de la aristocracia cargadas con servicios.

advocatus (fr. **avoué;** al. **Vogt; vicedominus** o **vidame** en Francia occidental): custodio (*custos*) de un establecimiento eclesiástico que suple a los hombres de la Iglesia en las tareas militares o judiciales; función generalmente confiada o abandonada al señor vecino más poderoso.

advocatus, Vogt, avoué: señor laico encargado de representar a un

eclesiástico en el cumplimiento de tareas contrarias a su función pastoral.

aedelingi, aethelings, edhelingi: miembros de las familias nobles, sajonas o godas, situados a un nivel social lo suficientemente alto como para aspirar eventualmente a la realeza.

aforestatio, afforestatio: acción de proteger, de «adehesar», una zona boscosa o simplemente no cultivada; ya fuese en el marco de una política regia de ocupación de tierras, ya fuese por simples motivos locales de regeneración de los bosques o de reserva de caza.

ager: la tierra labrada, el suelo dominado por el hombre; generalmente, la parte privatizada del suelo.

agnatismo: estructura familiar basada en la pertenencia sólida de sus miembros a un mismo tronco masculino que continúa ejerciendo su control.

agrarium, agrière: tributo en especie, en el sur de Francia; en principio, designaba un alquiler del suelo, pero, después, pudo aplicarse a exigencias de tipo banal o jurisdiccional.

aiole: parcelas reunidas de forma cuadrangular (zona mediterránea).

ajîs: entre los turcos, agrupación piadosa que a menudo corresponde a una actividad profesional común a sus miembros.

aker (¿del latín *ager*)?: superficie de tierra roturada (o cultivada desde tiempo atrás) cuyo producto es absorbido en su mayor parte por el amo; el resto corresponde al explotador directo.

akker (¿del latín *ager*)?: superficie de tierra roturada (o cultivada desde tiempo atrás) cuyo producto es absorbido en su mayor parte por el amo; el resto corresponde al explotador directo.

akritaï: guerreros bizantinos estacionados como guarnición en las fronteras orientales del Imperio.

alberga, albergagium, herberge: derecho de albergue del señor, o de requisición (zona mediterránea).

alberghi, albergue: tasa recaudada en beneficio del príncipe y de sus agentes con el pretexto de alojar a su séquito.

alberghi: «casas» en la Italia media y ligur, en el sentido de agrupamiento familiar.

alcalde (de **al-qâdi**): en los reinos hispánicos, oficial público que aseguraba la justicia en las ciudades; por extensión, pudo designar a un miembro de un cuerpo municipal.

aldea: poblado cristiano en tierra reconquistada (reinos hispánicos).

alfaquí: jurista, y, tardíamente, letrado.

alfoz: territorio que dependía para su explotación y seguridad de una aldea.

algarada: campaña de la caballería de los reinos hispánicos en tierra musulmana.

alhóndiga: véase *funduq.*

allelengyon: pago, por parte de los *dunatoi,* de los impuestos de los más pobres en Bizancio.

allmende: tierras comunales de los aldeanos o zonas de pastos habitualmente usadas.

almuédano: religioso que llama a la oración en tierras del Islam.

alodio, allodium: *alleu* (fr.) (del alto al. *Allod,* ¿bien total?): bien particular cuyo propietario no está sometido a más coerciones que las derivadas de su condición de hombre libre, súbdito de un soberano.

alquerías: aldeas de población predominantemente musulmana en las tierras reconquistadas (reinos hispánicos).

ambrosino: moneda de oro emitida en Milán en el siglo XIII (de san Ambrosio, patrón de la ciudad).

amici: los clientes, emparentados por lazos de sangre o de interés, con un jefe de linaje.

'âmil: agente recaudador fiscal designado por el califa.

'âmma: la masa urbana de los artesanos, comerciantes, ociosos y gentes sin trabajo de las ciudades musulmanas, por oposición a la *jâssa.*

amsâr (sing. **misr**): ciudad nueva del Islam, generalmente formada en torno a una guarnición militar.

Amt: en el Imperio, organización de un oficio; por extensión, el barrio en el que se ejerce.

annatas: tributos correspondientes a un año que debe un beneficiario eclesiástico a la Santa Sede cuando toma posesión del beneficio.

ansange: parcela generalmente amputada de la «reserva» de un propietario terrateniente y concedida como lote para cultivar bien a un oficial del «dominio», bien a un esclavo a quien se quiere dotar con tierras, o bien a un hombre libre a cambio de servicios domésticos.

antrustion: hombre libre, de rango social elevado, unido a la persona de un rey franco o de uno de sus representantes mediante un juramento de fidelidad (véase *trustis*).

apanage (= infantazgo): Concesión que hace un rey o un príncipe a un miembro de su familia, hijo o hermano, de unas tierras y de los poderes de *ban* inherentes a ellas; en principio vuelve al patrimonio en caso de desherencia; a menudo se trata de una concesión durante un período de tran-

sición antes de la anexión definitiva al patrimonio, por ejemplo al dominio real.

aparcería (fr. **métayage;** it. **mezzadria):** *ad medietatem,* tenencia entregada mediante el pago de la mitad de la producción.

aprisio: contrato de alquiler-posesión, concebido como la *complantatio,* y con una duración de 30 años; particularmente utilizado en Septimania para establecer a los godos que procedían de la Hispania invadida por los musulmanes.

aratrum: instrumento de labranza simético, sin vertedera, de tipo antiguo.

archontes cometes: en Bizancio, jefes de los departamentos marítimos; eventualmente, jefes de departamentos, en general.

arconte: después del siglo X, notable local en las aldeas bizantinas.

arengo: asamblea del pueblo en las ciudades italianas del norte.

arimanni (los hombres del ejército): entre los lombardos, hombres libres guerreros, instalados en lotes de tierra y susceptibles de ser convocados por el rey o sus agentes.

artes liberales: disciplinas fundamentales de la pedagogía antigua y más tarde medieval: retórica, gramática, dialéctica, geometría, aritmética, astronomía y música.

arti: los oficios o gremios (término empleado en Italia y en Francia meridional).

ashkenazi: a partir del siglo XI, designa a los judíos de Renania y de Europa central que adoptaron una actitud específica en materia de comentario y de observancia de la Ley.

'atâ': pensión pagada a los guerreros musulmanes retirados de los combates y residentes en la ciudad.

atrium: espacio de asilo alrededor de una iglesia, donde solía estar el cementerio o las casas de los huéspedes; lugar de reunión de la comunidad, y tierra considerada como «común» de los hombres libres de la aldea.

aubains: extraños a la aldea o a la ciudad.

auctoritas: uno de los aspectos del poder real o señorial; se basaba más en la influencia moral o el carisma que en el poder material.

aula: en principio, sala de recepción del soberano, donde también ejerce justicia; podía designar también una sala común.

avaritia: se trata de la falta de caridad moral más que de la avaricia en su sentido restringido; disputa a la *superbia* el primer lugar en la lista de pecados.

bacade: rebaño trashumante en las

regiones pirenaicas; a menudo, de distintas especies mezcladas.

baile, bayle: adulto que se hace cargo de un menor; y esta misma custodia. Por extensión, se utilizaba en el sur de Francia para designar a los representantes de un gremio en una corporación urbana. En otro sentido: parte del recinto castral que rodea a la mota, «patio»; servía de abrigo a los aldeanos refugiados; incluía, a veces, las casas de los guerreros de la guarnición.

balia: la asamblea del pueblo en las ciudades toscanas.

ballesta: arma de tiro, que proyecta un cuadrillo por medio del disparador de un resorte metálico: la precisión del tiro, la potencia de alcance (tiro mortal a 200 m) hicieron que la caballería la considerara temible e «innoble»; su peso y las dificultades de su manejo requerían dos personas para cada una.

banco: puesto de madera instalado en la plaza pública y ocupado por los cambistas y, después, por los prestamistas.

bandera: por extensión del sentido inicial, designaba un barrio urbano controlado por un linaje o un oficio; la propia bandera simbolizaba el territorio urbano.

barîd: servicio de correos en el imperio persa y, después, en el Islam; órgano de transmisión de las decisiones fiscales o militares del soberano.

barri, barrio: burgo exterior a una ciudad (en las regiones mediterráneas).

basílica: o bien un edificio (destinado a funciones judiciales y, después, de culto) concebido según la planta de las salas de recepción de los príncipes antiguos romanos o persas; o bien, texto de origen real que crea jurisprudencia en la legislación bizantina postjustinianea.

bastarnae: convoyes de forraje, de remonta o de armas, que acompañaban a los ejércitos francos en campaña; se abastecían generalmente con lo suministrado por los hombres no combatientes.

Bede: en Alemania, término que designaba a la *talla,* o, en general, un impuesto de tipo banal o jurisdiccional.

beg: véase *bey.*

begardos: creyentes cristianos dados al misticismo, que formaban comunidades de laicos, a veces itinerantes y que practicaban la ayuda a los necesitados; la Iglesia les consideraba sospechosos por la falta de reglas establecidas.

beguinos, beguinas (etimología discutida): agrupamientos de hombres o de mujeres laicos, generalmente de origen social aco-

modado, y que se habían retirado de la actividad cotidiana para dedicarse a obras piadosas o a la meditación.

behetria: beneficio en tierra o en especie concedido por un soberano castellano- leonés a un guerrero fiel.

beneficio (de la iglesia)**:** Designa toda función, sea o no de cura de almas, asignada a un clérigo en el cuerpo eclesial.

beneficium: regalo, al principio de toda clase, más bien a cambio de un servicio prestado; quizás una donación de tierra en plena propiedad.

bercaria (fr. **bergerie**)**:** aprisco, majada; su sentido se extiende a otras explotaciones agrícolas condales en Francia.

besante: el suelo bizantino, para los occidentales.

Besthaupt: «la mejor cabeza», sobreentendiéndose, «de ganado»: parte que percibía el amo sobre la herencia de los siervos, algunas veces, también de los hombres libres, en el Imperio germánico y en algunas otras regiones.

bestiarios: libros, con frecuencia ilustrados, que recogían los conocimientos zoológicos del momento.

bey (**beg,** forma más oriental), **beylik, beylerbey:** jefe de una tribu turca, y después representante local de la autoridad del sultán entre los otomanos. También, eventualmente, príncipe cliente; el territorio que domina; nivel superior de un bey que manda sobre varios beylik.

bill: formalización jurídica de una decisión real en Inglaterra; véase *writ.*

bogomilos: secta búlgara que negaba la transubstanciación.

bolsa: originariamente, almacén de mercancías en Europa occidental; por extensión, lugar de transacciones comerciales sobre muestras, después oficina de cambio, y, por fin, banco.

bonifachi: tierras acondicionadas, generalmente drenadas, o contenidas por bancales, si estaban en la montaña (en Italia septentrional).

book of copyholders: libro en el que se transcribían los nombres de los tenentes por carta (*copy*) en los *maners* ingleses; *status* social bajo.

bourgage: forma de tenencia campesina (Normandía, Francia occidental, Inglaterra).

boyardos, boïars: nobleza terrateniente húngara o búlgara.

brazo: «estamento» social en los reinos hispánicos; no implicaba ni un orden, ni una clase, sino más bien un estatuto jurídico.

bretwalda: dominador de los breto-

nes: título tomado por algunos reyes sajones para destacar su superioridad sobre los restantes jefes locales.

breuil, broilum: véase *coto de caza.*

broigne, brogne, brunia: capa de cuero reforzada con anillos de metal que protegía el tórax del guerrero carolingio; armamento pesado y costoso reservado a los combatientes ricos.

brunetti, brunos: designaba, en los reinos hispánicos y en Italia, a las monedas desvalorizadas, en las cuales la plata se hallaba fuertemente alterada mediante aleación.

buccelarii, bucelarios: los que comen el pan de los servicios de intendencia; designaba a los soldados de baja extracción social que formaban la guardia personal de un grande y que eran aptos para cualquier servicio.

bula: medalla de plomo o de oro (véase *crisóbula*) que sirve para autentificar determinados documentos pontificios o imperiales; por extensión, el propio documento.

burhs: aldeas nuevas sajonas.

Buteil: parte de la herencia (mobiliaria o no) que se reservaba el amo de los bienes de un siervo, a veces, también de ciertos hombres libres; podía representar la totalidad de la herencia si no había heredero directo (Imperio).

cábala: conjunto de libros santos judíos, anteriores a la era cristiana, en los que se hallan agrupadas las nociones de explicación literaria y numérica del mundo, que se han comparado a una especie de enciclopedia del judaísmo.

caballarii: tendentes de parcelas a menudo grandes, y que efecutaban servicios a caballo para su amo (mensajes, vigilancia, transporte, ¿servicios de labranza?); con frecuencia, eran de origen servil.

caballeros, caballería villana: campesinos a caballos, en Castilla, particularmente responsables de la defensa de la aldea; servían a caballo en el ejército real.

cadastro, catastro: libro de bienes raíces que comporta en principio la designación de los elementos de un patrimonio inmobiliario, su localización, las cargas que pesan sobre ellos, así como la enumeración de los individuos que residen en ellos; base de una imposición territorial.

cadí (qâdî): oficial de justicia en la ciudad o en el campo, en el mundo islámico.

Calimala: calle de Florencia situada en la ciudad romana a la altura del Palacio de Señoría, donde se reúnen los comerciantes y los cambistas; el «arte» que practicaban, ventas a larga distancia y

transporte; después, liquidaciones de cuentas, tomó el nombre de la calle: se habla del «arte di Calimala».

calzada, calceata: vía romana.

camarero, camerarius: servidor y, después, oficial palatino entre los germanos, responsable de la *camera* real, y, por extensión, de su tesoro personal y de su guardarropa.

camera: la «cámara» y, en primer lugar, la del soberano; así pues, designa al servicio doméstico de su persona y en especial a aquel que estaba al frente de la gestión de su fortuna.

canciller, cancellarius: responsable de la validación y de la autentificación de las cartas redactadas en palacio; un eclesiástico al corriente de los usos diplomáticos.

canzó: forma de poesía lírica occitana o italiana.

canzone: composición literaria italiana, de estilo lírico, y a menudo acompañada de música polifónica.

cañadas: caminos para el ganado trashumante en la Península Ibérica.

capitación (de *capitatio*)**:** tasa por cabeza, recognitiva de la alienación del cuerpo, aunque parezca como la heredera de la tasa de liberación de la Antigüedad.

capitanei: señores territoriales de la Italia septentrional, vasallos de condes y obispos, en principio, responsables de una fortaleza pública.

capitular: texto ordenado por capítulos (*capitula*) donde se contenían las disposiciones enunciadas y aprobadas con ocasión de la reunión del Campo de mayo que precedía a cada partida del ejército en la época carolingia.

caraíta: disidente judío, que pretende limitarse a la estrictísima lectura (*qara* en hebrero) de la Ley mosaica.

caridad: asociación piadosa de socorro mutua, «cofradía» (Francia del norte).

cármatas (qarmatî, pl. **qarâmita):** secta musulmana de espíritu igualitario y de inspiración próxima al ismailismo.

carraca: barcos de carga, en especial en Génova, que podían arquear hasta 1.000 toneladas.

carruca: término de la baja latinidad que designaba a un carro; se aplicó después al instrumento de labranza disimétrico con reja, cuchilla y vertedera (a lo largo del siglo XII).

casane: casas piamontesas o lombardas especializadas en los préstamos y el cambio.

casatus: dícese de un individuo al cual se ha concedido una tierra para que la explote, a cambio de una fidelidad o un servicio.

castelnau: pueblo nuevo elevado en torno o en las proximidades de un castillo (Gascuña).

castlà: jefe del castillo en Cataluña; en general, se parece mucho al castellano de la Europa septentrional por su relativa dependencia respecto al soberano.

catasto: *véase cadastro.*

catel: bien mueble (Francia septentrional y Países Bajos); «mejor *catel*» (véase *Besthaupt*).

causidici: juristas profesionales, asociados a la administración de un señorío o de una ciudad.

cella: vivienda aislada de un monje o de un pequeño grupo de monjes; podía designar a una comunidad secundaria dependiente de un obispo o de un monasterio.

cenobitismo: vida en común de los religiosos; en principio, el «monje» (*monos*) vivía solo, según la etimología de la palabra.

cense: gran explotación agrícola; a menudo, en arriendo (Francia septentrional, Países Bajos).

censes: Explotación de gran tamaño, generalmente arrendada en el norte de Francia.

censuales: hombres de una iglesia; tenentes, en principio, libres pero con frecuencia sometidos a tasas particulares de dependencia; véase *santeros;* a veces, «cerocensurales».

centena, hundred: en su origen, designaba el territorio donde el orden era mantenido, en la zona germánica, por un grupo de cien guerreros; por extensión, circunscripción inferior al condado.

ceorl: hombre libre sajón.

cequino (it. *zeccihino*)**:** el ducado veneciano; del nombre de la Zecca, el arsenal donde se forjaba.

chambelan: obrero que trabajaba «en cámara», es decir, clandestinamente, fuera del gremio; véase *camarero.*

charistiké: atribución de bienes eclesiásticos por parte del emperador bizantino con la finalidad de ponerlos en explotación.

chorfa (*shurafâ'*)**:** grupo de pastores árabes del sur de Marruecos, que se dicen descendientes de la tribu de Idrîs I, o del Profeta, y que pretenden crear un dominio local independiente del poder de los almohades o de sus sucesores.

chorion: la comuna rural libre en Bizancio, base de la imposición territorial.

chresis: en Bizancio, tenencia en usufructo.

chrysobulloi, crisóbulas: documentos imperiales bizantinos autentificados por una bula de oro.

claret: vino tinto de Burdeos exportado a Inglaterra.

clothier: en Inglaterra, hombre de negocios eventualmente comprador de rebaños, que explota la

lana de los corderos para venderla o para hacerla hilar y tejer.

códice, codex: libro, tal y como nosotros lo concebimos hoy, es decir, formado por hojas encuadernadas, por oposición al *rotulus* (rollo) de la Antigüedad.

codomina: parcelas generalmente agrupadas, explotadas directamente por un amo.

cognatismo: estructura familiar amplia pero donde las relaciones de origen masculino y femenino se admiten en pie de igualdad, lo que limita la autoridad del tronco inicial (véase *agnatismo*).

collatio lustralis: impuesto exigido a los mercaderes independientes.

colleganza: contrato de asociación mercantil, donde el comanditario aportaba los 2/3 del capital; no participaba en las operaciones pero, al final, recibía una parte de los beneficios (de los 2/3 a los 3/4).

collegia: agrupamientos profesionales del mundo antiguo urbano, generalmente eran controladas por los poderes públicos.

colloquia: reuniones, a menudo clandestinas, de trabajadores en el seno de los gremios o incluso no inscritos en ninguno de ellos.

colonge, colonica: tenencia de un colono; posteriormente, podrá designar a un conjunto de pegujales dispersos por varios lugares.

colono: tenente de una tierra mediante contrato, en principio, libre por lo que respecta a su persona pero sujeto a obligaciones fiscales o militares; en el mundo bizantino, cayó en la dependencia de un poderoso.

comitatenses: ejército de campaña en Bizancio.

comitatus: o bien la función del conde y, por extensión, sus derechos, sus rentas y el territorio donde las percibe o ejerce; o bien, tropas de asalto en Bizancio.

commenda: contrato de asociación mercantil, donde el comanditario proporcionaba la totalidad del capital y dejaba al mercader una parte de los beneficios (entre el 1/8 y el 1/3). La palabra designaba también la encomendación de un hombre o de una tierra eclesiástica a un poderoso.

communia: ¿tierras explotadas por el grupo de aldeanos? ¿o simplemente zonas de pastos? (véase *allmende*).

compagna: asociación mercantil o de otro tipo, que reunía a los miembros de una misma *familia* y extranjeros a ella, cada uno de los cuales aportaba una parte de dinero (véase *corpo, sors*) para un negocio preciso y una corta duración; renovable.

concordato: término polisémico, pero usado en general para de-

signar un acuerdo entre el papado y un Estado sobre los problemas de disciplina y de jerarquía eclesiásticas.

condestable (de *comes stabuli*): doméstico y, después, oficial de corte, responsable de la remonta de la caballería de los reyes germánicos; ejerce un control militar sobre el ejército.

condomina: parcelas generalmente agrupadas, explotadas directamente por un amo.

condottiero: jefe militar que establece un contrato (*condotta*) con mercenarios a sus órdenes.

conduit: acompañamiento de una caravana de mercaderes o de simples viajantes por parte de hombres de armas durante la travesía de un territorio; tasa que, con tal ocasión, percibía el amo de dichos territorios; se percibía sobre todo cuando se celebraban ferias.

conroi: grupo de guerreros parientes o amigos, a veces ligados entre sí por juramentos de fidelidad, y que se ejercitan en el combate o guerrean de común acuerdo.

consolamentum: en las costumbres cátaras, reconciliación administrada por un «perfecto» a un moribundo que le lavaba de sus pecados siempre que muriese en abstinencia.

consorterie: asociaciones familiares, en sentido amplio, en las ciudades italianas; adquiere una dimensión topográfica y profesional. **Consorzio** y **consortia** tenían sentidos parecidos.

cónsules: ciudadanos encargados de la administración de las ciudades de la zona mediterránea; véase *échevins.*

contado: el territorio (*comitatus*) de una «ciudad» italiana; por extensión, el campo vecino.

contado: término italiano que designaba el territorio del *comitatus.*

convenientia: en derecho romano, contrato sinalagmático escrito; designó después cualquier acuerdo jurídico sancionado por un texto (fidelidad, arriendo de tierras, etc.) donde las dos partes se trataban en pie de igualdad.

coq: Expresión nacida en realidad en el siglo XVI y que designa a un notable de la aldea.

corpo: capital de base, generalmente de origen familiar, en una compañía.

corpo: el capital, en general familiar, depositado en una compañía italiana.

coto de caza: espacio generalmente cerrado, situado en tierra no cultivada (bosque, landa...) y que se reservaba el amo del suelo o el soberano para la caza y el deporte.

cottager, cottier: campesino inglés establecido en un trozo de tierra

de pequeño tamaño, a menudo situado en los límites del manor y obligado a trabajos duros y frecuentes.

cotterau: soldado mercenario a pie; en general, se aplicaba a los que estaban al margen de las *routes,* regularmente asoldadas.

crisóbula: documento legislativo o privilegio bizantino, con sello dorado.

cúfica: (de Kûfa, ciudad de la Baja Mesopotamia): escritura cursiva relativamente alejada de la escritura sagrada, ésta reservadada a las inscripciones coránicas.

curia: cualquier «tribunal» de Estado; pero, por fijación semántica, el tribunal pontificio.

curiales, decuriones: orden de los agentes municipales en la Antigüedad tardía.

cursus diplomático: costumbres de cancillería, especialmente en todo lo que respecta a la disposición de las palabras en las frases destinadas a obtener una imitación de la prosodia latina.

cursus publicus: servicio de correos romano, utilizado para la transmisión rápida de las órdenes militares o de gestión de los emperadores o de los gobernadores.

danegeld: tributo en plata o en oro pagado a los normandos en el siglo IX.

Danelaw: porción noreste de Inglaterra prácticamente «bajo la ley danesa» en el siglo X.

danza macabra: tema iconográfico muy apreciado a partir de finales del siglo XV y que representa la Muerte arrastrando a todos los estados del mundo en una ronda infinita; el propio origen de la palabra «macabra» constituye un problema: puede tratarse de Macabré, nombre de un pintor de la época, o bien del nombre bíblico Macabeo.

day^{c}a: gran propiedad en usufructo, en el mundo musulmán.

décima: décima parte de los ingresos de una iglesia recaudados, con la autorización del papa, por un rey para hacer frente, en principio, a los gastos de carácter religioso, cruzadas, peregrinajes, etcétera. Poco a poco se convirtió en un impuesto regular sobre el clero.

decretales: textos pontificios que reglamentaban artículos del dogma; la compilación de Graciano, hacia 1160, es la primera cronológicamente hablando; *falsas decretales:* colección ficticia y fraudulenta de documentos presumiblemente pontificios y ubicados por los falsarios del siglo X al principio de la era cristiana.

decuriones: véase *curiales.*

défens (= dehesa)**:** se dice de un bosque cercado para su repoblación

o para sustraerlo a los «usos comunes».

dehesa: protección de una zona de pastos, generalmente arbolada.

delfín: título llevado por determinados príncipes de la región franco-provenzal, en especial por el príncipe del «Delfinado»; cuando esta región fue anexionada a la corona de Francia, se prometió a los representantes locales que el heredero del trono llevaría este título hasta su llegada al poder (*cf.* «príncipe de Gales» en Inglaterra).

delle: trozo de tierra sometido a un ritmo regular de cultivo: *sole, roye,* etc.

demo: circunscripción urbana o rural bizantina.

demosiario: en Bizancio, campesino público instalado en tierras *klasmaticas* y que pagaba directamente el impuesto al Tesoro.

denario, denarius: objeto de comercio, «artículo»; simbolizaba el instrumento monetario, pero bajo todas sus formas: moneda de plata (Occidente), de oro (*dînâr* del Islam), así como también la ley de la moneda (denario de ley).

dens: calvero o territorio rodeado de bosque y reservado al pastoreo de cerdos (expresión sajona).

derviche: hombre piadoso, persa o turco, en ocasiones miembro de una comunidad fija, pero con mayor frecuencia itinerante y que vivía de las limosnas de los fieles.

desafío: rechazo de la fidelidad prestada; se acompañaba con el lanzamiento del objeto que simbolizaba dicha fidelidad (guante, brizna de paja, etc.).

dhimmí: súbdito de mulsulmán, «protegido» por el Islam.

didascalia: colección de Salmos y de las Epístolas (de San Pablo, sobre todo) que formaban la base de la cultura eclesiástica en Bizancio.

Dienstleute, Dienstmannen: gentes de servicio.

digesto: colección de las disposiciones normativas y de jurisprudencia, en principio, justinianeas.

dihqans: propietarios terratenientes que se ofrecieron voluntarios para la percepción de los impuestos en el mundo musulmán y que percibían en su favor una parte de los ingresos.

dirham (del griego *Drachma*): moneda de plata musulmana.

disputatio: uno de los ejercicios preferidos de la escolástica en el que el maestro y los alumnos, o los maestros entre sí, llevan a cabo públicamente confrontaciones eruditas sobre un texto o un tema, en general escogido con anterioridad.

districtus, distretto, détroit, destret: el poder de constreñir y de juzgar; y el propio territorio donde se ejercía dicho poder.

diván, diwân: término persa retomado por los árabes y más tarde por los turcos para designar los registros fiscales; por extensión, las oficinas de administración pública, y, por último, el consejo del príncipe.

divietto: medida urbana consistente en la prohibición de vender cereales al campo mientras no hubiese transcurrido, en la ciudad, el período crítico comprendido entre las dos cosechas (Italia, siglo XIII).

dîwân, diván: el libro, el registro y, por extensión, el servicio público, cualquiera que sea, en Oriente: *dîwân* del ejército, de las finanzas, de correos, etc.

djahbadh: agente de percepción de los impuestos en especie (Egipto).

djarid: medida persa para los cerelaes pagados en concepto de *djizya.*

djawâlî: equivalente en Egipto a la *ŷizya* (impuesto de capitación sobre los no convertidos al Islam).

djihâd: la extensión de la fe por todos los medios, sobre todo, la guerra santa, aunque esta forma violenta no está forzosamente implicada por el significado del término.

djizya: el impuesto «sobre las nucas», es decir, pagado por los *dhimmíes.*

djund: contingente árabe, después, de cualquier otro pueblo, asoldado por el poder central; por extensión, circunscripción militar.

domicelli, donzeaux: en su origen, joven aristócrata que todavía no había sido armado caballero; después del siglo XIII, designaba al pequeño señor territorial.

dominante: metrópolis; en Venecia, designa a la ciudad cuando interviene en sus posesiones de ultramar y también los derechos que recauda en ellas.

draille; camino de trashumancia, «cañada» (Pirineos).

drakkar: navío de aparato entre los escandinavos, algunas veces dotado de puente y ocupado por un edículo donde se colocaban los despojos del jarl muerto (véase *jarl*).

dromon: navío de guerra bizantino del tipo mediterráneo de la galera de la Antigüedad.

dromos: el *cursus publicus* bizantino, es decir, correos, la polícia e incluso las relaciones exteriores; el logoteta del dromo juega un papel preponderante en el palacio imperial.

drongarios: comandante de una circunscripción marítima en Bizancio; después, jefe de la flota.

drykkia: formas de asociación escandinavas, con carácter religioso y, después, profesional.

ducato: moneda de oro veneciana; véase *cequino.*

dunatoi: los poderosos, los ricos, los primeros.

dunio (etimología discutida)**:** o bien la mota, o bien la torre elevada encima; torreón.

earl: conde sajón.

earldorman: miembro de un clan sajón susceptible de acceder al condado; posesor de tierras.

échevin: después del siglo X, ya no designaba sino al notable encargado en la ciudad o en la aldea de la administración local y de las sentencias de la baja justicia; véase *cónsul.*

échevin: véase *scabini.*

echiquier: por extensión, a partir del tapete de cuadros necesario para el juego del ajedrez, designaba a la mesa; después, a la habitación; después al servicio; y después al ejercicio anual, donde se rendían las cuentas (Normandía, Inglaterra).

echoite: percepción, por parte del amo, de toda la herencia del siervo fallecido sin heredero directo.

ecuage: tasa de reemplazo del servicio de hueste para los feudales (Inglaterra, Normandía).

edhelingi: véase *aedelingi.*

Eigenkirche: *lesser churches* en Inglaterra o «iglesias propias» en los reinos hispánicos, designaban a las iglesias y, por extensión, a las parroquias fundadas o apropiadas por un gran propietario terrateniente, el cual designaba al sacerdote de la iglesia, se quedaba con el diezmo y explotaba los bienes eventuales, a veces, con mesura y piedad.

emporium: puerto de descarga; eventualmente, tasas percibidas sobre las mercancías desembarcadas.

empriu: derecho de uso colectivo de los aldeanos (Pirineos).

enclosures (forma inglesa)**:** fenómeno de cercado de tierras cultivables para convertirlas frecuentemente en prados.

encomendación: reconocimiento por un hombre de cualquier nivel social pero generalmente alodial, a un poderoso de una cierta dependencia sin servicios precisos; no siempre se acompañaba de una transformación del alodio en feudo o en tenencia a censo.

enfiteusis: tipo de contrato romano de 18 años, por lo menos, y 99 años como máximo, que preveía el pago de un alquiler, llamano *canon,* y la atribución de la propiedad al tenente, al final del contrato.

enseña: a partir del propio problema o «bandera», agrupamiento de hombres de la misma actividad profesional y que se alojaban en la misma calle o en el mismo ba-

rrio; puede designar también al propio barrio.

entredicho: suspensión de todo sacramento y de toda liturgia en un territorio dado; no se debe confundir con la excomunión, que concierne a un solo individuo.

eremos, yermo: el desierto, el espacio vacío, la soledad.

escala: lugar de ancoraje en una etapa comercial marítima; esencialmente se usaba respecto a los puertos de Siria y Palestina; («escalas de Levante»).

escarteron: asociación de pastores trashumantes en los Alpes del sur.

escolástica: arte pedagógico de las universidades medievales; más tarde se replegó en el marco de las simples fórmulas de enseñanza, de donde procede el término peyorativo actual.

escudo: moneda de oro emitida por san Luis y regularmente después de 1290.

esnèque: navío de combate y de transporte escandinavo, sin puente, y casi siempre dotado de remos.

esothyra: zona de huertos y de padros de siega en torno a la aldea bizantina.

estage: servicio de guardia en el castillo del señor.

estilita: dícese de un asceta encaramado en una columna para entregarse a la meditación.

estilo: manuales de jurisprudencia acompañados de formularios destinados a facilitar el procedimiento de los juicios y los reglamentos de justicia.

estima: inventario de bienes o de rentas; tasas percibidas sobre esos bienes, ocasionalmente.

etapa: punto de desembarco de una mercancía; por excelencia, las lanas inglesas en el continente.

etier: canal de drenaje y elevación de la tierra que lo bordea en los pantanos del Poitou.

Etter: empalizada que rodea la aldea (Imperio), y que, a veces, limita las franquicias de aquélla.

exactio: cualquier exigencia fiscal del señor, sobre todo, la talla, que acompañaba al establecimiento de las células señoriales.

exarca: gobernador bizantino, colocado en las fronteras del Imperio y que, por ese hecho, gozaba de grandes libertades.

exaricos: esclavos musulmanes, sobre todo, en Aragón.

exempla: relatos o fábulas de tinte moralizador, destinados a facilitar la comprensión del dogma o de la moral cristiana entre los fieles; base de los sermones populares.

exilarca: representante y defensor de las comunidades judías en los imperios orientales.

exkusseia: exención fiscal y judicial en Bizancio.

exothyra: en Bizancio, prácticas de cultivo según el sistema de *dry farming;* cultivo de la viña.

exultet: himno pascual; rollo donde figuraba ese texto, adornado con miniaturas didácticas.

faderfio (del alemán *Vater*, padre): elementos del patrimonio paterno que un hombre constituye, además de la dote, a su hija en el momento de su matrimonio (derecho lombardo).

faida: la venganza familiar en las costumbres germánicas.

fals: véase *follis.*

faqîh: véase *alfaquí.*

fara: elemento del clan lombardo.

faramanni: véase *arimanni.*

feo, feum, fevum: antes del siglo X, forma que adquirió el don, generalmente en propiedad, pero a título de recompensa por un servicio prestado; renovable a la manera del *stipendium* romano; se emparenta más con el salario que con el regalo *beneficium.*

feorm (¿del latín *firma*?): entre los sajones, renta en alimentos; por extensión, exigencias de avituallamiento y de albergue exigido por el soberano y sus agentes.

feria: el día de la semana; por extensión, el día en que se celebvra una reunión excepcional, de ahí el sentido de «feria» como reunión de mercaderes.

ferme: arrendamiento a corto plazo, renovable, y que fija el montante de los cánones que supondrá la duración del contrato; en el caso de un cargo, tanto si es público como si no lo es, el arrendatario paga el valor presumible de los ingresos del cargo y los cobra a los administrados.

ferragina: zona de huertos, de prados y de árboles frutales en torno a las aldeas del Languedoc o de Italia.

ferrata via: calzada romana.

festuca: la brizna de paja que simbolizaba la entrega de una tierra a un hombre, generalmente un vasallo; la *defestucatio* era el acto de arrojar la brizna; véase *desafío.*

fiorino: moneda de oro florentina, que llevaba el emblema de la ciudad (un lirio).

fiqh: la jurisprudencia en el derecho musulmán.

firma burgi: texto que concedía a una aldea (en Francia occidental e Inglaterra) franquicias colectivas, sobre todo el derecho de *bourgage* (véase).

firmitas: fortín, «fortaleza»; obra de defensa hecha de tierra y madera, de pequeñas dimensiones.

fisco: a finales de la Edad Media, adquiere su significado actual de exigencias financieras, a partir de su antiguo significado de bien público.

fodrum: las requisiciones en forraje exigidas para el ejército germánico.

fogaje: tasa, en principio excepcional, recaudada por «fuego».

foggara: técnica de irrigación en zona subtropical que permitía conducir el agua, sin experimentar una notable evaporación, a través de canalizaciones subterráneas.

follis: moneda fraccionaria de bronce, en Occidente y en Bizancio; *fals, fulûs,* monedas de cobre en el Islam.

fonde: tribunal comercial en Tierra Santa.

for, fuero: texto normativo concedido por el poder central a una comunidad de hombres, que regulaba sus privilegios; aquitano e hispánico.

foráneos: extraños a la aldea o a la ciudad; véase *aubains.*

forest: En Inglaterra, sin que se refiera específicamente a bosque, designa cualquier territorio no cultivado que el rey se apropiaba y explotaba y, a veces, enfeudaba; especie de «fisco» anglo-normando.

formariage: tasa pagada, en caso de matrimonio contraído fuera del marco señorial, por un siervo; a veces, también era abonada por ciertos hombres libres.

fossatum: particularmente, la zona fronteriza hispánica que separaba a cristianos y musulmanes.

franc-archer: soldado de infantería ejercitado en el tiro al arco; se trata de un reclutamiento ocasional, que exonera en este caso del pago de la talla, lo que da origen al nombre de «franc».

fraterna, frairies, frérages, frêrèches: cualquier forma de asociación que agrupaba a hermanos herederos o cofrades reunidos para una obra piadosa; podía corresponder a tenencias de tierra en indiviso, a agrupamientos piadosos, a asociaciones políticas o topográficas estrechas; véase *consorterie.*

freda: las multas de justicia en los países germánicos.

fréreches: administración y gestión de un bien por hermanos.

frilingi: hombres libres entre los sajones.

fruitières: asociaciones campesinas constituidas para la explotación de terrenos en común; a veces, se aplica también para la economía pastoril (zona del Jura).

fuego: el grupo doméstico; su nivel cuantitativo es problemático y, por otra parte, ha debido variar; se convierte en una base de imposición fija («fuego fiscal») independientemente del número real de los individuos que residen en él («fuego real»).

fuero: véase *for.*

funduq, fondaco (it.): *alhóndiga,* mercado cerrado y vigilado en las ciudades del Islam, donde la venta al por mayor se admitía bajo ciertas condiciones; por extensión, el mercado y, después, el barrio de los comerciantes extranjeros.

fundus: conjunto territorial y jurídico que formaba un gran dominio con un hábitat central que, a menudo, reagrupaba a todos los trabajadores del terruño.

fuqahâ: plural de *faqîh.*

furlong: parcela labrada, frecuentemente de forma alargada; por extensión, conjunto de parcelas de este tipo contiguas.

fustán: técnica de tejido, tal vez de origen oriental, que consiste en mezclar hilos de algodón con hilos de seda, o de lana.

futuwwa: sociedad urbana iniciática en las ciudades del Islam, que constituyeron una fuerza política susceptible de apoyar un movimiento religioso, frecuentemente, shîᶜí.

fyrd: el ejército de los hombres libres entre los sajones, y las diversas obligaciones que de ello derivaban para los hombres.

gabela: tasa recaudada sobre la venta de sal, bajo control de oficiales reales dueños de los «graneros».

gablete: arquería de piedra, a menudo de forma angular, que corona los tímpanos de las iglesias.

gafolland: en territorio sajón, el suelo que paga el impuesto.

gagnage: tierra «ganada» a costa del bosque o la roza; *hostise.*

galicanismo: actitud de los príncipes o prelados franceses respecto a la Santa Sede y que tiende a distanciarse de las prescripciones disciplinarias procedentes de Roma; la palabra no es medieval.

garde-robe: servicio doméstico del rey; por extensión, «secretariado» particular del soberano y los elementos financieros con él relacionados.

gardingi, gardingos: guardias jurados y personales del rey en la Hispania visigoda; o guardias personales del rey encargados de un servicio militar concreto.

Gärtner: campesino alemán en una situación de penuria, parecida a la del *cottier* inglés.

garum: espesa salsa de pescado, muy apreciada en la Antigüedad, que servía para sazonar algunos platos; parece próxima a los condimentos anamitas.

gasaille: contrato de alquier de rebaños, o contrato entre un ganadero que recupera sus animales en alquiler después de haber vendido su propiedad a un burgués, y

cuyos beneficios se distribuyen según reglas muy variables; forma de crédito agrícola.

gasindi: entre los lombardos, servidores de origen servil.

gastaldi: entre los lombardos, intendentes de las propiedades regias, que se elevaron al rango de responsables de funciones públicas.

gäste: huéspedes instalados en tierras nuevas; puede designar una categoría deprimida del campesinado.

gaste: tierra abandonada.

gau: circunscripción germánica que se debe poner en relación tanto con el *pagus,* es decir, el espacio territorial que tenía cierta cohesión étnica o geográfica, como con el condado, área de administración pública.

gâzîs: cofradías musulmanas que tenían como tarea convertir mediante el ejemplo o la fuerza.

gebur: esclavo *casatus,* entre los sajones.

Gemeinenfrei: alodiales (Imperio).

genicia: talleres reservados al trabajo de las mujeres: tejido, hilado, etc.

geniza: archivos de una sinagoga, particularmente la de El Cairo.

genovino: moneda de oro genovesa.

gentilezza: la cortesía en Italia; tiende a tomar un significado más urbano y «burgués».

gentry: mediana aristocracia terrateniente en Inglaterra.

geoponika: colección de extractos de tratados agronómicos bizantinos.

Geschelecht: agrupamiento familiar amplio, tipo tribu, con totem original común.

gesiths: guardias sajones, parecidos a los *gasindi* lombardos; con frecuencia, eran dotados de tierras y quedaban asimilados a colonos; trabajaban la *Gesithland.*

gesta Dei per francos: expresión consagrada por las narraciones que se refieren a las cruzadas y que consideran a los europeos el brazo de Dios en las guerras santas.

Gewerke: gremio, en Alemania.

gibelinos: «partido» político italiano, favorable al establecimiento de una autoridad centralizadora en Italia, eventualmente, la de los alemanes (la voz procede de Weiblingen, feudo de los Hohenstaufen).

girovago: dícese de un monje que ha abandonado su comunidad, o que nunca la ha tenido, y que erra predicando y mendigando.

gnosis: actitud filosófica, desarrollada en los primeros siglos después de Cristo, que se proponía articular en un programa coherente las aportaciones del pensamiento pagano y las enseñanzas cristianas.

goliardos: agrupamientos contestatarios de intelectuales adultos (en el siglo XII) (etimología discutida).

gonfalonnieri: jefes de barrios en las ciudades de Italia, más tarde, responsables del orden público en el interior de las ciudades italianas.

gótico: término despreciativo inventado en Italia, en el siglo XV, para designar las antiguas formas de expresión medieval, tanto en arquitectura como en grafía.

gradoni: bancales de tierra sostenidos por muretes en las pendientes roturadas (Italia).

grafio, Graf, Markgraf: conde en los países germánicos, particularmente encargado de defender las zonas fronterizas.

grandes: específicamente, los grandes terratenientes de la Meseta castellana.

grod, gorod: «ciudad» eslava; campamento fortificado en torno al cual se agruparon artesanos y comerciantes.

gros: moneda de plata del valor de 12 denarios (en principio).

gruarii: agentes dominicales, después públicos, responsables del mantenimiento y de la explotación de los bosques; delegación de justicia.

gualdi publici: equivalente al fisco entre los lombardos.

güelfos: «partido» político italiano favorable a la autonomía local y al dominio pontificio (el nombre procede de Welf, familia bávara enfrentada, en el siglo XII, a la intervención imperial alemana en Italia).

guilda: agrupamientos de hombres libres, artesanos, comerciantes, etc., bajo juramento de prestarse ayuda y socorro mutuos.

gynecia, gineceos: talleres de mujeres reservados al tejido, a la cerámica, etc.; generalmente, estaban ubicados en los «fondos de cabaña» de la Alta Edad Media occidental.

habeas corpus: célebre *bill* inglés de 1679 que concede a toda persona el derecho de defenderse personalmente frente a un tribunal antes de ser detenido.

hacksilber: plata rota, es decir, fragmentos de piezas de plata o de orfebrería, a veces, también monedas, recortadas por los vikingos para facilitar su comercialización al peso.

hadîth (hadiz): juicios y axiomas atribuidos a Mahoma y que no figuran en la «recitación», esto es, el Corán; el concepto se ha ampliado a las glosas que se refieren a éste último.

hadjdj: la peregrinación a La Meca.

haia: bosque generalmente público; pero parece designar también

una empalizada de ramajes erigida con finalidades defensivas.

hanbalíes: partidarios de Ibn Hanbal, pensador de tendencia ismâᶜilí en Persia.

Handwerk: «gremio» organizado (Alemania).

hanîf: hombre piadoso, que vive en medio de la comunidad y que sirve de ejemplo a los fieles en el Islam.

hansa: agrupamiento mercantil; en su origen, estaba reservado a los mercaderes baltos, alemanes e ingleses que traficaban por mar; después se aplicó a otras formas de agrupamientos profesionales.

hardines: huertos situados en las orillas o en las tierras sumergibles de un río.

hashshâshîn: «Asesinos», secta shîᶜí implantada en el Líbano, violentamente partidaria de la acción directa, sobre todo contra los ᶜabbâsíes sunníes; el término «asesinos» parece proceder de la práctica sistemática del asesinato político perpetrado por esta secta tras previa ingestión de hashîsh.

hebergement: al principio, tasa de albergue (véase); en el oeste de Francia designa a las tenencias nuevas, de estatuto bastante liberal.

Heerschild: jerarquía nobiliaria en Alemania; estructura muy artificial imaginada por los juristas para clasificar los diversos niveles de la aristocracia germánica; derechos públicos o privados estimados en función del nivel reconocido en el *Heerschild* (es decir, el «escudo»).

henotikon: fórmula de conciliación entre ortodoxos y monofisitas.

hereditarii (Francia septentrional y Países Bajos): tenentes hereditarios.

heriban: la ausencia a la convocatoria militar entre los francos; castigada con una fuerte multa.

heriot: tasa de mutación, en principio para una tenencia, equivalente al *relief* de los feudos.

herisliz: abandono del ejército, deserción en campaña.

herm: forma vulgar del griero *eremos,* lugar no cultivado, «desierto», como decían los cistercienses.

hesicasmo: creencia sostenida por algunos eremitas griegos, según la cual el fiel es admitido para que pueda contemplar la luz que emana de la faz de Dios antes del Juicio.

hide, hufe: véase *manso.*

hidjra: emigración; por excelencia, la partida de Mahoma hacia Yathrib (Medina), la «hégira».

himâya: protección ejercida por un personaje poderoso, en tierra del Islam, sobre los débiles; a veces,

para el impuesto debido por éstos para asegurarse su devoción.

holzbau: construcción de madera.

honor: cargo público cuya remuneración se basa en unos beneficios eventuales y en las rentas de una tierra afectada a la función; por extensión se aplica a dicha tierra.

hort, hortillon, huerta: huertas mediterráneas, generalmente en bancales (véase *hardines*).

hospitalitas: costumbre de alojamiento de tropas en campaña durante la Antigüedad tardía, convertida en una obligación para los propietarios terratenientes romanos quienes estaban obligados a ceder una parte de sus bienes (viviendas, tierras, rentas o esclavos) a las guarniciones bárbaras.

hospodar: «príncipe» en húngaro; utilizado en términos rumanos para designar a los príncipes que pagan tributo a los otomanos.

houlke, hougge: navío frisón de vela y casco en forma de cáscara de nuez.

hueste: (del latín *hostis*): el ejército de los hombres libres germánicos (véase *fyrd*).

hufe: véase *manso.*

hundred: véase *centena.*

hyperetai: en Bizancio, servidores ciudadanos unidos al amo por un vínculo de clientela.

imâm, imán: guía de la plegaria a Allāh; puede no ser más que el director de la oración; por extensión, jefe espiritual con ocasión de cualquier nueva toma de conciencia religiosa.

immixtio manuum: unión de las manos de dos individuos; generalmente, un superior encierra entre las suyas las manos de un inferior; símbolo de entrega.

immunitas: situación jurídica de una tierra, muy a menudo de la Iglesia, que los agentes de la autoridad central no pueden someter al impuesto ni controlar ni requerir nada sin el consentimiento del poder en ella establecido; privilegio, en un principio, únicamente fiscal.

indicción: período de quince años correspondiente a los períodos de rectificación del catastro romano o bizantino; por este hecho, elemento de cronología.

indulgencias: dispensa parcial de las penas que presuntamente deben cumplirse en el Purgatorio por parte del pecador, después de un acto de piedad especialmente meritorio; en el siglo XV dio lugar a una inflación de concesiones de este tipo, incluso a su venta.

infanzones: en los reinos hispánicos, familiares del soberano, de elevado nacimiento, generalmente armados y dotados de tierras.

infield: suelo explotado por los hombres, por oposición al *outfield* que permanece en estado salvaje. No implica forzosamente la labranza. *Inland* tiene un sentido comparable.

inmatriculati: pobres inscritos en un registro de socorro público.

interpolación: introducción subrepticia, fraudulenta o accidental de un fragmento no original en un documento.

iqtâ^c: en tierra del Islam, concesión en principio temporal de una tierra fiscal por el soberano a un servidor, un guerrero o un gran propietario terrateniente.

isma^cilí: de Isma^cîl, hijo de Abraham, protector de los árabes y eslabón entre el mundo bíblico y el Islam; epónimo recuperado por las formas contestatarias del Islam, particularmente, el shî^cismo; en ciertos casos el propio nombre del jefe religioso ha sustituido a la expresión genérica.

itálica: tipo de caracteres de imprenta utilizado en Italia a partir de 1465, en oposición a los que se fundían más al norte («góticos»); en realidad, se trata de lo que llamamos letras «romanas», puesto que nuestra «itálica» fue más tardía.

îwân: construcción que, en Persia, flanquea los patios centrales de las mezquitas y que, en general, se abre con un arco triunfal que da al patio; sala de oración o de recepción.

jân: o bien un jefe de tribus asiáticas turcomongolas federadas; o bien, un centro de intercambio de monedas en tierras del Islam, una especie de «bolsa».

jaradj: el peso, el tributo territorial, en tierra del Islam.

jarâŷ: a finales de la Edad Media, cualquier impuesto sobre la tierra, en el Islam.

jâridjíes: los «que se salieron», los que optaron por una aplicación rigorista, casi «puritana» de la Ley musulmana; terreno fértil para el shî^cismo.

jarl: jefe de clan escandinavo.

jâssa: en las ciudades islámicas, la parte rica y organizaba que formaban la aristocracia, los servicios de corte, los funcionarios; por oposición a la *^câmma* (véase *^câmma*).

jitta: en las ciudades islámicas, concesión de una parte del suelo urbano para la implantación de una tribu o de uno de sus elementos.

joculator: «juglar», expresión que va más allá de los ejercicios de destreza practicados por especialistas en las fiestas nobles; designaba a cualquier individuo errante; al margen de la sociedad.

joy: término occitano, de traducción difícil, pero que implica el placer

físico, la felicidad espiritual y el cumplimiento de todos los deseos.

jugatio, jugum: superficie fiscal en la Antigüedad tardía y Bizancio y, por extensión, los impuestos que la afectan; se calculaba en función del trabajo anual de un yugo de bueyes.

Junker: terrateniente alemán, de origen noble; sobre todo en las regiones orientales.

jurisperiti: juristas profesionales; en general, eran distintos de los notarios.

jutba: el rezo del viernes en el Islam, en el que se proclama el nombre del jefe religioso al que se encomienda la comunidad.

juvenes: designaba a aquellos hombres que aún no se habían establecido, fuese cual fuese su edad.

ka^cba: el cubo, la casa primitiva de Isma^cîl, centro de reunión de las creencias premusulmanas, adoptado y santificado por el Profeta como lugar preferente del *hadjdj* (= peregrinación).

kalâm: la teología dogmática musulmana.

kan: véase *jân.*

karfar: navío de aparato de los soberanos escandinavos que, a menudo, les servía de sepultura.

kârimí: comerciantes egipcios, a veces judíos, que ejercían su actividad en el mar Rojo y hacia Asia.

kâshif: inspector de impuestos y más tarde recaudador en el Egipto mameluco.

kastron: ciudad bizantina amurallada.

katepan: gobernador bizantino de provincia (sobre todo, en Occidente).

kâtib: secretario, escriba, en el Islam.

keller: «bodega», lugar de reunión de las cofradías profesionales; pro extensión, «gremio» (Imperio).

kephale: circunscripción rural bizantina.

keures: fraternidades (Francia septentrional y Países Bajos): agrupamientos de ayuda mutua.

keutes: mantas de lana basta exigidas como derecho de albergue.

klasmata: tierras que han permanecido incultas durante treinta años y que son ocupadas para ser redistribuidas (Bizancio).

kleisurai: en Bizancio, pequeñas unidades territoriales inferiores al *thema.*

knecht: criado, oficial de taller, obrero.

kogge: navío báltico de estructura parecida a la de la *houlke.*

koiné: conjunto, comunidad, área cultural y religiosa.

kommerkion: tasa aduanera en Bizancio.

königsfrei: antiguo colono dotado de tierras y sometido al impuesto por el conde germánico.

koop: derecho de mutación, «rescate».

Kossäten: campesinos alemanes en una situación bastante mediocre; véase *Gärtner*.

kouter, kutter (¿del latín *cultura*?): tierras entregadas a tenentes, en Europa del norte, y puestas por ellos en cultivo, a cambio de diversas obligaciones que conservaban un carácter comunitario.

kral (¿de *Carolus*?): soberano eslavo.

krites: en Bizancio, designaba, en principio, una circunscripción de justicia, área de punción fiscal.

kulak: en la Rusia del siglo XIX se dice de los campesinos bienestantes, propietarios de los aperos y en general liberados de la servidumbre; por extensión, los medievalistas usan este término en referencia a la Edad Media.

lai: o bien el adjetivo «laico» que acompañaba al nombre de un miembro no ordenado de una comunidad religiosa; o bien, composición literaria del siglo XIII (de origen dudoso), formada por estrofas asonantes irregulares, que trataban de temas épicos o domésticos.

lambi: barcas de fondo plano para el tráfico fluvial.

Landfrieden: documentos de paz concedidos por el emperador y que aseguraban el orden público bajo amenaza de sanciones no exclusivamente eclesiásticas.

Landsassen: campesinos alemanes libres para explotar su tenencia.

lapidarios: colección de conocimientos empíricos sobre la naturaleza y la virtud de las piedras.

larghezza: fase de abundancia de la liquidez monetaria en los lugares de cambio o de comercio.

latifundia: grandes dominios, en general, reservados a la ganadería extensiva bajo el control de esclavos; eran fruto, en la cuenta mediterránea, de las concentraciones de tierras.

laudatio parentium: práctica jurídica y consuetudinaria que permitía a los parientes próximos de un donante intervenir en pro o en contra de la donación prevista; en caso de aprobación, su intervención quedaba consignada en el documento redactado a tal fin.

laudemios: derechos de mutación en el momento de una trasferencia entre vivos; por extensión, cualquier derecho de mutación, incluso por sucesión natural.

laudesi: en un principio, designaba a los pobres errabundos; después, una vez constituidos en sectas mendicantes, se aplicaba a los grupos generalmente de campesinos que recorrían los campos ofreciendo ocasionalmente la fuerza de sus brazos.

lavra, laura: agrupamiento de carácter piadoso de hombres y mu-

jeres, que vivían aislados conforme a las exigencias ortodoxas y que se reagruapban en los fines de semana para realizar los oficios en común.

lazzi: esclavos sajones o escandinavos.

lectio: ejercicio escolástico que consiste en la lectura (que hace el maestro o un alumno) de un texto y en su explicación literaria.

leding: leva en masa sajona o escandinava para armar una flota.

legistas: término posterior a la Edad Media pero que designa a los especialistas en derecho, a menudo además oficiales reales, que rodean a los príncipes en el siglo XIV.

leibeigen, leibingen: campesinos, poseedores de su propio cuerpo, es decir, que poseían la libertad de poder desplazarse.

Leihezwang: costumbre de reinfeudación inmediata (Imperio) de un feudo sin herederos.

leti: mercenarios; generalmente germánicos (aunque también pueden ser iranianos o celtas), enrolados por los romanos y acantonados formando efectivos bastante densos en campo raso.

libellum, libellarii, livello (ital.): contrato de arriendo de tierras de 29 años de duración, y sin graves contrapartidas en servicios y prestaciones.

libra: peso romano (alrededor de 327 gramos y que en Occidente aumentó a 406 y, después, a 491) mediante el cual se estimaban las mercancías; particularmente, elemento de peso para la plata y el oro, pero que no era utilizado sino a título de estimación de una cantidad de artículos que valían tal o cual peso de metal precioso.

ligio (¿de *Ledig*?): vínculo preferente de un vasallo hacia uno de sus señores.

limes: la frontera del Imperio romano.

limitanei: soldados del *lines*, es decir, de la frontera de la Antigüedad; ejército de cobertura. *Riparienses* tiene un sentido parecido.

livello: en Italia, tipo de tenencia trentenaria, casi sin servicios personales, pero gravada con fuertes derechos de mutación.

liveries: signos distintivos (por ejemplo, vestimentas) que permitían identificar a los hombres de una misma casa (Inglaterra, Italia).

loca: participaciones proporcionadas por un ahorrador a una asociación que le daban derecho a recibir una parte de los beneficios de la empresa.

locator: empresario de roturación, responsable del reclutamiento de los huéspedes.

logisima: práctica bizantina de donación de tierras por el Estado a

propietarios ya con cierto nivel de fortuna, por ejemplo, la Iglesia.

logoteta: responsable de un «departamento» administrativo en Bizancio.

loriga: véase *broigne.*

machtiern: jefe de linaje bretón que ejercía un control sobre la o las parroquias en las cuales estaban ubicados sus bienes.

madrasas, medersa: hogar de cultura coránica; a medio camino entre la universidad de Occidente y la escuela monástica; ampliamente abierta hacia los problemas de la vida cotidiana.

mahdî, mahdismo: el «bien guiado», el anunciador profético de un retorno a la pureza; su aparición y su reconocimiento acompañaban a todos los movimientos de contestación religiosa en el Islam, sobre todo, entre los shî'íes.

maimbour: véase *mundeburdium.*

mall: asamblea de hombres libres germánicos; por extensión, tribunal del Estado.

malos usos: las innovaciones señoriales que el conservadurismo campesino juzgue por principio contrarias al orden establecido.

mals usos: término catalán que designaba a las innovaciones señoriales del siglo XI.

manadas: rebaños trashumantes en los que se suelen mezclar diversas especies (véase *bacade*).

mancipia: los esclavos.

mancuso: expresión que designaba, entre los cristianos, las monedas de oro o de plata del Islam; su etimología es problemática (¿de *manqush:* grabada?).

Mannschaft: «homenaje» (Imperio).

mansa: En África negra, consejo tribal; por extensión, el propio rey que encarna la sabiduría de los ancianos del consejo.

mansio: relevo de correos, romano y griego.

manso, hide (entre los sajones), **hufe** (entre los germanos): superficie de tierra susceptible de alimentar a una familia de trabajadores, con todas las variaciones que ello entraña; el manso podía estar repartido en una o varias parcelas; base fiscal y militar de las exigencias públicas.

manumisión: liberación del individuo que estaba *sub manu.*

manus: autoridad según el derecho romano, la del marido, la del padre, la del amo sobre el esclavo, etc.

maqâma: etimológicamente, «sesión», género literario oriental que consistía en poner en escena diversos tipos sociales opuestos y cuyas relaciones permitían a los oyentes extraer normas de moral simple.

maqsûra: espacio cerrado en la mezquita, donde se colocaba el imâm que dirigía la oración.

marabotín, maravedí (de almorávide): moneda de oro, en principio, acuñada en los reinos hispánicos a imitación de los dinares del Magrib y que circulaban por el Mediterráneo.

marco: unidad de peso (alrededor de 250 gr.) esencialmente (pero no únicamente) utilizada para la talla de los metales preciosos; podía ser empleada para estimar un valor precioso en peso.

marescalci: mariscales, servidores que asistían al senescal y que estaban encargados de organizar los convoyes para el abastecimiento del ejército.

markgraf: véase *grafio.*

marranos: judíos de la cuenca mediterránea, en principio convertidos al cristianismo, pero que continuaban practicando su culto en secreto.

martyria: tumbas de santos, lugares de devoción.

massae: conjunto de tierras, generalmente dispersas en una amplia extensión (en Lombardía).

matricula, matricularii: lista de derechohabientes en la Antigüedad tardía, ya fuese con ocasión del sercicio de la anona, ya fuese en la época en que los obispos tenían las listas de los inscritos; lista de los asistitos (por ejemplo, «matrícula de pobres»).

mawâlî: clientes, armados o no, en el Islam (plural de *mawlà,* señor, pero también esclavo liberto).

medersa: véase *madrasa.*

medersa: véase *madrasa.*

mellâh: barrio judío en las ciudades del Islam.

mensa: porción de un temporal eclesiástico reservada a la mesa (*mensa*) del abad o de la comunidad; puede ser un reparto de tierras o un reparto de las rentas.

meretrices, meskines: mujeres de «mala vida», para la Iglesia.

merinos: en el reino astur-leonés, jueces amovibles especializados en derecho visigodo.

mesnada: conjunto de parientes, de familiares, de clientes y de servidores de un soberano o de un linaje.

mesnada: el conjunto de criados, parientes, clientes que acompañan al sector o al príncipe y forman su «casa».

mesta: asociación de ganaderos trashumantes (Castilla).

mesta: asociación de ganaderos, esencialmente de ovejas, en Castilla; por extensión todas las manifestaciones de trashumancia ibérica.

mezzadria: contrato de aparcería a corto plazo y renovable; en Italia, se debe entregar la mitad de la cosecha (*ad medietatem,* aparcería).

mihrâb: nicho abierto en el muro *qi-*

bla de la mezquita y que indicaba la dirección de la oración.

milagros: género teatral muy apreciado por la gente de las ciudades, trataba a menudo temas profanos y religiosos; en general eran interpretados por actores ocasionales en la plaza pública o el atrio de una iglesia, por ejemplo en ocasión de una entrada real.

milenarismo: actitud escatológica que preveía, en principio hacia el año 1000 o 1033, el fin del mundo; después, designó a la corriente espiritual que se esforzaba en preparar a los hombres en la penitencia y la reflexión apocalíptica ante el inevitable fin.

milenarismo: convicción escatológica que lleva a sus adeptos, en espera del fin de los tiempos, a diversas manifestaciones públicas (predicaciones, procesiones, penitencias públicas) o privadas (retiros, mortificaciones, etc.).

minbar: en la casa de Mahoma, lugar donde se sentaba el Profeta; en la mezquita, púlpito donde el *imâm* puede subir para predicar o recitar.

ministerium, ministeriales: oficio, función, profesión y quienes la ejercen; tomó el sentido general de agente del poder local.

ministro: el que tiene una función, *ministerium;* pero en el siglo XV, el término tiende a concentrarse en los oficiales que rodean al príncipe y ejercen una función particular; sin embargo, el significado moderno no aparecerá hasta el siglo XVI.

misâha: medida de tierra que servía en el Islam oriental de base a la percepción del *jaradj.*

misr: véase *amsâr.*

misterios: véase *milagros.* En este caso, el tema es exclusivamente religioso.

monofisismo: creencia cristiana según la cual la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo se hallan confundidas en una sola donde predomina la divina.

monotelismo: solución bizantina de compromiso religioso según la cual en Cristo las dos naturalezas son distintas, pero animiadas por una única acción y voluntad de esencia divina.

montanistas: iluminados cristianos que atribuían a la intercesión de los santos un papel esencial en la espera de un paraíso próximo; tendencias milenaristas.

morabotín: véase *marabotín.*

more danico: «a la manera de los daneses»; prácticas consuetudinarias normandas, particularmente en los que concierne a la vida privada, sobre todo, al concubinato legalizado.

morgengab: «don de la mañana»;

constitución de una pensión por parte del marido a la mujer al día siguiente de las bodas.

mota: pequeña masa de césped; por extensión, eminencia artificial que servía de soporte a una construcción aristocrática; la *rocca* (véase) implica una eminencia natural previa. La *munitio* no incluye forzosamente una mota troncocónica.

mozárabes: cristianos que vivían entre los musulmanes, esencialmente en al- Andalus.

mu^{c}tazilí: creencia musulmana según la cual la espera de un imám justo sostiene una fe muy rigorista; convicción de que se establecería entonces una sociedad sin clases, un gobierno del bien.

muda: flota veneciana comercial acompañada de galeras de guerra.

mudae: flota mercantil veneciana (dos por año en principio) escoltada por barcos de guerra.

mudéjares: musulmanes que vivían entre los cristianos, esencialmente en los reinos hispánicos.

muftí: hombre piadoso con reputación por su ciencia religiosa; puede ejercer una especie de responsabilidad pública asistiendo a actos de la vida cotidiana (por ejemplo, una boda).

muftî: jurisconsulto de profesión, consultado como consejero por el soberano.

muhâdjirûn: musulmanes que siguiendo a Mahoma, emigraron de La Meca a Medina.

muhtasib (almotacén): guardián, del mercado, por ejemplo; por extensión, responsable del orden público.

mujahena: sociedad formada por la puesta en común de bienes muebles que permitían el lanzamiento de un asunto comercial en el Islam.

mülk: bien personal entre los otomanos.

Mund, mundeburdium, maimbour: fuerza mágica adquirida por ciertos clanes germánicos y sus jefes, debido a una ascendencia divina; protección así ejercida sobre los parientes y los clientes; por extensión, forma de protección del fuerte sobre el débil.

muntmannen: los «hombres de poco», los mendigos, los pobres no asistidos.

munz: la moneda y, por extensión, el derecho de acuñación y el taller monetario; *moneta.*

muqâsama: en territorio islámico, reparto de los tributos debidos al soberano y a los amos efectuado en la misma era.

musâqâ: aparcería en territorio islámico.

muwallad (muladí): en al-Andalus y en el Magrib, indígena recientemente convertido al Islam.

nestorianismo: creencia, en la frontera del cristianismo, según la cual Cristo no ha sido más que el «templo» provisional del Verbo divino.

neuma: notación destinada a guiar la voz en el canto llano, marcando las acentuaciones y las duraciones del sonido; no comporta pentagrama musical.

nizâríes: secta shî'í extremista egipcia que, después de haber roto con los fâtimíes, encontró refugio en el Líbano; véase *hashs-hâshîn.*

nominalismo: actitud filosófica tradicional entre los cristianos a partir del siglo XIII y que da primacía a la razón y a la dialéctica sobre el postulado ontológico.

nominalistas: corriente filosófica y metafísica cristiana que considera a las ideas universales, a los conceptos, como un simple *nomen,* una palabra, lo que implica la necesidad de demostrarlas; como, por ejemplo, el concepto de «Dios». Véase *realistas.*

nomisma: la figura y, por extensión, la moneda griega que incluye la efigie del soberano.

noria: rueda con cangilones destinada a la irrigación y movida por un curso de agua, por animales o por esclavos cuando se trata de una capa subterránea.

nourkiage: contrato entre un ganadero y un hombre de la ciudad (en el norte de Europa) parecido a la *gasaille* (ver este término).

novella: considerandos y decisiones de jurisprudencia post-justinianea.

noveltés: cualquier innovación o exigencia señorial; véase *mals usos.*

nundinae: las ferias.

óbito: el día de la muerte; por extensión, el aniversario de esta muerte y los oficios que solicitan en esta ocasión el moribundo o sus herederos.

obituario: registro sobre el cual una comunidad (monástica generalmente) escribe la lista de los «óbitos», es decir, las misas de aniversario por los difuntos que le han sido encargadas.

oblato: individuo que se daba a una Iglesia, con sus bienes, para recibir a cambio protección y medios de existencia.

óbolo: trébedes para incienso; por estensión lejana, moneda fraccionaria del denario.

obsequium: respeto, obediencia debidos por el liberto a su antiguo amo; por extensión, obligación moral del débil respecto al poderoso.

odal: alodio.

oficial: canónigo especialmente encargado de dirimir los procesos que enfrentan entre sí a los eclesiásticos, más tarde, encargado también de intervenir en los asuntos que afecten a las mate-

rias religiosas y, más tarde, a todo lo que concierne a la Iglesia; por fin, designa a la oficina de escrituras donde los laicos se dirigen para dar más valor a sus contratos, incluso aunque sean profanos.

ojiva: bocel de piedra (¿funcional?) que resalta las aristas de una bóveda.

opole: asociación de vecindad en los países eslavos; por extensión, el territorio donde dicha asociación tiene lugar.

oracula: capillas aisladas, sucursales que dependen de una parroquia principal (*plebs*).

ordalía: prueba impuesta o reclamada por un sospechoso para probar su inocencia; este «juicio de Dios» irracional consiste en una serie de sacrificios físicos (hierro al rojo vivo, agua hirviendo, etc.).

orden tercera: agrupación, sin reglas, de fieles piadosos que aunque permanecen laicos se proponen aplicar de forma estricta los preceptos admitidos por determinadas órdenes, en especial los franciscanos.

ordo: texto que sirve de soporte a una ceremonia ritual, consagración real, imperial, episcopal, etc.

orts, orticelli: véase *hort.*

osculum: beso en la boca, llamado «beso» (u ósculo) de paz», intercambiado entre señor y vasallo.

Österlingen: quizás los «hombres del Este», es decir, los mercaderes alemanes del Báltico tal y como se les llamaba en Londres; la moneda inglesa *sterling* estaba probablemente ajustada a la suya (cuatro veces el valor de la del continente).

outfield: el suelo que el hombre no domina; *outland* tiene un sentido comparable.

oylata: tenencias en régimen de *complantatio* para plantación de olivos.

pagus, pagenses: país, habitantes del país; no tiene significación obligatoriamente rural; circunscripción propia de la Antigüedad tardía, o más antigua aún, que ofrece una cierta homogeneidad de estructura, física, étnica, lingüística, etc.

pallium: banda de lana blanca adornada con cruces negras llevada por el papa y que éste entrega al obispo metropolitano cuando éste viene a realizar la visita *ad limina* (hasta las puertas de Roma) para recibir la confirmación de su designación.

palonnier («barra de carga»): cilindro de madera colocado entre los varales o los ronzales de un tiro (de bueyes o caballos) para encuadrarlo en fila e impedir la dispersión de los esfuerzos de tracción.

panegírico: discurso del corte en honor de un soberano vivo o muerto.

panni: paños de gran tamaño.

parage, paraige: asociación entre iguales; se dice, en primer lugar, de las asociaciones entre señores, sean parientes o extraños entre sí, para administrar y explotar bienes; podía designar simplemente un acuerdo comercial.

parecos: en Bizancio, campesinos libres caídos bajo el control fiscal y económico de los poderosos.

parias: tributos impuestos por los soberanos hispánicos a los musulmanes a cambio de una protección o de una suspensión de las hostilidades.

patarii: «andrajosos», mendigos; en principio, fue el insulto dirigido a los revoltosos milaneses; después, se aplicó a todos los marginados, ortodoxos (*umiliati*) o no (cátaros).

patriarca: título episcopal ligado en principio a las ciudades que jugaron un papel esencial en el desarrollo de la fe cristiana.

patricios: los notables de las ciudades; se trata de una expresión poco afortunada y muy ambigua.

patronazgo: protección de un «patrono», de un amo; puede concernir a una Iglesia, a un hombre, a una tierra.

paulicianos: disidentes cristianos, particularmente en Armenia, hostiles a las imágenes, a la jerarquía eclesiástica, a los sacramentos, al matrimonio, etc.

pauperes: los desvalidos.

paziers (*pahers* en Cataluña): hombres de la aldea encargados por sus compatriotas de asegurar el mantenimiento de la «paz» local y de percibir, si ha lugar, las multas o los derechos correspondientes.

penitenciales: colección de castigos corporales o religiosos que se presentan en forma de catálogos de faltas que se deben castigar, según el estatuto social del pecador.

penny: denario sajón.

peones: soldados de infantería y pequeños campesinos sin caballos; en los reinos hispánicos, aldeanos que combatían a pie.

perfecto: entre los cátaros designa al creyente que observa todas las exigencias de la fe (abstinencia completa) y puede administrar en el momento de la muerte el sacramento de *consolamentum.*

perpiaño: arco de sostén de la bóveda, románica o gótica, al cual corresponde, en el exterior del edificio, un contrafuerte o un arbotante.

perron: piedra o escalones donde se instalaba el señor para pronunciar una sentencia.

Pfaffenstrasse: la «calle de los curas», es decir, el Rin, por alusión

a la abundancia de ciudades episcopales y de monasterios que bordeaban sus orillas.

Pflug, plough, plum: ¿se trata del «arado de ruedas» germánico o se refiere a otro instrumento aratorio?

pholleis: en Bizancio, moneda fraccionaria de cobre (*follis* latino).

pieve (ital.): véase *plebs.*

placitum: asamblea de los hombres libres; progresivamente, tribunal local.

plebs, plou, pieve (ital.): parroquia de la Alta Edad Media.

plesis, ploicum, plouy: en principio, recinto rodeado de setos muertos o de una empalizada; designó también, poco a poco, una tierra de carácter alodial y cercada.

poblaciones: creación o repoblación de aldeas en los reinos hispánicos; por extensión, las cartas de franquicia concedidas a sus habitantes.

podestat: agente imperial en Italia, alemán primero, después italiano, y más tarde de cualquier origen, encargado de custodiar el *castro* en las ciudades de franquicia.

pogrom: matanza de judíos.

polidion: aldehuela griega.

políptico: hojas ensambladas; en la práctica diplomática, el término se aplica a los inventarios de bienes y de prestaciones confeccionados por los señores entre los siglos VI y X; en su mayoría, se refieren a dominios de la Iglesia.

politikoi: panes distribuidos en las ciudades por los poderes públicos bizantinos.

pontifes: asociación de laicos que se encargaban de tender puentes, contentándose con limosnas y considerando esta obra como exclusivamente piadosa.

poorter: comerciante, en especial de tejidos, de las ciudades de Flandes; por extensión, los notables.

porfirogénito: nacido en la «cámara de púrpura» imperial en Bizancio; designaba al soberano legítimo nacido durante el reinado de su padre.

portulanos: mapas que informan de los lugares de fondeadero; representación cartográfica de origen mediterráneo.

potacio: el banquete anual de una asociación piadosa o profesional.

potaje: lo que acompaña al pan, con excepción de la carne.

praedium: sentido parecido al de *fundus.*

prebenda, prebendarii: conjunto de rentas, territoriales o no, que permiten el mantenimiento de un canónigo; designa también cualquier donación de víveres y dinero que permiten la supervivencia: los *prebendarii* eran entonces clientes «alimentados» (por el amo).

precaria: tierra de la Iglesia cedida mediante un censo de reconocimiento a un propietario laico, a «petición» (*precaria*, de *precor*) del propio beneficiario, o del rey (*precaria sub verbo regis*).

predestinación: elaborado por san Agustín, elemento del dogma cristiano que considera que Dios ha destinado a cada criatura a ser salvada o condenada según la importancia que conceda a la gracia divina.

presidios: establecimientos portugueses en África.

préstamo: concesión de tierra fiscal en el reino astur-leonés hecha a un *gardingo*.

priores: en Italia, representantes de los gremios en la *signoria* urbana; para no confundirlos con los dignatarios religiosos, se les llamaba «priores de las artes».

proasteia: ámbito de lo civil en Bizancio.

pronoia: en Bizancio, concesión de una tierra pública o no pública a cambio de un determinado número de elementos de encomendación a la persona del emperador.

prostasia: ejercicio de un patronato sobre los campesinos, mediante el pago de una tasa.

protonotario: oficial público bizantino encargado del envío de los despachos y de la correspondencia oficiales.

psicomaquia: «el combate de los vicios y de las virtudes»; a partir de la obra de Prudencio (siglo v), tema literario e iconográfico muy gustado en la Edad Media, que opone conceptos con finalidad moralizadora: el *Roman de la Rose* es un ejemplo tardío de ello.

qâdî: véase *cadí.*

qajsariyya: mercado público en las ciudades del Islam.

qal^cat: en el mundo musulmán, punto fortificado generalmente sobre una altura.

qibla: muro de la mezquita hacia el cual se dirige el creyente; indicaba el este y, después, la dirección a La Meca; podía convertirse en un símbolo místico.

quaderni: parcelización del terreno formado por parcelas más o menos cuadradas (Italia).

quadrivium: las «artes liberales», es decir, las disciplinas básicas de tenor científico.

quaestio: ejercicio escolástico que sigue a la *lectio* (véase este término); discusión de los términos y de las ideas que se desprenden de un texto estudiado.

questa: tasa recognoscitiva de la protección; más al norte, es llamada talla: podía designar otras exigencias señoriales de carácter banal o jurisdiccional.

quietismo: actitud cristiana mística que considera que la prefección y

el acercamiento a Dios no requieren obras exteriores ni un perfeccionamiento constante; los begardos y los hesicastas estuvieron influidos por esta filosofía (véanse begardos y hesicasmo).

quilate: (de *keratia,* unidad de peso, de uso en Mesopotamia): utilizado para el pesaje de las mercancías y, después, para calcular la ley del oro (1 unidad = 24 quiates).

quinto: la quinta parte; equivalía a lo que se pagaba consuetudinariamente como derecho de mutación.

quotidiani: esclavos domésticos o, en todo caso, siervos sometidos a un estrecho control.

rachimburgi: hombres libres de la comunidad germánica encargados, con ocasión del *mall,* de asesorar en cuestiones de derecho.

rapports de droits, records de coutumes, Weistümer: textos sinalagmáticos redactados entre una comunidad aldeana y su señor, y que fijaban los límites y obligaciones respectivas.

raqîq: sin honor; designaba al campesino dependiente en el Islam.

Rat, Rathaus: consejo urbano y casa del municipio (Imperio).

rat: cuerpo municipal en las ciudades alemanas.

realengum, realengo: tierras reales en los reinos hispánicos.

realistas: por oposición a los nominalistas (véase *nominalismo*), los realistas estaban convencidos de la realidad de los conceptos ontológicos; su influencia se debilitó a finales de la Edad Media.

records de coutumes: véase *rapports.*

reeve: intendente sajón colocado al frente de la administración de los dominios; el *shirereeve* (sherif) era el intendente del *earl* sajón.

refrendario: agente público, generalmente de Iglesia, encargado de verificar la autenticidad de las cartas redactadas en el Palacio germánico.

regalía: conjunto de derechos públicos detentados por el rey y eventualmente delegables por él.

Reichsgut: la tierra imperial.

Relief, Verlief, Koop: derechos de mutación sucesorios, particularmente por lo que respecta a las tierras feudales.

representation: posibilidad para un descendiente de reclamar los derechos de su abuelo; en el derecho feudal, el problema era el de un intermediario femenino como eslabón entre el antepasado y el pretendiente.

reprise: se dice de un alodio, que se convierte en feudo, o en tenencia a censo, cuando esta tierra pasa al derecho eminente de un tercero,

por ejemplo, a consecuencia de una situación económica adversa.

reserva: designa, por conveniencia erudita ya que la palabra no es medieval, la parte del dominio que permanecía a disposición directa del amo y que éste explotaba mediante corveas o gracias a la mano de obra servir.

reservas: posibilidad por parte del papa de nombrar a determinados beneficios vacantes reservándose en este caso una parte de los ingresos.

revista: presentación, por un *condottiero* a los oficiales del príncipe que le contrata, de la lista de sus hombres y de su armamento.

ribà: alquiler de un inmueble, en el derecho musulmán.

ribât: comunidades musulmanas piadosas, formadas por hombres reunidos en una especie de convento fortificado, desde donde podían llevar a cabo expediciones de predicación o de guerra santa.

riga: el surco, designaba a la corvea que consistía en abrir y mantener cierto número de surcos en la tierra del amo.

riparienses: véase *limitanei.*

Ritter: caballero, en Alemania; la palabra tomó la acepción peyorativa de reitre en el siglo XV.

rivage: zona de huertos en la periferia de las ciudades mediterráneas.

rocca: eminencia natural coronada por una torre, véase *mota.*

rocín: caballo de carga exigido como servicio de guerra en los casos de rescate de las obligaciones de hueste; «rocín de servicio».

rogata: exigencias de un señor banal o jurisdiccional.

Romfahrt: exigencia de servicio militar por el emperador germánico con ocasión de sus viajes a Italia.

rotulus (rollo): pergaminos cosidos uno a continuación del otro y enrollados en uno o dos pequeños palos; principio del «libro» de la Antigüedad, persistió en la Edad Media para los documentos contables y ciertos documentos litúrgicos o de carácter judicial.

runas: signos mágicos, de origen escandinavo, cargados de significación simbólica, y utilizados por una minoría de iniciados para expresar nociones piadosas o guerreras.

sacellaires: agentes subalternos al servicio del camarero y encargados de vigilar las entradas de numerario en la Cámara.

sacramental: libro de oraciones del oficio cristiano y de los recitados necesarios cuando se imipartía un sacramento.

saga: poemas épicos escandinavos que relatan las hazañas de los navegantes y de los guerreros vi-

kingos, pero que no databan de esa época.

Sake and Soke: designaba en Inglaterra a los hombres libres, que podían atestiguar ante la justicia y reunirse en grupos: *Sokmen* que tienen en *Socagium.*

sakka: efecto de crédito, equivalente a una promesa de pago a plazos; cheque.

salterio: libro que contiene los salmos bíblicos.

saltus: la tierra virgen romana: bosques, landas, rozas; por extensión, la tierra no apropiada privadamente y de la que, normalmente, el dueño era el soberano.

salvamentum, sauvement: protección señorial; territorio sobre el cual se ejercía.

sandjaq: entre los otomanos, unidad territorial bajo el mando militar de un miembro de la familia del sultán.

santeros: tenentes de la Iglesia, de un estatuto relativamente libre; véase *censuales.*

saqâliba: esclavos de raza blanca en el Islam occidental, ¿deriva de «eslavos»?.

sawâfi: bienes confiscados a la aristocracia vencida por los musulmanes, sobre todo a la aristocracia persa, o bien a las Iglesias cristianas.

sayones: en los reinos hispánicos, oficial inferior de la administración de justicia y un agente ejecutivo.

scabini: jueces profesionales permanentes, que asisten al *mall* o al *placitum,* primero en los países de derecho escrito y después en todo Occidente.

sceattas: moneda de plata sajona (¿del alemán *Schatz,* tesoro?).

schola: tropas de guarnición en Bizancio.

scholasticus: canónigo especialmente encargado de la escuela catedralicia.

scriptorium: oficina de escritura; en su origen, locutorio de los monjes de una comunidad en el momento en que se reunían para la copia de manuscritos.

sculdhais: agente del rey lombardo encargado de la administración de un barrio de la ciudad.

scultetus, schultheiss: agente señorial, en países germánicos; «empresario» de explotación de las tierras nuevas; véase *locator.*

sefarad, sefardí: comunidades judías hispánicas, cuya interpretación de los textos sagrados es menos rigorista que la de los ashkenazi (véase esta palabra).

senescal (de **sinisskalk,** el criado de más edad): responsable del aprovisionamiento del palacio entre los reyes germánicos.

serranos: designaba a los hombres procedentes de los Pirineos o a

cualquier extranjero venido del norte de la Península Ibérica para poblar las tierras reconquistadas.

setici: tierras agrupadas en torno a la vivienda y explotadas por el tenente para su propio uso: jardines y huertos.

shâh, sha: título del soberano persa sasaní, reutilizado por los turcos posteriormente.

sharî^ca: la regla religiosa transmitida por el Profeta para el comportamiento de los fieles.

sharika: sociedad comercial basada en la aportación de la mitad del capital y puesta a punto para la realización de un solo negocio (en el mundo islámico).

sherifs (de *shire-reeve*): intendente del condado; por extensión, en la época normanda y después, el representante de la autoridad real al lado del conde local.

shî^ca: el partido, la parte legítima del Islam; a partir de la evicción de los ^câlíes, se identifica con el mesianismo que espera su retorno; shi^císmo.

shire: condado sajón.

sicarii: hombres de mano, en Italia.

silention: en Bizancio, consejo en torno del basileus.

sindicos: en la zona mediterránea, aldeanos designados para ejercer el control de las franquicias judiciales o fiscales concedidas por el señor.

skalaï: plazas de comercio griegas, en principio, reservadas sobre todo a la venta de cereales.

sklaviniai: las onzas ocupadas de manera bastante densa por los sklavenos, nombre genérico aplicado a los eslavos.

soccida: arrendamiento de ganadería del tipo de la *gasaille* (véase este término).

sopracorpo: parte del capital de una sociedad comercial formada por las aportaciones no familiares.

sors: parte del capital aportado por un «accionista» en un contrato comercial.

sottoposti: subempleados; en realidad, parados en Italia.

spicaria: graneros públicos; puede limitarse a designar una reserva de cereal de tipo familiar (fondo de cabaña).

squire: escudero, en Inglaterra; por un deslizamiento de la palabra tiende a designar a un pequeño terrateniente.

stabbau: tipo de construcción en planchas.

Stämme: agrupamientos germánicos donde se mezclaban las especificidades étnicas, lingüísticas y culturales; sólo más tarde designaría a un conjunto territorial.

stäpl: poste de madera hincado en el agua; por extensión, muelle fluvial o marítimo; «etapa».

stipendium: sueldo o salario; puede ser en tierras.

strateïa: cargas del stratiota griego, pero que se transformaron en una pura obligación fiscal, bajo la forma de una tasa de reemplazo de los servicios armados.

stratiota: en Bizancio, campesino-soldado.

stretezza: fase de contracción en la circulación monetaria en los lugares de comercio.

stube: el lugar de reunión de los cofrades o de los obreros de los gremios con ocasión del banquete anual.

studium general: designaba, antes de las universidades, a las escuelas de gran prestigio donde los escolares eran conducidos, más allá del estudio de las artes liberales, a proseguir el estudio del derecho y de la teología.

sueldo, solidus: moneda de oro bizantina, en su origen acuñada para el pago de las soldadas (de ahí su nombre). En Occidente, servía para estimar el valor de una mercancía o de una multa, cualquiera que sea el tipo de pago ulterior: denarios, objetos, lingotes, etc.

sûfíes: místicos musulmanes, de naturaleza muy diversa, unos retirados del mundo, otros haciendo un proselitismo ardiente (de *sûf,* 'sayal').

sufismo: mística musulmana que invita al creyente a llevar una vida que le prepare para el éxtasis o para la meditación en una situación de aislamiento.

suftadja: letra de crédito con pago diferido, eventualmente en otro lugar; ¿antecedente de la letra de cambio?

sulh: tregua o acuerdo de paz entre dos tribus musulmanas.

supanis: en territorio eslavo, jefes del clan y grandes propietarios terratenientes.

superbia: orgullo. Junto con la *avaritia* (véase este término) es el más temible de los pecados cristianos.

ta^cdîl: investigación pública destinada a medir antes del acto impositivo el nivel de las fortunas (en el Islam).

tâdjir: en el Islam, mercader sedentario que envía a puntos lejanos a factores y comisionistas.

tagesschalk: siervo doméstico sujeto a corveas cotidianas.

tagmata: cuerpos de tropa bizantinos que formaban el ejército central (véase *comitatus*).

takehan: paro en el trabajo, huelga, en general acompañado de manifestaciones y agitación social.

taldji'a: protección moral y política ejercida por un poderoso en beneficio de un cliente con un cierto nivel social (véase *himâya*).

tarí, tarinos: monedas de plata, a

veces de oro, emitidas en el Mediterráneo occidental por los musulmanes y, después, imitadas por los normandos de Sicilia y algunos soberanos hispánicos.

tasca: exigencia banal (Midi de Francia); podía englobar varios tipos de tasas.

tavola: mesa o banco del cambista.

terciar: práctica agraria consistente en realizar una tercera labor previa a la siembra.

terpen: montículos insumergibles, eventualmente realzados de forma regular, que forman un cordón litoral a lo largo de la costa de los Países Bajos.

tetartera: moneda divisionaria o desvalorizada del nomisma, es decir, del sueldo griego.

thane: gran propietario terrateniente sajón.

thegns: nobles sajones.

themas, themata: circunscripción territorial bizantina; tropas estacionadas en ella y que estaban encargadas de la defensa cerca de las fronteras.

themas: circunscripción provincial bizantina.

theow: esclavo sajón o escandinavo.

thing: asamblea de los hombres libres escandinavos.

tîmâr, timariote: cesión de tierra fiscal entre los otomanos, a título personal, y con la posibilidad de recaudar impuestos basados en ella; el beneficiario.

tîmûrí: descendiente o sucesor de Tîmûr Lang (Tamerlán).

tirâz: marca del Estado colocada en los tejidos, en el Islam; por extensión, talleres públicos donde se fabricaban los vestidos y otras mercancías bajo control público.

tironianas (de Tiro, ¿nombre del liberto de Cicerón?): dícese de las notas abreviadas (no es una estenografía) que servían de medio rápido de correspondencia en las cancillerías cristianas.

tractus: sentido parecido a *saltus.*

transubstanciación: elemento del dogma cristiano que considera la Eucaristía como la transformación real en pan y vino del cuerpo y la sangre del Cristo.

tremisses: pequeñas monedas de oro equivalentes a la tercera parte del sueldo; *trientes* tiene un sentido parecido.

treuwa: tregua; acuerdo obtenido en justicia.

trientes: véase *tremisses.*

trivium: las disciplinas «literarias» básicas en las artes liberales.

tropo: notación musical del canto llano destinada a modificar el sonido de la voz en una sola sílaba.

trovador, troubadour, trouvère: poeta, pero sobre todo intérprete y músico que recitaba y mimaba

los cantos líricos o épicos escritos en lengua de oc.

truste: liga jurada; podía referirse a un grupo urbano, a un oficio o a un linaje.

trustis: juramento de fidelidad (véase *antrustion*); podía designar a un grupo unido por juramento.

typikon: en Bizancio, diplomas de fundación de un monasterio.

udj: entre los otomanos, territorio fronterizo en caso de guerra.

ulemas (ᶜulamâ'): doctores de la fe en tierras del Islam; se erigen en jueces y consejeros.

ulus: una parte del dominio mongol, generalmente devuelta por el gran Jân a un miembro del clan de Gengis Jân.

vaqif: entre los otomanos, equivalente del *Waqf*, tierras consideradas como bienes de las comunidades religiosas, aunque hayan sido tomadas y cedidas a un laico.

vassus (¿del celta *gwass*, muchacho?): dependiente honorable.

verbum regis: la orden real, sobre todo, pronunciada cuando la reunión en el Campo de mayo.

Verlief: véase *Relief*.

vicaria: división de los derechos (y, después, del territorio) donde el conde ejercía su *honor*; el *vicarius* ejercía generalmente una justicia menor, la policía de los caminos, la vigilancia en la percepción de impuestos su papel militar quedaba poco definido.

vicecomitatus: vizconde; en principio, podría tener los derechos del conde en ausencia de este último; prácticamente se convierte en un agente subalterno fijo.

vicus: aldea agrupada; conjunto de tiendas puestos de venta en torno de un centro religioso o de un palacio; es posible que *wich* escandinavo (que significa la bahía llegase a adquirir), por contaminación, mismo sentido.

villa: en principio, un gran dominio bipartito muy pronto, designó simplemente a un lugar habitado; después, tomó el sentido «aldea».

villein: el campesino inglés en general; pero contiene un significado preciso: campesino con un estatuto jurídico mediocre, pero superior a los *cottiers* e inferior a los *yeonen* (véanse estos términos).

viridaria: huertos que rodeaban a las ciudades mediterráneas.

visir, wazîr: el que «tiene un cargo», auxilia por extensión general, principal ayuda o califa.

vogt: véase *advocatus*.

wâlî: gobernador provincial de al-Andalus.

waqf: tierra exonerada, que generalmente procedía de un bien de la Iglesia; se diría en Occidente, de «mano muerta»; uno los medios

de remuneración de las fidelidades en tierra del Islam.

wasserburg: dícese de una construcción aristocrática de tamaño modesto, ceñida de fosos, pero no forzosamente elevada sobre una mota.

wateringen: asociaciones aldeanas encargadas de vigilar el estado de diques y de tierras ganadas al mar (en los Países Bajos).

wazîr: véase *visir.*

Weistümer: véase *rapports de droits.*

Wergeld: el oro de la sangre; el total de composición pecuniaria que tenían derecho a exigir una víctima o su parentela en función del estatuto y del nivel social.

Westwerk: macizo occidental de las iglesias carolingias que generalmente incluía un segundo crucero y dos torres de fachada.

wich: véase *vicus.*

wiec: federación de tribus eslavas.

wilâya: control, sobre todo, del mercado; área sobre la cual se ejercía dicho control.

witenagemot: consejo de sabios entre los sajones; guiaba al rey.

woolman: comerciante inglés que compra la lana antes de esquilar a las ovejas y las revende después ya esquilada a un precio más alto; forma de especulación y también de avances de fondos.

writ: puesta por escrito de una decisión real inglesa.

Wüstungen: en Alemania, los suelos que vuelven a convertirse en bosque o en landa.

xenia: dones en especie impuestos a los colonos bizantinos, una vez alcanzado el techo del alquiler imponible.

xenodochia: abrigos y hospicios para peregrinos, enfermos y mendigos, de origen a menudo irlandés.

xilografía: grabado sobre madera; durante mucho tiempo grabado de una imagen, y más tarde caracteres de imprenta.

yeomen: campesinos ingleses libres y en general propietarios de sus tierras.

yermo: el desierto; tierra abandonada.

zakat, sadaqa, ushr (en al-Andalus): la limosna voluntaria debida por el creyente en tierra del Islam.

zakât: limosna legal impuesta a los creyentes en el Islam.

zar: (de César): título llevado por los soberanos búlgaros.

zecca: véase *cequino.*

zelotes: agrupación piadosa bizantina, partidarios de una actitud mística, incluso puritana, en la vida corriente y que en general se hicieron adeptos de las convicciones del *hesicasmo* (véase este término).

zeugariate: campesino bizantino que sólo poseís un tiro de bueyes.

zindîq: secta herética musulmana, adepta al dualismo, que practicaba un escepticismo hacia los textos sagrados y una libre crítica.

zoco (de **sûq**): mercado al por menor en la ciudad musulmana.

zupan: jefe de tribu y más tarde príncipe territorial servio.

CUADRO CRONOLÓGICO

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
		392 Prohibición de los cultos paganos
395 Muerte de Teodosio	396 Edicto sobre la estabilidad de los curiales	
	398 Edicto sobre la hospitalidad	
400 Arcadio, emperador de Oriente		
408-450 Teodosio II, emperador		407 Muerte de San Juan Crisóstomo
429 Los vándalos entran en África	431 Concilio de Éfeso	
	Construcción de Santa Sabina en Roma	
Instalación de los hunos en Panonia		
		451 Concilio de Calcedonia: condena del monofisismo
457-474 León I, emperador de Oriente		
476 Fin del Imperio de Occidente	483 Los nestorianos entran en Persia	
		486 Segundo concilio de Seleucia
491-518 Anastasio, emperador		Herejía de Mazda en Persia
493 Instalación de Teodorico en Italia		
503 Los búlgaros en el Volga		
526 Muerte de Teodorico, rey de los ostrogosdos		
527 Justiniano, emperador		529 Cierre de la escuela de Atenas
530-540 Guerras del Yemen		529-533 Código justinianeo. Eliminación del arrianismo

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
531-579 Cosroes I		536 Construcción de Santa Sofía
		538-562 Monasterios del Sinaí
	552 Introducción del gusano de seda en Grecia	553 Santa Irene de Constantinopla
565 Muerte de Justiniano		
568 Instalación de los ávaros en Panonia		
Entrada de los lombardos en Italia		
570-572 Guerra greco-persa		
575 Los persas en el Yemen		
582 Los ávaros en Sirmium		
582-604 Mauricio, emperador		
590-628 Cosroes II		
591 Los jazares en el Volga		
602-610 Focas, emperador		610 Inicio de la prédica de Mahoma en La Meca
614 Toma de Jerusalén por los persas		
Contraofensiva griega		622 La «Hégira»
626 Los ávaros ante Constantinopla		
627 Derrota de Cosroes II		632 Muerte de Mahoma
634 Los árabes en Iraq y en Siria		
636 Los árabes en Persia		
641 Muerte de Heraclio		
642 Los árabes en Egipto	642 Fundación de Fustat	
641-668 Constancio, emperador		643 Código de Rotario
		653 Fijación del texto del Corán
656 Alí, califa		656 Cautiverio y muerte del papa Martín
Empieza el dominio de los Omeyas	662 Muerte del Máximo el Confesor	
669 Ataque árabe a Constantinopla		
670-686 Incursiones árabes en el Magrib	670 Fundación de Qairwân	

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
	680 Refuerzo del chorion	
		680 Formación del shî'ismo
		681 Condena del monotelismo
684 Guerra civil qaysí-kalbí		
		687 Mezquita de la Roca
Revuelta de los bereberes		
	695 Emisión del dinar	695-701 Primera revuelta shî'í
687 Los búlgaros ante Constantinopla		
705-714 Los árabes en Transoxiana	La conversión de los dhimmíes es frenada	705 Gran mezquita de Damasco
711-713 Los árabes conquistan Hispania		
712 Los búlgaros ante Constantinopla		
717-718 Sitio de Constantinopla por los árabes		
717-740 León el Isaurio, emperador		
721-723 Los árabes en el Sind		
725 Levantamiento berebere		726 Primeros edictos iconoclastas
		731 El papa Gregorio III condena la iconoclasia
739 Los árabes en Samarcanda		
740-775 Constantino V, emperador		740 El Écloga de Constantino V
747 Reocupación de Creta por los griegos		744 Levantamiento shî'í
750 Revuelta 'abbâsí		
751 Batalla de Talas		754 Concilio iconoclasta de Hiedeia
755 Constantino ataca a los búlgaros		Muerte de San Juan Damasceno
756 Masacre de la familia omeya.		759-826 Teodoro Estudita
Los 'abbâsíes en el poder.	762 Fundación de Bagdad	Reconstrucción de la mezquita al-Aqsa en Jerusalén
765-768 Embajadas francas en Bagdad		767 Rito *hanîf*
		768 El Studion en Constantinopla
775 Muerte del califa al -Mansûr	776 Principado de Taherte en conexión con el Sahara	775 Mezquita de Córdoba
		777 Bautismo de los búlgaros

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
783 Paz greco-árabe		786 Bautismo de los búlgaros
787 Huida de Isdriss al Magrib		787 Concilio iconodulo de Nicea
		790 Rito malikita
797 Irene, emperatriz		790 Traducción de Euclides al árabe
800 Los idrisíes en Marruecos	800 Fundación de Fez	800 *Vida* de San Filareto
Los aglabíes en Túnez	Desarrollo de las culturas de caña, de arroz	Introducción del *O* indio
811 Krum, rey de los búlgaros	y de algodón en Iraq	Traducciones de Aristóteles, Ptolomeo,
Muerte de Nicéforo		Arquímedes, etc.
813-833 al-Ma'mûn, califa		
818-879 Tahiríes y samaníes en Irán		818 Rito shafí
820 Creta reocupada por el Islam		820 Obra de al-Jwârzimí
830-845 Los aglabíes en Sicilia e Italia	830 Bloqueo del trigo egipcio	825 Apertura de «casas de la sabiduría»
	836 Fundación de Samarra	
	840 Creación de la guardia mameluca	843 Fin de la iconoclasia
845 Saqueo de Roma por el Islam	Desarrollo del *iqtâ'*	Viajes de Ibn Kurdadbih
Formación de la Gran Moravia		
850 Los turcos de Transoxiana		
852-889 Boris I, zar de los búlgaros	Mercaderes «rusos» en Constantinopla	855 Muerte de Ibn Hanbal
		Rito hanbalita
		«Arte de Samarra»
862 Riurik en Novgorod	Los judíos radanitas	863 Universidad de la Magnaura
	864 Fundación de Kiev	*Epanagôgé* de Basilio
		865 Misiones de Cirilio y Metodio
867 Usurpación de Basilio I	869-878 Revuelta servil de los zendj	867 Focio, patriarca
	877 Revuelta cármata	875 León el Matemático
	Las basílicas	
	Libro del Eparca	879 Mezquita de Ibn Tulûn en El Cairo
	883 Primera acuñación veneciana	
886-912 León Vi, emperador		
886 Restablecimiento de la monarquía armenia		La «biblioteca» de Focio

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
893-927 Simeón, zar búlgaro	893 Extensión del kommerkion	
895 Los húngaros en Panonia		Tablas astronómicas en Irán
902 Sicilia enteramente musulmaan		900-905 Dispersión de los shî'íes
909 Predicación fâtimí en el Magrib		
913-959 Constantino Porfirogeneta	911 Tratado de comercio ruso-griego	
917 Los búlgaros amenazan Constantinopla	Rescate de tierras por los poderosos	
921 Los fâtimíes dueños del Magrib		
		922 Inicios del sufismo
		923 Muerte de Rhazes
929 Proclamación del califato de Córdoba	925 Redacción de los Taktika administrativos	925 *Libro de los themas*
		Libro de las ceremonias
		Libro de la administración
Incursiones fâtimíes hacia Egipto	934 Edicto de protección de la pequeña propiedad	
		935 Muerte de Ahari, codificador sunita
941 Igor de Kiev amenaza Constantinopla		
	944 Los amalfitanos en Constantinopla	
945 Los bûyíes en Bagdad		
	950 Emisión de *tetartera* desvalorizados	950 Muerte de Al-Farabí
		Terminación de la mezquita de Córdoba
959 Muerte de Constantino VII		
Avance de los jazares hacia el Volga		
Los cunanos alcanzan el Dnieper		
		960 Se añaden naves a la mezquita de Córdoba
961 Muerte de 'Abd al-Rahmân III		
961-969 Ofensiva bizantina en Siria.		Tratado de Cosmas contra Bogomilo
Toma de Creta (961), Chipre (965),		Palacio y biblioteca de Medina al-Zahra
Antioquía (969), Alepo (962)		962 El Gran Lavra del Athos
965-971 Ofensiva fâtimí en el Oriente	963 Nicéforo Focas controla a los estratiotas	
Medio: Egipto (969), Damasco (970),		
La Meca (971). Los turcomanos en Gazna		

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
969 Los fâtimíes en Egipto	969 Fundación de El Cairo Reorganización del *kommerkion* griego Rastros de enfiteusis en el Islam	
969-1014 Samuel, zar de Bulgaria 972-1015 Vladimir, príncipe de Kiev 976-1025 Basilio II el Bugaróctono 977 Los gaznawíes se apoderan del sur de Irán 980 Ataque de los griegos a los hamdâníes de Mesopotamia	975 Reorganización de los *themas* Desarrollo de las tierras *klasmáticas* Amalfitanos en El Cairo y en Constantinopla	979 Mezquita de Al-Azhar en El Cairo
982 Los griegos reorganizan el sur de Italia 987 Revuelta de los bereberes Rechazo de la autoridad fâtimí Los zîríes Al-Mansûr (Almanzor), visir de Córdoba (976-1002) Mahmûd, sultán de Gazna (998-1030)	988 Madrasa de El Cairo 992 Tratado veneto-bizantino 996 *Allelegyon* griego Matanza de amalfitanos en El Cairo	989 Bautismo de Vladimir de Kiev
1001 Basilio II ataca Bulgaria El califa fâtimí Hâkim (996-1021) 1009 Los gaznawíes en la India 1015 Revuelta de los zîríes y los hammûdíes en el Magrib 1014-1018 Derrota de los búlgaros	1000 Acuñación de monedas rusas de imitación griega Formación de milicias urbanas musulmanas (*ahdath*)	1004 Fundación de la gran *lavra* de Athos 1009 Destrucción del Santo Sepulcro por Hâkim
1020 Los griegos someten Armenia 1021-1025 Formación del grupo seldjûqí 1029 Los seldjûqíes en Irán 1031 Fin del califato de Córdoba 1033 Los gaznawíes en Cachemira	1024-1025 Hambrunas	1020 Muerte de Firdusi Mezquita de Al-Hâkim en El Cairo 1037 Muerte de Avicena

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1039 Los seldjûqíes en Mesopotamia (Tugril-beg)		
		1040 Santa Sofía de Kiev
1042 Inicio de la predicación almorávide en el Atlas		
1043 Los rusos atacan Constantinopla		
1048 Los pechenegos alcanzan el Danubio		1048 Muerte de Al-Biruni
		Movimiento rigorista de los almorávides en el Magrib
1052-1055 Invasiones hilalíes		
	1054-1055 Hambrunas	1054 Cisma de Miguel Cerulario
1055 Los seldjûquíes en Bagdad		
1057 En el norte de Siria		1050-1070 Psellos
1057 Los pechenegos en Tracia	1058 Estatuto de los gobernadores en Iraq de Al-Mawarq	
	1060 Sultanato de Tugril	
1054-1062 Expansión almorávide en el Magrib	1062 Fundación de Marrâkish	
1064 Los seldjûqíes en Armenia	1065-1072 Hambrunas	1064 Muerte de Ibn Hazm en Córdoba
1063-1073 Alp Arslân, sultán	1067 Fundación de Bujia	1067 La Nizamya en Bagdad
	La Sisayat Namé de Nizam	La Escuela de St. Pierre en Bizancio
1071 Derrota griega de Matzikiert	Desarrollo de las *iqtâ's*	
Los turcos ocupan Asia Menor	1071 Monopolio de los cereales en Tracia	
1074 Badr al-Djamâlí, visir en El Cairo		
1076 Los turcos en Jerusalén		1080 Movimiento sufí
1078 En el Bósforo		
1080 En el sur de Siria		
1081 Toma el poder Alexis Comneno		Ibn Yubair refuta el cristianismo
Mercenarios normandos en Asia Menor	1082 Privilegio general veneciano	

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1085 Guiscardo es detenido en Tesalia		
Los almorávides entran en España	Fundación del sultanato de Rûm	Desarrollo d los *jans* sufíes
1086 Derrota de Alfonso VI en Zalaca	Revaluación del *nomisma* griego y, más tarde, devaluación	Ana Comneno
1087-1091 Derrota de los pechenegos		
1091 Reconquista parcial de España	Sistema de los *atabegs*	
1092 Muerte del sultán Malik	Establecimiento de caravanas regulares saharianas	
1097 Llegada de los cruzados a Constantinopla		
1098 Toma de Antioquía		
1099 Toma de Jerusalén		
1100-1115 Instalación de los Estados de la Siria latina	1100 Desarrollo del establecimiento veneciano en Bizancio	1100 Mezquitas almorávides Qarawiyin de Fez, Kutubiyya de Marrâkish, Tremecén
1104-1108 Fracasos de Bohemundo contra Bizancio	1105? Muerte de Ghazâlí	
	1111 Establecimiento pisano en Bizancio	Nicetas Koniata
	Desarrollo de la *pronoia*	Mosaicos de Ispâhân
1118 Muerte de Alexis Comneno	Desarrollo de la *charistiké*	
	Despertar de la economía de Anatolia	
1120 Ataques cruzados en el Sinaí		
Los griegos someten Servia		
1122 Eclosión del movimiento almohade en el Magrib (Ibn Tumart)		1123 Muerte de Omar Jayam
1125-1135 Los almorávides se hacen dueños del Magrib	1126 Alianza Bizancio Pisa	
	Renovación del tratado con Venecia	
1128 Juan Comneno detiene a los húngaros		
1128 Los zengíes se instalan en Mosul	Refuerzo de la autoridad de los *doukas* griegos	
1135-1137 Juan Comneno en Cilicia y más tarde en Antioquía		1130 El mahdismo de Ibn Tumart
	Alza máxima de los precios en Irak	
	Organización de los tribunales comerciales francos	Creación de tribunales religiosos en Irak

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1141 Invasión de los mongoles *kitaï* en Transoxiana		
1143 Muerte de Juan Comneno		
1144 Zengí se apodera de Edesa		
1146 Nûr al-Dîn en Alepo		
1147-1149 Cruzada frustrada. Corfú pasa a los occidentales	1147-1148 Deportación de obreros griegos a Sicilia	
1153 Los oghuz en Irán	1154 Tratado Pisa-Egipto	
	1155 Privilegio griego en Génova	
1154 Manuel Comneno en Antioquía	1158 Tratado Venecia-Egipto	
1158 Nûr al-Dîn en Damasco		
1155-1161 Alianza greco-húngara contra los servios	Organización de las aduanas latinas	
1161-1169 Expediciones franco-griegas a Egipto	Apogeo de la aduana de Alejandría	
Ataques francos en el mar Rojo		
Expansión almohade de Nîger a Argelia	1166 Muerte de Al-Idrîsî	
1171 Saladino. sultán de Egipto	1171 Matanza de latinos en Bizancio	1170 La Giralda de Sevilla
1173 Esteban Nemaya de Servia, vasallo de los griegos		Fin del Cisma shî'í
1174 Muerte de Nûr al-Dîn	1174 Límites imperiales a los detentores de *pareos*	
1176 Derrota griega en Myriokephalon	1175 *Pax firmissima*, Venecia, Egipto	
1181-1183 Revueltas servia y búlgara	1182 Matanza de latinos en Bizancio	
1185 Ataques de Guillermo de Sicilia a los Balcanes	'Iqtâ's hereditarias	
1187 Nuevo imperio búlgaro	Reapertura de la ruta Chad-Nilo	
1180-1192 Los jwârizmíes dueños de Irán y de Bagdad.		
Saladino lleva a cabo la unificación de Siria	Los karimíes en el océano Índico	

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1187 Saladino reconquista Jerusalén		
1185-1191 Los almohades en España	1182 Caravanas trasanatolianas	
1189-1193 Cruzada frustrada Chipre oriental	Unificación de la zona Níger-Tajo por los almohades	
1190-1195 Guerra civil en Bizancio		
1193 Muerte de Saladino		
1197 Gengis Jân unifica las tribus mongoles		1198 Muerte de Averroes
1204 Los latinos toman Constantinopla. Reparto	Las *Asises* de Tierra Santa	1200 Muerte de Maimónides
1204-1209 Gengis Jân en China	Establecimiento de las «esclas» de Levante	
1204-1210 Conquista de Grecia		
1206-1218 Los búlgaros frente a Constantinopla	«Repúblicas» italianas de la costa	
1218-1222 Derrota cruzada en Egipto		
1218-1223 Gengis Jân somete a los *kitaï* y el Irán		
1221-1223 Ataques mongoles en Irak y Ucrania	1220 Persecuciones anticristianas en Marruecos	
1224 Despotado de Epiro hasta el Egeo		
1227 Muerte de Gengis Jân Conquistas mongoles en el este		
1228-1230 Juan Vatatzés reconquista la costa jónica		
1229 Federico II obtiene la restitución de Jerusalén		
1230 Klokonista: los búlgaros someten el Epiro	1230-1235 La Alhambra de Granada	
1240-1242 Los griegos vuelven a tomar el Peloponeso	1240 Uso del papel-moneda entre los mongoles	
1242 Alejandro Nevski		
1240-1243 Ataques mongoles: sometimiento de Kiev. Ataque de Hungría. Derrota de los turcos de Rûm		
1244 Los jwârizmíes toman de nuevo Jerusalén		
1249 Luis IX en Egipto. Derrota		1246 Descripción de Plano Carpino

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1250 Los mamelucos		
		1253-1256 Guillermo de Rubruck en Mongolia
1256 Ataques de Jülâgû		1256 Los «Asesinos» (hashshâshîn) eliminados
		1258 Fin del califato
1259 Pelagonia: Miguel VIII derrota a los latinos		
1260 Los mamelucos en Siria	1260 Partida de los hermanos Polo hacia China	
1261 Ayn Ylalud: se frena a los mongoles		
1261 Los griegos toman de nuevo Constantinopla		
1248-1254 Cruzada de Luis IX a Egipto		
1251 Mongha, Jân mongol Möngké		1253 Misión de Guillermo de Rubruck
1251 Miguel VIII toma de nuevo Bizancio	1253 Los genoveses en Safi	1256 Fin del califato 'abbâsí
1254 Golpe de estado mameluco	1255 Peregrinaciones negras	
	Malí domina la ruta del oro	
1255 Hûlagû destruye Bagdad	1260 Alfonso X en Salé	
1258 Hûlagû dispersa a los «Asesinos»	1260-1266 Viajes de los Polo a Asia	
1259 Los latinos son derrotados en Pelagonia	1261-1263 Devaluación del nomisma	1274 Unión de las Iglesias
	Auge de las minas de los Balcanes	
1261 Baybars vence a los mongoles en Ayn Djâlût		
1265 Formación de la Horda de Oro		
1269 Los meriníes en Fez		
1270 Cruzada de Túnez		
1272 Los Hâfsíes en Tremecén		
1260-1294 Kubilaï Jân	1285 Devaluación del nomisma	1275 Arzobispado en Pekín
Los mongoles en China		
1277 Inicio de la destrucción de los estados latinos	1288 Los genoveses en Ceuta	1285 Hospital de Qalawoun
		1291 Muerte de Saadi, el poeta de las rosas
1281 Baybars vence a los mongoles en Homs	1288-1291 Segundo viaje de Marco Polo	
1282-1328 Andrónico III		
1281-1321 Esteban Milutin en Servia		

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1287 Atque mongol a Polonia	1298 Revisón de los ‘iqt‘as en Egipto	1295 Control de La Meca por los mamelucos
1291 Caída de San Juan de Acre	Fortificación de los genoveses en Galata	
Desplazamiento de los turcomanos		
1303-1311 La «compañía catalana» en Oriente	1302-1303 Privilegios venecianos	1307 Montecorvino, arzobispo de Pekín
1308 Fin de los sultanatos de Rûm	1304 Monopolio genovés sobre el alumbre	1312-1315 Los Antos Apóstoles de Tesalónica
Creación de beyliks en Anatolia	Devaluación del nomisma	1314 Pordenone viaja a Asia
1314 Primeros ataques otomanos a Europa	Revueltas nobiliarias en Bizancio	Babás y derviches en Anatolia
1321-1341 Guerra civil en Bizancio	Parecos fijados al suelo	
	1312 Los genoveses en Canarias	Mistra
Caída de los imperios negros		
	1315 Redistribución de ‘iqtâ‘s en Egipto	
Mussa, emperador de Mali	Inicio de la trata de negros en el Nilo	1324 Peregrinaje de Mussa a La Meca
1326 Osmán I en Bursa		Teodoro Metochytes
1331 Orjân I en Nicea		Gregoras Palamas
1337 Los merníes en Tremecén	1341 Revuelta en Tesalia y Morea	Barlaam
Musa de Malí en Gao	1346 Génova en Quíos	Movimiento zelote y hesicasta
1346-1355 Esteban Dusán, «emperador» servio	1348 Privilegios florentinos	Código de Esteban Dusán
Caída de los iljânes mongoles de Persia	Cierre de la ruta de Irán	1326-1349 Viejas de Ibn Battuta
1347-1354 Juan VI Cantacuceno	Tarifas proteccionistas de Egipto	1346 Un patriarca en Skopja
	Peste	Monasterio de Decani (Servia)
1354 Orjân I en Gallípolis	1355 Cierre del mar Negro	1351 Concilio hesicasta
1362 Murâd en Andrinópolis	Desarrollo de Ragusa	Eutimio el Búlgaro
1362-1389 Murâd I	Éxodo rural	
1362-1370 Viajes de Juan V a Occidente	Donación de tierras a la nobleza servia	
1371 Murâd en Macedonia	Secularización de los bienes de la Iglesia griega	
1373 Anatolia y Armenia, otomanas	Se inicia de nuevo el comercio en el mar Rojo	

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1365 Cruzada de Alejandría	Peste	
1370 Tamerlán, rey de Transoxiana		
1373 Los genoveses en Chipre		
1380 Dimitri Donskoï derrota a los mongoles	1373-1385 Apogeo del comercio veneciano en Creta y el Egeo	1375 El arte de Samarcanda
1381 Murâd en Tesalia		
1389 Kosovo: los servios son eliminados		
1392 Servia y Bulgaria ocupadas	Desarrollo de *pronoia* autónomas	
1395-1396 Tamerlán, dueño de Persia e Iraq		
1396 Nicópolis: Bayaceto I derrota a los cruzados	Hambrunas	
1398 Bayaceto en el norte de Siria	Peste	
1398 Tamerlán llega a las Indias	1380 Los mandingas controlan el cobre de Takkeda	
1399 Manuel Paleólogo en Europa		
Tamerlán destruye el jânato de los Carneros Negros		
1401 Tamerlán en Siria	Devaluación de la moneda mameluca	1406 Muerte de Ibn Jaldûn
1402 Ankara: Bayaceto es derrotado y capturado	Peste	1412 Código de minas de Esteban Lazarevic
1405 Muerte de Tamerlán		
1414-1415 Manuel II en Morea		
1415 Los españoles en Ceuta		
1421-1451 Murâd I restablece el dominio otomano		
1423 Los venecianos en Tesalónica		
1424 SE paga tributo a Bizancio		
1424 Ocupación de Madeira		
1425 Murâd II en Tesalónica	Descenso demográfico en los Balcanes	1430 Muerte de Andrei Roublev
	Desarrollo del tîmâr	
	1431 Los portugueses en las Azores	Gemisto Pletón y Besarión emigran
	1434 Paso del cabo Bojador	

Datos políticos	*Hechos económicos y sociales*	*Expresión cultural y pensamiento*
1443 Resistencia de Hunyadi en Hungría	1434-1436 Proteccionismo en Egipto	
1444 Victoria turca en Varna	Peste	1439 Unión de las iglesias
1446 Morea sometida a tributo		
1448 Inicio de la resistencia albanesa	1444 Los portugueses en las islas de Cabo Verde	
1453-1463 Muhammad II toma Constantinopla, Atenas, Bosnia	1456-1458 Devaluación del dinar egipcio	1460-1466 Mezquita de Kaitbey en El Cairo
1453-1478 Casimiro IV	Cierre del zoco de Alejandría	1473 El Gran Serrallo
1456 Muerte de Hunyadi Matías Corvino en Hungría	1460 Muerte de Enrique el Navegante	1474 Mezquita del conquistador en Estambul
1462-1505 Iván III	1470-1475 Revisión de los tîmârs	
1465 Iván III en Tver	1471 Se pasa el Ecuador	
1468 Muerte de Skanderbeg en Albania		
1471 Iván III en Novgorod		
1475 Los otomanos en Caffa	Encuesta demográfica en Turquía	Pinturas de Herat
1476 en el Friul		Shî'ísmo sufí en Persia
1480 en Otrante,		
1481 en Ucrania Muerte de Muhammad II		
1487 Iván en Kazán		1497 Mezquita de Ali Pacha en El Cairo
1494 Tratado de Tordesillas		
1501 Ismâ'îl, shah de Persia (sefevíes)		
1512-1520 Selîm I		
1514 Tchaldiran: los sefevíes se consolidan en Persia		1505 Mezquita de Bayaceto en Estambul
1514 Toma de Siria		
1517 Toma de Egipto		
1520 Toma de Ifrîqiyya		

BIBLIOGRAFÍA

350-950

PRESENTACIÓN DE CONJUNTO DE PROBLEMAS Y ESTUDIOS GLOBALES POR PERÍODOS

1.° Manuales

Bréhier, L., *Le monde byzantin*, 1969-19702, 3 vols.; hay trad. cast. en UTEHA, México, 1956.

Cambridge Medieval History, vol. IV: The Byzantine Empire, Cambridge, 1967-1968, 2 vols.

Ducellier, A., *Le drame de Byzance: idéal et échec d'une société chrétienne*, 1976.

—, *Les Byzantins* (Les temps qui court), 1970².

—, M. Kaplan y B. Martin, *Le Proche-Orient médiéval* (Hachette-Univ.), 1978.

Guillou, P., *La civilisation byzantine (Les grandes civilisations)*, 1975.

Lemerle, P., *Histoire de Byzance* (Que sais-je?), 1956³.

Ostrogorsky G., *Histoire de l'État byzantin*, 1976²; hay trad. cast.: *Historia del Estado bizantino*, Akal, Madrid, 1983.

2.° Fases y regiones

a) Períodos cronológicos:

Jenkins, R.H., *Byzantium, the Imperial Centuries, AD 610-1071*, Nueva York, 1969.

Jones, A.H.M., *The later Roman Empire (284-602),* Oxford, 1964.
Rubin, B., *Das Zeitalter Justinian,* Berlín, 1960.
Stein, E., *Histoire du Bas-Empire (284-565),* 1959, 2 vols.
Stratos, A.N., *Byzantium in the Seventh Century, 602-634,* La Haya, 1968.
Vasiliev, A.A., *Justin the First: an introduction to the epoch of Justian,* Cambridge (Mass.), 1956.

b) El Oeste y el Centro:
Dvornik, F., *Les Slaves* (trad. fr.), 1970.
Gordon, C.D., *Byzantium and the Barbarians,* 1972.
Guillou, A., *Régionalisme et indépendance dans l'Empire byzantin: l'exemple de l'exarchat et de la Pentapole d'Italie,* Roma, 1969.
Lemerle, P., «Invasions et migrations dans les Balkans depuis la fin de l'époque romaine jusqu'au VIIIe siècle», en *Rev. hist.* (1954).
Portal, R., *Les Slaves: peuples et nations (VIIe-XXe s.)* (Coll. Destins du monde), 1965.
Runciman, S.A., *A History of the first Bulgarian Empire,* Londres, 1930.

c) El Este:
Abrweiler, H., «l'Asie Mineure et les invasions arabes», en *Rev. hist.* (1962).
Bratianu, G., *La mer Noire des origines à la conquête ottomane,* Munich, 1969.
Byzantine Dumbarton Oaks Papers, 1970, 1972.
Cahen, C., «La première pénétration turque en Asie Mineure», en *Byzantion* (1948).
Honignan, E., *Die Ostgrenze des Byzantinisches Reiches von 363 bis 1071,* Bruselas, 1971.
Obolensky, D., *The Byzantine Commonwealth,* Londres, 1971.
Pigoulevskaya, N., «Bizancio e Irán entre los siglos VI y VII», Moscú, 1946 (en ruso).

3.° El emperador y la Iglesia

a) El basileus y sus poderes:
Ahrweiler, H., *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance* (Variorum Reprints), 1971.

—, *L'idéologie de l'Empire byzantin,* 1976.
—, «Recherches sur l'administration de l'Empire byzantin aus IX*e* et X*e* siècles» en *Bull. corres. hell.* (1960).
Cameron, A., *Circus factions. Blues and Greens at Rome and Byzantium,* Oxford, 1976.
—, *Continuity and Changes in sixth Century Byzantium* (Variorum Reprints), 1981.
Grabar, A., *l'empereur dans l'art byzantin,* 19712.
Oikonomidès, N., *Les listes de présénce byzantines des IXe et Xe siècles,* 1972.
Svoronos, N., *Études sur l'organisation intérieure, la société et l'ecónomie de l'Empire byzantin* (Variorum Reprints), 1974.

b) Algunos problemas religiosos:

Alexander, P.J., *The Patriarch Nicephorus of Constantinople. Ecclesiastical Policy and image worship in the byzantine Empire,* Oxford, 1958.
Barnard, L.W., *The Graeco-Roman and Oriental Background of the iconoclasmic Controversy,* Leiden, 1974.
Brown, P., «The Rise and Functions of the Holy Man in Late Antiquity», en *Journ. Rom. Stud.* (1971).
Bryer, A. y J. Herrin, *Iconoclasm,* Birmingham, 1977.
Dragon, G., «Les moines et la ville: le monachisme à Constantinople jusqu'au concile de Chalcédoine (451)», en *Centre de rech, d'hist, èt de civ. byz.* (1970).
Dvornik, F., *The Idea of Apostolicity in the Byzantium and the Legend of Apostle Andrew,* Harvard, 1958.
Grabar, A., *l'Iconoclasme. Dossier archéologique,* 1957.
Homingman, E., *Le couvent de Barsauma et le patriarcat jacobite d'Antioche et de Syrie,* Lovaina, 1954.
Karlin-Hayter, P., «Le synode à Constantinople de 886 à 912 et le rôle de Nicolas le Mystique...» en *Jahrbuch Österr. Byzanti.* (1970).
Lemerle, P., «l'histoire des Pauliciens d'Asie Mineure d'après les sources grecques», en *Centre de rech. d'hist. et de civ. byz.* (1973).
Maspero, G., *Histoire des patriarches d'Alexandrie depuis la mort de l'empereur Anastase jusqu'à la réconciliation des Églises jacobites (518-616),* 1923.

Cuestiones económicas y sociales

1.° Problemas de sociedad

Charanis, P., *Studies on the Demography of the Byzantine Empire* (Variorum Reprints), 1972.

Le féodalisme à Byzance, Problèmes du mode de production dans l'Empire hyzantin, 1974.

Jacoby, D., *Société et démographie à Byzance et en Romanie latine* (Variorum Reprints), 1975.

Morris, R., «The Powerful and the Poor in tenth-century Byzantium: law and reality», en *Past and Presente* (1976).

Ostrogorsky, G., «Observations on the Aristocraty in Byzantium», en *Dumbarton Oaks Papers* (1971).

Patlagean, E., *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance, IVe-VIIe s.*, 1977.

—, *Structures sociales, famille, chrétienté à Byzance, IVe-XIe s.* (Variorum Reprints), 1981.

Starr, J., *The Jews in the Byzantine Empire (641-1204)*, Atenas, 1939.

2.° Ciudad y campo

Abrweiler, H., *Byzance et la mer...*, 1966.

—, *Byzance: les pays et les territoires* (Variorum Reprints), 1976.

Antonianis-Bibicou, H., *Recherches sur les douanes à Byzance*, 1963.

Beck, H. G., *Ideen und Realitäten im Byzanz*, Bonn, 1972.

—, *Studien zur Frühgeschichte Konstantinopels*, Munich, 1973.

Boulnois, L., *La route de la soie*, 1963.

Dagron, G., *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, 1974.

Eickhoff, E., *Seekrieg und Seepolitik zwischen Islam und Abendland*, Berlín, 19662.

Grierson, P., «Colmage and Money to the Byzantine Empire, 498-1090», en *Settimane...*, Espoleto (1961).

Janih, R., *Constantinople byzantine*, 19642.

Kirstep, E., «Die byzantinische Stadt», en *Berichten z. XI intern. Byz. Kongress* (1958).

Lemerle, P., «Esquisse pour une histoire agraire de Byzance», en *Rev. hist.* (1958).
Lewis, A.R., *Naval Power and Trade in Mediterranean, AD 500-1000;* Princeton, 1951.
López, R.S., *Byzantium and the World around its economic and institutional relations* (Variorum Reprints), 1978.
Morrisson, C., «La dévaluation de la monnaie byzantine au XIe siècle: une réinterprétation», en *Centre de rech. d'hist. et de civ. byz.* (1976).
Svoronos, N., «Sur quelques formes de la vie rurale à Byzance», en *Annales E.S.C.* (1956).
Tchalenko, G., *Les villages de Syrie du nord...,* 1953-1958, 3 vols.
Teall, J.L., «The grain supply of the Byzantine Empire, 330-1052», en *Dumbarton Oaks Papers* (1959).

Expresión cultural

Byzantine Books and Bookmen. Dumbarton Oaks Papers (1975).
Dragon, G., «Aux origines de la civilisation byzantine: langue de culture el langue d'État», en *Rev. hist.* (1969).
Delvoye, G., *L'art byzantin,* 1967.
Grabar, A., *L'âge d'or de Justinien*, 1966, 2 vols.
—, *La peinture byzantine,* Ginebra, 1953.
Lemerle, P., *Le premier lumanisme byzantin. Notes et remarques sur enseignemem et culture à Byzance des origines au Xe siècle,* 1971.
—, *Le style byzantin,* 1943.
Peters, P., *Le tréfonds oriental de l'hagiographie byzantine,* Bruselas, 1950.

950-1250

Presentación de conjunto y elementos de la vida política

Angold M., *A Byzantine Governement in Exile,* 1974.
Ahrweiler, H., *Études sur les structures administratives et sociales de Byzance* (Variorum Reprints, 1971).
Chalandon, F., *Histoire de la domination normande en Sicile et en Italie,* 1907.
—, *Les Comnènes...,* 1958.

Gay, J., *L'Italie méridionale et l'Empire byzantin, 867-1071,* 1904.
Grégoire, H., *La dynastie macédonienne...,* 1950.
Guilland, R., *Etude sur l'histoire administrative de l'Empire byzantin,* 1957.
Obolenski, D., *The byzantine Commonwealth,* 1971.
Oikonomidès, N., *Les listes de préseánce byzantines des IXe et Xe s.,* 1972.
Portal, R., *Les Slaves: peules et nations (VIIe-XXe),* 1965.
Runciman, S., *A history of the first bulgarian Empire,* 1930.
—, *The Emperor Romanus Lécapene and his Reign,* 1929.
Schlumberger, G., *L'épopée byzantine à la fin du Xe s.,* 1938, 3 vols.
—, *Un empereur byzantin au Xe s.: Nicéphore Phocas,* 1896.
Stiernon L., «Les origines du despotat d'Épire», en *Rev. des ét byz.* (1959).

PROBLEMAS ECONÓMICOS Y SOCIALES

Borsari, S., «Il commercio veneziano nell'Impero bizantino nel sec. XII», en *Riv. ist. ital.* (1964).
Bratianu, G., *Le commerce génois dans la mer Noire,* 1929.
Jacoby, D., *La féodalité en Grèce médiévale,* 1971.
Kirsten, E., «Die byzantinische Stadt», en *Étud. byz.* (1958).
López, R.S., «Silk industry in the byzantine Empire», en *Speculum* (1965).
Macri, C.M., *l'organisation de l'économie urbaine dans Byzance sous la dynastie macédonienne,* 1925.
Morrisson, C., «La dévaluation de la monnaie à Byzance au Xe s.: une réinterprétation», en *Travaux et mém...* (1976).
Ostrogorsky, G., «La commune rurale byzantine», en *Byzantion* (1962).
—, *Pour l'histoire de la féodalité byzantine,* 1954.
—, «Recherque sur le régime agraire à Byzance», en *Cah. de civ. méd.* (1959).
Svoronos, N., «Remarques sur les structures économiques de l'Empire byzantin au XIe s.», en *Travaux et mém.* (1976).
—, «Société e organisation intérieure dans l'empire byzantin au XIe s.», en *Travaux et mém.* (1976).
—, «Sur quelques formes de la vie rurale à Byzance», en *Annales ESC* (1956). (Los *Travaux et Mémoires du Centre de recherche d'histoire byzantine de Paris* publican numerosos artículos sobre estas cuestiones; sobre todo en 1976 y 1979.)

Los problemas surgidos por la cruzada

Antoniadis-Bibicou, H., «Notes sur les relations de Byzance avec Venise», en *Thesaurismata* (1962).
Balard, M., *La Romanie génoise,* 1978, 2 vols.
Daly, W.M., «Christian fraternity: the Crusaders and the Security of Constantinople, 1097-1204», en *Med. Studies.*
Longmon, J., *l'empire latin de Constantinople et la principauté de Morée,* 1949.
Lemerle, P., *Byzance et la croisade* (xe congreso internacional, Roma, 1955), 1955.
Stiernon, L., «Les origines du despotat d'Épire», en *Rev. des ét. byz.* (1959).
Thiriet, J., *La Romanie vénitienne,* 1963, 2 vols.

CULTURA Y RELIGIÓN

Darrouzes, J., «Les documents byzantins du XIIe s. sur la primanté romaine», en *Rev. des ét. byz.* (1965).
Dvornik, F., *Byzance et la primauté romaine,* 1964.
—, *Byzantines Missions among the Slaves,* 1970.
—, *Le schisme de Protius,* 1950.
Every, G., *The Byzantine Patriarchate, 451-1204,* 1962.
Hussry, J.M., *Church and Learning in the byzantine Empire, 867-1185,* 1937.
Jugie, M., *Le schisme byzantin,* 1941.
Lemerle, P., «Professeurs et èlèves à Constantinople au xe s.», en *C. r. AIBL* (1970). *Millénaire du Mont-Athos. Études et mélanges,* 1963, 2 vols.
Oeconomos, L., *La vie religieuse dans l'Empire byzantin au temps des Comnènes et des Anges,* 1918.

1250-1520

1.° Los problemas del Imperio de Oriente

Ahrweiler, H., *l'idéologie politique de l'empire byzantin,* 1975.
Barker, J., *Manuel II Paleólogue, 1391-1426,* 1969.

Bratianu, G., *Privilèges et franchises munincipals dans l'empire byzantin,* 1936. *Cambridge medieval history,* t. 4, 1966.
Charanis, P., «Social, economic and political Life in the byzantine Empire», en *Variorum reprints,* Londres (1973).
Geanaklopos, D., *The Empeor Michael Palaelogus and the West, 1258-82,* Cambridge (Mass.), 1959.
Kirsten, E., «Die byzantinische Stadt», en Berichte zum XI. intern. byz. Kongress (1958).
Laïou-Thomadakis, A., *Peasant Society en the late byzantine Empire,* Princeton, 1977.
Lemerle, P., «Equisse pour une histoire agraire de Byzance...», en *Rev. hist.,* 1958.
—, *Byzance (Variorum reprints),* Londres, 1978.
Nicol, D., *The late Centuries of Byzantium...,* Londres, 1977.
Ostrogorsky, G., *Pour l'histoire de la féodalité byzantine,* Bruselas, 1954.
Tafrali, A., *Thessalonique au XIVe s.,* 1913.
Runciman, S., *The Fall of Constantinople,* Cambridge, 1965.
Vryonis, S., «The Question of the Byzantine Mines», en *Variorum reprints,* Londres (1971).
Zakythinos, D., «Crise monétaire et crise économique à Bizance du XIIIe au XVe s.», en *Variorum reprints,* Londres (1973).

2.° Los problemas de los Estados herederos

Balard, M., *La Romanie génoise (XIIe-début XVe s.),* Génova, 1978, 2 vols.
Bratianu, G., *Le commerce génois dans la mer Noire, au XIIIe s.,* 1929.
—, *Les Vénitiens dans la mer Noire au XIVe s.,* Bucarest, 1939.
Ducellier, A., *La façade maritime de l'Albanie au Moyen Âge...,* Salónica, 1981.
Hili, G., *A History of Cypus...,* Cambridge, 1940-52, 4 vols.
Jacoby, D., *La feódalité en Grèce médiévale; les «assises de Romanie»...,* 1971.
Jirecek, C., *Geschichte der Serben,* Amsterdam, 1967, 2 vols.
—, *La civilisation serbe au Moyen Âge,* 1920.
Kalic-Mijuskovic, K., *Belgrade au Moyen Âge,* Belgrado, 1967.
Miller, W., *The Latins in Levant; a History of frankish Greece, 1204-1566,* Londres, 1964.

Oikonomidès, N., *Hommes d'affaires grecs et latins à Constantinople (XIIIe-XVe s.)*, Montreal, 1979.
Thiriet, F., *La Romanie véntienne au Moyen Age*, 1959.
Zakythinos, D., «*Le despotat grec de Morée*», en *Variorum reprints*, Londres, (1975).

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE